

LAS DICTADURAS ARGENTINAS

*Historia de una
frustración nacional*

ALEJANDRO HOROWICZ



Ensayo



edhasa

ALEJANDRO HOROWICZ

LAS DICTADURAS ARGENTINAS

Historia de una frustración nacional



Horowicz, Alejandro

Las dictaduras argentinas : historia de una frustración nacional- 1a ed. - Buenos Aires : Edhasa, 2013.

E-Book.

ISBN 978-987-628-223-9

1. Historia Política Argentina.

CDD 320.982

Diseño de tapa: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición impresa: marzo de 2012

© Alejandro Horowicz, 2012

© de la presente edición en Ebook: Edhasa, 2013

España: Avda. Diagonal, 519-521- 08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20 - E-mail: info@edhasa.es

Argentina: Avda. Córdoba 744, 2º piso C -C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 43 933 432 - E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-223-9

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Una versión del presente trabajo formó parte de mi tesis doctoral, “Historia estructural del golpe de Estado”, defendida el 10 de agosto de 2010, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Mi director, León Rozitchner, no solo tuvo la paciencia requerida para metabolizar los vaivenes de mi oscilante neurosis, sino la capacidad de orientar –con su reconocida pericia– una larga y compleja investigación. Ese es mi primer reconocimiento.

León sabía de antemano a qué se exponía: guió mi formación desde mi temprana juventud –los célebres grupos de estudio– y preservó nuestro vínculo en condiciones sumamente difíciles. Ese es mi segundo reconocimiento.

Pero por sobre todas las cosas nuestro intercambio permanente se basó, se basa, en el ejemplo que su existencia significa. En su deseo inquebrantable por ir tan lejos como haga falta para entender, ya que la voluntad por cambiar el mundo no puede ir separada de la necesidad de entenderlo. Por estas razones y otras que los dos conocemos, dedico este trabajo a mi querido maestro.

Buenos Aires, 29 de noviembre de 2010

Prólogo

En la Argentina la historia de la ilegalidad, hasta ahora, es la historia de la contrarrevolución.¹

La voluntad de construir una patria capaz de satisfacer las exigencias materiales y morales de los años setenta, la patria socialista, fue derrotada: militar, política e ideológicamente derrotada. Primero aquí, después en todo el mundo. No pudimos rehacer ni la voluntad ni la patria. La locomotora de la historia descarriló con esa brutalidad tan propia del siglo XX. Nos fuimos enterando paso a paso, pero la caída del muro de Berlín clausuró definitivamente un ciclo histórico iniciado en 1945 tras la derrota del nazismo.

Antes, en 1973, una simplificación formidable facilitó nuestro irrefrenable optimismo: los antagonistas de nuestro enemigo, el gobierno del general Alejandro Agustín Lanusse, eran nuestros amigos. El resultado de esas elecciones potenció el equívoco. Como el programa de la Confederación General Económica (CGE) era transversal –lo compartían con leves variantes la Unión Cívica Radical (UCR) y el Partido Intransigente (PI)– el gobierno de Héctor J. Cámpora pasaba por contar con el 80% del electorado. Dado que la compacta mayoría se apretujaba entre los pliegues de sus banderas, gobierno y programa resultaban prácticamente imbatibles. La ilusión duró 43 días. El gobierno de Cámpora no sobrevivió,

1 Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

y el programa quedó ¿transitoriamente? en suspenso.

Tanto la debilidad histórica de esa mayoría, como el diseño de la democracia liberal (especialmente construida para impedir satisfacer la necesidad y la mayoría) no son precisamente una novedad. Sostuvo un teórico tan calmo como Lucio Colletti: “La democracia burguesa, la democracia liberal es el poder de la minoría contra la mayoría, de la parte contra el todo, de los pocos contra el pueblo”.² De modo que la transversalidad programática no alcanzó principio de ejecución político, no construyó una suerte de política unificada. Y a la hora de la verdad, el 20 de junio, Ezeiza, pesó más que mil programas.

Entendimos mal, nuestro deseo nos jugó una mala pasada y pagamos caro nuestro error. Pero no nos volvamos a confundir, la sociedad argentina lo pagó –todavía lo sigue pagando– mucho más caro aun, y este libro es de algún modo el sentido de ese precio exorbitante.

Quiero evitar equívocos. Esta es una historia relatada desde una perspectiva absolutamente personal; por personal no entiendo el relato de mi peripecia, sino el ángulo de mira, la tronera desde de la que pongo en foco este análisis. Así es como en este caso lo personal se vuelve significativo, por la naturaleza intercambiable de esas experiencias. No exijo para mi trabajo la tranquila “objetividad” del académico, según las oportunas recomendaciones “metodológicas” de Max Weber, ni creo que por no fingir tal cosa deba escribir sin rigor. Ni escondo mis sentimientos ni trampeo la data, sostengo que una de las patologías más severas que padece la sociedad argentina surge de rechazar nuestro obligado punto de partida: el propio e intransferible dolor. O transformamos esa laceración en territorio para elaborar un nuevo camino o sencillamente no hay modo. ¿Una afirmación altisonante? Más bien la primera conclusión que surge entre las brumas: el camino del año 1976 solo sirve para la perpetua regresión, para una pauperización sin fin, para la masacre permanente.

2 Lucio Colletti, “Estado de derecho y soberanía popular”, en *Para una democracia socialista*, Barcelona, Anagrama, 1976.

Al menos esta es una de las tesis de este trabajo. Si así fuera, más allá de qué pensara cada uno de nosotros entonces, el 23 de marzo y después, mucho después, la revisión resulta inevitable. Cada uno de los que aceptó, justificó, deseó el éxito del 24 de marzo debe mirarse en el móvil espejo de la memoria y reconocerlo para sí mismo.

¿Y los que eran demasiado chicos para desear nada? Tienen derecho a exigir a sus padres que ese tenebroso secreto de la novela familiar cambie de estatuto. La “memoria falsa” reemplaza, desconecta, impide, sostiene Elsa Drucaroff³, juntarnos con la experiencia vivida. No solo los hijos de desaparecidos luchan por conocer su linaje, restablecer esa terrible quebradura es una necesidad colectiva impostergable, ya que repara el diálogo intergeneracional, la posibilidad de compartir experiencias para cambiar de rumbo.

Ese es, debe ser, nuestro verdadero punto de partida.

Si algo terrible que pueda suceder en una sociedad sucede es porque la compacta mayoría no deseó impedirlo.

Entonces, una pregunta inmisericorde nos aguarda. ¿La sociedad argentina solo deseó el exterminio de la guerrilla o también la decidió? Ernesto Sabato contó en su estilo “nunca más” que si uno tiene un dolor de muelas y apretando un botón mueren diez mil pero el dolor desaparece, uno aprieta y punto. Es un “ejemplo” inequívoco, ¿la guerrilla equivalía a un dolor de muelas? ¿El Proceso? ¿Un botón para ser pulsado? Sabato sostiene elípticamente que el Proceso es una política de guerra, el deseo de una política que tras los exterminios imponga la paz. Una paz con la guerrilla exterminada. Sabato justifica ese deseo, y ese hilo permite llegar al ovillo con la misma pregunta ¿el deseo de matar a los guerrilleros, a los militantes obreros socialistas era voluntad mayoritaria?

Sabato no es la sociedad argentina. Y deducir de una cosa la otra resulta abusivo. Consideremos con seriedad esta objeción. Por cierto que el lugar de Sabato en la valoración colectiva

3 Elsa Drucaroff, *Los prisioneros de la torre. Política, jóvenes y posdictadura*, Buenos Aires, Emecé, 2011

—presidente de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP)⁴, maestro de la Juventud Radical, referente obligado de lo políticamente correcto para la prensa gráfica y electrónica nacional e internacional—, golpea con fuerza su aparente falta de representatividad. No importa. Observemos el otro extremo: las víctimas, el discurso que enarbolaron desde el 76. Nadie discute el lugar de las Madres de Plaza de Mayo. En tanto organismo núcleo de las víctimas representa la resistencia. ¿Cómo resistían? Marchando alrededor de la pirámide. ¿Era posible resistir menos? De un solo modo: en el dolor silente, en el fuero más íntimo. La policía llegaba a la plaza con su consabido “circulen”. Marchar en derredor de la pirámide era obedecer (circular) desobedeciendo (sin abandonar la plaza). El espacio público que dibujaban esos pies en movimiento tenía el espesor de la tolerancia, pocas veces tan apropiada la palabra, que ese poder admitía para una disidencia registrada por la prensa internacional. Era el punto frontera, el extremo límite que pertenece y no pertenece a la “legalidad dictatorial”, más allá la oposición, es decir la guerrilla. Por cierto que hubiera sido posible eliminarlas a casi todas —el asesinato de Azucena Villaflor, Esther Ballestrino y María Ponce, primera camada dirigente de Madres— muestra esa dirección política. Pero el costo internacional trabó al gobierno de Videla, y después fue demasiado tarde.

¿Cuál era el principal argumento de Madres en 1977? Averiguar donde estaban sus hijos, averiguar qué necesitaban, averiguar si estaban vivos. Este elemental petitorio resultaba insoportable para el gobierno. Debía explicar la naturaleza del estado de excepción⁵, admitir que el “enemigo” carecía de todo derecho, que no era una entidad susceptible de tal consideración. Los procedimientos establecidos por el orden jurídico normal eran, para ese estado de excepción, una mera artimaña de guerra; artimaña que no se proponía más que posponer, evitar

4 El 15 de diciembre de 1983 el presidente Raúl Alfonsín crea la comisión mediante el decreto 187 del Poder Ejecutivo.

5 Giorgio Agamben, *Estado de excepción*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004.

la derrota. Por tanto, los abogados no podían ser otra cosa que combatientes camuflados, “subversión encubierta”. El asesinato de Silvio Frondizi, a manos de la triple A, había adelantado ese punto de vista. “El silencio es salud”, escribía José López Rega en un anillo que giraba mudo en torno al obelisco estableciendo la regla de oro de todo tiempo oscuro. El general Acdel Vilas lo explicó así: “No tenía sentido combatir a la subversión con un Código de Procedimientos en lo Criminal. *Decidí prescindir de la Justicia*, no sin declarar una guerra a muerte a abogados y jueces cómplices de la subversión”.⁶ Esta es la versión procesista explícita del silencio jurídico.

El discurso del 24 de marzo por la cadena nacional de radiodifusión comunicó todo lo que se proponían explicar las Fuerzas Armadas; en el anteúltimo párrafo se lee:

La conducción del Proceso se ejercitará con absoluta firmeza y vocación de servicio. A partir de este momento, la responsabilidad asumida impone el ejercicio severo de la autoridad para erradicar definitivamente los vicios que afectan al país. Por ello, al par que *continuará combatiendo sin tregua a la delincuencia subversiva abierta o encubierta* y se desterrará toda demagogia, no se tolerará la corrupción o la venalidad bajo ninguna forma o circunstancia, *ni tampoco* cualquier transgresión a la ley u *oposición al proceso* de reparación que se inicia.⁷

Conviene leer el texto de atrás para adelante, facilita la comprensión. A partir del “no se tolerará” inicia una aparente taxonomía rigurosa. Enumera: corrupción, venalidad, y la transgresión a la ley. Figuras perfectamente asimilables a las tipificadas en el Código Penal; por tanto, no requieren del estado de excepción, pueden ser combatidas en el marco de la

⁶ Horacio Verbitsky, “A mucha honra. La jactancia es el arrepentimiento de los militares”, en *Página/12*, 15 de octubre de 1989, destacados de A. H.

⁷ Horacio Verbitsky, *Medio siglo de proclamas militares*, Buenos Aires, Editora 12, 1987, p. 147, destacados de A. H.

legalidad teóricamente vigente. Claro que oponerse al gobierno constitucional no es delito, salvo con las armas en la mano. ¿Cuál es la novedad jurídica explícita que introduce el Proceso? Una sola, *no tolera oposición de ninguna clase, ni armada ni desarmada*, cualquier oposición impide la “severa” y “absoluta” *autoritas* del Proceso. Era una declaración de guerra sin cuartel. Todos los que intervinieran serían considerados partisanos.

Vilas lo cuenta sin eufemismos:

La guerra a la cual nos veíamos enfrentados era eminentemente cultural. Por eso a la subversión había que herirla de muerte en su fundamento ideológico. Si permitíamos la proliferación de elementos disolventes –psicoanalistas, psiquiatras, freudianos, etc.– soliviantando las conciencias y poniendo en tela de juicio las raíces nacionales y familiares, estábamos vencidos.

¿El problema fundamental?: la destrucción física de quienes participaran de la batalla cultural. Ahora se entiende: destruir el fundamento ideológico no supone polemizar, sino destruir uno a uno los organizados por ese fundamento, entonces, rendir cuenta pública de los actos de la lucha contra la subversión “abierta o encubierta”, explicar el problema fundamental empujado por la pregunta de una madre golpea el tabú de silencio. Vilas no se propone debatir con los “elementos disolventes”, sino silenciarlos definitivamente. Debate, en sus términos, supone derrota. Para evitarla... se impone silenciar la sociedad política. Tanta debilidad discursiva transformó toda pregunta inoportuna en cuestionamiento del orden existente. Es la herencia de silencio del liberalismo criollo, conjugado con la rigurosa distinción schmittiana⁸ entre liberalismo y democracia. Es decir, entre el sistema de derechos que garantiza la propiedad privada, y los derechos que permiten defenderse de los propietarios. Estos

8 Agnes Heller, “La decisión, cuestión de voluntad o de elección”, en *Zona Abierta* 53, octubre-diciembre de 1989.

últimos son puestos entre paréntesis. Caducan. Ese es el estado de excepción. Por eso todo debate debe ser evitado, porque restituye la voz ocluida, excluida. De ahí que la quiebra del silencio derrape en oposición. Y como la oposición carece de espacio legal, es ilegal por definición.

Como el único colectivo legal, legítimo y por tanto el único nosotros inclusivo, pasaba por “el Proceso”, Madres rompía la neohabla; irrumpía con un tenue gesto dialógico en el monólogo oficial. Era la última estribación de una voz socialmente condenada, al tiempo que recordatorio de una escena imaginaria de enorme peso público: la amenaza militante con su contracara represiva. Una cosa quedaba soldada a la otra, suponía la otra, se volvía la otra incluso en la memoria. Por eso la niebla.

Dicho con la mayor síntesis: nadie debía, quería, podía decir otra cosa, por tanto la proclama del gobierno tenía el carácter de soliloquio oficial. El poder de ese soliloquio no remite a la potencia de su argumentación, sino al silencio de la respuesta. Este vasto silencio creció omnímodo hasta ocupar toda la plaza pública. Unos pocos pasos en derredor a la pirámide irrumpen los jueves; la respuesta no puede no ser militar, salvo que sean locas. Y locas fueron.⁹ Hablar se reduce a repetir el discurso oficial, o a la locura; entonces, *discurso oficial, silencio público y locura privada*. Ese silencio, parte de la política de terror mudo, estaba destinado a desmoralizar a los familiares de las víctimas, a los militantes capturados en las mazmorras de la represión, y a los que todavía intentaban un punto de reagrupación y resistencia, garantizando tanto la inmovilidad de los adherentes al gobierno –ninguna movilización fue convocada hasta un día antes de Malvinas– como la expansión de la indiferencia. El silencio del poder potenciaba el aislamiento social de la resistencia, a modo de represalia adicional, delimitando una brutal segregación de campos, y un modelo para las relaciones personales que todavía sobrevive. De un lado los que no tienen nada que averiguar; del otro, la inquietante pregunta por la suerte de un ser querido. ¿Querer a un guerrillero, amar a un

9 Jean Pierre Bousquet, *Las locas de Plaza de Mayo*, Buenos Aires, El Cid, 1984.

militante, a un enemigo subversivo? Imposible. El Proceso elevó este comportamiento al nivel de acto programático contra natura.

No faltó quien no preguntó nunca absolutamente nada, ni durante el Proceso, ni después. Hubo padres y madres que determinaron que esos no eran, no podían ser, sus hijos. Amputaron un pedazo de su ser para contentar, conformar el nuevo ser nacional amasado con la mutilación de cuerpos jóvenes, el enemigo desarmado. El bife sanguinolento que exhibió la publicidad televisiva oficial durante 1976, ya no era el abstracto mapa de la patria. Era el reverso de otro aviso, apenas posterior, éste de insecticida (“Raid los mata bien muertos”) que adquiriría el tono de advertencia siniestra, de sádica descripción complementaria.

¿Esos padres no sabían en qué se transformaban sus hijos?

¿Y ellos en qué se transformaban?

¿En qué los transformó el Proceso?

¿En qué los sigue transformando todos los días?

¿Es obligatorio seguir siendo militantes contra natura *ad nauseam*?¹⁰

¿Es imprescindible respetar, seguir respetando, la regla pública y secreta de la descomposición personal: la abyección indefinida?

Esa era la exigencia del soliloquio oficial: padres que sacrificaran, entregaran, inmolaran a sus hijos. Padres que debían repetir el gesto bíblico de Isaac, ya que Videla y su gobierno actuaban como si fueran la encarnación viva del arcángel Gabriel. Por tanto, los padres que averiguaban, los que ponían en tela de juicio la información oficial, los que no confiaban en su increíble versión (pasaron a la clandestinidad, huyeron al exterior, fueron asesinados por sus propios compañeros) quedaban al borde de la subversión; es que al interpelar a las autoridades pisaban la delgada frontera que conecta con la de-

10 Olga Wornat, *Nuestra Santa Madre. Historia pública y privada de la Iglesia católica argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002. Wornat sostiene que Juan Domingo Plaza, militante Montonero y sobrino carnal de Monseñor Antonio José Plaza, fue entregado por su tío cuando recurre a su ayuda para salir del país.

sobediencia. Para evitarla, Madres encontró el argumento: la inocencia. Sus hijos eran inocentes.

En el territorio del derecho internacional, del sistema jurídico que sobrevive en suspenso¹¹ en la zona gris del régimen de excepción, la presunción de inocencia constituye la piedra angular del sistema. Todo el que no ha sido juzgado por su juez natural con debidas garantías procesales no puede no ser inocente. Ese abordaje sacaba, todavía saca, del medio la naturaleza del enfrentamiento.

¿Un guerrillero era un mero infractor del Código Penal, o integraba un ejército revolucionario?

Si Madres aceptaba que sus hijos eran combatientes, defenderlos equivalía a constituirse –en términos de 1976– en organización de superficie de la guerrilla. Como no podían situarse en ese terreno (equivalía a una sentencia de muerte) sus hijos no podían no ser inocentes. Y si sus hijos eran inocentes el programa político que defendían, la lucha armada por la patria socialista, desaparecía antes que ellos. La primera victoria militar del gobierno de Videla fue impedir que Madres reprodujera el discurso político de sus hijos. Las enmudeció obligándolas, empujándolas a refugiarse en el liberalismo jurídico. Esto es, condenó a las madres a reclamar para sus hijos condiciones de Estado de derecho en una sociedad que las había abandonado progresivamente sin mayor conflicto a partir del 5 de febrero de 1975, bajo el gobierno de Isabel Martínez de Perón, con el inicio del Operativo Independencia en Tucumán.

Ese abandono no remite por cierto tan solo a la “barbarie” nativa. Explicar la tendencia del siglo XX a gobernar mediante los instrumentos del estado de excepción, con las peculiaridades de la historia argentina, forma parte de este trabajo. A modo de introducción digamos lo obvio: esa victoria fue posible por el carácter minoritario del ideario político de la guerrilla; por las extraordinarias limitaciones sociales de su tracción dinámica, por el nivel de cohesión ideológica de las Fuerzas Armadas alrededor del catolicismo integrista, del ideario anticomunista propagado

11 Giorgio Agamben, op. cit.

desde la lógica dicotómica de la guerra fría, por una sociedad que rechazaba las presuposiciones culturales y materiales de la patria socialista. Por las enormes limitaciones de la nueva izquierda, y por el sabotaje consciente de la vieja.

El argumento que naturalizó el estado de excepción apoyaba, se apoyaba, en todos los terrores latentes. En el deseo de paz como fuera. Esto es, con más gobierno y menos derechos, lo que en última instancia supone la puesta entre paréntesis de la ciudadanía misma. Recordemos: la tradición del liberalismo criollo nunca le tuvo excesivo apego. Hasta 1916 la ciudadanía era una ficción jurídica. O en todo caso no incluía derechos políticos para la mayoría. Pasado en limpio: el problema fue votar, no decidir. El radicalismo durante tres lustros redujo un concepto al otro, quedó muy claro que los obreros podían ser ciudadanos, si no ejercían sus derechos como obreros. La Semana Trágica de 1919, violenta represión en los talleres metalúrgicos Vasena¹², y las masacres de peones en la Patagonia del año 1921¹³ dejaron las cosas en claro. Y la crisis del treinta suspendió hasta el 17 de octubre de 1945 todo debate sobre la ciudadanía. El primer peronismo se ocupó, durante su gestión, de establecer que la ciudadanía no excediera un cierto tironeo sobre la distribución del ingreso nacional. De ninguna manera trató de impulsar, explicitar un debate sobre un nuevo proyecto nacional popular.

En 1955 se reformuló esta grave limitación como sigue: el derecho de la mayoría a acceder al gobierno depende del consentimiento de una minoría con capacidad de veto militar. Si los resultados electorales no registran el orden de las cosas, ese orden desconoce esos resultados. De modo que en la bolsa de valores de los discursos la brutal desigualdad era la regla. Para el liberalismo criollo, para sus intereses timocráticos, el golpe de Estado era una política de clase. O la “negrada votaba bien” o las elecciones perdían toda aptitud para orientar la actividad pública. Ergo, el golpe de Estado rehacía la potencia

12 Julio Godio, *La semana trágica*, Buenos Aires, Granica, 1972.

13 Osvaldo Bayer, *La Patagonia rebelde*, t. I: *Los bandoleros*, Buenos Aires, Planeta, 1992; t. II: *La masacre*, Buenos Aires, Planeta, 1993; t. III: *Humillados y ofendidos*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

de la política; la democracia quedaba vinculada a organizar una adecuada ingeniería electoral con el voto antiperonista o a la impotencia política. La noción de mayoría, enunciada desde la vereda popular, no interpelaba el discurso democrático, aceptaba los términos del liberalismo criollo, no lo ponía en contradicción con su propio linaje; de modo que cuando era preciso transformar el derecho de la mayoría en soberanía política, la impotencia de esa mayoría llevaba las cosas a una vía muerta. Esa impotencia para el ejercicio de la democracia efectiva entregaba esa noción a los que se llamaban a sí mismos democráticos¹⁴, y estos la definían burlonamente como “abuso de las estadísticas”.

Para el bando popular la aceptación de que las palabras, su materialidad, eran parte de la voluntad por prohijar las cosas, siempre estuvo rajada. De lo contrario hubiera sido imprescindible luchar y reconquistar el sentido de la palabra democracia. En cambio solo supimos quedarnos con la palabra patria. El rango de enfrentamiento entre las palabras y las cosas encerraba la guerra de representaciones. La lucha por el regreso de Perón a la Argentina, la posibilidad de su candidatura, formaba parte del sentido revolucionario de la democracia. Así, el propio Perón terminó aceptando ese límite, y la sociedad argentina se dejó arrastrar. El peronismo aceptó la cláusula que proscribía la candidatura del general en las elecciones del 11 de marzo de 1973. El “resultado” parecía corroborar el realismo mayoritario, ya que Perón terminó siendo candidato tras la renuncia de Cámpora. Esa inconsecuencia en la defensa del derecho de la mayoría melló el filo de todo el programa democrático, nacionaldemocrático; el 20 de junio, el sentido de la relación entre mayoría y democracia quedó establecido definitivamente: esa mayoría era perfectamente incapaz de autogobernarse democráticamente, ergo no podía gobernar de ningún modo la sociedad argentina.

La relación entre mayoría y soberanía política nunca se

14 Marcelo Sánchez Sorondo, “Ya hay fraude en el país”, en *Azul y Blanco*, n.º 28, 26 de diciembre de 1956. Los nacionalistas comprendieron mayoritariamente la naturaleza de la Revolución Libertadora, lo que no les impidió apoyarla para derrocar a Perón.

terminó de construir y ahora está quebrada; por tanto, masacrar en nombre de otra mayoría resulta todavía posible. La masacre para salvaguardar la democracia parlamentaria amenazada por la militancia popular, la masacre democrática, no parecía un contrasentido en 1976. Era la continuación de los basurales de José León Suárez a otra escala¹⁵ con la misma lógica.

En marzo de 1976 el vínculo masacre-democracia se soldaba mediante el estado de excepción. Todo aquel que pusiera en crisis esa naturalización atacaba al nuevo gobierno. La decisión de masacrar constituía la prueba más alta de “voluntad democrática”. Contraponer ambos sentidos, hacerlos chocar, funcionaba como acción subversiva irrefutable. De allí que impedir ese choque semántico organizó uno de los sentidos de la represión. Por eso las palabras se punían como si fueran hechos, la frontera entre decir y hacer había desaparecido. La estética pasaba a regirse por el código penal, y ese código mudo tenía un solo artículo sonoro: la tortura. El nuevo gobierno se diseñó en derredor de una política de tortura sistemática, concienzuda, pensada sin pasión, reglamentada. “Combatieron con el reglamento en la mano”, recuerdan los abogados de la dictadura terrorista. Ese reglamento “secreto” adquiere así estado público. Es preciso admitir que dicen la sanguinolenta verdad.

Retomemos el hilo: hemos planteado las condiciones requeridas para ejercer una política terrorista. Esto no supone automáticamente que tal gobierno contara con el respaldo activo de la mayoría.

A semanas del golpe, el radicalismo orientado por Raúl Alfonsín comenzó a publicar un mensuario: *Propuesta y Control*.¹⁶ El nombre resulta curioso, ya que no pareciera dirigido ni a los afiliados ni a los simpatizantes de la UCR. No bien se leen los primeros números queda claro que la propuesta está

15 Rodolfo Walsh, *Operación Masacre*, Buenos Aires, De la Flor, 1972.

16 El sociólogo Daniel Paradedda, docente de la cátedra “Los cambios en el sistema político mundial” (Sociología, UBA), me llamó oportunamente la atención sobre esta desapercibida publicación. Las citas utilizadas forman parte de su relevamiento de *Propuesta y Control*.

destinada al hipotético control de las Fuerzas Armadas y de su gobierno. En el Editorial: “La participación de los trabajadores”¹⁷ se lee: “[...] a veces se exhibe como único denominador común y exclusivo centro de la actividad la lucha antisubversiva. Más allá de esta lógica coincidencia generalizada, sólo suelen mostrarse vaguedades y contradicciones”.

En su doble condición de dirigente de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) y de la UCR, Alfonsín subraya que el “único denominador común” con el gobierno es la “lucha antisubversiva”. Es evidente que no ignora en qué consiste; por eso escribe: “El ámbito para desarrollar la participación es el del respeto por la libertad, la igualdad y la dignidad de los hombres, espacio vital imposible de obtener en el marco de una guerra sucia en la que la guerrilla ha logrado el objetivo de que la voz de los exaltados truene como la de Marat: dictadura o derrota”.¹⁸ Curiosa aseveración: recién empieza la lucha y ya es “sucia”, de modo que resulta constitutivamente “sucia”, y por tanto impide la “dignidad de los hombres”. No es el gobierno de la dictadura, sino la guerrilla que “ha logrado el objetivo” dictadura o derrota. En criollo: solo la dictadura evita la derrota a manos de la militancia popular. En consecuencia Alfonsín sostiene: “Aquí no está en juego el triunfo de una cierta concepción política. Aquí estamos frente a la necesidad de actuar para evitar la disolución nacional”.¹⁹

En suma, dos posiciones: respaldar al gobierno de Videla o a la subversión apátrida. Bajo el título “El otro flanco” escribe por si quedan dudas: “En la difícil situación por la que atravesamos, para preservar el orden y la cohesión, se necesita un mínimo de adhesión, sin la cual nos ubicaremos en el tobogán de la desobediencia que conduce a la resistencia y a la subversión”.²⁰

La demarcación era precisa, de un lado la gente decente y del otro las corrientes revolucionarias. Las zonas grises “en la

17 *Propuesta y Control*, n.º 3, p. 223, octubre de 1976.

18 Ídem, destacados de A.H.

19 *Ibid.*, p. 224.

20 *Propuesta y Control*, n.º 4, p. 323, noviembre de 1976, destacados de A.H.

difícil situación que atravesamos” no se permiten ni practican. Conviene en este punto cruzar el planteo de Alfonsín con las indicaciones “legales” del Proceso. Debemos admitir que son perfectamente intercambiables. En lugar de deducir la adhesión al gobierno de los postulados del Proceso, la infiere de la naturaleza de la situación. Una cosa sólo argumentativamente difiere de la otra. En rigor, una presupone la otra. Alfonsín fundamenta los postulados del Proceso con razones que el gobierno no creyó necesario pronunciar entonces: la excepcionalidad de la situación. Dado que “la guerrilla ha logrado el objetivo de que la voz de los exaltados truene como la de Marat: dictadura o derrota”. Ergo, para evitar la derrota no solo acepta la dictadura sino que le brinda “un mínimo de adhesión”, ya que según un viejo adagio jurídico “la necesidad no tiene ley”.

La postura de Alfonsín no le produjo ninguna tensión puertas para adentro de la APDH. Y sin embargo, daba cuenta de un cambio jurídico copernicano: nunca ningún golpe de Estado en la Argentina había exigido y obtenido el consentimiento de todos los partidos del arco parlamentario para la prohibición de toda forma de oposición. La única política “legal” era respaldar la política formalmente ilegal de un gobierno cuya legitimidad solo ponía en tela de juicio a los “subversivos”. Aun la Revolución Libertadora se sintió en la obligación de justificarse con un argumento “tradicional”²¹: el retorno a la Constitución.²² En cambio, el sistema político aceptaba, compartía, apoyaba, defendía un orden que le confiscaba *sine die* la legalidad de toda acción independiente.

Por cierto que Alfonsín representaba bastante más que una corriente interna del radicalismo, actuó –esto último visto retrospectivamente– como el portavoz más lúcido del nuevo orden inaugurado en 1976. En ese sentido, su triunfo en las

21 Giorgio Agamben, op. cit., “Schmitt distingue luego entre ‘dictadura comisarial’, que tiene por objeto defender o restaurar la constitución vigente, y ‘dictadura soberana’, en la cual, como figura de excepción, ella alcanza por así decir su masa crítica o su punto de fusión”, pp. 71 y 72.

22 Discurso del general Lonardi, 23 de septiembre de 1955, en Horacio Verbitsky, op. cit., p. 65.

elecciones de 1983 coronó tanto su aptitud para mimetizarse con el 24 de marzo como su capacidad para diferenciarse de la crisis militar posterior a Malvinas.

¿Este es un comportamiento extraordinario?

De la lectura de la lista de intendentes que la dictadura burguesa terrorista unificada conservó en sus cargos o convocó inmediatamente después del 24 de marzo surge que sobre un total de 1.697 municipios 301 intendentes (35%) correspondían a la Unión Cívica Radical; 169 al Partido Justicialista (19,3%); 23 a neoperonistas (2,7%); 109 a los Demócratas Progresistas (12,4%); 94 al Movimiento de Integración y Desarrollo (10,7%); 78 a fuerzas federalistas provinciales (8,9%); 16 a la Democracia Cristiana (1,6%); y 4 al Partido Intransigente (0,4%). De modo que el arco parlamentario estaba representado según una curiosa lectura militar. Era, por reproducir una fórmula de época, sin duda un gobierno cívico militar.

El Partido Comunista (PC) fue sumamente claro al respecto. A través de uno de sus dirigentes caracterizados sostuvo tras la derrota militar en Malvinas: “EL Partido Comunista evitó el grave error que hubiera significado enfrentar a la Junta Militar, así como el de apoyarla ciegamente. Además de ser la suya una política de principios, permitió conservar las posibilidades legales, tan importantes para la lucha por un *Convenio nacional democrático*”.²³ Para evitar cualquier malentendido Orestes Ghioldi explica: “En el terreno político, en su acepción más general, se abrió la posibilidad de que la clase obrera y sus aliados logren *forjar una alianza con los sectores nacionalistas democráticos de las Fuerzas Armadas*”.²⁴

Admitamos, entonces, un comportamiento institucional homogéneo del sistema político frente al golpe de 1976. El sistema había sido cooptado por el Proceso.

¿Y la gente del común cómo se comportó?

Para comprobarlo es útil leer la petición administrativa

23 Orestes Ghioldi, *Escritos y Discursos*, t. 2, Buenos Aires, Fundamentos, 1982 p. 96 (resaltados del original).

24 *Ibid.*, p. 95.

que empleados de la morgue judicial de la ciudad de Córdoba dirigieron a la Presidencia de la Nación, el 30 de junio de 1980:²⁵

Es imposible Señor Presidente describirle una imagen real de lo que nos tocó vivir, al abrir las puertas de la sala donde se encontraban los cadáveres, dado que algunos llevaban más de 30 días de permanecer en depósito sin ningún tipo de refrigeración, *una nube de moscas y el piso cubierto por una capa de aproximadamente diez centímetros y medio de gusanos y larvas*, los que retirábamos en baldes cargándolos con palas. Nuestra única indumentaria era pantalón, guardapolvo, botas y guantes algunos, otros tuvieron que realizar este trabajo con ropa de calle, los bozales y gorros fueron provistos por la Dirección del Hospital por atención del subdirector debido a que carecíamos de los mismos. *A pesar de esto no tuvimos ningún tipo de reparos en realizar la tarea ordenada*; es de hacer notar que *la mayoría de los cadáveres eran delincuentes subversivos*. Morgueros y Ayudantes Técnicos de Autopsia en la caja del camión junto a los cadáveres y custodiados por dos móviles de la Policía de la Provincia correspondientes a un operativo montado para tal fin nos dirigimos al cementerio de San Vicente. *Es inenarrable el espectáculo que presentaba el cementerio*; los móviles de la policía alumbraban la fosa común donde fueron depositados los cadáveres identificados por números y como punto de referencia los pilares de la pared cercana, detrás de la cual e inclusive arriba de los techos *los vecinos al cementerio observaban la macabra tarea realizada*.

Hasta aquí la extensa cita. Conviene poner en foco el núcleo que organiza este texto: cadáveres sin refrigeración de más

25 *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires, EUDEBA, 1984, p. 244, legajo n.º 1420, destacados de A. H.

de 30 días. Con una importante precisión: 10 centímetros y medio de gusanos y larvas. Ese dato presume una medición, o por lo menos el relato construye ese verosímil. Tanto gusano motiva una queja sindical sobre los inadecuados instrumentos de trabajo (sin bozales ni gorros, o directamente en ropa de calle), pero aun así “no tuvimos ningún tipo de reparos en realizar la tarea ordenada”. La justificación para ese comportamiento resulta obvia: “la mayoría de los cadáveres eran delincuentes subversivos”. ¿Cómo saber que se trata de subversivos? La pregunta no se formula, ya que es una presuposición compartida. Así se los trata porque son subversivos. El trato es la prueba. Sin embargo, una imprecisión colorea el relato, dado que el texto dice: “la mayoría de los cadáveres”. ¿Algunos de los cadáveres no son subversivos? ¿Entonces por qué reciben ese trato? ¿Y si lo reciben cómo saber que no lo son? ¿Un atisbo de crítica? ¿Una imprecisión administrativa? ¿Un modo de lavarse las manos? No lo sabemos.

En el fondo del escenario los curiosos “observaban la macabra tarea realizada”. Estos participantes pasivos (curiosos) pueden observar el “espectáculo” sin mayores riesgos. Saben que ese trato sólo se dispensa a los “subversivos” (comparten la presuposición del Proceso: subversivos son los que son reprimidos como tales) por tanto la amenaza no los incluye. El “por algo será” funciona como una delimitación operativa. Una suerte de vulgata foucaultiana otorga a la mirada militar capacidades panópticas. El Proceso distingue, la sociedad argentina confía en esa distinción. Por eso existen curiosos.

Ahora bien, los curiosos no solamente están seguros sino también procesados. Para conservar la calma es preciso mantenerse inmóvil. Conceptual y afectivamente inmóvil. La distancia con los cuerpos destrozados exige la absoluta identificación con la tarea de los verdugos. Conservarla los convierte en verdugos discursivos de “los subversivos”; a partir de la punición de las palabras se avanza hasta la punición con las palabras: la delación. La avalancha de llamados telefónicos a

la Policía Federal en las grandes ciudades, según afirmación de un oficial superior que expresamente solicitó el anonimato, era de tal rango que el total de las denuncias resultaba inverificable. Y el procesamiento expande la responsabilidad por el terror transformándola en masa de flotante sin metabolizar.

Volvamos al petitorio sindical: ¿Cómo separar petición legítima (pedido directo a Videla) de oposición encubierta? ¿Cuál es la frontera? Una petición de principios: “No tuvimos ningún tipo de reparos en realizar la tarea ordenada”. La frontera, el procesismo militante, la “tarea ordenada” se cumple en 1980. Esa delimitación permite el relato de los participantes activos, y la falta de respuesta de Videla. El terror tiene un estatuto claro: represión para los subversivos, silencio para estos, oprimidos serviciales, cómplices voluntarios de la masacre.

El otro texto extraído del *Nunca Más* continúa así: “Uno de los remitentes de la petición [referida a las condiciones de extrema insalubridad en que desempeñan su labor] el Señor Francisco Rubén Bossio, narra del siguiente modo los hechos de los que fue testigo”. Conviene aclarar que se trata de un relato posterior, que no precisa fecha, presentado al Juzgado N° 3 de la ciudad de Córdoba. Dice Bossio:

Yo advierto que comenzamos a recibir cadáveres que algunas veces venían con “remito” pero la mayoría de las veces venían sin nada. Esto se constata en el año 76. La mayoría de las veces remitía los cadáveres personal policial y otras veces la Gendarmería, el Ejército o en conjunto entre los grupos de las Fuerzas de Seguridad. Los funcionarios que iban entrando eran tenientes o subtenientes cuyos nombres no recuerdo. A veces venían con grupos de diez o doce soldados, pero yo no prestaba atención. Estos cadáveres tenían las siguientes características: venían heridos de balas, algunos con muchas perforaciones; en algún caso hasta ochenta, en otro diecisiete, por ejemplo. Venían todos con los dedos

pintados y con marcas evidentes de torturas. Tenían marcas en los puños como si hubieran sido atados con piolas. Esporádicamente aparecían algunos destrozados, muy abiertos.

Y sigue:

Después de las primeras tandas llegan otras de cinco, de ocho y otra de siete. Debo aclarar que las autopsias se practicaban respecto de los cadáveres de la justicia ordinaria o federal, pero respecto a los subversivos no se les hacía autopsia, limitándose la entrega a la orden del juez militar y el certificado de defunción que ya venía del III Cuerpo o del médico de la Policía.

La diferencia estilística entre ambos textos organiza una exacta delimitación de responsabilidades penales. La primera distinción: cadáveres con remito y sin remito acompañados por tenientes o subtenientes “cuyos nombres no recuerdo” abre y cierra el testimonio. Nada demasiado distinto declaran dirigentes sindicales en el Juicio a las Juntas, nada que permita determinar responsables con nombre y apellido. En tono neutro (ya no se trata del “inenarrable espectáculo”) tipifica los cuerpos “heridos de balas” en abundante plural, sin autopsias. Señala una irregularidad administrativa de cuyas consecuencias legales se delimita. Un burócrata tranquilo no piensa permitir que le endilguen una responsabilidad que no le compete, dado que el problema es del “juez militar” o del “médico de la Policía”. La nueva visibilidad pública impone un nuevo lugar para la categoría subversivo, que sin embargo permanece inalterada, construyendo un nuevo ellos (los militares) que ocluye toda responsabilidad civil.

¿Y la sensible audiencia internacional? También en ese punto conviene no llamarse a engaños. El comportamiento de Henry Kissinger²⁶, por entonces Secretario de Estado norteamericano,

26 María Seoane y Vicente Muleiro, *El dictador. La historia secreta y pública de*

respecto al gobierno de Videla fue de amplísima comprensión, y ese fue el patrón de comportamiento internacional. Solo después de 1978, después del mundial de fútbol, la oposición comienza a cobrar peso. Antes no.

Ningún gobierno europeo acepta el boicot al mundial. El seleccionado holandés consideró esa posibilidad, y finalmente la desechó. Lionel Jospin, secretario del Partido Socialista Francés sostuvo en *Le Matin*²⁷ del 23 de diciembre de 1977: “El problema no es ciertamente boicotear la copa del mundo. Se trata de saber si hay que boicotear a la Argentina”. La respuesta estaba contenida en la pregunta. No era una pregunta, salvo en un sentido retórico.

El procesismo antiguerillero inicial mudó a la defensa del Mundial 78. Y hoy nadie quiere acordarse de una cosa ni de la otra. El ritmo travestido de la política argentina disipó una y otra vez el fundamento de ese horizonte común. En Europa las cosas se veían muy distintas. La prédica del Comité de Boicot había logrado impacto público. *Fussball macht frei* rezaban los carteles en Berlín y Hamburgo, recordando paródicamente al célebre *Arbet macht frei* (El trabajo libera) que se leía impreso en letras góticas en la entrada de Auschwitz. Mientras tanto, en la Argentina 7,2 millones de personas se sentaban frente al televisor: IPSA medía 79,7 puntos de rating promedio para cada partido donde intervino la selección de fútbol. La parte más gruesa de la masacre ya había concluido. Los campos comenzaban a desmontarse. Aun así el esfuerzo colectivo por simular normalidad era total. Y buena parte de la intelectualidad políticamente correcta jugaba el mismo juego.

Abelardo Castillo, especialmente contratado como columnista de *La Opinión*, escribe el 15 de junio 1978: “En cuanto a la alegría yo prefiero ver gritando y riendo a mi gente que verlas como esperaban verlas los que las infaman, no a un gobierno o a un país abstracto: a un pueblo entero que hoy más que nunca

Jorge Rafael Videla, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 70.

²⁷ Citado en Abel Gilbert, Miguel Vitagliano, *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78*, Buenos Aires, Norma, 1998.

necesita alegría”. Título de la columna: “Una imagen corrompida infama al pueblo”. El escritor, de pública vinculación con el PC, respondía de ese modo al *Fussball macht frei*.

No era el único. Recordar la campaña de la editorial Atlántida con el respaldo de personalidades deportivas como César Luis Menotti, o mediante burdas falsificaciones (revista *Para Ti* del 1° de mayo de 1978) de cartas apócrifas de un argentino que vive en el exterior a su familia (revista *Gente* del 11 de mayo de 1978) contra la infamia antiargentina ya es un lugar común.

Nadie faltó a la cita. Casi todos como un solo hombre se desgarraban las manos aplaudiendo la victoria nacional. El mundial de fútbol y la patria se volvían una unidad indiscernible. Atacar al mundial, atacar a la patria y atacar al gobierno era la misma cosa: campaña antiargentina, infamia, traición.

Es preciso que la compacta mayoría se deslinde de su brutal y estúpida insensibilidad. De lo contrario, nuestros sentimientos de entonces terminan anclando nuestra percepción actual. El avergonzado dolor facilita la reconstrucción de la subjetividad dañada. Debemos admitirlo, hemos sido dañados, nuestra aptitud para la verdad ha sufrido un recorte inadmisibile. Hemos sido reconstruidos. El terror tiene un curso inamovible. Aísla, reproduce con venenosa potencia la impotente rabia del miedo en solitario. Solo aceptando conservar este miedo cervical (que nos impide ponernos en el lugar de ese otro, que acompaña insomne nuestro presente atormentado) puede ser tolerado ahora el camino iniciado entre las brumas del año 1976. Para rechazarlo con eficacia es preciso admitir que cada uno de nosotros integra el territorio de la disputa. El combate por recuperar nuestra propia subjetividad es el primer combate. El Proceso nos procesó capturándola, rehaciendo nuestro deseo, pulverizando nuestra capacidad de reconstrucción moral. Impuso el rechazo a cualquier resistencia, que equivalía a la aceptación de la guerrilla, y el odio a la guerrilla como responsable de todo el horror a soportar. Esa cadena de desplazamientos afectivos

debe ser repensada, personalmente repensada, como parte de la lucha por mitigar el daño subjetivo.

No repito el error de 1973 en las condiciones de 2010, por tanto las víctimas del modelo inaugurado por la dictadura burguesa terrorista unificada²⁸ no necesariamente devienen mis amigos, y advierto sobre las terribles consecuencias de que no lo sean. Sin rehacer nuestra valorativa mirada crítica sobre ese país, sin desabrumar el año 1976 (quitar la bruma, reacomodar la carga para que deje de abrumarnos) el peso de los muertos, de las generaciones muertas, atormenta la conciencia de las vivas, paralizándolas. Reconocer ese tormento, mirarlo cara a cara, facilita, permite la imprescindible oxigenación personal y política de la sociedad argentina. En rigor de verdad no paramos de huir desde entonces, pero los estallidos de 2001 fijan un cierto límite. Poner fin a la repetición permanente, a la reproducción ampliada del daño, a terminar con una memoria común vaciada de contenido crítico, nos permitirá imaginar otro país, otro destino, mediante otra sensibilidad colectiva.

¿Es tan así?

En San Diego, California, se desarrolló en octubre de 1980 la trigésima sexta conferencia de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP). El 14, con la presencia de los editores de toda América, Jacobo Timerman ocupó el centro de la escena. Un año antes había abandonado la Argentina tras sufrir todas las vejaciones imaginables –desde la pérdida de la ciudadanía y el control de su diario, hasta tortura y cárcel–, la peripecia lo había transformado en una celebridad internacional. Para los periodistas de todo el mundo su voz condensaba el “Yo acuso” contra la dictadura burguesa terrorista unificada. Timerman utilizó la conferencia como tribuna contra el gobierno de Videla. La respuesta no se hizo esperar: como un solo hombre los editores argentinos atacaron a Timerman, y defendieron al gobierno. Tan homogéneo resultó el comportamiento que hasta Máximo Gainza, propietario de *La Prensa*, de encontronazos

28 Alejandro Horowicz, “Veinte años después. Epílogo”, en *Los cuatro peronismos*, op. cit.

públicos con la Junta Militar, no vaciló en intentar basurearlo. La complicidad de los propietarios de medios con el Proceso difícilmente pudiera adquirir mayor visibilidad pública en un momento menos adecuado. Y sin embargo la adquirió.

En octubre de 1981, la Universidad de Columbia decidió premiar a Timerman con el prestigioso María Moors Cabot. “El anuncio despertó la ira general. Uno tras otro, editores y periodistas escribieron a la Escuela de Periodismo de la universidad para hacer constar su indignación y anunciar que retirarían sus premios de los lugares en que los exhibían”.²⁹ Y sin embargo, esos editores no ignoraban que el Proceso boqueaba. El Proceso, por cierto; sus valores, no.

Y ese es el punto. José Alfredo Martínez de Hoz sostuvo: “Quizás a nosotros nos tocó romper el hielo y la resistencia inicial sin alcanzar plenamente nuestros objetivos. Pero el *cambio de mentalidad* que predicamos se fue produciendo inexorablemente”.³⁰ Ese cambio de mentalidad nos impone este trabajo.

29 Graciela Mochkofsky, *Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*, Buenos Aires, De Bolsillo, 2004.

30 José A. Martínez de Hoz, *15 años después*, Buenos Aires, Emecé, 1991, p. 9, destacados de A.H.

Historia estructural del golpe de Estado

¿Cómo organizar una historia estructural del golpe de Estado? ¿Debemos leer en esa serie de crujidos sistémicos tan solo una gramática del independentismo militar? Una suerte de parche entre un orden político incumplible y una legalidad constitucional imposible, habida cuenta su falta de vigencia y continuidad en el tiempo.

En todo caso, ¿qué relación existe entre una cosa –orden político– y la otra –golpe militar–? ¿O solo se trata de un conjunto de episodios inconexos con un cierto *modus operandi* común? Para enhebrar esta seguidilla de preguntas surge otra: ¿cuán común es el *modus* golpista?

Antes de responder conviene constatar lo obvio: entre 1930 y 1976 se produjeron los únicos golpes exitosos (entendiendo por golpe el acceso de las Fuerzas Armadas al control del aparato del Estado, bajo métodos extraparlamentarios que culminan con un acto de fuerza controlada); por fuera de esas fechas fracasaron. Sin olvidar que ambos toques coinciden con un ciclo histórico nacional completo.

Dos enfoques opuestos permiten acercarse al problema: en uno se trata de episodios de anomia social –desajustes sistémicos– que deben ser corregidos mediante una nueva cultura política de la sociedad civil. Esta aproximación tuvo en el pasado reciente un exponente clásico: Raúl Alfonsín en la pluma de Juan Carlos Portantiero.³¹ Debemos admitir que este extendido abordaje

31 Raúl Alfonsín, “Convocatoria para una convergencia democrática”, discurso pronunciado en Parque Norte el 1º de diciembre de 1985.

continúa a través de múltiples expositores académicos.³² En el otro, la siguiente hipótesis nos permite calar el problema: una política de clase dominante que aplicada en ciertas condiciones históricas ¿permite? remontar la crisis que el capitalismo dependiente impone al bloque hegemónico, y a la sociedad en su conjunto. El problema, entonces, requiere saber cuáles son –¿en qué consisten?– las mentadas condiciones, y cómo afectan el recorrido y la resolución de la crisis.

Desde la perspectiva académica tradicional para los investigadores de historia política argentina el núcleo a observar se diluye en el campo cultural, desde la otra se trata de organizar un abordaje estructural. Esto es, una sistematización que permita dar cuenta de la naturaleza del problema, sin ignorar que alimenta una cierta cultura política que retroalimenta su propia producción de sentido.

La serie a pensar contiene los siguientes episodios: 1930, 1943, 1955, 1962, 1966 y 1976. Una primera lectura permite constatar que la puesta en escena de cada golpe no es idéntica. El de 1930 contuvo una intervención militar mínima –solo los cadetes del Liceo– al tiempo que la participación de los partidos de oposición a la UCR resultó decisiva; en 1943, por el contrario, los partidos no jugaron inicialmente ningún papel protagónico, y las Fuerzas Armadas casi actuaron por su cuenta, con cierta independencia. En 1955 una aguda crisis política se transformó en militar, y la militar en golpe programático –la Revolución Libertadora– donde los partidos de oposición cogobernaban con el cuadro de oficiales. Tanto que los golpes de 1962 y 1966 pueden inteligirse como corolarios obligados de 1955, y así se explica que los oficiales superiores deliberaran semi públicamente, dejando las logias definitivamente atrás. Con una sola condición: no se podía conservar mando de tropa, integrar el cuadro de oficiales, y ser peronista. Ese era un límite de clase negativo.³³ La deliberación construyó, cristalizó, transformó

32 Marcos Novaro y Vicente Palermo, *Historia Argentina*, t. 9: *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

33 Véase en Antonio Gramsci la noción de hegemonía, “El problema de la dirección política en la formación y el desarrollo de la nación y del Estado moderno”, en *Antología*,

alineamientos relativamente fluidos en estables al interior del Ejército –azules y colorados– y el diferendo se saldó, por primera vez, con una costosa victoria azul en 1962, y la caída de Arturo Frondizi.

El punto merece alguna explicación, ya que victoria azul y continuidad desarrollista parecieran ir de la mano. Y esto será así en tanto desdibujada continuidad del programa de gobierno, de los instrumentos para afianzar la dirección frondizista. El diferendo, en cambio, remite a las condiciones de exclusión del peronismo. Para Frondizi era posible aceptar el peronismo sin Perón; para los azules la negociación con el peronismo suponía que Perón y el peronismo se avenían pacíficamente a las condiciones de la Libertadora. Como esto encalló con la realidad pasaron del peronismo sin Perón al desarrollismo sin Frondizi. Era una ilusión trivial, y lo comprobaron con Arturo Humberto Illia.

En cambio, tanto el de 1966 como el de 1976 resultaron golpes cuarteleros en que la intervención de los partidos determinó muy indirectamente su orientación. Y el de 1976 terminó definitivamente con azules y colorados, mediante una aplastante victoria colorada. Ergo, la identificación de un *modus operandi* común –salvo en el sentido excesivamente amplio de la definición operativa– no parece muy halagüeña.

El golpe del año treinta desalojó al gobierno constitucional de Hipólito Yrigoyen del poder, el de 1943 evitó la victoria electoral fraudulenta de Robustiano Patrón Costas, sin incluir solución parlamentaria directa. En 1955 derrocaron al gobierno constitucional del general Perón; tanto en 1962 como en 1966 el golpe tuvo un solo objeto: impedir el triunfo electoral del peronismo. Y el de 1976 se ejecutó bajo la pancarta de evitar el triunfo de la guerrilla revolucionaria. Dicho epigramáticamente: dos golpes se hicieron contra presidentes de legalidad perfecta (Yrigoyen y Perón), tres para evitar un resultado electoral (1943, 1962 y 1966), y uno para instalar una dictadura burguesa

México, Siglo XXI, 1970; y Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980.

terrorista unificada, iniciando así un nuevo ciclo de la historia nacional de muy relativa estabilidad institucional, pero sin golpes de Estado.

Si se tiene en cuenta que los dos presidentes de legalidad perfecta son al mismo tiempo los líderes fundadores de su respectiva fuerza, y que se trata de los dos partidos de tradición popular mayoritaria, va de suyo que existe una relación entre golpe y el sistema político. Dicho de otra manera: el golpe de Estado –en términos funcionales– corregía los efectos “indeseados” de la ley Sáenz Peña³⁴, era un instrumento político legítimo –desde la perspectiva del bloque de clases dominantes– de ese ciclo histórico.

Entre 1880 y 1976 los ciudadanos votaron según las garantías de la Constitución en las siguientes oportunidades: 1916, 1922, 1928, 1946, 1951 y 1973. De modo que la democracia representativa a lo largo de una centuria está asociada a tres nombres propios: Yrigoyen, Alvear y Perón. Si se añade que dos de los tres presidentes soportaron golpes de Estado en su segundo mandato, sin olvidar que Alvear fue proscrito en 1931, se entiende que la pancarta de la democracia representativa quede asociada a yrigoyenismo y peronismo.

Una sencilla contabilidad política permite establecer que en el período considerado la presidencia cambió de manos en 32 oportunidades. Una regla de tres simple alcanza para saber que en 96 años, de respetarse el lapso constitucional para la rotación del cargo, el número de presidentes debía ascender a 16. La duplicación de esa cifra evidencia un sistema político de muy baja aptitud para el respeto de sus propias reglas. En todo caso, las reglas establecidas en el texto constitucional difieren con las efectivamente practicadas. La afirmación cobra pleno sentido entre 1930 y 1976; en 46 años 20 presidentes se alternaron en el cargo, y 12 fueron militares. Con un agregado: el número de presidentes debía ascender a 8, y al octavo mandato todavía le debían faltar dos años para concluir. Si se contrastan

³⁴ En un reportaje publicado en la revista *Siete Días*, 23 de abril de 1973, Jorge Luis Borges sostiene: “Yo pienso que el país está en decadencia desde la ley Sáenz Peña”.

los 96 años –medición completa– con los 46 de nuestro estudio, se verifica una tendencia a incrementar la velocidad de rotación en el cargo presidencial. Y si el análisis se focaliza en los ministros de Economía, el tiempo vuelve a acelerarse. Dicho de un tirón: la sociedad argentina nunca fue gobernada bajo los métodos representativos y republicanos de la Carta Magna. Es que debajo de esa Constitución parlante rige una muda, rosista, mal emparentada con la tradición democrática. Esto no impide afirmar a un afamado historiador profesional lo que sigue:

La democracia constituye nuestra auténtica y perdurable tradición política, no tenemos otra; el hecho es tan notorio y tan característico del proceso americano que basta enunciarlo –como punto de partida– para estar eximido de la prueba. *La democracia fue el signo bajo el cual surgieron a la vida independiente los países americanos*; era la llamarada que incendiaba a Europa desde fines del siglo XVIII y siguió brillando pese a la férrea resistencia que le opusieron las fuerzas políticas constituidas.³⁵

La afirmación no puede sino dejarnos perplejos. En primer lugar, por la curiosa enunciación (“estar eximido de prueba”) ya que si algo no se admite en ciencias sociales es precisamente tal eximición. Y en segundo término –como sobradamente demostramos unas pocas líneas más arriba– la postura de José Luís Romero no resiste verificación alguna. Con un añadido: “la llamarada que incendiaba Europa”, la revolución burguesa, tampoco abrió el ciclo democrático, sino más bien burgués en un sentido muy amplio. Ese es el punto: como no resiste verificación está eximida de prueba. Y contra esa mítica democracia fundada en 1810³⁶ se contrastan los gobiernos reales. El método tiene una

35 José Luis Romero, “El drama de la democracia argentina”, en *Revista de la Universidad de Colombia*, n.º 5, enero-marzo de 1946.

36 Para el análisis de ese mito véase nuestro *El país que estalló. Antecedentes para una historia argentina (1806-1820)*, t. I: *El camino de Potosí*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

ventaja edificante: se puede ser tan impiadoso como se quiera contra el gobierno sometido a este modelo de crítica. Entonces, la justificación del golpe va de suyo. Dicho brutalmente: es la tesis analítica central –en el terreno discursivo del liberalismo histórico– de toda política articulada en la quiebra del orden legal, en la configuración del Estado de excepción que permita recuperar –más adelante– la mítica democracia revolucionaria conculcada.

I

El golpe de Estado –en el período considerado– no es entonces un acontecimiento extraordinario. Azotada por una crisis perpetua, la sociedad argentina acentúa su decadencia en todos los planos, incluso el institucional, diría un liberal. ¿Este es el problema? ¿La baja calidad de las instituciones de la república? ¿Y si así fuera, la “calidad institucional” de qué depende: de la naturaleza de la crisis –esto es, de la labilidad de la formación histórico-social– o del abstracto respeto a la ley?

La crisis del treinta, en tanto crisis general del capitalismo en su faz imperialista³⁷, golpeó el corazón del mercado mundial, y desde allí, al bloque dominante de la sociedad argentina. La normalidad internacional lució las oscuras tonalidades de ese tiempo, cuando las pancartas de la democracia perdieron todo atractivo pregnante. Gobierno prestigioso y dictadura antiliberal pasaron a ser una sola cosa; nunca el cartel del parlamento cotizó tan bajo. Una enorme batalla cultural de signo antiliberal se desarrolló a escala planetaria. Por cierto que esa “moda” tenía sobrados motivos. El fin del capitalismo de libre competencia y el establecimiento del período de lucha entre potencias imperialistas, sin olvidar la victoria de la Revolución Rusa de octubre de 1917, modificaba los instrumentos y los métodos de dominación.³⁸ La caja de herramientas de la política mundial

37 Ernest Mandel, *El significado de la Segunda Guerra Mundial*, México, Fontamara, 1991.

38 Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, México, Siglo XXI, 1983.

será definitivamente otra, de lo contrario la inenarrable paz del Tratado de Versalles³⁹ no hubiera terminado derrapando en estética de Auschwitz⁴⁰, las fábricas de la muerte resultarían inimaginables.

Con anterioridad, diversos atisbos por poner límite a la indudable hegemonía del liberalismo en la cultura política nacional se produjeron en las proximidades de la crisis del treinta. Ese liberalismo no solo se nutrió de su vertiente criolla aristocrática, sino que también recibió su hilo popular. José María Aricó⁴¹ señala el peso de la “cultura masónico-iluminista” que Gramsci⁴² había detectado en los proletarios italianos que emigran hacia la Argentina. Por el mismo torrente navegaba ambiguamente el marxismo de la Tercera Internacional, desde 1928, en Sudamérica.⁴³

II

A comienzos de la década del treinta, Federico Pinedo⁴⁴ pensaba, al mismo tiempo que Lord Keynes⁴⁵ en Londres, con los instrumentos que le aportara su formación socialista, el primer programa económico de cuño dirigista. La creación del Banco Central, de la Junta Nacional de Granos, de la Junta Nacional de Carnes, son los instrumentos que el ministro del general Justo diseñó para la coyuntura. Pinedo tenía ambiciones mayores. A saber, organizar un modelo productivo nacional capaz de incorporar la sociedad argentina al mundo que se estaba gestando en las entrañas de la posguerra.

Por cierto no pensó solo. Raúl Prebisch jugó un papel de dominio público. Guillermo W. Klein trabajó en un discreto segundo plano, pero interesa señalar la presencia de aportes

39 Martín Kitchen, *El período de entreguerras*, Madrid, Alianza, 1992.

40 Theodor Adorno, “La educación después de Auschwitz”, en *Consignas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.

41 José Aricó, *La cola del diablo*, Buenos Aires, Punto Sur, 1988.

42 Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, t. II: México, Era, 1981.

43 Manuel Caballero, *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987.

44 Pinedo Federico, *En tiempos de la república*, 5 vol., Buenos Aires, 1946-1948.

45 J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México, FCE, 1958.

menos conservadores. Vinculado a la tradición marxista europea, en particular la alemana, Pinedo supo contar entre sus allegados al argentino que financió el Frankfurt Institut⁴⁶, Félix J. Weil. Y Weil, en mi opinión, cumplió una tarea casi secreta. A tal punto que Milcíades Peña lo considera, por error, el “mejor especialista norteamericano en cuestiones argentinas”⁴⁷ y Jorge Abelardo Ramos lo conoce de segunda mano.⁴⁸ El libro de Weil, *The Argentine Riddle*, publicado en 1944 en Nueva York, puede leerse como corolario de “El Plan de reactivación económica ante el Honorable Senado”⁴⁹, como parte de un brillante programa nacional fallido.

Sostiene Pinedo: Para crear las condiciones necesarias para “reactivar la economía nacional”, es preciso decidir qué se hace con los “grandes excedentes de productos invendibles”⁵⁰. El dilema para Pinedo es simple: “O los excedentes invendibles se pierden... o el Estado se hace cargo de los excedentes”.⁵¹ En caso de pérdida las repercusiones son dramáticas: “Intenso malestar en la campaña, crisis industrial, desocupación y zozobra en las ciudades”.⁵² Por tanto: “No se concibe un solo sector responsable de la opinión nacional que frente a semejantes acontecimientos preconice la actitud de dejar que ellos sigan su curso natural. *El país, por el contrario, requiere un programa de acción.* Hay que darle un programa simple, de buen sentido, *sin trascendencia doctrinaria*”.⁵³ Era un diagnóstico original que inauguraba una nueva y compleja tradición analítica. En

46 Martín Jay, *La imaginación dialéctica. Historia de la escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación Social (1923-1950)*, Madrid, Taurus, 1974.

47 Milcíades Peña, *Masas, caudillos y élites. La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Fichas, 1971, p. 51. El plan incluye un mercado libre de cambios ya “para que ese capital venga es contar con una absoluta seguridad de recibir regularmente los servicios de interés, amortización o utilidades”.

48 Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. El sexto dominio*, t. IV, Buenos Aires, Plus Ultra, 1972, p. 181. Ramos lo toma de Walter Beveraggi Allende, “El servicio del capital extranjero y el control de cambios”, en *La experiencia argentina de 1900 a 1943*, México, FCE, 1954. p. 214.

49 El Plan de reactivación económica ante el Honorable Senado”, Buenos Aires, noviembre de 1940, en *Desarrollo Económico*, n.º 75, p. 403, octubre diciembre de 1979.

50 *Ibid.*, p. 404.

51 *Ibid.*, p. 406.

52 *Ibid.*, p. 404.

53 Ídem, el destacado es de AH.

cuanto al “no se concibe” traza una frontera: de un lado, una clase dominante que actúa como clase nacional dirigente; del otro, una clase dominante que solo se propone sobrevivir sin mayores consideraciones. En 1940 no se concebía, ahora sí, menemismo mediante, perfectamente.

Entonces, para que la actividad interna no se siga contrayendo (“cuando podría operar con máxima intensidad para *sustituir con la utilización de los recursos propios del país, aunque sea de manera precaria*, lo que no se puede seguir trayendo del extranjero”)⁵⁴, es indispensable “tomar medidas tendientes a que las masas laboriosas vuelvan a disponer de poder de compra suficiente para estimular la demanda”.⁵⁵ Salvo Lord Keynes en Londres, nadie todavía tenía un enfoque similar en Sudamérica.

Ese abordaje chocaba con la concepción liberal hasta un punto actualmente casi incomprensible. Por tanto, Federico Pinedo está obligado a atender el problema de la hegemonía ideológica en el bloque dominante, y consecuentemente en el resto de la sociedad argentina, y por eso afirma: “Podrá pensarse que una acción de esta naturaleza presupone la intervención directa del Estado en los negocios. Ni se tiene ese propósito ni se justifica esa intervención”.⁵⁶ El ministro de Hacienda del presidente Castillo trabaja desde la perspectiva de las imposiciones que determina la crisis, sin poner en entredicho presuposiciones naturalizadas organizadas a partir del “comprar a quien nos compre”. Es decir, sin respaldarse en ninguna elaboración previa (que por cierto no atiende la nueva situación y por tanto no existe, ni en la dinámica social de ningún sector que ponga explícitamente en tela de juicio la convención compartida), busca un nuevo curso. Y añade una segunda novedad: actúa discursivamente desde el poder y desde el llano; combina el escrupuloso conocimiento del funcionario experimentado, con la audacia de un intelectual sin compromisos insalvables, pero lo hace como ministro, como impulsor de una transformación

54 Ídem.

55 Ídem.

56 Ídem., el destacado es de AH.

desde arriba, como el ideólogo de una revolución pasiva. Por tanto sabe que necesita una clara victoria en derredor de un nuevo concepto: política industrial. En ese punto su auditorio más sensible pareciera vinculado al flamante nacionalismo militar y a la Unión Industrial Argentina (UIA).

Las razones de esa influencia son simples: la inadecuación ideológica del bloque dominante; pasemos a explicarla: el liberalismo no facilitaba un enfoque adecuado para asimilar las consecuencias de la crisis imperialista, primero, y la guerra ínter imperialista, después; esta inadecuación estaba estrechamente vinculada a su propia rigidez estructural, a la peculiar asociación que había construido con el imperialismo inglés (en tanto proveedor de alimentos baratos), y a su habitual falta de reflexión histórica seria. El rezago relativo de Gran Bretaña, en la batalla de la productividad capitalista con Francia, Alemania y Estados Unidos, su derrota en la lucha por la hegemonía del mercado mundial, repercutía al interior del bloque dominante como inmovilismo, ya que en cualquier otra alineación de fuerzas internacionales debía modificar su propia estructura, y por tanto su lugar en la división internacional del trabajo y en la sociedad argentina misma. Por tanto, que la política industrial fuera el nuevo centro ponía en crisis tanto los valores como los instrumentos económicos tradicionales. Ergo, este enfoque no podía no ser resistido por sectores que habían hecho de su conservatismo una suerte de jactancia programáticamente pueril.

A ellos les explica Pinedo:

No se trata por lo tanto de medidas urgentes a que acude el tesoro nacional para atender sus propios compromisos. *Se trata de un plan esencialmente económico y no de carácter fiscal.* Pretender que el problema más serio y apremiante que hoy tiene la Nación es el desequilibrio de sus finanzas, comporta ignorar la realidad económica y llevar a la opinión del país a una perturbadora confusión de conceptos. Es sin

duda muy importante el problema del presupuesto, pero aunque fuera resuelto o reducido en sus proporciones por fuertes rebajas en los gastos –lo que presupone el despido de grandes cantidades de personal del Estado o disminuciones drásticas en sus sueldos– los problemas fundamentales del país quedarían sin solución, si no agravados.⁵⁷

El presupuesto nacional –en la nueva conceptualización– pierde su carácter de instrumento esencialmente fiscal, para transformarse en pieza maestra del programa industrial. ¿Y qué significa esto en lo inmediato para el estado de la vieja clase dominante? : “La adquisición de estos excedentes a precios moderados con el objeto de que el productor pueda cubrir los costos de producción pero no para mantener a los propietarios de los arrendamientos excesivos, constituye uno de los puntos fundamentales del programa económico”.⁵⁸

La importancia y el lugar de la renta agraria cambia debido al estallido de la Segunda Guerra Mundial. Normalmente, la renta fue consecuencia de la existencia de terratenientes y burgueses agrarios (en muchas oportunidades ambas figuras encarnaban en un mismo sujeto) en el mercado mundial capitalista, y sus ingresos resultan consecuencia directa de su actividad. En este caso los términos se invierten. La renta nacional que posibilita el resto de los flujos está trabada, no hay comprador internacional solvente, y es preciso asegurar la continuidad de la actividad que la producción de renta arrastraba en el mercado interno. De modo que el peso, el nuevo centro, pasa inevitablemente al mercado interno. Con un señalamiento: no existe en ese mercado suficiente demanda solvente que permita la realización de la renta. Por tanto, el Estado acomoda las piezas para suplir la carencia comprando el excedente invendible (internacional y localmente invendible), y que equivale al grueso de la cosecha que no se consume en el mercado interno. Al hacerlo despoja en

57 Ibid., p. 405.

58 Ibid., p. 406, el destacado es de AH.

los hechos al bloque terrateniente del control de la renta (por lo menos, mientras dure el ¿trastorno?), por tanto el plan potencia un nuevo orden, o en todo caso construye sus condiciones de posibilidad.

Una pregunta atormenta al bloque de clases dominantes: ¿La industrialización conspira contra nuestras exportaciones? La respuesta de Pinedo no se hace esperar: “No es el caso actual”.⁵⁹ ¿Y a futuro? : “Por el momento *el país no tiene esa opción en su política económica*, y no sabría decirse en este instante con alguna seguridad de acierto, si la tendrá o no después de la guerra”.⁶⁰ Ante esa inquietante posibilidad Pinedo insiste: “Mientras llega ese momento *el país necesita decididamente recurrir a su industria...*”.⁶¹

Ese es el punto clave: la clase dominante sabe que coyunturalmente el análisis de Pinedo contiene correcciones inevitables, pero desconfía de sus implicancias a futuro. Esta desconfianza está relativamente amortiguada por la falta de dinámica política opositora –después de todo se trata de un ministro que integró los gobiernos de Justo y Castillo– y sin embargo la máquina política se detiene, el Congreso no aprueba el Plan por su mayoría radical. Es que la pérdida del control directo –Pinedo no es considerado un cuadro propio– sobre la maquinaria histórica que había construido pieza por pieza resultaba al bloque oligárquico un hueso duro de roer, aun cuando Pinedo intentó tranquilizarlos explicando que el Plan no tenía “trascendencia doctrinaria”. El ministro lo formula así: “La idea, en última instancia, consiste en movilizar recursos presentes a cuenta de los beneficios de cambio que se obtendrán en lo futuro, o en otros términos, en anticipar o comprometer desde ahora esos beneficios para realizar las compras de productos”.⁶² Y los beneficios de cambio son una fuente futura *“no porque esos beneficios correspondan a los productores rurales como se suele afirmar, pues gravitan a veces sobre la*

59 Ibid., p. 409.

60 Ídem.

61 Ídem, el destacado es de AH.

62 Ibid., p. 406.

producción y otras sobre el consumo, sino porque el importe de esos beneficios guarda estrecha relación con las exportaciones y tan pronto como éstas vuelvan a crecer se obtendrán mayores recursos para amortizar los anteriormente movilizadas”.⁶³ Es un argumento intragable, sobre todo para productores medianos y chicos.

Volvamos al comienzo del razonamiento: ¿Cómo se constituyen los beneficios de cambio? En principio hay que diferenciarlos de precio de compra y venta, por parte del Estado. Con un mercado mundial que impide realizar la renta, falta de precio internacional, ésta deviene teórica. Entonces, para que no se derrumbe el precio interno es preciso el precio sostén fijado por el Estado. De modo que la realización de la renta depende de la capacidad de compra del mercado interno, y de la compra del resto por parte del Estado en moneda nacional. Desde el momento en que el Estado adquiere el excedente invendible impide que el sistema colapse. Por tanto, resulta interés compartido, pero no idéntico, de todas las clases sociales de esa formación histórico-social, realizar la producción agraria en base al precio sostén. Con una diferencia: el programa industrial requiere que esta situación extraordinaria se vuelva permanente. Por eso no basta la compra de excedentes y es “indispensable agregar otros estímulos. Ninguno más eficaz que el de la industria de la construcción...”⁶⁴, sostiene Pinedo. Para que la construcción cumpla ese papel la producción de viviendas obreras contiene la clave del programa. Y ese mercado depende por completo del ingreso popular y del crédito barato. Era otra novedad de bulto: la distribución del ingreso adquiriría un nuevo carácter, ya no se trataba de paz social sino del ritmo de la dinámica productiva. Es decir, sin crecimiento dinámico del consumo popular, sin una nueva estructura de distribución del ingreso, el programa resultaba inviable. Y es muy difícil que semejante cambio, incorporar a los trabajadores a un nuevo papel en el consumo y la producción, no altere el estatuto de

63 Ídem., el destacado es de AH. .

64 Ídem.

ciudadanía política. Por tanto la integración del proletariado a la república parlamentaria –el peronismo, en apretada síntesis– adquiriría el rango de necesidad sistémica implícita.

Volvamos a la pregunta inicial sobre las diferencias de cambio: ¿política de circunstancias o nueva estrategia económica? Las dos cosas: desde el momento en que el Estado adquiere el excedente a precio único en pesos y ese es el precio de costo duro, la renta diferencial de la tierra (la que surge como plus de los suelos más feraces) es mayoritariamente absorbida por el Estado. Mientras no exista precio internacional, la compra por parte del Estado sostiene toda la actividad productiva, y la renta diferencial tiende a un valor que se fija con prescindencia del mercado mundial. Es la desconexión inevitable de la divisa extranjera. Ahora bien, no bien reaparece el precio internacional, si el Estado prosigue con el procedimiento confisca renta a través de la diferencia de cambio. En ese punto la desconexión se vuelve política activa.⁶⁵ Era objetivo de la Sociedad Rural evitar o neutralizar tal cosa por cualquier medio.

Un mecanismo como el diseñado por Pinedo no depende tan solo de que exista cotización internacional, sino de la relación que se establezca entre esa cotización y el sistema de precios internos. La paridad cambiaria pierde el automatismo de la Caja de Conversión para convertirse en instrumento que genera diferencias de cambio al interior de la nueva estructura de precios relativos. Es decir, la paridad cambiaria –mejor dicho su fijación en derredor a un cierto valor– se constituye en terreno de disputa política intersectorial del excedente. En un polo, Pinedo construye un instrumento para confiscar renta diferencial realizada en el mercado mundial. En el otro, garantiza su percepción en el mercado interno mediante la libre flotación cambiaria. De modo que la política económica de cada gobierno, a partir de la instrumentación del plan, se definía en torno a esa tensión polar. Pinedo tendía, en definitiva, a fijar tanto un nuevo piso como un techo tendencial para la renta,

⁶⁵ Samir Amin, *La desconexión*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1989.

en relación con la dinámica del mercado interno. La renta no se fija automáticamente, por la cotización internacional de los bienes transables, sino indirectamente a través de la paridad cambiaria y la barrera arancelaria, que afectan la estructura de precios relativos. Y esa política modifica las condiciones de la lucha por el control del aparato del Estado, desplazándola en torno a la fijación de la paridad cambiaria. Fijar la cotización de la moneda de pago internacional respecto al peso contiene o borra –en esas condiciones históricas– la renta diferencial en la estructura de los precios relativos. En síntesis, los precios internos dejan de estar sometidos a la realización de la renta, para definirse en función de la estructura de costos internos que organizan diferencias de cambio. Era una novedad inaudita.

Esa política nacional industrial tiende a transformar los instrumentos ¿coyunturales? forjados en la década del cuarenta, en permanentes para un cierto período. De lo contrario una vez superada la crisis provocada por la guerra la política industrial debiera retroceder hasta 1929. El ministro afirma que ese no será el caso, por tanto el Plan adquiere explícita dimensión estratégica.

Es necesario asegurar ahora a nuestra industria que, *cualquiera que sean las condiciones futuras, no quedará expuesta a las ventas del exterior a precios inferiores al costo de producción* en los mercados extranjeros en las formas típicas del *dumping*. El sistema de contralor de cambios permite en verdad tomar medidas de defensa. Pero fuera de que este contralor, por su naturaleza, no puede suponerse permanente, resulta evidente que en muchos casos será indispensable completar o sustituir estas medidas con la aplicación de otras disposiciones más efectivas.⁶⁶

En ese punto el ministro es tajante: “Es un hecho indiscutido que

66 Ibid., p. 410, el destacado es de AH.

nuestra tarifa aduanera debe ser completamente revisada".⁶⁷ Es decir, se trata de usar la estructura arancelaria como parte del programa industrial, y no como venía siendo hasta entonces: simple toma y daca sometido a la lógica del comercio bilateral con Gran Bretaña. Pero la verdadera novedad pasaba por la nueva política financiera y monetaria. Sostiene el plan: "Expresado, brevemente, un programa de esta índole solo puede aplicarse en un régimen de circuito monetario severamente controlado en sus conexiones exteriores, tal como ha sido indispensable hacerlo, bajo la presión de los acontecimientos internacionales".⁶⁸ En ese punto reside el núcleo duro de la desconfianza del *establishment*: la desconexión del nuevo sistema monetario. Dicho epigramáticamente: la Caja de Conversión estaba al servicio de la realización financiera de la renta agraria. Y la política de importaciones había sido fijada únicamente por el monto de divisas disponibles sin ningún orden de prioridades. A lo sumo —cuando las cosas se ponían ásperas— se la cerraba hasta nuevo aviso. En cambio el nuevo orden monetario estaba construido desde el vamos al servicio de un programa cuya prioridad explícita era la actividad industrial sustitutiva.

Por si esto fuera poco, para asegurar que la masa crediticia llegara a la actividad industrial en tiempo y forma, tomaba el total de los depósitos bancarios y los canjeaba por Bonos del Tesoro. Esta nacionalización sin estruendo de los depósitos, que no tenía antecedentes en Sudamérica, tomaba por asalto el instrumento con que el bloque dominante territorializaba la renta. De modo que el programa les quitaba el control sobre la renta, al tiempo que perdían el dominio del crédito. La puesta en ejecución del programa suponía —y eso es lo que Pinedo no advirtió— un nuevo orden político interno. Ese era, en consecuencia, su lado débil: un programa económico que no tenía sujeto político.

Mientras tanto, una pregunta requería adecuada respuesta técnica: "¿Cómo proveer a los bancos de los fondos que necesitan para atravesar este período de transición si no resultaran

67 Ídem, el destacado es de AH.

68 *Ibid.*, p. 411.

suficientes los efectivos actuales?”⁶⁹ En las crisis anteriores el redescuento “fue la forma casi exclusiva”⁷⁰ de apuntalar bancos que bordean la insolvencia. ¿Pero es el redescuento un instrumento adecuado a la nueva escala de la política de créditos, que el ministro prevé similar al volumen de depósitos y aun mayor? Sostiene el texto:

[Para] facilitar la operación y *disipar los recelos que sin duda alguna ha de despertar un plan de esta índole*, convendría disminuir en lo posible la necesidad de redescuento. Ello podría conseguirse en varias formas con la intervención del Banco Central si se le autoriza a depositar en los bancos que requieren efectivo, ya sea fondos provenientes de depósitos de otros bancos en el Banco Central o de la colocación de certificados de bonos consolidados o de otros papeles de absorción de fondos o en los bancos o en el público.⁷¹

La nacionalización de los depósitos tiene por objeto disponer hasta el límite de la liquidez existente, para asegurar la máxima capacidad de multiplicación interna para la demanda solvente de los productos del proceso de sustitución de exportaciones. Los motivos solo pueden inferirse, pero a nadie se le escapa que como la duración de la guerra era un dato incierto, el mientras tanto permitía todas las audacias del programa, por eso era indispensable no perder tiempo. Es que a juicio del ministro, este comportamiento –retrospectivamente considerado– debió iniciarse en 1930. ¿Una autocrítica? Si se quiere, pero sobre todo un modo de subrayar la urgencia y la novedad histórica de la situación. De ahí que distinga entre coyuntura y estrategia cuando afirma: “En todo el plan de financiación que se ha considerado hay una parte de emergencia y otra que encierra el núcleo de la solución de un importante problema de carácter

69 *Ibíd.*, p. 413

70 *Ibíd.*, p. 412.

71 *Ibíd.*, p. 413, el destacado es de AH.

orgánico: *la financiación de la industria y las construcciones a plazos intermedios y largos*”.⁷²

El cambio de plazos delata el cambio de estrategia. La producción agropecuaria –salvo para obras de infraestructura– requiere plazos anuales, porque se ajusta en definitiva al tiempo de la naturaleza –cosecha gruesa y fina, parición de animales–. En cambio, la producción industrial requiere un ciclo de inversiones que oscila entre 5 y 10 años. La iniciativa industrial coincide con “la necesidad imperiosa de suplir” importaciones. Explica Pinedo que tanto en 1914 como en 1930 un cuello de botella no pudo ser salvado, ya que no se intentó organizar el crédito industrial a plazos adecuados. Sin olvidar que el acceso al mercado de capitales, nacionales y extranjeros, dificultó en grado sumo el despegue. De modo que el Plan requiere un instrumento financiero que ponga en foco la nueva política: un banco industrial.

Pinedo analiza las novedades mediante aproximaciones sucesivas. Antes que nada tranquiliza sobre los efectos de la nueva política de créditos, demostrando que no contiene una expansión ilimitada de los recursos monetarios. Sostiene:

Pero hay una diferencia fundamental entre el redescuento y esas operaciones de financiación: en el redescuento es el Banco Central el que crea los recursos, en tanto que en tales operaciones el banco actuará como intermediario entre el público que coloca sus fondos en los papeles que aquel emite y los bancos y otras entidades que financian la industria y las construcciones. *El volumen de tales operaciones estará, pues, subordinado en última instancia a la capacidad receptiva del mercado para las obligaciones emitidas por el organismo de financiación que el Banco Central va a establecer o, en otros términos, a la cantidad de ahorro dispuesta a invertirse en papeles.*⁷³

72 Ibid., p. 414, el destacado es de AH.

73 Ibid., p. 415, el destacado es de AH.

En el ciclo que arranca en 1880 y culmina en 1930 la renta agraria se territorializaba en el sistema financiero nacional. De modo que el sistema bancario había estado, directa e indirectamente, sometido a ese norte. El programa de Pinedo imponía otra lógica: si parte de la renta podía reconducirse y el sistema financiero debía reajustarse en la nueva dirección, para el bloque tradicional reinvertirla en la red bancaria dejaba de ser opción única. La guerra impedía transitoriamente ejecutar el camino hacia el sistema financiero internacional, la posguerra lo abriría. Mientras tanto, o aceptaban la tasa de interés oficial con esos plazos, o dejaban el dinero inmovilizado –comprar oro o divisas no era sencillo–, o lo destinaban a la compra de bienes. Es decir, tenían un menú de opciones limitado. De modo que la nacionalización de los depósitos –en tanto modo de asegurar el flujo financiero– era una pieza clave ya que impedía todo debate.

Para el proyecto de Pinedo: “En última instancia es el Estado quien, por intermedio del Banco Central, moviliza los recursos del mercado no para satisfacer las necesidades del tesoro público, sino para entregarlos en condiciones adecuadas de plazo e interés a las actividades privadas”.⁷⁴ Pero aun así: “El riesgo de los préstamos industriales corresponde, pues, a los bancos, los que serán directamente responsables ante el Banco Central por los fondos que éste les ha suministrado con destino a los préstamos”.⁷⁵ Ya que: “El procedimiento que se ha descrito *no comportaría responsabilidad solidaria alguna entre los bancos participantes...*”.⁷⁶

El lugar de los bancos en el nuevo orden financiero termina siendo claro, y Pinedo lo define sin vacilar: “A fin de resarcir a los bancos de los gastos de la atención de los depósitos transferidos, sería necesario pagarles además una comisión a calcularse en forma que la operación no les produzca quebrantos ni se convierta en fuente de beneficios extraordinarios, pues *los obtendrían indirectamente de la operación de todo el plan*”.⁷⁷

74 Ibid., p. 418.

75 Ibid., p. 416.

76 Ibid., p. 413, el destacado es de AH.

77 Ibid., p. 412, el destacado es de AH.

En definitiva, los bancos no son responsables de la política crediticia, en tanto instrumento del plan, pero sí lo son de las operaciones concebidas una a una. Ergo, la relativa autonomía de los bancos se termina subordinando a la nueva política de Estado. Sólo si el programa de Estado funciona los bancos ganan. Dicho con sencillez: el partido del Estado cambia de estrategia, para ejecutar la nueva requiere articular nuevos instrumentos y un nuevo horizonte colectivo, por tanto los partidos de gobierno se rigen por el nuevo mapa. Entre 1932 y 1935 se forjaron los nuevos instrumentos (el Banco Central, la Junta Nacional de Granos y la Junta Nacional de Carnes), con el estallido de la guerra se impone un nuevo horizonte que cabalga sobre la sustitución de importaciones como nervio de una política industrial sostenida desde el Estado. Y los nuevos gobiernos del ciclo (Perón: 1946/1955; Aramburu: 1955/1957; Frondizi: 1958/1962; Illia: 1963/1966; Onganía-Levingston-Lanusse: 1966/1973; y de nuevo Perón: 1973/1976), más allá de su estricta vocación, acatarán estas normas sistémicas. La gramática económica del periodo resulta obvia. Pero es preciso establecer analíticamente la nueva relación entre economía nacional y política.

En última instancia el programa de Pinedo suponía, requería, imponía un crecimiento de las exportaciones para financiar su expansión con ahorro interno disputado para el pago de la cuenta de servicios y capital de la deuda externa. Ese era uno de los cuellos de botella que la economía nacional debía quebrar; por tanto, sostiene Pinedo:

Hay que hacer el mayor esfuerzo para aumentar nuestras exportaciones y limitar el problema de los excedentes. Antes que otorgar créditos con tal propósito, debemos *aprovechar esta oportunidad para repatriar en pago de parte de nuestros productos, nuestros propios títulos de deuda pública* u otros valores argentinos, como ser los ferroviarios, no existiendo, por otra parte, posibilidad de colocar por el momento estos valores en el mercado

local.⁷⁸

Esa era una operación financiera clásica, ligada al modelo analítico de los sectores más tradicionales. Una concesión. Nada quedaba librado al azar, otra pieza que debía sumarse al programa industrial era una nueva política de transportes. No solo porque el sistema de tarifas organizaba las prioridades de la realización de la renta en el mercado británico (recordemos las tarifas parabólicas por las que el flete de Buenos Aires a Salta era más barato que el de Salta a Buenos Aires) sino porque era, además, el principal activo que permitía la “neutralidad” argentina frente a la guerra. Dicho con sencillez, si Gran Bretaña era derrotada era el único modo de cobrar la deuda. La otra posibilidad, conceptual por cierto, pasaba por la nacionalización de los activos británicos y renegociar las ventas de alimentos. Pero esa perspectiva no dispuso nunca de un mínimo de incidencia política, carecía de suficiente adherencia social, por tanto no puede ser considerada sino contrafácticamente.

Pinedo construye los beneficios futuros –los de la renta y los del capital– sobre la base de demostrar que los quebrantos presentes solo abren la compuerta de nuevos quebrantos, a no ser que se implemente la política propuesta: un mercado interno en expansión sostenida a caballo de una doble ampliación: de la demanda solvente, del área geográfica. Como ha sido actitud sistemática del *establishment* trabar las exportaciones y las importaciones de los países limítrofes, el ministro insiste: “Esa actitud debe ser reemplazada por una política clara y firme de aproximación económica que nos permita con el tiempo llegar a establecer *una gran zona de comercio libre*”.⁷⁹ La industrialización requiere mercado más amplio, entonces: “¿Por qué esperar del tiempo sin embargo lo que podría conseguirse de inmediato con el acuerdo económico entre varios países?”⁸⁰ Y un mercado de estas características solo es posible a partir

78 Ibid., p. 420, el destacado es de AH.

79 Ibid., p. 409, el destacado es de AH.

80 Ibid., p. 410.

de una política industrial pactada con otra clase dominante de intereses concurrentes: la burguesía brasileña. Este aspecto del plan nunca fue implementado, y si se quiere muestra que el horizonte de Pinedo le quedaba grande a los pequeños patriotas profesionales que vinieron detrás.

Un acuerdo con la burguesía brasileña para un programa industrial común no solo chocaba con la lógica de la política económica; también se daba de bruces con todo lo que las Fuerzas Armadas entendían por defensa nacional. El único político cuya formación militar estuvo al servicio de su programa de transformación nacional, el entonces coronel Perón, sostuvo en una conferencia dictada en la Universidad de La Plata, titulada “Significado de la defensa nacional desde el punto de vista militar”⁸¹: “La guerra es un fenómeno inevitable a la que se responde con la nación en armas”. Esta aproximación política no tiene lugar conceptual, en tanto estrategia general del Estado, para una asociación estrecha con un vecino –en este caso Brasil– porque la industria pesada, requisito central de esa perspectiva, es la base de la autonomía nacional. Por tanto, el acuerdo con Brasil propuesto por Pinedo imponía revisar toda la conceptualización que el bloque de clases dominantes constituyó a partir de Julio Argentino Roca, y eso no sucedió nunca.

Perón acuñó una fórmula inadecuadamente exitosa: el país debe tener la política de su ejército o el ejército de su política. Pinedo modificaba toda la política; en esas condiciones conservar el ejército de la vieja política, construía una tensión entre esa nueva política y ese ejército. O el ejército era rehecho o la vieja política militar terminaría resultando funcional al más regresivo de los programas reaccionarios. Con un añadido, el desarrollismo, a través de su numen teórico, Rogelio Frigerio, sostuvo explícitamente la tesis inversa.⁸²

Dicho sintéticamente: el plan nunca contó con la masa crítica que posibilitaba su éxito, ya que nunca ninguna de las alianzas

81 Conferencia pronunciada el 10 de junio de 1944.

82 Rogelio Frigerio, *El estatuto del subdesarrollo*, Macacha Güemes, Buenos Aires, 1974.

de clase lo hizo del todo propio. Por eso Martínez de Hoz pudo sostener sin error: ese programa fracasó. Así fue; se ocuparon de hacerlo fracasar, a lo largo de estas páginas veremos cómo.

III

Enunciado a modo de tesis: la crisis del treinta integra el golpe, así como la de posguerra el Plan Pinedo, y los integra en tanto instrumentos de la nueva panoplia política del partido del Estado, como lógica del programa de los partidos de gobierno. El papel del Plan –en tanto lectura nacional de la crisis– ha sido analíticamente desmenuzado más arriba, el del golpe de Estado como instrumento para forjar una nueva política de clase será esbozado a continuación.

Entre 1930 y 1976 la respuesta a la doble crisis contuvo la inestabilidad sistémica, como modo de contrarrestar el estático carácter arcaico de la ideología y de la práctica capitalista del bloque terrateniente, como dificultad, imposibilidad de una *gentry sui generis* capaz de construir un bloque dirigente más moderno.

Para que se entienda la analogía: la alianza que los terratenientes ingleses conformaron durante el siglo XVII con la naciente burguesía manufacturera, alianza social y política, organizó la gramática del capitalismo inglés, sostiene Perry Anderson.⁸³ En ambos casos, el inglés y el argentino, el capitalismo se traslada del campo a la ciudad. ¿La diferencia? La aptitud inglesa para cooptar democráticamente a los nuevos integrantes urbanos en pie de igualdad social y política. La porosidad para reformular continuamente la composición de la clase dominante, y por ende cooptar sin guerra los nuevos valores como pautas de toda la sociedad. Esa fusión posibilitó las sucesivas transformaciones tanto al interior del bloque dominante como de las clases dominadas, sin que la conflictividad pasara de un cierto rango, sin que activara la guerra civil. El motivo es simple: para los ingleses del siglo XVIII los trabajadores no eran una amenaza social ni política. Para los terratenientes

83 Perry Anderson, *El estado absolutista*, México, Siglo XXI, 1985.

argentinos la sombra proletaria en la política era motivo de pánico histórico, y por tanto de represión (4.144, ley de residencia, masacres en la Patagonia de los años 1921 y 1923). Ese es el recorrido “pacífico” que resulta bloqueado por la dictadura burguesa terrorista unificada de 1976. La unificación del bloque tiene como eje la renta: todos son rentistas en el mercado global. Por tanto, la estabilidad institucional posterior a 1983 pasa a tener un curioso soporte: el completo inmovilismo del bloque dominante, la necrosada derrota de la sociedad civil, el fracaso de los instrumentos y el programa construidos para remontar la crisis abierta en 1940 con el cierre del mercado mundial.

El Plan Pinedo divide y organiza a los integrantes de los partidos de gobierno, ya que su resistida ejecución articula y constituye la puja distributiva por el ingreso nacional; pero la organiza como dinamizador de la lucha de clases, y en esa tensión, los obreros se sitúan frente al plan –peronismo mediante– como beneficiarios del consumo y corresponsables de la productividad social del trabajo; por su parte, la burguesía prebendaria se ubica como la receptora de la renta bajo la forma de créditos baratos para la inversión, al tiempo que disfruta de la ampliación del mercado popular, mientras el bloque tradicional genera las divisas que sostienen el consumo popular y la inversión industrial, ampliando la productividad social del trabajo agrario. La burguesía agraria, en ese lapso, se separa existencial y económicamente de los terratenientes –antes ambas figuras solían duplicarse en una misma persona– y cobra una significación novedosa. No solo mecaniza el campo sino que presiona el *quantum* de la renta hacia la baja. Es decir, la renta (para conservar la proporción entre la valorización de la tierra, motorizada por los nuevos rindes, y el precio interno de la producción, no olvidemos que el precio sostén beneficia particularmente al burgués agrario) requería continuas inversiones en mantenimiento de la tierra (manejo de aguadas) y tecnología productiva; inversiones que la burguesía agraria no siempre estaba interesada en realizar a costa de recortar

sus ganancias de corto plazo, dejando en claro que la crema del negocio había pasado a otras manos. De hegemonizar el bloque de clases dominantes los terratenientes pasaban – desde la puesta en marcha del Plan Pinedo, y del nuevo ciclo del mercado mundial– a un rol de subordinación económica y política. Sin olvidar que el cambio de composición orgánica de capital –proporción entre la inversión en medios de producción y masa salarial– se alteraba en beneficio de los industriales, y por tanto su participación en la apropiación del excedente social tendía a incrementarse. Y la propiedad de la tierra – producto de la evolución de la nueva situación– también tendió a cambiar de manos. Es decir, el crecimiento dinámico de la industria generaba excedentes que en no pocas oportunidades se reinvertieron en la adquisición de tierra.⁸⁴ Todo comenzó a moverse a una nueva velocidad pero en idéntica dirección. La modernización alimentaba la crisis desde el momento en que los segmentos desplazados ponían en entredicho la legitimidad de la nueva dirección.

Contado desde la anécdota: el campo se quejaba –antes de 1976– de que los bienes aportados por la sustitución de importaciones eran más caros que los adquiridos en el exterior, al tiempo que resultaban de inferior calidad. Era cierto, y esa era la distancia por recorrer: alcanzar los estándares de productividad del mercado mundial en el mercado interno. Pero la falta de garantías políticas –temor por la presencia obrera en la orientación de la sociedad– empujaba al bloque de clases dominantes hacia el más cerril conservatismo. Sobre todo, cuando el aumento de la productividad social del trabajo requería de un nuevo quantum de inversión industrial, inversión que exigía a cambio incrementar la tasa de ganancia frenando directa e indirectamente el salario obrero. Al frenarlo, la demanda solvente que sostenía el crecimiento del mercado interno sin ampliación geográfica se limitaba de inmediato, y ese recorte trababa toda política de inversiones de mediano y largo

⁸⁴ Khavisse y Basualdo, *El nuevo poder terrateniente*, Planeta, Buenos Aires, 1993.

plazo. Ese resultó un verdadero cuello de botella: un mercado insuficiente. Ni el peronismo, ni ninguna otra alquimia política pudieron, supieron, ni intentaron resolver tan espinoso asunto. Esa posibilidad quedaba fuera del horizonte del nacionalismo político de posguerra.

En el ínterin, la nueva jerarquía internacional del capital organizó los eslabones de la cadena del valor global, y la semicolonía próspera del periodo anterior –donde la teoría del derrame había funcionado hasta cierto punto– para conservar relativamente alto el consumo popular requería una nueva estructura distributiva del ingreso nacional. Pues bien, esa nueva estructura supuso una merma de la capacidad de compra tradicional en el mercado mundial. Dicho epigramáticamente: los terratenientes, en términos de precios relativos, eran el pato de la boda, y el modo en que podían dejar de serlo suponía abandonar definitivamente el horizonte del Plan Pinedo modificando los partidos de gobierno, y por tanto el programa del partido del Estado. Y ese es el verdadero objetivo del golpe de 1976: una completa vuelta de campana que reconstruye otra versión del “granero del mundo”, un camino anacrónico.

Volvamos entonces a 1943: una pregunta organiza el problema: ¿cuándo un partido de gobierno deja de ser un partido del Estado en medio de una crisis del programa del Estado?

[El] partido de gobierno se define en relación con el arco social que lo votó. Está determinado por su adhesión social a una política. Un partido del Estado, en cambio, se define exactamente al revés. El bloque de clases dominantes define si determinado partido satisface adecuada o inadecuadamente sus intereses y, consecuentemente, si sigue siendo un partido del Estado. Mientras esta operación es posible, el camino parlamentario resulta viable porque de allí surge el consenso que permite ejecutar este doble y contradictorio mandato.⁸⁵

Dicho brutalmente: un partido de gobierno deja de ser un partido de Estado cuando opta por una solución que deja de lado el bloque de clases dominantes –camino revolucionario–, o cuando no logra respaldo público suficiente para implementar el programa del partido del Estado.

De modo que una crisis de gobierno pone en juego la aptitud del partido que la soporta, para llevar adelante el programa del partido del Estado. En caso de remontarla conserva su lugar, de lo contrario abre el camino para el recambio institucional. Y este recambio necesita de otro partido de gobierno capaz de impulsar desde el arco parlamentario la nueva política del partido del Estado. Si tal partido no existe, o si la posibilidad de mutación de un ala para construir una nueva hegemonía no tiene viabilidad, el golpe de Estado se abre paso como potencialidad política.

Reformulado sin eufemismos: el partido del orden puede emerger del arco parlamentario –evitando el golpe– o de las Fuerzas Armadas mediante un golpe. En ambos casos el partido del orden accede a gobernar la crisis a partir de los problemas que el bloque dominante debe resolver. El Estado mayor del bloque, en esas condiciones, sufre una drástica transformación. El partido del orden no tiene instrumentos a priori, ni integrantes fijos dentro de las clases propietarias, la nueva hegemonía dispone, articula, constituye una formulación excluyente: gobernar la crisis mediante la constitución del nuevo programa del partido del Estado. Y como ese programa no es tan sencillo de dilucidar, para un bloque tan conservador, el estado de excepción resulta una necesidad casi insustituible en tanto instrumento para gobernar el proceso de transición. El estado de excepción cristaliza en principio el nuevo orden, y toda oposición en esas condiciones se contabiliza como desertión en el frente de batalla. Y por tanto justifica –desde esa perspectiva de clase– la represión directa sin ninguna clase de garantías jurídicas. El orden legal queda en suspenso hasta tanto el nuevo orden político pueda estabilizarse conservadoramente.

Retomemos la pregunta inicial: ¿cuándo un partido de gobierno deja de ser un partido del Estado en medio de una crisis del programa del Estado? Sólo si el radicalismo rehacía su horizonte estratégico, sólo si el Plan Pinedo que no defendió en 1940 integraba el núcleo duro de la conceptualización económica, sólo si su agrarismo impenitente mutaba en política industrial sustitutiva, al tiempo que incluía entre su masa de adherentes a los protagonistas del nuevo ciclo histórico, sólo si todas estas condiciones se daban, al menos potencialmente, al mismo tiempo la UCR conservaba sus aptitudes de partido de Estado y gobierno. Y conviene señalar que tal cosa no sucedió en tiempo y forma.

IV

Un único suceso rompe la tediosa siesta cultural del centenario: la Reforma Universitaria. Y conviene señalar que a mediados de la década del 20 su influencia renovadora ya estaba en franco retroceso. Es que la movilización estudiantil coexiste con la Semana Trágica de enero de 1919, sin que conecten entre sí más que declamativamente. Ambos sucesos no se tocan, por cierto, con ninguno de los actos de la nueva vanguardia estética. Cada cosa sucede escindida, sin que las demás ni la potencien ni la limiten. Era un país desarticulado, amorfo, provincial.

Por cierto que la responsabilidad del radicalismo, en este caso cordobés, no constituye un asunto menor; por la lógica del enfrentamiento político anterior, con Juárez Celman y el Partido Autonomista Nacional, arrastraba el lastre de los sectores más clericales y conservadores de esa provincia. Desde esa concepción, el doctor Enoch Aguiar renuncia a la intendencia de Córdoba en 1917, ya que el Consejo Deliberante establece la jornada laboral de 8 horas, no sin antes prohibir la venta de cigarrillos a menores de 14 años. Más tarde don Enoch objetaría la enseñanza laica y la participación estudiantil en el gobierno de la Universidad, dado que integraba la “Corda Frates”, cofradía semi secreta que gobernaba con mano de hierro

la universidad bajo la férula de la Iglesia católica. Para que la Reforma sobreviva deberá defenderla el gobierno nacional.

Marcelo Torcuato de Alvear será –en cambio– tributario del punto de vista de Enoch Aguiar; por eso, en 1926 interviene las universidades del Litoral y Córdoba, para modificar definitivamente su estatuto aprobado en 1922. Iniciando así la contrarreforma oligárquica. Toda la transformación que el radicalismo fue capaz de insuflar falleció en sintética agonía. La UCR había dado todo de sí, y desde la pobreza que la nutría (que era también pobreza social) nunca se propuso librar siquiera limitadamente la imprescindible batalla cultural. Las tensiones existían –la revista *Martín Fierro* las registra en un plano– sin que proporcionara su caudillo cauce para su desenvolvimiento. Ni las relaciones de la Iglesia con el Estado –salvo impedir la constitución de la Universidad Católica–, ni el estatuto legal del movimiento obrero –vetado por los conservadores en el senado–, ni los derechos políticos de los extranjeros, ni la situación electoral de las mujeres –con media sanción de diputados el proyecto fue cajoneado por el Senado–, ni las propuestas liberales del socialismo, fueron objeto de reelaboración crítica.

Casi imposible distinguir tanto conservatismo tradicional del ultramontano, a no ser por la sintaxis y el fervor cipayo explícito. Sostenía el senador Matías Sánchez Sorondo en una materia más sensible para su clase y su tiempo:

Aunque esto moleste a nuestro orgullo nacional, si queremos defender la vida del país, tenemos que colocarnos en la situación de colonia inglesa en materia de carnes. Esto no se puede decir en la Cámara pero es verdad. Digamos a Inglaterra: nosotros los proveeremos a ustedes de carne, pero ustedes serán los únicos que nos provean de todo lo que necesitamos; si precisamos maquinarias americanas vendrán de Inglaterra.⁸⁶

86 Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, t. VII, p. 612, 20 de abril de 1923.

Para los cogotudos del alvearismo, Sorondo se iba de boca. Decía lo que todos pensaban y harían pocos años después, llegado el caso, mediante el pacto Roca-Runciman. Ese era en definitiva el punto de vista que determinaba todo el horizonte nacional. Para la UCR el antiimperialismo se agotaba en una declamación genérica contra el panamericanismo de los Estados Unidos, y punto. Con Gran Bretaña no se metía. Por tanto, continuaba acriticamente la más rancia tradición oligárquica en materia de relaciones internacionales, sin olvidarse repetir el esquema en casi todos los demás puntos críticos.

Aun así, durante el gobierno de Alvear la relación con Yrigoyen (lo que equivale a decir entre el gobierno y los personalistas) fue tensa. Nadie pensaba entonces que eran la misma cosa. El radicalismo cordobés mantuvo la abstención por falta de suficientes garantías hasta 1925. No en vano el 20 de junio de 1924 se produce la ruptura entre los seguidores del peludo y los galeritas dirigidos por el senador Leopoldo Melo (UCR impersonalista). Y a consecuencia de esa partición en enero de 1925 pierden por una diferencia mínima las elecciones provinciales ante Miguel Ángel Cárcano (46.135 contra 45.901). La división les había restado 14.000 votos. La lucha fraccional toma impulso.

Sostiene Ramos con su potente prosa política: “El comienzo de la ruptura fue espectacular. La numerosa bancada radical yrigoyenista de ambas cámaras rehusó concurrir a la asamblea Legislativa –20 de julio de 1926– para escuchar el mensaje de Alvear. El vicepresidente de la Nación, don Elpidio González, se excusó también de hacerlo, solidarizándose con sus amigos políticos. No se lograba quórum. La inquietud crecía por momentos. El presidente Alvear esperaba en la Casa de Gobierno el número de legisladores para concurrir al Congreso. Los únicos que asistían eran los diputados y senadores “contubernistas”, esto es, socialistas, conservadores y radicales antipersonalistas”⁸⁷

El 23 de agosto de 1926, en el Teatro Coliseo, queda constituida la UCR Impersonalista. Antes, se había fundado

87 Jorge Abelardo Ramos, op. cit., p. 61.

la Logia General San Martín, organización militar secreta contraria a Hipólito Yrigoyen. El primer objetivo de la logia: ganar la dirección del Círculo Militar. A consecuencia de esa victoria electoral integran su comisión directiva el capitán Carlos von der Becke, los mayores Pedro P. Ramírez, Juan Pistarini, Benjamín Menéndez, Rodolfo Márquez, y el teniente coronel Manuel A Rodríguez. Como se ve, un semillero de notables en el que solo faltaban Justo y Perón. Era cuestión de tiempo y crisis.

La convención radical se realiza en el teatro Ópera, el 24 de marzo de 1928, para proclamar la fórmula encabezada por Yrigoyen. El 1º de abril se realizan las elecciones y 838.583 votos son para la UCR, 414.026 para los antipersonalistas y 64.985 para los socialistas. La UCR parecía imbatible, ya que en su seno palpitaba toda la política nacional, grosero y repetido error de evaluación que trasciende esa circunstancia.

Retrocedamos apenas. El gobierno de Alvear subraya los aspectos más conservadores del liberal radicalismo, tanto que el antipersonalismo se desenvuelve sin trabas. Si se piensa que el general Justo era el ministro de Guerra del gobierno, y que Roberto Marcelino Ortiz también integraba el gabinete, ministro de Obras Públicas, la bisagra entre Alvear y los conservadores orgánicos queda explicitada. Sobre todo, en momentos en que el conservatismo se tiñe de tonos escandalosamente reaccionarios en el mundo entero. Eso sí, los petimetres prostibularios con puesto de ministro se burlaban de la falta de experiencia galana del general ingeniero, y Justo se los tenía que aguantar. Años más tarde se cobraría caras las cachadas de la calle Rodríguez Peña, tanto que hasta Alvear iría preso. Doblemente preso: de Justo, de su política.

La vera novedad era el fascismo de Mussolini; mientras la Revolución Rusa ingresaba en un cono de sombras siniestras (muerte de Lenin y expulsión de Trotsky de la Unión Soviética, derrotadas las revoluciones alemana y china), la historia viraba sin contemplaciones. El sentido de la nueva dirección estará dado por la victoria de Hitler, la derrota de la Revolución Es-

pañola, y el aplastamiento de la Revolución Rusa en medio de la colectivización forzada y la muerte de cinco millones de *kulaks*; proceso que los juicios de Moscú coronarían con el asesinato de la dirección bolchevique, seguido por la destrucción física y moral de la juventud revolucionaria soviética. Por eso la nueva generación no se repone, según la trágica y brillante puntualización de Jakobson, le falta capacidad para sustituir, sumar nuevos integrantes, porque los originales fueron exterminados y los nuevos requerían para emerger de una victoria que no se produjo nunca. José Stalin se había adueñado de la sangrienta escena, y la crisis general del capitalismo avanzaba a toda marcha hacia la Segunda Guerra Mundial, hacia la derrota del socialismo y la estabilización de la burocracia soviética. El nuevo horizonte despuntaba con la estética de Auschwitz y el *gulag*, en medio del más negro de los pesimismoes morales.

En suma, el clima cultural del golpe del treinta, en tanto fin de una época con perspectiva popular, sólo podía ser profundamente adverso al radicalismo histórico, cuando las corrientes democráticas eran derrotadas en el mundo entero. Tanto que un sector casi programáticamente opuesto a la acción política de los militares, como el Partido Socialista, sostuvo por boca de uno de sus principales dirigentes: “No hemos negado nunca, *ni siquiera discutido la pureza de los móviles* que indujeron al general Uriburu a alzarse en armas contra el gobierno legal de la República”.⁸⁸

A juicio de Nicolás Repetto se trataba de una “revolución hecha para derrocar un sistema político de fraude electoral”.⁸⁹ Si se tiene en cuenta que el golpe reinicia una sistemática violación de la soberanía popular, no parece poco reconocimiento para un dictador explícito como Uriburu. Máxime, si se escribe *ex post facto*.

Esto no impide a Repetto reconocer patéticamente el carácter

88 Nicolás Repetto, *Mi paso por la política. De Uriburu a Perón*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1957, p. 11, destacado de A.H.

89 *Ibid.*, p. 36.

del golpe. “La médula de todo su sistema político estaba constituida por esta afirmación: todo ha sido consecuencia del régimen electoral de la Ley Sáenz Peña y de la excesiva liberalidad de nuestra Constitución”.⁹⁰ Por tanto, se trataría de introducir modificaciones en el carácter de la ciudadanía política: elevar la edad de los votantes de 18 a 23 años, impedir el voto de los analfabetos, para terminar constituyendo una “dictadura de tipo moderno”. A la italiana. Entre semejante dictadura y el gobierno de Yrigoyen mediaba una distancia evidéntísima para un liberal como Repetto. Sin embargo, su rechazo a la chusma radical mientras ésta contuvo algunas grageas contestatarias (vale decir, intransigentes), solo se aplaca cuando Marcelo Torcuato de Alvear se adueña de la conducción del partido tras la muerte de Yrigoyen. Pero aun antes, tras el “hay que rodear a Marcelo” del viejo caudillo, se esconde la completa claudicación ante el poder oligárquico. Yrigoyen le entrega el partido para evitar la “proscripción total”, y le asegura la inanidad total.

Mientras tanto, era preciso para el gobierno medir el nivel de desradicalización de la sociedad argentina. De modo que Uriburu organizó un test: elecciones sin fraude en la provincia de Buenos Aires. El 5 de abril de 1931 la Unión Cívica Radical obtuvo 218.305 sufragios, los conservadores 187.742 y Partido Socialista 41.577. Como se trataba de impedir el triunfo radical y los candidatos a gobernador y vice se elegían indirectamente (esto es, a través de un colegio electoral), los conservadores proponen apoyar el candidato socialista. Era un fraude legal, ya que burlaba escandalosamente la voluntad popular, pero todavía se intentaba ejecutar con instrumentos jurídicos formalmente inobjtables.

La conducta de los socialistas resultó memorable. “¿Cómo era posible echar sobre nuestro partido la obligación y la enorme responsabilidad de dar a la provincia tal o cual gobernador?”⁹¹ En términos puramente parlamentarios, que el socialismo respaldara con sus electores a los candidatos del radicalismo era casi una obviedad. Esos acuerdos habían

90 Ibid., p. 13.

91 Ibid., p. 116.

existido con anterioridad. Hipólito Yrigoyen había negociado con Juan B. Justo, con motivo a un pedido de intervención socialista a la provincia de Buenos Aires –1° de mayo de 1927– el retiro de esa solicitud. Para el socialismo la legalización del juego en la provincia motivó la actitud, pero bastó que Yrigoyen se comprometiera verbalmente con Justo para que su bancada retirara el pedido. Como esa no era de ningún modo la tesitura del Partido Socialista, la muerte de Justo hacía la diferencia, sus dirigentes se hicieron los distraídos; ni aceptaron el fraude de gobernar con el respaldo conservador (nunca se atrevieron a tanto, y esa era toda la diferencia con los socialistas independientes), ni sostuvieron la voluntad de la mayoría. El comentario de Repetto en sus memorias resulta inenarrable, escribe: “Como los dos partidos mayoritarios no se entendían el gobierno resolvió anular la elección”.⁹² Semejante nivel de estafa cívica no siempre ha sido convalidado con mayor cinismo. Pocos socialistas levantaron la voz para impugnar semejante contubernio, por eso se destaca la señera figura de Joaquín Coca⁹³ quien los retrató definitivamente.

El traspí del ministro del Interior de Uriburu, doctor Matías Sánchez Sorondo, puso en jaque todo el gobierno y por tanto la “normalización” electoral se imponía. Esa normalización excluyó explícitamente la participación radical. Con el pretexto de que la UCR había propiciado el levantamiento del coronel Pomar, lo que era a todas luces falso, Alvear fue proscrito. Sin amilanarse por tan nimios detalles, socialistas y demoprogresistas pergeñan una alianza electoral. El 12 de septiembre de 1931 se proclama la fórmula Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto, en el Teatro Coliseo.

Dice Repetto:

[en ese discurso] comenté ciertos escrúpulos de conciencia que había debido vencer mi compañero de fórmula para aceptar una candidatura en una lucha en

92 Ibid., 116.

93 Joaquín Coca, *El Contubernio*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961.

la que había sido excluido por el gobierno “de facto” el partido radical. Yo contesté que había disipado esos escrúpulos aceptando la concurrencia a las elecciones, pues cuanto más pronto se restableciera la normalidad política con el concurso de nuestros partidos, tanto más pronto podrían reorganizarse los radicales y reanudar la lucha al amparo de una libertad de la que en ese momento se hallaban privados por el inicuo decreto del gobierno provisional.⁹⁴

El razonamiento lo pinta de cuerpo entero. No se trata de combatir el régimen del fraude, sino esperar con paciencia su regeneración interna. Con tal objeto De la Torre y Repetto, a instancias del primero, reconsideran la abstención. El socialista se opone y se conviene que Repetto se entreviste con Uriburu para convencerlo de la necesidad de impedir el fraude. Los resultados pronto estuvieron a la vista. Las elecciones de 1931 fueron “las más fraudulentas que se hayan realizado en el país”.⁹⁵ Y el 20 de febrero de 1932 asumió la presidencia el general Agustín Pedro Justo. La década infame había alcanzado su peculiar protagonista.

La vieja política de Yrigoyen —abstención y lucha armada— queda definitivamente atrás. El alvearismo impide la concurrencia de la fórmula antipersonalista encabezada por Vicente Gallo. Contrariando al viejo caudillo que defiende la concurrencia con “gallos o con gallinas”, Alvear opta por gobernar el partido, al precio que su partido no gobierne el país. La vieja oligarquía, por su parte, prefiere otra república fraudulenta, a una dictadura militar situada fuera de su control parlamentario.

Por cierto que la concepción política del socialismo no podía no ser más inadecuada: “Estábamos dispuestos a perder los 20 diputados que habíamos obtenido en la provincia de Buenos

94 Nicolás Repetto, op. cit., pp. 17-18.

95 Ibid., p. 20

Aires para anular las elecciones de ese estado”.⁹⁶ Es decir, volvían a esperar que la Cámara –que fiscaliza los títulos de sus integrantes– rechazara los fraudulentísimos legisladores bonaerenses. Y eso por cierto no sucedió, ni sucedería jamás. Por tanto Repetto escribió sin enrojecer: “Los frutos de nuestra colaboración, lo confesamos, no pueden satisfacerlos”⁹⁷. Sólo era el comienzo de semejantes frutos y de tan curiosa colaboración.

El 27 de abril de 1934 Manuel Fresco es elegido presidente de la Cámara de Diputados. Hombre de la Iglesia católica, descarado defensor del fraude y la violencia electoral, resultaría también votado, es solo un modo de contarlos, gobernador de la provincia de Buenos Aires en noviembre de 1935. Podemos leer en *La Prensa* de esos días: “Los vencedores son realmente los vencidos”. Estas elecciones indescriptibles fueron fiscalizadas por un verdadero demócrata: el ministro del Interior de Justo: Ramón S. Castillo.

Pero había más, muchísimo más: el escándalo de las concesiones eléctricas de la capital estalla en el Consejo Deliberante. Aunque todavía faltaban largos 20 años para que venciera el convenio, la precavida compañía resolvió asegurarse la contratación, el método fue muy simple: transformar a la mayoría de los legisladores en chadistas: como la compañía se denominaba CHADE cada uno de sus oscuros beneficiarios pasó a denominarse chadista: es decir, “coimero, vendido, sobornado, mezcla de mercenario de la función pública, trepador a sueldo y político venal sin escrúpulos”.⁹⁸ Solo el affaire IBM Banco Nación –en pleno menemismo– estará en condiciones de empardar ese nivel de corruptela impune.

El fraude ya era una rutina. En las elecciones de diputados nacionales en la provincia de Buenos Aires durante 1936 “todos los diputados electos traían al Congreso diplomas otorgados por la Junta Electoral en los que se declaraba la nulidad de las

96 Ibid., p. 35.

97 Ibid., p. 25.

98 Miguel Ángel Scenna, “Historia del informe Rodríguez Conde”, en *El informe Rodríguez Conde. Informe de la comisión investigadora de los servicios públicos de electricidad*, Buenos Aires, Eudeba, 1974, [1943], p. VI.

elecciones por vicios insalvables. Parecía lógico el rechazo sin discusión de tales diplomas, pero la escena no ocurrió”.⁹⁹ Solo Repetto parecía poder esperar tal cosa. En rigor de verdad, ni siquiera él.

V

Con el arribo del general Justo al poder no solo se institucionaliza el fraude patriótico, sino el lugar de la Unión Cívica Radical en el nuevo sistema político: la oposición de su majestad; sólo ejercerá de tal. Tras la fallida patriada de Paso de los Libres, a cargo del coronel Pomar, el radicalismo acepta convalidar la legalidad de la década infame. Félix Luna sostiene que si Alvear hubiera impulsado el levantamiento armado, el gobierno no lo hubiera podido resistir.

¿Será cierto?

Si lo que se intenta explicar Luna es la endeblés del gobierno, y por tanto su dificultad para resolver en simultáneas la triple crisis: económica, política e ideológica da en el blanco. Pero lo hace a condición de olvidar que la caída del radicalismo, en 1930, resultó más producto de su descomposición interna que de la fuerza militar y política de sus contrincantes. Por tanto, podemos reformular así su razonamiento: la UCR tenía tantas posibilidades de descabargar al justismo, como de derrotar a los insurgentes del 6 de septiembre. La naturaleza de su posibilidad está determinada por la impotencia de su amorfidad. Y ese es, en eso consiste, su agotamiento histórico.

Retomemos el hilo. Un gobierno minoritario en todos los terrenos no podía evitar el fraude. También esa política tenía un límite: evitar que la UCR se vea obligada a la lucha franca, a movilizar el partido para la conquista revolucionaria del poder. El gobierno debía dejar entreabierta la puerta electoral; permitir que la descompuesta oposición confíe en la posibilidad de la victoria legal, en la autoregeneración sistémica. Y Córdoba fue elegida por Justo para materializar esa limitada añagaza.

⁹⁹ Nicolás Repetto, *Mi paso por la política*, op. cit., pp. 125 y 126.

Roberto A. Ferrero lo explica con su habitual agudeza:

La derrota de los amigos cordobeses del general Justo no se debió a que cayeran víctimas de su propia honestidad (inexistente), sino a una serie de causas más complejas. En primer lugar estaba el hecho de que la camarilla residente en la Casa Rosada se había adueñado, en mayo de 1935, del control de la provincia de Buenos Aires mediante el juicio político que destituyó al excesivamente pundonoroso gobernador Martínez de Hoz, y había arrebatado en octubre, con una intervención, la provincia de Santa Fe a los demócratas progresistas. Con estas dos provincias, la continuidad gubernamental del régimen oligárquico quedaba asegurada para las presidenciales de 1937 aunque se perdiera Córdoba. En segundo lugar, los demócratas de esta provincia, que habían derrotado francamente al radicalismo en tres grandes elecciones anteriores, se confiaron demasiado en sus propias posibilidades cuantitativas y por ello no hicieron funcionar la máquina del fraude con toda la eficiencia de que eran capaces. Finalmente, está la sublevación de tropas de la Marina en Puerto Nuevo, encabezada por el alférez Alberto Sautu Riestra –un hombre del 33– que logra conmover pese a su derrota a otros sectores de las Fuerzas Armadas y decide definitivamente a Justo a no llevar el fraude a los extremos vergonzosos e inauditos alcanzados en Buenos Aires. Así se salva Frías de perder su puesto por las exigencias de “asegurar” la elección que le hacen sus partidarios más inescrupulosos, y así encuentra Sabattini la oportunidad de quebrar, mediante el supremo esfuerzo de sus fieles, los obstáculos levantados en el camino.¹⁰⁰

El 17 de noviembre de 1935 llegan los hombres de Sabattini a la

100 Roberto A. Ferrero, *Sabattini y la decadencia del yrigoyenismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, t. 1., p. 93.

Plaza de Villa Mercedes, pequeño pueblo del departamento de Río Primero, y son recibidos a tiros por la policía brava local. Los hombres de don Amadeo repelen exitosamente la agresión: siete policías tendidos en el piso de tierra junto a tres militantes radicales aclaran el saldo del entrevero. Sabattini habla en serio, en Córdoba el fraude había terminado. El gobierno de Justo aceptaría esta relación de fuerzas.

Una pregunta emerge inevitable: ¿Por qué sobrevive el sabattinismo a Justo, Ortiz y Castillo?

La respuesta de Ferrero vuelve a dar en el clavo:

Si la intransigencia de Sabattini hubiera sido la de Yrigoyen, es decir: si se tratase de una política enderezada a obtener revolucionariamente el poder en toda la nación, el jefe radical no habría durado 24 horas en el gobierno. Más, ni siquiera hubiera asumido. La oligarquía no hubiera tolerado a una tendencia popular con una base tan formidable como el control de la primera provincia del interior sirviendo de eje de reagrupamiento nacional.¹⁰¹

Ese es el punto, la dificultad, imposibilidad de constituir un nuevo “eje de reagrupamiento nacional”.

Mientras tanto, una brevísima historia política de la Acción Católica de Córdoba permite recordar que en los inicios de 1937, por inspiración de un ala del Partido Demócrata, decenas de sus militantes recorrieron los cuarteles para difundir el rumor de que el sabattinismo se proponía tomarlos por asalto. Sus relaciones sociales les permitían ingresar sin mayores dificultades, y Sabattini apeló al presidente Justo para detener la acometida que en última instancia se proponía derrocarlo. El presidente prohibió el acceso a los cuarteles de civiles y el arzobispo de Córdoba, monseñor Laffitte, respaldó al gobernador.

Vale una digresión. La influencia de la Iglesia católica entre 1880 y 1930 nada tiene que ver con su peso ideológico posterior.

101 Ídem., t. 2, p. 111.

Contado al galope: la batalla por la independencia virreynal¹⁰² desarticuló a la Iglesia, los gobiernos sucesivos exigieron las mismas potestades que ejerciera la corona de Castilla (no por anticlericales, sino por regalistas) sin conseguirlo, y en 1880 se establece un *modus vivendi* que puso límite al conflicto. Pero tanto la tradición del roquismo como la del radicalismo integran el horizonte liberal, de modo que la lenta recomposición del poder clerical romano no contó con el decisivo respaldo del poder. La crisis del liberalismo y la debilidad del gobierno de Justo permitieron que un hombre sin la menor simpatía personal por el catolicismo se transformara, objetivamente, en su principal aliado, dando vuelta “el mapa eclesiástico argentino”.¹⁰³ El punto culminante de esta alianza fue el Congreso Eucarístico Internacional, Buenos Aires fue elegida sede del encuentro número XXXII, con la presencia del legado pontificio, cardenal Pacelli, en octubre de 1934. Esa no era toda la novedad: los integrantes de la alta sociedad porteña –generalmente agnósticos, y en todo caso nunca preocupados por cuestiones religiosas– fijaron el nuevo tono, participando activamente de su organización. Este cambio “difícilmente pueda ser exagerado”¹⁰⁴ ya que de 11 diócesis existentes la Iglesia pasó a 21, lo que deja en claro que Justo consideraba que la duplicación de su influencia aceptaba sus relaciones con la sociedad. Así se entiende que monseñor Laffitte atendiera con tanta diligencia el pedido del presidente de la República, y del gobernador radical de Córdoba. Ni siquiera la revista *Sur* se libra de esta nueva influencia. Jacques Maritain –figura central del catolicismo francés– visita Buenos Aires en 1936, invitado por Victoria Ocampo y los Cursos de Cultura Católica (CCC). Multitudes acuden a escucharlo. Con el estallido de la guerra civil en España la influencia de la Iglesia volvió

102 Véase Alejandro Horowicz, *El país que estalló. Antecedentes para una historia argentina*, t.1: *El camino de Potosí*; t. 2: *La estrategia sudamericana de San Martín*, Buenos Aires, Sudamericana, t. 1: 2004, t. 2, 2005.

103 Lila M. Caimari, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943- 1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1994, p. 34.

104 *Ibid.*, p. 48.

a crecer. Sobre todo en las Fuerzas Armadas, ya que en un bando militaban los liberales republicanos encabezados por el socialismo, con el respaldo activo de la Unión Sovietiza, y en el otro el falangismo respaldado en masa por la Iglesia católica y los jesuitas. Anticomunismo militante y clericalismo militar, desde ese momento, nunca se soltarán la mano en la historia política argentina.

Concluido el excursus, volvamos al radicalismo cordobés. En materia económica Sabattini era un enemigo jurado del Plan Pinedo (ni el peronismo ni el frondizismo lograron cambiar su anacrónico punto de vista); por tanto, pone en pie de igualdad la creación del Banco Central, la Junta Nacional de Granos y de Carnes con la coordinación del transporte (sigue punto por punto, con cierta grosera simplificación declamativa, la lectura de los trabajos de Scalabrini Ortiz).¹⁰⁵ Ferrero explica que su programa económico era de un “nacionalismo agrario puramente defensivo”.¹⁰⁶ Por eso, mediante la ley 3.787 (Impuesto proporcional progresivo a la tierra), intentó aplicar un gravamen al ausentismo de los propietarios (fracasó por cierto), rechazado por la Federación Agraria, en su formidable miopía, y los terratenientes. Explica Ferrero: Sabattini resultaba tan estrecho porque su base social estaba “cortada de la gran tradición cultural e ideológica de la aristocracia cordobesa”.¹⁰⁷ Este punto sirve para diferenciarnos de ese gran ensayista cordobés. Corre por su cuenta denominar grande a la “tradición cultural e ideológica de la aristocracia cordobesa”. A tal punto es para nosotros pequeña que Forja no logra hacer pie en la provincia sino –y muy limitadamente por cierto–, en el movimiento estudiantil. Con un añadido: los integrantes de Forja abandonan el radicalismo, Sabattini no. La biblioteca de don Amadeo es tan escasa como su farmacopea política.

Por cierto que su base social simpatizaba con Mussolini y el mismo había recibido una condecoración del Duce sin mayores

105 Raúl Scalabrini Ortiz, “La coordinación de los transportes”, en *Política británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, AGEA, 2001.

106 Roberto A. Ferrero, op. cit., p. 126.

107 *Ibid.*, p. 146.

reticencias. Esto no lo transforma en un fascista, pero sirve para entender las limitaciones de su lectura en materia de política internacional. Consideraba que para demostrar independencia del gobierno de Justo bastaba proporcionar avisos al diario nazi *El Pampero*. Y su famoso neutralismo frente a la guerra se ajustaba a los intereses materiales de la Pampa Gringa. Esto es, vender granos a los compradores británicos. Una cosa nunca fue: pro norteamericano; es decir, seguía en lo esencial la dirección de la vieja oligarquía sin mayores matices diferenciales. En última instancia, nunca deja de resultar funcional a la política de Justo y Alvear.

Mientras falta un eje de reagrupamiento nacional, la “confluencia democrática” ya empieza a insinuarse sustitutivamente. En el acto del 1° de mayo de 1936 hablaron José Doménech, dirigente ferroviario socialista, Marcelo T. de Alvear, Lisandro de la Torre y Nicolás Repetto. Ese era el nuevo bloque político. Piensan sus integrantes que una confluencia de los partidos opositores acompañada de cierta movilización popular ablandará al gobierno e impedirá el fraude. El 22 de agosto, las mismas fuerzas marchan en una manifestación que parte de la Casa del Pueblo para dirigirse hasta el monumento de Roque Sáenz Peña. ¿El sentido del acto?: escuchar a Alvear, De La Torre, Repetto y Honorio Pueyrredón, y señalarle al gobierno que el héroe predilecto del radicalismo, el presidente de la ley que permitió el sufragio libre, debe ser emulado. Con tan escueta pedagogía pretendían doblegar al general Justo. Aun así, el frente electoral fue descartado por Alvear. El motivo era simple: esperaba ganar esas elecciones, creyó en las promesas del gobierno, y no quería deberle nada a nadie. Sin Yrigoyen, gobernar le parecía posible. El error ni era pequeño, ni tan solo personal.

El oficialismo movió sus piezas: Ricardo Ortiz sale a la palestra. Tremenda *gaffe*, sostiene Luna, cometió el hombre al “concurrir al banquete de la Cámara de Comercio Británica el 11 de junio”²¹⁰⁸ de 1937. El banquete, formalmente dedicado a Raúl

108 Félix Luna, Ortiz, *Reportaje a la Argentina opulenta*, Buenos Aires,

Prebisch, cambia de carácter cuando Ortiz lee su intervención. Sostuvo el ministro del general Justo: “La Argentina tiene con vuestra patria enlaces financieros y obligaciones tan importantes, como muchas de las obligaciones que existen entre la metrópolis y diversas partes del Imperio”. Añade Luna: “Este era un hecho innegable”¹⁰⁹, solo que Ortiz no lo enunciaba como una crítica, sino como realismo ramplón, justificatorio. Más que una *gaffe*, una confesión de parte.

Cuando Ortiz se recibe de abogado, en 1909, consigue un conchabo subalterno en el Ferrocarril del Oeste. Hijo de inmigrantes vascos arranca de muy abajo, pero su ascenso profesional y social esta políticamente apalancado. Tras dejar de ser ministro de Hacienda de Alvear lo encumbran: presidente del Banco Tornquist, y de una de las cerveceras del Grupo Bemberg, Bella Vista; director de la Unión Telefónica, y la compañía de seguros La Monumental. No eran, precisamente, cargos de poca monta. El hijo de inmigrantes había llegado. La Argentina, quién podía dudarlo, era una verdadera meritocracia.

La candidatura del exitoso Ortiz no fue resistida dentro de la Concordancia, pese a que no había aceptado ser ministro del Interior de Justo, (de hacerlo hubiera tenido que reprimir viejos amigos, y esa no era su línea de conducta) cuando el general accede, es un modo de contarle, a la presidencia. Claro que tras la renuncia de Federico Pinedo se hace cargo de la cartera de Hacienda, el 4 de enero de 1936. No cumple un papel deslucido; por cierto que no se aparta un milímetro del esquema de su antecesor en el cargo. Con amigos en todas partes –del bloque de clases dominantes, se entiende– sus enemigos eran mínimos, porque se trataba de un experto en negociar, un realista sensato, inteligente, dúctil. El vínculo con Justo venía de compartir gabinete bajo la presidencia de Alvear, de no ser un petimetre prostibulario y de acompañar con solvencia al general ingeniero. Eso sí, Patrón Costas no pudo acompañar a Ortiz en la fórmula: Justo lo vetó. Y lo hizo

Sudamericana, 1978, p. 40.

109 Ibid., p. 41

porque sabía de la enfermedad de Ortiz, diabetes, previendo así la posible asunción del vice a la primera magistratura por muerte del titular. Como Patrón Costas constituía la síntesis cristalizada del Partido Conservador, Justo le temía; entonces, busco alguien menos independiente: Castillo, su ministro del Interior. Máxime, cuando Patrón Costas entendía que la carrera de Justo había concluido con la presidencia y no se lo ocultaba a sus amigos.

Ortiz le dijo a Adolfo Mugica, según cuenta sin tapujos Félix Luna: “Estas elecciones tenemos que ganarlas aunque sea a cañonazos. Después arreglaremos el país...”.¹¹⁰ Aunque no necesitaba realizar campaña alguna, por ser el caballo del comisario, recorrió todo el territorio nacional. En sus discursos, de modelo único, casi un formulario, Justo fue el personaje obviamente más citado. ¿El motivo?: subrayar la continuidad, citar la marca del cañón.

Las elecciones del 37 fueron simplemente escandalosas: “Alvear solo atinaba a balbucear: “No puede ser... Justo prometió que no sería así”.¹¹¹ El ex presidente radical resultaba simplemente patético. El 25 de noviembre el Colegio electoral consagra la fórmula Ortiz-Castillo. El presidente Justo se había dado el lujo de permitir que Alvear y Luna ganaran en Córdoba, Capital Federal, La Rioja y Tucumán, alcanzando de este modo los 128 electores, mientras Ortiz y Castillo obtenían 248. La máquina electoral del fraude funcionaba aceitadamente, y ambas partes se “prestigiaban”. Los radicales, al concurrir, permitían que la ficción electoral conservara las formas, al tiempo que obtenían el claro papel de principal oposición; los conservadores, al ser legitimados por la UCR sabían que el precio de ese acuerdo mudo era Sabattini, y lo pagaban gustosos. Aun así, estaban los que no entendían que su “sacrificio” formaba parte de las reglas de ese curioso juego. Eran incorregibles.

El 13 de diciembre de 1937 se produjo el esperado encuentro entre Alvear y Repetto. El partido socialista propuso por boca

110 Ibid., p. 44.

111 Ibid., p. 71.

de su principal dirigente crear un “movimiento de opinión para restablecer en el país el imperio de la legalidad”.¹¹² Esta vez la semilla cayó en tierra fértil, Alvear estaba sumamente deprimido por su derrota electoral. Como no se proponía modificar sustantivamente su política solo le quedaba sumar a la oposición para presionar al flamante presidente.

Ortiz llega al gobierno mediante métodos que Repetto consideraba “ya definitivamente incorporados” y “su ascensión a la presidencia fue recibida con cierta satisfacción por algunos sectores políticos, que veían en el nuevo presidente un hombre enérgico, bien intencionado y capaz de iniciar una saludable reacción contra las prácticas de fraude, arbitrariedad y violencia que se habían adueñado del país a partir de la segunda presidencia del señor Yrigoyen”.¹¹³ Por si alguna duda pudiera existir sobre la naturaleza del acuerdo radical socialista, esta cita alcanza para ponerle fin.

Un axioma real gobierna sintéticamente la política de la república oligárquica: los presidentes argentinos eligen sus sucesores. Hasta el acceso de Roque Sáenz Peña la regla funciona con cierta dificultad, pero funciona. Sáenz Peña optó por Yrigoyen –sabía que el voto secreto mediante padrón militar implicaba la victoria de don Hipólito– y éste señaló a Alvear para volver más luego al cargo. Con esa inhabilidad propia de los parásitos políticos, Alvear no pudo ni imponer a Melo, ni evitar a Yrigoyen. Y el golpe de 1930 interrumpe la regla.

Uriburu no cuenta, solo sirve para derrocar al radicalismo. Después esa regla real pasó a ser discrecionalmente administrada por Justo. Mientras el general controlara el cuadro de oficiales, la maquinaria del fraude sistemático estaba a su servicio. Uriburu, Justo y Ortiz, constituyeron sus elecciones presidenciales. Antes de morir, la gastada maquinaria estaba rota. Entre sus fragmentos emerge el Grupo de Oficiales Unidos (GOU) que irrumpe en 1943 y permite que el coronel Perón alcance el centro de la escena. El peronismo es, entre tantas otras cosas, el fin

112 Nicolás Repetto, op. cit., p. 127.

113 Ibid., p. 123.

del axioma. Perón tuvo un padrino plebeyo (el 17 de octubre) y la Libertadora no pudo evitar que Perón –y su movimiento– participaran en esa compleja toma de decisiones. A su curioso modo, la política argentina democratizó, muy relativamente por cierto, un sistema de dominio pesado y rígido. Y el golpe de Estado constituyó una suerte de contrapeso militar a la irrupción plebeya.

Fin del exordio. Hasta Ortiz, sostiene Repetto, “carecía del instrumento necesario para llevar a cabo sus buenas intenciones”.¹¹⁴ Por tanto, se produjo el “fracaso total” pero ni aun así se explica por qué “ciertos insensatos argentinos [...] aspiran en nuestro país a recuperar el gobierno por un golpe de fuerza”.¹¹⁵ El hombre era incurable: contra Justo y Ortiz, no, contra Perón –como se verá–, sí.

Las elecciones del 6 de marzo de 1938, a dos semanas de asumido el nuevo presidente, no podían sino seguir la lógica y la mecánica de las anteriores. En San Juan resultaron escandalosas y torpes. Juan Maurín, gobernador conservador particularmente impresentable, no dejó arbitrariedad por cometer. Diógenes Taboada, ministro del Interior de Ortiz, le envía un exótico telegrama reprochándole un comportamiento sistémico de dominio público. “Era un insólito toque de atención: Justo jamás hubiera hecho eso. A menos de 15 días de asumir la presidencia, Ortiz había logrado diferenciarse de su antecesor con una actitud moderadamente legalista”.¹¹⁶ Conviene no exagerar, sin embargo se trataba de una variante política que no se puede ignorar. Un mes más tarde el Ejecutivo intervino la provincia enfriando su relación con Justo. En mayo de 1939 el gobierno nacional vuelve a convocar a elecciones y se vuelve a repetir el bochorno, las anula y sustituye al interventor federal por considerarlo responsable de los hechos de violencia. Otro tanto ocurre en Catamarca, y esa decisión del ministro del Interior se interpreta como una “agresión” directa a Ramón

114 *Ibíd.*, p. 124.

115 *Ibíd.*, p. 196.

116 Félix Luna, *op. cit.*, p. 130.

Castillo. Eran sus protegidos los que habían sido abandonados a su suerte electoral. Según Ramón Columba, el vice contó así la reunión con el presidente para limar asperezas:

Yo, al oír eso, me puse de pié y me negué a escuchar la lectura que me anunciaba. Le manifesté que esa actitud suya significaba, lisa y llanamente, una traición a la política que a él y a mí nos había llevado al gobierno, y me levanté para retirarme. El presidente visiblemente sorprendido por mis palabras, quiso tranquilizarme pero yo no le aceptaba razones de ninguna clase.

La divisoria al interior de la Concordancia resulta clara: de un lado los viejos conservadores y Justo, del otro una nueva tendencia: el radicalismo antipersonalista en marcha hacia la unidad de ambas fracciones, el unionismo, los socialistas y los seguidores de Luciano Molinas. Este cuadro tensiona y debilita la Concordancia. En el Congreso, la UCR pasa de 42 a 63 diputados, mientras la Concordancia controla 83, los socialistas 5 diputados y otros 5 los concurrencistas tucumanos. Los radicales se sintieron mejor, mucho mejor, casi... casi era un presidente a la medida de su política. Es que nominalmente los diputados de origen radical ya eran mayoría. La situación de Ortiz había cambiado, su origen fraudulento pesaba bastante menos.

Faltaba Buenos Aires. Para que las elecciones en la provincia de Buenos Aires descabalgaran a Fresco fue preciso pactar un candidato radical potable. Por cierto, las relaciones del patético admirador de Mussolini con Ortiz no eran de las mejores. En las elecciones de 1937, en los afiches, bajo el retrato de Fresco se había leído: “Este es mi candidato” y más abajo estaba la foto de Ortiz. Fresco se ganó, con tanta sutileza, el recuerdo imborrable del presidente. El enfrentamiento con Ortiz era inevitable, y no precisamente por el afiche, que también contaba.

La fluida situación internacional también modificó las cosas. Mientras la amenaza de la guerra oscurecía el horizonte, el

tradicional alineamiento de los gobiernos argentinos con Gran Bretaña resultaba inalterable. Por eso, la *gaffe* de Ortiz –presentar su candidatura en la Cámara de Comercio Argentino Británica– no tuvo ese carácter en su tiempo, y más bien constituye una lectura retrospectiva de Luna. Una vez estallada, el fulminante avance nazi modificó la percepción que de la situación internacional tenían los políticos argentinos, y sobre todo las Fuerzas Armadas. La expansión de una corriente filogermana (incluía nazis explícitos y nacionalistas oligárquicos que reducían su anglofobia al avance de las divisiones blindadas hitlerianas) latió al ritmo de la *blitzkrieg*. Mientras Estados Unidos no ingresó a la guerra, mientras los intereses europeos parecían los únicos, conservar la neutralidad no solo remitía a una receta probada, sino que además conservaba el tono declamativo del gobierno de Franklin Delano Roosevelt. Antes del ataque japonés a la principal base norteamericana en el Pacífico, la presencia militar de los Estados Unidos en Europa se redujo a aprovisionar al gobierno de Winston Churchill, mediante una curiosa neutralidad: vender y cobrar todo el armamento en efectivo, y cuando se terminó la capacidad de pago británica iniciaron una política de crédito a baja tasa de interés. Por esa “neutralidad” colaba la vieja estrategia pro británica del bloque de clases dominantes. De modo que hasta mediados de 1941, la presión sobre el gobierno argentino, por parte del Departamento de Estado, fue tolerable.

Sin embargo, no había que ser un especialista en política internacional para intuir que los Estados Unidos se preparaban para ingresar a la guerra. Entre otras cosas porque los beligerantes europeos tenían enormes deudas financieras con Wall Street, y el gobierno de Roosevelt no tenía la menor intención de condonarlas. La unidad del viejo continente en los términos de Hitler solo podía ser antinorteamericana, y por tanto debía evitarse. La derrota del nazismo era un problema estratégico insoslayable, y así lo entendió la administración demócrata, y casi todos los estados mayores sudamericanos,

salvo el argentino. Por eso, Roosevelt no tuvo el menor inconveniente de aliarse con la Unión Soviética, ya que le permitía sacar del juego a cinco contendientes históricos: Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Japón. La derrota de Hitler era el inicio de la *pax americana* (Naciones Unidas, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y patrón oro) y de ese modo lo negoció el Departamento de Estado.

Dicho epigramáticamente: la retirada de Gran Bretaña en Sudamérica estaba en la naturaleza de las cosas. Así lo entendió Pinedo, así lo entendió Justo, así lo entendió Ortiz, así lo entendió Alvear, pero así no lo entendían las Fuerzas Armadas. Y el fraude se hacía con su explícita abstención política. Si el fraude continuaba, la dirección en que estuviera orientado no podría ser un asunto en que el cuadro de oficiales superiores quedara al margen. Dicho de otro modo: o, Ortiz acordaba con el Ejército, o restablecía la legalidad electoral. En cualquiera de ambos casos la reproducción del orden político existente se modificaba. Un dato más: a los oficiales politizados, todos en algún momento vinculados al general Justo, no los entusiasmaba una victoria de la UCR. El prestigio de los políticos profesionales, con cierta justicia, no era excesivo.

Como el radicalismo conducido por Alvear y el conducido por Ortiz, antipersonalista, carecían de diferencias sustantivas, en lo que a la nueva situación remite, la vuelta a la legalidad electoral no ofrecía más obstáculo que el viejo partido conservador. Y eso significaba: el resultado de las elecciones en la provincia de Buenos Aires. Si al sabattinismo en Córdoba se sumaba un candidato potable para ocupar el gobierno en La Plata, la nueva dirección nacional era un hecho. Y Alvear no pensaba dificultar esa marcha de ningún modo, ya que esperaba que el paso siguiente lo llevara a la presidencia de la República. No todo era tan simple; los conservadores del gobernador Fresco no solo incluían a Barceló, sino que por detrás y por debajo se hallaba el general Justo. De modo que el choque entre Alvear y Justo, o mejor dicho entre Ortiz y Justo parecía inevitable.

En todo caso, se resolvía como el problema de la candidatura de dos ex presidentes, que llegado el caso podían pactar. Detrás de Justo estaba el Ejército, o al menos ese era un valor sobreentendido de la época. Claro que la fluidez de la situación internacional alimentaba también cambios en la estructura del Ejército. Entonces: había que tener la política del Ejército, o el Ejército para una nueva política; entonces, la crisis de gobierno para articular la nueva política del Estado parecía insoslayable; y entonces, no podía dejar de ser también una crisis militar.

En este contexto las elecciones en la provincia de Buenos Aires modificaban su sentido. El relato de la crisis bonaerense en pluma de Repetto combina la huera crítica moral con la aguda incompreensión política:

Verificada la elección de gobernador, el presidente Ortiz suspendió el escrutinio cuando los dos grandes partidos rivales contaban ya con más de cien mil votos cada uno. No obstante la presencia y el control de dos veedores militares nombrados por el presidente, en las elecciones se había hecho “la cadena”, secuestrado libretas, votado en falso vaciando padrones y agotando el arsenal de prácticas dolosas. La intervención fue un acto de higiene política, resuelto, tal vez, con demasiado retardo.¹¹⁷

El socialista no registra ritmo en que la crisis se empinaba. A mediados de julio de 1940 Ortiz se ve obligado por motivos de salud a delegar el mando, pero meses antes había estallado el *affaire* del Palomar. El manejo del presidente resultó impecable. No solo gobernó cada uno de los hilos del sencillo negociado – una venta de tierras donde el comprador cedía, lo que no todavía era suyo, al doble del precio en que lo compraba sin dinero propio– sino porque lo hizo con instrumentos que permitían que cada uno de los partícipes necesarios en el fraude dejara sus huellas financieras marcadas al cobrar. La denuncia realizada por

117 Nicolás Repetto, op. cit., p. 190.

un senador conservador estalló como una bomba, y la comisión investigadora llegó hasta la honrada inepticia del ministro de Guerra. Ortiz aprovechó la maniobra conservadora para presentar su renuncia, es decir, para que la bomba estallara en territorio enemigo. Por unanimidad la renuncia fue rechazada y el presidente sale fortificado políticamente. Eso sí, la salud ya no le respondía. Y el vice, un orgánico del partido derrotado por Ortiz, se hace cargo de la presidencia. Todo pareció volver a fojas cero. Y la crisis volvió a ser alimentada desde el poder.

La bochornosa elección del 25 de febrero de 1940, en la provincia de Buenos Aires, se repitió el 7 de diciembre de 1941 con interventor federal y todo. Castillo la convalidó sin hesitar y el radicalismo aceptó en silencio la burlona derrota. Antes el presidente modificó el artículo 10 del edicto policial del 25 de julio de 1941 para prohibir las manifestaciones de la oposición. Como no le pareció suficiente estableció directamente, el 16 de diciembre de 1941, el Estado de sitio. Sin olvidar que el 10 de octubre había clausurado por decreto el Consejo Deliberante – compuesto por socialistas y radicales– uno de los pocos lugares donde no se practicaba el fraude sino la corrupción sistemática. Con esa política el cuadro de oficiales superiores del Ejército estaba de acuerdo.

Retrocedamos un tanto; el 5 de junio, todos los diarios de la capital publicaron el primer manifiesto de Acción Argentina:

Hoy debemos enfrentarnos, por primera vez desde que se consolidó la independencia, con la posibilidad de que nuestra soberanía política pueda ser menoscabada por la codicia extranjera. Ante esa perspectiva, sería antipatriótico y suicida no declinar ideas y sentimientos individuales para estrechar filas en un movimiento de defensa, sin otra enseña que la argentina.

No podemos acusarlos de excesivo rigor histórico. Denominar “soberanía política” al rumbo elegido tras la crisis del treinta

sonaba fuerte. La codicia extranjera existía, sin duda, pero no era un monopolio alemán. En todo caso, se trataba de la soberanía que hasta ahora había practicado el bloque de clases dominantes, que ataba el interés nacional a su irresoluto interés de clase. Algo quedaba claro: ese punto de vista todavía tenía suficiente respaldo electoral. Las elecciones de 1942 para diputados nacionales en Capital confirman el aserto: con 574.526 inscriptos solo sufragaron 412.271 (algo más del 70%); por el Partido Socialista votaron 141.968 (algo menos del 25% del padrón), lo hacen por la Unión Cívica Radical 124.326 (algo más del 21%); y por la Concordancia solo 91.055 (16%) y el resto, casi un 9%, optó por otras fuerzas. Por tanto los 16 diputados se distribuyeron así: 10 para el socialismo, 6 radicales. Fue la última elección capitalina hasta 1946.

El 24 de junio de 1942 tras una accidentada junta médica renuncia Ortiz. Su quebrantada salud, y la de las fuerzas políticas por él expresadas se tocan en más de un punto. Castillo era un completo anacronismo, por tanto las Fuerzas Armadas dirán su primera palabra ante tamaña crisis. Debemos admitir que no resultó la palabra esperada: elecciones.

El Partido Socialista por boca de Repetto se pronunció en esa dirección frente al golpe de 1943:

En mi opinión, es preciso no apresurar juicios sobre el significado y las consecuencias ulteriores del movimiento militar producido en la Argentina. [...] A mi juicio sería necesario esperar que la junta de militares victoriosos convocara a elecciones libres y diera al país un presidente constitucional elegido por el pueblo. Es este presidente el que debiera ser reconocido por los Estados Unidos como legítimo gobierno de la Argentina.¹¹⁸

VI

La crisis que contuvo a la Segunda Guerra Mundial como emergente replanteó el orden político internacional. Vale decir,

¹¹⁸ Ibid., p. 238. Cita declaraciones realizadas en Nueva York el 5 de junio de 1943.

generó las condiciones para uno básicamente nuevo. En primer lugar, las tres potencias derrotadas –Alemania, Italia y Japón– tuvieron que rehacer su orden constitucional, lo que implicó la ejecución de revoluciones desde arriba. Dos monarquías se transformaron –Japón en monarquía constitucional, Italia en república– y el régimen de excepción nazi devino república parlamentaria. En segundo lugar, toda América Latina tuvo que reconsiderar las nuevas condiciones del mercado mundial bajo definitiva hegemonía de los EE.UU. Y en tercer término, la bipolaridad –esto es, la relación de enfrentamiento y cooperación entre Rusia Soviética y los EE.UU.– organizaba los campos de influencia, y por tanto los límites de cada juego nacional.

En la sociedad argentina la flamante crisis tendencialmente prevista en 1940 por Pinedo y desplazada hasta 1945 por el golpe de 1943 –que no debe confundirse con la del treinta– se hizo sentir con peculiar intensidad. Sobre todo al interior del radicalismo, principal partido popular del orden anterior. Y esto repercutió en el sistema de representaciones políticas de las Fuerzas Armadas. Una pregunta quedó sin respuesta inmediata: ¿En qué dirección debía rehacerse la UCR para volver a ser un adecuado instrumento político? La pregunta coló de un modo curioso, ya que para la dirección radical, tras la muerte de Alvear, todo el problema pasaba por alcanzar elecciones sin fraude ni proscripción. Como estas eran las condiciones de la victoria electoral y la política electoral era toda la política, la UCR no prestó particular atención al grupo Forja, que consideraba otros nudos problemáticos. Dicho sencillamente: Forja es el intento doblemente fallido de conformar al interior de la UCR la posibilidad de una nueva estrategia del partido del Estado con la vieja mayoría radical, y de estudiar desde una perspectiva no liberal los problemas de la sociedad argentina. Al fracasar, por no contener ningún camino para la inclusión de los trabajadores, cierra esa potencialidad electoral hasta 1955. De modo que la unilateralidad de una respuesta que solo consideraba los intereses partidarios, sin adecuarse al nuevo

escenario político internacional y sus consecuencias nacionales, signó todo su desarrollo posterior. Esto es, leía por separado la crisis partidaria, la crisis militar y la crisis del partido del Estado. Y esperaba tramitarlas todas mediante la victoria electoral y el sometimiento irrestricto al poder tradicional, cuando ese poder sufría, requería una inevitable mutación que nunca pudo ni supo encabezar.

La crisis del treinta empuja un orden de triple sustitución: de importaciones por producción nacional, de partidos del gobierno incapaces de construir el nuevo partido del Estado por la autonomización militar, de la buena sociedad por la gelatinosa sociedad civil, de una cultura liberal ramplona decorativa y estable, a otra sometida a un nuevo capitalismo global cuya base material se modifica permanente. Desde el virreinato –mejor dicho, desde las invasiones inglesas– no había tanto cambio autopropulsado a la vez que impuesto por el mercado mundial; esto remite, destaca, potencia (en una dirección) el autismo de las representaciones políticas existentes, y en la otra, la posibilidad de construir nuevas fuerzas políticas y sociales.

Avancemos con orden. El programa económico de Pinedo, al finalizar el último reparto íter imperialista, abandonaba su condición de hipótesis de trabajo para ingresar al ruedo como nuevo programa del partido del Estado sin partido popular de gobierno capaz de ponerlo en marcha. Dicho brutalmente: la sociedad argentina debía cambiar, de lo contrario su misma condición de posibilidad quedaba en entredicho. Y debía hacerlo con cierta velocidad para resultar viable. Como el principal partido popular del período anterior no había hecho suyo al Plan Pinedo, la lucha por la democracia y la lucha por reorientar el bloque dominante no integran un torrente único. Enunciado con sencillez: antes del golpe de 1943 la democracia política suponía la victoria radical, sin que esa victoria resolviera los ejes para un nuevo programa para el Estado. En las elecciones de 1946 ese “tecnicismo” está resuelto.

El mundo que emerge de la posguerra rehace el mercado

mundial resquebrajado por la crisis del treinta, y sus consecuencias políticas, económicas y militares, mediante la bipolaridad. Ya no rigen las relaciones bilaterales entre una potencia imperialista y una nación semicolonial, ya no funciona el Pacto de Ottawa donde Gran Bretaña y sus asociados (entre los que se cuenta la sociedad argentina) que establece reglas que permiten proseguir relativamente, a los tropicónes, la dinámica anterior. Es un mundo multilateral, globalizado, con moneda de cancelación internacional basada en el patrón oro de los acuerdos de Bretón Woods, que avanza en dirección a la irrestricta circulación de capitales.

Bien visto, el golpe de 1943 en su anacronía impuso una agenda inaudita: el ingreso de las clases subalternas modernas a la lucha política, ya que el bloque tradicional era incapaz de reformular por sí un nuevo equilibrio interno. De modo que la parlamentarización de la política nacional requirió la presencia de la clase obrera para modificar el orden anterior. Contado al galope: sin el 17 de octubre de 1945 el nuevo sistema político no se abría paso. Pero al abrirse camino por un método tan dinámico, en una sociedad educada en los patrones de la bucólica actividad agraria, para el bloque de clases dominantes despuntaba la amenaza del trastocamiento del orden social, ya que confundía república conservadora con república posible. En la filigrana de la movilización popular los representantes del poder tradicional visualizaron una escena política aterradora: la fiesta del monstruo.¹¹⁹ En términos de Borges, el monstruoso Ragnarök¹²⁰, era un dios taimado y “si nos dejábamos ganar por el miedo o la lástima”¹²¹ acabaría “por destruirnos”¹²², por tanto combatirlo era una necesidad ontológica. Desde esa perspectiva se construyó un antiperonismo feroz lleno de ambigüedad valorativa y resentimiento de clase. Había que admitir como primer horizonte la estética del monstruo, de un Ragnarök que

119 Josefina Ludmer, “Los desafíos (del lado del uso)”, en *El género gauchesco: un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

120 Jorge Luis Borges, *Ragnarök*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1979.

121 *Ibid.*, p. 806.

122 *Ídem.*

abrevaba brutal con las patas en la fuente, lo que no era ni poco ni sencillo. Esa transformación –que muy pocos anticiparon¹²³– fue facilitada muy a su pesar, contra su voluntad, por el golpe de 1943. Dicho *in medias res*: interesan menos los enunciados del golpe –todos de un militarismo nacionalista con coloratura fascistizante–, interesa su condición de emético político. Al cerrar el paso a una victoria de la UCR –esto es a un partido de gobierno sin aptitud interna para transformarse en partido del nuevo programa del Estado– devuelve la crisis a la sociedad civil agudizándola hasta el paroxismo.

Entonces, la creación y el avance del Grupo de Oficiales Unidos (GOU), más que una formidable estrategia para la conquista del poder remite a una crisis que devora los instrumentos sustitutivos de la lucha de clases.¹²⁴ La logia sintetiza –en su lucha interna– los conflictos que azotan un sistema que no recupera, organiza, construye su nuevo punto de equilibrio político sistémico.

El 10 de marzo de 1943 la constitución del GOU se formaliza. 90 días antes del golpe –4 de junio– la logia existía en estado de suspensión. Por tanto sostener que era el factótum intelectual y organizativo del derrocamiento del presidente Ramón L. Castillo “constituye una simplificación excesiva, una grosería histórica”.¹²⁵ No faltan especialistas que fechan a comienzos de 1942 los primeros preparativos de una actividad semiorgánica, y posiblemente estén en lo cierto. Tan pasmosa lentitud remite a la falta de motivo para apurar el paso. “El Ejército cogobernaba, sus objetivos y principios eran escrupulosamente respetados; el GOU todavía no hacía falta”.¹²⁶

De la revisión de los conflictos militares del período surgen dos picos: el fallido golpe nacionalista de febrero/marzo de 1941, y la reunión de mandos con el presidente Castillo en octubre del

123 Tanto Ernesto Giudici como Roberto Arlt percibieron en sus textos esa formidable tensión.

124 Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Edhasa, 2005; véase cap. 7, “1943: Radiografía de un golpe de Estado”.

125 *Ibíd.*, p. 73.

126 *Ídem*

mismo año. Repasemos ambos: el general Juan Bautista Molina, en compañía del teniente coronel Urbano de la Vega, intenta una chirinada nacionalista. Como ya era habitual el general fracasó. Y esa fue la última vez que ese general pudo encabezar un proyecto golpista. El fallido encalló en otro general que también jugaba, sin saberlo, sus últimos naipes: Agustín P. Justo. Molina y Justo agotaron simultáneamente su desigual caudal político. De allí en más el grueso de los oficiales con mando de tropa les sería hostil. Para Molina se trataba de una variación mínima, después de todo nunca le fueron particularmente afines a la hora de actuar; para Justo, el giro resultó imperceptible, ya que su muerte casi inmediata lo ocultó. Esto es, Justo murió dos veces: la primera, políticamente; y la segunda, cuando la biología acompañó la política.

Ocho meses después de la intentona de Molina, un grupo de oficiales con mando de tropa —que no incluía ningún general ni en retiro ni en actividad— mantuvo una tensa entrevista con el presidente Castillo. La falta de generales computaba la novedad de la crisis, una suerte de corte horizontal, dado que todos los que estaban en actividad respondían de algún modo a Justo. En cambio, el resto del cuadro de oficiales superiores le era profundamente adverso. No se trata de una interpretación ex post facto, sino de leer el ultimátum de cinco puntos que los oficiales elegidos por el coronel Manuel Savio presentaron al presidente de la República: primero, alejar al general Justo de toda actividad vinculada con el Ejército; segundo evitar el establecimiento de bases militares norteamericanas en territorio nacional; tercero, mantener la neutralidad en la guerra; cuarto, posponer indefinidamente las elecciones; y quinto, cerrar el Congreso Nacional.

En suma: proponían evitar el golpe siempre y cuando Castillo gobernara con exclusivo respaldo de las FF.AA., poniendo de ese modo fin al acuerdo entre el bloque conservador y el ejército. El nuevo cuadro de oficiales reformulaba la salida a la crisis del treinta, y a su modo registraba la nueva; la respuesta del

coronel Savio chocaba frontal con la del general Justo. Dicho con sencillez, articulaba alianzas sociales alternativas para desenvolver el programa del partido del Estado.

Vale la pena detenerse en ese punto. Para Justo la falta de un adecuado programa para el nuevo partido del Estado se resolvía con extrema sencillez: la UCR aceptaba respaldar su candidatura presidencial, y todo lo demás iba de suyo. El primer punto del nuevo programa pasaba por el realineamiento de la política internacional del gobierno. Es decir, pasar de la neutralidad proinglesa de Castillo a la beligerancia pronorteamericana de Justo. Y a esa política “democrática” la denominaron antifacismo.

Para los oficiales superiores del ejército, en cambio, ese viraje resultaba inaceptable. El nacionalismo militar, que no funcionaba en los términos del general Molina, veía una oportunidad histórica: la independencia nacional como resultado automático de la guerra interimperialista con victoria alemana. Alemania unificaría Europa, Argentina Sudamérica. Conviene no equivocarse al respecto, no se trataba de la lucha por la independencia, sino de un nacionalismo pasivo, a caballo de una confesada y arcaica ensoñación expansionista organizada bajo la forma de hipótesis de conflicto militar: la guerra victoriosa sobre Brasil. Por lo tanto, una independencia que rechazaba la viga maestra del Plan Pinedo: la alianza estratégica con la burguesía brasileña para la construcción de un programa industrial común: el proyecto del MERCOSUR con cuarenta años de antelación.

En su notable cortedad el cuadro de oficiales razonaba así: la guerra entre Gran Bretaña y Hitler tendría un vencedor europeo obvio: Alemania. La victoria alemana equivalía –en sus pequeñas testas– a derrota inglesa, cuando tal solución militar equivalía a independencia nacional. De modo que las divisiones panzer de Hitler aseguraban sin combate, substitutivamente, ese programa político. Por eso, la neutralidad pro británica fascinaba a los oficiales pro nazis, ya que fungía antinorteamericana y desde esa perspectiva tan pro germana como resultaba posible.

Dicho con sencillez: la neutralidad evitaba la crisis militar, ya que oficiales pro norteamericanos todavía no existían.

La muerte de Justo resolvió el primer punto del ultimátum Savio; la instalación de bases de los EE.UU. constituía un problema teórico que no requería acción política alguna; la tercera exigencia –conservar la neutralidad– coincidía con la opinión del presidente; en cambio las dos últimas exigencias eran el centro de la cuestión: cerrar el Congreso y posponer indefinidamente las elecciones.

Más allá de lo que Castillo dijera en la reunión nunca cerró el Congreso (gesto conciliador: cerró la legislatura capitalina), y por tanto tampoco se propuso posponer las elecciones. Y será ese “incumplimiento” la clave de la dinámica militar posterior. Entonces, el curioso “acuerdo” entre Castillo y el ejército mantenía las formas de la alianza militar-conservadora, pero intentaba modificar substantivamente el peso de sus elementos. Antes el acento estaba puesto en el término conservador, por tanto la subordinación correspondía al militar. Ahora la propuesta de Savio invertía la ecuación. Las Fuerzas Armadas pasarían a ser *primus inter pares*, y los conservadores –a través del presidente– guardarían su lugar sólo si admitían el programa militar. Dicho de un tirón: rechazar el ultimátum equivalía a golpe. El presidente quedaba a cargo de la política menuda, con absoluta libertad de criterio, pero las FF.AA. se reservarían el monopolio de reformular la política del partido del Estado. El cambio de roles equivalía a una verdadera mutación histórica, el Ejército alcanzaba una suerte de accionar “independiente”. El nuevo dispositivo político, para la nueva etapa histórica, acababa de formularse sin que el bloque conservador se diera por anoticiado.

En el momento en que los militares consideraron que Ramón Castillo había abandonado el pacto de octubre de 1942, al no evitar que Robustiano Patrón Costas fuera nominado candidato presidencial de su propio partido, el golpe de junio de 1943 se puso en marcha. Es decir, la conformación del GOU se transformó en imperativo categórico de la política militar.

VII

El nacionalismo militar nunca fue una corriente política homogénea. Y el GOU no era más que una fracción organizada del nacionalismo militar. Un solo elemento ideológico articulaba todas las variantes nacionalistas: su antinorteamericanismo sedicente. Y así era porque formaban parte del ejército de un país agrario, cuya economía (complementaria de la británica) debía competir con las exportaciones de granos norteamericanos.

De modo que germanófilos y anglófilos coexistían en 1943 sin mayores conflictos políticos. Las dos posturas confluían en la neutralidad. Para los germanófilos era su apuesta de máxima, ya que eran conscientes de la creciente presión norteamericana, y de la imposibilidad de sustraerse a ella. Todo intento de remitirse al Eje, en términos de política práctica, presuponía la derrota de Gran Bretaña, EE.UU. y la Unión Soviética. Hasta tanto esa derrota no se materializara en el escenario bélico europeo, la postura permanecía en el reino del declaracionismo ideológico. De modo que la defensa de la neutralidad por los germanófilos coincidía objetivamente con los intereses británicos, en el intento por sustraerse a los norteamericanos.

En cambio, para los oficiales anglófilos la neutralidad era el modo más eficaz de participar sin fuego en el duro esfuerzo de guerra que sostenía el gabinete de Sir Winston Churchill. En suma, la neutralidad era la política que en 1943 no obligaba a delimitar entre sí las distintas fracciones al interior del GOU. Al mismo tiempo ese abordaje no requería, más bien todo lo contrario, evaluar militarmente el conflicto. Por eso se lee en los documentos del GOU: “El factor permanente –la guerra– no obstante ser el fundamental, no será tratado, por considerar que *todos los militares poseemos los mismos elementos de juicio*: una preparación técnica similar a una fuente común de información, los diarios, por eso dejamos librada al sereno juicio de los camaradas, seguro de que *todos coincidimos en las apreciaciones más generales*”.¹²⁷

127 Robert A. Potash, *Perón y el GOU. Los documentos de una logia secreta*, Buenos

La logia heredaría la neutralidad de Castillo como parte de su propia tradición política; al tiempo que intentaba reconstruir el equilibrio roto antes del golpe, evitando que el fraude impusiera a Patrón Costa, no como rechazo al fraude, sino como instrumento para conservar la neutralidad. Esto es, el golpe intentaba preservar la unidad del cuadro de oficiales. Ergo, o el bloque de clases dominantes imponía a los militares su nueva perspectiva internacional, lo que suponía una grave crisis al interior del cuadro de oficiales, o los militares debían conquistar suficiente consenso civil para su nueva estrategia, lo que suponía una grave crisis al interior de un orden político debilitado por la quiebra de 1930. En el orden del bloque de clases dominantes se abrió paso el horizonte de Pinedo. Esto es, la alianza estratégica con Brasil. En el orden militar, la lucha por la hegemonía sudamericana impedía esa alianza. Se lee en los documentos del GOU: “Es posible establecer el eje Chile-Argentina-Paraguay. Si esto se realiza automáticamente, la hegemonía sudamericana pasaría de nuevo a manos de la Argentina”.¹²⁸

Esa tensión era insoluble, y por tanto el bloque de clases dominantes no tenía como evitarla. Para resolver la crisis implícitamente optó por el golpe. En su interior latían con inadecuada representación los términos del conflicto. Dicho pedagógicamente: “El golpe no admitía otros contenidos, con absoluta independencia de la existencia o inexistencia del GOU, porque los otros contenidos carecían de posibles destinatarios sociales”.¹²⁹

Conviene, para entender esta última afirmación, poner en foco la historia menuda. El episodio del general Ramírez con el presidente, único ministro de Guerra que se nombró sin intervención del general Justo, precipitó los acontecimientos militares. Es decir, el enfrentamiento entre Castillo y su ministro de Guerra. La muerte de Justo, tras la de Alvear, dejó sin candidatos y sin programa a la UCR. En el intento de evitar

Aires, Sudamericana, 1984, p. 191, el destacado es de A.H.

128 Ibid., p. 196.

129 Ibid., p. 77.

el fraude electoral sin lucha política los radicales necesitaban un candidato militar. Ramírez fue tanteado en esa dirección, Castillo se enteró y exigió las consabidas explicaciones. El ministro admitió el cónclave, pero sostuvo que no había aceptado ninguna candidatura, dando así por terminado el asunto. Era un desafío sin medias tintas, solo se trataba de saber quién empujaría a cuál fuera del ruedo. El problema no era sencillo, puesto que el golpe todavía no estaba preparado, dado que carecía de adecuada dirección militar; según los rumores en boga recién se daría en septiembre. La fecha era razonable ya que las elecciones debían llevarse a cabo durante ese mes, teniendo en cuenta que el presidente electo recién asumiría en los inicios de 1944.

Ante tanta inmadurez Ramírez autorizó al coronel González (Gonzalito) a encontrar un general dispuesto a encabezarlo, pero no cualquier general sino uno en actividad y con mando de tropa. Ramírez daba un paso al costado, por negarse a derrocar a Castillo, y esa negativa se tradujo en torcedura interna del golpe; otro tanto hizo el general Edelmiro Farrell, y de ese modo un general marginal, Arturo Rawson, una suerte de golpista incontinente, encabezó tan decisivo levantamiento.

Vale la pena considerar el motivo de tanta parsimonia. El golpe de 1943, pronunciamiento puramente militar donde las clases dominantes actuaban por omisión, en una fuerza tan conservadora como el Ejército, recordaba a los generales que se jugaban la carrera a suerte y verdad. Dicho sin cortapisas: carecían de toda salvaguarda social, y lo sabían. Rawson aceptó encabezarlo porque no se proponía nada que pusiera en peligro su vínculo social con las clases dominantes. Como no era un oficial consustanciado con el pensamiento militar, no percibió que comandar el derrocamiento de Castillo no lo transformaba en líder del movimiento. No bien nombró inconsultamente su gabinete –los viejos pelucones de la década infame– sus camaradas lo obligaron a descabalgarse. Por eso Ramírez pasó de ministro a presidente en días.

Es el primer golpe en el golpe y grafica la debilidad política de los golpistas. Cuando Rawson abandona la presidencia y Ramírez el Ministerio de Guerra, avanza una nueva dirección que no integran ni Rawson ni Ramírez. Detrás de Ramírez avanza Farrell, con Ramírez asciende Gonzalito y con Farrell asciende Perón; detrás y debajo de Ramírez y Farrell asciende el GOU y dentro del GOU avanzan las contradicciones.¹³⁰

El GOU expresaba el pensamiento deshilvanado de los oficiales, la conciencia militar de un mundo en violenta transformación, la quiebra definitiva del horizonte del país del centenario. Ese universo cauto, decimonónico estaba conformado con una lógica estática, cínica, estúpida, conservadora, católica; la figura de Jordán Bruno Genta, funcionario del golpe de 1943, sintetizaba esos puntos de vista. Es decir, no comprendía, ignoraba que los cambios en la vida sexual –no la ley de profilaxis con que cada tanto se volvía a legalizar la prostitución– eran un nuevo modelo para la construcción de relaciones interpersonales, que la música popular era un menú más amplio que tango más folclore, que la radio y el cine –no como divertimentos técnicos, sino como nuevo horizonte cotidiano de la sociedad de masas– formaban parte de la inevitable laicización de la vida social, que este nuevo norte del mercado mundial terminaría imponiendo a la Iglesia Católica el Concilio Vaticano II y los sacerdotes obreros, que la irrupción de la juventud –con valores específicos que ya no reproducen el mundo adulto sino le imponen sus propios términos– era el signo de los nuevos tiempos, que la independencia de la mujer –personal, económica y política– era una tendencia decisiva del nuevo orden mundial, que la Universidad (como escenario para propulsar la nueva dinámica de las ideas) era una necesidad sistémica, que los valores de un consumismo juvenilista (mucho más democrático y menos espartano) articulaban el soporte del nuevo modelo

130 Ibid., p. 79.

productivo, y que todos estos virulentos cambios irrumpían rehaciendo de abajo hacia arriba la nueva sociedad civil. Y todo esto estaba demasiado lejos de las clases dominantes de la sociedad argentina, y por supuesto también de los oficiales del GOU.

Esa logia, más que un estado mayor de una revolución por materializar, era un inadecuado instrumento para intentar absorber el cambio del nuevo equilibrio mundial. Cambio que el casquete periférico debía elaborar como tránsito hacia la construcción del estado de bienestar. La nueva situación entre las potencias capitalistas y la Unión Soviética, de las potencias imperialistas del período anterior entre sí, la definitiva hegemonía norteamericana del nuevo ciclo largo, disolvía el orden del centenario. Esto es, amenazaba, ponía en cuestión, trastocaba todo el sistema de referencias del Ejército. El mundo ya no se pensaba desde Europa. Por eso el GOU era la contrafigura de un parlamento obrero inexistente que debía elaborar tan compleja transición, la contrarréplica de un soviét militar que debía considerar los nuevos problemas del poder, el Estado Mayor del programa estratégico con que la sociedad argentina debía resolver la inserción en el mercado mundial de la posguerra. Era demasiado, el GOU no pudo soportar tanta presión –centrífuga, centrípeta– y el 17 de octubre de 1945, la primera victoria política de rango nacional del movimiento obrero destrozó los últimos jirones de su exaltada existencia. Y de ahí en más el problema se trasladó íntegro, a los empellones, al cauce del naciente peronismo.

VIII

La oposición era la verdadera novedad de la política argentina. Todo el arco de partidos tradicionales había sido arrojado a la oposición por el golpe de 1943. La distancia entre las FF.AA. y el bloque de clases dominantes era la distancia entre el gobierno y la oposición unida en un solo haz. Nunca en la Argentina posterior a 1880 había sucedido tal cosa.

El diferendo que originó el derrocamiento de Castillo

estaba saldado a favor del radicalismo. Patrón Costas ya no era candidato presidencial, el fraude dejaba de ser el instrumento político por excelencia. Era el primer viraje. El segundo, lo encabezó la Unión Industrial Argentina (UIA) al adscribir al frente opositor encabezado por el radicalismo que hasta ayer criticaba acerbamente el Plan Pinedo. El programa estratégico de la UIA. ¿Una contradicción? En modo alguno, la UIA conocía sobradamente la inconsistencia del ideario radical, y temía los efectos de la política social, obrerista según la nomenclatura de época, del golpe.

En verdad, el programa del coronel Perón quedaba determinado por la singular dinámica de la lucha política. Esto es, por el enfrentamiento con la UCR. Como el radicalismo pro norteamericano exigía la realineación internacional del gobierno, el general módicamente se opondrá a ella. Más que pro inglés o antinorteamericano, Perón intenta conservar el mayor margen de maniobra independiente sin lucha. Chocaban dos proyectos electorales antagónicos, dos lecturas de un programa económico común. Dicho epigramáticamente: se votaba para determinar qué relación tendría la burguesía con el proletariado: si la de la 4.144 (ley de residencia que rehacía el protocolo de lectura de la Constitución: en particular el Preámbulo) o la del *welfare state* que restablecía el “para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”¹³¹ bajo la sombra del estado de excepción. En un camino, se parlamentarizaba el enfrentamiento; en el otro, la represión directa seguía siendo el núcleo duro del dominio social. Con la 4.144 la matriz agraria prevalece; desde la otra perspectiva, la burguesía intenta ponerse a tono con las nuevas exigencias industriales del mercado mundial incorporando a los sectores populares al consumo masivo, y a la ciudadanía política.

Si Perón aceptaba las elecciones era porque carecía de suficiente soporte militar (estaba en minoría en Campo de Mayo, la guarnición decisiva comandada por el general Ávalos);

131 Constitución de la Nación Argentina. Preámbulo, Buenos Aires, Torres Agüero, 1981.

mientras sus camaradas sostuvieron su política las elecciones eran un horizonte impreciso: la fecha electoral fue arrancada al presidente Farrell por la oposición, por la Unión Democrática. Negarse a los comicios en esos términos equivalía a abandonar el terreno común de la Constitución para internarse en el inhóspito reducto de la guerra civil; y una cosa era que los proletarios ingresaran a la república burguesa como ciudadanos, otra que los ciudadanos proletarios pusieran entre signos de interrogación la república burguesa.

La batalla librada y ganada el 17 de octubre por los trabajadores tiene exactamente ese contenido: parlamentarizar la lucha de clases. No es Perón el que dirige la operación, sino la autoorganización obrera. Esa es la segunda novedad de la política nacional, y Silverio Pontieri, secretario general de la CGT, dirigente de los ferroviarios, la analizó adecuadamente entonces en estos términos:

La clase patronal ha declarado la guerra al coronel Perón, no por Perón mismo, sino por lo que Perón hace por los trabajadores a los que ha otorgado las mejoras que venían reclamando y les ha dado otras que ni siquiera soñaban, como el estatuto del peón. La clase capitalista aquí y en el mundo entero parece haberse olvidado que la guerra contra el fascismo la han ganado los trabajadores y quieren volver a la situación de injusticia de antes, y les niegan lo que legítimamente les corresponde. Por esto *la Confederación General del Trabajo tiene la obligación de dirigir este movimiento defensivo de los trabajadores*, porque es la central mayoritaria y la más prestigiosa.¹³²

Eso se llama entender *in situ*.

El 17 de octubre no es una huelga revolucionaria, ni una movilización preinsurreccional, ni una revolución democrática

132 La CGT y el 17 de octubre de 1945. Actas del Comité Central Confederado, Buenos Aires, Pasado y Presente, julio/diciembre de 1973, el resaltado es de A.H.

a escala, es la fecha de nacimiento del peronismo político. Al rodear el centro de la ciudadela burguesa con los instrumentos de la lucha sindical conquistan la ciudadanía política con instrumentos democráticos: una política obrera sin delimitación propia, una política obrera en el marco de la república burguesa cuando la clase obrera todavía no integra la república burguesa, una victoria popular. Para la dirección de la CGT no se trata de transformar la organización sindical en soporte para una nueva estructura política, sino en librar políticamente una lucha sindical. El 17 de octubre es su extremo límite, más allá se encuentra la ciudadela de la revolución social y la CGT aclara expresamente en el debate del Comité Central Confederal (16 de octubre de 1945), que no es esa su propuesta.

Algo queda claro, Perón no organizó el 17 de octubre y de algún modo la liturgia peronista lo reconoce cuando la gesta se denomina Día de la Lealtad; es decir, cuando Perón ya no tenía los atributos del mando, cuando su poder se había evaporado, cuando ya no convocaba desde el corazón del poder pero tampoco desde el llano, los trabajadores leales lo rescatan de las manos de sus enemigos —civiles y militares— para instalarlo en el balcón de la Casa Rosada. Y Perón, a su modo, siempre lo tuvo en claro. Por eso a lo largo de su extensa vida política se dedicó a bloquear los 17 de octubre; a impedir que los trabajadores zanjaran las diferencias políticas entre las clases dominantes mediante la movilización directa. Esta era la tarea que Perón se arrogaba a sí mismo y no iba a permitir que nadie se la birlara. De lo contrario abandonaba el lugar del jefe bonapartista para transformarse en jefe de fracción.

El 17 de octubre, sostuve en otro trabajo¹³³,

[...] constituye un acontecimiento inequívoco, es una movilización de masas opositoras, pero es legal; es derrotar a una de las dos fracciones militares en pugna, pero respaldando a la más fuerte que no es la propia; es movilización, pero no es lucha; es lucha a condición de no ser combate; es obrera y popular, pero

133 Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, op. cit., p. 95.

no tiene delimitación de la política burguesa. Es una movilización por un jefe militar del movimiento obrero, sin movilización militar en defensa del movimiento obrero.

Para el Ejército, en cambio, el 17 de octubre es el momento en que resuelve que gobernar la sociedad argentina no es una tarea militar, salvo que el bloque de clases dominantes resuelva otra cosa. Ese es el límite autónomo del golpe de Estado. La reorganización de los partidos del Estado ha concluido, todos los partidos de gobierno son partidos del Estado, más acá o más allá de las limitaciones que tengan para legitimar electoralmente esa condición. La hora del Ejército volverá a sonar cuando el tiempo del caudillo militar se haya agotado. Hasta tanto, su comportamiento político —como el de cualquier burocracia con cierto poder— siguió la lógica de pases y ascensos, y su fidelidad al jefe se vio recompensada con la participación de las FF.AA. en el presupuesto nacional. El golpe volvía a quedar fuera de su horizonte.

IX

Los gastos millares argentinos en 1945 superaban los de Chile, Colombia, Perú, Brasil y Venezuela sumados, sostiene Robert Potash. Es decir, eran los más altos de Sudamérica. Ese comportamiento informa sobre la concepción peronista de las relaciones bilaterales con los países limítrofes. No solo no se avanzó un milímetro en dirección a la integración, como proponía el Plan Pinedo, sino que los prejuicios más arraigados fueron estimulados con la literatura más chauvinista y clerical. Toda la cultura política de los oficiales quedó en manos de la Iglesia Católica, los oficiales de Justo pese a todo siguieron en ese punto y en tantos más su política, lo que no jugó un papel menor en el golpe de 1955, habida cuenta que pocos meses antes el conflicto con la curia llegó al nivel de la excomunión del general Perón, suceso extraordinario para la Iglesia Católica,

ilustrando hasta qué punto la teología es un instrumento al servicio del poder desnudo y no una cuestión de canonjías presupuestarias.

Potash afirma que el 43,3% del presupuesto nacional –6% del PBI– estaba destinado al gasto militar aunque durante ese lapso el gobierno no adquirió armamento en el exterior y el número de integrantes de las Fuerzas Armadas no se incrementó significativamente. Con posterioridad, lo que sí se modificó fue la estructura interna del cuadro de oficiales: entre 1950 y 1955 el gobierno aumentó casi en un 50% el número de generales y coroneles, sin aumentar el total de oficiales. Dicho de un tirón, los ascensos a las últimas grillas del escalafón militar fueron fuertemente facilitadas. En suma, la política militar del primer peronismo “democratizó” el horizonte del general Justo sin alterarlo.

Así y todo el presupuesto de Defensa a valores constantes disminuía todo el tiempo: del tope del 43,3% (1945) cayó al 24,9% en 1949. Y un proceso similar se verificaba, si se deflacionan las cifras, en la participación de la Iglesia en las cuentas nacionales.¹³⁴ En el mismo período la mitad de los generales en servicio activo eran hijos de inmigrantes, y este porcentaje se repetía, curiosamente, en las filas de la clase obrera, y de la Iglesia Católica. El carácter aluvional de la estructura social argentina mostraba una notable uniformidad sistémica.

Bajo la conducción de Sosa Molina el Ejército no aceptó nunca la apertura del escalafón interno. Esto es, que un suboficial pudiera ascender a oficial. En teoría esa posibilidad existió – ambas Cámaras aprobaron un proyecto radical en ese sentido con respaldo oficial– pero el gobierno nunca permitió que se efectivizara. Durante el primer peronismo la estructura interna de las Fuerzas Armadas se modificó en el mismo sentido que la sociedad civil. Las relaciones entre oficiales y suboficiales cambiaron de plano: estos últimos, con anterioridad, no podían

134 Lila M. Calmari, *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, op. cit., p. 126

votar; de allí en más pudieron; de personal de maestranza semi ilotizado pasaron a ciudadanos. Alcanzaron los derechos políticos después que el movimiento obrero, ingresaron a la república parlamentaria burguesa encolumnados tras los trabajadores, a remolque de la victoria popular, arrastrados por ella, y de algún modo nunca lo olvidaron del todo, por lo menos, hasta 1973.

Hasta el año 49, para ascender en la estructura militar, para alcanzar las palmas del generalato, no era imprescindible tener opiniones políticas. Un oficial que cumplía sus obligaciones profesionales no era postergado por su falta de compromiso. Desde ese año la cosa cambió. Conviene destacar que, hasta 1949, la situación económica de los trabajadores mejoró todo el tiempo, y los conflictos sociales eran gobernados con el sencillo trámite de ceder ante los reclamos populares. Eso sí: los que los encabezaban solían ser despedidos; los demás, satisfechos. No era poca educación política.

Mientras la tensión social no ganó a la sociedad argentina, el profesionalismo militar resultó viable. A cada retroceso global (menor disponibilidad de bienes) el gobierno respondió con mayor rigidez política. Y por política entendía un administrativo sometimiento a indicaciones puramente formales. Ese comportamiento *boomerang* lograba exactamente lo contrario que se proponía obtener. Dos ejemplos ilustran esta afirmación: la obligatoriedad de la afiliación al partido oficial para ejercer cualquier cargo en una repartición pública no incrementó la adhesión al gobierno de los incorporados por esa vía, sino su resentimiento, o la imposición del luto tras la muerte de Eva Perón no multiplicó la sensibilidad popular sino un odio viscoso, primitivo.

Las relaciones más tensas con la oposición correspondieron a los peores momentos de la economía peronista (fines de 1951, y durante 1952 y 1953). Es posible enunciar una suerte de tendencia: cada vez que la oposición contaba con argumentos para golpear al gobierno, éste golpeaba anticipadamente a la

oposición, al tiempo que esa conflictividad no se traducía en pérdida de adhesión social, influencia electoral, como antes sucediera con el radicalismo. El bloque histórico estaba férreamente soldado; sólo dos décadas más tarde, Martínez de Hoz mediante, se produciría un tajo que abriría un reaccionario nuevo curso.

X

El Censo Industrial de 1947 permite constatar que el 70% de la población de la provincia de Córdoba vive en el campo. En cambio, en la provincia de Buenos Aires el 68% está instalado en centros urbanos. Dicho con sencillez: el régimen de sustitución de importaciones impuso cambios demográficos en las zonas económicamente dinámicas que se constatan indirectamente allí. Por eso sostengo: Córdoba era “el eslabón débil del régimen peronista”¹³⁵; esta precisión importa, pero todavía no permite establecer la diferencia específica, el tipo de debilidad; dado que Córdoba carecía de un grado significativo de industrialización, resulta socialmente débil. El ritmo urbano de su actividad todavía estaba determinado por la estructura agraria, los valores de su sociabilidad son los de la pampa gringa. De modo que la sociedad cordobesa se parecía más a la Argentina anterior a 1930, que a la posterior.

Entre 1946 y 1954 Amadeo Sabattini siguió controlando la dirección local de la Unión Cívica Radical. Ese control impidió, en 1945, la conformación de la Unión Democrática a escala provincial. Como la elección resultó cabeza a cabeza, el peronismo gana en Córdoba por tan solo 183 votos al radicalismo, el aporte de los 8.000 votos socialistas y comunistas, reunidos por la candidatura nacional de la Unión Democrática, hubieran significado el retorno del sabattinismo a la gobernación. Nunca volvería a suceder, en vida de don Amadeo.

No falta quien sostiene: la “Unión Democrática fue un

Cesar Teach, *Sabattinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba 1943-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991, p. 14.

producto de la crisis interna de la Unión Cívica Radical”.¹³⁶ Nos vamos a deslindar de esa hipótesis, pero avancemos con orden; sabatinismo y unionismo reproducían, en las condiciones de la década del cuarenta, el viejo enfrentamiento entre galeritas y personalistas. Ambas corrientes tenían una suerte de empate interno, no tanto porque su influencia fuera idéntica –el prestigio de la intransigencia era muy superior– sino por conservar el unionismo el control legal del partido. Como la normativa electoral gobierna las internas, la influencia de Sabattini no se correspondía con el control administrativo de la UCR. El unionismo, para contarle con amabilidad, estaba sobrerrepresentado. Si los afiliados, mediante el voto directo, elegían una nueva dirección, el unionismo muy probablemente hubiera sido arrollado. Para conservar el comando los unionistas impiden la interna, apalancando su decisión en la dinámica de la multitudinaria Marcha de la Constitución y la Libertad; oponerse unitariamente al gobierno de Farrell y Perón era la expresión del programa conservador de masas. Esa pareciera la convalidación de la mencionada hipótesis, pero no apuremos el tranco.

Es posible sostener: el sabatinismo defiende una cuestión de principios, por tanto la Unión Democrática en Córdoba no se constituyó. En tal caso, no se entienden los motivos de Sabattini para respaldar la candidatura nacional de Tamborín y Mosca. Ese acuerdo con los jefes históricos del unionismo cierra el debate; en los hechos, Sabattini pagaba el costo de sostener la alianza sin obtener ninguna ventaja a cambio. Ni rompe, para ejecutar una política independiente, ni se beneficia electoralmente con el acuerdo. La estrecha tozudez de don Amadeo impide la derrota peronista en Córdoba. Aun así cosecha 17 senadores, quórum propio, aunque no alcanza la mayoría en diputados.

Retomemos la hipótesis en cuestión: la Unión Democrática como táctica para conservar el control de la UCR. Esta aproximación produce un equívoco grave: la alianza como concesión al “espíritu” del arco de partidos parlamentarios.

Este abordaje no se compadece con la verdad histórica; sobre todo, con el análisis de las tendencias de largo plazo. Desde el momento en que el general Justo cuenta con ministros del radicalismo antipersonalista, como Ortiz, y del socialismo independiente, como Pinedo, en perfecta armonía con viejos dirigentes conservadores, la lógica unionista preexiste, y constituye un instrumento del bloque dominante contra el potencial gobierno democrático, nacional democrático, de los sectores populares; esa versión de la alianza resultaba descaradamente fraudulenta, y requería del silencioso acatamiento militar. Como el golpe de 1943 quiebra esa posibilidad, las transformaciones internas sufridas por el radicalismo durante la década infame, (sometimiento de Alvear a la política de Justo y Ortiz) imponen ese comportamiento unitario como una suerte de corolario lógico. El unionismo es el punto de reagrupamiento radical, el socialismo independiente (la verdadera política, en última instancia, del partido de Repetto) cumplido su papel desaparece de escena, sin dejar de marcar la novedad: el Partido Comunista; su presencia estaba dada tanto por su influencia sindical, como por el resultado político militar de la Segunda Guerra Mundial. Y si los conservadores no integraban nominalmente la Unión Democrática, tampoco presentaban listas propias. Es decir, apoyaban con inteligencia, críticamente, para no espantar el voto radical, el frente que representaba sus intereses. Esto es, conservar el orden político existente, y a través de su sobrevivencia garantizar ese viejo ukase real: la línea presidencial de la república oligárquica: el control estratégico de la política nacional.

La larga agonía de la UCR está determinada, entonces, por una seguidilla de problemas históricos inadecuadamente encarados. Repasemos: incapacidad de aplastar a los golpistas, por carecer de instrumentos para impulsar un curso no liberal a la crisis del treinta, (ausencia que terminó por imponer la coexistencia pacífica con el régimen de Justo, en lugar de encabezar una lucha nacional por la determinación democrática

del nuevo curso), y esa coexistencia no resultó gratuita, ya que impuso la descomposición moral y material del partido, en medio de los negociados de la década infame. Dicho con una oración tajante: la Unión Democrática sintetizó la impotencia histórica del viejo bloque de clases dominantes, y la falta de estrategia propia del radicalismo; esa falta constituyó el núcleo central de dicha impotencia. La UCR servía para satisfacer los deseos del bloque dominante, pero no servía para resolver sus necesidades.

Por eso, una parte sustantiva del sistema de cuadros medios jóvenes de la UCR cordobesa se vuelca al peronismo. Dicho sintéticamente: la interna radical es toda la política porque el radicalismo abandonó toda voluntad por orientar progresivamente el frente nacional. La Unión Democrática era la política radical porque el radicalismo carecía de política propia desde 1930. Y antes su política “propia” se redujo a democratizar muy relativamente la renta agraria.

A partir de 1946 Córdoba se vuelve a dividir electoralmente: los departamentos del Sur, peronistas; los demás, radicales. El Partido Laborista crece electoralmente a expensas del Partido Demócrata que desciende del 42% del padrón al 14%, pero también cosecha –en mucha menor proporción– votos sabattinistas. Contado al galope: el sabattinismo pasa a ser un fenómeno políticamente recesivo, en el sentido que Raymond Williams otorga al concepto, ya que las transformaciones impuestas por el mercado mundial lastiman su arcaica base social, al tiempo que ponen en crisis el paradigma patriarcal y católico de la provincia. Esta nueva crisis modifica las relaciones del sabattinismo con la intransigencia radical de la provincia de Buenos Aires –Ricardo Balbín– y de la Capital Federal –Arturo Frondizi–; y por tanto del sabattinismo con el resto de la Unión Cívica Radical.

La Convención Nacional del Movimiento de Intransigencia y Renovación, 8 de enero de 1948, debate la abstención electoral promovida por Sabattini y el concurrencismo promovido por

Ricardo Balbín. Gana Sabattini. Se impone el voto directo de los afiliados en la interna, y no el sistema de delegados. En la Conferencia Nacional Intransigente, se debate sobre organización: el litoral, entregar la dirección a los diputados nacionales favoreciendo el ascenso de Balbín y Frondizi; la delegación cordobesa, impulsa una solución federal, por tanto, se opone terminantemente al avance de Balbín y Frondizi. Gana Córdoba y el partido vira nominalmente. A la hora de la verdad los diputados nacionales gobiernan el partido. En 1949 Balbín gana la presidencia del comité provincial, aunque Frondizi no logra desalojar al unionismo del comité capital. Si Sabattini hubiera jugado con Frondizi, intervención de la Capital, otra hubiera sido la situación. Elige no hacerlo. De lo contrario, la victoria de Frondizi sumada al surgimiento de Balbín constituía una nueva dirección. Para evitarlo el líder cordobés se vuelve un virtual aliado del unionismo.

Dicho sintéticamente: sobre la cabeza de Sabattini se agolpan las crisis del treinta, de la guerra y sobre todo el sacudón de la posguerra que impuso el peronismo. Es mucha crisis para un hombre del siglo XIX.

Una vez fracasado el golpe del general Ávalos en octubre de 1945 (al que el unionismo deja sin sostén político para impedir la nominación presidencial de Sabattini, temiendo lo peor, esto es, la victoria de don Amadeo) la intransigencia queda sin juego electoral propio. En ese punto solo restaba romper la UCR, pactando con el coronel Perón, o marchar hacia la conformación de Unión Democrática. Por 115 votos contra 48 la Convención opta, y la delegación cordobesa –encabezada por Arturo Illia y Antonio Sobral– se retira. El sabattinismo había concluido su marcha hacia ninguna parte. Toda su política ante el peronismo sería la reedición del golpe de Ávalos, y cuando el golpe llega de la mano de Lonardi, en Córdoba, los cambios que el peronismo impuso al país abren la exclusiva de Arturo Frondizi. El ciclo del sabattinismo concluyó sin haberse abierto.

Retomemos el hilo. La victoria electoral del coronel Perón en 1946 pulverizó a sus antagonistas políticos. Los bandos triunfalistas de la Unión Democrática cesaron, un silencio sobrecogedor ganó las calles. La oposición estaba anonadada. La iniciativa política reposaba íntegra en manos del gobierno. La sociedad argentina respiraba a otro ritmo: lo reputado imposible había sucedido. Toda la producción intelectual del conservatismo político quedó estancada, nunca pudieron explicar la derrota sin derrapar en cínico racismo. Entonces, su propuesta se redujo a un programa muy simple: transformar la mayoría electoral del peronismo en minoría militar, en construir las condiciones para otro golpe de Estado. Dicho de otro modo, el peronismo en tanto partido de gobierno siempre fue percibido por los partidarios orgánicos del partido del Estado, por los miembros del Estado mayor del bloque de clases dominantes, como un instrumento poco fiable. A esto se reduce la habitual acusación de demagogia: ustedes están más preocupados en conservar su condición de partido de gobierno, en lugar de preocuparse por ejecutar el programa del partido del Estado. Y esto es y no es cierto.

El 4 de junio de 1946, Perón asume la presidencia ante la enorme algarabía de sus seguidores. Los instrumentos de la política del *welfare state* habían sido instalados previamente (nacionalización del Banco Central, de los depósitos bancarios, el IAPI)¹³⁷, su sesgada lectura del Plan Pinedo gobernaba la escena. En un pulido discurso de campaña (12 de febrero) sostuvo el coronel: “Porque la verdad es esta: en nuestra patria no se debate un problema entre ‘libertad’ o ‘tiranía’, entre Rosas o Urquiza, entre ‘democracia y ‘totalitarismo’. Lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido por el campeonato entre la ‘justicia social’ y la ‘injusticia social’”. Es decir, la naturaleza de la relación entre propietarios y no propietarios, entre la “oligarquía” y los trabajadores, entre la mayoría desposeída y la minoría poseedora.

137 Para un análisis en detalle de los instrumentos véase mis *Los cuatro peronismos*, op. cit.

En 1946 el Banco Central disponía de reservas equivalentes a 1.100 millones de dólares; durante 1947 el nivel de reservas no se redujo; a lo largo de 1948 comenzó a descender peligrosamente, y durante 1949 llegó hasta 258 millones de dólares, para volatilizarse por completo en 1950.

Cuando Potash evalúa el costo del Plan Quinquenal, excluyendo las fábricas militares, afirma que llevarlo a la práctica requería 1.270 millones de dólares. De comparar ambas cifras surge que el gobierno estaba en condiciones de ejecutar el Plan con recursos propios y sin embargo, el proyecto no se cumplió. El gobierno invirtió 983 millones de dólares en nacionalizaciones durante los dos primeros años de gestión; 645 millones de dólares se consumieron en la compra de los ferrocarriles (600 millones los ingleses, 45 en los franceses) y salvo los 95 millones de dólares destinados a la adquisición de la Unión Telefónica, el resto se utilizó en repatriar empréstitos: 130 millones de los Estados Unidos, 100 de Gran Bretaña y 13 de diversos países europeos. Si se comparan las cifras destinadas a la nacionalización, 983 millones de dólares, con los 1.100 millones del total de reservas, se comprueba que el 90% se gastó en nacionalizar. Pero el verdadero descubrimiento surge de comparar el costo estimado del Plan Quinquenal (1.270 millones de dólares) con el total de reservas (1.100 millones de dólares), ya que se comprueba que el primer gobierno peronista dispuso del 85% del costo total del programa, y ese porcentaje crece si se considera que las compras se podían pagar al contado rabioso, hipótesis uno, o que el repago de las inversiones, hipótesis dos, sería generado por la puesta en marcha de las plantas instaladas, abonando una tasa de interés del 3% anual.

Respetando rigurosamente los hechos debemos consignar que el 55% de las reservas estaba constituido por las libras bloqueadas; es decir, moneda dura convertible en dólares, según los acuerdos pactados en Bretton Woods entre Gran Bretaña y los Estados Unidos, sujeta a negociación trilateral con el gobierno peronista. Es útil recordar que Lord Keynes

negoció un crédito por 3.750 millones de dólares –total de la deuda británica con el mundo– a 50 años, con una tasa de interés del 2% anual, a cambio de aceptar la vuelta al patrón oro. A esto se reducen en última instancia los acuerdos de Bretton Woods.¹³⁸ Como Gran Bretaña necesitaba seguir comprando a crédito en el mercado argentino, y como el grueso de las compras de equipos industriales se haría en los EE.UU., era evidente que el gobierno argentino contaría con el beneplácito del norteamericano para realizar dicha operación. El texto del acuerdo financiero entre los Estados Unidos y el Reino Unido, en el apartado séptimo, “Arreglos cambiarios en la zona de la libra”, reza textualmente:

El gobierno del Reino Unido dispondrá los arreglos necesarios tan pronto como sea posible y en todo caso nunca más tarde de un año después de la fecha efectiva de este acuerdo, salvo que mediante consultas se conviniera una fecha posterior, a tenor de las cuales inmediatamente después de la finalización de tales arreglos las utilidades en libras provenientes de las transacciones en curso de todos los países del área de la libra (aparte de cualquiera utilidades originadas en gastos militares por parte del gobierno del Reino Unido anteriores al 31 de diciembre de 1948, en la medida que son tratadas por acuerdo con los países interesados, *en las mismas bases que los saldos acumulados durante la guerra*) quedarán disponibles libremente para transacciones en curso, en zonas de cualesquiera divisas sin discriminación, con el resultado de que toda discriminación que se origine en el llamado “pool” del dólar en la zona de la libra será totalmente eliminada, y de que *cada integrante del área de la libra tendrá a su entera disposición las utilidades corrientes en libras y en dólares para emplearlas en transacciones*

138 Richard N. Gardner, *La diplomacia del dólar y la esterlina*, Buenos Aires, Troquel, 1966.

*en curso en cualquier parte.*¹³⁹

Cuando Milcíades Peña compara las dos posguerras mundiales explica:

A diferencia de lo ocurrido al término de la Primera Guerra Mundial, cuando el problema de la industria argentina residía en asegurarse la protección contra la competencia de las mercancías metropolitanas, en 1946 la esencia de una política de industrialización consistía en asegurar las divisas necesarias para la modernización y expansión de la industria y de todo el aparato productivo del país —contrarrestando las previsibles maniobras de las metrópolis destinadas a saquear las reservas acumuladas durante la guerra—¹⁴⁰.

Ni el radicalismo de Yrigoyen aseguró “la protección”, ni la gestión del primer peronismo evitó las “previsibles maniobras” destinadas a “saquear las reservas acumuladas”, ni aseguró las divisas para su propio programa industrial. Pero los instrumentos que volvían posible evitarlas existían, eran de dominio público, y constituían el corazón del acuerdo financiero entre los Estados Unidos y Gran Bretaña firmado en diciembre de 1945.

Es posible sostener que el apartado séptimo sólo se refiere a “utilidades corrientes” y no a libras congeladas. En tal caso el apartado décimo, “Saldos acumulados en libras”, establece taxativamente tres categorías, y en las tres las libras deben transformarse en dólares¹⁴¹, variando solo las fechas. De donde se deduce que, o el programa industrial no era prioridad efectiva para el peronismo, o el gobierno consideraba un mecanismo financiero independiente para ejecutar el Plan Quinquenal.

La nacionalización ferroviaria atendía adecuadamente los intereses terratenientes que no requerían, en lo inmediato,

139 Ibid., p. 475 del apéndice documental, el destacado es de A.H.

140 Milcíades Peña, *Masas, caudillos y elites*, Fichas, Buenos Aires, 1971.

141 Richard Gardner, *La diplomacia del dólar y la esterlina*, op. cit., p. 477.

divisas, y solo muy limitadamente los intereses industriales. El control del sistema ferroviario era, es un elemento esencial en la fijación del monto de la renta agraria, ya que el precio del flete recorta dicha renta. Para que la nacionalización atendiera los intereses industriales hubiera debido realizarse sin desembolsar divisas; debía pagarse con moneda nacional, alcanzando así un doble propósito: entregar el ferrocarril al Estado, conservar las divisas para el equipamiento industrial.

Una hipótesis rondaba la cabeza de Perón (y no solo la de Perón, por cierto), otra gran guerra.¹⁴² No ya la guerra entre potencias imperialistas, sino un enfrentamiento entre la Unión Soviética y los Estados Unidos: la tercera guerra mundial.¹⁴³ Y esa guerra financiaría con los buenos precios de las exportaciones agrarias las divisas del salto industrial. Pero la elección de esta hipótesis obedece a razones más profundas que el habitual error de cálculo; para decirlo con el filo de una fórmula política: al bonapartismo entre estancieros e industriales.

Mientras los precios agrarios internacionales aceptaron las traslaciones de ingresos sectoriales, todo anduvo bien. Precios y reservas murieron juntos, en 1950, y la caída del topoderoso ministro de Economía, Miguel Miranda, dejó abierto el camino evitado en 1946: la aproximación a los EE.UU. El intento chocó con la Constitución de 1949, con el declamativo nacionalismo militar, con la oposición radical y con un segmento dinámico del propio oficialismo. El célebre artículo 40, tomado de la Constitución mexicana, impedía la enajenación del subsuelo a compañías petroleras extranjeras. De modo que el acuerdo con la Standard Oil de California violaba la Constitución nacional. Perón intentó evitar el escollo en el Congreso mediante una ley especial, pero el golpe de 1955 se adelantó y la realineación internacional del gobierno, en los términos de la Unión Democrática de 1946, quedó en manos de la Revolución Libertadora. Pero recién Arturo Frondizi —con su abrupto

142 Simone de Beauvoir, *Cartas a Nelson Algren*, Lumen, Barcelona, 1999.

143 C. Wright Mills, *Las causas de la tercera guerra mundial*, Buenos Aires, Merayo, 1969.

cambio en la cuestión petrolera— modificará un tanto la ecuación.

XII

Para los partidos de oposición era claro que no podían derrotar electoralmente al peronismo antes de 1958. Y todavía entonces estaba por verse si lo lograrían. Los empresarios —tras el fracaso del acuerdo con la California— desconfiaban sobre la posibilidad de un convenio que vehiculizara el arribo sistemático de capital norteamericano. Al tiempo que estaban seguros que ese gobierno no estaba en condiciones de imponer la “imprescindible disciplina laboral” en la fábrica. El esclerosado aparato sindical todavía era capaz de defender, frente a ese gobierno, los intereses inmediatos de los trabajadores. Perón podía militarizar una huelga, pero no podía fracturar su base social sin desestabilizar al gobierno. Por tanto, el golpe unificaba a empresarios y opositores, sin olvidar que la Iglesia católica había roto lanzas con Perón, y que la crisis en ese frente distaba de estar sellada.

De modo que el derrocamiento del peronismo contenía una política unitaria más amplia que la Unión Democrática de 1946; una sola incógnita debía despejarse: el comportamiento del cuadro de oficiales. En 1951 la intentona golpista había fracasado bochornosamente, y no había demasiadas garantías conspirativas para evitar otro fallido.

Volvamos a 1946. Después de la Segunda Guerra Mundial el Vaticano había elaborado su política anticomunista de masas: la Democracia Cristiana. En Italia derrotaron al Partido Comunista bajo el birrete del viejo partido popular agrario, con el programa de la doctrina social de la Iglesia. La jerarquía católica adoptó en Europa las banderas del parlamentarismo liberal burgués que rechazara desde la Revolución Francesa. Era el primero de una serie de cambios copernicanos.

La aparición del peronismo en la Argentina, también fue leída por la Iglesia en clave anticomunista. No solo porque el comunismo y el socialismo vernáculos militaban en la Unión

Democrática, sino porque los trabajadores abandonaban las banderas rojas y anticlericales, por tranquilas banderas azules y blancas. Desde el vamos las relaciones entre jerarquía católica y peronismo fueron óptimas. Al punto que la filiación cristiana del peronismo quedó establecida por vía parlamentaria mediante una ley de educación religiosa en las escuelas. Aun así, no es tan cierto que la jerarquía católica se pronunciara abiertamente contra la Unión Democrática en las elecciones de 1946.

En su documentado trabajo Lila Caimari demuestra que el enfrentamiento con la Iglesia fue más una decisión del radicalismo que una opción de la curia.

Robert Mc Geagh señala que en 1937 la educación laica no formaba parte del programa radical, por lo que la integración de tal principio en la plataforma de 1945 era imprevisible. Pero este autor omite un hecho decisivo: en 1937 no era imperioso pronunciarse sobre la enseñanza laica, que dominaba el sistema educativo desde hacía cuarenta años. El laicismo en la enseñanza se había convertido en tema político central recién en 1943. Una vez más la atmósfera ideológica de posguerra y las consignas que oponían a la UD y Perón parecen haber jugado un papel primordial. La defensa de la democracia siempre había formado parte del programa de la UCR. Pero en esa elección en particular, este compromiso era la prioridad absoluta: a la hora de las decisiones los líderes radicales optaron por alinearse con las posiciones de sus aliados políticos contra la dictadura y el autoritarismo, y no con las demandas de la Iglesia Católica sospechosa de complicidad con el gobierno militar. Un punto es innegable: la elección de la UCR con pleno conocimiento de causa. *La UD no había sido rechazada por los obispos.*¹⁴⁴

144 Lila M. Caimari, op. cit., p. 98, destacado de AH.

A fines de 1954 el peronismo organiza la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), que en teoría disputaba el mismo público que las Juventudes de la Acción Católica. En Córdoba la juventud católica, particularmente pía y decididamente gorila, se lanzó provocativamente a integrar jóvenes en abierto desafío al gobierno, tras prohibirles a los propios sumarse a la UES. No era una decisión menor del arzobispado. Era monseñor Laffitte quien encabezaba ahora la lucha de los católicos contra el gobierno. Conviene recordar que esa juventud aportaría buena parte de los 3.000 comandos civiles que respaldaron al general Lonardi. De todos modos con la constitución de la Democracia Cristiana como partido demostraba que las relaciones de la Iglesia con el primer peronismo habían mudado de carácter.

Perón respondió con una batalla en regla. Promovió una ley de divorcio, al tiempo que propuso separar la Iglesia del Estado, es decir, modificar el fondo y la forma de la Constitución, cosa que no hizo en 1949. La manutención del clero dejaba de ser una cuestión de Estado, al tiempo que separaba a los capellanes del cuadro de oficiales. Al tomar estas medidas casi en seco, como parte de un violento viraje –al menos desde la percepción colectiva– sin un adecuado debate público que hubiera podido arrimar al gobierno un segmento social tradicionalmente hostil al catolicismo, al enfrentar una movilización opositora mediante métodos burocrático-policiales, enajenó una fracción militar fuertemente cooptada por el conservatismo religioso. De modo que el camino que facilitó un puente de paso de oficiales hacia la oposición política, y desde allí al golpe de 1955, fue la jerarquía católica a través de la línea de capellanes militares. Los elementos que permitieron articular el dispositivo golpista estaban tendidos, solo faltaba saber quién ajustaría las clavijas y materializaría el golpe.

En realidad, el dispositivo requirió de un procedimiento, el bombardeo de Plaza de Mayo, y un cruzado católico: el general Eduardo Lonardi. Y todo lo demás vino por añadidura.

XIII

Explica Potash: durante 1954, los oficiales de Puerto Belgrado habían concebido un plan para un futuro levantamiento. El papel de la Marina era decisivo, aunque contaba con muy relativo respaldo del Ejército y la Aeronáutica. Para llevarlo a cabo, por tanto, Puerto Belgrano –principal base de la Marina de Guerra– debía estar en condiciones de resistir ataques por tierra y aire “hasta tanto la flota de mar pudiera bloquear el Río de la Plata (lo que efectivamente sucedió en septiembre del 55) y debilitar la decisión del gobierno de resistir”.¹⁴⁵ El plan se denominó Alcázar, y fue puesto a punto mediante ejercicios encubiertos a fines de 1954, mientras el gobierno se enfrentaba a la Iglesia católica. Dicho sintéticamente: la Marina en bloque fue la primer pieza del dispositivo golpista; la inteligencia del Estado no había estado en condiciones ni de averiguar, ni de contrarrestar esa situación.

El 16 de junio de 1955, el vicealmirante Toranzo Calderón se insurreccionó sin obtener el respaldo de su fuerza; mientras los demás oficiales superiores ponían a punto el Plan Alcázar, el vicealmirante sería teóricamente reprimido por nada menos que el contralmirante Isaac Rojas. Toranzo Calderón resulta el jefe adecuado –en seguida evaluaremos los motivos– para dirigir un atentado terrorista a gran escala, pero no para encabezar la Marina durante un golpe en regla. Conviene recordar que no se trata de un típico oficial naval, sino de un ex oficial del Ejército incorporado con la creación de la Infantería de Marina. En otras palabras: Rojas eligió a un ex oficial del Ejército para atentar contra la vida del presidente de la República (ese era el objetivo explícito del bombardeo), que era un oficial superior del Ejército. El mensaje era claro: una invitación terrorista a sumarse al golpe. Esto es, un intento por dividir al Ejército que hasta ese momento obedecía a sus mandos naturales. Cinco días antes, toda la oposición marchaba bajo las banderas vaticanas durante la conmemoración de Corpus Christi. El gobierno reprimió con gases lacrimógenos y el 14 la CGT convocó a un

145 Robert Potash, *El Ejército y la política en la Argentina. 1945-1962*, t. II, Buenos Aires, Sudamericana, p. 252.

paro general. Frente a esto, los bombardeos de junio de 1955 constituyeron el cambio de rango de la respuesta opositora, el abandono del terreno común de la Constitución, la decisión de matar o morir.

El 16 de junio a las 10.30 horas Toranzo Calderón inicia el ataque. Tres aviones bombardean la casa de gobierno y el Ministerio de Guerra. Una bomba impacta en la Casa Rosada, Perón salva su vida por estar en otro lugar, otra bomba cae sobre un trolebús y mata a todos sus ocupantes, civiles ajenos al enfrentamiento. Los sublevados establecen su comando en el Ministerio de Marina. Los infantes que deben llegar desde Martín García para reprimir defecionan. Tropas de la primera división del Ejército rodean el edificio. A las 17.40 Toranzo Calderón y sus acompañantes son arrestados. Aunque la intentona ha fracasado y esto es evidente para todo el mundo, a las 18.15 horas (35 minutos más tarde del apresamiento del comando revolucionario) se produce el último y masivo ataque, el que cobra el grueso de las víctimas civiles. El episodio, aparentemente, ha concluido.

¿Cómo entender un suceso tan cruel, tan único? ¿Es posible aproximarse al bombardeo como si se tratara de una medida pedagógica? En tal caso podría leerse así: Quien nos enfrente debe saber que hemos elegido como enemigo al presidente para matarlo. Quien se ubique en el terreno del enemigo será tratado como si fuera Perón. Para vencernos será preciso matarnos, y quien nos mate no sólo deja atrás nuestras chaquetillas ensangrentadas, sino el despojos de la sociedad burguesa. Quien dispara contra nosotros, dispara contra la propiedad privada y quiéralo o no, salta el cerco. No defiende el gobierno constitucional, derrota el orden social, no defiende la legalidad, impulsa la legitimidad de la victoria obrera, no defiende a Perón –que es por todo esto indefendible– sino que abre el curso para una victoria de la clase antagonica, y quien dice antagonica justifica proletaria. Por tanto, el que rechaza la victoria proletaria puede, debe ser nuestro amigo. Para serlo es preciso seguir

nuestro programa –el golpe antiperonista–, de lo contrario ustedes –los integrantes del Ejército y de la sociedad civil– serán tratados como enemigos. Hablamos en serio, por eso nuestra proclama no es un texto sino el bombardeo pedagógico de la Plaza de Mayo. Es que el bombardeo a la Plaza señala, a escala, la necesaria masacre de sectores populares de la sociedad argentina, desplazando el odio por el proletario hacia el odio por el peronista. Entonces, para evitar, posponer otra masacre, ahora sí gigantesca, es preciso unirse al golpe.

¿Cómo respondió el poder ejecutivo? La participación de la CGT en la defensa del gobierno directamente no existió. Héctor Di Pietro, secretario general adjunto, puso todo su empeño en que así fuera. Así y todo, la furia popular estableció la relación entre Plaza de Mayo y la Iglesia Católica incendiando esa misma noche una docena de templos. El pico de la ira alcanzó la biblioteca eclesíastica: 80.000 volúmenes ardieron mientras los manifestantes coreaban cánticos violentamente anticlericales. Toda la represión estuvo a cargo del Ejército. Por tanto, en términos militares se trató de un enfrentamiento entre la Marina y el Ejército sin bajas de consideración, sin muerte de oficiales.

Al día siguiente de la masacre el gobierno convoca a la Plaza de Mayo. Una multitud que todavía se siente victoriosa escucha al presidente. Perón dice en tan dramática oportunidad: “Nosotros no estamos predicando la lucha, ni la guerra; estamos predicando la paz. No queremos matar a nadie, no queremos perjudicar a nadie”. Esa fue la respuesta del jefe del partido de gobierno frente al atentado terrorista pedagógico perpetrado por la Marina: la capitulación discursiva. Salvo que la Marina estuviera completamente sola, y no lo estaba, el equilibrio político sobre el que se sostenía el gobierno desde 1946 estaba definitivamente roto. Y el nuevo no surgiría fruto de ninguna conciliación: o vencían los marinos terroristas derrocando el poder legal, o eran vencidos constituyendo una nueva legitimidad política.

XIV

El 17 de septiembre todavía la conspiración no estaba unificada; de hecho, nunca lo estaría, aunque compartiera el gobierno septembrino. Esa era su debilidad; también, su fuerza. Es decir, la oposición actuó mediante una suerte de palanca invertida. La mayoría del cuadro de oficiales del Ejército podía entender que Perón fuera un obstáculo para la ansiada unidad nacional. Es decir, el precio del acuerdo. Pero de ningún modo estaba dispuesto, todavía no estaba dispuesto, a tratar al peronismo como un perro sarnoso. El paso de la oficialidad al gorilismo activo requirió dos tiempos. En el primero, caía Perón; en el segundo, la ciudadanía política de los trabajadores. Por eso el primer tiempo del golpe (“Ni vencedores ni vencidos”) fue el camino, el puente, que condujo al nuevo territorio: la Revolución Libertadora.

Perón intentó avanzar con su propuesta pacificadora y renunció, junto con el almirante Teisaire, a la presidencia de su partido. No se trataba de una verdadera medida antiburocrática, como sostiene Jorge Abelardo Ramos¹⁴⁶, sino de otro paso atrás: desconocer que era el jefe de la fracción mayoritaria y legal, para intentar reestructurar el equilibrio bonapartista al situarse, imaginariamente por cierto, por encima del conflicto entre el partido del gobierno y los partidos de la oposición, para recomponer el programa del partido del Estado. Para que su hipótesis fuera cierta era preciso que la oposición le reconociera el lugar del 18 de octubre de 1945. Y para que la oposición actuara de ese modo debía estar segura de ganar las elecciones. Entonces, para que el intento tuviera viabilidad lógica el gobierno autorizó al jefe de la Unión Cívica Radical a pronunciarse al respecto en la cadena nacional de radio y televisión. Arturo Frondizi produjo una pieza oratoria célebre que se puede sintetizar así: la UCR rechaza la pacificación. Esta, para que fuera un hecho y no un montoncito de palabras, requería que el gobierno pasara a otras manos. Formulado en los términos del radicalismo de entonces: la pacificación no podía ser la defensa del gobierno legal, del

146 Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, t. V: *La era del bonapartismo*, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, 1972.

gobierno de Perón, porque el radicalismo no era capaz de ganar esas elecciones. Entonces, si Perón no renunciaba el golpe estaba expedito.

Antes que Frondizi se pronunciara, el gobierno lanzó el último intento serio de negociación con la Iglesia Católica: prorrogar por 180 días la convocatoria de elecciones constituyentes, que tenían por objeto separar la Iglesia del Estado. La jerarquía eclesiástica se ocupó de llevar a largas las tratativas secretas con la inequívoca intención de facilitar el pase del cuadro de oficiales católicos al golpe. Y decir que la Iglesia era golpista equivale a afirmar que los capellanes militares de las tres armas lo eran; esto es, que actuaban al menos como correas de transmisión del potente gorilismo católico previo al conflicto. De modo que la convención radical, reunida durante el 12, 13 y 14 de agosto para discutir la reforma constitucional, quedó sin asunto con motivo de la prórroga. Ergo, se abocó al único tema políticamente significativo: ratificar el discurso de Frondizi. Por esta curiosa vía la intransigencia renovadora (frondizismo) obtuvo el respaldo de la intransigencia nacional (sabatismo), a pesar de que el unionismo (encabezado por Miguel Ángel Zavala Ortiz, que había participado personalmente en el bombardeo de Plaza de Mayo, y contaba con un tercio del total de convencionales) se abstuvo de participar en el cónclave. La abstención del unionismo (corriente muy fuerte de la Capital Federal) tenía un motivo preciso: el programa golpista de Frondizi criticaba desde la izquierda al peronismo, marcando a fuego sus insuficiencias transformadoras. El unionismo, en cambio, aunaba a su gorilismo pertinaz un conservatismo cerril. Por eso faltó a la cita, para no convalidar un programa avanzado, porque se proponía quebrar la UCR o en todo caso hacer valer la amenaza para torcer el rumbo del próximo gobierno.

Al presidente Perón no se le escapó el nuevo cuadro político; esto es, el completo fracaso de la pacificación. Ni la Iglesia, ni el radicalismo la habían aceptado, de modo que solo quedaba el enfrentamiento a cielo abierto. Como todavía no estaba dispuesto

a renunciar intentó un *bluff* a escala gigantesca: aterrorizar verbalmente a sus antagonistas, paralizarlos con el espectro de la guerra civil. El 31 de agosto envió una nota a la dirección del Partido Justicialista y a la CGT ofreciendo su retiro. La oposición se desconcertó: ¿Perón renunciaba? Y si no, qué significaba retiro: ¿A dónde se retiraba? Tanto el partido como la CGT actuaron con presteza convocando a una gigantesca movilización para que el general reconsiderara su postura. Desde el balcón, como en sus mejores días, Perón se puso discursivamente a tono cuando rugió: “Y por cada uno de nosotros que caiga caerán cinco de ellos”. La amenaza era terrible, pero al no articular ningún dispositivo para llevarla a cabo era solo una fórmula irresponsable.

Vale la pena repasar la última afirmación: una amenaza irresponsable: ¿por qué? Como los golpistas estaban dispuestos a librar una guerra civil (el bombardeo de Plaza de Mayo evita cualquier clase de especulación en otro sentido) la chicana no podía cumplir el efecto deseado. Si los trabajadores se movilizaban armados, el grueso de los oficiales se pasaba al campo gorila. Si la oposición se lo tomaba en serio –y eso fue exactamente lo que hizo– el discurso del general se volvía contra su gobierno, que blableaba y no hacía, porque desmoralizaba a los trabajadores que esperaban directivas para actuar que no llegaban de ninguna parte.

El 7 de septiembre todo quedó claro. La CGT, para salvaguardar el mito de las milicias obreras y el cinco por uno, ofreció sus seis millones de afiliados al general Franklin Lucero, quien se apresuró públicamente a rechazar la oferta. La víctima de la martingala no era el Estado mayor del Ejército, sino los trabajadores de a pie. En verdad la carta brava de Perón era simple, creía que sus camaradas del Ejército lo iban a sostener. Por tanto, se sintió traicionado por los oficiales. Era un grueso y grave error de análisis político: el primer peronismo había estallado. En la peripecia del general Lonardi veremos ese estallido paso a paso.

Un 23 de septiembre de 1955, arriba, en un DC3 al aeropuerto militar de la Capital Federal, el jefe provisorio del gobierno provisional. Una semana antes, el general Eduardo Lonardi ingresaba clandestinamente en la Escuela de Artillería de Córdoba. Sin un programa previamente acordado con sus camaradas ni con los partidos golpistas, un oficial retirado – por tanto, sin mando de tropa–, llega siete días más tarde a la presidencia de la república. No es una hazaña pequeña, sobre todo si para lograrla fue preciso dar vuelta como una media, de arriba hacia abajo, el sistema de lealtades políticas de todo el cuadro de oficiales, “traspasar la muralla de ruido informativo uniformemente oficial de la prensa, clausurar un parlamento que había acompañado al general Perón en casi todos los casos, y neutralizar el movimiento obrero”.¹⁴⁷ De modo que la hazaña de Lonardi resultó épica, o el desmoronamiento del gobierno terminó siendo casi independiente de las escaramuzas que victoriosamente libró el decidido general.

Lonardi cruza el portón de la Escuela de Artillería. El jefe de la guarnición no era un insurrecto, su segundo no militaba en las filas de los golpistas, aun así Lonardi lo capturó en la cama (el coronel Turconi dormía) y logró neutralizarlo. Ese es su primer triunfo: Turconi aceptó que un oficial sin tropas deviniera uno con tropas marginándose de la lucha. El coronel no fue rebelde, tampoco fue leal, bastó que facilitara la entrega de la guarnición: más que suficiente. Un oficial decidido hubiera podido abortar el juego y los insurrectos hubieran alcanzado la primera plana de los diarios, pero la indecisión de Turconi no obedece tan solo a características personales, es una indefinición sistémica.

Es posible sostener que Lonardi tuvo suerte, puesto que un coronel particularmente débil se enfrentó con un general particularmente fuerte; pero cuando se comprueba la repetición de la misma operación a lo largo de esos días queda al desnudo la labilidad de esa línea explicativa. El general Lonardi representaba la consistencia del bloque de clases dominantes que tanteaba los caminos para adueñarse de un ejército que

147 Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, op. cit. p. 163.

no controlaba por mano propia, desde los tiempos de Justo. Y el coronel Turconi, un burócrata armado que reconocía en la voz del general la legitimidad del amo, dudó, con eso bastaba.

Ese general tenía sobrados motivos para luchar y vencer; este coronel, muy pocos para arriesgar su vida y su lugar en la institución. No se trató en consecuencia de una suerte genérica, ni de problemas de personalidad, sino de la relación entre el cuadro de oficiales y el gobierno, entre los militares y el general Perón. Nadie está dispuesto a morir en defensa de la legalidad, si cree que la nación está por encima de la legalidad. Y esa era la perspectiva política del cuadro de oficiales y del propio Perón. Por eso venció Lonardi en el primer round.

El segundo se inició el 13 de noviembre, a menos de 60 días del levantamiento, cuando el general Pedro Eugenio Aramburu ocupó el lugar de Lonardi, y el jefe de la hazaña épica fue desplazado sin lucha por un militar mucho más parecido al coronel Turconi que al general Lonardi. Aramburu fue incapaz de levantar con su presencia Curuzú Cuatía; en última instancia no hizo falta, para esa parte de la división del trabajo estaba Lonardi. Dicho con rigor, todo el mecanismo mediante el cual Lonardi fue conquistando la mayoría militar no requirió de ninguna batalla decisiva, bastaron una serie de escaramuzas que permitieron que el pequeño núcleo inicial se expandiera como una mancha de aceite. En realidad “no estamos analizando una insurrección militar en regla sino un gigantesco ejercicio de propaganda armada. El objeto del ejercicio es simple: reemplazar, evitar una batalla decisiva”.¹⁴⁸ Pero la victoria propagandística de Lonardi abonó la victoria política de Aramburu. Lonardi vence al ejército rehecho por Perón desde 1946; Aramburu toma ese ejército vencido, y transforma su derrota en programa político para una nueva fuerza armada. Ese nuevo ejército muestra su orientación definitiva pocos meses más tarde, el 9 de junio de 1956, en los basurales de José León Suárez, primero, y fusilando a un general, Valle, que se entrega confiando en la palabra de sus camaradas, después. En Azul y Blanco, Marcelo Sánchez

148 Ibid., p. 167.

Sorondo supo señalar en ese acto un corte trágico en la historia nacional. El segundo peronismo, fundado en la derrota del 55, acababa de sufrir la segunda derrota de una larga serie: la victoria le será ontológicamente desconocida.

XVI

El avance de la Marina tras el derrocamiento del gobierno peronista fue continuo, y está ligado al corrimiento a la derecha permanente de la Libertadora. Los que en 1945 sostenían: “Todo el poder a la Suprema Corte”, en 1955 defendían “Todo el poder a la Marina”. Como esto era inadmisibile para el Ejército, el poder se compartió entre ambas partes. La tensión que se vivía al interior del gobierno, se reprodujo en la estructura del radicalismo. El enfrentamiento entre Arturo Frondizi y Ricardo Balbín no era una simple cuestión de candidaturas. En todo caso un tópico central formulado como pregunta se dirimía en paralelo: ¿cuál debía ser el vínculo entre los trabajadores y el Estado? Balbín creía que se trataba de reproducir la relación que el gobierno de la Libertadora mantenía con el peronismo (proscripción electoral y retorno a las relaciones anteriores a 1945) y Frondizi pensaba que el problema debía desdoblarse: una cosa era el partido de Perón con Perón, y otra los trabajadores peronistas. Si se quiere, la Unión Cívica Radical del Pueblo (balbinista) promovía lisa y llanamente una suerte de restauración completa. Mientras que la Unión Cívica Radical Intransigente propiciaba su versión del Plan Pinedo: el desarrollismo de la revista *Qué*.

La UCRI representa adecuadamente el punto de vista del bloque de clases dominantes e inadecuadamente la interna militar, mientras que con la UCRP sucede exactamente lo contrario. La victoria de Frondizi, con el respaldo electoral de Juan Domingo Perón (1958), resuelve el complejo empate radical, y pone de manifiesto que el carácter mayoritario del peronismo no excede el hemiciclo parlamentario. Con ese acuerdo se inicia el denominado parlamento negro: una

negociación de trastienda que otorga al peronismo el papel de gran elector. Con el simple trámite de abstenerse o respaldar un sector promueve un resultado electoral. De modo que la ilusión de impedir su presencia activa en la política nacional fue breve, y solo funcionó cuando la intervención militar ocupaba toda la escena política, cuando las dos fracciones radicales fueron trituradas como partidos de gobierno, el hecho maldito de la mayoría electoral peronista recobró fuerza. Es decir, después de 1966 con el fracaso de la denominada Revolución Argentina.

Volvamos a Frondizi. Sin fecha de nacimiento cierta, con el ritmo agotador de la resistencia, César Marcos, un ex suboficial del Ejército, impulsa una especie de Armada de Brancalione integrada por un heteróclito grupo que incluía desde Amado Olmos hasta el Bebe Cooke: el Comando Nacional Peronista (CNP). Cuando Cooke organiza el acuerdo electoral entre Perón y Frondizi, Marcos truca un disco con la voz de Perón llamando al votoblanquismo, tras sostener que la directiva de apoyar a la Unión Cívica Radical Intransigente era falsa.¹⁴⁹ Por este camino, 800.000 votos en blanco ponen de manifiesto el peso relativo de la intransigencia. La masa peronista deseaba el pacto, y pactó.

Todo el proyecto de Frondizi puede reducirse a tres breves postulados: satisfacer las necesidades de capital financiero para la expansión de la industria; redefinir el lugar del movimiento obrero como instrumento puramente sindical de los trabajadores; cogobernar con las FF.AA. A su modo hizo las tres cosas, y si fue descabalgado no fue por fracasar en alguno de estos cometidos, sino por no poder estabilizar el acuerdo con Perón. Ni Perón, ni el peronismo se avenían a desaparecer pacíficamente, a abandonar la contienda electoral, cometiendo la increíble imprudencia de ganar. Pero esa victoria electoral solo indicaba que los trabajadores votaban mayoritariamente contra un determinado sistema distributivo del ingreso nacional, que rechazaban la privatización de empresas estratégicas del Estado (YPF, ferrocarriles, el Lisandro de la Torre), y que aspiraban a

149 Alejandro C. Tarruella, *Guardia de Hierro. De Perón a Kirchner*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 25.

recuperar el estatuto de la ciudadanía obrera. Esa era la última ratio de la victoria peronista. Como esto era sistemáticamente vetado por el cogobierno militar, el destino del desarrollismo, como el de cualquier otra fracción política incapaz de conquistar la mayoría (esto es, todas), era un tanto obvio. De allí no se debe deducir la resistencia militar al programa de Frondizi, sino la naturaleza del ciclo político de la Libertadora: cogobierno entre las FF.AA. y un sistema político que excluía al peronismo como partido de gobierno. Esto es, el partido del Estado rehecho por la Libertadora mediante la violencia armada del golpe de Estado.

El Comando Nacional Peronista de Marcos enfrentó desde el vamos al frondizismo. La toma del Frigorífico Lisandro de la Torre, 14 de enero de 1959, fue el escenario donde los duros mostraron su voluntad de resistir la privatización del establecimiento. Del 17 al 20 se desarrolló la toma, mientras en el país una serie de huelgas en las que intervinieron trabajadores del Correo, petroleros de Yacimientos petrolíferos Fiscales (YPF), metalúrgicos y bancarios (la famosa huelga de los 69 días) jaqueaba el gobierno radical. La toma concluyó el 21 de enero, pero la huelga prosiguió. Perdieron; la ocupación del frigorífico terminó en represión y despido de los 9.000 asalariados. Solo 4.500 recuperaron sus puestos de trabajo, la lección fue duramente asimilada. Entonces recién entonces, el vandorismo terminó siendo toda la estrategia. Una negociación dura por mejores condiciones de trabajo sin mayor horizonte político, la clase obrera no hacía política, y toda la lucha remitía a reconquistar ese derecho conculcado.

En ese conflicto, Alejandro Álvarez –que será el jefe histórico de Guardia de Hierro– hace sus primeros pininos como culata –guardaespaldas, en la jerga del peronismo sindical– de César Marcos. La derrota abre nuevas posibilidades, y más tarde surge, a comienzos de la década del sesenta, el primer embrión de Guardia. Esto es, una organización peronista antisemita, nacionalista y esotérica inspirada en el rumano Corneliu Zelea Codreanu.¹⁵⁰ Recordemos, Codreanu es un

150 Ibid., p. 33.

capitán que muere fusilado el 30 de noviembre de 1938, en medio del establecimiento de la dictadura del rey Carol,¹⁵¹ para ser reemplazado por Horia Sima en la conducción. En 1940 los nazis hicieron abdicar al rey e instalaron en el poder a Guardia de Hierro, que tras demostrar su feroz incompetencia fue desplazada al año siguiente por el general Antonescu. De modo que Sima se transformó en vicepresidente del Consejo de Ministros, primero, y finalmente los alemanes lo terminaron enviando al campo de concentración de Buchenwald. Una muy sagaz carrera política. Sobrevivió... para constituir, en 1944, un gobierno anticomunista en el exilio. Guardia de Hierro se inspira en la historia de un fallido sin destino, en una nostalgia sin nervio, en una voluntad sin soporte social, para tentar por otros medios el programa del segundo peronismo.

Retomemos el hilo. Durante los 10 días que no conmovieron a nadie se produjo el derrumbe de Arturo Frondizi, tras 32 planteos militares contabilizados por Rodolfo Pandolfi¹⁵², ante la inevitable “encrucijada del cuarto oscuro” y su previsible resultado. El presidente queda en manos de las Fuerzas Armadas desde el momento en que el ministro del Interior acepta la presencia de candidatos peronistas para las elecciones del 18 de marzo de 1962. Perón no ignora que para Frondizi derrota electoral y muerte política son una misma cuestión. Ese punto agrava la crisis política, ya que derrota desarrollista no solo no equivale a victoria popular, en esas condiciones, sino que se retraduce como impotencia peronista; imposibilidad de quebrar el curso de la Libertadora, al no poder transformar el derecho a gobernar en poder gobernar. Y esta impotencia termina afectando tanto a Perón como a Frondizi.

Para evitar la concurrencia sin comprometerse con la abstención, Perón embarra la cancha: se presenta como candidato a vicegobernador de la provincia de Buenos Aires, y por si no alcanza añade la candidatura a diputado nacional por la Capital

151 G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, t. VII: *Socialismo y fascismo, 1931-1939*, México, FCE, 1963, p. 188.

152 Rodolfo Pandolfi, *Frondizi por él mismo*, Buenos Aires, Galerna, 1968.

Federal. La maniobra persigue la proscripción militar. Con el doble propósito de derrotar a Frondizi y a Perón en la misma baza, los militares gorilas se comportan como astutos monitos tití. Es decir, no proscriben la lista que esperadamente gana, y anulan las elecciones ante el mustio silencio de la sociedad argentina. El experimento desarrollista había concluido. Arturo Frondizi salió por una portezuela lateral de la Casa Rosada, y por la misma ingresó, no sin patéticos entremeses, el senador Guido.

Frondizi fue depuesto porque solo el mundo empresario defendía y respetaba su programa, porque el movimiento obrero era incapaz de luchar por gobernar la provincia de Buenos Aires, porque las Fuerzas Armadas no estaban en condiciones de sostener el programa de la UCRI, y porque los partidos opositores, verdaderas astillas sociales, facilitaron su caída con un sistemático obstruccionismo permanente. Y sobre todo porque la UCRI, al igual que su jefe, no había sabido operar en la permanente crisis militar, precio operativo del cogobierno, a favor de una nueva hegemonía castrense.

Vale la pena detenerse en el punto. Las tres fracciones militares que operan entre 1945 y 1955 (la derecha tradicional referenciada en la Marina, el mayoritario núcleo profesionalista, y los sostenedores de Perón) se habían reducido a dos: el centrismo legalista referenciado en los generales Rauch y Onganía (caballería) y el derechismo liberal de Poggi y Toranzo Montero (infantería). Si en 1958 esa derecha fue incapaz de vencer, en 1962 ya le era decididamente imposible. Volverá de la mano de Videla y Viola en marzo de 1976, pero eso es adelantarse demasiado al curso de esta historia.

Mientras tanto, el bloque hegemónico de las clases dominantes había consolidado la base material de sus intereses. La política de endeudamiento externo practicada por el desarrollismo (unos 2.000 millones de dólares destinados a la importación de bienes de capital) desequilibraba necesariamente la interna militar. Entonces, la diferencia entre caballería e infantería espejaba

distorsionadamente el impacto de la política desarrollista al interior de las Fuerzas Armadas. La caballería, por su origen y composición social, transmitía casi mecánicamente los intereses cruzados de la Sociedad Rural. Los intereses agrarios más concentrados, “ligados mediante la territorialización de la renta agraria al sistema financiero”¹⁵³, cuando el sistema financiero tenía por principal destinatario del crédito a la industria concentrada nacional y extranjera; esto es, hegemonizaban material, política e ideológicamente el segmento decisivo de la sociedad argentina. Por tanto, la caballería era irresistible y la victoria azul, casi casi inevitable.

Pero esa victoria, que todavía no había llegado, y corría el riesgo –como efectivamente sucedió– de acontecer a destiempo. Es decir, terminaría por carecer de una estructura política eficaz capaz de aprovecharla. “Debía elegir entre parlamentar con Perón para componer una herramienta política seminueva o, siguiendo la tradición de la Libertadora, respaldar un candidato propio”¹⁵⁴, cuando el nuevo programa del partido del Estado cerraba todo acuerdo directo con Perón, cuando se volvía un programa tendencialmente anacrónico.

Tras largos cabildeos, el 23 de septiembre de 1962, Campo de Mayo se apronta, y tras una serie de enfrentamientos armados de segundo orden, el general Juan Carlos Onganía corona la victoria azul. Dos centenares de oficiales colorados pasan a retiro; la Marina pierde el control de la Policía Federal –que detentaba desde 1955– y el almirante Rojas se pierde definitivamente en la nebulosa de los tiempos. Sin embargo, la UCRI inicia una marcha sin retorno, ya que para aprovechar la nueva escenografía militar hubiera debido conservar el gobierno, y por esa vía continuar la ejecución del programa desarrollista. No fue así.

Por eso, en las elecciones del 7 de julio de 1963 empieza a quedar claro que la suma de votos anulados y votos en blanco es menor al caudal obtenido por el candidato de la Unión Cívica

153 Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, op. cit., p. 202.

154 *Ibid.*, p. 203.

Radical del Pueblo. Es decir, el programa desarrollista consumió no solo a la UCRI sino buena parte del caudal electoral del segundo peronismo. Y esto es así, pese a que tanto Perón como Frondizi fueron –a su curiosa manera– anticoncurrencistas.

XVII

La victoria de Arturo Umberto Illia, histórico militante del sabattinismo cordobés, integra la galería granguiñolesca de la incapacidad militar para urdir, más o menos adecuadamente, una salida política que compatibilice el país real con ese país legal. Esto es, la organización de partidos de gobierno capaces de ejecutar el programa del partido del Estado. Era evidente que la UCRP no servía para ningún objetivo medianamente serio, en términos militares, ya que era el principal respaldo de los derrotados colorados. Balbín, jefe histórico de ese alineamiento imposible (los restos del Movimiento de Intransigencia Radical, cuya conducción compartiera con Frondizi, el deshilachado sabattinismo cordobés y el vigoroso unionismo porteño), a su modo era consciente de tan peculiar situación. Recordemos que los colorados defendían la “dictadura democrática” de las Fuerzas Armadas, lo que condenaba a la UCRP al reino de los fantasmas perpetuos. Y aun así esos radicales no dejaron de apoyarlos sin mayores críticas públicas. Era una especie de suicidio sin para qué.

Los azules, en cambio, a través del general Osiris Villegas – ministro del Interior de Guido – proscribieron el Frente Nacional y Popular, que Vicente Solano Lima (conservador popular) y Silvestre Begnis (desarrollista) encabezaron con la anuencia de Perón y Frondizi. Y lo hizo con la esperanza de sacarse de encima a Perón mediante una carta propia: Pedro Eugenio Aramburu. De algún modo la división de la UCRI (entre Oscar Alende y Frondizi) cerraba las chances de ambos; en el caso Alende porque perdía un importante caudal de votos a manos de su ex jefe; en el de Frondizi porque la proscripción del Frente lo condenaba a la abstención. Para alineamientos partidarios sin

larga tradición de lucha, la abstención –si cuentan con cierto caudal electivo– suele ser una carta muy brava, los que disputan achuras menores se resisten a acatarla con uñas y dientes. Y la otra fracción radical, la UCRP, tampoco confiaba en la victoria. A tal punto que el doctor Balbín permitió la candidatura de Illia, porque se trataba de una nominación para perder. De lo contrario, su aceitado manejo de la estructura partidaria –Balbín era un virtuoso de la interna– le hubiera permitido acceder a la candidatura presidencial casi sin lucha.

En el otro extremo, uno de los arquitectos del partido militar, el general Osiris Villegas, razonaba más o menos así: semejantes nulidades políticas solo sirven para mostrar las cualidades de otro general dinámico, bien parecido, jefe político de la Libertadora que había entregado los atributos del mando a quien no le gustaba demasiado –Frondizi– obteniendo así el lauro de estadista democrático, ergo, Aramburu gana. Y Aramburu perdió, pero nadie se lo creyó demasiado, en todo caso era una derrota susceptible de correcciones militares.

Historiar el gobierno de Illia constituye una hazaña literaria menuda. Ninguno de los ejes de la revulsiva realidad nacional era considerado con alguna propiedad por esa corriente radical: ni la necesidad de democratizar la nación incluyendo el peronismo al sistema de partidos de gobierno legales, ni la de instalar la sociedad argentina en la definitiva modernidad burguesa, ni las aspiraciones consumistas de los lectores de *Primera Plana*, ni los requerimientos del capital monopólico internacional y nacional, ni el razonable gorilismo azul del Ejército de Onganía, ni el retorno de Perón, ni nada digno de llamar la atención a nadie que no fuera un pueblerino funcionario de la administración pública.

Las Fuerzas Armadas tuvieron que aceptar que el gobierno pasaba a manos del partido que apoyó a la fracción militar vencida, cuando dicha fracción exigía liquidar el régimen parlamentario. Este brutal anacronismo modificó el programa político de los azules en dirección a un nuevo jefe; Juan Carlos Onganía. Es

decir, un Aramburu sin votos, un azul sin elecciones, un morado con destino manifiesto.

XVIII

La pesadez política del período, su falta de musculatura y dinámica, no era tan solo una característica del gobierno de Illia. El peronismo reprodujo como lucha entre Augusto Timoteo Vandor y Juan Domingo Perón, entre la dirección sindical y la política, su notoria dificultad para dibujar una estrategia propia. Un camino capaz de quebrar los asfixiantes límites de la Libertadora. Dicho al galope: esa pesadez retomaba esos límites, los del segundo peronismo.

Contado sin detalles: Perón podía desentenderse de la política que el movimiento obrero elaboraba a través de su dirección sindical, con un simple encogimiento de hombros. El gesto subrayaba su lugar: una política ectópica, un discurso desterritorializado, una dramática impotencia colectiva. La distancia ahorra al general la necesidad de producir opciones eficaces. Le bastaba con desconocer las propuestas del vandorismo, achacándole la suma total de las perversiones del liberalismo político. Para quebrarla y recomenzar volvía al viejo tópico anticoncurrencista, a una suerte de yrigoyenismo sin levantamientos armados, en definitiva: a “prestavotos” del orden político imperante.

Yrigoyen llegó a disolver el partido, para desestabilizar el régimen; Perón lo mantuvo en estado de suspensión, para trabar su cooptación sistémica, con el auxilio de la Libertadora. Pero la amenaza neoperonista colorea todo el período.

La lógica vandorista sitúa el movimiento obrero en el terreno político electoral desde 1959. En ese punto, Vandor es la política sindical admitida a regañadientes por el partido del Estado. De lo contrario debe abandonar, casi inmediatamente, el territorio de la legalidad –perder el control de los sindicatos– para adentrarse en la *terra incognita* de la revolución democrática. El Lobo sabe que los trabajadores –salvo muy minoritariamente– no se dirigen

en esa dirección; por tanto, abandonar la legalidad equivale a dejar los sindicatos en manos de los próximos “traidores”. Un dirigente combativo, Jorge Di Pascuale del Sindicato de Farmacia, lo señaló con claridad: “Había muchos compañeros que no querían seguir el camino de la confrontación y los íbamos perdiendo poco a poco... la mayoría comenzaba a alejarse de posiciones combativas y a dedicarse exclusivamente a sus propias cosas”.¹⁵⁵ La intransigencia obrera arroja a sus dirigentes hacia las fronteras exteriores del peronismo. Basta mirar el destino de los seguidores de John William Cooke, para comprobar esta aseveración. Por tanto, la política no puede poner en peligro el control de los sindicatos. Esa es la regla de oro del vandomismo, del segundo peronismo. Con todo, en 1964 todavía era una dirección sindical relativamente legítima del movimiento obrero.

En sus inicios –1955, 1956– la dirección de los trabajadores acepta el debate político con las demás corrientes proletarias, la competencia y el correr del tiempo los vuelve crecientemente macartistas. Muy rápidamente identifican marxismo con enemigo, con su enemigo directo, y traslaticiamente con los enemigos de la sociedad argentina. Ergo, ese macartismo sindical establece estrechos contactos con el macartismo militar. Entonces, si los enemigos de las Fuerzas Armadas –Perón es un oficial superior– y los de la dirección sindical son idénticos, ambas direcciones pueden confluír en una alianza anticomunista. Por tanto, la burocracia sindical y el cuadro de oficiales son potenciales aliados que pueden y deben –en este razonamiento– encontrar un camino común.

Eran las épocas en que los seguidores de Serafino Romualdi educaban dirigentes sindicales “libres” en sus escuelitas obreras anticomunistas. Y en la escuelita de Panamá, los oficiales de *Fort Bragg*, repetían las mismas lecciones hasta las últimas consecuencias. Estas marcadas limitaciones del segundo peronismo van, si se quiere, más allá del pequeño horizonte

155 Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969, p. 169.

ideológico de su conducción, para teñir toda la historia del movimiento obrero. La tradición de lucha democrática, el derecho de los trabajadores a expresarse políticamente y a organizarse a resultas de ese debate, constituye un hilo muy tenue en el peso de la experiencia política colectiva. Hasta 1930 los trabajadores no votaban en tanto mayoritariamente extranjeros; entre 1930 y 1945 todos fueron extranjeros, en 1946 las elecciones fueron a resultas de la crisis que recorrió el bloque de clases dominantes; y en 1955 la Libertadora rehizo los partidos de gobierno con la proscripción de los trabajadores en tanto peronistas. Esa dirección sindical, que casi nunca quebró el horizonte del bloque dominante, espigó monotématicamente esa tradición hasta la derrota y más allá. Desde esa perspectiva el enfrentamiento entre Vandor y Perón mostraba las limitaciones de una clase obrera incapaz de postular la democracia efectiva para sí, y para el conjunto de la sociedad. Ambos términos, por tanto, terminaron anulándose mutuamente, y el camino que permitió la victoria de Perón estuvo contenido en la política de Vandor: golpear sin vencer y desde allí negociar.

El Lobo dibujó dos esquemas complementarios. En el primero los militares azules terminan de entender la lucha anticomunista, y entre los “rojos” y los “nacionales” no vacilan y aceptan la presencia obrera en el escenario político como auxiliares de abordaje: algunos gobernadores, legisladores y gerentes municipales. En el segundo, obligadas las Fuerzas Armadas a tomar el poder directamente desaparecen los partidos, desaparece Perón, y el vandorismo junto con el cuadro de oficiales cogobierna la sociedad. Ese era el programa laborista del poder sindical: una declaración de guerra al general Perón; para los jefes del segundo peronismo, Perón era el obstáculo más serio.

La derrota electoral del vandorismo en Mendoza cerró definitivamente el primer esquema, empujando violentamente la sociedad argentina en dirección al golpe de Onganía, hacia la dictadura azul directa. Y en esa situación Illia sobraba, y su

ingloriosa caída se debatió durante meses en la prensa escrita, hasta que el 28 de junio de 1966 sin la menor tensión dramática abandonó en taxi la Casa Rosada. El último gobierno semicivil de la Libertadora había concluido.

XIX

Juan Carlos Onganía, militar de gruesos bigotes, asesores aportados por el cursillismo católico y otros que no lo eran tanto, oficial de la aristocrática caballería e hijo de un modesto puestero, defensor de la profesionalización del Ejército (la política debía quedar en manos de los jefes de cuerpo, y éstos debían delegarla en el comandante en jefe), solicitó y obtuvo el pase a retiro en 1965. En contra de su opinión el gobierno nombró Secretario de Guerra a un general en actividad, cuando Onganía exigía que fuera un oficial retirado en lugar del descafeinado general Castro Sánchez. Illia le proporcionó el pretexto necesario para lanzarse, en trámite casi administrativo, al golpe de 1966. El 28 de junio de 1966 la caída del gobierno de la Unión Cívica Radical del Pueblo no sorprendió a nadie, careció del menor *pathos* dramático, era la crónica de un final anunciado con el estreno de la pieza.

Illia y Frondizi eran figuras opuestas de igual sino e idéntico sentido. Frondizi aunaba brillo y cierto talento para las ilusiones de clase media, mientras la clase media intentaba enarbolar un programa común para la sociedad argentina, mientras confiaba derrotar en las urnas al movimiento maldito del país burgués. Illia, en cambio, era el portador de los jirones destrozados de esa ilusión; por tanto, el último mohicano civil del programa de la Libertadora, cuando la Libertadora tenía a esa altura un solo programa: la muerte de Perón. Conviene señalar que ese fue –de algún modo– un horizonte que también incluyó a buena parte de la dirigencia sindical. Es decir, la dirección política del segundo peronismo (para mayor exactitud, su jefe: Vandoor), carecía de todo programa viable.

Entre 1955 y 1966, el costo de la necesidad de derrotar

electoralmente al peronismo trituró los textos del partido de Alem e Yrigoyen. La capacidad de Perón para bloquear ese camino resultaba inferior a su voluntad de acompañarlo, era la incapacidad de la Libertadora y el peronismo para romper ese empate sistémico —esa doble impotencia de los contendientes— la que dibujó la naturaleza de esos 18 conflictivos años. El fin de la batalla equivalía a la ruptura de ese bloque histórico, del orden político surgido de la crisis de posguerra; y esa tarea recién será encarada por las Fuerzas Armadas a partir de dejar modificar otra vez el programa del partido del Estado.

Antes de la llegada de Onganía al poder, el gobierno y los sindicatos jugaron su partido aparte de impotencias concurrentes. Los sindicatos sabían que el debilitamiento del gobierno no mejoraba un ápice la situación política del vanderismo. Y el gobierno no ignoraba la situación recíproca. Ni las organizaciones sindicales, ni la UCRP eran capaces de constituirse en puntos de reagrupamiento social. Y esa limitación estructural aumentaba la violencia de los alfilerazos recíprocos. Entonces, el fatídico 28 de junio se hizo presente.

El talento de Vandor solo era instrumental, todo su programa se reducía a un punto: desplazar a Perón. ¿El costo del programa?: la derrota política del movimiento obrero. O, en todo caso, el vanderismo perdía la dirección de los sindicatos a manos de una tercera fuerza. En el primer caso Vandor era muy útil para debilitar el empate de la Libertadora con Perón, una vez quebrado el equilibrio perdía su propio lugar. En el segundo, una fuerza surgida a su izquierda orientaba el movimiento con otras perspectivas. Para enfrentar esta posibilidad, el vanderismo contaba con aliados en los diversos gobiernos libertadores. Pero en ambos casos, Vandor era un cadáver político. Dicho de un tirón: su desaparición estaba en la naturaleza de las cosas. Vandor y la Libertadora estaban indisolublemente soldados. El segundo peronismo estaba condenado, estructuralmente condenado. Y de algún modo esa condena se podía constatar en la creciente soledad política y generacional del propio Perón.

Para los estrechos dirigentes del peronismo obrero se inauguraba un ciclo de venturoso porvenir. Un Lonardi con bigotes se hacía cargo de la “Revolución Nacional” y un Vandor encorbatado sonreía en el Salón Blanco de la Casa Rosada. Tanto el operativo retorno –fracasado en 1964 al ser detenido Perón en Brasil– como el peronismo sin Perón quedaban en el oscuro pasado. Onganía subsumía las fuerzas vivas del anciano general recomponiendo ilusoriamente el bonapartismo fracturado en 1955. Era la alianza militar sindical directa sin las molestias del 17 de octubre. Una inmensa “mayoría” no liberal se mecía al compás del nacionalismo católico militar. Era el consenso a gritos de *Primera Plana*. Los restos de la Libertadora, así como los del segundo peronismo, integraban las filas de Juan Carlos Onganía. Desde el punto de vista del reclutamiento político de sus integrantes la composición del gobierno incluyó a los integrantes de todos los naufragios: el frente nacional tenía por fin su gobierno.

El staff político del vandorismo creía que la situación de los sindicatos era la mejor de los últimos 20 años. Onganía era más débil que Perón. Por tanto, debía ser más simple negociar con su gobierno. Era un error no pequeño. El razonamiento era así: Onganía carecía de respaldo obrero, delimitarse de la Revolución Argentina, conservar cierta independencia política –cosa que la dirección obrera del primer peronismo no pudo conservar respecto a Perón– dándole o quitándole ese respaldo sonaba lógico. Onganía contaba con todo el respaldo militar, los viejos partidos ya no contaban, el vandorismo los reemplazaba. Entonces, entre ambas partes conformaban una unidad superior: La fantasía metalúrgica, el horizonte del segundo peronismo.

El sonriente cabo retirado de la Armada pasaba por alto algunos detalles. Perón no podía prescindir del movimiento obrero; Onganía del Ejército. Si a Onganía se le ocurría presionar en serio a las Fuerzas Armadas respaldado en los trabajadores, el cuadro de oficiales le haría saber que era un autócrata depuesto. Es decir, leía inadecuadamente la naturaleza del flamante

gobierno nacional.

Illia no había sido depuesto por el carácter proscripto, antidemocrático, de las elecciones de 1963. Si ese fuera el caso el remedio resultaba sencillísimo: bastaba respetar los comicios posteriores y perfeccionar, por vía incruenta, el viciado gobierno radical. Pero ese no era el programa azul, el comunicado 150 de Campo de Mayo, y no se puede decir que fuera un programa secreto o que Vandor lo ignorara. El motivo del golpe era simple: ni las Fuerzas Armadas, ni el bloque de clases dominantes estaban dispuestos a tolerar un gobierno encabezado por el peronismo. El regreso del peronismo al poder, el fracaso de la Libertadora, se leía como derrota del *establishment* en su conjunto. Esa forma de elegir al enemigo reguló la actividad política hasta el regreso de Perón en 1972.

XX

Onganía, el general cursillista, se rodeó de cuadros del esclerosado nacionalismo católico. El coronel Juan Francisco Guevara, estrechamente vinculado a los hombres del integrismo francés y del Opus Dei, actuó de puente. Militantes de La Cité Catholique habían desembarcado en Buenos Aires, tras la derrota del general Salan por el fracaso del *Putsch* en Argelia contra De Gaulle. Los discípulos del padre Jean Ousset organizan en 1962 la revista *Verbo*, mientras los refugiados de la OAS (Organisation d'Armée Secrète) se instalaban sin mayores dificultades en la Argentina, y su dirección hacía pie en Madrid. ¿El nexa entre La Cité y Buenos Aires?: Georges Grasset. Capellán militar del Ejército francés, mano operativa de Ousset y buen amigo del general Alcides López Aufranc¹⁵⁶, Grasset ubicó cuidadosamente a sus acólitos. El coronel Guevara, de fluido contacto con el cardenal Antonio Caggiano, integraba el comité de dirección de *Verbo* junto a Grasset. Entonces, la versión francesa del Opus Dei orientaba la “Revolución Nacional”. Y Onganía pareció, durante un larguísimo instante político, un Lonardi mejor situado. Era

¹⁵⁶ Marie Monique Robin, *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*, op. cit., p. 225.

una ilusión óptica. El partido secreto del general nacionalista fue devorado por el partido público, y el programa público del partido público lo formuló sin el menor secreto Adalbert Krieger Vasena. Ahora todo estaba definitivamente claro: la anteúltima versión del Plan Pinedo fracasaría bajo tan virtuosa dirección.

Este camino no podía no afectar la dinámica interna del peronismo. Desde el momento en que un grupo juvenil tenuemente ligado a la resistencia –el vínculo personal de Alejandro Álvarez con César Marcos– elige nominarse Guardia de Hierro, después de la Revolución Cubana, no podía generar el menor equívoco: Álvarez optaba por un nacionalismo cipayo –rumanos al servicio del imperialismo nazi–, ferozmente anticomunista –buena parte de sus militantes mueren como voluntarios en el frente ruso o en campos de concentración alemanes–, con el antisemitismo primario de universitarios resentidos por el anticapitalismo en boga y la teología católica. Actuaba según lo que un liberal esperaba, espera de un peronista: una suerte de inversión del signo de los valores liberales tradicionales, un idealizado fascismo programático.

Como no podía ser de otro modo, los guardianes se enamoraron de Onganía –amaban y odiaban según la receta vanderista– para terminar sumándose al congreso que Juan José Taccone, secretario general de Luz y Fuerza, organizó durante los primeros días de enero de 1967 en Montevideo, con el objeto de unificar la Juventud Peronista. Es decir, se sumaron como apoyo “nacionalista” a la Revolución Argentina de la mano de Vandor y Taccone. El cursillismo del coronel Guevara les resultaba irresistible. Nada tan distinto al punto de partida del nacionalismo católico de los Montoneros: la política de la Compañía de Jesús.

Medio año más tarde Alejandro Álvarez llegaba a Puerta de Hierro, constituyendo la fundación política pública de Guardia de Hierro. El regalo que le llevó a Perón no era un libro ingenuo: *El espectro de Napoleón*.¹⁵⁷ El tema reflejaba los gustos del general –Napoleón– pero el autor del prólogo (Conito Sánchez

157 Alejandro C. Tarruella, *Guardia de Hierro*, op. cit., p. 78.

de Bustamante) remitía al corazón del poder militar. Al analizar con Perón la situación del movimiento obrero, Álvarez no vacila en criticar a Raimundo Ongaro que a su juicio tendía a la “desperonización”.¹⁵⁸ Es decir, una lectura capturada por la lógica vanderista.

Mientras tanto, el programa, elaborado antes que el gobierno saldara definitivamente sus diferencias con Augusto Timoteo Vandor, tenía un requisito: la derrota de los trabajadores. La victoria de portuarios y el plan de lucha de la CGT (febrero de 1967) volvían inaplicable la receta de Krieger. Para evitarla, Onganía amenazó con intervenir la Confederación General del Trabajo, y los integrantes del Comité Central Confederal vieron la luz: cancelar *sine die* todo plan de lucha. Sin presentar batalla alguna la dirección sindical se rindió. Entonces, el 13 de marzo de 1967 Krieger anunció el plan, mientras el conjunto de las clases propietarias admiraba la falta de demagogia del gobierno, su contundente aptitud para reprimir. Era claro para todos: Onganía no era Perón. Y ejecutar un plan de lucha al gobierno de la “Revolución Argentina”, no se parecía en nada a tomar fábricas durante el gobierno de Illia.

Una pregunta merece adecuada respuesta: ¿Por qué el Plan Vasena requería la derrota de los trabajadores?

El congelamiento salarial era una de sus presuposiciones. Y los asalariados solo aceptan semejantes condiciones de trabajo cuando no tienen más remedio. Al primer atisbo de debilidad gubernamental hacen trastabillar el modelo. Eso no era todo. Krieger devaluó el peso llevando el dólar de 255 a 350 pesos por unidad. Una caída del 37%; pero en lugar de trasladar ese ampliado poder de compra en el mercado interno a los sectores agroexportadores –como era habitual– lo transfirió al Estado. De modo que los exportadores solo recibieron 262 pesos por dólar, 3% más; y la diferencia gruesa ingresó a las arcas fiscales para incrementar por esta vía el gasto público. Es decir, la influencia de Pinedo y su propuesta keynesiana se volvía obvia. La “devaluación compensada” –así denominó el ministro la

¹⁵⁸ Ibid., p. 81.

apropiación de parte de la renta agraria por parte del Estado— tenía además objetivos secundarios. A saber, evitar que el precio de los alimentos suba izado por los internacionales en pesos, y por esa vía presione la suba salarial. Los industriales, por su parte, para conservar la estructura de precios relativos —valor de un bien medido en cantidades de otros bienes—, así como para conservar su capacidad de generar la misma cantidad de dólares con la producción destinada al mercado interno subieron los precios en menor proporción. Este comportamiento gatilló una fuerte puja intersectorial por la distribución del ingreso, puja de la que solo fueron excluidos los trabajadores a partir de la congelación salarial.

Como la capacidad de consumo popular no se incrementaba, la orientación de la producción hacia el mercado externo era inequívoca. Para reducir la capacidad ociosa instalada en la industria las exportaciones resultaron un camino insustituible. Esa política modificó, muy rápidamente, la tradicional estructura de las exportaciones reduciendo la presencia del sector agrario. Asimismo, favoreció las industrias de baja composición orgánica de capital —mano de obra intensivas— como la construcción, facilitando indirectamente el acceso al mercado de trabajo de asalariados de más baja calificación profesional. Esta forma de dinamizar la actividad económica impidió el incremento de la tasa de desocupación, sin que los salarios tendieran a la suba. Era su modo de salvar los aspectos “impopulares” de un plan muy poco popular. Esta modificación sustantiva del mercado de trabajo aportó una nueva: para que un asalariado ganara lo mismo —en cuanto a capacidad de consumo medido en bienes y servicios— debía trabajar más. Alrededor de 1968 el colchón de reservas aportado por la devaluación se consumió íntegro. De modo que para seguir financiando su programa Krieger no encontró mejor instrumento que un impuesto a la tierra libre de mejoras. Esto es, al campo improductivo. No era poca osadía instrumental, pero esto terminaría enajenando al gobierno buena parte de su respaldo tradicional.

Un programa tan cuidadosamente equilibrado puso en crisis a la dirección del movimiento obrero. En 1968 la crisis tomó la forma de división de la CGT. Hasta la Iglesia Católica –fuertemente comprometida con el régimen– comenzó a mostrar fisuras. El mundillo universitario, por su parte, comenzó a caldearse. La CGT opositora, encabezada por Raimundo Ongaro, enfrentó al gobierno desde la agitación política. El diario de esa central obrera, dirigido por Rodolfo Walsh, publicaba magníficos trabajos que la mayor parte de los trabajadores no leían. Una clase media universitaria de destino incierto absorbía ese material, sacudida por el arrollador avance de la ola contestataria mundial. La misma que en el término de tres décadas rehizo la compañía de Jesús llevándola desde el falangismo de José Antonio Primo de Rivera al territorio del marxismo y el psicoanálisis. Por eso, tras 36 meses de gobierno Onganía había logrado otro milagro: hartarnos a todos. No era poco.

En los inicios de 1969, la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) realiza en Mar del Plata un congreso nacional. El tono de los documentos es francamente opositor. No solo plantean la liberación nacional y social de la patria, sino elecciones inmediatas sin proscripciones. Era una declaración de guerra. A consecuencia del congreso, Vandor, secretario general de la UOM, viaja a Córdoba y concierta un acuerdo con tres poderosos sindicatos: SMATA, vandorista, comandado por Elpidio Torres, UTA, CGT de los Argentinos, en manos Atilio López y Luz y Fuerza, CGT de los Argentinos, a cargo de Agustín Tosco. Los tres dirigentes pactan, a instancias de Vandor, una estrategia antigubernamental común. Las condiciones para el estallido estaban dadas.

El Cordobazo registraba los efectos políticos del segundo ciclo de sustitución de importaciones. Si se quiere, el peronismo fue una consecuencia política del primero. Y las divisiones al interior del movimiento obrero, producto del segundo, pudieron ubicarse geográficamente: Córdoba y Santa Fe daban cuenta de la novedad; Buenos Aires, de la continuidad. Es un aplanamiento

pedagógico que muestra las líneas de ruptura, de segmentación diferenciada, del movimiento de los trabajadores, si se quiere sostiene tecnológica y cronológicamente la diferencia entre combativos y tradicionales.

Esa gigantesca pueblada hizo crujir las vigas de todo el orden político, pero no las rompió. A los partidos desgastados durante el ciclo Libertador se sumaba la aguda crisis del segundo peronismo, y de entre sus escombros surge una completa novedad: un segmento dinámico de clase obrera vinculado al mundo universitario. Por primera vez desde 1918 obreros y estudiantes volvieron a marchar, precisamente en Córdoba, bajo una consigna política común: derrocar a Onganía. Ese era el sentido del gobierno obrero y popular de las consignas cordobesas. El clasismo incluía la reconquista de la ciudadanía política.

A Lanusse, por cierto, le llovieron las críticas por no reprimir *manu militari* el Cordobazo. Una lectura palaciega obtuvo cierto predicamento: la movilización fue posible porque el comandante en jefe del Ejército la permitió. Los hombres que hubieran debido reprimir (el coronel Arturo Marguery, a cargo de la Cuarta Brigada de infantería Aerotransportada, así como su jefe, el general Jorge Raúl Carcagno) desmintieron enérgicamente la especie. En realidad el tópico, evitar el éxito de una movilización reprimiendo, contiene un clásico del pensamiento reaccionario, ya que hay un momento en que reprimir ya no es posible o resulta ostensiblemente contraproducente. Esa frontera siempre resulta opinable, pero algo resultaba obvio: técnicamente era posible —disponían de tropas y los oficiales estaban dispuestos a proceder—, pero políticamente aislaba aun más a un ejército ya suficientemente aislado. No se trataba de reprimir tan solo a los sectores populares, sino a parte de la base de sustentación de todos los gobiernos conservadores. Un fragmento de la clase dominante se había pasado a los rebeldes. Era una zanja peligrosa y Lanusse, con su habitual sentido común, la respetó. De no hacerlo, la posterior cooptación de Arturo Mor Roig

para el Ministerio del Interior, fuertemente resistido por Illia y Alfonsín, hubiera sido imposible. Esos eran los indicadores indirectos.

Una formidable coalición que no llegó a estabilizarse (las víctimas del onganiato) se vislumbró bajo la impronta cordobesa de esa dinámica popular. Cada uno de los segmentos del heteróclito agrupamiento tenía un programa en dos tiempos: en el primero, se trataba de derrocar al general cursillista, junto a Krieger Vasena; en el segundo, la lucha por prevalecer, por orientar el bloque, organizaba una batalla política de inusitado vigor. En el interior de esa batalla operaba Perón, y la nueva izquierda.

El 7 de diciembre de 1971 la señora, Isabel Martínez de Perón, arribó a Ezeiza. La aguardaban unos miles de jóvenes que vivaban a las organizaciones armadas. La presencia sindical era mínima. El 14 se hizo el Congreso de la Rama Femenina. Era evidente para todos que Perón reagrupaba fuerzas para terminar constituyendo el dispositivo de la conducción estratégica. El 30, a modo de regalo de año nuevo, tanto la CGT encabezada por Rucci, como la conducción justicialista se despacharon con inusitada dureza contra el gobierno. Perón, por su parte, había registrado una novedad: la juventud era “propensa a venirse con nosotros en masa”. Por eso el general sostenía: “No debemos dejar de hacer lo que sea para lograrlo, y dentro de ello, lo más efectivo será darle posibilidades de actuar decisivamente en todos los dispositivos de la organización”.¹⁵⁹

El gobierno había perdido la iniciativa.

El sistema político limado por la Libertadora reaparecía repentinamente tonificado. Las dos corrientes del radicalismo (Ricardo Balbín y Oscar Alende) recuperaban un desconocido vigor discursivo. El movimiento estudiantil, orientado por la Franja Morada, aggiornaba su gorilismo y mostraba que el rechazo clasista a los trabajadores había cambiado de rango. En el décimo congreso de la Federación Universitaria Argentina,

159 Miguel Bonasso, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Buenos Aires, Planeta, 1997, p. 197.

hasta entonces conducida por la juventud del Partido Comunista Revolucionario, por ese entonces guevarista, se produce una novedad significativa. EL PCR no solo pierde la mayoría y por tanto la dirección de la FUA, y el PC tradicional rompe el congreso, sino que una alianza entre Franja Morada y las huestes de Jorge Abelardo Ramos (la juventud del Partido Socialista de la Izquierda Nacional) gana la dirección estudiantil. El programa político de esa alianza espeja el cambio: los dos hitos que organizan la novísima lectura son el 17 de octubre de 1945 y el 29 de mayo de 1969. El viejo gorilismo universitario entraba definitivamente en crisis. No se trataba de la repentina conversión de capas medias al socialismo, sin ignorar la influencia de la Revolución Cubana y del trabajo político intelectual del propio Ramos, sino de la ruptura del viejo sistema de alianzas de la Libertadora, y su necesaria, obligada reformulación a la luz de la nueva percepción colectiva de los problemas nacionales aportada por la radicalización de los trabajadores cordobeses.

El segundo peronismo no tenía nada que ofrecer a tan dinámicos actores. El corte generacional e ideológico era notorio. Los jóvenes que viajaban a Europa y tenían ciertas inquietudes políticas visitaban a Perón en Puerta de Hierro. Casi era una novedosa atracción turística. No eran los únicos. Los políticos de cierta edad intentaban volver a su mejor pasado junto al anciano general. El radicalismo de Balbín levantaba las tranquilas banderas del doctor Illia, junto al delegado de Perón, Jorge Daniel Paladino, en la Hora del Pueblo. El agrupamiento fungía como una suerte de sociedad en comandita de los “proscritos por los gobiernos militares”. Como la Revolución Argentina los había proscrito a todos, nadie debía quedarse afuera. Olvidaban un detalle: la pasada proscripción del peronismo por parte de la Revolución Libertadora, de la que fueran beneficiarios activos. Ese no era un problema, el segundo peronismo se hacía el distraído con algo de patética razón.

Por su parte, la corriente orientada por Alende –demasiado “revolucionaria” para integrar la Hora del Pueblo– volvía a

los decires del Programa de Avellaneda; esto es, a un módico izquierdismo en sintonía con los planteos más tradicionales del Partido Comunista. El sistema de cuadros que el desarrollismo forjara en su camino hacia la insignificancia histórica, relanzaba las averiadas banderas del Frente Nacional, sin saber si debía ofrecerlas a un general con mando de tropa o al general Perón, a quien consideraban políticamente semi jubilado. Ese dilema hamletiano los encuentra el 11 de marzo de 1971 en Madrid. Frondizzi, con esa curiosa ortografía lo escribió Perón en cartas a Cámpora, no tuvo más remedio que ir al pie. Todos esperaban que el peronismo marcara la cancha, y el segundo peronismo ni siquiera podía imponer el nombre de su jefe para encabezar la fórmula de un acuerdo electoral.

La muerte de Aramburu contiene una definitiva divisoria de aguas en el sistema de referencias políticas de la juventud, peronista y no peronista. De un lado se alinean todos los integrantes de la tendencia revolucionaria, del otro las distintas vertientes de la izquierda más o menos tradicional. En una célebre carta a Perón los Montoneros, habida cuenta de las declaraciones de Jorge Daniel Paladino repudiando el atentado, lo interrogan amablemente sobre el punto. Perón determina con su respuesta el lugar de Montoneros –adentro de su sistema de alianzas, actuando con total independencia táctica–. Es precisamente esa independencia armada la que Guardia de Hierro no tolera; por eso, jugaban tan cerca de ese delegado de Perón.

Sostiene Álvarez: “Los montos armaron su orga para quedarse con todo el poder a través de una cuña de cuadros, que era una infiltración desde los flancos, no frontal. Pretendían acelerar la realidad en la idea de eliminar de la escena a Perón y reemplazarlo. Evidentemente nosotros no bloqueamos el intento”.¹⁶⁰ Es una mirada retrospectiva que no traiciona su evaluación de entonces; en esa misma sintonía pensaba entonces Roberto Grabois, dirigente del FEN.

La crisis de la Revolución Argentina contenía más que la

160 Ibid., p. 105.

crisis del gobierno y menos que la crisis de la Libertadora. Solo era la crisis de la Libertadora si el partido militar no era capaz de estabilizar un gobierno con un mínimo consenso del bloque de clases dominantes. Y así terminó siendo recién a fines de 1972. En el ínterin el intento del general Roberto Marcelo Levingston, junto al compe nacional de Aldo Ferrer, murió en las gateras. Una nueva movilización cordobesa reubicó el tablero político. Sirvió para herir de muerte a ese gobierno, pero no alcanzó para estabilizar una dirección alternativa del movimiento obrero. Los antagonistas se angostaban en la lucha sin sacarse ventaja decisiva. El activismo –pese a ser relativamente numeroso– mostraba dificultades para reponer un sistema de cuadros muy jóvenes y de complejo reemplazo. Córdoba había agotado su inventiva política, mientras el cordón industrial del gran Buenos Aires seguía inmóvil. Sin embargo, la soledad del gobierno aumentaba a mayor velocidad que el crecimiento de la oposición activa. Entonces la crisis del gobierno potenció la crisis de la Libertadora, hasta volverlas crisis indiscernibles, inseparables, continuas.

El orden pactado en 1955 pasó de instrumento sistémico de las clases dominantes, a valla que las clases dominadas pusieron definitivamente en entredicho. Si Lanusse se plantaba en serio, si el “no le da el cuero” organizaba toda la política militar, el gobierno facilitaba la fragua del complejo acuerdo entre sus inestables antagonistas. En ese punto la dinámica de la lucha de clases superaba la lógica programática tradicional. Ante el filo de ese abismo, el general Alejandro Agustín Lanusse se detuvo, comprendió que esa era la última ratio y actuó en lógica consecuencia convocando a elecciones.

XXI

La destitución de Jorge Daniel Paladino contiene un punto frontera. No solo se trata de una inversión de roles –Paladino, según chascarrillo de época, era el representante de Lanusse y la Hora del Pueblo ante Perón– sino sobre todo del esfuerzo

por tender un puente hacia un nuevo protagonista: los jóvenes radicalizados: la dinámica de las organizaciones político-militares. El 4 de diciembre de 1971, Cámpora anunció un cambio en la composición del Consejo Superior, al que incorporó dos representantes de esa juventud: Galimberti y el teniente primero Licastro. El avance del tercer peronismo –que incluía y no incluía a Guardia de Hierro– comenzó a notarse, para disgusto de los integrantes de la dirección tradicional. Tras 17 años de hacer lo mismo –la negociación de trastienda para orientar el electorado peronista– habían perdido todo reflejo de combate.

Así como Cámpora no había sido hombre de la resistencia, en rigor ellos tampoco, el desagrado por el nuevo delegado expresaba el desagrado por el giro que adoptaban los acontecimientos. Nadie apostaba por un delegado cuya tarea política imponía el retorno de Perón a la Argentina, ya que casi ningún mayor de 30 años creía en tal cosa. No lo creían los gorilas tradicionales, no lo creyó la dirección del segundo peronismo, y dicen las malas lenguas que a ratos no lo creía ni el propio Perón. Es que para poder creerlo el general especulaba con un “dispositivo articulado por la conducción estratégica” que todavía existía en su arltiana imaginación.

Lanusse, por su parte, fue acusado de ceder frente al peronismo. En su último libro considera esa posibilidad: “En octubre de 1971 hubiera estado en condiciones de convocar a un plebiscito”¹⁶¹sostiene. El ex presidente cita el ejemplo del general De Gaulle, pero omite una pequeña diferencia: el parlamento. La quinta república era posible sin De Gaulle, pero imposible sin el parlamento. Si De Gaulle perdía el referéndum el parlamento continuaba. En cambio, si perdía Lanusse a manos de un frente opositor que incluía obviamente a Perón y su arco de alianzas, el gobierno estallaba. Por tanto era más que una crisis del partido del gobierno, ya que ponía en entredicho todo el sistema de representaciones y su correspondiente orden de

161 Alejandro A. Lanusse, *Confesiones de un general*, Buenos Aires, Planeta, 1994, p. 187.

valores compartidos. Era una crisis del partido del Estado. Y por tanto, el programa legítimo del Estado se sometía a plebiscito. Dicho con brevedad: era un debate fundacional –constituyente– sobre las relaciones sociales y políticas. La crisis de la Libertadora se habría transformado en crisis revolucionaria de la sociedad argentina. Lanusse supo que subir tan alto la apuesta era posible, pero de ningún modo sensato. De modo que evitó el ascenso a ese extremo. La obviedad del cuadro político –con su lógica de toma y daca– disolvió la fantasía. Onganía en 1966 hubiera podido intentar la baza del plebiscito, pero no le hacía falta; Lanusse, que la necesitaba en 1971, ya no. Entonces, no le quedaba más posibilidad que convocar a elecciones.

El problema era el mientras tanto.

Retrocedamos apenas; el 21 de marzo de 1971, 14 guerrilleros del Ejército Revolucionario del Pueblo secuestraron al doctor Oberdan Sallustro. El director general de Fiat en la Argentina no solo era un hombre condecorado por el Papa, sino una pieza clave de la empresa de Giovanni Agnelli. No se trata de una lectura capciosa, para negociar su rescate vino de Italia Aurelio Peccei, presidente del Club de Roma, hombre de confianza de Agnelli y la Democracia Cristiana europea. El secuestro de Sallustro puso en vilo al gobierno de Lanusse. Peccei, que estaba autorizado a negociar con extrema flexibilidad la libertad de tan importante cuadro, encontró poco eco en el gobierno. Era más sencillo llegar a un acuerdo con el PRT- ERP que con Lanusse.

En crescendo operístico el 10 de abril la Policía Federal detectó la “cárcel del pueblo” donde el ERP mantenía en cautiverio al directivo de Fiat. En medio del fenomenal tiroteo Sallustro muere, según la versión oficial, a manos de sus captores. La presión sobre el gobierno militar no cesaba de crecer. Mientras Oberdan Sallustro se estaba muriendo un comando conjunto del ERP y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) acribilla a balazos al comandante del II Cuerpo de Ejército. El general Juan Carlos Sánchez Verdugo muere casi instantáneamente. Lanusse

y su plana mayor temen que todo se vaya al diablo. Esto es, que el generalato clausure la marcha hacia la parlamentarización de la política mediante otro golpe de Estado. Todos los partidos del arco parlamentario, incluido el justicialismo, concurren al Salón de Acuerdos de la Casa de Gobierno. Todos condenaron la violencia antes de salir por la puerta de Balcarce. Por la otra ingresaba la directiva de la Confederación General del Trabajo, encabezada por José Ignacio Rucci, para repetir la misma palinodia. El último turno fue para la Confederación General Económica, representada por José Ber Gelbard, el Gran Acuerdo Nacional (GAN, en la jerga política de ese entonces) parecía súbitamente en marcha. Por si algo faltaba, un comunicado de las 62 Organizaciones Peronistas expresaba la solidaridad de los “trabajadores” con las Fuerzas Armadas.

Sin embargo, solo era una ilusión política.

Desde Madrid, Perón se mantuvo en ominoso silencio. Empujado por Lanusse el embajador Jorge Rojas Silveyra presionó fieramente al anciano general. Perón no replicó, pero fue la última vez que “Rojitas” pudo visitarlo en su residencia. El hombre se había pasado de la raya, y quedó fuera del juego. Solo el coronel Carlos Dalla Tea, agregado militar de la embajada argentina en Madrid, conservó el único nexo del gobierno con Perón a través de Jorge Antonio. Lanusse recibía, junto con la sociedad argentina, un mensaje inequívoco: matar a un general de la Nación en actividad resulta lícito, porque solo es una respuesta violenta a la violencia ejercida por el gobierno. Nunca antes había ido tan lejos, máxime cuando los victimarios no se reclamaban ni remotamente peronistas. Esa postura, insoportable para el peronismo tradicional, cambiaba el valor de las organizaciones político-militares.

Lanusse podía agrupar en torno a su gobierno, en derredor a su propuesta, todo el sistema de representaciones políticas más o menos tradicionales. Frente a este segmento de la sociedad, su comportamiento gozaba de alguna legitimidad. Pero todo lo que se movía, todo lo que tenía dinámica propia, el amplio mundo de

la contestación juvenil, ya no se referenciaba en ninguna de esas estructuras. Dicho de un tirón: Perón legitimaba en ese temerario acto todo lo demás; de ahí en más todo pasaba a ser posible en las filas del peronismo.

Dos jugadores articulaban, ahora sí, dos dispositivos político militares. Lanusse admitía que su tiempo se agotaba –el tiempo se fijaba en la pulseada sobre la fecha electoral– pero intentaba remediar esta debilidad estructural limitando el avance de su antagonista –Perón no podía ser candidato–. Para Perón la respuesta era simple: agotar el tiempo de Lanusse –acotar el plazo para las elecciones– imponiendo su candidatura mediante la desobediencia civil. Dicho a toda velocidad: sabía que no contaba con el movimiento obrero, pero tampoco estaba dispuesto a ceder esas fichas al gobierno. Entonces, toda su ambición pasaba por neutralizarlo y golpear con todo lo demás. Y todo era todo.

Ambas estrategias eran un secreto a gritos.

Lanusse llamaba la suya Gran Acuerdo Nacional; Perón organizó la propia en derredor a la conformación de todo tipo de frentes para la liberación nacional. En la violenta compulsa por conquistar la mayoría separaban aguas: de un lado las instituciones, del otro la dinámica de calles. Para subrayar su vuelta a la política de oposición activa el jefe del justicialismo endurecía el juego. Esto es, la hora de Paladino había concluido, el proyecto del tercer peronismo venía de la mano de un nuevo delegado personal: Héctor J. Cámpora.

Esa determinación fracturó la unidad burguesa del programa opositor en torno a la Hora del Pueblo, pasando a una dinámica de dos tiempos. El primero había constituido un colectivo (todos los partidos “democráticos”, el PJ a través de Paladino incluía tanpreciado pelotón) que reclamaba la institucionalización del país. Era la unidad de acción frente a la “dictadura militar” de la Revolución Argentina. El segundo tiempo, en cambio, había comenzado con la fricción al interior de la Hora del Pueblo, y esa fricción surgía de la dinámica que Perón impuso al sumar

todo el segmento contestatario –y no solo las organizaciones armadas del peronismo– a su propia lógica política. Cámpora era el nombre propio de la fricción; y el “Luche y vuelve”, la fórmula de ese programa.

Balbín, en cambio, tentaba la conformación de ejes diferenciados.

Los de Lanusse y el de Perón corrían por cuenta separada. El propio, se constituía pulseando y cediendo ante los otros dos. Lanusse debía sentir que contaba y no contaba con Balbín, y otro tanto debía suceder con Perón. En criollo simple: Balbín contaba con Lanusse para impedir la candidatura de Perón, Lanusse contaba con Balbín para impedir que el retorno de Perón lo descabalgara de la presidencia, Perón contaba con Balbín¹⁶² para conservar lo que Lanusse le otorgaba –la legalidad del justicialismo, una reclamativa oposición al GAN exigida por la “minoría” alfonsinista–, pero todo lo demás debía conseguirlo sin aliados tradicionales significativos, como la CGT o el empresariado de la CGE.

La polarización avanza. Perón sigue sumando. La mesa de la Trasvasamiento Generacional parecía un espacio adecuado para vincular orgánicamente las estructuras juveniles del peronismo. En febrero de 1972 el acuerdo entre Alejandro Álvarez y Roberto Grabois es definitivamente sellado, guardianes y fenicios conflúan. Los grupos armados menores –Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y Descamisados– se mantenían próximos a ese eje. Montoneros y las FAR, no. Mario Eduardo Firmenich, Roberto Cirilo Perdía y Roberto Quieto jugaban sus cartas junto al nuevo delegado, apostaron a la dinámica popular de la campaña por el Luche y Vuelve.

En cambio, la confluencia entre Guardia de Hierro y el FEN estaba determinada por la permanencia de Perón en Madrid. Para ellos la relación de fuerzas no permitía el regreso de Perón. Dicho con sencillez: la victoria política del peronismo era en

162 Carta de Perón a Cámpora: “Yo no tengo por qué desconfiar de Balbín, pero tampoco tengo por qué tenerle confianza”, citado en Miguel Bonasso, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Buenos Aires, Planeta, 1997, p. 227.

lo inmediato imposible. Las condiciones de Lanusse no se podían quebrar, por tanto, se trataba de organizar un partido legal capaz de ganar las elecciones con un candidato potable. Para Paladino ese candidato era el resultado de una puja entre el propio Lanusse y Perón; en sus términos ni uno ni otro estaba en condiciones de producir la última palabra, por tanto, las iniciales de Perón terminarían abriendo paso a la candidatura de Paladino; para los guardianes bien podía ser un peronista histórico, de modo que Paladino no estaba excluido. Sobre la base de esa lectura política ingresaban al torrencial movimiento.

La otra forma de ingresar incluía la lucha armada, Grabois lo sabía y la denominaba “una vía a la aniquilación política”.¹⁶³ Por tanto, se propusieron construir una nueva estructura de militantes territoriales que no solo sirva para la lucha electoral: la Organización Única del Trasvasamiento Generacional.

En mayo de 1972 pondrían a prueba ese punto de vista ganando la interna capitalina del Partido Justicialista. Esto es, la lista gris de los guardianes vence a la azul de Lorenzo Miguel. El peso de las 62 eran los sindicatos, el de Montoneros la juventud radicalizada. Sin peso sindical y sin capacidad para incidir en la lucha armada, Álvarez y Grabois quedaban en un margen.

El espacio de la dirección sindical, en condiciones tan exasperadas, no podía ser más acotado: fuera de los sindicatos esos dirigentes apenas existían, y dentro de los sindicatos una nueva dinámica política ponía en tela de juicio el reparto de poder. Nunca estuvieron peor. En el acto de la Federación de Box, el 9 de junio de 1972, todo estaba definitivamente claro. Los guardianes todavía pusieron la gente y Galimberti y Cámpora la política. Estaban pariendo el tercer peronismo y el viejo horizonte de los guardianes no se conjugaba con la patria socialista. De allí en más estaba claro quiénes hegemonizaban la juventud, y por tanto quiénes orientaban el movimiento. Por si algo faltaba, cuando en julio Álvarez vuelve a viajar a Madrid el encuentro con Perón provoca la crisis definitiva. El punto central era el retorno; Álvarez se oponía por razones de

seguridad. Perón impone su punto de vista e invita al Gallego a volver en el célebre charter de noviembre. Álvarez se niega –no participa– y no le alcanzará la vida para arrepentirse. Pero conviene no equivocarse, no se trata de cualquier clase de error –como el de cálculo– sino de una perspectiva política anacrónica. El jefe de Guardia de Hierro pensaba lo mismo que un vandorista ortodoxo (Perón como carta de extorsión en una negociación dura, y no como carta de victoria para una movilización general de la sociedad argentina); sabía que Perón no podía derribar a Lanusse –en ese punto no se equivocaba– y concluía que por tanto no debía volver. Olvidaba que de no hacerlo la victoria de Lanusse socavaba a Perón condenándolo a mito eterno, y si alguien no estaba dispuesto a tal destino era precisamente Perón. Álvarez razonaba como si el general fuera exactamente el hombre que Lanusse creía conocer: un jefe político sin adecuada estatura histórica.

El viejo arco político de la Libertadora todavía guardaba una decisiva virtud: la absoluta incapacidad de los partidos, su increíble labilidad organizativa para movilizar a la sociedad argentina. Solo eran oxidadas maquinarias electorales. Las condiciones generadas por la falta de continuidad en las prácticas democráticas habían dejado una huella indeleble en su dirigencia. La irrupción de la política en la vida cotidiana solo podía vincularse a horizontes antagónicos: el de los políticos profesionalizados, el de los militantes revolucionarios. Los primeros, manejaban los mecanismos existentes; los segundos, los instrumentos por construir. Así el gobierno ganaba la indispensable bocanada que le permitía apechugar el 17 de noviembre: el insoportable regreso del tirano prófugo. Por eso, Perón volvió y el gobierno siguió en el mismo lugar. El segundo peronismo había llegado a su fin. Ni Perón podía evitar la presencia de su fuerza en la lid electoral sin dinamitarlos todo, ni Lanusse podía proscribirla sin idénticas consecuencias. Ese era el resultado provisional de la batalla en curso.

Todo se puso nuevamente en marcha. El 9 de junio en la

Federación de Box todas las tendencias de la Juventud Peronista se hicieron presentes. Desde Alejandro Álvarez (Guardia de Hierro) hasta Dardo Cabo (Descamisados), incluyendo a Roberto Grabois (Frente Estudiantil Nacional, FEN) Néstor Ortiz (Demetrios) y Rodolfo Galimberti (la tendencia). Sin embargo, el único dirigente nacional presente en la tribuna fue el Tío Cámpora. Esto es, en el primer acto de la nueva etapa la ausencia del peronismo tradicional dio la nota.

Todo quedaría brutalmente claro el 25 de junio, en el Hotel Savoy, cuando el congreso del nuevo Partido Justicialista elegiría autoridades. Allí la lógica del partido legal, reconocido por la Justicia Electoral, organizado según el Estatuto de los Partidos Políticos elaborado por Arturo Mor Roig, cobraba su precio. La negociación entre Cámpora y la CGT no fue nada fácil, según la célebre división por ramas a los gremialistas les tocaban dos lugares en la conducción, otro tanto a la rama femenina, igual a la política y el mismo número a la juventud. Rucci reclamó además la secretaría general –la presidencia iba de suyo, Perón, la vicepresidencia primera también, Isabelita, y la vicepresidencia segunda otro tanto, Cámpora– pero el Delegado dijo no. Pálido de furia, Rucci amenazó con un escándalo en el Congreso. Y el escándalo llegó, pero no fue exactamente el que imaginara y empujara el secretario general de la CGT: las 62 organizaciones –encabezadas por Lorenzo Miguel– resolvieron no integrar la conducción del Partido Justicialista. Y los cargos quedaron libres hasta mejor oportunidad.

Todo el peronismo exhibió, una vez más, el rígido abanico de toda su potente impotencia política. La vieja dirigencia sindical –muerto Vandor– solo sabía negociar paritarias. Nunca fue capaz de impulsar un programa democrático, más allá de su enunciación genérica. Ni servía para reconstruir el Partido Laborista de 1945, ni era capaz de tender puentes hacia la nueva dinámica social, ni tenía que ver con el nuevo horizonte cultural. La candidatura de Perón a la presidencia estaba tan cerca de su práctica política como el socialismo. Solo si las

dos fracciones del movimiento obrero (la expresada en la Córdoba de las barricadas, y la orientada por la reunificada CGT) golpeaban juntas, la candidatura de Perón abandonaba las sombras fantasmáticas, y los sindicatos conservaban su lugar. No sucedió, no podía suceder, la dirigencia nominalmente encabezada por José Ignacio Rucci no avanzaba en esa dirección.

El gobierno militar había derrotado con el auxilio de la patronal la lucha de los mecánicos cordobeses, la crisis de la CGT local era tan obvia que, tras la renuncia de Elpidio Torres, la conducción quedó acéfala. La dirección nacional de los trabajadores no socorrió esa lucha; las 62 organizaciones, por su parte, sabían que su capacidad de movilización era mínima. Contaban con sus activistas semi profesionalizados, pero no contaban con los trabajadores de filas. En rigor de verdad, nunca contaron demasiado con la movilización, no aspiraban sino a la obtención del voto para su perpetua reelección. Sin olvidar que las continuas agachadas frente a la dictadura militar habían reducido su capital político a bastante poco. Las organizaciones político-militares, en cambio, expresaban la dinámica de un sector radicalizado de capas medias, de fluidos contactos con la nueva izquierda obrera, influidos de consuno por las vistosas banderas del Che. Todavía eran más un programa a desplegar que una realidad efectiva. Ambas facciones medirían fuerzas después del 11 de marzo de 1973. Para decirlo con exactitud: el 20 de junio, en Ezeiza. En el combate a cielo abierto entre el segundo peronismo y el tercero, el segundo muestra que es una significativa minoría numérica; y el tercero, pese a contar con una enorme popularidad, no fue capaz de prever y organizar el sentido de esa movilización. El tercer peronismo contaba con los militantes pero le faltaba conducción, ya que no imaginaba otra jefatura que la del propio Perón. Esa fue su fuerza y también su huraña limitación.

El oscuro tiroteo de ese día aciago no enfrentó a las huestes de Lorenzo Miguel y José Ignacio Rucci con las columnas de la Tendencia Revolucionaria. Los matones del teniente

coronel Jorge Manuel Osinde –camarada del celeberrimo Carlos Eugenio de Moorí Koenig, profanador del cadáver de María Eva Duarte de Perón–, mostraban que la OAS había educado con los métodos de la escuela francesa a casi todos los oficiales de inteligencia, estuvieran o no en actividad. Era un ejercicio a escala que anticipaba las limitaciones de estrategia política de cada sector.

Antes del 17 de noviembre de 1972, los partidos tradicionales luchaban por la sobrevivencia electoral. No se les escapaba que espejaban lo más esclerosado de un país en violenta mutación. La inestabilidad era el signo de los tiempos. La profundidad de la crisis de valores legitimaba las posturas más radicales. Por eso, en el penal de Rawson el estado mayor de la guerrilla planeó desde el pabellón cinco una fuga cinematográfica. Tres organizaciones participaron en su ejecución desde tres perspectivas complementarias. Para el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) la victoria electoral del peronismo –en caso de suceder– no constituía ninguna garantía. Para Montoneros el retorno de Perón y el proceso electoral dinamizaban la lucha política y aseguraban la liberación de los guerrilleros. Por tanto, jugarse enteros a la fuga no tenía sentido. Las FAR, a medio camino entre ambas posturas, no dudo en respaldar la propuesta de Mario Roberto Santucho.

En cambio, los dirigentes sindicales presos –como el gringo Tosco– resolvieron, más allá de otras diferencias políticas, no participar de la fuga. La suerte estaba echada. Tras sortear con aguda inteligencia los escollos del penal, dos docenas de guerrilleros huyeron. Solo 6 capturaron un avión: Santucho (PRT-ERP), Domingo Menna (PRT-ERP), Marcos Osatinsky (FAR), Fernando Vaca Narvaja (Montoneros), Enrique Gorriaran Merlo (PRT-ERP) y Roberto Quieto (FAR). Los 6 pudieron abordarlo y llegar al Chile de Salvador Allende. Los otros 19 llegaron tarde a la cita, problemas de coordinación y logística, por tanto quedaron varados en el aeropuerto de Trelew. Tras una cuidadosa negociación se rindieron ante el juez y la televisión, y fueron

trasladados –violando desde el vamos la negociación con el juez– a la base naval Almirante Zar, en Trelew. Nunca volvieron al penal de Rawson. El 22 de agosto los 16 combatientes capturados fueron fusilados en sus celdas por miembros del Servicio de Inteligencia Naval. La tensión al interior del gobierno del general Alejandro Agustín Lanusse había llegado a un punto sin retorno. Era claro que la Marina desafiaba la autoridad del presidente, ya que la masacre se había materializado contra sus indicaciones expresas. Apretando los dientes Lanusse admitió que no tenía espacio político para sancionar a los responsables, ya que se trataba de una decisión orgánica de los almirantes. Solo podía renunciar, provocando una crisis de resultado incierto, o asumir la responsabilidad. Según sus propias palabras tomó ante la historia toda la responsabilidad política.¹⁶⁴ Ya no se trataba de los basurales de José León Suárez, ni del fusilamiento del general Valle, sino de una obscena exhibición de odio, del límite a derecha del lanussismo. El gobierno no podía evitar la fuga de un penal de máxima seguridad de la plana mayor guerrillera, pero la guerrilla tampoco podía impedir que combatientes capturados bajo bandera de parlamento fueran fusilados sin alcanzar siquiera las formas del juicio sumarísimo. Todo el salvajismo de la Libertadora se hacía presente en un punto. Sin embargo, solo era prepotencia ciega, desesperada que le quitaba al gobierno los últimos visos de legitimidad pública.

Ninguna fuerza social podía asumir sin suicidarse políticamente la masacre de Trelew. Debían condenarla o guardar silencio. Era la contracara de la escena protagonizada por el general Sánchez Verdugo, para masacrar ese gobierno carecía de respaldo social.

Otra vez la Marina, como en 1955, exudaba su habitual pedagogía política. La muerte de los guerrilleros no solo era un asesinato brutal, inocultable, también era un grosero error. Y así quedó claro en el registro periodístico. El velatorio, realizado en el local justicialista de Avenida de La Plata 246, en la Capital Federal, se constituyó en un punto de confluencia de todos

164 Entrevista del general Lanusse con el autor, diciembre de 1993.

los sectores dinámicos contra el gobierno; tanto, que terminó siendo atacado por la Policía Federal –al mando del comisario Villar– con una tanqueta. La larvada guerra civil iniciada en junio de 1955 exhibía sin pudor su perfil inmisericorde. Parir una propuesta democrática a la sociedad argentina le costaba sangre, sudor y lágrimas.

Desde el Colegio Militar, el jueves 27 de julio de 1972, el presidente definió el primer límite temporal de la lucha política. Sostuvo Lanusse:

Señores: o regresa antes del 25 de agosto o tendrá que buscar un buen pretexto para mantener el mito de su eventual e hipotético retorno. Será difícil de explicar como, si durante 17 años el mito de la trampa era que no se le dejara regresar, ahora la trampa consiste en que se lo quiere hacer venir. Piense cada uno, no se dejen tentar por lo fácil, por la cómoda situación de que otro piense por ustedes. Ni siquiera que piense por ustedes el Comandante en Jefe. Piense cada uno y cada uno saque sus conclusiones.

Ahora la trampa es esa. Después de 17 años en que no se lo dejaba venir, y por eso se le hacía trampa, la trampa consiste en que se le dice: Venga señor. Los otros días tuve una reunión con dirigentes gremiales, y pude conducirla como si fuera, ni más ni menos, una simple conversación entre argentinos. Y, al refirme al tema, les dije que si Perón necesitaba fondos para financiar su venida, el Presidente de la República se los va a dar. Pero, aquí no me corren más mi, no voy a admitir que corran más a ningún argentino, diciendo que Perón no viene porque no puede. Permitiré que digan: Porque no quiere. Pero en mi fuero íntimo diré: Porque no le da el cuero para venir.

Creo que le ha tomado el gusto al papel de mito. Y es así que entonces pretende seguir beneficiándose con

la ambigüedad, con la distancia y con la dedicación al estudio. Al papel de instrumentador de trenzas se lo conozco bien. Otros dicen que yo estoy equivocado. Pero le ha gustado el papel de mito, y sigue beneficiándose con la ambigüedad y, además, no da la cara, no toma contacto personal con sus dirigidos y no se expone a hablar clara y responsablemente. Pero, Perón tiene que definirse. Ineludiblemente, tendrá que hacerlo. O es una realidad política o solamente será mito.

Todo el pathos dramático del momento puede leerse en la pieza del Comandante en Jefe del Ejército. Es una carta brava, Lanusse tiene que convencer a sus camaradas, de lo contrario está perdido, por eso los invita a pensar. Es cierto que la amenaza de golpe en el golpe había perdido peso, pero admitir el regreso de Perón –Lanusse ya estaba seguro que la decisión estaba tomada– e impedir su candidatura, eran los objetivos del gobierno y del sistema político en su conjunto. Eran las últimas consecuencias del viejo programa de los azules, del comunicado 150 de Campo de Mayo.

Admitir el retorno no era para el jefe gorila de la caballería un sapo fácil de tragar y muy difícil de hacer tragar. Mediante una toma de judo discursiva transformaba la victoria popular –el regreso de Perón– en imposición militar. Pero no eran solo palabras, también estaban los hechos. Perón volvía, pero aun así no sería candidato. En todo caso, Lanusse sabía que volvía y todavía luchaba para que no encabezara la fórmula presidencial del justicialismo. Y esa era la dificultad que debía admitir como propia el cuadro de oficiales. No era simple. Perón en España era el mito, Perón en Ezeiza una dura realidad política. Para Lanusse esa estudiada realidad tenía un límite: la voluntad personal de Perón. El anciano general había recibido los sueldos atrasados correspondientes al cargo del que fuera destituido por el golpe de 1955, el cadáver de Evita, al enviado personal del presidente –coronel Cornicelli–, al embajador argentino en

Madrid, al neoperonista Felipe Sapag, y todos comprobaron su lucidez y su cansancio. A los 77 años nada le agradaba tanto como ocupar el centro de la escena, y nada lo atormentaba más. La ambigüedad que Lanusse marcaba a fuego, no era cualquier ambigüedad, remitía a un programa compartido para el partido del Estado, al programa que su presencia legitimaba frente a toda la sociedad argentina, a los límites del próximo gobierno. Lanusse apostaba a que un general de la nación nunca deja de serlo, y por tanto acepta el lugar que la institución le ofrece (“la trampa”) o se retira definitivamente. Perón no tenía intención de retirarse, tampoco aceptaría la trampa así como así, solo se trataba de saber si in situ, maniobrando, podía volcar el juego a su favor.

Las dos apuestas estaban echas.

Todo –en ese largo instante canónico– era posible, y en medio de esa atolondrada, tensa, polifacética realidad Perón regresó el 17 de noviembre de 1972. Los objetivos históricos de la Libertadora habían sido derrotados, el gobierno no: Lanusse retrocedía con cierto orden.

XXII

La presencia de Perón en la Argentina, tras casi 18 años de exilio, no modificó la relación de fuerzas. Ezeiza no fue escenario de una gigantesca movilización de masas orgánicas, sino de un colosal dispositivo militar. El mito del avión negro, punta de lanza de una pueblada a escala nacional, detonante de una insurrección con respaldo militar¹⁶⁵, sufrió el duro contraste de los hechos. El segundo peronismo, su dirección, no movió un alfiler. Vador estaba muerto y todos los demás solo eran sobrevivientes. La impotente foto de José Rucci protegiendo a Perón con el paraguas mientras desciende del avión de Alitalia daba cuenta de la intensidad del desamparo. Un patético levantamiento a cargo del guardiamarina Urien¹⁶⁶, integrante de la secta político

165 Ese era el punto de vista de la tendencia revolucionaria del peronismo, pero no solo de él. Al parecer, Cámpora había sido ganado para esa perspectiva. María Seoane, *El burgués maldito*, Buenos Aires, Planeta, 1998, p. 211.

166 Hijo del doctor Julio César Urien, embajador de Onganía en Madrid y próximo

esotérica Anael, abortó sin pena ni gloria. El tercer peronismo se estaba constituyendo. Mientras tanto, el general era un rehén del gobierno militar, tanto como ese gobierno era rehén de la Libertadora. Una concatenación de acontecimientos ingobernables arrojaba ese resultado: de un lado Perón, del otro el ejército, y detrás del ejército –a modo de coro estático– una multitud mojada por la lluvia, frenada por el frío y los retenes militares, triste, agobiada, impotente. El instantáneo contacto entre Perón y la sociedad argentina se produjo mediante la televisión. No eran las masas las que habían ganado las calles, era la imagen de un hombre grande y cansado que soportaba con hidalguía la coacción del gobierno llegando al living de cada casa como parte de un descomunal *reality show*. Muy a su pesar, el general tuvo que hacer noche en el hotel del aeropuerto. Estaba aquí, pero no lo dejaban salir de allí. El gobierno militar hizo que así sucediera.

José Ber Gelbard, capitoste de la Confederación General Económica, e interlocutor privilegiado de Lanusse, que tenía sobrados motivos para no creer en ningún levantamiento insurreccional¹⁶⁷, intentó convencer al jefe del gorilismo militar de la necesidad de un gesto histórico: ir a Ezeiza, recibir a Perón. Para Lanusse la tentación debió no ser pequeña, pero el disuasivo era aun mayor: el general Alcides López Aufranc –jefe del Estado mayor del Ejército– no toleraría semejante escena. A juicio del presidente, concurrir equivalía a ser destituido del mando.¹⁶⁸ Así pensó entonces, y por tanto, actuó en consecuencia.

Tras una serie larga y dramática de marchas y contramarchas, que incluyeron un oficial de la Federal apuntando a Perón con su pistola reglamentaria, la denuncia del general a través de la televisión de su condición de prisionero, el gobierno que envió al portavoz del presidente, Edgardo Sajón, para desmentir lo indesmentible, el ex presidente Frondizi luciendo dos ametralladoras para defender al general, Rucci cubriendo con

a Perón.

167 *Ibid.*, 211.

168 *Ídem*

su cuerpo a Perón para evitar su presunto asesinato, hasta que el anillo militar se abrió y Perón y su comitiva pudieron finalmente dirigirse a Vicente López, a su casa de Gaspar Campos 1063.

Entonces, miles y miles de argentinos de todas las edades marchaban a toda hora hacia la residencia. Todo lo que se movía lo hacía en esa dirección, pero mostraba la inorganicidad de las voluntades personales, junto al silencio de las instituciones. La CGT no movilizó hasta el domicilio del general, el Partido Justicialista tampoco. El tercer peronismo nacía juvenil, multitudinario, festivo, inorgánico. La estela de su jefe admitía todos los programas de ese tiempo, todas las procedencias, todas las tradiciones. Un gigante invertebrado retomaba trastabillando la marcha. El viejo peronismo barrial no llenaba las unidades básicas, ni con contenidos, ni con militantes. El peronismo sindical disponía de un contingente cohesionado, profesional, estático, pero a todas luces insuficiente para acometer la tarea que era preciso acometer: afiliar, organizar, movilizar un partido inexistente, para lanzarlo a una campaña electoral radicalizada tras una consigna límite: liberación o dependencia.

La influencia guerrillera, pequeñoburguesa, socialista coloreaba las manifestaciones. Claro que no era sistemática, sino más bien ectópica. Desde el Cámpora Lima, Perón serrucha, hasta Cámpora al gobierno, Perón al poder, las consignas tenían pegada la música de la Universidad de Buenos Aires, de su facultad de Filosofía y Letras. Una juventud bullanguera mezclaba en partes desiguales guevarismo y cristianismo, sin distinguir demasiado una cosa de la otra. Monaguillos de misa diaria y confesión perpetua marchaban junto a radicalizados herejes del comunismo vernáculo. La fiesta del monstruo ya no era la de Ragnarök. Los hijos de gorilas sin vuelta vivaban el nombre del anciano general, ante el estupefacto asombro de los padres.

Una pregunta no puede obviarse: ¿para qué vino Perón a Buenos Aires? Dos respuestas limitan el problema: para derrocar el gobierno de Lanusse; para pactar con el gobierno de Lanusse.

Entre esos dos toques se movió Perón, y si se quiere uno remite al segundo peronismo –pactar– y el otro al tercero. Y estos toques difícilmente no fueran considerados en los “cuadros de situación” del propio general. En un trabajo de un colaborador¹⁶⁹ relativamente próximo se imaginan tres escenarios posibles para el retorno:

- 1) Como vencedor en las elecciones.
- 2) A la cabeza de un movimiento que precipitara la caída del gobierno de Lanusse, mediante la reedición del 17 de octubre.
- 3) Como garante de un acuerdo destinado a pacificar el país que incluyera su candidatura presidencial.

Lo cierto que no hizo ni una cosa, ni la otra. Ni venció en las elecciones, ni provocó la caída del gobierno, ni pactó con Lanusse. Y por todo esto, el doctor Héctor J. Cámpora encabezó las listas del Frente Justicialista de Liberación el 11 de marzo de 1973.

La gestión de Cámpora como delegado personal de Perón no había alcanzado a cumplir 14 meses, la presidencia duraría 43 días. El tiempo histórico se había acelerado. El tercer peronismo iba en busca de su oscuro cenit.

¹⁶⁹ Carlos “Chango” Funes, *Perón y la guerra sucia*, Buenos Aires, Catálogos, 1996, p. 36.

Capítulo 2

El desierto realmente existente

Los ideólogos burgueses no podían concebir a un argentino siendo anarquista o socialista. Poseer ideas era ser extranjero.

Álvaro Yunque¹⁷⁰

Es habitual admitir que a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX el debate de ideas (políticas, económicas, filosóficas) no había sido particularmente rico en Buenos Aires. Y ni qué decir del resto del país; sobre todo, si se lo compara con la intensa vida cultural del corazón político de Europa o de los Estados Unidos. Esta afirmación contiene una verdad a medias, que en este caso elide un balance esencial: *la intelligenzia argentina no pensó casi nada durante ese lapso. Nadie creyó entonces que hubiera demasiado que pensar, salvo socialistas marginales, los integrantes de la revista Martín Fierro y a su curioso e inadecuado modo el nacionalismo político, tras la caída de Yrigoyen.*

Contado taquigráficamente, los buenos precios agrarios internacionales impidieron al bloque de clases dominantes adquirir conciencia política de la dependencia estructural que la sociedad argentina mantenía con el mercado mundial, en particular con su potencia hegemónica, Gran Bretaña. Sus integrantes estaban convencidos que formaban parte del lote de países destinado a encabezar el progreso ininterrumpido;

¹⁷⁰ Álvaro Yunque, *Poetas sociales de la Argentina (1810-1943)*, t. II, Buenos Aires, Editorial Problemas, 1943.

no en vano en 1910, en términos de producto bruto per cápita, la Argentina ocupaba el séptimo lugar, por delante de España, Italia, Francia y Alemania. La era de la bonanza *parvenu* no tenía fin.

Para que se entienda: si Arabia Saudita prorratarea la renta petrolera entre sus habitantes, las estadísticas ubicarían a ese país entre los cinco primeros del mundo. Aun así, la dependencia saudí para casi todo no dejaría de ser obvia. La succulenta falacia argentina permitió que triviales ideólogos apenas registraran una cierta debilidad mercantil en el comercio bilateral de carnes con Gran Bretaña. Debilidad, al parecer, irremediable, que no motivó ningún análisis sustantivo. Con un añadido: casi un siglo después piensan exactamente igual.¹⁷¹ *Y esa vacua continuidad constituye el otro escándalo teórico.*

Los viajes de los integrantes de la oligarquía pampeana a París en primera clase (con vaca para la leche fresca y asado en cubierta con la tripulación al llegar a Marsella) habían servido para consumir champaña y aprender francés en el boulevard Saint Germain en brazos de una cocote, adquirir porcelana de Sèvres, y dilapidar como buen rastacuero fortunas en las ruletas de Montecarlo; pero no sirvieron para establecer una circulación de ideas aptas para pensar las relaciones capitalistas organizadas por la crisis de 1890, para pensar un país radicalmente extraeuropeo¹⁷², sudamericano, para elaborar un proceso de construcción nacional tan indirectamente determinado por sus actores nacionales.

Si se quiere, la idea de crisis orgánica del capitalismo, del proceso de concentración monopolista, de la puja

171 Mariano Grondona, *La realidad. El despertar del sueño argentino*, Buenos Aires, Planeta, 2001, p. 204.

172 “Estilo europeo y carencia de mestizaje: las dos características señaladas eran en apariencia ciertas, incluso habían servido durante largo tiempo para alimentar la jactancia de los argentinos. Pero solo en apariencia eran ciertas. Pues sin duda se habían construido en estas latitudes ciudades de aspecto europeo, en las que habitaban gentes de modales europeos, pero tanto las ciudades como las gentes se apoyaban sobre la inestable arena americana, cuyos fantasmas trabajaban permanentemente estas estructuras y las almas de sus constructores les infundían la inestabilidad del suelo. Así se produjo el colapso argentino, que es un enigma solo para los que creyeron en la apariencia europea del país”, Héctor A. Murena, *El pecado original de América*, Buenos Aires, FCE, 2006, p. 12.

interimperialista, no tenía cabida analítica en ese horizonte bucólico. El puente intelectual entre Buenos Aires y París, que por cierto existía, de ningún modo reprodujo el de París con San Petersburgo¹⁷³, Moscú¹⁷⁴, Lima¹⁷⁵ o Berlín.¹⁷⁶ Tanto, que la misma crisis era registrada como un fenómeno externo, europeo, espiritual. En términos de época el socialismo solo podía ser “una necedad en América”. La crisis –al igual que la fuerza social de trabajo, y los capitales– también era importada. Por consiguiente, los portadores de semejante patología –esa era la lectura positivista habitual– debían ser inmigrantes, y para tal problema –redescubierto en las ruidosas huelgas de los trabajadores del Mercado de Frutas, y en la constitución de la Federación Obrera Regional de la Republica Argentina, FORA, durante 1901– el Estado disponía desde el 22 de noviembre de 1902 de la ley 4.144.

La llamada Ley de Residencia fue enviada por el presidente Julio Argentino Roca al senado (había sido elaborada con anterioridad por el senador Miguel Cané como contracara de Juvenilia), el cual la aprobó en menos de dos horas en sesión extraordinaria; actuando a idéntica velocidad, la Cámara de Diputados hizo lo propio. Y esa misma noche, para conservar el ritmo, el Poder Ejecutivo sancionó la ley. La respuesta a la “amenaza” de la ululante multitud era penalmente clara. Una “ley” que deja en manos del poder ejecutivo sus normas de aplicación, sin la menor intervención judicial, constituye una suerte de estado de excepción que no reconoce explícitamente su estatuto. El expulsado no solo no podía apelar la medida, sino que tampoco podía retornar al país. La violación del artículo 14 de la Constitución –así como el resto de sus derechos y garantías– se volvía manifiesta. El derecho al libre tránsito por el territorio nacional –según la 4.144– solo se refería a mercancías en sentido

173 José Amícola, *De la forma a la información. Bajtin y Lotman en el debate con el formalismo ruso*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1997, p. 22.

174 Orlando Figes, *El baile de Natacha. Una historia cultural rusa*, Barcelona, Edhasa, 2006.

175 José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Amauta, 1996.

176 Walter Gropius, *La nueva arquitectura y La Bauhaus*, Barcelona, Lumen, 1966.

lato, y para los trabajadores su aplicación era un arbitrio sujeto a la voluntad del ejecutivo. Si a esto se añade la semi ilegalidad de las organizaciones obreras, el cuadro cobra sentido. En un país donde los derechos políticos de los ciudadanos eran una promesa sin verificación, los de sus habitantes estaban determinados por las autoridades que aplicaban el poder de policía. Entonces, *a la hora de votar todos los trabajadores eran extranjeros*, y la oligarquía intentaba conservar ese status rotando *sine die* trabajadores criollos y extranjeros.

Leopoldo Lugones pone cada término en su verdadero lugar cuando sostiene:

[...] la condición de ciudadano comporta dominio y privilegio para administrar el país, porque este pertenece exclusivamente a sus ciudadanos, en absoluta plenitud de soberanía. *Nosotros ejercemos el gobierno y el mando. Somos los dueños de la Constitución. Del propio modo que la dimos, podemos modificarla o suprimirla por acto exclusivo de nuestra voluntad. No hemos creado ningún dogma, ni nos hemos comprometido temporalmente ante extraños.*¹⁷⁷

Una pregunta irresistible nos apesilla: ¿por qué tanta acrimonia paranoica?

En 1902 la crisis revolucionaria que atravesaba Europa no era perceptible para el bloque dominante, ni para el dominado. Y sin embargo, la ley de Residencia no solo se vota sino que se aplica de continuo. Ese comportamiento puede explicarse como parte de un cambio en la valoración de la elite dominante acerca de los trabajadores extranjeros. Para la generación del ochenta la defensa de la inmigración, como instrumento para civilizar la sociedad argentina, tanto de su clase dominante como de la dominada, y el consecuente desprecio por los trabajadores criollos, conformaba un piso de valoración política estable. Con

177 Leopoldo Lugones, "Acción ante la doble amenaza", en *Antología de la prosa*, Buenos Aires, Centurión, 1949.

el arribo de millones de inmigrantes (el éxito de esa política alcanzó un rango de impacto estadísticamente inigualado en América) este ideologema valorativo cambia. La amenaza de la “disolución nacional” asume doble formato: uno, el temor a desaparecer en medio de una marea babélica de extranjeros, que constituyen la mayoría de los trabajadores del campo y la ciudad; dos, el relativo éxito de la prédica anarquista¹⁷⁸, sumado a la resistencia espontánea de los sectores populares contra las condiciones de producción impuestas por el capital. Esta doble incidencia obsede a la joven oligarquía que registra la necesidad de bloquear otra revolución del noventa, esta vez con participación obrera, vista en espejo con la gramática de la Revolución Mexicana. El orden político existente debía ser preservado, la menor fisura instala la amenaza del estallido popular, sobre todo cuando entre los inmigrantes y sus hijos –según las evaluaciones de Recchini de Lattes¹⁷⁹– constituyen el 75% de la población porteña.

Una suerte de nacionalismo declamativo –único admisible para una hegemonía liberal tan superficial como extendida– resignificó en los albores del Centenario el sentido de la inmigración. La fuerte carga positiva inicial se transformó en *capito diminutio*, en sentida crítica al “cosmopolitismo corruptor” de los valores tradicionales. Y esa operación requirió una compleja reformulación, por aproximaciones sucesivas, de la ideología oficial.

Es que seguir sosteniendo las virtudes del inmigrante en medio de su presencia arrolladora, equivalía a legitimar sus luchas. Europeos sin derechos políticos, en una sociedad donde tales derechos resultaban inexistentes –salvo para patricios varones–, y donde una corriente política inequívocamente criolla, heredera de la tradición democrática del federalismo popular, pugnaba por establecer el imperio de la Constitución escrita pero enmudecida (la 4.144 era la Constitución parlante

178 José Aricó, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p. 33.

179 Zulma Recchini de Lattes, *La población de Buenos Aires: componentes demográficas del crecimiento entre 1855 y 1960*, Buenos Aires, Di Tella, 1971.

del programa roquista, y no la diputación socialista de Alfredo Palacios) corría el riesgo de alentar la conformación de un bloque de oposición unificado. Una suerte de identidad común para masas ilotizadas, donde los extranjeros gozarían del creciente prestigio de las organizaciones obreras, con el único pero muy potente contrapeso de su enorme heterogeneidad de procedencia, expresada en una multiplicidad de instrumentos (asociaciones mutuales, sindicatos, cooperativas, bibliotecas, etc.).

En las asambleas obreras de comienzos de siglo XX el cocoliche recargado de exuberante gestualidad daba cuenta del intento por sobrellevar tan compleja situación, y el sainete multiplicó en otro espacio las postales de una lengua enriquecida por hablantes populares cuyas marcas registró Borges leyendo, con sensibilidad anarquista, inscripciones en la culata de los carros.¹⁸⁰

La balbuceante prensa obrera se propone (tras intenso debate, pese a sus limitaciones gramaticales) exponer sus puntos de vista en castellano. No era un asunto menor. La mayoría de los inmigrantes (españoles e italianos) ni venía de una nación (España seguía siendo un agrupamiento forzado por la corona y la geografía; Italia recién iniciaba su acceso a la modernidad nacional) ni se incorporaban a un país con un programa nacional democrático en marcha —como los Estados Unidos—, saltaban del dialecto de sus pequeños *paese* a una sociedad en construcción subordinada, que los condenaba a un triste y prostibulario gueto social, o a volver a sus *paese* de origen con algunos pesos en la faltriquera.

La naturaleza de esta original formación histórico-social constituía, constituye un problema complejo. ¿Alguien puso en foco analítico cómo debía encarar la izquierda una política que excediera el estrecho pero decisivo marco de la inmigración proletaria?

De repasar con un peine muy fino el pensamiento socialista de la última década del siglo XIX surge el nombre de Germán

180 Jorge Luis Borges, “Las inscripciones de los carros”, en *Evaristo Carriego, Obras Completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé, 1979.

Avé Lallemand. Este marxista alemán probablemente nacido entre 1835 y 1936 en Lübeck, importante ciudad de la Liga Hanseática, que se recibió de ingeniero en minas en su patria, arriba en 1868 a la Argentina. Se suma a la asociación Vorwärts y con su respaldo sostiene un periódico socialista.¹⁸¹ “En los primeros días de diciembre de 1890”¹⁸², cuando ya es un inmigrante establecido y las luchas obreras constituyen según Sebastián Marotta “un espectáculo inusitado”, prepara “el número inicial de *El Obrero*”¹⁸³, periódico que lo tiene de alma mater y editor responsable. Y es a través del periodismo popular que el ingeniero Lallemand realiza su inadecuadamente reconocido aporte político. Analiza el programa de la Unión Cívica Radical de la provincia de San Luis¹⁸⁴, calificándolo de “muy adelantado”, sin olvidar la necesidad de un programa socialista propio, así como una organización proletaria independiente. Esa era por cierto una opinión minoritaria, respaldada en la experiencia societaria del grupo Vorwärts. Grupo que no solo nucleaba a marxistas alemanes, como erróneamente se pensaba¹⁸⁵, sino también a republicanos y anarquistas.

Con el lanzamiento de *La Vanguardia*¹⁸⁶ se publica en castellano una versión de la carta de Federico Engels del 26 de enero de 1894¹⁸⁷, lo que supone decir un texto recién salido del horno, bajo el título de “La próxima revolución italiana y el partido socialista obrero”. Dirigida a Fillippo Turati, la carta desarrolla el camino proletario frente a la lucha nacional democrática italiana. Engels recuerda la táctica señalada

181 Alfredo Bauer, *La Asociación Vorwärts y la lucha democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Legasa, 1989, p. 75.

182 José Ratzel, *Los marxistas argentinos del noventa*, Córdoba, Pasado y Presente, 1969, p. 96.

183 *Ibid.*, p. 96.

184 *El Obrero*, n.º 41, 31 de octubre de 1891.

185 Aricó llama la atención sobre el trabajo de Jan Klima: “La asociación bonaerense Vorwärts en los años ochenta del siglo pasado”, en *Anuario del Centro de Estudios Ibero-Americanos de la Universidad Católica de Praga*, año VII, 1974.

186 *La Vanguardia*, n.º 1, 7 de abril de 1894.

187 Carlos Marx, Federico Engels, “De Engels a Turati”, en *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, 1973, p. 414.

en el Manifiesto (“los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el estado de cosas social y político existente”), y recomienda a los socialistas italianos una participación activa en el movimiento sin hacerse ilusiones sobre sus contenidos de clase. Para el camarada de Marx se trataba de que los socialistas golpearan junto con el movimiento democrático general, al tiempo que rechazaba con todas las letras una crítica puramente negativa a las limitaciones burguesas del movimiento.

Ese trabajo originó otro artículo, donde Lallemand retoma los argumentos de Engels y critica “la censura platónica desde el paraíso del teatro político”¹⁸⁸ de las organizaciones socialistas que actuaban en la Argentina. La réplica no se hizo esperar: bajo la firma de E. G. (¿Esteban Giménez?) se decía que la carta de Engels “en nada nos parece aplicable a este país, actualmente, para defender la unión de los trabajadores a cualquier partido burgués.”¹⁸⁹ Por si no fuera suficiente *La Vanguardia* editorializa su punto de vista en explícito respaldo de E. G. La divisoria de aguas estuvo definitivamente trazada desde el argumento de una política de independencia proletaria: el núcleo hegemónico del socialismo rechazaba la lucha junto al radicalismo contra el régimen oligárquico.

Apoyándose en los prejuicios antipolíticos de los trabajadores anarquistas, y en las limitadas experiencias de un movimiento obrero en perpetua licuefacción, ese abordaje reforzó el gueto y debilitó la capacidad disruptiva del movimiento democrático. Aun así, Lallemand insiste: “El partido radical es hoy el elemento revolucionario en la República Argentina, nacido de la crisis económica, y encargado de transformar nuestras instituciones en formas estrictamente ajustadas a los intereses capitalistas”¹⁹⁰ El ingeniero integró las listas de la UCR puntana para diputados, de modo que su solitaria propuesta guió un comportamiento sin mayores ecos.

188 “Los obreros en la política argentina”, en *La Vanguardia* n.º 5, 5 de mayo de 1894.

189 “La acción política del Partido Socialista”, en *La Vanguardia* n.º 7, 19 de mayo de 1894.

190 *La Vanguardia* n.º 16, 21 de julio de 1894.

Debemos admitir que la sagacidad política de Lallemand no salvaba el agujero conceptual. Con toda justicia pregunta José Ratzel: “¿Es lícito reprocharles no haber llegado en la Argentina de 1890 al análisis que hizo Lenin en la Europa de la Primera Guerra Mundial? Ni el país, ni la época histórica se lo permitieron”.¹⁹¹ La respuesta va de suyo, en compañía de algunas precisiones: una cosa es no disponer de un análisis homologable al de Lenin, y otra jugar un papel abiertamente retardatario. No es precisamente la falta de adecuado análisis la que empuja objetivamente al partido de Justo hacia las filas del conservatismo pro británico, sino el peso específico de la política imperialista en el marco de una sociedad sometida al poder oligárquico.

Durante la década del ochenta todavía era posible leer en *La Nación* artículos de José Martí, donde explicaba la peculiar situación de Cuba; a la sazón la isla todavía era una colonia española, y ya corría el serio riesgo de modificar su denigrante estatuto en favor de los Estados Unidos. El poeta convocaba, política y literariamente, a detener la intromisión extranjera en un destino que excedía la historia caribeña. Sarmiento rechazó con violencia la lectura crítica del cubano sobre los Estados Unidos, desde las mismas páginas de *La Nación*.¹⁹² La situación de Cuba no era aun la del resto de América Latina, pero la muerte en batalla del escritor, una década más tarde, en 1895, en medio de la guerra por la independencia, ejemplificaba brutalmente no ya la lejana situación de Italia, sino la encrucijada continental. La teoría de Lenin sobre el imperialismo todavía no estaba disponible, la experiencia de Martí en Cuba sí. Lallemand no registró ese significativo suceso, y por cierto el resto de la directiva socialista ni se mosqueó. Una larga década más tarde, cuando Manuel Ugarte se solidarizó con Colombia por la balcanización de su territorio, a manos de

191 José Ratzel, *Los marxistas argentinos del 90*, op. cit., p. 116.

192 Roberto Fernández Retamar pone en foco el problema en su artículo “Caliban”, originariamente publicado en *Casa de las Américas*, n.º 68, septiembre-octubre de 1971. Cita en el tomo XLVI de las *Obras Completas* de Sarmiento, Santiago de Chile-Buenos Aires, 1885-1902, las “Páginas Literarias”, pp. 166-173.

los Estados Unidos, con motivo de la construcción del Canal de Panamá, el Partido Socialista rechazó airado el “espantajo” del imperialismo norteamericano y terminó expulsando a Ugarte de sus filas. Era toda una definición. Por tanto, “en lugar de sumergir al naciente movimiento obrero en la pujante e “impura” lucha nacional y democrática, el revisionismo en ascenso buscó por todos los medios preservar una sedicente pureza, impedir lo que se veía como una contaminación con la “política criolla”.¹⁹³

No es obligatorio coincidir con Ratzler sobre la nacionalidad del revisionismo –José María Aricó¹⁹⁴ demuestra que no es alemana sino belga y francesa la inspiración política de Justo– pero en ambos casos el liberalismo, en tanto separación entre actividad sindical y actividad política, moldea el abordaje. Para decirlo con la virulencia de Jorge Eneas Spilimbergo: el hilo antinacional –cipayo, sostendrá el primer espadachín de la Izquierda Nacional– del programa político de Justo ha sido capturado. Esta aseveración es justa solo si recordamos que absolutamente nadie todavía pensaba distinto. Recién en 1910, Ugarte escribe *El porvenir de América Latina*, libro que será publicado en la Argentina durante 1953, según aclara su editor Jorge Abelardo Ramos.¹⁹⁵ Dicho epigramáticamente: la existencia de un bloque dominante cuya comprensión resultaba escandalosamente limitada, así como la naturaleza estratégica de su proyecto, organizaba la conciencia de las clases subalternas. Por tanto, las innegables limitaciones de los planteos de Justo exceden largamente sus prejuicios personales, o el carácter de la socialdemocracia europea. Era preciso reelaborar la relación entre el movimiento social y la teoría socialista que aspiraba a orientarlo, y ese movimiento obrero no planteaba tamañas exigencias. No alcanza con constituirse en denostador profesional del Partido Socialista, cosa que no hizo Lallemand, ya que tal actitud termina transformando esa perspectiva en una suerte de proyecto sin destinatario social, en una política

193 José Ratzler, *El movimiento socialista en Argentina*, op. cit, p. 22.

194 José Aricó, op. cit.

195 Jorge Abelardo Ramos, *Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana*, p. 20, Buenos Aires, Coyoacán, 1961.

sin sujeto, en un anacronismo histórico.

La aptitud de los trabajadores para constituirse en “clase en sí”, a partir de un denominador común, entraba en conflicto con la posibilidad de orientar una perspectiva nacional propia, según señalara Aricó.¹⁹⁶ Por una dirección –clase en sí– se avanza hacia la constitución de sindicatos con baja presencia criolla; por la otra, hacia la conformación de un movimiento nacional democrático con presencia obrera diferenciada. Esa posibilidad fue desconsiderada por la dirección encabezada por el doctor Justo. Con todo es preciso admitir que el socialismo argentino no “fue, en sus orígenes, un epifenómeno de la penetración imperialista”¹⁹⁷, sino un instrumento defensivo de los trabajadores, de todos los trabajadores, para sumarse al proceso político y social. Spilimbergo yerra el bochín, conviene no olvidarlo, los trabajadores desde esas experiencias y con esos instrumentos sindicales consumaron, años después, el *welfare estate* peronista. Sin ellos, el 17 de octubre de 1945 hubiera carecido de viabilidad material.

Eso no es todo. Juan B. Justo intenta, siguiendo en parte la clásica propuesta de Vorwärts, una reforma electoral que permita el voto de los extranjeros, un camino que limite la potencia disgregadora de la heterogeneidad de origen. Reforma electoral que posibilitó, en los Estados Unidos medio siglo antes, que Abraham Lincoln ganara las elecciones al contar con el decisivo voto de los migrantes alemanes. La victoria del Partido Republicano fue el púrtico de la Guerra de Secesión, de la victoria del norte sobre el sur, del desarrollo capitalista industrial independiente y moderno, junto con la victoria de la democracia norteamericana, al poner fin a la institución esclavista. Es decir, modificó radicalmente la historia del capitalismo del siglo XIX, y por cierto la de los Estados Unidos.¹⁹⁸ Eso sí, el voto de los extranjeros tampoco facilitó –al menos en ese

196 José Aricó, op. cit., p. 41.

197 Jorge E. Spilimbergo, *El socialismo en la Argentina. Del socialismo cipayo a la izquierda nacional*, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, 1969, p. 23.

198 Carlos Marx y Federico Engels, *La guerra civil en los EE.UU.*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1973.

caso— la conformación de un movimiento obrero con hegemonía socialista.¹⁹⁹

Si bien en la historia nacional del Río de la Plata la admisión de los extranjeros en el padrón electoral no hubiera necesariamente tenido idéntica fuerza disruptiva, la inclusión de la cuestión social como parte de los derechos políticos de los sectores populares daba, como estrategia, otros alcances a la incipiente democracia parlamentaria. El radicalismo no respaldó ese punto de vista, veía en el socialismo un competidor (esa fue la astucia del roquismo, con el caso Palacios), y aprovechó que su influencia no tuviera adecuado correlato electoral.

Unos pocos años antes, Domingo Faustino Sarmiento pensaba de otro modo. En el final de su vida política insistió, desde *El Diario*, durante 1887 y 1888, sobre la necesidad de otorgar derechos políticos a los extranjeros. A su juicio, y al nuestro, coronaba la invitación del preámbulo constitucional reforzando el lazo y el impacto de su presencia. Era el paso de la república posible para ese bloque histórico a la república deseable para un proceso de inclusión nacional, admitiendo en consecuencia el carácter transicional del sistema político articulado en 1880. Si se quiere, no era más que un corolario del programa que con tanto ardor habían debatido el propio Sarmiento con Alberdi. Es don Juan Bautista quien le señala, con su habitual precisión conceptual, que la supresión de los caudillos —después de todo Sarmiento fue el director de la “guerra de policía” del presidente Bartolomé Mitre— y la eliminación de la democracia²⁰⁰ resultan inseparables. El exterminio de caudillos como el Chacho Peñaloza no dejaba margen para curso democrático alguno. Sarmiento había debilitado, al destruir a sangre y fuego las montoneras federales, las condiciones de posibilidad para la inclusión electoral de los extranjeros. El curso habilitado era el de la 4.144, esto es, impedir el acceso a la ciudadanía política de los trabajadores, condenándolos a extranjería perpetua, a estado de excepción

199 Mike Davies, “Por qué la clase obrera estadounidense es diferente”, en *New Left Review*, marzo-abril de 2005.

200 Juan Bautista Alberdi, *Escritos póstumos*, t. V, p. 202, Buenos Aires, Francisco Cruz, 1897.

ad infinitum. La lucha socialista debía retomarse entonces iluminando esa derrota popular como propia; un movimiento que también integrara a los extranjeros posibilitaría otra dinámica, ya que no solo evitaría tendencialmente la división popular, facilitando la constitución de un sujeto social de relevancia histórica, sino conformaría una política capaz de sintetizar la crisis nacional en términos alternativos. Esto es, ampliaría el orden político con direcciones que fueran más allá de las masacres sistemáticas destinadas a estabilizar el tambaleante orden del bloque oligárquico. Recién en 1945 se facilitaría –limitadamente por cierto– esta novedosa situación, inaugurada a consecuencia del ingreso de los trabajadores a la república parlamentaria mediante las jornadas de octubre.

Por tanto, era interés oligárquico primordial trabar ese posible recorrido de las clases subalternas; la modificación electoral que introdujo el presidente Roque Sáenz Peña en 1912, conscientemente reforzó este efecto: fracturar la potencial solidaridad entre trabajadores criollos y extranjeros, apalancado en la 4.144. Era una válvula de seguridad perfectamente diseñada, por eso el papel del radicalismo terminó resultando, a la postre, tan pobre durante todo ese ciclo histórico, y de tan simple cooptación –para los intereses más tradicionales– en el ciclo siguiente.

Volvamos a Justo. Cuando Spilimbergo rastrea el racismo anticriollo en textos y periódicos socialistas escritos por ese dirigente, lo que ya no admite demostración en contra, equivoca un pequeño detalle: ese racismo no solo no es de invención socialista, tampoco “corresponde al racismo anglosajón”²⁰¹; más bien se trata de la continuación de valores racistas que el roquismo absorbiera a través de Sarmiento y el propio Alberdi.

En todo caso, la relectura de *La tempestad*, de William Shakespeare, en tanto tronco literario básico común del sedicente racismo europeo, es muy posterior a la muerte de Sarmiento. El *Ariel*, del uruguayo Rodo –punto de partida de

201 Jorge E. Spilimbergo, *El socialismo en la Argentina. Del socialismo cipayo a la izquierda nacional*, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, 1969, p. 33.

esa novedosa aproximación— recién se publica en 1900. De modo que las incrustaciones racistas de Sarmiento y Alberdi eran parte del ideario postulado por el liberalismo criollo anterior a la hegemonía positivista europea, que más bien tenían origen romántico. Para ambos autores, el desierto más que una realidad efectiva era un programa político, y el general Roca se ocupó de materializarlo sin ninguna clase de resistencia —más bien todo lo contrario— al interior de su propio campo.

Llama poderosamente la atención que la masacre genocida que estabiliza definitivamente a la burguesía terrateniente argentina, la Campaña del Desierto, declame tan explícitamente su propuesta, ya que la Patagonia sin pueblos originarios resultó efectivamente un desierto. Y esa fue la contrapartida del gobernar es poblar: despoblar primero, repoblar después. Desde el horizonte del presidente Avellaneda, del que Roca fue ministro de Guerra, “arrancarle al salvaje” 15.000 leguas podía homologarse a la conquista de Abisinia por Inglaterra. Sostiene Avellaneda:

Detengámonos delante de las víctimas, arrancadas al cautiverio de los bárbaros, porque podemos decir que basta su rescate para dejar justificados los trescientos o cuatrocientos mil pesos que hasta hoy se han invertido sobre el millón y medio votado por el Honorable Congreso para la ocupación del Río Negro. Era menor el número de súbditos ingleses que el rey Teodoro tenía sometidos a la esclavitud, y la Gran Bretaña entró en la guerra de Abisinia para libertarlos, invirtiendo treinta millones de rublos.²⁰²

Para que no haya dudas: tras esa campaña el flujo inmigratorio cobra toda su potencia abonando una construcción imperial donde los extranjeros son incorporados como súbditos, no como ciudadanos. Es decir, *Lugones no deliraba, no se trataba de que fueran ciudadanos, sino de impedirlo sistemáticamente.*

202 Citado por Mariano de Vedia, en *El general Roca y su tiempo*, Buenos Aires, Ediciones de la Patria Grande, 1962, p. 55.

Retomemos el hilo del siglo XX. La existencia de una crisis europea, (se sabía, los inmigrantes eran empujados por distintas versiones y percepciones de la miseria al encuentro de nuevas oportunidades)²⁰³ determinaba la necesidad de gobernar la cuestión social, y su manejo pasó por reducir *manu militari* a los potenciales revoltosos. Ergo, la crisis era otra vez una cuestión policial. La perspectiva del centenario, en ese punto, remitía al coronel Ramón L. Falcón²⁰⁴, más allá... la bomba anarquista desencadenaba la muerte del sanguinario coronel y la represión eficaz. Todo era muy elemental.

Esta elementalidad está estrechamente vinculada con la siguiente constatación: *La sociedad argentina no dispuso de intelectuales cuya observación pusiera en evidencia las limitaciones de su caja de herramientas. El deseo de entender y resolver la moderna construcción nacional no le quitó el sueño a casi nadie. No era un problema que integrara la agenda colectiva.* Y esta falencia conecta con la dificultad para hallar la especificidad analítica del capitalismo argentino; de allí la continua inadecuación categorial, que trata de salvarse mediante diversas fórmulas aproximativas: colonia financiera, semicolonía próspera, semicolonía *sui generis*, país semi dependiente, situación neocolonial, capitalismo dependiente, capitalismo monopolista dependiente, el caso argentino.

Para socialistas, anarquistas y liberales la modernidad urbana era *per se* portadora de progreso, a lo sumo se debía añadir una genérica actividad industrial, que hostilizaban los socialistas asumiendo el punto de vista del consumidor: importado es de mejor calidad y encima más barato.

El horizonte cultural compartido por las clases dominantes y las dominadas alcanzaba el nivel de los chismes de los personajes menores de *En busca del tiempo perdido*, sin su perspectiva crítica, tematizando así las letras de los tangos que cantaba Carlos Gardel con enorme éxito. Esta ensoñación conformista

203 Fernando Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

204 Oficial muy próximo al general Roca, ya que fue entre otras cosas su ayudante.

subraya hasta el hartazgo el desinterés por pensar la cambiante relación con Gran Bretaña, y desde allí considerar los vínculos con el mercado mundial. Ese era, si se quiere, el primer escalón subterráneo de tan inaprensible como formidable crisis.

Volvamos a retroceder. Durante la primera mitad del siglo XIX, cuatro nombres propios sintetizaron una reflexión original: Juan Bautista Alberdi²⁰⁵, José Hernández²⁰⁶, Domingo Faustino Sarmiento²⁰⁷ y Bartolomé Mitre²⁰⁸. Antes que gobernar se redujera a poblar, los gauchos huían a tierra de indios para regresar amansados como peones, tras comprender que el único indio bueno era el indio muerto; el problema fue cantado con enorme acierto estético por el senador Martín Fierro, y justificado por Sarmiento como solución de la cuestión agraria a la norteamericana. Para que la barbarie no avanzara sobre la civilización primigenia, una fantástica revolución burguesa a escala investía a Buenos Aires desde 1810 con los fastos de París, y una clase dominante relativamente moderna, para una perspectiva política sostenida desde el ideario positivista, heredaba la metafísica revolución²⁰⁹ mientras pensaba en perfecta sintonía con el mercado financiero de Londres.

Escribió Terán: “Como en otros países latinoamericanos, también en la Argentina la ideología positivista desempeñó un considerable papel hegemónico”.²¹⁰ Es decir, el positivismo “configuró la matriz mental dominante durante el período 1880-1910”²¹¹, sin olvidar que coronaba una babel ideológica que iba desde el vitalismo hasta el arielismo espiritualista de Rodo²¹²,

205 Juan Bautista Alberdi, “Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina”, en *Las Bases*, Jorge M. Mayer, Buenos Aires, Sudamericana, 1969.

206 José Hernández, *Martín Fierro*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.

207 Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, www.elaleph.com.

208 Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, t. I y II. Buenos Aires, Ediciones Cénit, 1960.

209 Alejandro Horowicz, *El país que estalló 1806-1820*, t. I: *El camino de Potosí*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

210 Oscar Terán, *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987, p. 11.

211 Ídem.

212 José Enrique Rodo, uruguayo, autor de *Ariel*, 1900, inicia un hilo interpretativo de la realidad latinoamericana inspirado en *La Tempestad* de Shakespeare, hilo que llega

pasando por un decadentismo irredimible. En sus inicios el positivismo asumió una modalidad francamente optimista, el progreso indefinido y autorreferencial, donde el contraste entre la riqueza material, el ascenso social y la ávida y rápida descomposición personal, espejada por la crisis de 1890, no pasaba desapercibido para nadie. El optimismo positivista era la coartada de la desaprensión liberal. Desde ese abordaje, el único problema pasaba por controlar la babélica multitud: patológica, amenazante, bárbara, la multitud era interpretada como la clave trágica de la historia nacional. Para conjurarla, José María Ramos Mejía organiza, en la escuela pública, la liturgia patriótica. Un “culto a la patria abstracto y minucioso de cuya mecanización... no se ocultaron ciertos resultados tal vez grotescos”²¹³; tanto que los inmigrantes disfrazaban a sus hijos de gauchos para carnaval, lo que no se le ocurriría a ningún estanciero, por cierto, pero eficaces a la postre. Era el momento del consenso, que junto con la 4.144, momento de la fuerza, construyeron la pinza con que se gobernó la sociedad argentina hasta la crisis de 1930. Para que la coerción intraeconómica cumpla su papel en la clase dominada, la clase dominante debe bloquear los senderos de la revuelta social. La escuela, la policía, el ejército y la política de radicales y socialistas organizaron todo el recetario positivista para la trata de la enfermedad social. Lo que los trabajadores no admitían buenamente sería incorporado a garrotazos. Toda la ciencia se redujo a elegir el instrumento. ¿Qué más se podía pedir? Nada, y nadie con peso político lo pidió; este sencillo mito pedagógico bloqueó, todavía bloquea, una aproximación menos meliflua.

I

La “Proa”, se sabe, es la parte del buque que apunta en dirección al puerto de destino, y también el nombre de la publicación mural con que Jorge Luis Borges, Macedonio Fernández²¹⁴ y hasta nuestros días –tras una notable inversión crítica– de la mano del cubano Roberto Fernández Retamar, *Todo Caliban*, Buenos Aires, CLACSO, 2005.

213 Oscar Terán, op. cit., p. 17.

214 Macedonio Fernández Jorge-Luis Borges, *Correspondencia 1922-1939. Crónica*

algunos amigos, intentaron conmover la osificada práctica de la literatura argentina. Quien dice puerto dice agua, lo que en Buenos Aires –capital literaria sudamericana– remite a ese río mar, a esa literatura leída en clave convencional, hispanista, aunque rememorara procedimientos del simbolismo francés.

Proa, segunda época, como nombre de una revista literaria de vanguardia apunta hacia fuera, cuando afuera todavía no puede sino ser la Europa en que España constituye un punto frontera. Salvo para los contados seguidores de la revista católica *Criterio*, la verdadera Europa no es precisamente esa, ni siquiera la española generación del 98. En ese turbulento afuera laten salvajes “Ritmos Rojos”²¹⁵ donde la vanguardia estética encalla con la brutal geografía de la vanguardia política, bajo la dinámica que impone la revolución social: “la joven llama del incendio ruso”²¹⁶ iluminó durante un breve trecho el mundo todo.

En la Argentina, un pequeño contingente de obreros extranjeros funda el Partido Socialista Internacional, que dará origen al Partido Comunista. Y contados intelectuales registraron a su manera, como José Ingenieros y el senador socialista Enrique del Valle Iberlucea, el fenómeno político que signó el siglo XX.

Escribe Ingenieros:

Mis simpatías están con Francia, con Bélgica, con Italia, con Estados Unidos, porque estas naciones están más cerca de los ideales nuevos y más reñidas con los ideales viejos. Mis simpatías, en fin, están con la revolución rusa, ayer con la de Kerensky, hoy con la de Lenin y Trotsky; con ella a pesar de sus errores; con ellas aunque sus consecuencias hayan parecido por un momento favorables al imperialismo teutón; y creo que la palabra más noble y más leal pronunciada desde el principio de la presente guerra es la palabra

de una amistad, edición y notas de Carlos García, Buenos Aires, Corregidor, 2000.

215 Título de un texto poético escrito por Borges en homenaje a la Revolución Rusa.

216 Según la exitosa síntesis de Conrado Nale Roxlo.

de solidaridad con que el presidente Wilson saludó el triunfo de los revolucionarios rusos, viendo en sus actos una expresión inequívoca de los ideales que han sido una bandera de la humanidad en el siglo XIX y que esperan más grandes integraciones en el que vivimos.²¹⁷

No es difícil advertir que Ingenieros tiene una idea vaga de lo que sucede en la Rusia Soviética. Sus “simpatías” por todas las potencias imperialistas “democráticas”, coinciden con las “simpatías” por Kerensky, a las que añade a Lenin y Trotsky, pero que terminan resultando demasiadas simpatías juntas. Algunas sobran. Aun así, su voluntad de apoyar una transformación radical resulta inequívoca. Al reunirse en 1918 el V Congreso Panruso de los Soviets, sostiene: “Consagra casi todas las reformas que desde hace medio siglo constituían la aspiración de los partidos radicales y socialistas”.²¹⁸

Con el correr de las páginas y los años la puntería y la información de Ingenieros mejoran, sin dejar de resultar exteriores a la Revolución Rusa. Pero cuidado con burlarse más de la cuenta de las limitaciones de Ingenieros, Antonio Gramsci –una de las mejores cabezas de la Tercera Internacional– también entendía muy limitadamente la naturaleza del movimiento encabezado por los bolcheviques. Basta leer “La revolución contra el Capital”²¹⁹, para darse cuenta que la síntesis de Georg Lukács (“La actualidad de la revolución: esta es la idea fundamental de Lenin”)²²⁰ era todo lo que Europa sabía de leninismo. Más que una matizada comprensión del fenómeno, expresaba la imantada voluntad de continuar su estela. No era poco, ya que ese era un punto, pero no por cierto el único.

Del Valle Iberlucea, por su parte, muere en 1921; antes,

217 José Ingenieros, *Los tiempos nuevos. Obras completas*, Buenos Aires, Elmer Editor, 1957, vol. 16, pp. 22 y 23.

218 *Ibid.*, p. 27.

219 “La rivoluzione dei bolscevichi è materiata di idologie piu che di fatti. (Percio, in fondo, poco ci importa sapere più di quanto sapiamo.) Essa è la rivoluzione contro il *Capitale* de Carlo Marx.” Antonio Gramsci, “La rivoluzione contro il Capitale, Scritti Politici”, p. 130, vol. 1. Roma, Editore Riuniti, 1973.

220 Georg Luckács, *Lenin*, Buenos Aires, La Rosa blindada, 1968, p. 32.

había sido arrancado de la banca senatorial por su defensa de la Revolución Bolchevique. En consonancia, con tan instantáneo rechazo (Rusia Soviética, para el bloque dominante, remitía a la incomprensión abismada) Europa en crisis revolucionaria les era conceptualmente ajena, promoviéndoles los más oscuros accesos de pánico irracional: alucinaban la victoria de la chusma montonera, con cananas mejicanas cruzadas sobre el pecho, bajo las pancartas obreras del soviet.

Para Borges, para la generación que maduró estéticamente en Suiza, ambas vanguardias, políticas y literarias, coexisten en las diferenciadas mesas del Cabaret Voltaire. En el N° 1 de la Spiegelgasse de Zurich funcionaba el cabaret dadaísta impulsado por Hugo Ball y sus amigos, y en el N° 12 vivía desde 1915 Vladimir Ilich Lenin²²¹, en la casa alquilada a Herr Titus Kammerer, junto a los suyos, en medio de la limpia estrechez de los extranjeros pobres y cultos. A juicio de Hans Richter²²², las autoridades suizas temían más a los dadaístas que a los revolucionarios rusos. No serían los únicos. Los jefes de Octubre jamás se reconocieron en los incómodos integrantes de esa vanguardia estética; en tanto hombres y mujeres con la perspectiva existencial del siglo XIX adherían sin mayor pudor al realismo finisecular, y así lo reconoció su comisario de Instrucción Pública, Anatoli Vasilevich Lunacharsky²²³, mostrando la bifurcación del puente Zurich-Petersburgo²²⁴: por un carril circulaba la vanguardia política, y por el otro todo lo demás.

La formidable vanguardia cultural rusa (formalistas, como Víctor Sklovski²²⁵, Mijail Bajtín, pese a sí mismo, Vassily Kandinsky, Kazimir Malevich, Vladimir Propp, Nikolai Kondratieff, los constructivistas²²⁶, Sergei Eisenstein, Vladi-

221 Robert Service, *Lenin. A biography*, London, Macmillan Publishers, 2000.

222 *Historia del dadaísmo*, Colonia, Verlag DuMont Schauberg, 1965.

223 *Las artes plásticas y la política en la Rusia revolucionaria*, Barcelona, Seix Barral, 1969.

224 Vassily Kandinsky, *Mirada retrospectiva*, Buenos Aires, Emecé, 2002.

225 Víctor Sklovsky, *La disimilitud de lo similar. Los orígenes del formalismo*, Madrid, Comunicación, 1973.

226 Elsa Drucaroff, *Mijail Bajtín la guerra de las culturas*, Buenos Aires, Almagesto,

mir Maiakovski y tantos más) pagaría muy caro este curioso recorrido, esta insensible incompreensión de la vanguardia política que, *mutatis mutandis*, terminaría en tétrico realismo socialista²²⁷, y vulgata marxista de manual. Pero Occidente –más bien el aislado caso de los integrantes de la Escuela de Frankfurt y Walter Benjamin– percibirá esto recién en los finales de la década del veinte, como parte de una crisis que puso en jaque la noción misma de cultura elaborada a partir del Iluminismo y la Revolución Francesa, cuando la amenaza de barbarie abandonó el tranquilo mundo de las hipótesis analíticas, para ganar la dinámica de la lucha de clases europea.²²⁸

En el ínterin, el joven Borges fue trabajado por esa potente atmósfera irradiada –en francés y alemán– dentro del “país de la no guerra”, Suiza, mientras en derredor se desarrollaba una carnicería hasta entonces inigualada con ocho millones de muertos. En Zurich se entendía casi todo; los primeros vagidos conceptuales de una nueva política revolucionaria resonaban por sus calles (que condenaba explícitamente el comportamiento chauvinista de la Segunda Internacional), junto con los poemas del rumano Tristan Tzara.

Escribe Roman Jakobson en relación a los protagonistas de tan dramático período:

La historia moviliza el ardor juvenil de unas generaciones y el temple maduro o la sabiduría de otras. *Recitado su papel, aquellos que ayer dominaban los pensamientos dejan el proscenio y se retiran a los confines de la historia, para acabar su vida en privado, como rentistas espirituales o viejos de hospicio. Pero también sucede de otra manera. Nuestra generación entró en escena excepcionalmente temprano: “Solo nosotros somos el rostro de nuestro tiempo. El cuerno del tiempo suena*

1996.

227 Theodor W. Adorno, “Lukács y el equívoco del realismo”, en *Realismo: ¿Mito, doctrina o tendencia histórica. Tiempo Contemporáneo*, Buenos Aires, 1969.

228 Franz Neumann, *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional socialismo*, México, FCE, 1983.

a través nuestro”. Y no hay hasta ahora, y de esto tenía clara conciencia Maiakovski, ni cambios ni refuerzo parcial. Entretanto se ha truncado la voz y el énfasis, *se ha agotado la reserva de emociones: de alegría y de pena, de sarcasmo y de entusiasmo*, y así la convulsión de una generación sin recambio se ha convertido no en un destino privado, sino en *el rostro de nuestro tiempo, en un ahogo de la historia*.²²⁹

Al regresar a Buenos Aires, en 1921, Borges carga en su morral el “ahogo de la historia” que todavía no alcanzara este lado del Atlántico. Pero en lugar de sentirse un expatriado, pese a volver a Europa, en 1924 también se integra a la revista *Martín Fierro* dirigida por Evar Méndez.

No deja de llamar la atención que un grupo de jóvenes vanguardistas eligiera como emblema de su publicación el nombre del poema que el *establishment* cultural argentino (Leopoldo Lugones²³⁰, Ricardo Rojas²³¹) terminara de consagrar como amenaza contra los obreros extranjeros, como la 4.144 de la literatura nacional, como anticipo de la suerte que habrían de correr no bien el poder del Estado se sintiera desafiado. Vale la pena explicarlo con cierto detalle. La patria literaria de Lugones se construye triturando la comprensión popular del *Martín Fierro* y cristalizando una nueva: la pedagogía de la 4.144. En sus conferencias en el teatro Odeón, a las que asiste el presidente de la República, Lugones hace sentir a los lectores que no entienden lo que leen. Organiza una epopeya nacional a partir de las virtudes ontológicas del gaucho *Martín Fierro* bloqueando a los trabajadores, nativos y extranjeros, la posibilidad de la ciudadanía de papel por apropiación directa. Solo pueden repetir, como maestra normal, los argumentos

229 Roman Jakobson, *El caso Maiakovski*, Barcelona, Icaria, 1977, destacado de A. H.

230 Leopoldo Lugones, *El Payador*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2010.

231 Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura del Plata (1917-1922)*, t. II: *Los gauchescos*, cap. XXIII, Buenos Aires, Kraft, 1960.

patrióticos, reproduciendo así las jerarquías del orden social en el orden literario como orden natural. Lugones expulsa de este modo a los lectores populares canonizando el texto, y por tanto los expulsa de la patria de papel; así es como conforma la 4.144 por otros medios. Los trabajadores solo son admitidos en la república oligárquica inmóviles y en silencio. Ese es el primer programa nacionalista en materia literaria: expulsar a los lectores populares de la lectura común, aun cuando hubieran logrado evitar ser expulsados del territorio argentino.

¿Entonces, cuando Borges y sus amigos bautizan *Martín Fierro* a su publicación vanguardista incurren en una suerte de nacionalismo pampeano, o la lectura que impulsan choca y hiere el fundamento del canon oficial?

Jorge Luís Borges integra una vanguardia estética (no revolucionaria en materia social) que ríe a carcajadas de la adocenada tradición literaria hispanista defendida por Lugones. Esa tradición es atacada con clara conciencia para cambiar el provinciano, pacato y reaccionario horizonte cultural local, perfectamente espejado en la propuesta de uso literario académico²³² del castellano (escribir como en España, en lugar de incorporar el voseo del Río de la Plata), ya que el grupo *Martín Fierro* sabe que nunca pasó por Madrid²³³ el meridiano de la lengua durante los siglos XIX y XX. Por eso, Darío –que consideraba un maestro al cubano José Martí– ya ocupaba el centro de la escena, en tanto renovador del lenguaje poético hispanoamericano con instrumentos franceses –como atinadamente señalaran el propio Borges y el peruano César Vallejo–. Darío impacta la literatura española, tanto como Martí impacta la política con su muerte arma en mano; Madrid había recibido todas estas innovaciones desde Sudamérica y Cuba, y no desde el otro lado de los Pirineos; los martinfierristas registran ambas cosas: saben que “las guerras por la independencia”²³⁴ no concluyeron y son conscientes de su propio lugar en la

232 Ricardo Monner Sans, *Notas al Castellano en la Argentina*, Buenos Aires, 1903.

233 *Martín Fierro*, n.º 42, dedica una doble página a responder las afirmaciones de *La Gaceta Literaria* de Madrid.

234 Xul Solar, “Pettoruti” en *Revista Martín Fierro*, p. 67.

lengua²³⁵, de que el realismo era una estética del siglo XIX y no precisamente la de la vanguardia literaria mundial, y por eso el autor de *Nacha Regules* y *La maestra normal* recibe una cruel andanada en medio del ajustado intercambio de opiniones con Roberto Mariani.

Sostienen los martinfierristas: “En los últimos tiempos hemos visto que han elegido como patrono, regalándolo con burdo incienso, a Manuel Gálvez, novelista de éxito, lo que confirma nuestra opinión sobre los fines exclusivamente comerciales de los famosos ‘realistas’ ítalo-criollos”²³⁶.

Es posible leer en el argumento sobre los “fines exclusivamente comerciales” una suerte de chicana tipo: el arte por el arte. Parece una lectura errónea, sobre todo cuando se observa que *Martín Fierro* apela a la publicidad, y que no deja de anunciar su propio éxito de venta (20.000 ejemplares) por no considerarlo exclusivamente comercial. Se trata a mi ver de otra cosa: de conformar un público con otro nivel de exigencia estética, un público inexistente, de construir un nuevo lector modelo más próximo a estos poetas y escritores, con capacidad de entenderlos y disfrutarlos: un público para un proyecto que ponga en jaque el orden que impide una renovación literaria nacional, que la ahoga, un público a tono con las vanguardias estéticas del siglo XX.

Leemos en *Martín Fierro*:

Sabemos, sí, de la existencia de una *subliteratura*, que alimenta la voracidad inescrupulosa de empresas comerciales creadas con el objeto de satisfacer los *bajos gustos de un público semianalfabeto*; conocemos glorias de novela semanal, genios al uso de las modistas y publicaciones que por sus títulos –“Novela Realista”, “Novela Humana”– parecen contener el alimento adecuado al

235 “... hemos sido nosotros, los americanos, los que hemos oxigenado el castellano, haciéndolo un idioma respirable”, Oliverio Gironde, “Carta abierta a ‘la púa’”, en *Revista Martín Fierro*, p. 22.

236 *Revista Martín Fierro (1924-1927), Antología*, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1969, p. 55.

paladar de nuestro crítico... (Y a propósito: recordamos haber visto en ellas los nombres de algunos redactores de “La extrema izquierda”). Cuando por curiosidad ha caído en nuestras manos una de esas ediciones, hemos encontrado con *la consabida anécdota* de conventillo, ya clásica, relatada *en una jerga abominablemente ramplona*, plagada de italianismos, cosa que provoca en nosotros más risa que indignación pues la existencia de tales engendros *se justifica de sobra por el público al que están destinados: no hay que echar margaritas a los puercos*²³⁷.

Vamos por partes. El enorme éxito comercial de una literatura destinada a un público semianalfabeto, relatada en una jerga abominable, plagada de italianismos, se comprende por el destinatario. *Martín Fierro* no se orienta hacia ese público, y no cree que de sus filas surja precisamente el otro, el requerido por su propia producción artística. Una revista de vanguardia no se dirige “a los bajos gustos de un público semianalfabeto”, requiere uno suficientemente refinado y como ese no existe trata de construirlo desde el lado de la oferta literaria. Para tal fin es preciso abandonar “la consabida anécdota” y la “jerga ramplona”. Con un añadido, algunos de los redactores de “La extrema izquierda” escriben para este público, y algunos de los integrantes de *Martín Fierro* también. El público de esa izquierda podía ser interpelado desde una revista popular de calidad, también inexistente, que esa izquierda tampoco supo construir, dejándolo por tanto en manos de los “inescrupulosos mercaderes de la novela semanal”.

Hasta ahí, no tenemos demasiado que objetarle a *Martín Fierro*, pero cuando lanzan su denuesto de clase (“no hay que tirar margaritas a los puercos”) nos hacen saber que no solo se dirigen hacia otro público, sino que desprecian el público popular existente. No se trata de ignorar que es semianalfabeto, sino de valorar el enorme esfuerzo que hace para dejar de serlo,

237 Ibid., pp. 54 y 55.

no se trata de festejar la “jerga abominablemente ramplona” de sus lecturas, sino de acompañarlos en su marcha hacia niveles superiores de capital simbólico, no se trata que *Martín Fierro* haga suya la problemática de ese público, sino que asuma la relación que hay entre su existencia, las demandas que tal existencia genera, con su propio programa de renovación estético-político de la literatura argentina. Este encabalgamiento sucederá, de hecho, más adelante, cuando los martinfierristas ingresen al diario *Crítica*, en 1925, antes no. Recién allí harán flamear con toda la fuerza la bandera de Darío: “Yo no soy un poeta para muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas”.

Retomemos el hilo. La pulla de Mariani a *Martín Fierro* incluye un asunto ríspido: Leopoldo Lugones; el hombre de “La extrema izquierda” los acusa de admirarlo “sin reservas”²³⁸. Exagera, Lugones es un modernista, ellos son ultraístas, lo que supone diferencias estéticas de rango: desde su defensa explícita de la rima, hasta su relación con la cultura europea. Lugones es un hispanista xenófobo, y ellos militan en la vereda estética de enfrente. Mariani denuncia el fascismo de Lugones, accionista del periódico²³⁹, que ellos consideran un “error”, pero en tanto no constituye un asunto específicamente literario proclaman: “Lugones político no nos interesa²⁴⁰”.

Eso no es todo, ni siquiera es lo más importante. Dando muestras de una comprensión sutil y afinada explican los martinfierristas “*la paradoja* tan frecuente en los revolucionarios sociales, de ser *conservadores en materia de arte*²⁴¹”. Pasado en limpio: la declamada radicalidad política de los integrantes de “La extrema izquierda” debía probarse en la lucha política concreta, su conservatismo estético esta sobredemostrado. Mientras *Martín Fierro* se propone expresar “la nueva

238 Ibid., p. 47.

239 Ibid., p. 75.

240 Ibid., p. 54.

241 Ibid., p. 53, destacado de AH.

sensibilidad²⁴²” tomando de Europa “lo que le cuadra y le conviene²⁴³” dado que todavía “no terminaron aun para nuestra América las guerras de la Independencia²⁴⁴”.

Ahora se entiende: el ideario del cubano Martí también consueña con la sensibilidad política de *Martín Fierro*. Volvamos a avanzar con cautela. Lugones merece un tratamiento particular; escritor implacablemente parodiado en las páginas martinfierristas, realiza la operación intelectual opuesta a la requerida para estimular cualquier programa de “conciencia nacional”; estudia –en los términos de un diletante esforzado y concienzudo– el helenismo, como si allí residiera el núcleo duro de nuestra necesidad de conocimiento. Según el maledicente Borges, a Groussac esto le daba un poco de risa: Lugones pasaba en la Argentina por ser un helenista avezado (lo que para un francés profesional no dejaba de ser un disparate), en vez de interrogarse por la debilidad de un sistema productivo basado en la exportación de materias primas de origen agropecuario y en la importación de todo lo demás, lo que para ese francés como para todo el resto no constituía ningún problema, Lugones trabaja duramente para entender la economía y los valores de la magna Grecia²⁴⁵.

El fallido no podía ser mayor. En lugar de aportar una modernidad conceptual vivificante, tonificando así la intelectualmente amorfa sociedad argentina –similar al que el joven Marx²⁴⁶ señalara para las investigaciones del joven Hegel en los comienzos del siglo XIX–, provee un adorno inútil, un obstáculo insalvable, un camino hacia ninguna parte: transforma

242 Ibid., p. 61.

243 Ibid., p. 61.

244 Ibid., p. 67.

245 Leopoldo Lugones, *Estudios Helénicos*, Buenos Aires, Babel, 1924.

246 Carlos Marx sostiene: “En política, los alemanes han pensado lo que los otros pueblos han hecho”, en “En torno a la crítica de la filosofía del derecho, de Hegel, y otros ensayos”, *La sagrada familia*, México, Grijalbo, 1967, p. 9.

a engordadores de vacas y oficiales pueblerinos en aristócratas espartanos. El delirio delfico no podía ser mayor, el nacionalismo pampeano siempre se vio en problemas cuando se trató de producir conocimiento capaz de ayudar a inteligir el sentido de nuestra historia. En ese punto, su absoluta claudicación intelectual ante el liberalismo criollo resultó proverbial y decisiva.

Entonces, agotado el lirismo de las ubres y las mieses, Lugones, con la prosodia altisonante de su patriotismo escolar, cuela influencias antiliberales, racistas, antiobreras de Jaime Belmes y Juan Donoso Cortés. Para Lugones la conformación de un bloque popular integrado por los obreros extranjeros no impulsa una guerra civil sino una guerra nacional; y el pogrom antisemita de 1919, en medio de la Semana Trágica²⁴⁷, constituyó uno de los ejemplos de “guerra nacional”; ejemplos denostados por los matinferristas como “acontecimientos insólitos y bochornosos”²⁴⁸, ejemplos que el poeta oficial del régimen miraba con estudiada indiferencia, al igual que buena parte del radicalismo de la época. De modo que la delimitación política de los amigos de Borges, cuando la cosa se caldea, existe, solo que el centro está puesto en la literatura.

El modelo nacional de Lugones resultaba aristocráticamente obvio. Escribe Donoso Cortés: “El pueblo inglés lleva impresos en su fisonomía los rasgos históricos del pueblo romano: romana es su grandeza, romano su patriciado, romana su plebe; romana su virtud”²⁴⁹. De Roma a Grecia, se sabe, la distancia es mínima. De modo que Lugones también pudo recibir una influencia tan capturada por el Imperio Británico, por esa herrumbrosa ruta, para enunciar con cadencia de púlpito el ritmo católico del conservadurismo de Charles Maurras²⁵⁰. Hasta en eso cambió

247 Julio Godio, *La semana trágica*, Buenos Aires, Granica, 1972.

248 “La vuelta de Martín Fierro”, op. cit., p. 15.

249 Juan Donoso Cortés, “Pío IX”, en *Obras Escogidas*, Buenos Aires, Difusión, 1944, p. 54.

250 Alfredo Rubione, “Retorno a España”, en *La crisis de las formas*, t. 5: *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2006, p. 25.

Lugones, de su anticatolicismo inicial mudó en dirección a la santa madre. Ese suicidio intelectual fue coronado en El Tigre, pocos años después, inaugurando así una dramática tradición familiar.

Retrocedamos apenas. Este modelo de oquedad lugoniana tiene un rasgo pertinente: la ampulosidad vacía: el gesto engolado que sustituye cualquier sustancialidad productiva con la castiza enunciación de cadenas adverbiales. Contra ese modelo actuó la revista *Martín Fierro*. La reacción estética, la reacción política y la ramplonería conceptual marchan de la mano, y organizan ese fragmento del campo intelectual con argumentos banalizantes que retomaría La Nueva República por boca de los tirifilos de la Liga Patriótica, llena de militantes radicales. Esa fue la guerra nacional, la Semana Trágica, territorio común del “hispanismo nacional”: excrecencias discursivas de la descomposición ibérica, leídas en clave antidreyfusiana, organizadas como políticas de Estado, transformadas en educación patriótica de manual escolar, servicio militar obligatorio, y uniformidad lingüística dictada por la Real Academia Española. Estos tirifilos podían reglamentar con represiva pasión y reprimir con gozosa ferocidad; todo lo demás los excedía, lo sabían y ni lo intentaban.

Para Lugones, pensar ese país fue pensar la ciudad moderna²⁵¹, Buenos Aires, desde la perspectiva de la amenaza obrera, extranjera, báquica, bárbara. Y el “reptil del lupanar”, el tango, recibió en su condena todo el peso social de una exclusión programática. Ese gesto recuerda, señala, constata que el sustrato popular de la cultura argentina era “cosa de negros” como recordara Borges en “El idioma de los argentinos”. ¿Qué peor ofensa podía recibir el racismo militante de la oligarquía pampeana, y el propio Lugones? Ninguno.

Un punto no ha merecido adecuado tratamiento: la valoración estética de Lugones, qué lugar le corresponde en tanto poeta,

251 Analía Costa y Enrique Foffani, “Retornar a Grecia: el Olimpo magisterial de los poetas”, en *La crisis de las formas*, op. cit., p. 68.

escritor y ensayista en la literatura nacional, dejando en suspenso su carácter profundamente conservador. Borges a la hora de la necrológica escribe en *Sur*: “Decir que ha muerto el primer escritor de nuestra república, que ha muerto el primer escritor de nuestro idioma, es decir la verdad y es decir poco. Muerto Groussac, la primera de esas primacías le corresponde; muerto Unamuno, la segunda²⁵²”.

Sostiene en su *Lugones*:

Ya en 1896 Lugones cultivaba el cuento fantástico. Quedaban, en revistas de la época, muchos testimonios de esa predilección, no recogidos posteriormente, pero que llevan su firma. De los incluidos en *Las fuerzas extrañas*, acaso los mejores sean “La lluvia de fuego” (que revive, con minuciosa probidad, la destrucción de las ciudades de la llanura), “Los caballos de Abdera”, “Yzur”, “La estatua de sal”. Estas páginas se encuentran entre las más logradas de las literaturas de lengua hispana²⁵³.

Las limitaciones de Lugones, al decir de Borges, son las limitaciones de su tiempo y lugar. Debemos admitir que es así.

Por tanto, al golpear Borges esa filiación estética, junto con los integrantes de *Martín Fierro*, enfrentan unilateralmente, con aproximación yrigoyenista, desde una crítica liberal, al bloque ideológico que sintetizará poco después el trivial defensor de todo lo establecido, de todo lo germano, siempre que resulte suficientemente reaccionario: el general José Félix Uriburu.

¿Eso fue todo?

No apuremos el tranco. Las tareas políticas de la vanguardia estética no se definen abstractamente de una vez y para siempre. Resultan del enfrentamiento con una cierta retaguardia

252 Jorge Luis Borges, *Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, Sur, febrero de 1938.

253 Jorge Luis Borges, “Leopoldo Lugones”, en *Obras completas en colaboración*, Buenos Aires, Emecé, 1979.

cristalizada, canónica que traba el desarrollo de una nueva sensibilidad literaria. Para impulsarla, las esquilas del ultraísmo que Borges lanzara en la revista española *Grecia* son retomadas por el mismo Borges desde *Prisma*. Y será la sarcástica pluma de Oliverio Girondo la que sintetice, en el manifiesto de *Martín Fierro*, “la impermeabilidad hipopotámica del honorable público²⁵⁴”; es decir, el rudo retrato de una sociedad estructuralmente xenófoba, estéticamente arcaizante, políticamente liberal y moralmente hipócrita.

Jorge Abelardo Ramos se ocupa de dejar en claro que la nominación de la revista *Martín Fierro* era “puramente accidental o, si se quiere, una broma más de los despreocupados literatos”²⁵⁵. Antes, la revista *Nosotros* criticaría el uso de tan criollo nombre por escritores tan preocupados por el desarrollo de las vanguardias europeas. Y por cierto Roberto Mariani insiste en el mismo tópico. Todos entienden mal; por cierto que los martinfierristas no leen el texto de José Hernández como el máximo ideólogo de la izquierda nacional —que lo hará desde la perspectiva “épica”, esto es, antiobrera, de Leopoldo Lugones²⁵⁶ tres décadas más tarde, en 1954²⁵⁷—, más bien se apoyaban en una profunda intuición poética: la especificidad de la gauchesca, género distanciado de la tradición popular española. Vale decir, un producto de la magnífica inventiva formal de Hernández, encabalgada en la tradición popular y letrada del Río de la Plata, como brillantemente demostrara Ezequiel Martínez Estrada en su formidable ensayo²⁵⁸. En criollo: Borges y sus camaradas

254 “Manifiesto de Martín Fierro”, op. cit., p. 26.

255 Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, t. IV: *El sexto dominio*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1972, p. 31.

256 Esa línea analítica fue iniciada por Miguel de Unamuno, “El gaucho Martín Fierro: poema popular gauchesco de don José Hernández”, en *Revista Española*, año 1, n.º 1, Madrid, 1894. Citado en las fuentes que trabaja Ezequiel Martínez Estrada, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2005, p. 807.

257 Jorge Abelardo Ramos, *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Buenos Aires, Indoamérica, 1954.

258 Ídem.

perciben cuál será el verdadero sustrato de nuestra literatura nacional. Y por cierto no se equivocaron. Eran y todavía siguen siendo nuestros contemporáneos²⁵⁹. En cambio, Lugones ya era entonces una pieza del museo filológico.

II

Mientras la actividad intelectual ordinaria no excedió las largas parrafadas nacionalistas en las páginas de opinión de *La Nación*, esa flamante vanguardia estética alimentada desde *Martín Fierro* inteligía el sentido de nuestra historia –tantas veces explicitado por el propio Borges– como el intento de evitar ser españoles, un recorrido extraeuropeo, un camino nacional propio. Y un camino literario propio requiere, exige, impone un programa crítico para el uso de importaciones estéticas, anticipando así toda la política del siguiente ciclo histórico para las demás importaciones. Lugones, importa; Rojas, importa; Gálvez, importa, Borges importa²⁶⁰. Nadie habla en el silencio universal: todos importan. Se trata de saber qué importaciones adecuadamente mixturadas, apropiadas, rehechas nos permiten avanzar y cuáles nos dejan varados.

Entonces, esa vanguardia pese a mofarse sangrientamente de los sectores populares, difunde un nuevo punto de vista. Ni hace una lectura cuadrada, burdamente contenidista, que no registra la especificidad literaria del poema de Hernández, o del *Don Segundo Sombra*, tipo Ramón Doll²⁶¹, ni desciende hasta el nivel del público. Intenta abarcar tanto como resulte posible elevando las miras de sus lectores. A partir de ese esfuerzo la revista

259 Leonidas Lamborghini, “El gauchesco como arte bufo”, en *La lucha de los lenguajes*, Buenos Aires, Emecé, 2003, t. 2: *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigido por Julio Schwartzman.

260 En su “Poema Conjetural” Borges toma un verso de la *Divina Comedia* (fuggendo a piede e ‘nsanguinando il piano) y lo traduce en literalidad: “Huyendo a pie y ensangrentando el llano”, para incorporarlo como verso 14 a su propio texto. Javier Roberto González, “Poema Conjetural, verso 14”, en *Borges / Cortazar. Penúltimas lecturas*, Buenos Aires, Circeto, 2007.

261 Ramón Doll, *Lugones el apolítico y otros ensayos*, Buenos Aires, Penilillo, 1966.

llegó a tirar 20.000 ejemplares, lo que constituye una hazaña no pequeña, si se piensa que *Crisis*, cinco décadas después, no superó los 35.000. Por eso, los martinfierristas, comprendiendo exactamente que se traen entre manos, se terminan sumando —tras una compleja operación de política cultural, en la que interviene el pintor Emilio Pettoruti²⁶²— al periodismo renovador de Natalio Botana.

Ingresan en masa a *Crítica* durante 1925; esa cooptación permite la salida del *Crítica Magazine* (29 números) que difunde escritores locales de vanguardia: desde Enrique González Tuñón hasta Luis Franco, pasando por el propio Jorge Luis Borges y Roberto Arlt. Recién en agosto de 1933, Borges y Ulises Petit de Murat se hacen cargo de su *Revista Multicolor* de los sábados, hasta octubre de 1934. Esa misma dirección intentará, en sus cuatro ediciones diarias, el programa de radio y el noticiero cinematográfico²⁶³, una política cultural de masas²⁶⁴. Esa suerte de control estético del multimedio de Botana les permitió poner en contacto a los principales autores del momento con el gran público. Y construir así lectores para sus futuras obras “de largo tiraje a reducido precio”²⁶⁵.

Pelearon la reconstitución del público masivo con Hugo Wast y el folletín, desde un diario popular en compañía de Roberto Arlt. No era exactamente ese el intento de *Sur*, ni el del suplemento cultural de *La Nación* (con el que abiertamente los martinfierristas se enfrentan²⁶⁶).

Al concluir la experiencia de la Multicolor, Borges no puso fin al programa martinfierrista: intervenir en la conformación masiva de un público lector de calidad. Como todo editor inteligente

262 Emilio Pettoruti, *Un pintor ante el espejo*, Buenos Aires, Hachette, 1968, p. 221.

263 Sylvia Saïtta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 22.

264 *Ibid.*, p. 177.

265 *Martín Fierro*, n.º 34, 5 de octubre de 1926.

266 Sylvia Saïtta, *op. cit.*, p. 182.

sabe que para que se reconozcan nuevos grandes escritores es preciso contar con un gran público de lectores. Con ese objeto desde el 16 de octubre de 1936, hasta la primer semana de enero de 1939, Borges estuvo a cargo de la página de “Libros y autores extranjeros” de la revista *El Hogar*²⁶⁷. Página que reproduce estructuras formales inauguradas en la revista de *Crítica*, a una escala restringida. Con un añadido: lo que Borges entiende sobre la literatura europea de vanguardia, a medida que se va publicando y él la va leyendo, es lo que el siglo XX entiende por tal. De modo que como crítico excéntricamente ubicado lee la vanguardia estética de su tiempo con absoluta maestría. La relación entre lo que Borges lee y lo que Borges escribe excede este trabajo. Basta decir que en ninguna otra actividad nadie realizó nunca, en Sudamérica, una tarea de similar calidad, y esa es una parte del problema: faltaba un lector en clave política de nivel homologable. De ahí la enorme importancia solitaria del peruano José Carlos Mariátegui.

Conviene señalar la colaboración quincenal de Borges en *El Hogar*, semanario cuyas lectoras son amas de casa, en el número que no sale la página de Borges aparece la sección “Libros y autores en idioma español”. Y si bien ese aporte de Borges ha merecido trabajos sistemáticos, la relación con la otra página aún está por hacerse. Durante las navidades de 1938 se produjo el “singular accidente” que lo puso al borde de la muerte (el tantas veces reiterado relato autobiográfico al servicio de su construcción del personaje público), y ese accidente, que lo impulsa a terminar de virar su producción desde el ensayo a la ficción, también coincide con el final de sus colaboraciones para *El Hogar*.

Ni siquiera entonces abandona su proyecto tácito: un público masivo de lectores competentes, y con tal fin intenta dirigir dos revistas, que por cierto fracasaron. Una logra irritar a Victoria Ocampo, la otra no incomodó a nadie y pone fin a sus reiterados

267 Enrique Sacerio-Garí, “Borges: el lector en *El Hogar* (1936-1939)”, en *Jorge Luis Borges, Textos cautivos*, Buenos Aires, Tusquets, 1986.

fallidos como talentoso editor periodístico. Eso no es todo, el escritor de vanguardia intenta a su modo el género popular por excelencia: el policial. Por cierto paródicamente, pero aun así inicia, en 1942, un camino nacional para el *detective story*, según la sugestiva anotación de Rodolfo Walsh²⁶⁸, con sus trabajos en colaboración con Bioy Casares: *Seis casos para Isidro Parodi*, en el sello Sur, de Victoria Ocampo.

Hay más. La creación de la colección Séptimo Círculo, en 1945 –que en los primeros años de su aparición no lleva el pie de imprenta de Emecé Editores, por el desprestigio que suponía el género policial para Bonifacio del Carril y sus asociados– delata las dificultades que debió atravesar la propuesta de Borges, otra vez en compañía de Adolfo Bioy Casares, para conformar –con éxito rotundo– un mercado popular de lectores calificados. En simultánea, Eduardo Mallea dirige para el mismo sello –amparado en el doble parapeto de su relación con Victoria Ocampo y la dirección del suplemento Cultural de *La Nación*– una colección de libros de bolsillo destinada a elevar la calidad estética del lector promedio con autores clásicos. En Cuadernos de la Quimera –que por cierto sale con el pie de imprenta de Emecé– Borges traduce y escribe prólogos²⁶⁹.

La comparación entre ambas colecciones permite atender las diferencias de visibilidad pública y de programa literario de ambos escritores: la divulgación prestigiosa de clásicos en ediciones baratas y cuidadas, Mallea; la de libros sin el menor prestigio, para lectores ávidos sin tradición, Borges. Tanto percibe Georgie la diferencia que en el prólogo a *La humillación de los Northmore* escribe: “He visitado alguna literatura oriental y varias literaturas occidentales; he compilado una enciclopedia antológica de la literatura fantástica; he traducido a Kafka y a Melville, a Swedenborg y a Bloy; no se de una obra más extraña

268 Rodolfo Walsh, *Antología del relato policial*, Buenos Aires, Hachette, 1953.

269 Henry James, *La humillación de los Northmore*, trad. de Haydée Lange, con prólogo de Jorge Luis Borges, reeditado por Emecé en noviembre de 2001.

que la de James²⁷⁰". Solo un hombre que se siente perfectamente invisible tiene tanta necesidad de refirmar tres veces, en la primera persona del singular, sus credenciales para sostener la originalidad de Henry James. Nos vemos en la obligación de admitir que no se trata de un exceso de susceptibilidad, sino de su situación objetiva. Por esos años un compañero de la biblioteca municipal Miguel Cané, en que Borges trabajaba por misérrima paga, le muestra un diccionario de autores argentinos, mientras dice: Mira lo que son las casualidades, hay uno que se llama igual que vos y nació en la misma fecha que vos, y es escritor. Ante la protesta de Borges, la desfachatada risa del otro. Así lo trataban entonces, ya que ese era su lugar en el juego, y aun así continuó la solitaria tarea: construir un público popular de crecientes exigencias estéticas con los lectores del Séptimo Círculo. Y es preciso reconocer que lo logró; tanto lo hizo, que Emecé no solo añadió su pie de imprenta a la desdeñada colección, sino que la reeditó hasta volverla insignia dorada de la casa.

¿Que Borges nunca lo enunció así? Por cierto, pero ese no es el punto.

III

¿Y en los demás segmentos de la sociedad, qué venía sucediendo en el terreno del debate cultural? Escribe el historiador anarquista Diego Abad de Santillán: "A nuestro juicio, es el período que va desde 1900 a 1930 de la historia de la FORA el menos interesante y en parte también el más negativo²⁷¹". Como ese era el núcleo más dinámico del movimiento obrero, nos exime de comentar los demás. Sin olvidar que el Partido Comunista intentaba sus primeros pininos; por tanto no era mucho más que una estafeta de publicaciones traducidas al español de la Tercera Internacional.

En el único punto de América Latina donde la vivacidad

²⁷⁰ Ibid., p. 11.

²⁷¹ Diego Abad de Santillán, *La FORA, ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, Buenos Aires, Nervio, 1933.

del marxismo había alcanzado otro nivel era Lima. Basta releer el debate entre Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui para comprender la diferencia. Más allá de especificidades que no nos proponemos analizar aquí, caen fuera de las fronteras de este trabajo, ambos entienden la relación entre política antiimperialista, los pueblos originarios y el socialismo peruano como nadie entonces, y muy pocos ahora. Una nueva tradición articulaba la izquierda del subcontinente. La necesidad de elaborar una propuesta política cultural capaz de sintetizar la especificidad de las formaciones históricas sudamericanas, de inteligir su propia tradición como parte de una historia más amplia, con raíces indígenas de coloratura propia e indisoluble, retoma en la pluma de Mariátegui los originales señalamientos de Martí.

Buenos Aires, en cambio, que en materia de edición de textos anarquistas era un centro casi tan importante como Barcelona –capital de la producción anarquista mundial– nunca produjo nada significativo, solo traducía. Este comportamiento permite afirmar –sin exagerar más de la cuenta– que la divisoria pasaba por traducir, o leer malas traducciones. En ambos casos se trataba de encabalgados en este doble andarivel. Borges y Arlt sintetizan los extremos de esta curiosa avenida; Borges traduciendo y creando; Arlt leyendo malas traducciones y sin dejar de producir.

Y otro tanto sucedió y no sucedió con la tradición socialista de esos años: tradujeron, leyeron malas traducciones y copiaron con obstinada determinación pero sin demasiado talento. No produjeron, como era de esperar, ni un nuevo Borges ni otro Arlt.

Observemos con mayor detalle el mundo obrero. La flamante CGT (estrechamente vinculada a los socialistas) pese a que representaba a 200.000 trabajadores, al producirse el golpe de 1930 guarda discreto silencio; casi al modo de la Corte Suprema, que solo acusa recibo mediante una acordada; de modo que este tranquilo y extendido mosaico de idéntica sensibilidad nos permite afirmar: *Nada políticamente decisivo había sido*

hasta entonces puesto en cuestión, salvo los escandalosos anacronismos denunciados y muy relativamente corregidos por la Reforma del 18, en materia universitaria, por la izquierda en la Argentina, entre 1890 y 1930. Era una izquierda demasiado pegada al horizonte de sus enemigos de clase, poco atenta a las prácticas teóricas de otros países latinoamericanos, y muy poco preparada para recibir estímulo de la vanguardia artística local e internacional.

Asimismo, el optimismo acrítico de los intelectuales del nacionalismo liberal pampeano, rumbosamente explicitado en los panegíricos del Centenario, (Lugones, Joaquín V. González, por citar solo dos nombres) era norma de cumplimiento obligatorio. Por tanto, la ciudad crecía pacata, provinciana, pretenciosa, presumida, sin poder reconocer valores culturales propios – como la gauchesca y el tango²⁷²– mecida por la renta agraria territorializada como lujo edilicio y depósitos bancarios. ¿Y en el resto del país? Silencio. Entonces, la cultura se confundía con urbanidad, y el tono europeo remitía al corte del traje según figurín francés. Era un universo adusto, pobre, frívolo.

Una sociedad nacional tan quedada, aplanada por tanto conservatismo banal, recibía todas las confirmaciones indirectas de su orientación. “La familia, la patria, la religión y la autoridad eran temas intocables”²⁷³. Es decir, literariamente intocables para una vanguardia literaria que políticamente no superaba el horizonte de la Unión Cívica Radical. Como señalara John King, basta echar una mirada a *Amauta*, la revista de izquierda orientada por José Carlos Mariátegui en Lima, para comprender que la relación entre vanguardia estética y vanguardia política no estaba fracturada en el Perú. En ambos casos tenían una lectura propia, original de la sociedad sudamericana²⁷⁴. No

272 Jorge Luis Borges, “Ascendencias del tango”, en *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Seix Barral, 1994.

273 John King, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931-1970*, México, FCE, 1989, p. 38.

274 Los “Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana”, de José Carlos Mariátegui, dan cuenta de una calidad intelectual formidable y única.

creían que un fragmento de París había encallado en Buenos Aires a través del Mar Dulce. Mariátegui en *Los siete ensayos* se ocupa con solvencia del modernismo y de la cuestión agraria. Nadie roza esa altura. Por tanto, la comprensión, construcción de la diferencia respecto de Amauta finaliza leyendo cruzado las revistas *Martín Fierro* y *La Extrema Izquierda*²⁷⁵. Imposible no distinguirlas aunque más no sea por sus declamaciones políticas –el izquierdismo maniqueo de unos, el liberalismo democrático de los otros– y sobre todo, por su calidad literaria. Tanto que la “polémica” entre Boedo (*La Extrema Izquierda*) y Florida (*Martín Fierro*) fue caracterizada por el propio Borges como invento de profesores universitarios para una historia ficcional de la literatura. Exagera. Aun así, es inevitable aceptar que las diferencias han sido fuertemente sobreestimadas en dirección inadecuada, y por tanto incomprendidas, mientras los amigos de Antonio Zamora, célebre editor de *Claridad*, gritaban a voz en cuello: ¡Abajo el modernismo! ¡Abajo la torre de marfil! ¡Viva el realismo proletario!

Avancemos con orden. El grito contra el modernismo de Darío fecha la polémica; contra Darío debiera leerse en el terreno literario con el verso libre y contra Lugones. Pero más allá de la declamación genérica, en Boedo no se practicaba el verso libre ya que los poetas militaban en Florida y los novelistas en Boedo. Como novelistas reivindicaban una propuesta tradicional, el realismo²⁷⁶, lo que les valiera la visitada y punzante crítica del martinfierrismo.

La sensibilidad respecto de las formas (tan cara para todas las vanguardias del período) siempre fue más próxima a los poetas que a los demás escritores. Borges vuelve a dejar en claro el punto cuando el italiano Filippo Tommaso Marinetti llega al país el 7 de junio de 1926. El futurismo, dijo, es un camino agotado; en Buenos Aires, ya se practicó. Algo llama

275 Amícola sostiene que se trata de ecos del debate que libran los formalistas rusos, José Amícola, *De la forma la información. Bajtin y Lotman en el debate del formalismo ruso*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1997.

276 “Martín Fierro y yo”, op. cit, p. 48.

la atención: “La calma y falta de discusiones se mantiene a lo largo de todas las actividades de Marinetti tanto en Buenos Aires como La Plata, Córdoba y Rosario”²⁷⁷. Calma chicha. Por eso la puntualización de Borges resulta casi extraordinaria. El comentario de izquierda respecto a Marinetti no excede el chascarrillo fácil sobre Mussolini. En ese terreno el italiano se vio obligado a arriar la bandera, todas sus intervenciones ampliamente difundidas por *Crítica*, solo rozan la política. La única respuesta específica, en el terreno de la experimentación estética, corrió a cargo de Jorge Luis Borges.

Existía por entonces un grupo de escritores cuyo dominio de los instrumentos técnicos, incluyendo la experimentación, resultaba adecuado. Roberto Arlt lo sabía, no lo calló, y lo proclamó sin disimulos el martinfierrismo: “El volcán que se agita en el presente... contiene *la primera nueva generación en la historia artística argentina*”²⁷⁸. A su modo Borges fue el primer formalista sudamericano. Dicho con sencillez: siempre registró desde su literatura las nuevas tendencias estéticas del mundo hasta 1955, de allí en adelante su ceguera organizó su pertenencia al canon literario occidental.

Retomemos el debate de *Martín Fierro* con la izquierda política. El abajo la torre de marfil ladrado desde *Claridad* tiene otra clase de miga. Boedo exigía el compromiso político de las prácticas literarias de sus integrantes, mientras Florida evitaba explícitamente ese vínculo, no siempre por razones de especificidad. Tanto que *Martín Fierro* deja de salir porque Borges y Leopoldo Marechal defienden la candidatura presidencial de Hipólito Yrigoyen en 1928, en una redacción dirigida por un funcionario de Alvear: Evar Méndez era, convenientemente, un galerita.

Ahora bien, la defensa del realismo proletario (debiera decir socialista) era una suerte de eco mustio del peor aspecto de la Revolución Rusa: la policía estética, al tiempo que el sustantivo

277 Sylvia Saïtta, op. cit. p.168.

278 *Acotaciones a un tema vital*, op. cit. p. 62, destacado de A.H.

proletario les permitía defender su propio lugar de escritores sin blasones sociales. En definitiva: sostener que las tres consignas de Claridad contienen *in nuce* tan compleja polémica no deja de ser esquemáticamente cierto, pero supone exagerar un tanto la comprensión que del problema tenían por ese entonces la sociedad argentina, y sus limitados polemistas de izquierda.

Claro que el tono de esa sociedad no está dado siquiera por tan elemental intercambio de invectivas: Dulce Liberal de Martínez de Hoz pulsa exactamente la coloratura del parasitismo del que constituye una cumbre insuperable, cuando sostiene: “Por qué merecería yo que me hagan un artículo en una revista... no he hecho nada en mi vida”²⁷⁹. Por cierto que no mentía. Y su contrafigura, Victoria Ocampo, será el límite de ese tiempo y esa clase, para toda la sociedad argentina. Es decir, una señora bien, casada, silente, con aventuras galanas y visitantes extranjeros, sin la revista *Sur*. Recordemos: en materia de ideas estéticas, los trabajadores sindicalizados –extranjeros mayoritariamente– opinaban según la consabida fórmula de Engels: exactamente lo mismo que su clase dominante: Nada.

Un vasto sistema de conferencias y conferencistas (Argentina era “la primera consumidora de conferencias del mundo”²⁸⁰) contenía toda la disposición al esfuerzo cultural del bloque de clases dominantes, tanto como las dominadas. Dicho con terca exactitud: *Sur* (con todas las reservas del caso) también tenía que construir su público. De modo que todavía era inviable bajo la abrumadora y estabilizada hegemonía cultural del hispanizante liberalismo criollo, impensable sin la crisis del treinta, en su carácter de crisis mundial del liberalismo en todas sus versiones, y sin la presencia martinfierrista.

Recordemos: Victoria Ocampo tuvo muy poco que ver con la “efervescencia literaria de los años veinte”²⁸¹. Si bien es cierto que su matrimonio con un hombre particularmente

279 Ovidio Lagos, *Argentinos de raza*, Buenos Aires, Emecé, 2003, p. 28.

280 John King, *Sur*, op. cit, p. 46.

281 *Ibid.*, p. 50.

convencional debe haberle trabado su proyecto de mecenazgo intelectual, también quedan retratadas en su biografía las notables limitaciones de una época; aun una mujer tan sensible a las cuestiones de género, no se atreve a divorciarse, ni a seguir una carrera. Se divorcia tras la muerte de su padre, y sus intereses más personales –la actuación– quedan limitados a contadas y escandalosas intervenciones leyendo un texto en escena. El estatuto de la ciudadanía civil no existía siquiera para las señoras del bloque de clases dominantes. La UCR, por cierto, ni ataca, ni modifica, ni crispa esos valores en un país desarticulado, provincial, bucólico. La hegemonía liberal sufría una paradoja insoluble: estaba herida de muerte, y nadie fue capaz de enterrarla decorosamente por ese entonces. Con anterioridad, diversos atisbos por ponerle límite, en la cultura política nacional, se produjeron en las proximidades de la crisis de 1930. Ese liberalismo no solo se nutrió de su vertiente criolla aristocrática, sino que también recibió su hilo popular. José María Aricó²⁸² señala el peso de la “cultura masónico-iluminista” que Gramsci²⁸³ había detectado en los proletarios italianos que emigran hacia la Argentina. Por el mismo torrente navegaba ambiguamente el marxismo de la Tercera Internacional, desde 1928, en Sudamérica²⁸⁴. En la vereda de enfrente jugaron su papel desde la célebre hora de la espada lugoniana, locución pronunciada con motivo del centenario de la batalla de Ayacucho en Lima²⁸⁵, hasta los tilingos parloteos semi fascistas de Victoria Ocampo. El lenguaje de la crisis organizó los tartamudeos de una perpetua inadecuación ideológica. Esto es, la dificultad estructural del bloque dominante para pensar su propia historia, para inteligir su propia crisis, por separado de la potencia que

282 José Aricó, *La cola del diablo*, Buenos Aires, Punto Sur, 1988.

283 Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, t. II, México, Era, 1971.

284 Manuel Caballero, *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987.

285 Leopoldo Lugones, “Discurso de Ayacucho”, en *Textos y documentos. El autoritarismo y los argentinos. La hora de la espada/I (1924-1946)*, Alicia S. García y Ricardo Rodríguez Molas. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1988.

hegemonice el mercado mundial.

En 1934 la directora de Sur, continuando el camino inaugurado por Lugones diez años antes, viajó a la Italia de Mussolini en compañía de Eduardo Mallea; fascinada por el Duce, en Florencia y Venecia repitió una conferencia de título adaptado a su auditorio: “Supremacía del alma y de la sangre”²⁸⁶, con el auspicio del Instituto Interuniversitario Fascista di Coltura. Más allá de las formas protocolares se trata de una curiosa lectura de *Kangaroo*, novela de D. H. Lawrence, que permite balconear su visión frente a la crisis. Cuenta Ocampo en su exposición que Lawrence abandonó la agotada Europa y se dirigió hacia Australia. Escribe: “Jamás me hubiera imaginado que pudiera existir analogía alguna”²⁸⁷ entre Argentina y Australia. Ese pronunciamiento nos ahorra cualquier comentario, si precisamos que se realizó dos años después de la Conferencia de Ottawa y meses después del acuerdo Roca-Runciman (ambos países se insertaban en el mercado mundial vendiendo a Gran Bretaña, casi lo mismo; esto es, son exportadores de materias primas de origen agropecuario; Victoria Ocampo obtiene sus ingresos de los campos que heredó, esto es, de la renta agraria), pero impone algunas consideraciones literarias: la incomprensión del protagonista de la novela, Somers, sobre la cultura australiana, y la de la señora Ocampo sobre la sudamericana resultan intercambiables. Ambos están decepcionados, no saben qué pensar, y nuestra culta terrateniente lo explica así:

¿No hemos tenido cien veces la impresión, ante los europeos, de ser adolescentes, adolescentes devorados de incertidumbres, incluso cuando la persona con la que conversábamos no brilla por sus aciertos, y nos contaba, con aplomo, macanas?... ¿No sabemos que tiene siempre

286 Victoria Ocampo, “Supremacía del alma y la sangre”, en *Testimonios. Segunda serie 1937-1940*, Buenos Aires, Ediciones Fundación Sur, 1984. Aunque el trabajo está fechado en septiembre de 1934 se publica junto a los *Testimonios* del 37 al 40 con el claro objetivo de licuarlo entre textos antifascistas.

287 *Ibid.*, p. 189.

la esperanza de que alguien le ponga en la buena pista?
*¿De que alguien le diga lo que piensa en realidad, lo
que siente en realidad y lo que es en realidad?*²⁸⁸

Dicho sin cortapisas: Ocampo espera que la explicación venga de Europa, aunque resulten “macanas”, porque no imagina un abordaje propio, una lectura nacional de la crisis. Esto es, entender la naturaleza de la dependencia estructural que la crisis desnudaba inequívocamente; entender dónde está parada la sociedad argentina.

Admitámoslo, Victoria Ocampo no sabe hacia dónde dirigir la mirada. Por tanto, el significativo libro de los hermanos Irazusta²⁸⁹ no ingresa en su campo visual. Ocampo no puede pensar siquiera defensivamente la crisis de la dependencia nacional, si la obliga a dar la espalda a Europa²⁹⁰. Por eso está en Italia, para considerar si el fascismo no es la respuesta a la pregunta por la crisis. Este abordaje es también el del diario *La Nación*, y, *mutatis mutandi*, del Ejército. Desde la perspectiva de su clase, Victoria Ocampo no encuentra salida, y calla. No solo calla personalmente, su revista calla definitivamente, su clase tiene un absoluto desconcierto. Basta revisar el Índice²⁹¹ para comprobar que la crisis del treinta no mereció, en su especificidad, tratamiento alguno.

Es preciso matizar esta última afirmación con sentido pedagógico. Una respuesta no liberal, que no es lo mismo que una respuesta antiliberal, fue publicada en el mismísimo año 1934. Los hermanos Irazusta escriben *La Argentina y el Imperialismo Británico*²⁹², texto que goza de un raro privilegio: casi todos sus comentaristas tienen posición tomada antes de leerlo, por tanto la mayor parte se ahorra el esfuerzo y sin sonrojarse condena

288 Ibid., p. 194, destacado de A.H.

289 Rodolfo y Julio Irazusta, *La Argentina y el imperialismo británico. Los eslabones de una cadena 1806-1833* (sic), Buenos Aires, Tor, 1934.

290 Victoria Ocampo, “Carta de Waldo Frank”, en *Sur* n.º 1, pp. 7 a 18, verano de 1931. Escribe en la página 11: “¿Volver la espalda a Europa? ¿Siente el ridículo infinito de esa frase?”.

291 *Sur*, Índice 1931-1966, números 303, 304 y 305, Buenos Aires, Sur, 1967.

292 Julio y Rodolfo Irazusta, *La Argentina y el Imperialismo Británico*, op. cit.

el primer ensayo moderno por pensar, bien o mal, la sociedad argentina. Vamos a contravenir norma tan edificante.

El trabajo, dividido en tres partes, intenta conservar una opinión equilibrada, sin abandonar su perspectiva crítica y sin adquirir un tono denostativo programático del “Tratado de Londres”, más conocido por el nombre de sus firmantes. Más que vilipendiar a los negociadores y al gobierno del general Justo, señala que el interés nacional existe y que resulta defendible aun en esa coyuntura. En la primera parte, tras analizar la misión encabezada por el vicepresidente Julio Roca (h), sobredemuestran el carácter escandalosamente cipayo de las fórmulas empleadas por la delegación argentina durante las tratativas (Roca *dixit*: “La geografía política no siempre logra en nuestros tiempos imponer sus límites territoriales a la actividad económica de las naciones. Así ha podido decir un publicista de celosa personalidad que la Argentina, por su interdependencia recíproca, es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del Imperio Británico”²⁹³). Salvo el Carlos Saúl Menem de las “relaciones carnales” casi nadie había sido tan extensa e intensamente cínico nunca. Sin olvidar la sustantiva afirmación del príncipe de Gales (“es exacto decir que el porvenir de la Nación Argentina depende de la carne. Ahora bien: el porvenir de la carne argentina depende quizás enteramente de los mercados del Reino Unido”²⁹⁴). Y como ese es el argumento central de la postura británica sus críticos replican: “Esta afirmación es falsa, de toda falsedad, si se analiza a la luz de las estadísticas”²⁹⁵.

Recuerdan que *la carne no representa sino el 30 por ciento de las exportaciones a Gran Bretaña*, y si se considera el total de exportaciones al resto del mundo esa proporción vuelve a caer abruptamente²⁹⁶. Y por último señalan que si los ingleses no compran productos argentinos, el gobierno de Justo no dispondría de divisas para abonar las regalías de las inversiones

293 Ibid., p. 29.

294 Ibid., p. 24.

295 Ibid., p. 24.

296 Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, op. cit., pp. 31, 32 y 33..

británicas en territorio nacional: verbigracia, los ferrocarriles. Ergo, o cobraban con carne o no cobraban. Dicho con rigor: las dificultades del gobierno argentino –en ese punto– no eran mayores que las del británico. Pero no era esa la percepción de la sociedad argentina, ni de su clase dominante.

En Ottawa los integrantes del Imperio pactan asegurar sus intercambios frente a la crisis, en desmedro de la Argentina. Tanto Canadá como Australia insisten en ese punto. Malcom Robertson, ex embajador inglés en Buenos Aires, analiza en *The Times* un punto de vista mucho más realista el 27 de enero de 1932. Todo el planteo era muy sencillo ya que demostraba que las cuentas estaban mal hechas: reducir las importaciones de la Argentina, explicó el experto, equivalía a reducir su capacidad de pago, y reducirla suponía que las inversiones inglesas en territorio nacional no podían girar al exterior sus utilidades, a las que se debían sumar fletes, seguros y transacciones financieras. Y sobre todo recortaba la posibilidad de sostener la importación de productos ferroviarios ingleses. Dicho con sencillez, equivalía a asestar, en términos de Robertson, un “rudo golpe” al interés británico.

IV

La crisis imponía un camino propio tanto en el territorio de la cultura como en el de la política. No había modo de continuar la picada anterior sin degradar brutalmente las condiciones de vida de la sociedad argentina. La comprensión de los partidos populares sobre el nuevo camino era muy inadecuada. Tanto que ni siquiera las novedades que nos tenían por protagonistas –como la Reforma Universitaria– fueron adecuadamente metabolizadas. La responsabilidad del radicalismo, su incapacidad para defender el movimiento reformista universitario, en este caso nos referimos a la UCR cordobesa, no constituye un asunto menor, y vale la pena observar su desenvolvimiento.

Por la lógica del enfrentamiento político anterior, con Juárez Celman y el Partido Autonomista Nacional, arrastraba el lastre

de los sectores más clericales y conservadores. Desde esa concepción el doctor Enoch Aguiar renuncia a la intendencia de Córdoba en 1917, ya que el Consejo Deliberante establece la jornada laboral de 8 horas, no sin antes prohibir la venta de cigarrillos a menores de 14 años. Más tarde don Enoch objetaría la enseñanza laica y la participación estudiantil en el gobierno de la Universidad, dado que integraba la “Corda Frates”, cofradía semi secreta que gobernaba con mano de hierro la universidad bajo la férula de la Iglesia católica. Para que la Reforma sobreviva deberá defenderla el gobierno nacional.

Marcelo Torcuato de Alvear será –en cambio– tributario del punto de vista de Aguiar; por eso, en 1926 interviene las universidades del Litoral y Córdoba, para modificar definitivamente su estatuto aprobado en 1922. Iniciando así la contrarreforma oligárquica antes de la crisis del treinta. Toda la transformación que el radicalismo fue capaz de insuflar falleció en sintética agonía. La UCR había dado todo de sí, y desde la pobreza que la nutría (que era también pobreza social y conceptual sobre su propia tradición) nunca se propuso librar, siquiera limitadamente, la imprescindible batalla cultural.

Las tensiones, por cierto, existían. Ni las relaciones de la Iglesia con el Estado –salvo impedir la constitución de la Universidad Católica–, ni el estatuto legal del movimiento obrero –vetado por los conservadores en el senado–, ni los derechos políticos de los extranjeros, ni la situación electoral de las mujeres –con media sanción de diputados el proyecto fue cajoneado por el Senado–, ni las propuestas liberales del socialismo, fueron objeto de reelaboración crítica.

El radicalismo no avanzó, y la crisis del treinta impuso el más frenético conservatismo católico. Dejemos algo en claro: una cosa es no impulsar una dinámica cultural vinculada con la necesidad de transformar la sociedad argentina, y otra muy distinta fue la práctica que se desarrolló durante los gobiernos de la década infame. En verdad, el bloque de clases dominantes jamás había sido particularmente pío, sino

más bien descaradamente desinteresado. A tal punto que entre 1880 y 1930 –vale decir durante la historia nacional realmente existente– la influencia de la Iglesia católica poco tiene que ver con su peso ideológico posterior. Contado al galope: la batalla por la independencia virreynal²⁹⁷ desarticuló a la Iglesia, los gobiernos sucesivos exigieron las mismas potestades que ejerciera la corona de Castilla (no por anticlericales, sino por regalistas) sin conseguirlo, y en 1880 se establece un *modus vivendi* que puso límite al conflicto, sin olvidar la expulsión del nuncio papal por intromisión en el debate interno sobre educación laica. Tanto la tradición del roquismo como la del radicalismo integran el horizonte liberal, sarmientino, de modo que la lenta recomposición del poder clerical romano no contó con el decisivo respaldo del poder.

La crisis mundial del liberalismo y la debilidad del gobierno de Justo permitieron que un hombre sin la menor simpatía personal por el catolicismo se transformara, objetivamente, en su principal aliado, dando vuelta “el mapa eclesiástico argentino”²⁹⁸. El punto culminante de esta alianza fue el Congreso Eucarístico Internacional: Buenos Aires fue elegida sede del encuentro número XXXII, con la presencia del legado pontificio, cardenal Pacelli, en octubre de 1934. Esa no era toda la novedad: los integrantes de la alta sociedad porteña –generalmente agnósticos, y nunca preocupados por cuestiones religiosas– fijaron el nuevo tono, participando activamente de su organización. Este cambio “difícilmente pueda ser exagerado”²⁹⁹ ya que de 11 diócesis existentes la Iglesia pasó a 21, lo que deja en claro que Justo consideraba que la duplicación de su influencia aceptaba sus relaciones con la sociedad.

Ni siquiera la revista *Sur*, ni el propio Borges, se librarían de esta nueva influencia. Jacques Maritain –figura central del catolicismo liberal francés, aunque de origen maurrasiano– visita Buenos Aires en 1936, invitado por Victoria Ocampo

297 Véase Alejandro Horowicz, *El país que estalló...*, op. cit.

298 Lila M. Caimari, *Perón y la Iglesia católica...*, op. cit., p. 34.

299 *Ibid.*, página 48.

y los Cursos de Cultura Católica (CCC). Multitudes acuden a escucharlo. Con el estallido de la guerra civil en España la influencia de la Iglesia volvió a crecer. Sobre todo en las Fuerzas Armadas, ya que en un bando militaban los liberales republicanos encabezados por el socialismo, con el respaldo activo de la Unión Soviética, y en el otro el falangismo sostenido en masa por la Iglesia Católica y los jesuitas. Anticomunismo militante y clericalismo militar, desde ese momento, nunca se soltarán la mano en la historia política argentina. Y nada de todo esto se modificaría demasiado hasta la finalización de la Segunda Guerra Mundial.

Capítulo 3

El discurso del método

...la guerra es absorbida por la política cuando esta aparece como pura paz.³⁰⁰
León Rozitchner

Una declaración de guerra es siempre la individualización de un enemigo.³⁰¹
Carl Schmitt

Quemar libros y erigir fortificaciones es tarea común de los príncipes.³⁰²
Jorge Luis Borges

Para que un bloque de clases dominantes acepte abandonar un proyecto histórico, el programa del partido del Estado, que intentó llevar adelante a lo largo de tres complejas décadas (esto es, entre 1945 y 1974), deben existir razones de peso. Ni qué hablar si abandonarlo requiere ceder poder y quedar a merced de tenedores relativamente arbitrarios, sin fiscalización legal, ni dispositivos de control eficaz, en suma, frente a personeros militares relativamente omnímodos.

El método con que se ejecutó esta contrarrevolución

300 León Rozitchner, *Perón entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*, Buenos Aires, CEAL, 1985, p. 60.

301 Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Buenos Aires, Folios, 1984, p. 181.

302 Jorge Luis Borges, “La muralla y los libros”, en *Otras inquisiciones, Obras Completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé, 1979, p. 633.

programática fue la conformación de una dictadura burguesa terrorista unificada. Los conflictos históricos al interior del bloque de clases dominantes fueron resueltos mediante una colosal transferencia de capital acumulado al mercado financiero internacional: la deuda externa, deuda que organizó una especie de comandita por acciones transformando a sus tenedores en rentistas a perpetuidad. Esta operación fue respaldada mediante una política de terror sistemático contra los sectores populares, política que contó con el conocimiento cómplice de la compacta mayoría de la sociedad argentina³⁰³.

*La conformación de una dictadura burguesa terrorista solo puede realizarse bajo estatuto de excepción explícita*³⁰⁴, *y excede largamente los términos tradicionales de un golpe de Estado*. De comparar los textos de las proclamas golpistas de 1930 y 1976 surge la diferencia discursiva específica. Sostiene Leopoldo Lugones, autor del texto, al que resulta imposible tachar de democrático:

El gobierno provisorio inspirado en el bien público y evidenciando los patrióticos sentimientos que lo animan proclama su respeto a la Constitución y a las leyes vigentes y su anhelo de volver cuanto antes a la normalidad, ofreciendo a la opinión pública, las garantías absolutas, a fin de que *a la brevedad posible pueda la Nación, en comicios libres elegir sus nuevos y legítimos representantes*³⁰⁵.

303 Véase el capítulo correspondiente a las cartas del lector en el diario *La Prensa*.

304 “La conducción del proceso se ejercerá con absoluta firmeza y vocación de servicio. A partir de este momento, la responsabilidad asumida impone el ejercicio severo de la autoridad para erradicar definitivamente los vicios que afectan al país. Por ello, al par que continuará combatiendo sin tregua a la delincuencia subversiva abierta o encubierta y se desterrará toda demagogia, no se tolerará la corrupción o la venalidad bajo ninguna forma o circunstancia, ni tampoco cualquier trasgresión a la ley u *oposición al proceso de reparación que se inicia*”. Proclama del 24 de marzo de 1976, en Horacio Verbitsky, *Medio siglo de proclamas militares*, Buenos Aires, Editora 12, 1987, p. 149, destacado de A.H.

305 Leopoldo Lugones, “Proclama del 6 de septiembre de 1930”, en *Ibíd.*, p. 45, destacado de A.H.

En cambio, en el acta que suscribe “el presidente del Colegio de Escribanos de Buenos Aires³⁰⁶”, el 24 de marzo de 1976 con motivo de la asunción de la Junta Militar, se lee: “Observar y hacer observar fielmente los objetivos básicos y Estatuto para el Proceso de Reorganización Nacional y la Constitución de la Nación Argentina”. De modo que la subordinación del texto constitucional al “Estatuto” no requiere mayores explicaciones, sobre todo si se completa con la proclama de la Junta Militar donde se prohíbe la “oposición al proceso de reparación que se inicia”. Impedir la posibilidad de toda forma de oposición legal, sin límite de tiempo, es consustancial a un ordenamiento político reglado por el Estado de excepción. Para decirlo sin ambages: es una declaración de guerra que “individualiza un enemigo” subversivo y ubica la paz, esto es, “la política”, en el otro polo. La paz se “absorbe” hasta el “regreso” de la política: mientras tanto, Estado de excepción.

Ese Estado requiere determinadas condiciones de posibilidad histórica, y una cierta tradición que legitime *urbi et orbi* su necesidad. Dicho sin ambages, precisa una clase dominante aterrada por el aliento en la nuca de una amenaza revolucionaria, imaginaria o real. Y la clara conciencia de que sus pares, en el resto del planeta, comparten su percepción de la situación; por tanto, están dispuestos a acompañarlos mientras ese recorrido impresentable no entre en colisión con sus propios intereses.

Esta doble condición se daba, en la sociedad argentina, desde el Operativo Independencia en lo político militar, y desde el abandono del Plan Trienal en lo económico; esto es, bastante antes del 24 de marzo de 1976.

Precisemos, no basta una amenaza abstracta, genérica: el comunismo; los integrantes del bloque dominante deben sentirse personal y colectivamente en peligro. Es decir, registran que hay una relación de contigüidad entre la amenaza y ese proyecto de desarrollo económico y político. Esto terminó de suceder cuando, amén de una guerrilla organizada capaz de cobrar rescates de decenas de millones de dólares, una corriente

306 *La Opinión*, 25 de marzo de 1976.

socialista revolucionaria conquistó mediante elecciones libres, por primera vez desde 1945, la dirección de la Unión Obrera Metalúrgica de Villa Constitución. Era un giro copernicano, trabajadores industriales calificados, en un histórico bastión peronista, votaban militantes y programas de transformación radical.

Lorenzo Miguel, secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica, intervino la seccional, y el movimiento resistió con el respaldo solidario de la Villa, y de las organizaciones armadas (Organización Comunista Poder Obrero, Montoneros y PRT-ERP). Durante 45 días una dura batalla se libró entre los trabajadores y la patronal de Acindar, acompañada por la burocracia sindical de las 62 Organizaciones. Los trabajadores no pudieron extender la lucha al resto del país, y la represión no pudo aplastar las organizaciones de base. En esas condiciones Ricardo Balbín describió el conflicto como “guerrilla fabril”; a la guerrilla se debía tratarla, se la trataba, con los instrumentos legales del Operativo Independencia; de modo que el portaestandarte de los derechos democráticos... de la burguesía, daba luz verde a la represión directa.

Al mismo tiempo, José Alfredo Martínez de Hoz –presidente de la compañía– se negó a negociar con esos representantes sindicales. Esa negativa contenía un programa *in nuce*. El bloque de clases dominantes, a través de uno de sus integrantes más caracterizados, anunciaba que los dirigentes obreros perdían su condición de tales si los trabajadores no votaban adecuadamente en los sindicatos. La relación entre esa empresa y sus trabajadores quedaba definitivamente desparlamentarizada. Es decir, o imponían el control obrero de la producción o la represión directa y sin cortapisas reestablecería el orden fabril. La 4.144 –con su célebre fuera de la ley, de la tradición absolutista francesa– en otras condiciones históricas, con los antecedentes de la represión del Frigorífico Lisandro de la Torre, bajo el gobierno de Arturo Frondizi, y del Cordobazo durante el general Onganía. Es decir, Plan Conintes (Conmoción Interna

del Estado) a escala nacional sin límite de tiempo.

Tras el retiro de Martínez de Hoz de la dirección de la planta, se hizo cargo de Acindar el general Alcides López Aufranc. Un dato de su curriculum lo volvía particularmente apto para el cargo: entre 1957 y 1959 había recibido el curso para oficiales superiores en la Escuela Superior de Guerra (ESG) de París. Y no solo estaba especializado en guerra contrarrevolucionaria, sino que había pasado un mes en Argelia, junto con la promoción 71 del Ejército francés. A su vuelta publicó un artículo que sintetiza la experiencia: “La guerra revolucionaria en la Argentina”³⁰⁷. El horizonte del año 1976 despuntaba antes de 1975 como posibilidad, como línea a desenvolver, como “estrategia contrarrevolucionaria” de manual de inteligencia listo para su ejecución.

En ese nuevo horizonte el papel de las Fuerzas Armadas se modificaba definitiva y dramáticamente. La tesis del general Westmoreland (comandante de las tropas estacionadas en Vietnam del Sur, durante la VIII reunión de los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas Americanas, 1968, Río de Janeiro) pasó a leerse de otro modo. Sostuvo entonces Westmoreland: “Aunque el proceso de construcción de la nación pueda parecer relativo a las instituciones civiles, nuestra experiencia ha mostrado que las Fuerzas Armadas –las nuestras y aquellas de las naciones a las que queremos ayudar– deben muchas veces asumir el rol principal y servirse de sus equipos y capacidades para ayudar al pueblo a ayudarse a sí mismo”.

Ayudar al pueblo a ayudarse a sí mismo *mutatis mutandis* significó ayudar al ejército a reprimir toda forma de oposición política. De la tesis del reformismo militar desarrollista –todavía enarbolada por dirigentes de los EE.UU., cierta izquierda y la derecha civilizada– pasó al programa de contrainsurgencia de Fort Bragg.

Una pregunta se impone: ¿de dónde surge el bagaje de ideas que la dictadura burguesa transformó en programa terrorista

307 Alcides López Aufranc, *La guerra revolucionaria en la Argentina*, en *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, n.º 335, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1959.

sistemático, y puso en práctica a escala total desde octubre de 1975? La respuesta ni es simple, ni es breve, pero vale la pena intentarla.

I

Retrocedamos analíticamente hasta la posguerra. En 1945 el general De Gaulle³⁰⁸ reafirma la voluntad de conservar la soberanía francesa en Indochina. La defensa del Imperio Colonial es aun el horizonte político compartido, incluso por el segmento más moderno del bloque tradicional. Nadie políticamente significativo, lo que incluye a comunistas y socialistas, propicia la independencia irrestricta de las colonias francesas. La derrotada estrategia comunista en la Guerra Civil española (primero ganar la guerra, para después hacer la revolución) no sólo no se había revisado, sino que sintetizaba la experiencia del Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial. Las denominadas “revoluciones desde arriba” eran toda la estrategia de la Komintern, las otras ponían en peligro la continuidad de la burocracia soviética.

La perspectiva de conservación gaullista era, por ese entonces, la única perspectiva. Hasta el civilizado Raymond Aron defiende que Argelia siga siendo francesa. Claro que el sentido de los hechos –con la terquedad que lo caracteriza– siguió su curso. El 24 de marzo de 1945 el gobierno provisional rehizo el status de la península Indochina integrándola, en curiosa teoría, a una Unión Francesa. Puesto que el colonialismo no retrocedía, sus formas más obvias no debían quedar en absoluta evidencia.

Los vietnamitas, por su parte, dirigidos por el Partido Comunista de Ho Chi Minh, no se dan por enterados y eligen el día de la capitulación japonesa, 2 de septiembre, para proclamar su independencia; en verdad actúan en consonancia con el nacionalismo argelino³⁰⁹ que se había levantado en armas el día de la rendición alemana, 8 de mayo de 1945, y con el comunismo

308 Charles De Gaulle, *Memorias*, t. 1, Madrid, Taurus, 1970, p. 12.

309 Franz Fanon, *Los condenados de la tierra*, México, FCE, 1969.

chino encabezado por Mao Tse-Tung³¹⁰. Izquierda y programa de descolonización se tocaban en más de un punto. El capitalismo volvía a mutar, la fase imperialista analizada por Lenin se subordinó a la reconfiguración del mercado mundial, al nuevo orden político del capital mundializado. Por tanto, la lucha entre potencias imperialistas se sometía al acuerdo bipolar entre la URSS y los EE.UU. en el marco de las Naciones Unidas.

La guerra interimperialista había tocado a su fin. Al tiempo que el proceso de descolonización cobra súbito impulso: de ahí que los EE.UU. acepten la independencia de Filipinas, prometida por el gobierno del presidente Franklin Delano Roosevelt, y que la Gran Bretaña abandone la India tras el triunfo electoral laborista, con el voto decisivo de los soldados movilizados en el frente, mientras sir Winston Churchill clama al cielo por la cruzada anticomunista y la conservación del imperio. Los mejores integrantes de la vieja élite mundial, salvo el fallecido Roosevelt, no están a la altura de los nuevos tiempos. Y la nueva se irá adecuando en curioso recorrido.

La IV República francesa, por ejemplo, reinicia las guerras coloniales, siguiendo el apolillado norte del ciclo anterior. La crisis que gatilla semejante conducta contiene, a lo largo de doce años, la destrucción del sistema político francés. De Gaulle – dando otra vez muestras de sutil inteligencia práctica – volverá sobre sus pasos; esto es, acepta en privado (recién en 1958) que Argelia ya no puede seguir siendo francesa. Tras ganar el referéndum con que se funda la V República, el general da a conocer su nuevo punto de vista.

El 16 de septiembre de 1959 De Gaulle se pronuncia por la autodeterminación de Argelia³¹¹. Parte de sus seguidores militares pasan a considerarlo un traidor, y organizan un fallido putsch el 23 de marzo de 1961. Razonan como si las dos guerras mundiales fueran exactamente idénticas. De Gaulle entiende la diferencia específica: la primera guerra no fue capaz de proporcionar

310 Isaac Deutscher, *Ironías de la historia*, Barcelona, Península, 1971.

311 Charles De Gaulle, *Memorias*, t. 1, op. cit.

un orden internacional relativamente estable; la segunda, sí³¹². Dicho con sencillez, el lapso de las guerras ímperialistas ha sido definitivamente clausurado, la competencia armada entre potencias ímperialistas equivale a victoria soviética, y las guerras coloniales integran el ciclo fenecido. Por tanto, la bipolaridad soviético-norteamericana, materialización de esta nueva perspectiva, organiza la lógica del período. Entonces, las luchas contra los viejos ímperios coloniales por la independencia nacional, cuenta con adecuada legitimidad internacional; el nuevo ciclo largo del capital³¹³ amplía el mercado mundial, modificando las condiciones de reproducción y saqueo. El “mercado colonial” se deshace ante el avance y la reestructuración del mercado mundial. El capitalismo se integra a otra escala³¹⁴ y con otros métodos de dominación. Era el mundo uno que sintetizaría más tarde la Trilateral Comisión, de la mano de Henry Kissinger.

Para poner a Francia en consonancia con ese orden, la derecha civilizada deja de defender lo indefendible, y empuja el fortalecimiento de una nueva unidad política: la Europa de los siete³¹⁵. Solo la alianza franco-alemana torcerá el viejo rumbo; el anterior enfrentamiento, por su parte, reproduce con regular monotonía la batalla por la cuenca del Rhur: 1870-1871; 1914-1918; 1939-1945³¹⁶, como batalla franco prusiana, y Marx ya había adelantado sus trágicas consecuencias.

Rehacer la madeja de esa historia impuso una guerra civil que se libraría tanto en la Casbah argelina, como en el París de la V República³¹⁷. Explica De Gaulle en sus Memorias:

312 Karl Polanyi, *La gran transformación*, México, Juan Pablos Editor, 1992.

313 N. D. Kondratieff, “Los ciclos económicos largos”, en *Los ciclos económicos largos ¿una explicación a la crisis?*, Madrid, Akal, 1979.

314 Silvio Frondizi, *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica*, Buenos Aires, Editorial Ciencias Políticas, 1973.

315 Jean-Jacques Servan-Schreiber, *El desafío americano*, Editorial ZZ Zag, Santiago, 1967.

316 Ernest Mandel, *El significado de la Segunda Guerra Mundial*, México, Fontamara, 1989.

317 Paul-Alain Léger, capitan, *Aux carrefours de la guerre*, París, Albine Michel, 1984. “Nunca dude en aclarar que esta guerra era una guerra civil, una guerra entre franceses,

Tampoco me cabía duda de que, esta vez, tendría que entrar en la liza. Porque, desde el momento en que el ejército, apasionadamente aclamado en Argelia por una muchedumbre, y contando en la metrópoli con el beneplácito de numerosísimas personas desalentadas, se alzaba frente al aparato oficial; desde el momento en que el gobierno solo daba muestras de su desconcierto y su impotencia, y de que, en la masa, ningún movimiento de adhesión ni de confianza apoyaba a las autoridades que detentaban el poder, bien claro está que el país caminaba directamente hacia la subversión, hacia el súbito desembarco de una vanguardia aerotransportada en París y el establecimiento de una dictadura militar asentada en un Estado de sitio semejante al de Argel, lo cual seguramente provocaría, en el otro bando, huelgas cada vez más dilatadas, una obstrucción paulatinamente generalizada y unas resistencias activas crecientes. Resumiendo: *la aventura, que desembocaría en una guerra civil, en presencia y, pronto, con la participación en diversos sentidos de los extranjeros*³¹⁸.

Entonces, o las victorias militares de los “paras” en Argel eran el prólogo de la dictadura en toda Francia y abrían el curso de una guerra civil supranacional, o los detenían; De Gaulle los detuvo: por tanto, o la desintegración del imperio colonial incluía una batalla revolucionaria por un nuevo orden social en ambas orillas, o se abría un capítulo de reformas que incluían la constitución de un nuevo orden político tanto en Francia como en Argelia. Jean Paul Sartre entendía el problema: “En un punto estamos de acuerdo con vosotros: ¡la cuarta República está muerta, y no pensamos resucitarla! Pero no es a vosotros

más allá de su origen y de su religión”, citado por Marie-Monique Robin, *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*, op. cit., p. 155.

a quienes pertenece el hacer la quinta República. Es al pueblo francés en su plena y entera soberanía³¹⁹. Era una propuesta incontestable sin instrumentos históricos adecuados, sin voluntad revolucionaria por parte de la izquierda, sin estrategia revolucionaria desde el movimiento obrero; De Gaulle ganó el referéndum; por tanto, el nuevo orden político fue elaborado a la medida del anciano general y de la transformación reformista de Europa. Eso sí, la guerra interimperialista entre Francia y Alemania había quedado definitivamente atrás.

La sangrienta batalla civil cobraría miles de víctimas, y si bien la mayor parte de las bajas sería argelina, la continuación de la guerra –sin el horizonte de la independencia de Argelia– pondría en peligro el orden interno de la sociedad francesa³²⁰, y por esa vía el de toda Europa. De Gaulle entiende ese límite, el Estado Mayor francés no. La falta de lectura compartida, de teoría común, de esa derrota política no es tan solo un problema académico. Para la tradicional derecha anti dreyfusiana y petanista (colonialista, integrista, racista, antisemita, antiobrera, antiliberal, anticomunista) la puñalada política de la traición gaullista impidió la victoria militar definitiva. Ese mito anacrónico será su santo y seña. Vale la pena recordar que también lo fue desde 1918 para el militarismo alemán con levísima variante: los socialistas, los judíos y el parlamento. Con otra diferencia: ya no había espacio para Hitler, para otra guerra interimperialista.

Aun así el silogismo resulta obvio: Para detener el avance izquierdista en el mundo, y la batalla por la descolonización es parte de ese avance, resulta casi imperioso aprender las nuevas tácticas francesas en Argelia. La liviandad intelectual de los oficiales se ha vuelto un lugar común de la ciencias sociales, casi nadie ignora que la mayoría del cuerpo de oficiales se limitó a leer la almibarada trilogía de Lartéguy³²¹. Era patético, pero

319 Jean Paul Sartre, *Colonialismo y neocolonialismo*, Buenos Aires, Losada, 1965, p. 83.

320 Ídem.

321 Jean Lartéguy, *Los Centuriones, Los pretorianos, Los mercenarios*, Buenos Aires, Emecé, 1971.

también funcional. Una vez más las Fuerzas Armadas fueron portadoras de las estrategias militares más reaccionarias, por resultar simples y funcionalmente operativas con el abrupto giro conservador del bloque de clases dominantes; por tanto, los problemas políticos del enfrentamiento social pasaron a registrarse desde una perspectiva estática³²², sin el menor debate interno.

Un pensador militar quedaría completamente fuera del horizonte reaccionario, salvo para las meras citas de pura autoridad, ya que se transformará en una verdadera demarcación de campos conceptuales: Carl von Clausewitz. Para su inclusión harían falta otros abordajes que exigen historiar ese problema, siguiendo el modelo ensayado en *De la Guerra*³²³, cuando historiar, se sabe, atenta contra cualquier orden natural, esencial, inmutable del Occidente Católico³²⁴. Y cuando esa inmutabilidad alcanza el valor de categoría gnoseológica, cae fuera de las fronteras de tan ideologizados especialistas militares.

En 1945 la izquierda políticamente influida por el Partido Comunista de la Unión Soviética estaba casi desarmada para enfrentar, inteligir, adaptarse al nuevo curso del capitalismo europeo. Ni el Plan Marshall era la colonización de Europa por parte de los Estados Unidos, ni el programa común del carbón y el acero de 1954 era exactamente antisoviético. Desde el momento en que los comunistas carecían de concepto para la unificación de Europa, ese programa pasó a manos de una

322 Roger Trinquier, *La guerre moderne*, París, La table ronde, 1961.

323 Carl von Clausewitz, *De la guerra*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1983.

324 Jean Ousset, *Marxismo y Revolución*, Madrid, Speiro, 1977, p. 30. “¿Qué lecciones recibimos para decidirnos a comprender qué es la Revolución, y como es vano combatir las formas extremas si seguimos respetando los sistemas que las han hecho deslizarse entre nosotros? Mientras aceptemos estos sistemas, el marxismo no dejará de aparecer más coherente que nosotros. Porque es verdaderamente el único sistema coherente en la incoherencia, entiéndase: el único sistema coherente cuando ya no se cree en la inteligencia, el SER, la verdad.” Y añade en cita al pie: “El catolicismo: ¡la religión del ser!... Lo que quiere decir la religión de la inmovilidad, de lo intemporal, porque es también la religión de la historia, la religión del acontecimiento de la Encarnación, de su preparación y de sus consecuencias. La única religión que da su sentido a la historia”.

teórica burguesía en construcción. De modo que comunistas nacionales enfrentaron a burgueses keynesianos apalancados en el *welfare state* a escala europea, y la tecnología productiva norteamericana. Resultó excesivo.

Mientras tanto, la tensa trabilla estalinista impedía, además, a los comunistas de los países coloniales ser la palanca democrática de la derrota de la anacrónica burguesía³²⁵ nacional imperialista del ciclo anterior. Entonces, en lugar de avanzar a tambor batiente hacia la independencia nacional –lo que partiría en dos el gobierno de unidad nacional en Francia– Ho Chi Minh se ve obligado a pactar con la IV República, bajo la presión de los ministros comunistas, y las imperativas indicaciones de José Stalin. Pero la intransigencia parisina termina salvando la guerrilla del colapso político, al no dejar lugar para ninguna salida negociada. La lucha retoma entonces, tras un enorme retroceso militar, la virulencia anterior. Hasta que sagazmente conducida y sistematizada por el general Vo Nguyen Giap³²⁶, la guerrilla derrota en Dien Bien Phu, durante 1954³²⁷, al ejército de ese programa estratégico colonial, cuando derrota del programa y derrota militar eran una misma cosa. El orgullo francés sufre otro revés terrible. No solo fueron aplastados por los blindados alemanes, ni siquiera pudieron evitar que combatientes irregulares, asiáticos y comunistas, los vencieran inmisericordiosamente. Era preciso pensar todo de nuevo; en esas condiciones elaboran, es un modo de contarlos, el nuevo esquema de lucha entre irregulares y un ejército convencional “moderno”: la doctrina francesa.

No piensan un orden político donde las relaciones de saqueo directo, coloniales, tiende a reemplazarse por el flujo de intercambios mercantiles del comercio internacional, sino la conservación del status anterior. Entonces, pierden de vista las condiciones históricas de la guerra, para centrarse

325 Stalin rehace personalmente el programa del PC de Gran Bretaña. Véase la polémica Thomson-Anderson.

326 Nguyen Giap, *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1971.

327 *Ibid.*, véase el último capítulo correspondiente a Dien Bien Phu.

en aspectos puramente instrumentales. Por eso para algunos integrantes del Estado Mayor francés la guerrilla del Viet Minh “poseía cualidades militares incomparables”³²⁸. La admiración profesional –en el marco de la desmoralización alimentada por derrota anterior– fue la base de la ultra simplificada doctrina militar contrarrevolucionaria. La guerrilla, para ellos, no era una respuesta política a una determinada encrucijada histórica, sino una suerte de panacea universal, un método a generalizar, y lo generalizaron cartesianamente.

Retrocedamos con cuidado hasta enhebrar la línea de evolución de la estrategia militar francesa. La defensa estática propuesta para responder, antes de 1939, a la invasión alemana resultó patética. La línea Maginot –imaginada por el Estado Mayor francés como inexpugnable– resultó un obstáculo insignificante para las divisiones blindadas de Adolfo Hitler³²⁹. Unas pocas semanas bastaron para deshacer toda resistencia militar de la burguesía francesa. Una profunda sensación de abatimiento –la moral derrotista del gobierno de Vichy no se entiende de otro modo– recorría los cuadros medios del Ejército. La incompetencia del Estado Mayor era un dato compartido y se extendía al propio Pétain³³⁰. Pero la falta de adecuado diagnóstico sobre la naturaleza de esa debilidad reforzó los más arraigados prejuicios antiintelectuales. Al parecer, unos generales cobardes, rutinarios y estúpidos eran los causantes de la derrota. Eso era

328 Comandante Yves Gras, “Le conflit d’Indochine”, documento del Servicio Histórico del Ejército por Tierra (SHAT). Citado por Marie-Monique Robin, *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 35.

329 Mariscal Juin, *Memorias*, t. 1. Buenos Aires, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, 1968.

330 Mayor General J. F. C. Fuller, *La Segunda Guerra Mundial (1939-1945) Historia táctica y estratégica*, Buenos Aires, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, 1988, p. 111. “Pétain podía haberse retirado a Argelia y levantar su posición desde allí. Para Inglaterra fue una suerte que no tuviera él ni la voluntad ni la energía para hacerlo; si lo hubiera hecho, viendo Hitler que la entrada de Italia en la guerra el 10 de junio daba al Eje el dominio del Mediterráneo central, no cabía duda alguna que lo habría perseguido hasta su destrucción y que antes de terminado el año el norte de África, de Ceuta a El Cairo, con toda probabilidad habría sido suyo. El hecho de que, a pesar de la rendición de Pétain, no siguiese Hitler este procedimiento, fue, como veremos después, el mayor error estratégico que cometiera durante la guerra.”

cierto, pero era muy poco.

Retrocedamos hasta la Maginot: una defensa estática es por definición conservadora, ya que intenta preservar el territorio a defender fuera del escenario de la guerra. Intenta una propuesta disuasiva: la fortaleza inexpugnable. Esto es, pretender convencer al antagonista de la inutilidad de la solución militar, por la calidad de la defensa. Presupone que la desigualdad entre los contendientes permite a uno de ellos mantenerse indefinidamente a la defensiva estática³³¹. Y esa desigualdad debía volverse crónica por las condiciones de la paz (Tratado de Versalles, 28 de junio de 1919). El pago de indemnizaciones de guerra de Alemania a Gran Bretaña y Francia había sido calculado para evitar el despegue económico alemán³³². Las potencias vencedoras disolvieron el Estado mayor alemán y prohibieron su reconstrucción “mediante el artículo 160”³³³ de dicho tratado. Todo era preventivo, cortito, convencional. En suma, de esa paz resulta una estrategia que no requería jamás pasar a la ofensiva, y por tanto abandonaba toda contraofensiva posible, dejando la crisis política en manos de una diplomacia sin adecuado respaldo armado. Y basta que la situación político-militar se modifique –lo que está en la naturaleza de las cosas, y qué duda cabe: Hitler la modificó un tanto– para que esa defensa derrape en pasividad, en bloqueo de toda defensa alternativa eficaz. Sin olvidar que la tendencia a no reconocer cambios en el cuadro militar, a considerarlos políticamente irrelevantes, actúa como salvaguarda permanente de los defensores de una postura administrativa y de un Estado mayor sin genuina hipótesis de guerra ofensiva.

Dicho de un tirón, la defensa estática francesa suponía que la Primera Guerra Mundial era la última, que la victoria francesa no podía no ser definitiva, que el nacional socialismo remitía a

331 Se cuenta que el general Maurice Gamelin, a cargo de la comandancia de las tropas anglofrancesas, sostuvo: “En esta guerra, el primero que salga afuera de su caparazón, se hallará en gran peligro”, citado por J. F. C. Fuller, en *ibid*.

332 John Maynard Keynes, *The economic consequences of the peace*, Londres, Macmillan, 1919.

333 Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Buenos Aires, Folios, 1984, p. 143.

un problema de orden puramente interno, y que Alemania no estaba en verdad preparada para sostener una guerra exitosa contra Francia, que no podía estarlo en pocos años. Todas y cada una de estas presuposiciones demostraron ser inexactas, sobre todo políticamente y militarmente inexactas.

Esa previsión completamente inadecuada, constituía el corazón de la estrategia del mariscal Henri Philippe Pétain. Por tanto, no pudo ser el Ejército francés quien revirtiera la situación, sino la resistencia nacional a cargo de un general francés. Con un dato señalable: no resulta muy casual que el joven coronel De Gaulle, un apasionado defensor de los blindados desde mediados de la década del veinte, fuera un crítico implacable de esa lógica defensiva. En su trabajo *L'armée de métier*³³⁴, publicado por primera vez en 1934, señala la necesidad de redefinir una defensa basada en la caballería blindada. Solo una perspectiva militar que vinculara los cambios tecnológicos con la transformación de la guerra, y la transformación de la guerra con la del capitalismo continental, podía adecuarse a la batalla por un nuevo orden internacional. Ese era el punto de vista que Basil Liddell Hart³³⁵ defendía al otro lado del estrecho de Calais. Explica Liddell Hart: “La incomprensión para la nueva realidad de la guerra relámpago, y la oficial resistencia a ella, era mayor en Francia que en Inglaterra. Y mayor también en Polonia que en Francia. Esta incomprensión fue la causa de la derrota fulminante del Ejército polaco en 1939 y del francés en 1940”³³⁶.

Las consecuencias de cada postura estratégica (“la continuación de la política por otros medios”) arrojaron a cada sostenedor a una postura inequívoca en el dramático conflicto histórico: Pétain, al gobierno de Vichy –esto es, al colaboracionismo con Hitler–; De Gaulle, a encabezar la resistencia nacional francesa. La derrota del mariscal terminó en juicio, degradación y condena a muerte conmutada por prisión

334 Charles De Gaulle, *Ómnibus*, París, 2003.

335 Basil Liddell Hart, *Historia de la Segunda Guerra Mundial*, t. I y II, Barcelona, Caralt, 2000.

336 *Ibid.*, t. I, p. 34.

a perpetuidad. La victoria gaullista puso al general en un lugar de privilegio: el único miembro del staff internacional anterior que sobrevivió en la segunda mitad del siglo XX.

Retomemos el problema. La presencia soviética –como primera fuerza militar europea– no facilitaba las cosas, ya que los oficiales comunistas parecían la avanzada –la quinta columna– de la temida invasión. La paranoia militar era potenciada por la relativa indefensión de Europa frente a una potencial ofensiva de Moscú. La victoria del Ejército Rojo, verdadero demiurgo de la derrota nazi³³⁷, junto con la capacidad productiva de armamentos de la sociedad norteamericana, subrayó hasta el ridículo la inadecuación de la doctrina francesa.

A tal punto, que el papel de las fuerzas nacionales regulares en la reconquista de Francia fue mínimo, aun en medio de la debacle alemana. La resistencia cambia las cosas, sobre todo en materia de moral de combate, y fue la presencia de las tropas aliadas (tras la invasión de Normandía) la que modificó dramáticamente el equilibrio militar con la apertura del segundo frente. Por cierto que la sustitución de las Fuerzas Armadas por De Gaulle era una ilusión política. La resistencia fue el nuevo movimiento político militar que emergió triunfante, tras la deserción del Ejército y la burguesía franceses. Y quien dice resistencia menta dos cosas: De Gaulle y el Partido Comunista. El papel de los comunistas, puertas para adentro de la resistencia, no resultó una cuestión menor. El partido de los fusilados (así se los llamaba popularmente, así lo cantó Paul Eluard) combatió heroicamente. Al punto que su miserable comportamiento de 1940, único partido que conserva la legalidad hasta la invasión alemana a la Unión Soviética, se pierde en la memoria colectiva. La incorporación de los partisanos a las Fuerzas Armadas, por orden del general De Gaulle³³⁸, incluyó centenares de simpatizantes comunistas al cuadro de oficiales. Si además se añade el peso electoral del Partido Comunista

³³⁷ Obra colectiva a cargo de S. Gurevich, P. Belov y V. Sokolovski, *La gran guerra patria de la Unión Soviética. 1941-1945*, Moscú, Editorial Progreso, 1975.

³³⁸ Decreto del 20 de noviembre de 1944.

Francés (PCF), se comprende la intranquilidad política de tan lábil dirección militar.

Con un añadido: tanto la victoria de la guerrilla vietnamesa, estrechamente vinculada al Partido Comunista de Ho Chi Minh, como el FLN argelino, contaron con el apoyo de parte de la izquierda europea. Ambas situaciones invitaban a una lectura simple: batallas de una estrategia no convencional para vencer en la Segunda Guerra Mundial. De modo que la cruzada anticomunista alcanzó el rango de nueva religión conservadora. Y el coronel Roger Trinquier, autor de *La guerra moderna*³³⁹ será uno de tantos sencillos y exitosos expositores sistemáticos, cuya carrera no tuvo final feliz: terminó como mercenario en el Congo belga.

II

¿Cómo se elaboran las nuevas técnicas del método francés? La Cité Catholique, movimiento integrista orientado por el padre Jean Ousset, ejerció gran influencia ideológica entre los oficiales que combatieron en Argelia, como el coronel Charles Lacheroy³⁴⁰. El coronel, por su parte, relee un trabajo militar de Mao³⁴¹, traducido al francés en 1950, y que desde 1954, tras la batalla de Dien Bien Phu, se ha vuelto obligatorio para los oficiales que siguen cursos en la Escuela Superior de Guerra. Lacheroy lo sintetiza así: “guerra revolucionaria”: modalidad de la guerra moderna.

En 1955 inicia una fulgurante carrera pública de seis años, que concluye con el putsch de los generales del 22 de abril 1961. Antes Lacheroy pasa por el Estado Mayor de la Fuerzas Armadas, la academia de Saint Cyr, el Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional, la Escuela del Estado Mayor y la Escuela Superior de Guerra. Es decir, un curso de honores

339 Véase cita 8. La traducción de *La guerra moderna* fue publicada en 1963 por la Biblioteca del Oficial.

340 *De Saint-Cyr à l'action psychologique. Mémoires d'un siècle*, París, Lavauzelle, 2003.

341 Mao Tse-Tung, *Obras escogidas*, t. I, *La estrategia de la guerra revolucionaria*, Pekín, Lenguas Extranjeras.

completo.

¿El coronel solo alcanza reconocimiento militar?

El 2 de julio de 1957, en el anfiteatro de La Sorbona, improvisa durante 90 minutos una conferencia ante un descollante auditorio de militares y civiles. El tema: la guerra revolucionaria. Una versión de lo expuesto se publica junto a una recopilación de sus trabajos en la Prensa Universitaria Francesa (PUF)³⁴². Doce días más tarde, el general Massu, responsable militar de la batalla de Argelia, recibe la legión de honor de manos del jefe de gobierno. El respaldo que la sociedad francesa brinda a los “heroicos paracaidistas” es absoluto. Nadie políticamente significativo desconfía del método francés.

Recordemos. La batalla de Argel se desarrolló en dos períodos: de enero a marzo de 1957, el primero, de junio a octubre, el segundo. El Frente de Liberación Nacional nunca pudo constituir una zona liberada donde instalar gobierno, por tanto, técnicamente los paracaidistas nunca fueron derrotados. “Massu ganó su batalla, pero siguiendo un camino que conducía al infierno, se volvió el mejor agente reclutador del FLN y al final perdió la guerra”³⁴³.

Es que la arbitrariedad de la represión generalizada alimentaba el ciclo de la rebelión, contribuyendo a la expansión de la resistencia. “Hay que silenciar al enemigo interno”, predicaba pedagógicamente el coronel Lacheroy en París. Mientras sus pasantes encendían en la Casbah la “máquina para hacer hablar”. Así el nuevo discurso del método, picana en mano, había integrado todos sus elementos constitutivos.

En rigor de verdad, el método francés extrae sus instrumentos del interrogatorio policial. Quien reclama información, admite la importancia del interrogatorio coercitivo, y quien lo acepta termina reivindicando la tortura como instrumento legítimo. Una lógica implacable organiza este silogismo: guerra revolucionaria, guerra por la información, y como la información exige inteligencia, ya que de ella depende la victoria, poner límites a

342 Charles Lacheroy, *La Défense nationale*, París, PUF, 1958.

343 Marie-Monique Robin, *Escuadrones de la muerte...* op. cit, p. 128.

su obtención atenta contra el resultado del combate. Entonces, toda legislación que no se adecue a esta circunstancia más que un estorbo resulta una traición. Por tanto, la legislación de excepción es una necesidad interna de este sistema operativo, y si esta legislación no se implementa es porque “políticos incapaces de asumir sus responsabilidades” no lo permiten.

Esta guerra de nuevo tipo, antisubversiva, contiene su propia legitimidad y de ella se desprende una legalidad implícita. Al menos, ese es el punto de vista imperante en el cuadro de oficiales sometidos a esa lógica.

Mecánica y casi clínica, la modelización propuesta por Lacheroy se cimenta sobre una doble convicción, recurrente en los discursos militares sobre la ‘guerra revolucionaria’: privadas de voluntad propia, las ‘masas amorfas’ son presa de un conjunto de agitadores maquiavélicos que las ‘pudren’ como un cáncer social. Para cuidar al cuerpo enfermo hace falta extraer la metástasis revolucionaria, lo cual implica saber identificarla, condición *sine quanon* de su neutralización. En otros términos, y para retomar la metáfora de Mao, *para destruir el pez, hace falta quitarlo del agua*³⁴⁴.

–¿Cómo se quita el pez del agua?

–Siguiendo las reglas.

–¿Cuáles reglas?

–Antes que nada: ¿establecer qué relación hay entre el pez y el agua? ¿Una mera relación de contigüidad? ¿Otra de responsabilidad? El pez no puede ir más lejos que el agua. Ergo, es una responsabilidad compartida. De allí surge la regla número 1: el principio de responsabilidad colectivo. Todo civil es sospechoso de militar con los irregulares, ya que

344 Ibid., p. 60, destacados de A. H. En idéntico sentido se pronuncia el capitán Pierre Montagnon, *La guerre d'Algérie. Genèse et engrenage d'une tragédie*, Paris, Pygmalion/Gerard Waelet, 1984.

los irregulares no se identifican. Entonces, todo sospechoso debe ser tratado como un irregular.

Dado que el pez es conducido por un Estado mayor unificado, mediante una estrategia para la captura del poder, la eficacia exige actuar centralizadamente. Ergo la regla 2 impone que entre los comandos operativos y el Estado Mayor no haya interferencia. La dirección político-militar unificada, de una estrategia total, es condición de posibilidad para la victoria.

Como el pez resulta a simple vista inseparable del agua, como el civil no puede distinguirse del irregular, la regla número 3 va de suyo: primacía absoluta de la inteligencia. Solo la inteligencia puede determinar con exactitud cuál es la relación organizativa entre el pez y el agua. Es cierto que la violencia ejercida puede avergonzar a un ejecutor sensible, poco dispuesto a meter las manos en el barro, a no admitir que la tortura es un acto de guerra, pero es útil recordar que la Iglesia Católica, a través de sus capellanes militares, aprueba un método que defiende las almas inmutables contra el cuerpo corrupto por el pecado original.

Si el sospechoso no está vinculado al pez organizativamente, si solo forma parte del agua, el tratamiento corre el riesgo de volverse contraproducente. Entonces, regla número 4: todo sospechoso es un muerto con la ejecución aplazada. Como la identificación de los elementos que articulan el pez con el agua no alcanza mediante un interrogatorio amable, produce en su lógica interna un efecto indeseado: fabrica irregulares. Por tanto, para evitar su crecimiento exponencial es preciso exterminarlos.

El oficial a cargo de este tipo de pelotón, de este grupo de tareas, es un oficial de inteligencia. Solo este oficial está preparado –moral y militarmente preparado, por su practicidad antiintelectual y su pobreza teórica– para su tarea. Para llevarla a cabo requiere mantener a los sospechosos aislados hasta obtener la información que permite reconstruir la estructura arborescente del pez. De allí surge la regla 5: entre los sospechosos y el oficial de inteligencia no puede haber ninguna clase de obstáculos legales. En ese punto

se inscribe la regla 5 y 1/2: la Policía debe estar sometida al dispositivo militar unificado. Única ley a respetar: la que permite acceder a la información requerida para alcanzar la victoria.

La regla 6 surge de la anterior: toda la legislación vigente debe reinterpretarse a la luz de las tareas de inteligencia. La única lectura adecuada es esa. Por tanto, el oficial de inteligencia sometido al Estado Mayor, es en última instancia el único intérprete autorizado de la ley vigente.

La producción de nueva legislación que afecte la obtención de información de inteligencia debe ser adoptada sin intervención parlamentaria. Entonces, la regla 7 requiere la eliminación lisa y llana del Congreso, o en todo caso una reestructuración del Estado que desparlamentarice las tareas de inteligencia. Y de allí surge la regla 8: las Fuerzas Armadas se invisten del monopolio legal y legítimo de la violencia interna y externa. En ese punto toda decisión política relevante se vuelve resorte del nuevo poder militar. El poder civil abdica al reconocerse absolutamente incapaz de resolver victoriosamente la guerra antisubversiva, por carecer el sistema político de adecuados reflejos militares. Entonces, *más que un conjunto de reglas para derrotar un ataque al orden social existente, estamos en presencia de una estrategia contrarrevolucionaria que con el pretexto de defenderlo lo rehace en una dirección estática. De un orden social basado en la decisión democrática de la mayoría ciudadana, se pasa a la conformación de una nueva mayoría que solo se propone evitar la victoria de la guerrilla revolucionaria: una mayoría amorfa dirigida por una minoría militar dictatorial mediante el Estado de excepción.*

Recordemos al maestro del arte de la guerra: la acción militar nunca es autónoma, enseña Clausewitz. La política que presupone la estrategia contrarrevolucionaria no conserva el orden que dice defender; lo transforma en una dictadura terrorista, en una guerra sin cuartel entre toda forma de oposición y el gobierno militar directo. Dicho brutalmente: del monopolio legal de la violencia interna y externa se pasa al monopolio ilegal de la

política. Todos están proscritos, nadie es legal, por tanto todos pueden ser tratados como partisanos. Ese horizonte llevado hasta sus últimas consecuencias transforma a los ciudadanos en integrantes de un gigantesco campo de concentración. Pero no nos equivoquemos: en los campos de concentración también existen las clases sociales.

III

A nadie se le escapa que el método francés viola toda la normativa vigente sobre la guerra en cualquiera de sus formas. Cuatro convenciones pactadas en Ginebra el 12 de agosto de 1949 regulan los combates. La primera fija el comportamiento en materia de heridos y enfermos en el campo de batalla terrestre; la segunda, las extiende a la especificidad del combate naval; la tercera tipifica el trato de los prisioneros, así como la información que el vencedor puede reclamar y el vencido debe proporcionar; y la cuarta garantiza la desvinculación entre objetivos militares y la dinámica civil en condiciones de guerra.

Sostiene Carl Schmitt que “las convenciones no tienden a un cambio profundo del reglamento de La Haya de 1907”³⁴⁵. Esto es, solo sistematizan las novedades aportadas, en materia de combates con irregulares, por la Segunda Guerra Mundial. Y añade: “*El partisano* en este sentido no goza de los derechos de los combatientes; *es un criminal común* y se lo puede sojuzgar con procedimientos sumarios y medidas represivas”³⁴⁶.

Combatiente partisano, combatiente irregular, combatiente ilegal, criminal común, por tanto no alcanza las protecciones del estatuto de la guerra. La descripción contiene la lógica de las guerras coloniales.

Pero cuando se pasa a considerar al enemigo que se combate como un verdadero criminal, cuando la guerra, por ejemplo la guerra civil, se libra entre enemigos de clase y su objetivo primordial se convierte en la

345 Karl Schmitt, *El concepto de lo político*, op. cit., p. 131.

346 Ibid., destacados de A. H.

eliminación del gobierno del Estado enemigo, en ese caso la explosiva eficacia de la criminalización del enemigo transforma al partisano en verdadero héroe de la guerra. Este ejecuta sentencias de muerte contra criminales y se arriesga, por su parte, a ser tratado como un criminal o un vándalo. Esta es la lógica de una guerra de justa causa que no reconoce un *justus hostis*³⁴⁷.

Dicho epigramáticamente: la legitimidad milita, en esas condiciones, con el partisano (aquel “que evita ser visto armado”³⁴⁸), mientras la legalidad del derecho internacional pertenece a los regulares. Para los partisanos se trata de conquistar la legalidad de la Convención de Ginebra; para los regulares se trata de impedirla. Con un señalamiento: para evitar la conquista de la legalidad los regulares deben vencer –política y militarmente– a los irregulares. La victoria militar supone desarmar al enemigo³⁴⁹. Al desarmarlo, ya no está en condiciones de proseguir la lucha armada. Pero no necesariamente esa victoria modifica las condiciones políticas que impulsaron la lucha. Sin cambio de las condiciones políticas esa victoria corre el riesgo de reproducir la batalla inicial. Con un problema adicional: la reproducción de la batalla inicial constituye una victoria de los irregulares. Contado sin vueltas: en ese punto los regulares reclutan para los irregulares. Esa derrota militar inicial prologa una victoria política, si el Estado mayor de los irregulares sigue en pie. Y por tanto, si está en condiciones de reponer las bajas, reconstruyendo su capacidad militar, es decir,

347 Ibid., p. 136.

348 Ibid., p. 141.

349 Para Clausewitz el objetivo de la guerra es “desarmar al enemigo”. La inevitable polisemia organiza diferentes lecturas. Una: desarmar, quitarle el arma. Un hombre que no está armado ya no es un enemigo, no al menos en términos militares. Dos: desarmarlo entendido como quitarle su voluntad moral para combatir. Esta aproximación ya es política y supone el aislamiento de la guerrilla; es decir, la creciente dificultad para reponer combatientes, hasta que esta dificultad se vuelve absoluta. Tres: desarmar políticamente al enemigo, es decir, impedirle existir organizadamente y por tanto volverlo inocuo militar y políticamente. Cuatro: desarmar al enemigo uno por uno en la mesa de tortura. Esa fue la lectura que se impuso en la Escuelita de Famaillá.

política, y continuar la lucha.

Es objetivo estratégico de los regulares impedir la continuidad de la lucha, es objetivo de los irregulares evitar su aplastamiento. Ese es el núcleo duro de la batalla. El punto de máxima enemistad, de “enemistad total”, desde el consabido análisis de Carl Schmitt.

Algunas categorías de irregulares “gozan de los derechos y prerrogativas de todo combatiente regular. Esto quiere decir: sus acciones no son ilegales”³⁵⁰. En ese punto, las garantías de la guerra se vuelven más difíciles de vulnerar. ¿Esto permite “eventuales atrocidades no necesarias”³⁵¹ con las otras categorías de combatientes?

De ningún modo, para Schmitt siguen siendo “crímenes de guerra”. ¿Es así?

Con educado paternalismo los especialistas en guerra contrarrevolucionaria se sitúan a la derecha de Schmitt, lo que no es poco decir; explican que esas reglas solo pueden respetarse en una lucha convencional. Dos ejércitos de uniforme con valores relativamente intercambiables chocan según esas reglas. En cambio, con la guerrilla partisana este método está condenado al fracaso. Para que se entienda: es posible derrotarlos en la esfera militar, pero difícil derrotarlos en la política. El motivo es simple: las condiciones políticas permanecen en lo esencial intocadas. Y, añade nuestro refinado pedagogo, se combate para que sigan intocadas, para que resulten intocables. Esa es la política de la guerra contrarrevolucionaria.

¿De qué depende la aplicación de las civilizadas leyes de la guerra? De que el resultado del enfrentamiento armado (del duelo, en la terminología lógico teórica de Clausewitz³⁵²) suponga, contenga una cierta incertidumbre: una relativa paridad militar que permita la continuidad existencial del otro campo. Basta que la otra fuerza se haya desintegrado, que esa paridad tendencial desaparezca, para que la protección que supone la

350 Ibid.

351 Ibid.

352 Karl von Clausewitz, *De la guerra*, Buenos Aires, Solar, 1983.

capacidad de represalia pierda eficacia disuasiva. “La peor posición a la que puede ser llevado un beligerante es la del desarme completo.”³⁵³

De modo que el mito del pundonor militar está estrechamente vinculado con la autopreservación del cuadro de oficiales. Un oficial trata al otro, al camarada que integra el otro bando, del mismo modo en que espera ser tratado por ese otro en circunstancias similares. Es un modo de equilibrar el riesgo. Por eso, un oficial que se ha rendido con sus tropas puede guardar su arma de puño para protegerse de sus propios soldados. Un profesional de la violencia debe ser protegido, socialmente protegido, de la potencial violencia de sus subordinados no profesionales. Bien visto, el modelo conceptual que regula este comportamiento histórico es la guerra franco-prusiana.

Napoleón III y el canciller Bismarck combaten en esa guerra nacional. La derrota francesa en Sedán, 2 de septiembre de 1871, produce la caída del gobierno del sobrino del tío. El nuevo gobierno no solo no firma la paz, sino que se lanza a la resistencia nacional. En noviembre, logra una victoria militar no decisiva sobre el río Loira. El “error” de León Gambetta fue defender el territorio francés mediante una guerra regular, en lugar de librar una gigantesca guerra nacional partisana. El precio: las tropas alemanas se sitúan en las puertas de París. El Estado Mayor francés ordena entregar la ciudad, rendirla a los prusianos. Los sectores populares, acaudillados por el proletariado parisino, se niegan. Sostienen que la defensa de la ciudad es perfectamente posible y para defenderla toman el control político militar de la Comuna: nunca antes había pasado tal cosa en parte alguna: durante 71 días ejercen ese invento colectivo: el poder popular directo. El gobierno nacional entiende el desafío y actúa en consecuencia... aplastándolos. Para tal fin debe lograr que el ejército sitiador se detenga, le permita restaurar el orden, y una vez restaurado, con los defensores vilmente asesinados, desterrados o presos, entrega la ciudad. Las tropas prusianas no intervienen por cierto en la represión

de la Comuna, pero la posibilitan; y la capacidad militar de represalia del ejército francés solo se ejerce en las vigorosas espaldas del proletariado parisino. La división del trabajo es perfecta, no se registra solo allí, y contiene la regla de oro para analizar la guerra: distinguir entre guerra civil –lucha de clases en su faz militar– y guerra convencional³⁵⁴. Los bandos de la guerra civil, por su propia naturaleza no pueden no ser inestables. Solo uno se termina estabilizando: el vencedor. Por tanto, en la guerra civil la crueldad es consustancial a la naturaleza de esa lucha. No cualquier clase de crueldad, ya que la carnicería inútil –militarmente inútil– se transforma en “crímenes de guerra”. Es decir, desestabiliza políticamente al ejecutor de la masacre.

Las leyes de la guerra están destinadas a reglar los enfrentamientos convencionales, porque la clase dominante ni se imagina ni le importa ningún destino político en que no ejerza tal función. Por eso no se tortura a un oficial del bando “enemigo”, que en definitiva es un par con quien mañana volveremos a pactar, y no se tiene la menor consideración con un comandante partisano. Más aun, se lo equipara con un bandido. Esto es, con quien actúa al margen de la ley, y por tanto se sitúa fuera de su imperio. Sin la contención del otro Estado “el choque de fuerzas libradas a sí mismas” no obedece “más ley que la propia”³⁵⁵. Esto es: la ley del definitivamente más fuerte, la que permite y asegura la impunidad total.

No bien se echa un poco de luz sobre el modelo de guerra contrarrevolucionaria queda en claro que toda la novedad teórica (y esto ha sido señalado hasta el hartazgo) se reduce a la generalizada actividad de inteligencia. Es decir, a obtener información de cualquier modo, que termina siendo de un

354 Cuando el capitán Astiz se rinde a la flota británica sin disparar un tiro deja en claro que no tiene “diferencias ideológicas” con sus adversarios. Es decir, los distingue de la guerrilla con que se enfrentara años anteriores. En tanto profesional de la violencia, Astiz diferencia entre un comandante guerrillero y un oficial de una fuerza armada con que circunstancialmente está en conflicto. En un caso se trata de un enemigo irreductible que debe ser destruido; en el otro, de un antagonista circunstancial con quien el motivo de conflicto debe ser políticamente procesado.

355 Karl von Clausewitz, *De la guerra*. op. cit., p. 12.

único modo: la tortura. Como la carga semiótica que contiene la tortura remite a las peores experiencias de la historia humana, verbigracia la Gestapo, el neologismo utilizado en los manuales militares de la escuela francesa es interrogatorio vigoroso para la obtención de información estratégica. Es decir, se trata de operaciones policiales a otra escala, ejecutadas con métodos policiales por militares profesionales.

En la labor policial la coacción es un ingrediente que va desde el cachetazo hasta la picana eléctrica. Un oficial de policía sabe que una denuncia por apremios ilegales difícilmente lo roce mientras no se equivoque de destinatario. Ese es el límite para un policía. En la guerra contrarrevolucionaria esa sutil distinción se borra, y los portavoces generales de la nueva ley muda reorganizan toda la sociedad. La mera sospecha de actividades subversivas es causal suficiente para la puesta en acto del nuevo modelo teórico. Esto es, un ejercicio sádico fríamente ejecutado por un profesional reentrenado con ese objeto.

Un argumento insignia ha recorrido el mundo con el objeto de justificar este “método” de combate. Argumenta el coronel Trinquier, y por su boca una larga lista de defensores e integrantes de la escuela: “Un militante del FLN argelino ha sido capturado tras colocar un cierto número de explosivos en territorio ocupado. Los captores infieren que no se trata de un solo artefacto y se proponen averiguar cuántos colocó y dónde están ubicados. De no hacerlo, un número indeterminado de personas serán víctimas de los atentados. Obtener la información con rapidez, ese es el punto”³⁵⁶. Entonces, para obtenerla, para salvar la vida de víctimas civiles, es preciso torturar. Dicho con singular exactitud, *el precio de la seguridad civil se paga mediante la tortura militar*. El ejemplo espanta, pero solo remite a juicios morales que es preciso compartir previamente. De lo contrario detener el funcionamiento de esta máquina infernal no resulta posible, y la guerra –nos explicó Clausewitz– no se rige por juicios morales.

Retoquemos apenas este célebre ejemplo práctico: el militante

356 Roger Trinquier, *La guerre moderne*, París, La Table Ronde, 1961.

es reemplazado por un oficial; entonces, un oficial regular es capturado en una escaramuza menor. Según la convención de Ginebra está obligado a suministrar cierta información, grado y cuerpo al que pertenece, quedando en claro que se trata de un artillero. La propia posición está sometida a un intenso fuego de artillería que puede impedir el lanzamiento de la contraofensiva, o directamente destruir la fuerza comprometida en ese objetivo. Es fundamental, entonces, acallar la artillería enemiga. Conocer su emplazamiento se vuelve un dato de inteligencia central, ya que permite a la aviación actuar en consecuencia. Es altamente probable que el oficial capturado disponga de esa información. Entonces, en nombre de la eficacia puedo torturarlo para ahorrar vidas y asegurar la victoria. El ejemplo no difiere sustantivamente del anterior, pero las consecuencias sí.

Volvamos a empezar. El plus informativo que aportaría la tortura se equilibra con los oficiales del propio campo que están en manos del enemigo. Ergo, a la tortura del artillero capturado, el otro bando respondería con la de los oficiales prisioneros. Por eso, para evitarlo, se respeta al oficial capturado, ya que de lo contrario la escalada militar llevaría la guerra al nivel de una carnicería salvaje sin especial beneficio para ninguna de los dos bandos (“eventuales atrocidades no necesarias”³⁵⁷). Al tratarse de una situación en espejo el cuadro de oficiales asegura su cuerpo en el cuerpo del otro. Dicho brevemente: solo disponen para sí de las garantías que otorgan al enemigo. Ese es todo el asunto.

Por eso Clausewitz escribe:

En asuntos tan peligrosos como la guerra, las ideas falsas inspiradas por el sentimentalismo son precisamente las peores. Como el uso máximo de la fuerza física no excluye en modo alguno la cooperación de la inteligencia, *el que usa esa fuerza con crueldad, sin retroceder ante el derramamiento de sangre por*

grande que sea, *obtiene una ventaja sobre el adversario, siempre que éste no haga lo mismo*. De este modo uno fuerza la mano del adversario y cada cual empuja al otro a *la adopción de medidas extremas cuyo único límite es el de la fuerza de resistencia que le oponga el contrario*³⁵⁸.

Una modificación en los énfasis facilita la comprensión de nuestro problema: la fuerza usada con crueldad da ventaja si la otra parte no está en condiciones de hacer lo mismo. Dicho sin sentimentalismo: la tortura no es posible de aplicar a oficiales regulares porque la otra parte está en condiciones de replicar, por tanto la ventaja desaparece. En cambio aplicarla contra irregulares resulta viable mientras la “fuerza de resistencia” no alcanza la escala requerida.

El comportamiento del general San Martín en 1813 permite aclarar nuestro punto de vista. Tras hacerse cargo del Ejército del Norte captura al coronel español Antonio Landívar. Landívar no solo ejecutaba a los prisioneros por considerarlos bandidos; además, mutilaba sus cadáveres con el claro objeto de aterrar a los vivos con su destino en el más allá (la resurrección de muertos mutilados no sería posible). En juicio sumarísimo, el tribunal militar encuentra a Landívar responsable de “crímenes contra el derecho de guerra”, y San Martín añade el “cúmplase” sin solicitar autorización al poder central³⁵⁹. Landívar fue fusilado. Entonces, ese “método” tuvo que ser abandonado por el ejército español, porque la “fuerza de resistencia” impedía la “ventaja sobre el adversario”. El fusilamiento del coronel puso las cosas en su lugar, y las leyes de la guerra fueron respetadas por los oficiales españoles con los oficiales criollos de San Martín, y la tropa.

Con la guerrilla de Güemes se repite la historia; la captura del sobrino del virrey del Perú por parte de los irregulares “fuerza

358 Karl von Clausewitz, *De la guerra*, op. cit., p. 10, destacados de A.H.

359 Alejandro Horowicz, *El país que estalló. Antecedentes para una historia argentina (1806-1820)*, t. II, *La estrategia sudamericana de San Martín*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 73.

la mano” hacia la normalización de las relaciones políticas entre ambos campos. Antes, las tropas del virrey trataban a la guerrilla gaucha como a bandidos. La respuesta de Güemes no se hizo esperar, hizo que sus hombres arrancaran a cuchillo, de la espalda de los vencidos, una lonja ancha de piel. El dolor era inenarrable, pero mayor aún era el oprobio. Cuando quedó en claro que la guerrilla de Güemes era perfectamente capaz de resistir, los realistas terminaron aceptando las leyes de la guerra.

Aun así, San Martín tiene aguda conciencia de la labilidad de su propia situación personal. Sabe que de ser derrotado lo aguarda en el mejor de los casos la suerte de Miranda –morir en una miserable cárcel española– o ser fusilado sin más trámite. Por eso, en Maipú no combate de uniforme –cuando esa es precisamente una de las exigencias de las leyes de la guerra– para poder huir en medio de la confusión si fuera derrotado. Es decir, no confía en que sus “camaradas” del otro bando respeten su persona. No exageraba San Martín, simplemente sabía de qué eran capaces los oficiales españoles en materia de salvajismo profesional.

Una aproximación tan amoral a la guerra corre el riesgo de perder de vista su naturaleza específica: política por otros medios. Si algo nos enseñó Clausewitz es que las fuerzas morales –esto es, los motivos que impulsan a cada uno de los participantes a dar de sí todo en pos de la victoria– constituyen la diferencia decisiva entre dos fuerzas armadas. Por tanto, el desprecio por estas fuerzas materiales integra el lote de “ideas falsas” sobre la guerra porque deja de lado la subjetividad. En este punto del problema se vuelve imprescindible el decisivo aporte del filósofo León Rozitchner³⁶⁰.

Para Rozitchner, la comparación entre la “apariencia” de la guerra convencional en Clausewitz y la “apariencia” del proceso productivo capitalista en Marx, admite un hilo conductor. Al comparar *De la Guerra* con *El Capital* advierte que ambos trabajos arrancan por la determinación de sus estructuras

360 León Rozitchner, *Perón entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*, Buenos Aires, CEAL, 1985. .

elementales. En el caso de Clausewitz, el duelo; en el de Marx, la mercancía. Dos lecturas de la “apariencia” permiten avanzar en la construcción de la diferencia específica, esto es histórica, de ambos problemas. Conviene retener la fórmula de Lenin: economía, es decir, política concentrada.

Pero este enfoque absolutamente original nos tiene reservada otra sorpresa. Escribe Rozitchner:

Clausewitz también está en este comienzo, analizando una apariencia. Y esta apariencia es con la cual los militares creen que piensan la esencia de la guerra. Por eso es preciso mostrar que esas leyes lógicas de la guerra abstracta o ideal o “en sí”, con la cual sin embargo los hombres de guerra aun conciben la guerra real, solo puede deducirse porque sigue predominando en la conciencia adulta del militar la forma de un duelo infantil e individual que, como “forma elemental” de enfrentamiento le sirve de fundamento ideal. Dominio de una ley que se presenta como si su orden absoluto no presupusiera ninguna experiencia que la fundó, forma que subsiste como matriz inconsciente de toda racionalidad posterior, oculta el combate imaginario infantil que originó a la conciencia adulta que piensa luego la guerra histórica: oculta el enfrentamiento a muerte del hijo contra el padre castrador que quería imponerle a él la pura ley del más fuerte; la ley del extremo. Sin saberlo claramente, es esta matriz subsistente en toda racionalidad la que Clausewitz va a criticar, por sus efectos, en el hombre de guerra. Clausewitz va a objetivar hasta cierto punto la estructura edípica como forma inconsciente e imaginaria de pensar y vivir la guerra y terminará por incluir en ella, más allá del ensueño y la fantasía individual, lo real colectivo e histórico³⁶¹.

361 Ibid., p. 78.

Traducido al galope: esta apariencia, de la gramática de la guerra, en las operaciones de contrainsurgencia, puede deducirse como si su orden no presupusiera una experiencia fundante: la matriz inconsciente de toda racionalidad posterior (la “guerra contrarrevolucionaria”) el imaginario combate infantil librado a muerte contra el padre castrador (para la obtención de información estratégica), que intenta imponerle la ley del más fuerte.

Sin este preciso mapa que elaboró Rozitchner, paso a paso, el brutal enfrentamiento a muerte que recorre la historia argentina se desvanece bajo la liberal “apariencia” de la violación sistemática de los derechos humanos.

IV

En febrero de 1960, durante el gobierno de Arturo Frondizi, se inaugura la “misión permanente de asesores militares franceses” en territorio nacional. Los EE.UU. todavía no se ocupaban de adoctrinar oficiales latinoamericanos en guerra contrarrevolucionaria, puesto que ellos mismos debían a su vez ser entrenados por especialistas franceses. El viraje norteamericano comienza tras el fracaso de Bahía de los Cochinos, y alcanza su cumbre con la política de la administración Kennedy en Vietnam. Con la aplicación del Plan Conintes los asesores franceses abandonan la teoría en Buenos Aires para adentrarse en la práctica represiva directa: la huelga en el Frigorífico Lisandro de la Torre.

Eso no fue todo. A la misión oficial francesa se sumó la extraoficial: refugiados de la OAS (Organisation d'Armée Secrète) arribados tras el fracaso del putsch en Argelia contra De Gaulle en 1961. Ahora bien, el putsch del 22 de abril tiene un responsable intelectual: Jean Ousset, cabeza de La Cité Catholique. La OAS se forma a partir de los desertores militares con un organigrama calcado del FLN y una dirección semipública instalada en Madrid tras el desbande: los coroneles Antoine Argoud y Charles Lacheroy. El 19 de octubre de 1964, entre el

gobierno Illia y el francés se firma un convenio de cooperación para integrar la inmigración proveniente de Argelia: es decir, llegan 150 familias de extrema derecha a Formosa.

Por cierto que los amigos de La Cité no eran exactamente marginales en la sociedad argentina. El cardenal Antonio Caggiano les era muy próximo. Tanto que escribe el prefacio del libro Jean Ousset “Le marxisme léninisme” para su edición argentina. El trabajo fue traducido por el coronel Juan Francisco Guevara, mano derecha de Grasset en el comité editorial de *El Verbo*, quien sería más tarde parte de los asesores nacionalistas del general Onganía. Sin olvidar que el cardenal estaba a cargo de la capellanía militar, desde donde organizó los vicariatos castrenses en julio de 1957. Por cierto que la orientación política del cardenal no era exactamente una novedad. Mientras era obispo de Rosario, en 1946, una vez finalizada la elección presidencial, Caggiano viajó a Roma para recibir el capelo cardenalicio. Al tiempo que inició una gestión confidencial ante la Comisión Pontificia de Asistencia (CPA) encargada de suministrar documentos de identidad para refugiados políticos, sin discriminar por cierto fugitivos nazis.

De Roma, Caggiano viaja Madrid.

De modo que los nexos entre una Iglesia sumamente conservadora y el integrismo francés son orgánicos, y no dependen –tras la Revolución Libertadora– tan solo de afinidades ideológicas como las del jesuita Meinvielle³⁶².

La biografía de Jean Ousset (1914-1994) explica muchas cosas; nació en Oporto, Portugal, con un abuelo vinculado a la Acción Francesa (organización de la extrema derecha católica orientada por Charles Maurras, que cumple un papel

362 Julio Meinvielle, *El progresismo cristiano*, Buenos Aires, Cruz y Fierro, 1983, p. 19. “Al rechazar la necesidad de trabajar para la implantación de un orden social cristiano, los progresistas vense obligados a aceptar la ciudad laicista, liberal, socialista o comunista, de la civilización moderna. Aquí radica el verdadero error y desviación del progresismo cristiano, en buscar la alianza de la Iglesia con el mundo moderno. Al calificar de mundo moderno, no hacemos calificación de tiempo, sino una calificación de la naturaleza de la sociedad moderna, y sobre todo del espíritu de dicha sociedad. La sociedad moderna que comienza en el Renacimiento y se continúa con el naturalismo, el liberalismo, el socialismo y el comunismo de la vida pública, es una sociedad que tiende a rechazar a Dios y a hacer del hombre un dios que con su esfuerzo creador va a lograr su destino y su felicidad.”

de primer orden en el affaire Dreyfus³⁶³), es desde niño lo que se denomina enemigo irreconciliable de la Revolución Francesa, y de cualquier ideología moderna. Conoce a Maurras el 7 de mayo de 1939, y proclama en uno de sus últimos reportajes: “mi vida comenzó en ese momento”³⁶⁴. Lo cierto es que se transforma en su secretario y desde allí hasta la finalización de la guerra marchan en la misma dirección junto al mariscal Pétain y el gobierno colaboracionista de Vichy. La derrota alemana cambia las cosas. Por tanto, el plano en que prosigue su trabajo es la organización de la contrarrevolución católica, orientando una escuela mundial de cuadros político-militares para tal fin. Desde su fundación, en 1947, La Cité recibe el apoyo de monseñor Marcel Lefevre y de buena parte de los viejos colaboracionistas.

Jean Ousset funda *Verbe* antes, en noviembre de 1946; de esa revista se publican 156 números. *Verbe* lleva el siguiente subtítulo: “Órgano de formación cívica para la contrarrevolución”, que el 13 de mayo de 1958 se modifica por “Órgano de acción ideológica para un orden social cristiano”. Con la firma de un tal Cornelius (no pocos creen que se trata del propio Jean Ousset) aparecen en *Verbe* N° 90, 91 y 92 (enero, febrero y marzo de 1958) “*Morale, droit et guerre révolutionnaire*” donde se defiende la “pena medicinal” de la tortura, traducidos en la edición argentina de Verbo en septiembre de 1975, ahora bajo la firma de Centurión.

Imposible dejar de vincular al coronel Trinquier y sus enseñanzas de inteligencia con la “pena medicinal” de *Verbe*. Los jesuitas responden desde *Etudes*, en diciembre de 1958; con la firma de S. J. Leblond incriminan a La Cité por defender la tortura. Esta vez la respuesta lleva la firma de Ousset, y los argumentos remiten directamente a la Santa Inquisición. Como no se trata de salvar cuerpos sino almas, la “pena medicinal” es un instrumento adecuado. Un año más tarde *Etudes* replica con un artículo duro: “L’intégrisme et le national-catholicisme”. Dos Iglesias combaten con la pluma, ocioso explicar cuál venció. La masiva presencia de sus puntos de vista en el cuadro de oficiales

363 Pierre Miquel, *El caso Dreyfus*, México, FCE, 1988.

364 *La Nef*, n.º 40, París, junio de 1994.

no se explica solo por una paciente labor de adoctrinamiento, sino por satisfacer una necesidad preexistente. Una sociedad extremadamente rígida, sin capacidad de innovación social, aterrada frente a la posibilidad de una nueva dinámica política, decide a través de su bloque dominante congelar por todo un período el orden existente. Entonces, para que todo siga en el mismo lugar los métodos de la guerra contrarrevolucionaria, la escuela francesa, son el instrumento adecuado, la necesaria “pena medicinal” ya que no se trata de salvar los cuerpos sino las almas.

Por eso, monseñor Marcel Lefevre, opuesto al Concilio Vaticano II (1962-1965), organiza en noviembre de 1975 (La Reja, provincia de Buenos Aires) la Fraternidad de San Pío X. Una suerte de duplicación del seminario que en 1971 había instalado en Encone, Suiza. El 29 de agosto de 1976 monseñor organiza en Lille, Francia, un oficio integrista en latín donde defiende expresamente el gobierno de Videla. En 1977 visita Buenos Aires a partir de su relación con Monseñor Tortolo, presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, y responsable de la capellanía militar. El general Videla lo recibe a las calladas, para no lastimar sus excelentes relaciones con el Papa. En la Argentina las dos Iglesias restablecieron su acuerdo sobre el cuerpo mutilado de los desaparecidos. Correría por cuenta de Benedicto XVII resellar el pacto definitivo en latín y alemán. Sin olvidar un detalle no menor: la propuesta de canonización de Pío XII, el papa que calló frente a Hitler, y condenó, al decir de Meinvielle, con todas las letras el progresismo católico.³⁶⁵

V

Vamos a inteligir la práctica política sistemática del bloque de clases dominantes, tras la derrota de Rosas, como una lectura crecientemente restrictiva de la Constitución Nacional, y a la Constitución Nacional como tenso, dramático programa político del partido del Estado en proceso de construcción. Claro que la Constitución como límite de las disidencias políticas legítimas,

³⁶⁵ Julio Meinvielle, op. cit., p. 48.

para un determinado ciclo histórico, no fue el único reaseguro del bloque dominante: la figura presidencial resultó el otro. Y el mecanismo de acceso a la presidencia –hasta 1916– no estuvo democráticamente reglado³⁶⁶. Una norma implícita gobernaba el sistema: el presidente era el gran elector (ese es el principal motivo que impedía la reelección, para decirlo con la fórmula de Alberdi, de un monarca constitucional), y el cumplimiento de la institucionalidad jurídica no modificó la premisa fundante, solo la sometió a plebiscito popular sin reforma constitucional.

Ese “cuadernito” (así llamó despectivamente Juan Manuel de Rosas a la Constitución) expresó la voluntad de organizar, imponer un futuro político compartido; para el rosismo, ese futuro solo podía ser consecuencia de la autoorganización de la clase terrateniente de la provincia de Buenos Aires, en tanto heredera del programa de conservación territorial³⁶⁷ de las colonias de segundo grado. Esto es, el fallido programa de unidad virreinal del bloque mercantil autonómico fue recuperado como programa tendencialmente nacional. Esa era la “restauración” propiciada por el federalismo portuario: la reconstrucción del virreinato, lo que implicaba conservar el sometimiento del interior al puerto único.

Asimismo, su lógica productiva suponía transformar al gaucho en peón rural, en organizar la estancia como dispositivo para construir/disciplinar la fuerza social de trabajo que impulsara un capitalismo de base pampeana sin un aluvión de inmigrantes europeos.

Desarrolla Rosas su obsesiva taxonomía prescriptiva en *Instrucciones para los mayordomos de estancia*, durante 1825. La respuesta implícita estuvo a cargo de Juan Bautista Alberdi. En el capítulo XVI de sus celebres *Bases* escribe, en 1852: “Haced pasar al roto, el gaucho, el cholo, unidad elemental de nuestras masas populares, por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción, en cien años no haréis de él un obrero inglés, que trabaja consume y vive digna y

³⁶⁶ Alejandro Horowicz, “Axiomas de la república oligárquica”, en *Revista de la Facultad de Ciencias Sociales* n.º 64, pp. 24 y 25, septiembre de 2006, UBA.

³⁶⁷ Alejandro Horowicz, *El país que estalló...* op. cit. t. I, *El camino de Potosí*, pp. 137-142. Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

confortablemente³⁶⁸”. Y de allí deduce, capítulo XXXI de las *Bases*, “gobernar es poblar”.

El problema de las tierras “libres” –no controladas por ningún Estado nacional, lo que no supone libres de habitantes– no merece aun tratamiento específico. Para Rosas, empíricamente, se trata de negociar, empujar la frontera móvil con los pueblos originales, para proveer las tierras requeridas por la continua expansión de los estancieros bonaerenses³⁶⁹: fintas diplomáticas y saqueo sin guerra explícita, ese era el método. Conviene recordar, Rosas no masacró indios; su impopularidad se debe a la derrota militar a manos de Urquiza. Sin Caseros, el federalismo porteño hubiera sido algo más amable; sentir el cuchillo montonero cerca del pescuezo, sumado a las exigentes posibilidades del mercado mundial, cambió definitivamente ese punto de vista.

La Constitución escrita no terminó con la muda, no pudo, y esa tensión se lee en las presuposiciones del texto; desde los “pactos preexistentes” del Preámbulo, que remite a una seguidilla de tratados incumplidos, hasta el Acuerdo de San Nicolás (consecuencia directa de la derrota de Caseros, que Buenos Aires desconoce y por tal motivo se secesiona de la Confederación), sin olvidar el “constituir la unión nacional” mientras Buenos Aires no participa siquiera del debate constituyente. Los ejemplos pueden ampliarse sin dificultad, pero el más categórico, a nuestro juicio, surge del artículo tercero del texto constitucional del año 1953. Allí se lee: “Las autoridades que ejercen el Gobierno federal residen en la Ciudad de Buenos Aires, que se declara capital de la Confederación por una ley especial”. Declarar capital de la Confederación la principal ciudad de una provincia que la desconoce, contiene algo desgarrado. La absoluta consciencia de la inviabilidad del proyecto sin la presencia del que falta. Y esa ausencia, motivada en la irrestricta defensa de sus intereses de clase, no puede

368 Juan Bautista Alberdi, *Bases*, p. 43.

369 Si observamos el mapa que organiza el Estado de Buenos Aires tras la caída de Rosas se entiende. La Constitución de 1854 somete las actuales provincias de Mendoza, La Pampa, y todo el sur, al dictat porteño.

resolverse sin enfrentamiento. Es una propuesta construida desde la lógica de la guerra (imponerle su condición de capital federal), con partidos armados –literalmente armados bajo la forma de milicia del Estado provincial– que espera el horizonte del desarme mediante una operación contractual que corona el orden social: el pacto constitucional. El programa mudo, soterrado, rosista sometía la ley “nacional” escrita, en tanto modo de regular sus complejas implicancias prácticas. Por tanto, reservaba al bloque dominante del Estado porteño todas las posibilidades, sin mayores miramientos jurídicos. Y así ocurre finalmente en 1860, con la revisión unilateral del texto tras la batalla de Pavón.

Para el bloque sudamericano que resistió a Rosas, la libre navegación de los ríos era una necesidad insoslayable. Tanto el litoral, para su comercio internacional, como la unidad política de Brasil, requerían esa apertura. Un chasqui por tierra desde el Mato Grosso a Río de Janeiro, ida y vuelta, tardaba un año; en cambio, utilizando el río Paraná se reducía a menos de un tercio. En apretada síntesis: las fuerzas centrífugas del mosaico brasileño volvían ingobernable ese sistema político, de modo que sin la libre navegación por el Paraná esa unidad corría riesgo cierto de estallar. Con la libre navegación de los ríos, el programa rosista de heredar la unidad virreinal, por anacrónico estalló. El nuevo ciclo del mercado mundial había agotado su breve tiempo histórico. Entonces, gobernar terminó siendo poblar tras el genocidio de los pueblos originarios, para “ocupar” las tierras “libres” con inmigrantes sometidos, educados por la bárbara gramática de la crisis capitalista europea.

Para Entre Ríos y Santa Fe la libre navegación era el programa de mínima; el de máxima requería el control nacional de los ingresos portuarios. Es decir, hacía falta que Buenos Aires perdiera su carácter de puerto único, o que las rentas generadas por ese puerto fueran a una caja nacional común. La victoria militar de Urquiza alentó la ilusión de un recorrido parlamentario posible: ocultar la guerra entre los pliegues de la

política, federalizar la renta sin guerra: la organización nacional. Para preservar la perpetua batalla impulsada por ese choque de intereses era preciso generar una ley federativa escrita; ley en cuyo marco se normalizaría la política replegando la guerra para preservar la gramática constituyente”. Esa fue la estrategia de Urquiza. Por esa vía, los “pactos preexistentes” pasarían a ser antecedentes de la constitución común, en lugar de conformar las razones del próximo enfrentamiento por incumplimiento de lo acordado. Era la parlamentarización del conflicto, en defensa de un programa nacional en muy crítico despliegue.

Desde una perspectiva abstractamente liberal, la Constitución parlante aseguraba derechos y garantías que el derecho internacional público exigían a la práctica societaria civilizada. Esas reglas no obligaban a mucho en la Sudamérica de la segunda mitad del siglo XIX, ya que su cumplimiento dependía de que cada antagonista conservara capacidad militar de réplica. Un partido solo lo era en tanto fuerza armada. Esa era, todavía es, la constitución muda de ese orden político.

A cambio de esa limitación material (desaparición de los ejércitos montoneros) el senado otorgaba, en el texto constitucional, capacidad empírica de veto a las provincias; es que ese poder representaba los intereses de los gobernadores provinciales. Ese era todo el argumento federal. La participación de cada Estado provincial, en ese cuerpo legislativo, no está determinada democráticamente –electos en cierta proporción según el número de habitantes– sino en términos paritarios. Así Buenos Aires, los terratenientes de la Pampa Húmeda, reaseguraron el cumplir los “pactos preexistentes” en una Constitución que en todo lo demás resultó unitaria hasta el agobio.

Repasemos los hechos armados: la autodefensa miliciana durante las Invasiones Inglesas de 1806/7 organizó el soporte del autogobierno. La política nace armada en el virreinato, el partido de la independencia organizó el Ejército de los Andes y San Martín llevó ese programa a la victoria. El costo de la guerra y la reconfiguración del mercado mundial minaron el

orden social anterior. De sus ruinas, en 1820, surgió una nueva clase social capaz de articular la producción agropecuaria con la marcha del mercado mundial: los estancieros de base pampeana, el partido rosista. La transformación de los gauchos en peones militarizados, la conformación de una fuerza social de trabajo, coincidía con el crecimiento de polos capitalistas alternativos; es decir, con otros productores capaces de colocar excedentes en el mercado mundial. El nombre de Urquiza sintetiza la constelación de partidos armados que resiste el programa portuario de Rosas. Con el ingreso de las montoneras a la capital no solo no se inauguró otro recorrido político, sino que reprodujo Caseros hasta que Mitre venció en Pavón. Los partidos federales armados se volvieron meramente defensivos, y el poder central los acorraló primero y destruyó más tarde. Perdida esa capacidad de resistencia mediante la conformación del ejército de línea, constituido el monopolio “legal” del uso de la fuerza, la aptitud disgregadora de la guerra civil refluyó, y Buenos Aires articuló una unidad superior, esto es, tentativamente nacional. Ahora bien, ese monopolio se construyó masacrando toda forma de oposición, de lo que se había dado en llamar “la democracia bárbara”.

Entonces, la oposición solo sobrevivía si gozaba de potencia militar, y de conservarla la guerra continuaba. Esa terrible práctica desarrolló la historia entre 1820 y 1860. Así se terminó resolviendo el diferendo entre Sarmiento y Alberdi, entre el interior federal y el puerto de Buenos Aires, y por eso no se menciona al mentor intelectual de nuestro texto constitucional en el diario de los Mitre todavía hoy. De allí surge íntegro el programa mudo de ese bloque histórico: destrucción de las montoneras federales mediante una guerra de policía encabezada por Sarmiento, guerra de la Triple Alianza al Paraguay del mariscal Solano López comandada por Bartolomé Mitre, y Campaña del “Desierto” acaudillada por Roca; dicho con sencillez, el proceso de conformación del bloque terrateniente como clase nacional no tuvo el menor recorrido parlamentario.

No son los “pactos preexistentes”, sino Leviatán que ruge dentro, por debajo y por detrás del “cuadernito”: nadie lo ignora, las únicas garantías las daba el cónsul británico en Buenos Aires, las otras jamás garantizaron la vida de nadie.

Un liberal consecuente —es decir, uno que no está incluido en la tradición de la política argentina— podría sostener que el programa constitucional fracasó. El hombre yerra el vizcachazo, si se piensa que hasta la federalización de Buenos Aires —expresamente prevista en el texto constitucional— requirió de una cruenta batalla; solo Leviatán conserva potestad constituyente, en esta formación histórico-social. Por eso Rosas se negó a “organizar jurídicamente la nación”, porque la Constitución requerida no resultaba publicable —texto mudo, Estado de excepción— y el texto parlante lo veía como un engorro que no favorecía en nada su tarea.

La derrota del rosismo, la derrota militar del bloque portuario terrateniente y mercantil, en tanto azar de la batalla, intentó ser reforzada mediante el prestigio público del texto constitucional. Ese es el intento que fracasó. En ese intento militó Alberdi. Por eso se lee en el *Martín Fierro*: “Aquí no valen doctores/ solo vale la experiencia/ aquí verían su inocencia/ esos que todo lo saben/ porque esto tiene otra llave/ y el gaucha tiene su cencia”.

El conflicto de Buenos Aires con los “ranchos del interior” se resolvió con una revisión unilateral del texto en 1860; revisión que borra las marcas de sus condiciones de producción, para “aceptar” nominalmente ese ordenamiento, no como victoria contra la naciente oligarquía porteña, sino como sometimiento a su dictat. En apretadísima síntesis, es potestad del bloque dominante porteño, de la tradición liberal portuaria, rehacer la Constitución tantas veces como haga falta mediante la “cencia gaucha”; mientras tanto, las “razones de los pobres”, nos cuenta el senador Martín Fierro: “son campanas de palo”.

No me queda otro camino que citarme en extenso. Pido las disculpas del caso, y digo:

La federalización tenía un contenido cuando las únicas tierras en condiciones de colocar la producción en el mercado mundial eran las próximas al puerto. El resto, tierras marginales, solo podían participar de la bonanza capitalizando industrialmente la renta agraria porteña. Es decir, transformando las ventas al exterior en motor de la producción industrial local. [...]

[...] Pero cuando las tierras improductivas fueron incorporadas al mercado mundial por las vías del ferrocarril británico y francés, cuando el puerto de Buenos Aires se extendió a través del ferrocarril, del que es continuación material, hasta Tucumán y Salta, los dueños nominales de tierras baldías devinieron terratenientes. [...]

Para que no haya lugar a ningún equívoco: la burguesía comercial porteña y los productores agrarios de la provincia portuaria se negaban a nacionalizar el ingreso que era localmente producido antes de 1880. Una vez que el interior exporta, una vez que sus productores pasan por el puerto de Buenos Aires, la renta nacionalizada es en definitiva una devolución de los ingresos exportados por las provincias. Ya no se nacionaliza la renta agraria de la provincia de Buenos Aires, sino *toda* la renta agraria, mejor dicho los ingresos devenidos de la renta agraria. De modo que el conflicto que traba la federalización desaparece.³⁷⁰

Para decirlo de otro modo: la organización nacional es posible y con ella la federalización de Buenos Aires, porque los intereses materiales de la sociedad colonial se homogenizan lo suficiente. Y es precisamente esa homogeneidad (terratenientes en el mercado mundial dominado por el imperialismo) la que define el cambio de contenido de la federalización.

En todas las batallas anteriores que el interior federal había librado contra el puerto unitario se visualiza la

370 Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, op. cit., pp. 16 y 17.

imposibilidad de una victoria definitiva. Ni el partido federal podía vencer, salvo episódicamente (en 1820, López y Ramírez; en la década del cincuenta, Urquiza) porque no expresaba un modo de producción superior; ni el partido unitario podía destruir definitivamente los ejércitos montoneros, hasta que los dueños del suelo no transformaran a los combatientes federales en peones y soldados del ejército de línea. Esto es, hasta cuando la renta del suelo, de todo el suelo, no constituyera una clase social única y suficientemente homogénea. Por eso el proyecto de Rivadavia fue derrotado y por eso Urquiza no pudo vencer.

No se trata solo del carácter secundario del enfrentamiento entre Urquiza y Mitre, de las diferencias menores entre el litoral y el puerto, *sino de los límites del mercado mundial.* Cuando los reclamos de granos y carne comenzaron a sentirse con peso, el torrente inmigratorio, el ferrocarril, en una palabra el *dictat* del mercado mundial, hizo oír su voz. Entonces, las fuerzas centrífugas dejaron de golpear y los terratenientes se constituyeron en clase nacional.

Y allí reposa condensada en una sola frase la tragedia de la historia argentina: *los terratenientes son su clase nacional.* Son lo suficientemente nacionales para impedir que la sociedad argentina constituya un enclave colonial, pero no son lo suficientemente nacionales para impulsar un país independiente. Por eso es posible sostener epigramáticamente, que la *historia argentina puede reducirse a la historia de la consolidación del dominio terrateniente.* Más aun, *a la historia de la renta del suelo.*

Entonces, cuando “la Nación Argentina adopta para su gobierno el sistema republicano, representativo y federal”, para “todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”, y

llegan los inmigrantes proletarios, el poder rehace las “garantías constitucionales” mediante la “ley” 4.144. Garantías del poder, por cierto, las otras son, conviene retenerlo, “campanas de palo”.

En el apuro de su sanción, la “ley de residencia” olvidó penalizar a los obreros que tras la expulsión volvían a ingresar al territorio nacional; entonces, el gobierno de Figueroa Alcorta aprovechó la muerte del coronel Ramón L. Falcón, a manos de Simón Radowizky, (el violento oficial, a cargo de la jefatura de policía, era responsable de sangrientas represiones a pacíficas movilizaciones obreras), y una bomba “anarquista”, para pulir los agujeros “legales”. La curiosa bomba estalla sin víctimas en el teatro Colón, durante los festejos del Centenario, y apalanca la promulgación de la ley 7.029.

A partir de ese corpus los obreros “retornistas”, en ciertas condiciones, podían ser penados con la muerte. Leviatán, ahora como Estado de excepción permanente contra el movimiento obrero, se volvía legalmente omnipresente. La Constitución muda y la parlante se habían amalgamado en un corpus orgánico. Por eso, ningún gobierno popular jamás anuló la denominada “ley de residencia”. Es que el programa del partido del Estado, en tanto viga maestra del bloque de clases dominantes, no admite revisión parlamentaria. Y la ley de residencia, en tanto instrumento excepcional de ese programa, no puede ser derogada sin voltear todo el edificio. Solo una revolución popular triunfante puede construir el espacio requerido para semejante novedad política.

Uno de los argumentos que se esgrime en defensa del gobierno radical es la falta de uso de la 4.144. No existe una investigación exhaustiva que lo pruebe, pero si existiera y lo probara solo serviría para recordar las matanzas de la Patagonia Rebelde y la Semana Trágica; el primer gobierno popular muestra sus inequívocas limitaciones de clase, y ni siquiera el peronismo, que en la Cámara de Diputados impulsó su derogación, con una célebre intervención de John William Cooke³⁷¹, se atrevió a tanto; el senado cajoneó el proyecto, de

371 John William Cooke, *Obras Completas*, t. III, Buenos Aires, Colihue, 2009.

modo que los instrumentos del Estado de excepción estuvieron explícitamente incorporados al orden político como instrumentos permanentes en todos los ciclos políticos.

La Constitución de 1949, única oportunidad en que los sectores populares votaron una Asamblea Constituyente sin limitaciones previas, mostró la voluntad de preservar los recursos del Estado de excepción. Reza en su artículo 31: “La ley establecerá las causas, formalidades y condiciones para el otorgamiento de la nacionalidad y de su privación, así como para *expulsar del país a los extranjeros*”³⁷².

El gobierno del doctor Arturo Frondizi puso fin a la ley 4.144 mediante un instrumento superior: el Plan Conintes (Comoción Interna del Estado). En caso de enfrentamiento entre el gobierno nacional y los trabajadores era potestad pública declarar zona militarizada el área, dejando en suspenso las garantías constitucionales. Para que se entienda: durante el Cordobazo el comportamiento militar (mayo del año 1969), no estuvo determinado por el general Onganía, sino por la naturaleza de clase del gobierno. En ese punto, el orden político, en tanto invariante histórica, reconfigura el hilo negro de la represión sostenida en poderes extraparlamentarios. Como los trabajadores ya no eran mayoritariamente extranjeros se les hizo saber que el menor intento de poner en tela de juicio el orden existente, ponía en marcha los mecanismos del Estado de excepción. Este plan se basaba en un decreto presidencial de 1948 –elaborado por el general Perón, que era un oficial de inteligencia– que por cierto la Libertadora no derogó; eso sí, le bastó derogar *in totum* los contenidos progresivos de la constitución de 1949, avasallando la única reforma constitucional elaborada con metodología relativamente democrática.

Es posible sostener que en toda sociedad dividida en clases sociales antagónicas sus enfrentamientos, en determinadas circunstancias, se terminan resolviendo por el derecho del más fuerte. No cabe duda que esta es una generalidad pertinente. En la historia de la lucha de clases en la Argentina, no bien

el bloque popular roza el núcleo duro del poder (el programa de transformaciones requeridas para modificar seriamente la composición del bloque de clases dominantes), queda al desnudo el límite parlamentario del cuestionamiento. No estoy diciendo de ningún modo que un cuestionamiento parlamentario no pueda poner en marcha luchas mayores, afirmo que no es posible ignorar que ese cuestionamiento no se resuelve en la arena parlamentaria. Las armas de la crítica no sustituyen, jamás sustituyeron, la crítica de las armas.

A modo de ilustración. El sábado 19 de enero de 1974, a las 22.30 horas, el Ejército Revolucionario del Pueblo inicia las operaciones para copar la Guarnición Militar de Azul. Fracasa. Horas más tarde el presidente Juan Domingo Perón, a través de la cadena nacional de radio y televisión, condenó el ataque y responsabilizó al gobernador Oscar Bidegain de “tolerancia culposa” con la guerrilla guevarista. Bidegain renuncia. El ataque motivó un durísimo proyecto que el ejecutivo envió al Congreso, proyecto que desencadena un curioso debate –los diputados juveniles intentan discutir, la mayoría del bloque decide impedirlo votando el cierre de un intercambio que nunca se inició–, la crisis impone la intervención pública del presidente de la República. El 22 de enero se produce el encuentro con los diputados de la JP, y Perón –vestido con los entorchados de teniente general– sostiene: “Nosotros vamos a proceder de acuerdo con la necesidad, cualquiera sean los medios. Si no hay ley, fuera de la ley, también lo vamos a hacer y lo vamos a hacer violentamente. Porque a la violencia no se le puede oponer otra cosa que la propia violencia. Esa es una cosa que la gente debe tener en claro. Lo vamos a hacer, no tenga la menor duda”.

Vale la pena volver a leer el párrafo, integra el tomo XXVII de sus *Obras Completas*³⁷³, ya que casi en ninguna oportunidad un general de la nación, constitucionalmente a cargo de la comandancia de las FF.AA, habló tan claro. Rodolfo Vittar, que actúa como vocero del grupo de diputados, intenta restaurar

373 Juan Domingo Perón, en “El imperativo nacional actuar dentro de la ley”, *Obras Completas*, Buenos Aires, Fundación Juan Domingo Perón, 1987, t. XXVII, p. 57.

los blasones juveniles y aliviar la enorme presión del jefe, por eso recuerda: “Usted conoce hace años a la Juventud Peronista y conoce su lealtad hacia usted como líder y conductor. En ese sentido, conoce también cuál ha sido nuestro esfuerzo durante estos últimos años”. La réplica llega gélida: “Lo he reconocido veinte veces. Sería lamentable dejar de pensar así”.

El planteo es simple: no hay ningún lugar para el juego propio: obedecen, o se van. Irse equivalía a sumarse al ataque del ERP, y quedarse implicaba subordinarse a una política represiva imposible de convalidar. Por tanto renunciaron a sus bancas. Y el presidente, tal cual lo adelantara, combinó la represión legal desde el aparato del Estado y la ilegal desde la triple A.

Retomemos el problema. El bloque de clases dominantes constituyó el proceso de organización de la nación, como autoorganización de la propia clase en el mercado nacional y mundial. Solo cuando el ferrocarril articuló un mercado moderno, con moneda unificada y aduana común, en el marco de la expansión económica global, la clase dominante se avino a una interpretación del texto constitucional distinta a la de Julio Argentino Roca, Avellaneda y Mitre. En esa lectura no estaban incluidos los trabajadores extranjeros –a los que se responsabilizaba por la lucha de clases– y terminó quedando claro que eran extranjeros por trabajadores, y no al revés. Entonces, los elementos de la constitución muda –rosista– se incorporaron a la parlante mediante la denominada ley 4.144. Los partidos de gobierno solo lo son si aceptan implícita y explícitamente ese programa. Pero la lucha política, con las particularidades que le competen, nunca es una sierva tan sumisa. Habida cuenta que el capitalismo –en tanto sistema mundial– modifica las condiciones de participación para cada nuevo ciclo histórico, los cambios resultan consustanciales, inevitables, para cada una de las formaciones nacionales participantes. Esto es, no puede no afectarlas en su reconfiguración interna. Bajo el remolino de la crisis, las transformaciones del mercado mundial agudizan la lógica interna de las economías subalternas. Por el impacto

de la crisis, con el objeto de remontar la cuesta, se producen inevitables reagrupamientos políticos y sociales, tentativas de solución histórica, que imponen la reformulación del programa del partido del Estado, al calor de la lucha de clases a escala global.

En el lapso en que se desenvuelve la Segunda Guerra Mundial el programa del partido del Estado fue rehecho brutalmente. Si se quiere, el peronismo no es otra cosa que el nombre de esa compleja y contradictoria transformación. Por eso, sometido a los vaivenes de la lucha de clases, el *welfare state* ingresó al ruedo el 17 de octubre de 1945. El nuevo programa, consecuencia directa de la reconfiguración capitalista organizada por la última guerra interimperialista, cristalizó mediante partidos de gobierno alternativo. Los viejos fueron rehechos y surgió uno nuevo como parte del flamante programa del partido del Estado. El orden político anterior, los partidos que lo sustentaban, entró en crisis irreversible. El peronismo sintetiza –adecuada e inadecuadamente– esa crisis, y el límite de su propia acción dibujó, reorientó al bloque de clases dominantes y sedimentó la experiencia de las dominadas.

En todo ese ciclo histórico –1945, 1975– la lucha obrera incluyó y excluyó a los trabajadores en la república parlamentaria, mediante un recurso ensayado con anterioridad: la proscripción, en este caso, del peronismo. La gramática de la guerra civil larvada (forma que asume la lucha de clases a partir de 1955), con el estallido del Cordobazo cambia de carácter. El agotamiento del orden político de la Libertadora ponía en peligro la naturaleza social del gobierno. El derrumbe de un Estado casamata a cargo de las FF.AA. equivalía a una crisis general de la sociedad burguesa. En esas condiciones la proscripción del peronismo cambiaba de contenido. Solo su inclusión permitía el intento de reparlamentarizar la lucha política. Pero el peronismo contenía la ambivalente figura del propio Perón; esto es, del derecho democrático a revisar los límites programáticos de los partidos políticos, sin el control militar de la Libertadora, y el

intento del propio Perón de conservar su papel de árbitro final de ese enfrentamiento.

El retroceso de la Libertadora abría un debate democrático: ¿qué transformaciones requería la sociedad argentina? El derecho popular a impulsar la candidatura de Perón, los métodos requeridos para impulsarla, cambiaba su significación al potenciar la dinámica del enfrentamiento político. Ese cauce, a caballo de esa dinámica, admitía la posibilidad de reformular un programa popular de transformación social: “liberación o dependencia” era la fórmula que sintetizó el problema. Y en última instancia, el triunfo electoral de Héctor Cámpora, el 11 de marzo de 1973, impulsó la mayor alza de masas de la historia argentina, cuya encumbrada cresta fue la gigantesca movilización de Ezeiza.

Marx sostiene, con notable realismo político, que una acción colectiva de envergadura histórica vale más que 100 programas. En este caso la contigüidad de un término con el otro resuelve el debate. Cuatro tiempos anudados, en virulento conflicto, marchan por la avenida de la lucha de clases los meses previos al 20 de junio de 1973. En el primero el presidente Lanusse pulsea con el amplio arco opositor referenciado en Perón, perdiendo la iniciativa definitivamente. En el segundo, el general Perón tiene que reacomodar las cargas en su propio campo. Correr a Lanusse, impuso un ritmo que no pudo ser detenido ni siquiera por Perón, y la victoria electoral del 11 de marzo, el tercer tiempo, no solo no ralentiza la marcha sino que añade un dramático plus, que los hechos de la cárcel de Devoto, la noche del 25 de mayo de 1973, materializan, crispando el cuarto movimiento: la más gigantesca movilización de masas que recuerde la historia nacional: más de dos millones de personas, el 20 de junio del año 1973, se reúnen en Ezeiza.

La libertad a los presos políticos, que mostraba la influencia Montonera sobre el gobierno de Cámpora, y del gobierno sobre la sociedad, se consiguió copando la cárcel de Devoto. En un solo movimiento la totalidad de los militantes presos quedó en libertad, con el acuerdo mayoritario del parlamento. El minucioso

trabajo de la represión lanussista se perdió definitivamente. Los sectores más dinámicos de la política nacional pasaron a disponer de toda su fuerza de combate; era una fuerza recompuesta en el marco de una victoria política que se lanza a construir una nueva hegemonía. Era la mejor relación de fuerzas que los sectores populares poseyeran jamás en la historia nacional, ya que no paraban de crecer incorporando nuevos segmentos sociales a la lucha política.

El regreso de Perón, el 20 de junio de 1973, lanza al enfrentamiento una flamante multitud –en el sentido que Negri da a la categoría– que pone en jaque los límites del programa acordado tendiendo a desbordarlo. Dos proyectos disputaron la conducción del movimiento a cielo abierto. Ezeiza escenifica el enfrentamiento entre el muy debilitado segundo peronismo sindical –registrado en el palco, por televisión, como hombres grandes con anteojos negros y armas largas, disparando vociferantes contra la multitud– y el proteico tercero. Solo brutales errores de comando –de conceptualización, de “falta de teoría” diría Cooke– arrojan ese resultado desastroso. Los Montoneros visualizaban el 20 de junio como la fiesta negada por Lanusse el 17 de noviembre: un día de júbilo popular, y no la continuación de una batalla decisiva. Era una lectura pobre, reformista, inadecuada. Se trataba de saber si esa descomunal movilización quebraba los estrechos límites de la proscripción libertadora; o, si por el contrario, la multitud era empujada hacia fuera de la escena de resolución histórica, reduciendo todo el enfrentamiento al hemiciclo parlamentario. Se trataba de saber si Perón accedía a la presidencia mediante una revolución política triunfante, que arrollaba unas elecciones democráticamente insuficientes, o si se separaba de la dinámica del enfrentamiento social y político, para orientarlo en una dirección que tendía a evitar el protagonismo colectivo.

Perón creía poder intentar reconstituir el equilibrio de poder que tan bien conocía, mediante el que había gobernado durante el primer peronismo (esa era en suma la visión del propio Lanusse,

y del Ejército azul), de lo contrario debía constituirse en el jefe burgués de los sectores populares radicalmente movilizados de la sociedad argentina. La dinámica espontánea del movimiento, gatillado por la lógica del enfrentamiento anterior, impulsaba un ascenso a los extremos; los Montoneros actuaban como soporte de esa dinámica, sin ser su dirección explícita, y por tanto actuaban como si la movilización *per se* resolviera espontáneamente el diferendo. Vale decir, renunciaban a la dirección política del 20 de junio sin replegarse. Desde su perspectiva, el propio Perón coronaría el proyecto respaldando la continuidad de Cámpora. En suma, el proyecto seguía siendo para ellos Cámpora al gobierno Perón al poder, y hubiera podido reformularse así: Perón al gobierno, las masas al poder.

La lógica de la movilización desarmada, pacífica, requería la ausencia en el mismo espacio de la corriente antagónica armada. Su coincidencia en el predio solo podía ser el prelude del enfrentamiento por contacto y fricción. El choque estaba en la naturaleza de las cosas, y no prepararlo previamente –no asumirlo como problema político militar– era la peor de las respuestas imaginables. Solo admitiendo el carácter proscriptivo de las elecciones del 11 de marzo, solo volviendo a enarbolar el derecho democrático de la mayoría a designar sus candidatos, solo quebrantando la proscripción de Lanusse e impulsando una solución política superior (Perón presidente por movilización popular directa) la dinámica espontánea, reimpulsada desde la conducción, construía una adecuada delimitación política entre el segundo y el tercer peronismo.

El gobierno del 11 de marzo no podía no caer, solo se trataba de saber si constituía un peldaño en el ascenso revolucionario de las masas o si solo era su extremo e intraspasable límite. No se trataba de defender la abstracta “patria socialista” –del tipo que fuere– sino reagruparse para asegurar la soberanía popular efectiva. Así un demócrata consecuente devenía un socialista revolucionario. La lucha permanente por la democracia directa reorganizaba el propio campo desde adentro hacia

fuera, la naturaleza del nuevo gobierno estaba determinado por los instrumentos políticos puestos en juego para su efectiva conformación. Este abordaje por ese entonces no estaba en la cabeza de nadie con suficiente tracción política, y esta ausencia de previsión teórica es la madre de esa dramática derrota histórica.

VI

Como la democracia política no es otra cosa que decidir quiénes deciden, según la conocida fórmula de Giovanni Sartori, conviene destacar qué es lo que no deciden: el programa del partido del Estado. El último programa de esas características fue elaborado por la Asociación Permanente de Entidades Gremiales Empresarias (APEGE) en agosto de 1975, y sintetizado por José Alfredo Martínez de Hoz, en su discurso del 2 de abril de 1976.

En la APEGE participaron el Consejo Empresario Argentino (CEA), Sociedad Rural, Carbap, Confederaciones Rurales Argentinas, la Cámara de la Construcción, la de Comercio, la de las Grandes Tiendas, de Exportadores e Importadores, de los Supermercados, los bancos, en suma: la Confederación General de la Industria, rama de la Confederación General Económica que incluía por ese entonces a la Unión Industrial Argentina (UIA), lo hizo *sottovoce*, a través de asociados directos. Era la mayor vuelta de campana de la historia del pensamiento económico en la Argentina, y no tendría vuelta atrás.

Si se recuerda que estos mismos empresarios respaldaron explícitamente el programa del ingeniero Celestino Rodrigo, y que la movilización obrera impidió, a medias, su puesta en ejecución (primer paro general de la CGT contra un gobierno peronista, para evitar que los trabajadores migraran en otra dirección por la masividad de la movilización), se entiende toda la marcha de la reconversión política del bloque de clases dominantes.

De allí en más, la crisis impuso cambios, y se hicieron teniendo en cuenta ese preciso límite. Conviene entender que el Plan Austral del gobierno de Raúl Alfonsín, la convertibilidad

de Domingo Cavallo, o el blindaje de José Luis Machinea respetó escrupulosamente esa consigna explícita. El estallido de 2001 puso en tela de juicio el programa del partido del Estado, porque sumergió a 20 millones de compatriotas por debajo de la línea de las necesidades básicas insatisfechas.

Por eso el “que se vayan todos”, por la aguda pero limitada comprensión popular: las fuerzas políticas realmente existentes estaban, están colonizadas por ese programa. Ese es todavía hoy el punto de vista del bloque de clases dominantes, y su comportamiento frente a la resolución 125, del 10 de marzo del 2008, sobredemuestra el aserto.

En lo sustantivo el cambio económico impuesto por la crisis del modelo, fin de la convertibilidad, no fue más allá de quebrar un corset monetario que ahogaba la producción en el mercado interno. Al hacerlo liberó las fuerzas existentes posibilitando que la barrera cambiaria, impuesta por una paridad más adecuada, alentara las exportaciones. Esto sucedió en medio de un mercado mundial tonificado por la presencia de China e India, con precios para las materias primas apoyados por una burbuja financiera que terminó explotando y que arrastró en su caída el sistema financiero internacional. Una crisis de semejante magnitud, ni siquiera es homologable a la de 1929, que permite todas las licencias ideológicas imaginables, no le ha permitido –al menos por ahora– a la sociedad argentina, al bloque de clases dominantes que hace décadas no son clases dirigentes revisar la etiología de sus problemas y enfilarse hacia un nuevo rumbo.

Rapsodia consentida: las cartas del lector

Como es norma entre 1976 y 1983 el diario *La Prensa* publicó miles de cartas de sus lectores. El profesor Gabriel Erdman seleccionó y digitalizó bajo mi responsabilidad 660 piezas que, a juicio de Erdman, resultan representativas de ese torrente. Tras leerlas concienzudamente monté con fragmentos de esas cartas, en algunos casos utilizando el texto completo, una pieza continua. Es posible discutir, metodológicamente, la pertinencia de esta operación. Como responsable intelectual del puzzle señalo que no incurrí en ningún acto de violencia analítica para su realización. En criollo simple: no tergiversé ni el sentido, ni la orientación ideológica, de todos y cada uno de los involuntarios participantes en esta obra eminentemente colectiva. Pero tal vez los hago decir más de lo que en algún caso se propusieron: esa demasía corre enteramente por mi cuenta. Señalo, asimismo, que dos de los textos utilizados no se publicaron en la sección “Cartas de *La Prensa*”, se trata de una pieza anunciada como espacio de publicidad y que lleva la firma de los familiares del profesor Bravo, lo que supone que la dirección del diario no necesariamente se solidarizó con su contenido, y una conferencia de prensa que ofreciera monseñor Antonio Quarracino en 1983. En los casos en que los autores de las cartas tuvieran evidente existencia pública, mantuve su firma, en los demás, no. Pero en todos está la fuente, la fecha y el título con que los publicara *La Prensa*.

Falta explicar el objeto de tan trabajosa realización. Cada tiempo tiene límites de audibilidad y enunciación públicas.

Las famosas fronteras ideológicas, no son solo una malhadada ocurrencia del general Juan Carlos Onganía. Existen. Si se quiere, esta pieza única contiene un mapa sobre lo que la sociedad argentina era capaz de escribir, editar y pensar en ese tiempo. Conviene no equivocarse mi última afirmación: escribir, editar y pensar no pueden ni deben leerse por separado, sino como parte de una operación única; en este caso no se trata de considerar lo que se podía pensar pero no publicar, ni escribir. Los diarios íntimos no forman parte de mi *corpus* de lectura.

No estoy reduciendo a toda la sociedad argentina a un texto, pero digo que toda la sociedad argentina estaba, todavía está, recorrida por ese texto.

I

Tres libros inspiraron este puzzle sin que ninguno resulte a la postre su modelo definitivo: *El corto verano de la anarquía. (Vida y muerte de Durruti)*³⁷⁴ y *Conversaciones con Marx y Engels*, ambos de Hans Magnus Enzensberger, y *Moral burguesa y revolución*³⁷⁵, de León Rozitchner. Con su brillante erudición, el ensayista alemán nos recuerda que el montaje pasa por ser “una de las técnicas más avanzadas de la literatura del siglo XX”³⁷⁶. A su parecer esto no es exactamente así. Sostiene Enzensberger que los filólogos inventan este procedimiento en los inicios del siglo XIX, eso sí, “no eran en absoluto conscientes de las implicaciones teórico-literarias originadas por su forma de trabajo”³⁷⁷. Los estudiosos del cine, como Eisenstein³⁷⁸, no piensan igual. Como solo se ocupan de su propio sistema de confiscaciones —ellos tomaron este procedimiento literario de la novela decimonónica— podemos sostener provisoriamente que ambas partes dicen la verdad. De modo que, o los escritores de

374 Hans Magnus Enzensberger, *El corto verano de la anarquía. (Vida y muerte de Durruti)*, México, Grijalbo, 1975.

375 León Rozitchner, *Moral burguesa y revolución*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1969.

376 Hans Magnus Enzensberger, *Conversaciones con Marx y Engels*, Barcelona, Anagrama, 1999, p. 7.

377 Ídem.

378 Sergio Eisenstein, *Towards a Theory of Montage*, British Film Institute, 1994.

ficción saquearon a los filólogos, y fueron saqueados a su vez por los directores de cine, o se trata de tradiciones paralelas. En cualquiera de los dos casos fue Walter Benjamin quien propuso escribir un texto completo utilizando tan solo citas. Este tampoco es exactamente el caso. Rozitchner toma el debate que Fidel Castro protagonizara en la televisión cubana, mientras todavía sonaban los disparos, con motivo de la invasión dirigida por la CIA a Playa Girón. La participación en el debate no solo fue voluntaria sino que es excepcional –los derrotados militares de una invasión organizada por una potencia extranjera no suelen debatir por televisión con los responsables de la defensa– sobre todo, cuando la lectura de sus presuposiciones –de lo no dicho que sostiene lo que se dice– realizada por Rozitchner inspiró la gramática de mi lectura política. Con un añadido: mi montaje no está al servicio de lo que yo quiero o no quiero decir, sino de lo que se puede articular con fragmentos textuales de un corpus leído sintomáticamente.

Sostiene Foucault: “Ahora bien, he aquí que un siglo más tarde la verdad superior no residía ya más en lo que era el discurso o en lo que hacía, sino que residía en lo que decía: llegó el día en que *la verdad se desplazó del acto ritualizado, eficaz y justo, de enunciación, hacia el enunciado mismo*: hacia su sentido, su forma, su objeto, su relación con su referencia”³⁷⁹.

Eso es lo que hicimos: leer enunciados, y la operación concluye con los presupuestos de lectura que organizan esos enunciados de los lectores de *La Prensa*. Es decir, aquello que cada carta no cree necesario explicitar porque forma parte de las presuposiciones compartidas, del pacto de lectura que los compradores del diario acordaron implícitamente con sus editores. Pacto, conviene recordarlo, que se renovó a diario durante casi ocho años.

II

“Cuando las Fuerzas Armadas tomaron el poder el 24 de mayo y escuché el texto de la proclama, exulte. Se había salvado la patria. Mi euforia no es superficial. Hay quienes sostienen

379 Michel Foucault, *El orden del discurso*, op. cit. Destacados de A.H.

que lo es, porque, *más bien, había que estar triste* por haberse perdido una oportunidad de vivir democráticamente. Democracia es una palabra que expresa un sistema de gobierno y de participación de los ciudadanos en ese gobierno. Pero *antes que en la democracia o en cualquier otra forma de gobierno creo en la honestidad*. Sin honestidad no hay sistema de gobierno que resulte bueno.”³⁸⁰

“*Al escuchar nuevamente el lenguaje de la sensatez, de la inteligencia, del conocimiento, modulado con un acento, una voz y un tono que creíamos perdido en la Argentina, nos hemos sentido renacer. Para asegurar que así sea, cada uno de los habitantes de este bendito suelo deberá prepararse o mantener una prolongada e incansable paciencia; de un querer y un saber aceptar las restricciones, dificultades, privaciones; de una sabia y prolongada disposición a la tolerancia.*” [...] “*Aceptemos la sabia lentitud, las cautelosas decisiones* de quienes, sacrificadamente, se van adentrando sobre los escombros minados, triste herencia dejada por los que huyeron.”³⁸¹

“*La primera prioridad era terminar con la guerra interna. Por ese entonces, mal que mal, todos apoyábamos el Proceso y dejamos de lado la economía, la política, todo lo que no fuera la guerrilla, pues era secundario*”³⁸².

“*Es evidente el cambio que desde el 24 de marzo se ha producido* en el país respecto de la subversión. Pero es evidente también que *en esta lucha deben participar no solo las fuerzas de seguridad* sino todo aquel que ame la libertad, pues no se trata únicamente de una lucha armada sino fundamentalmente de *una lucha ideológica*, ya que la guerrilla no es más que el fruto de la subversión de las ideas.”

“*Ya terminó la época en que se podía confiar la formación de los hijos a maestros y sacerdotes. Pero lo más lamentable es que muchos padres ignoran o tratan de ignorar –ya sea por ingenuidad o por comodidad– esta situación. ¿Cómo se puede*

380 “La honestidad base de un buen gobierno”, “Cartas a *La Prensa*”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 15 de abril de 1976.

381 “Sensatez y conocimiento”, *Ibid.*, 11 de abril de 1976.

382 “A quien recurriremos”, *Ibid.*, 25 de julio de 1981.

cerrar los ojos ante el hecho de *sacerdotes que desde el púlpito tergiversan la doctrina cristiana*, para ponerla al servicio de una ideología atea? ¿Cómo despreocuparse cuando a los niños y adolescentes, muchas veces ya *desde el jardín de infantes, mediante juegos* en apariencia inocentes, o con la abierta actitud de *maestros y profesores, se les inculcan los mitos de la distribución de la riqueza, de las injusticias sociales* y tantos otros del repertorio marxista? ¿Se preocupan todos los padres de saber qué leen sus hijos y de averiguar de qué hablan en la escuela o en la iglesia donde se supone que van a aprender el catecismo³⁸³?”

“Desde que mi hija mayor empezó la escuela, año tras año *los libros de lectura me han ido causando indignación creciente*. Los nombres de por sí, “Pinocho”, “Cuasilipú”, “Naranjito 3”, *inspiran muy poca confianza en el contenido*. Y en efecto así es, en ellos encuentro *bajo nivel intelectual, fealdad artística* y escaso contacto con la realidad concreta de la vida y del país. En el libro de lectura *Naranjito 3* (¡impreso en Brasil!) que usa el tercer grado de la escuela de la provincia de Buenos Aires donde cursa mi hija, la lectura para el *9 de julio, la gran fiesta patria, consiste en un cuento imaginario sobre una niña que vive en Tucumán* (¡lo único que tiene que ver con la fiesta!). En su casa vive un negrito de la servidumbre que se enamora de ella. *Los demás negros le dicen que su amor es imposible* y, entonces, se queda triste. La lectura siguiente consiste en relatar ‘un desenlace más feliz’ que refiere que la niña de tez blanca y el negrito ‘se enamoran ni bien se ven’, a pesar de las protestas de las dos familias. Una noche los dos sueñan que *un ángel pasa su ala por la cara que entonces cambia de color*. Al día siguiente se encuentran y se quedan esperando que venga uno de los ángeles; no importa cual porque ‘lo que les interesa es que alguno los toque con sus alas y les ponga la piel igualita, así como es igualita el alma que tienen los dos’.”

“De acuerdo con el orden natural de las cosas, es falso y lesivo sugerir que los niños se enamoren. También es

383 “La lucha es de todos”, *Ibid.*, 1º de diciembre de 1976.

capcioso sugerir que los matrimonios mixtos son naturales y recomendables, cuando los hechos demuestran que los hijos mestizos sufren por su falta de identidad, y que se crean enormes problemas sociales. *Tampoco parece esta la manera adecuada de eliminar el racismo*: todo sentimentalismo en el fondo solo logra confundir. Además no hay problemas con gente de la raza negra en la Argentina, aunque sí hay problemas muy serios de otra índole³⁸⁴.”

“El guardapolvo blanco acercaba a los niños a una fraternidad que impresionaba. *Ni ricos, ni pobres, ni judíos ni cristianos, ni negros, ni blancos*, todos respetados en sus derechos, en sus ansias de superación.”

“Cien escuelas, mil escuelas, como las que conocí, al amparo de la ley 1.420, *la más religiosa de todas las leyes, puesto que respeta todas las religiones*, no permitiendo que, sin vocación, sin capacidad, forme un culto determinado la mente de los educandos.

Cien *escuelas sin prejuicios* en su seno, ni mentiras en su marcha. Allí debe tener su trono la verdad, el amor, *la igualdad de oportunidades*³⁸⁵.”

“Hijos nuestros y muchos otros argentinos, fueron *sutilmente llevados a creer en el milagro del ‘cambio’*, y contadas fueron las voces que alertaron sobre los inevitables resultados que tendría la aventura en que se nos embarcaba.”

“Este ‘cambio’ *significó destruir los principios morales*, la imagen y la economía del país, separar a las familias, *enfrentar a padres e hijos*, usar la religión como bandera política, promover la fácil especulación y un afán malsano de lucro sin trabajo, *llevar a la juventud a una guerra fratricida*.”

“Y el saldo de dolor que aun sufrimos, es *la destrucción de familias por la muerte o desaparición de seres queridos*, el asesinato inútil, las ilusiones quebradas.”

“*Para que el cuerpo social no caiga en el mismo error ardua e imprescindible es la tarea de volver a educarlo*, enseñando

384 “Los libros de lectura”, *Ibid.*, 3 de septiembre de 1983.

385 “Cien escuelas, mil escuelas”, *Ibid.*, 25 de enero de 1981

que no es con utopías románticas como se forman los grandes pueblos.”

“Hay que enfatizar que no se puede distribuir la riqueza si previamente no se la ha construido con trabajo honesto y sacrificios, ni se puede exigir *una hipotética justicia social* que este *basada en la mentira demagógica de lo imposible*, ni se puede pedir justicia cuando se actúa con odio y arbitrariedad o favoreciendo a ciertos grupos en detrimento de los demás. Ha sido un aliciente conocer *el cambio mental operado en los jóvenes que abandonaron la subversión* y se entregaron voluntariamente a las autoridades.”

“La *nueva vida* que comienzan –en establecimientos modelos que honran a nuestro gobierno tan vilipendiando en el exterior por no respetar los derechos humanos– es el símbolo de nuestra futura redención³⁸⁶.”

“*El tema* tan traído y llevado de los “*derechos humanos*” es motivo de constantes y mundiales polémicas, pero en muchas oportunidades es esgrimido con malicia, pues *se usa como escudo para disminuir los justos castigos para irredimibles delincuentes* en lugar de levantarse como ala protectora de desdichadas víctimas.”

“*De los derechos humanos, el primero y el más importante es el derecho a la vida*, por esto, todo cuanto acuerden las autoridades en pro de reglamentos, ordenanzas, multas y cargas que tiendan a tal fin, es poco.”

“*Voy a referirme al caso concreto* de un lugar donde durante las 24 horas del día se atenta contra la vida de la gente, *sin ametralladoras ni venenos*, pero sí con la anuencia que permite la indiferencia culpable de los funcionarios: *es Playa Grande en Mar del Plata.*”

“Para llegar al mar, necesariamente hay que cruzar el boulevard Patricio Peralta Ramos; este tiene doble mano y ninguna vigilancia. En el tramo que forman las calles San Lorenzo, Roca, Primera Junta, Saavedra, Quintana, Matheu y Formosa no hay ningún semáforo.”

386 “Pecados de olvido”, *Ibid.*, 22 de diciembre de 1977.

“El tránsito que fluye por esta calle es intensísimo: los automovilistas tienen que desplegar derroche de cálculos para no atropellarse y los peatones de agilidad mental... y de piernas para pasar.”³⁸⁷

“Tenemos *un pueblo* que, en su vida diaria, practica la democracia en mayor medida que algunos de los países que pretenden darnos directivas en ese campo.”

“Es un pueblo pacífico, respetuoso, que *no discrimina a nadie por su raza, su color de piel, su religión, sus costumbres, sus ideas o su posición económica y social*. No tiene castas ni distintas clases de ciudadanos.”

“Ha dado prueba acabada de su cultura en las grandes concentraciones de multitudes: deportivas, religiosas y hasta políticas. *Modelos de esta cultura* fueron para el mundo, por mencionar las más importantes, *el Mundial de Fútbol de 1978, las concentraciones en la Plaza de Mayo por las Malvinas* y las que se congregaron en Luján y Buenos Aires con motivo de la visita papal.” [...]

“Es un pueblo que a su gobierno solo le pide que lo deje vivir y trabajar en paz, en un ambiente de moral y libertad, cumpliendo el gobierno a su vez con sus obligaciones.”

“Es *un pueblo dispuesto a cumplir las leyes* siempre que éstas sean *justas y razonables*. No obstante, como pueblo inteligente, *cuando las leyes no son así se resiste* a ellas, pero en general sin violencia. Sabe que, por ley natural, tiene derecho a oponerse a la injusticia. Podríamos decir que es muy susceptible a la injusticia, lo que *evidencia su elevado nivel moral*.”³⁸⁸

“Aquí llegamos a un punto en que *corresponde descubrir quiénes son los que atentan contra los derechos humanos*”³⁸⁹.” [...] “Resulta evidente que para obtener la plena vigencia de los derechos humanos *se hace necesario derrotar al estatismo mediante una conducta combativa*, ya que este es el único camino que conduce a la victoria.”

387 “Mar del Plata y los derechos humanos”, *Ibid.*, 26 de marzo de 1978.

388 “Nuestro pueblo”, *Cartas a La Prensa, La Prensa*, Buenos Aires, 26 de julio de 1982.

389 “Derechos humanos”, *Ibid.*, 9 de febrero de 1980.

“En consecuencia claramente se advierte que *el respeto a esos derechos debe ser considerado una bandera de lucha* contra tales sistemas de gobierno³⁹⁰.”

El relato vira. Lo impronunciable irrumpe desde la perspectiva del límite, y obtiene una respuesta. Leemos:

“Como *madre de un hijo ‘desaparecido’* sin conocer las causas de este penoso episodio, ruego al señor director que haga nuevamente un llamado a las altas esferas del gobierno *para que diluciden la angustiada incertidumbre que sufren miles de hogares del país.*”
“*Que este acuciante problema sea puesto en manos de la justicia competente, así se juzgará a todos los que resulten culpables por falta comprobada o en caso contrario, que se los reintegre a sus hogares, dando término a una larga y angustiada espera que se viene prolongando por más de 30 meses. Pero primordialmente que se me haga saber cual fue el destino de nuestro hijo*³⁹¹.”

La repetición que no repite.

“Hoy 8 de marzo se cumplen seis meses... de *esta injusta privación de la libertad.*”

“Tu familia angustiada por esta prolongada detención *sin haberse formulado cargo alguno* en tu contra y sin condena, *sabiendo que no eres un delincuente subversivo* o económico, ruega por intermedio de esta, quiera Dios –en vísperas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y en el reencuentro fraternal que esta significa– iluminar a las autoridades nacionales.

Por eso *apelamos a los sentimientos cristianos de la*

390 Ídem.

391 “Por una navidad en paz”, “Cartas a *La Prensa*”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 19 de diciembre de 1978.

Junta Militar de Gobierno, teniendo presente que Dios es fuente de toda razón y justicia, y solicitamos decreten su pronta libertad³⁹².”

Las respuestas:

“A las mujeres de mi patria les propongo que *sigamos siendo valientes*, porque debemos demostrar que somos capaces de estar a la altura de nuestros hombres, hijos, hermanos, esposos, amigos, alumnos. *Formen con nosotras, las que somos madrinas de guerra, la cálida trinchera de la ternura*, de la comprensión, de la solidaridad; *lloremos para adentro*, y así como algunas pudieron ofrecer sus joyas, todas, sin excepción, *debemos aportar las perlas de nuestras propias lágrimas*, para formar con ellas el inmenso Rosario de *la Paz, que va a llegar* sin duda alguna.” [...]

Otra respuesta.

“*Soy una maestra argentina* y como tal, me atrevo a recordar a mis compatriotas, a las mujeres de mi país, que *no debemos ser nosotras las que frenemos el empuje, el coraje y la confianza de nuestros muchachos*, de nuestros hombres; los hemos educado para el bien, para el amor, para la paz, pero sí que se han visto *enfrentados con una guerra que no buscamos*, que todo nuestro amor, toda nuestra serenidad, toda nuestra paz espiritual, estén presentes en sus mochilas de soldados, los conduzcan a la victoria del Bien, del Amor, de la Paz con Justicia y con Honor, permanentes y recios valores que no estamos dispuestos a desmerecer”.³⁹³

Otro lugar; otro límite.

392 “A seis meses de su detención”, espacio de publicidad, diario *La Prensa*, 7/8 (?) de marzo de 1978.

393 “De una maestra argentina”, “Cartas a *La Prensa*”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 15 de junio de 1982.

“Tengo 16 años y estoy en el colegio secundario. Me pregunto: ¿Qué pasa en el hogar de un compañero mío que entona en su casa un cántico aprendido en la tribuna del Club Atlético River Plate, que en lo sustancial dice: ‘Aragón al paredón’, aludiendo obviamente, al presidente de esa institución, sin que sus padres, católicos, apostólicos, romanos, reaccionen? ¿Qué pasa en los hogares de los jóvenes que como este compañero, entonan el mismo estribillo en el mismo lugar?”

“¿Qué pasaba en la mente de un oficial de la Marina, amigo de mi padre, que decía: ‘hay que fusilar amigo, hay que fusilar’? Esto sucedía cuando gobernaba el doctor Arturo Frondizi.”³⁹⁴

Otra reiteración.

“Cristo dijo: ‘Y aquel que escandalizase a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino y le hundieran en el fondo del mar’.”³⁹⁵

Algunas precisiones se imponen.

“La excelente crónica que *La Prensa* dedica al XX aniversario de la fundación del Secretariado de Ayuda Cristiana a la Cárcel, del 19 del corriente, página 6, contiene un error que me veo obligado a rectificar.”

“Dice que, durante la misa, *un grupo de personas parientes de desaparecidos me pidieron* realizara (*sic*) por ellas y yo contesté que era “imposible porque no se trataba de un acto político.”

La verdad de lo ocurrido es esta: *una señora, con tono*

394 “Pregunta”, *Ibid.*, 26 de diciembre de 1982.

395 “Los libros de lectura”, *Ibid.*, 3 de septiembre de 1983.

mesurado, me pidió que rezara por los desaparecidos y yo respondí: “Hemos orado todos juntos y públicamente por todos los privados de libertad y por sus familiares; por otra parte he invitado a todos y a cada uno a guardar un minuto de silencio y a orar por sus intenciones particulares. Así evitamos enumeraciones, que resultarían incompletas, por no abarcar a todas en una asamblea numerosa como esta.” “Esto fue todo y no invoqué ninguna otra razón.”³⁹⁶

Errores de dicción, aciertos de habla.

“Tengo el agrado de dirigirme a usted con relación al artículo [...] ‘Malestar de religiosos’, relacionado con la actitud asumida por el arzobispo monseñor Antonio José Plaza.”

“Como final de dicho artículo con el subtítulo de ‘Capellán policial’, se hace referencia a un pariente del arzobispo, *incurriéndose en un grave error que me perjudica personal y profesionalmente.*”

Efectivamente, allí se dice textualmente:

“En 1977 resultó muerto su sobrino –hijo de su hermano Jesús– el flamante abogado de 22 años, Luis María Plaza, dirigente de la Juventud Peronista.”

Nada más erróneo y carente de sentido. La realidad es la siguiente: “el 16 de septiembre de 1976, desapareció Juan Domingo Plaza, teniendo entonces 30 años de edad y de profesión sociólogo”: mientras que, por mi parte, en aquella fecha contaba con 26 años de edad, y hacía dos años que había obtenido mi título de odontólogo, sin que hasta la fecha haya tenido vinculación alguna con la política partidaria de cualquier partido.”

396 Iñaki de Aspiazu, secretariado de Ayuda Cristiana a las Cárceles, “Un error que merece aclararse”, en *Ibid.*, 25 de noviembre de 1977.

“La circunstancia de ser sobrino del señor arzobispo de La Plata me pone en una posición particular que me obliga a reaccionar frente a una equivocación como la señalada”.³⁹⁷

Con redoble de tambores y timbre de retreta.

“La *propaganda antiargentina* había comenzado a actuar. [...] En “la correspondencia con alguna personalidad sobresaliente que me ha asegurado su venida, se advierte entre líneas que la promesa nace por obligación de una antigua amistad, que desde luego me honra, pero trasciende un sentido *renunciamiento temporario a su seguridad europea ante el riesgo, más que físico, moral*, de venir a nuestro país.”

“Por último, cabe advertir que la importancia general de *la creciente campaña antiargentina en el exterior* hace necesario que el gobierno revea e intensifique sus *métodos para combatirla*. Los empleados hasta ahora no han sido eficaces.” [...]

“Será una labor de reconstrucción de la imagen de la Argentina paulatina y lenta, *precio de los errores cometidos*. Tenemos obligación de afrontarla. *No somos un país de llorosos perdedores, Aunque tengamos un feroz mundo en contra*, formamos un *país ganador*.”³⁹⁸

Repasando los argumentos del Proceso.

“Una vez más *se nos pone a prueba* para demostrar hasta que punto puede llegar nuestra fortaleza y valor cuando la patria lo exige.”

“Otra vez *debemos entregar la ofrenda más valiosa de nuestra caja de tesoros: el hijo*. Ese hijo a quien le dimos el ser, que fue creciendo día tras día, que se convirtió en un adolescente y que hoy es un hombre. Y

397 “Sobre un sobrino de monseñor Plaza”, *Ibid.*, 13 de octubre de 1983.

398 Enrique Zaldívar, presidente de la Association Internationale du Droit Nucléaire, “Desprestigio organizado”, *Ibid.*, 13 de agosto de 1978.

este es el hombre que hoy marchó a defender su suelo *llenó de entusiasmo y de fervor patriótico*; que agitó su brazo en el cálido adiós, *rumbo a la conquista de la soberanía*, que quizá sea su propia conquista, porque para cada uno de ellos se convertirá en algo tan vital por lo que tiene que luchar y vencer.”

“*En otras circunstancias nuestros soldados también debieron afrontar su responsabilidad con decisión firme, para extirpar de nuestro suelo a los enemigos de la patria*; un enemigo que no dejaba ver su rostro, que sin mostrarse mutilaba y destruía.”

“*Hoy el enemigo cambia*; sale a la luz pero *también debe ser exterminado*, para que resurja otra Argentina, la de la dignidad, del sacrificio, de la virtud.”

“*Ofrezcamos a nuestros hijos como lo hacían, espontáneamente, las madres en tiempos de San Martín para luchar en los campos de batalla*. Recordemos que la mano de dios dirige los hilos de nuestro destino; pongamos bajo su protección a los que deben llevar al mejor término esta contienda, para que ilumine sus pasos hacia la paz y la justicia. Encomendemos nuestros hijos a la Divina Providencia, y que la fe jamás nos abandone. *Madres valientes para hijos valientes*; ellos se sentirán orgullosos.”³⁹⁹

Sin redoble de tambores.

“Quien haya leído el diario *La Opinión* de los años anteriores a 1976 no podrá negar *el apoyo que dispensó al terrorismo* que acuciaba a nuestro país.” [...]

Antisemitismo y política.

“El señor Timerman ha expresado que ha sido *objeto de persecución* por parte de las autoridades argentinas

399 Hebe Susana Solari de Berdina, “Las madres argentinas”, *Ibíd.*, 26 de abril de 1982.

‘por el solo hecho de ser judío’. Nada más falso.’
“Como argentina nativa de origen judío me veo obligada a salir al cruce de semejante infamia, haciendo notar que *tal expresión, que se ajustó a la realidad de otra época, carece de vigencia en la Argentina actual.*”⁴⁰⁰

La objetividad profesional y el antisemitismo.

“Mi posición es que Timerman fue arrestado por un nexo de orden comercial y que por consiguiente es *absurdo festejarlo como luchador en pro de la libertad de prensa*. Digo también que su histeria contrasta con la serenidad de la lucha contra el antisemitismo de los responsables dirigentes judíos de ese país, los que no están embarcados en la promoción de un libro. [...] *Alegar que no existe antisemitismo en la Argentina, me haría aparecer un ingenuo o, peor aun, un agente de relaciones públicas*. Lo uno y lo otro desacreditaría mi campaña desinteresada y solo beneficiaría a Timerman.”⁴⁰¹

La verdad hasta el caracú.

“Ha llegado la hora de *reconocer al más silencioso de nuestros aliados*, aquel que nos ha acompañado sin hacerse notar a través del tortuoso camino de nuestra historia: la vaca. [...] Es que *“la vaca acosada y fustigada por la picana impositiva”* terminó siendo *“el único producto auténticamente argentino.”*⁴⁰²

Inquietas conciencias procesistas.

“Después de nuestro triunfo militar en Tucumán,

400 “El caso Timerman”, *Ibid.*, 13 de noviembre de 1979.

401 “Acerca del antisemitismo en la Argentina”, *Ibid.*, 14 de diciembre de 1981.

402 “Las vacas argentinas”, *Ibid.*, 11 de marzo de 1980.

nuestra atención se desvió nuevamente; se hicieron presentes todos los baches que habían quedado relegados: crisis agraria, crisis laboral, crisis financiera.”⁴⁰³

“Los ‘miembros de la Junta militar serán glorificados por las generaciones futuras, están haciendo bien al país. Merecen bien de la república. Merecen que las generaciones futuras los recuerden con agradecimiento’, palabras publicadas en La Prensa el 3 de noviembre último y pronunciadas por el vicario castrense señor Bonamín.”

“Estimo que *lo único que tendrán que agradecer y glorificar* las generaciones futuras a este Proceso es haber evitado *que la República cayera en manos de la subversión marxista – peronista*, y allí punto final⁴⁰⁴.”

“Yo no creo que las Fuerzas Armadas tengan la varita mágica y den solución súbitamente a todo lo que esta corrompido y deformado. Más bien creo que la Argentina se va a levantar del pantano en que está, con el esfuerzo de todos. Lo que pasa que *ahora vale la pena esforzarse, en la seguridad de que alguien no se va a llevar el fruto de nuestros afanes a algún banco del exterior*.”⁴⁰⁵

Otros balances, perspectivas de clase media.

“Los gestores de *la Reorganización nacional* jamás han logrado ni un pequeño triunfo sobre la crisis, dando muestras de gran incapacidad política.” Por tanto “lo que fue una ilusión, se diluyó y se convirtió en *el más grande de los fracasos*”⁴⁰⁶.

“Tenemos objetivos claros, son los del Proceso de Reorganización Nacional. El objetivo básico, simiente

403 “A quién recurriremos”, *Ibíd.*, 25 de julio de 1981.

404 “Qué deberán glorificar”, *Ibíd.*, 11 de diciembre de 1981.

405 “La honestidad base de un buen gobierno”, *Ibíd.*, 15 de abril de 1976.

406 “Aclaración de Jorge Suárez”, *Ibíd.*, 23 de julio de 1983.

del Proceso, se ha perdido. Hoy se llama a aquellos que fueron partícipes de la corrupción. Se habla de indultos, alianzas, tenemos las mismas banderas, etcétera.”

“Sabemos muy bien que las actitudes defensivas conducen fatalmente a la derrota.” [...] “Se hace necesario entonces *abandonar esta trinchera estática* para adoptar una actitud dinámica combativa a la que solo se puede llegar mediante la identificación del enemigo, ya que *toda lucha es imposible, si no se sabe contra quien se dirige.*”⁴⁰⁷

La crisis futbolera de Malvinas.

“A pocos días del *glorioso desembarco de las Fuerzas Armadas en Malvinas* no faltan aquellos que voluntariamente o no contribuyen a la campaña psicológica en contra de nuestra actitud soberana.”

“*Mezquinos intereses materiales o la propia cobardía personal* los lleva a cuestionar, si no la necesidad, al menos la oportunidad de ese acto.” [...]

“Hoy no caben los análisis sectoriales sino el aglutinamiento inmediato en pos de objetivos comunes. De nada sirve lamentarse nuestra indefinición pasada y reciente como país de Occidente que sin duda somos. *No pidamos a otros el apoyo que en su momento no supimos dar.* Dejemos que la historia juzgue en un futuro las actitudes de los gobernantes pasados y presentes. *No es el momento para las cobardías. Ocultemos nuestros miedos.*”⁴⁰⁸

Curiosas percepciones de la ciudad.

“Estrictamente, *la causa de la alegría no tiene ninguna importancia*; lo grave es la tremenda desconsideración

407 “Derechos humanos”, *Ibid.*, 9 de febrero de 1980.

408 “No es momento para las cobardías”, *Ibid.*, 13 de abril de 1982.

para con el prójimo, que significa pasar en caravana, a los bocinazos y a *los aullidos, a media noche o a la uno o dos de la madrugada, por calles céntricas en donde puede haber enfermos, personas nerviosas o con dolor de cabeza, o simplemente gente que trabaja y a esa hora tiene derecho a dormir*. Implica un total desden por el descanso y la paz ajenos; *los nuevos trogloditas, ebrios de triunfo* con sus pequeñas victorias tribales, *sienten la pueril necesidad de que todo el mundo se entere de su júbilo*, molestando, despertando, impidiendo toda lectura o tarea intelectual y *destrozando los nervios a sus víctimas*.²⁴⁰⁹

“Cuando el gobierno nacional sostiene ‘que ningún individuo, grupo social o autoridad, es fuente de moralidad de las acciones humanas’, parecería decir que *nadie, ni siquiera las máximas autoridades tribunalicias de la Nación, pueden juzgar debidamente* a quienes hayan lesionado gravemente los intereses y el decoro del país. [...]”

El límite de la audibilidad crítica.

“Contrariando en parte la pregunta que se formula el presidente Bignone, yo me pregunto: *¿Que les pasa a los argentinos que gobiernan* para que sigamos todavía a la deriva, sin rumbo fijo que nos conduzca a la honestidad, al trabajo, y a una estabilidad económica que nos libere de las zozobras en que vivimos?” [...]

“Entonces, ¿que ‘les’ *pasa a los argentinos de las altas esferas?* ¿Es *incapacidad, es irresponsabilidad, es desinterés?*”

A pesar de todo, *quiero yo, al igual que millones de argentinos, tener fe en los gobernantes*.²⁴¹⁰

“Alejémonos hoy día y no vivamos en comunión con

409 Alicia Jurado, “Civilización y silencio”, *Ibid.*, 20 de noviembre de 1977.

410 “Qué les pasa a los argentinos”, *Ibid.*, 23 de julio de 1982.

quienes fomentan la inmoralidad, la tortura, el miedo, la venganza, las coacciones, el secuestro, la violencia, la muerte, los anónimos.”⁴¹¹

Peronismo y derrota.

*“No se pide la cámara de gas para seis millones, se pide la proscripción de un partido, que socavó los pilares de la democracia, no una sino infinitas veces.”*⁴¹²

*“La razón de mi vida fue libro de lectura obligatoria en las escuelas, y el Libro Negro de la Segunda Tiranía no. Por no haber llamado a las cosas por sus nombres, los que fueron usufructuarios, beneficiarios y cómplices de un régimen intrínsecamente perverso (como con justicia lo denominó “La Prensa”) hoy se presentan ante la opinión pública con voces de sirena y auras de santidad.”*⁴¹³

Final de juego, y apertura política.

“Partamos de hechos, no fantaseemos: hemos perdido una batalla cruenta. Y estamos inmersos en coyunturas peligrosas; hay argentinos desconcertados, decepcionados; ha todos nos embarga la tristeza, como ya he dicho.”

“Que a la derrota bélica no suceda la Política, aquella no dependía solamente de nosotros; esta, en gran parte, depende de nosotros.

Aceptamos la Argentina post-malvinense; pero rechazamos una argentina superficial, contestataria, y desmalvinizadora.” [...]

“No todo fracaso es mortal: Cancha Rayada, Vilcapugio, Ayohuma fueron derrotas, pero no entierros; la patria

411 “La ley de amnistía”, *Ibid.*, 5 de septiembre de 1983.

412 “Cómo creer en nuestros mayores”, *Ibid.*, 29 de junio de 1981.

413 “El libro negro de la segunda tiranía”, *Ibid.*, 3 de julio de 1983.

superó los contratiempos.” [...] ¡Argentina! El pueblo de las intensas potencialidades y de *las insospechadas reacciones cívicas* en pro de la Patria: 1606, 1807, 1978, 1982 son algunos de sus hitos.”⁴¹⁴

Fundamentos del cinismo democrático.

“Respecto al enemigo, guardo el respeto que le merece a todo combatiente el hombre que lucha por sus ideales (equivocados o no) y que está dispuesto a dar su vida por ellos.”

“Otros, que dicen no haber cejado en la lucha, delataron a sus camaradas y permitieron con ello que muchos cayesen en enfrentamientos con las Fuerzas Armadas o de Seguridad. Este es el caso de la mayoría de los que me acusan, pues no tuvieron la hombría de bien de ofrendar su vida en aras del ideal que decían defender.”

*“Quiero dejar constancia, que creo fervientemente en la democracia y en los valores morales del ser humano. Que considero que la única salida posible para el país de este atolladero es el libre ejercicio de aquella.”*⁴¹⁵

Constantes del cinismo eclesial.

*“Yo creo –manifestó el obispo de Avellaneda, Antonio Quarracino– que la sociedad argentina debe decirse a sí misma: de alguna manera u otra, todos somos culpables”*⁴¹⁶. “Retomando la cuestión de los desaparecidos, dijo que es ‘hasta sacrílego’ que se utilice el tema con fines ‘políticos e ideológicos’”

“Yo entiendo –dijo– que es preferible hablar de ley

414 Monseñor Medina, vicario castrense, “Los héroes malvinenses: maestros de la patria”, *Ibid.*, 5 de abril de 1983.

415 “Aclaración de Jorge Suárez”, *Ibid.*, 23 de julio de 1983.

416 Monseñor Antonio Quarracino, presidente de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), *Ibid.*, 3 de abril de 1983.

de olvido antes que de ley de amnistía, porque la amnistía tiene un frío contenido jurídico, en cambio el olvido tiene un sentido más hondo, más humano, más profundo.”

“Juzgo conveniente hacer una estructuración jurídica, hacer algo que pueda llamarse verdaderamente ley, aunque pueda tener otra denominación, que evite el envenenamiento por odio, la venganza, la injusticia en la sociedad argentina actual y la del futuro” subrayó Quarracino.

“A ello llevaría el deseo de solucionar todo únicamente por tribunales de justicia”, dijo.

“Yo creo que este método llevaría a ese envenenamiento de las relaciones humanas en el país”, puntualizó. Aclaró que “yo no afirmo que no deba actuar la justicia, cuando deba actuar, pero que tenga reglas o límites, que no se cuales podrían ser, para evitar ese envenenamiento.”

“Yo me pregunto entonces, ¿desde cuándo habría que hacer comenzar ese ejercicio de justicia, a quienes presentar delante de la justicia? ¿Desde que año, desde que época? ¿Acaso desde el 76 y porque no desde el 73?”, reflexionó el prelado.

“Por que no empezar desde antes, desde 1960 o desde 1968, cuando empezaron los movimientos subversivos con acciones que bien podrían ser juzgadas por la justicia”, dijo.

Siguió interrogándose monseñor Quarracino: “¿Quién tendrá en cuenta a los responsables intelectuales o morales de la huida a la clandestinidad de los guerrilleros y –en definitiva– a los responsables de la muerte de tanta gente joven.”

“¿Quién se haría cargo de algunos educadores y padres que de alguna manera encaminaron con sus lecciones y sus ejemplos a los jóvenes a una violencia inaceptable?”

“Aclaró que no hablaba de un “olvido psicológico como si se tratara de borrar lo que una persona ha sufrido como un dolor. *Me refiero a una especie de instrumento jurídico que reconozca el drama que vivió el país,* también la culpabilidad de quienes lo provocaron –no con nombres y apellido– desde distintos ángulos y que señale caminos de superación y de olvido y también de persona” explicó finalmente Quarracino.”

III

Jorge García Venturini, presidente de EUDEBA durante la dictadura burguesa terrorista, nominaba “kakistocracia” al gobierno de los peores. La jactanciosa descripción etiquetó eufónicamente los gobiernos peronistas. Antiperonista de pelo en pecho, García Venturini transformó sus módicos comentarios sobre problemas complejos, en filologías latinas al calce de gorilemas que no requerían demostración. Y ese citado autor constituye el subsuelo ideológico de los que escriben cartas a *La Prensa*: Perón y el peronismo son responsables de todos los males de la sociedad argentina. Por tanto, terminar con el peronismo, sobre todo en su versión de izquierda, y terminar con los problemas resultaba una misma cosa, y el 24 de marzo de 1976 se puso en marcha esa dirección, por eso: “Se había salvado la patria”⁴¹⁷.

Esto se argumenta de mil maneras. Lo sostienen anónimos escribanos de provincia y la viuda del general Lonardi, jefe militar de la Revolución Libertadora. En intercambio polémico con el entonces almirante Eduardo Emilio Massera, Mercedes Villada Achaval de Lonardi⁴¹⁸ vindica a los hombres del 55 como ejemplos de vida, frente a la falta de maestros subrayada por el ex almirante. En dolida réplica la viuda de Lonardi

417 “La honestidad base de un buen gobierno”, op. cit. *Ibid.*

418 Mercedes Villada Achaval de Lonardi, “Presencia de héroes”, *Ibid.*, 8 de agosto de 1978.

sostiene: “Pregunto si el almirante Massera olvidó los hechos que tuvieron lugar hace poco más que dos décadas”⁴¹⁹. Para Massera nadie enseñó nada, para Lonardi nadie aprendió nada. Sin embargo, tienen un curioso acuerdo: quién podía esperar algo de gobernados que hubieran elegido –de votar libremente– para gobernantes a incorregibles miembros de la kakistocracia nacional.

En tanto integrantes de un club que los admite como socios, los autores de las cartas, desde los más ignotos hasta Victoria Ocampo, comparten sus páginas sobre temas variopintos con un abordaje relativamente común: la crítica al gobierno de 1976 excluye toda referencia –incluso elíptica– a los métodos represivos. Cuando el tema se vuelve insoslayable el tratamiento es tajante: “La *propaganda antiargentina* había comenzado a actuar”⁴²⁰. Desde que Ocampo comenta con tono irónico los libros más traducidos en el mundo entero⁴²¹, al tiempo que evita la quema de libros a la vuelta de la esquina, hasta triviales comentarios editoriales sobre el gasto incurrido en un acto conmemorativo con motivo del centenario de la X Brigada de Infantería, cuya respuesta corre a cargo del Jefe de la Policía Federal⁴²², casi todas las intervenciones exudan su derecho a la letra de molde.

Los firmantes de las cartas son ciudadanos de un gobierno que no les reconoce tal estatuto sino con enorme reticencia, y lo son porque el diario publica con su firma –casi como un acto de resistencia cívica– su derecho a una disidencia legítima que no es oposición. Un cierto *entre nos* recorre las cartas, lo que facilita enormemente el montaje, al tiempo que de tanto en tanto se cuelan denuncias que las demás cartas condenan. Para expresar su reclamo, los familiares del profesor Alfredo Bravo pagan un espacio de publicidad; en su “carta” no olvidan delimitarse

419 Ídem.

420 Enrique Zaldivar, presidente de la Association Internationale du Droit Nucléaire, “Desprestigio organizado”, op. cit.

421 Victoria Ocampo, “Acerca de los libros más traducidos”, “Cartas a *La Prensa*”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 15 de agosto de 1976.

422 Juan Bautista Sasíañ, Jefe de la Policía Federal Argentina, “Con motivo del Centenario de la X Brigada de Infantería”, en *Ibid.*, 7 de noviembre de 1980.

con un “no eres un *delincuente subversivo*”⁴²³, al tiempo que subrayan “los *sentimientos cristianos de la Junta Militar*”. Esto puede leerse así: si Bravo fuera un delincuente subversivo, y la Junta no tuviera sentimientos cristianos, todos los considerandos quedarían en suspenso. Dicho brutalmente: los desaparecidos son delincuentes subversivos, Bravo no, por tanto el profesor es inocente. El “por algo será” como presuposición no solo late en sordina como motivo de las desapariciones en casi todas las cartas (desde “*de un querer y un saber aceptar las restricciones*”⁴²⁴, a reconocer que “*La primera prioridad era terminar con la guerra interna*”⁴²⁵, sin olvidar que “no se trata únicamente de una lucha armada”⁴²⁶) hasta sostener sin más: “Y el saldo de dolor que aun sufrimos, es *la destrucción de familias por la muerte o desaparición de seres queridos*, el asesinato inútil, las ilusiones quebradas”⁴²⁷. Los lectores de *La Prensa* saben qué pasa, y es posible “medir” este conocimiento en algunas comparaciones. Cito: “*Voy a referirme al caso concreto de un lugar donde durante las 24 horas del día se atenta contra la vida de la gente, sin ametralladoras ni venenos*”⁴²⁸: en “Playa Grande”⁴²⁹, donde falta un semáforo. De modo que las 24 horas del día matan “sin ametralladoras ni venenos”. ¿Dónde? Respuesta tranquilizadora: Playa Grande; la elidida resulta hoy de innecesaria aclaración. Hay más, muchísimo más, solo hace falta leerlo, cito: “*No se pide la cámara de gas para seis millones, se pide la proscripción de un partido*”⁴³⁰. Cámara de gas para seis millones, masacre sistemática, no se pide en 1981, fecha de la carta; ya sucedió, para poder creer en nuestros mayores el texto solo pide la proscripción del peronismo. No podemos saber a ciencia cierta si el autor se propuso decir lo que dice, y sin embargo utiliza un sinónimo exacto: cámara de gas para seis millones.

423 “A seis meses de su detención”, espacio de publicidad, op. cit.,

424 “Sensatez y conocimiento”, op. cit.

425 “A quién recurriremos”, op. cit.

426 “La lucha es de todos”, op. cit.

427 “Pecados de olvido”, op. cit.

428 “Nuestro pueblo”, op. cit.

429 *Ibid.*

430 “Como creer en nuestros mayores”, op. cit.

El diario informa directa e indirectamente lo que la sociedad no ignora, y por cierto preocupa. Vuelvo a citar: “Corresponde descubrir *quiénes* son los que *atentan contra los derechos humanos*”⁴³¹. La respuesta no se hace esperar: “el estatismo” que exige “una conducta combativa, ya que este es el único camino que conduce a la victoria”⁴³². Esa es, si se quiere, la visión más abarcadora, ya que el peronismo es una entre varias corrientes “estatistas”, y quién ignora que esa es la fuente de la sistemática violación de los derechos humanos. No la Junta Militar de cristianos sentimientos, que despliega una conducta combativa, sino el abstractísimo estatismo. Tan cristianos son sus sentimientos que en “establecimientos modelos”⁴³³ son recuperados los que por su propia voluntad abandonan la lucha —clara intervención discursiva de los servicios de inteligencia orientados hacia la esperanza psicotizante de los familiares—. Más adelante queda en claro que su voluntad fue quebrantada, y aunque no se explica cómo entregaron a sus compañeros⁴³⁴ los que hoy acusan de la masacre a represores identificados públicamente.

Esto no impide, más bien gatilla, la interrogación angustiada de otro lector. Vuelvo a citar: “Tengo 16 años y estoy en el colegio secundario. Me pregunto: ¿Qué pasa en el hogar de un compañero mío que entona en su casa... Aragón al paredón”⁴³⁵. La pregunta por la sed de matar sin eufemismos irrumpe, un adolescente la verbaliza, la constata. La violencia verbal contracara de la otra, clama por la otra, construye la posibilidad de la otra, exige víctimas. Cito: “Otra vez debemos entregar la *ofrenda más valiosa* de nuestra caja de tesoros: *el hijo, ...para extirpar* de nuestro suelo a los *enemigos de la patria*”. [...] “Hoy *el enemigo cambia*; sale a la luz pero también *debe ser exterminado*, para que resurja otra Argentina”⁴³⁶. La que habla es una madre. No

431 “Derechos humanos”, op. cit.

432 Ibíd.

433 “Pecados de olvido”, op. cit.

434 “Aclaración de Jorge Suárez”, op. cit.

435 “Pregunta”, op. cit.

436 Hebe Susana Solari de Berdina, “Las madres argentinas”, op. cit.

cualquier madre, una madre argentina, la madre del teniente Berdina, muerto en combate con el ERP en Tucumán. La contraposición no es por brutal menos obvia: de un lado las madres argentinas, del otro las madres de la plaza, que no son argentinas. Dos campos discursivos quedan conformados: en uno militan las que no aceptan ofrendar sus hijos, en el otro las que ofrendan hijos ajenos y propios. La inapelable pregunta: ¿Por qué una sociedad construye una voluntad filicida tan intensa? La respuesta: porque los hijos “fueron sutilmente llevados a creer en *el milagro del cambio*”⁴³⁷. ¿Y quiénes son los responsables? Cito: “Ya terminó la época en que se podía confiar la formación de los hijos a maestros y sacerdotes”⁴³⁸. Los padres que descuidaron la educación de sus hijos son los responsables”. Retomo otra cita: “Para que el cuerpo social no caiga en el mismo error ardua e imprescindible es la tarea de volver a educarlo”⁴³⁹. El Estado debe reeducarlos a todos: a los padres, en el cuerpo de sus hijos. Explica otra maestra también argentina: “No debemos ser nosotras las que *frenemos el empuje*, el coraje y la confianza *de nuestros muchachos*”⁴⁴⁰. El empuje de nuestros muchachos se ejerce sobre el cuerpo de nuestros hijos. Puesto que no supieron ser padres nuestros muchachos enfrentan a sus hijos. El enfrentamiento produce bajas: muertos, heridos, desaparecidos. No solo cuerpos desaparecidos, proyectos desaparecidos, voces desaparecidas; para hacer desaparecer el horizonte del cambio hicieron desaparecer sus portadores vivos. Debate muta a combate y combate, se sabe, equivale a desaparición, tortura y muerte. Por eso una madre, modalizando con todos los recaudos de ese tiempo, pide “se me haga saber *cuál fue el destino* de nuestro hijo”⁴⁴¹. El fantasmático cuerpo sobre el que se descargó esa pedagógica sed de matar sostiene una pregunta insomne: el destino de nuestro hijo, qué destino nos aguarda sin saber el destino de nuestro hijo, en qué se convierte nuestro destino. ¿Tenemos destino? Mientras solo sea

437 “Pecados de olvido”, op. cit.

438 “Los libros de lectura”, op. cit.,

439 “Pecados de olvido”, op. cit.

440 “De una maestra argentina”, op. cit.

441 “Por una navidad en paz”, op. cit.

pregunta de madre, y no la madre de todas las preguntas, el peso de los muertos seguirá atormentando la conciencia de los vivos.

IV

El resultado de la batalla por las Malvinas preocupó al vicario castrense: “*Que a la derrota bélica no suceda la Política*, aquella no dependía solamente de nosotros; esta, en gran parte, depende de nosotros. Aceptamos la Argentina post-malvinense; pero rechazamos una Argentina superficial, *contestataria*, y desmalvinizadora”⁴⁴². Una pregunta aterró a la Iglesia católica: ¿la derrota del cuadro de oficiales era también su derrota? Medina teme que una cosa se vuelva la otra; solo si la derrota militar contiene el resurgimiento de la Argentina contestataria, entonces una cosa se vuelve la otra para monseñor.

Prosigue el vicario castrense: “¡Argentina! El pueblo de las intensas potencialidades y de *las insospechadas reacciones cívicas* en pro de la Patria: 1606 (sic), 1807, 1978, 1982 son algunos de sus hitos”⁴⁴³.

Las fechas de las “*insospechadas reacciones cívicas*” del siglo XX no pueden no llamar la atención: 1978 y 1982. Esto es, el mundial de fútbol y la guerra de Malvinas. Las ausencias dan que pensar. No incluye como fecha cívica el arribo de la democracia parlamentaria con la victoria electoral del doctor Hipólito Yrigoyen en 1916, ni siquiera la gigantesca movilización por el Congreso Eucarístico de 1934, o la educación religiosa votada por la legislatura peronista en 1946, ni la Revolución Libertadora de septiembre de 1955, nada. Toda la historia nacional se desvanece en un puro presente; tanto que ni 1976 contiene, a su eclesiástico juicio, reacción cívica alguna, curioso balance para un vicario castrense.

Qué decir sobre el año 1978, sobre el bochornoso mundial de fútbol, sobre la Junta Militar en la cancha, sobre el inevitable manto de sospecha que la astronómica cifra gastada —es un modo

442 Monseñor Medina, vicario castrense, “Los héroes malvinenses: maestros de la patria”, op. cit.

443 Ibid.

amabilísimo de evaluar un desfalco hasta entonces sin parangón, tras la más que dudosa muerte del general Omar Actis, inicialmente a cargo de su organización— para la ejecución de módicas obras debiera imponer ponderado juicio a un santo varón, dejando a un costado el resultado de los partidos que permitieron a la selección nacional llegar a la final del campeonato. Los valores que monseñor Medina subraya (robar, matar y coimear) pocas veces obtuvieron tan destacado defensor eclesial en público.

En cuanto a Malvinas, lo que el teniente general Benjamín Rattenbach expresó en su minucioso Informe, dictamen profesional inapelable sobre la irresponsabilidad de la conducción militar, y el tono futbolero del apoyo político a la guerra, nos exime de mayores comentarios.

Era preciso saber qué valores primaran para orientar la resolución de la crisis militar devenida política: si la “distribución de la riqueza”⁴⁴⁴, “eliminando el racismo”, dado que “no hay problemas con gente de la raza negra en la Argentina”⁴⁴⁵, mediante la “igualdad de oportunidades”⁴⁴⁶, por el contrario, aceptar que la justicia social esta “basada en la mentira demagógica de lo imposible”⁴⁴⁷. En un caso tenemos “un pueblo que a su gobierno solo le *pide que lo deje vivir y trabajar en paz*, en un ambiente de moral y libertad, cumpliendo el gobierno a su vez con sus obligaciones”⁴⁴⁸. En el otro: “¿que *les* pasa a los argentinos de las altas esferas? ¿Es *incapacidad*, es *irresponsabilidad*, es *desinterés*? A pesar de todo, *quiero yo, al igual que millones de argentinos, tener fe en los gobernantes*”⁴⁴⁹.

Para “vivir y trabajar en paz” no se deben hacer preguntas incómodas (“¿qué les pasa a los argentinos de las altas esferas?”). Claro que si las preguntas incómodas no se contestan, si se guarda el debido silencio, se puede “tener fe en los gobernantes”. El cambio de valores, su violenta transformación, remite a “los

444 “La lucha es de todos”, op. cit.

445 “Los libros de lectura”, op. cit.,

446 “Cien escuelas, mil escuelas”, op. cit.

447 Ibíd.

448 “Nuestro pueblo”, op. cit.

449 “Qué les pasa a los argentinos”, op. cit.

nuevos *trogloditas, ebrios de triunfo* con sus pequeñas victorias tribales... destrozando los nervios a sus víctimas⁷⁴⁵⁰. Esa es la nueva valoración compartida que asegura la victoria estratégica de la dictadura burguesa terrorista unificada como verdadera contrarrevolución. Y esa valoración prefiguraba el paradigma del ciclo político que estallará en 2001. José Alfredo Martínez de Hoz denominó esa transformación “cambio de mentalidad”.

Para que nadie piense que solo se trata de literatura: entre 1945 y 1976 la participación promedio de los asalariados en el ingreso nacional superaba holgadamente el 40%; en los días de la fiesta menemista arañaban el 23 por ciento. Con una precisión: en ese reparto se contabilizaron también los ingresos gerenciales y profesionales, todo es salario, de modo que los asalariados de verdad disponían con suerte del 16 o 17% del ingreso nacional. Blanco sobre negro: los valores que hicieron posible la sociedad *menemizada*, pueden, deben leerse performativamente uno a uno en la sección “Cartas a *La Prensa*”.

Desde poner fin a “los mitos de la distribución de la riqueza”⁷⁴⁵¹, con 20 millones de excluidos, hasta “la sociedad argentina debe decirse a sí misma: de alguna manera u otra, todos somos culpables”⁷⁴⁵², renunciando a punir los responsables políticos y militares de la estrategia de masacre, ya que esa masacre es condición de posibilidad de estos valores. Y así sucedió entre 1983 y 2001.

Aclaró Quarracino, en tanto presidente del CELAM y obispo de Avellaneda: “yo *no afirmo que no deba actuar la justicia, cuando deba actuar, pero que tenga reglas o límites*, que no sé cuales podrían ser, para evitar ese envenenamiento”. De modo que si actúa la justicia, sin límites “que no sé cuáles podrían ser”, admite monseñor, el envenenamiento resulta inevitable.

Vamos despacio. La justicia solo puede establecer lo acontecido, la verdad fáctica, y desde allí determinar la responsabilidad penal. La justicia tiene límites muy precisos: las

450 Alicia Jurado, “Civilización y silencio”, op. cit.

451 “La lucha es de todos”, op. cit.

452 Monseñor Antonio Quarracino, presidente de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), Buenos Aires, 3 de abril del 83.

garantías que ofrece para que las partes tengan la oportunidad de salvaguardar derechos y garantías constitucionales. ¿Cuál es la madre de todos los derechos y garantías? La que establece igual pena por igual delito. La igualdad ante la ley. La afirmación “todos somos culpables” solo puede surgir de la voluntad explícita de no averiguar la responsabilidad, personal, intransferible de cada uno de los culpables. Salvo que el obispo intente sugerir otra cosa: las instituciones, en cuanto tales, son responsables. Y como las Fuerzas Armadas y la Iglesia Católica no pueden ser culpables, todos somos culpables para que ambas instituciones resulten inocentes. De ser así, su afirmación equivaldría a una confesión de culpabilidad que afecta, en primera instancia, a la Iglesia Católica.

Para que así sea –para que hayan ejecutado la represión y no resulten culpables– solo hay dos caminos. Admitir que sus comandantes son personalmente responsables de los delitos cometidos, al tiempo de sostener que esa responsabilidad no afecta a las instituciones. Los generales son responsables, los oficiales superiores son responsables, la jerarquía eclesiástica es responsable, y con su responsabilidad cubren, protegen, salvaguardan, sus respectivas instituciones.

Esa fue la propuesta de Raúl Alfonsín. Debemos recordar que esa propuesta fue rechazada. El cuadro de oficiales no admitió, en su dictamen jurídico político, responsabilidad alguna: las órdenes eran perfectas y su cumplimiento ejemplar.

Ese comportamiento terminó generando un curioso razonamiento inverso: para que las instituciones no sean responsables sus integrantes no pueden cometer delitos, como los cometieron no deben ser punibles, por la ley de autoamnistía no son punibles, ergo resultan inocentes. ¿Si los delitos no son punibles cuál es el sentido de que actúe la justicia? Así solo se puede envenenar las relaciones, en una sociedad que no se concibe sin esas FF.AA. y sin Iglesia católica apostólica Romana, por considerarlas instituciones constitutivas del ser nacional. Esa fue la propuesta de Italo Argentino Luder,

y debemos admitir que en ella se inspiró Carlos Saúl Menem.

Ahora se entiende: para que la justicia resulte intolerable la verdad debe serlo previamente, y la verdad solo es intolerable para los responsables de la estrategia de masacre sistemática y sus cómplices por acción u omisión. Pero si la punición resulta imposible la verdad también resulta intolerable para las víctimas. Una sociedad que no tiene lugar para la verdad histórica de su tragedia está condenada a tragedia permanente. Mientras así sea, los valores compartidos se vuelven inmodificables, y el destino de la sociedad argentina no escapa, no puede escapar, al plano inclinado de la degradación perpetua. Una sociedad que daña a todos y cada uno de sus integrantes hasta que el daño se vuelve una marca de pertenencia, un rasgo de la nueva identidad nacional, solo puede reproducir dañados. Para asegurar esa tendencia monseñor Quarracino admite implícitamente su culpa y para exculparse nos inculpa, volviéndonos a dañar. Aceptar su versión bloquea otra versión, y ese bloqueo condena toda versión por subjetiva, como versión de las víctimas, como subversión, como versión del daño, como camino para desbloquear la tragedia.

Nada demasiado distinto a lo dicho entonces por Quarracino se escucha en los días que corren. Hasta las citas del Evangelio se repiten. Recito: “Y aquel que escandalizase a uno de estos pequeñuelos que creen en mi, *más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino y le hundieran en el fondo del mar*⁴⁵³. Ahí está toda la dudosa originalidad de monseñor Baseotto, formulada eso sí con mucho menos sentido de la oportunidad, y que alcanzó pleno sentido en el juicio al capellán policial Christian Von Wernich. Ahí vimos en todo su esplendor la iglesia de las catacumbas. Con un añadido: la Iglesia todavía guarda silencio, el superior directo de Wernich no abrió la boca, y difícilmente lo haga. No es poco decir.

V

El origen del relato y el relato sobre el origen suelen marchar de

453 “Los libros de lectura”, op. cit.

la mano. En tradiciones culturales de muy vieja data, el carácter mítico de ese punto frontera no intenta disimularse. En culturas aluvionales, conformadas sistemáticamente bajo hegemonía positivista, esas marcas tienden a mimetizarse con repertorios documentales. La historia irrumpe *ad libitum*.

En ese caso que nos ocupa, el repertorio de cartas organizado como máquina parlante, nos lanza hacia atrás: hacia las primeras formas del ensayo. La primera persona del singular contiene reverberancias inclusivas, que más remiten a la modelización del género que a consideraciones puramente personales.

En alguna oportunidad filiamos el origen del ensayo en el Río de la Plata en la producción intelectual de Mariano Moreno; más particularmente, en la traducción del Contrato Social de Jean Jaques Rousseau. No olvidamos señalar que en el prólogo Moreno admite que ha expurgado el texto, ya que a su juicio Rousseau “deliraba” en materia religiosa.

Así como el ensayo en alemán surge de la traducción del Nuevo Testamento por parte de Martín Lutero, y el fundador del protestantismo no tiene mayor inconveniente en enmendarle la plana al texto bíblico, y por eso traduce “solamente la fe salva” sin dejar de reconocer –en cita al pie de página– que el “solamente” es de su autoría, este capítulo testado por Moreno bien puede constituir la marca inicial del ensayo nacional. Con una precisión: el traductor combate en el texto del autor como se enseñaba en Chuquisaca: con los métodos de la Inquisición. No es un comienzo promisorio, y debemos admitir que la enseñanza fue asimilada. Si añadimos que el relato fundante de la literatura argentina, *El Matadero* de Esteban Echeverría, contiene un texto enmudecido, ya que se editó décadas después de escrito, tras la muerte de su autor. Y que *El Matadero* cuenta la peripecia de un unitario al que se trata como a una res, donde no queda claro si los antagonistas políticos del rosismo quedan equiparados a reses, o si en el estado estancia todos los que no obedecen las voces de orden y mando merecen la misma suerte. En todos los casos debemos admitir que la violencia constituye

el rasgo distintivo de texto y paratexto.

En las Cartas a *La Prensa* esa regla fundante tiene una presencia omnímoda. Cito: “Ha llegado la hora de reconocer al más silencioso de nuestros aliados, aquel que nos ha acompañado sin hacerse notar a través del tortuoso camino de nuestra historia: la vaca. [...] Es que “la vaca acosada y fustigada por *la picana impositiva*” terminó siendo “el único producto auténticamente argentino”⁴⁵⁴.

Algunos detalles pueden espeluznar. No digo que el autor de la carta los organice conscientemente, sino más bien son arrastrados por el torrente de la lengua. La *picana impositiva* no deja de mentar la otra. Máxime, cuando la “invención” del comisario Lugones, surge de observar el uso de la electricidad en el ganado vacuno. Es imposible que la publicidad oficial del mapa de la Argentina, vuelto churrasco, y la vaca como “único producto auténticamente argentino” dejen de sobreimprimirse. Ahora que sabemos por qué “*vale la pena esforzarse*, en la seguridad de que alguien no se va a llevar el fruto de nuestros afanes a algún banco del exterior”⁴⁵⁵, ahora que la convertibilidad “protegió nuestros ahorros” de la devastación estatista, solo nos queda volver a empezar: es decir, repetir la misma pieza *ad nauseam*. Es tiempo de admitir que resulta excesivo, que esta demasia nos condena a reproducir un dispositivo terrible –“La colonia penitenciaria” como única trastienda posible “Ante la ley”⁴⁵⁶– sin más horizonte que la próxima masacre. Dicho de un tirón: esta masacre bloquea toda perspectiva política común, toda sensibilidad crítica compartida, para una nueva e inevitable reformulación de la sociedad argentina.

454 “Las vacas argentinas”, op. cit.

455 “La honestidad base de un buen gobierno”, op. cit.

456 Franz Kafka, “Ante la ley”, en *Un médico rural*; “La colonia penitenciaria” en *Obras Completas*, t.1, Barcelona, Seix Barral, 1986.

La estética de la mayoría amorfa

¿Cómo pensar a Carlos Saúl Menem? ¿Como marca de la corrupción⁴⁵⁷? ¿Como el jefe de una banda⁴⁵⁸? ¿Cómo pensar el menemismo? ¿Como síntesis privilegiada de los vientos⁴⁵⁹ tras la caída del Muro de Berlín⁴⁶⁰? ¿Como la inevitable consecuencia de la globalización posterior a 1989⁴⁶¹?

Si algo produjo el menemismo fueron cataratas de lugares comunes, trivialidad enajenada por la estabilización de la derrota del campo popular y la falta de horizonte nacional del bloque dominante, sin que las clases subalternas arrimaran otro abordaje.

El menemismo, esa es nuestra tesis, constituye el programa de una clase dominante que no es una clase dirigente, mediante la sustitución de un proyecto colectivo por la naturalización

457 Horacio Verbitsky, *Robo para la corona*, “el presidente de la Asociación de Bancos Extranjeros en la República Argentina, Emilio J. Cárdenas, sostuvo que se vivía en cleptocracia, es decir el gobierno de los ladrones”, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 16.

458 ² “El viernes 6 de septiembre, mientras se cambiaba de traje para oficiar de padrino en la ceremonia de casamiento de Oscar Spinoza Melo, Menem firmó los indultos que abarcaban a los dieciocho procesados por las violaciones de los derechos humanos y a los carapintadas presos por los levantamientos de Villa Martelli. Los ex comandantes y Firmenich debían esperar. Cuando llegó a la iglesia estaba feliz. El sacerdote repitió ante los contrayentes las fórmulas de rigor. Cuando le tocó el turno a Spinoza Melo y el sacerdote preguntó si aceptaba a esa mujer como esposa, el embajador miró a Menem: ‘¿Puedo, Jefe?’”, Gabriela Cerrutti, *El Jefe*, Buenos Aires, Planeta, 1994, p. 318

459 Luciana Vázquez, *La novela de Menem. Ensayo sobre una década incorregible*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

460 Timothy Garton Ash, *Los frutos de la adversidad*, Buenos Aires, Planeta, 1992.

461 El Instituto Universitario Juan Perón realizó el “Primer Seminario sobre Identidad del Peronismo”, durante los días 29, 30 de junio y 1° de julio de 2000. En uno de sus paneles participaron Horacio Rodríguez Larreta, Antonio Cafiero, Alejandro Horowicz, entre otros, bajo la coordinación de Carlos Campolongo. Todas las intervenciones, menos la de Horowicz, subrayaron que la política económica del gobierno del doctor Carlos Saúl Menem era el resultado de la globalización.

de la decadencia ininterrumpida. Naturalización que opera a través de la reproducción ampliada de una mayoría amorfa, requerida para el sometimiento automático al dictat del mercado mundial, mediante la renuncia a la política como herramienta de transformación compartida. Es decir, la política queda reducida a la administración de lo dado.

Esta no es por cierto la percepción de la sociedad argentina. Desde una sensibilidad desarmada explica Luciana Vázquez:

Por eso, si fue Carlos Menem el factor determinante de lo menemista o si fue apenas síntesis privilegiada de los vientos que soplaron en su década, es una cuestión que prefiero dejar en suspenso. Este ensayo, como las aproximaciones críticas y teóricas a los objetos de la cultura en general, padece de una imposibilidad: la de establecer de una vez y para siempre si son las clases dirigentes las que determinan las ideas rectoras de una época o, al contrario, si ellas son simples catalizadores de ciertas brisas que recorren la sociedad. En esto este ensayo más que blando es blandengue⁴⁶².

A su curiosa manera, Vázquez avisa que solo se propone bordear, desde el lado de adentro, la propuesta menemista. La pregunta abordada a cara o cruz (¿es Menem el factor determinante de lo menemista?) arroja dos respuestas: ambas inadecuadas. No bien ensayamos el sí, la desproporción salta a la vista, y por tanto acomoda la otra posibilidad. No bien respondemos no, Menem queda inmediatamente exculpado.

La pregunta está atrapada en una telaraña que no permite delimitar su propio campo problemático, y por tanto no sabe, no puede saber, si son las “clases dirigentes las que determinan las ideas rectoras de una época”.

¿Las clases dirigentes de cuál época? ¿De todas las épocas?
¿De cuál geografía histórica? ¿De todas?

Este modo de formular preguntas no organiza ninguna

462 Luciana Vázquez, op. cit., p. 13.

investigación. Por ese camino el problema queda cognitivamente congelado, oculta y organiza una vía muerta, una imposibilidad casi regocijada, un silencio que bordea la involuntaria complicidad, una falsa pregunta que clausura toda respuesta que abandone la mera descripción tipo fiesta en el country con pizza, champaña⁴⁶³ y algún asesinato familiar sin esclarecer, un sistema político sin alternativa interna, por su notable rigidez estructural, que paradójicamente cuenta con un vasto sistema de alianzas elásticamente engarzadas: el menemismo vergonzante, continuidad por otros medios del menemismo en ámbitos insospechables de menemismo explícito. El programa sin programa del partido del Estado, la marcha sonámbula de una sociedad que no se dirige a ninguna parte, sometida a los gélidos vientos del mercado mundial. En ese punto, por cierto, la clase dominante perdió todo sistema de referencias autónomas, y ahora sí resulta un simple catalizador de las brisas y no una clase dirigente. Pero ese no es punto de partida.

Es preciso, entonces, retomar el problema desde otro abordaje. Si la pregunta se desplaza “al cómo se constituye” el menemismo, la respuesta permite auscultar sus condiciones de posibilidad, al tiempo que las separa de la acción específica del gobierno de Menem. Es francamente difícil que un presidente pueda ser determinante en la construcción de condiciones previas a su acceso al poder, al tiempo que se vuelve relativamente determinante en la orientación de su propia acción política a partir de organizar su sentido.

El presidente Menem desde las palancas de comando de la política nacional, desde el poder ejecutivo, arrastró al legislativo, mientras reorganizaba la cúspide del judicial. Contó para tales fines con el irrestricto respaldo parlamentario –durante los primeros meses, de su primer gobierno– de la Unión Cívica Radical. En el primer tramo, conviene recordarlo, alfonsinismo cristalizado y menemismo gaseoso, cogobernaron. Y no fue esa la única vez.

463 Silvana Walter, *Pizza con champán. Crónica de la fiesta menemista*, Buenos Aires, Espasa, 1994.

La debilidad del trabajo de Vázquez reside en su mirada inadecuada para atravesar la construcción de sentido menemista. Esta mirada se sitúa en/desde un territorio que impide la conformación de diferencias específicas; capturada por la lógica sincrética, al no poder delimitarse, despliega –casi a su pesar– una suerte de menemismo asqueado. Actitud que lejos de constituir una deficiencia personal, remite a una suerte de crítica moral generalizada e inoperante, a un camino que de ningún modo considera evitable, ni siquiera *ex post facto*, el recorrido histórico menemista, pese a percibir su bochornoso panorama moral y material. Pone el acento en ese panorama evitando considerar las operaciones reales que supone. Es una estética metafísicamente abordada bajo esta fórmula: “las ideas de las clases dominantes”, como si tales ideas cayeran –aprovechemos la consabida metáfora– como un rayo desde un cielo sereno.

Y ese es exactamente el punto: el menemismo no solo agravaba *ad infinitum* todos los problemas materiales y políticos de la sociedad argentina, sino que resultaba evitable, lógicamente y contrafácticamente evitable. Una cosa era la incorporación de la sociedad argentina al nuevo ciclo del mercado mundial, esa era la novedad histórica que aportaba la caída del muro de Berlín, y muy otra la forma en que se produjo esa incorporación por parte del gobierno de Carlos Saúl Menem.

Aun los críticos más tenuous, los que solo objetan la “forma” menemista de las privatizaciones y no reconocen la insensatez sistémica de prorrogar indefinidamente la convertibilidad⁴⁶⁴, se dan claramente cuenta de que el damero de posibilidades era mucho más grande que el utilizado. Dicho al galope: esa “forma” –al menos– fue una decisión directa del doctor Menem, sobredeterminada, eso sí, por la nueva relación de fuerzas ideológicas y políticas a partir de la derrota mundial del socialismo.

No basta la dictadura burguesa terrorista de 1976 para la

464 Dejamos para otra oportunidad determinar qué clase de insensatez contiene un programa de sometimiento automático al mercado mundial sin política diferenciada de ningún tipo.

liquidación definitiva de todos los proyectos constituidos a partir de la crisis del treinta. El menemismo expresa, además, la derrota mundial de los trabajadores, frente a la arrollador avance del capital globalizado. Tanto el radicalismo de Yrigoyen como el movimiento encabezado por Perón acompañaron, en sus arranques, el ciclo expansivo de los movimientos populares. El menemismo no. Y esa es una primera aproximación.

¿Cómo considerar la responsabilidad de las “clases dirigentes”? “Determinan las ideas rectoras de una época” o bailan la música de su tiempo. Esta pregunta solo puede responderse fechada, de lo contrario repite hasta el hartazgo el esquema inicial. Entonces, retrocedamos hasta un punto de viraje: ¿Las ideas rectoras de 1976 fueron elaboradas por las clases dominantes, fueron impuestas por la cúpula militar como corolario de la doctrina de la seguridad nacional, tienen algún otro origen?

Tras observar el comportamiento de las entidades representativas del empresariado frente al gobierno militar, tras registrar la descomunal transformación que se produjo en su interior, es posible admitir que ese respaldo fue el resultado de una mutación que se desarrolló entre 1972 y 1975.

Ahora bien, la construcción discursiva de ese respaldo es un tema a investigar. Sin embargo, la pregunta decisiva puede enunciarse así: ¿Cómo pasó el bloque dominante del punto de vista de José Ber Gelbard, al de José Alfredo Martínez de Hoz? ¿Cómo la política económica de la Confederación General Económica se transmutó en la de su archienemiga ACIEL?

Si se quiere, el problema contiene la gramática de una transformación ideológica, política y social: de cómo la CGE de Gelbard, tras la derrota fáctica de su política –derrota materializada por José López Rega durante el gobierno de Isabel Martínez de Perón– se plegó unos pocos meses más tarde al proyecto de sus antagonistas, tras una violentísima torsión de puntos de vista: una completa vuelta de campana se desarrolló en el lapso de 40 meses.

El acuerdo CGE-CGT, que se materializa en los arranques del gobierno del general Alejandro Agustín Lanusse, abril de 1971, contiene un “nuevo” proyecto de programa para el partido del Estado, y desde su existencia intenta oxigenar el partido de gobierno –sustitutivamente integrado por el cuadro de oficiales superiores de las tres fuerzas– en medio de una colosal crisis política del Estado burgués: la última excrescencia de la Revolución Libertadora busca un acuerdo con Perón y el peronismo. El partido inorgánico de la Libertadora, el diario *La Nación*, no vaciló en acompañar el intento de Lanusse. El acuerdo con el segundo peronismo no presentaba excesivas dificultades, el acuerdo con Perón era otra cosa. Un gobierno acosado por los segmentos contestatarios de la sociedad, y la estrategia del general para ser candidato presidencial de su intolerable partido de gobierno, obtiene esta ambigua bocanada de apoyo político de parte del *establishment*.

Para Lanusse se trataba de la base de lanzamiento de su propia candidatura a la presidencia de la República, candidatura que pretendía fuera negociada y aceptada por el propio Perón. Esa era, en sus términos, la concreción del Gran Acuerdo Nacional: un programa compartido para el partido del Estado, un programa acordado con representantes de empresarios y trabajadores, pero comandado por el caudillo militar de las FF.AA. con respaldo de un general pretendidamente herbívoro y sus seguidores: el proyecto bonapartista de Lanusse, terminar extinguiendo la Libertadora en un frente único con el peronismo: el empate histórico definitivo.

Trampa, grita la oposición dinámica: esos no son los representantes de los trabajadores, solo se trata de una burocracia descompuesta, políticamente aislada. Es que si realmente no lo fuera el acuerdo resultaría inviolable, y terminaría constituyendo un nuevo bloque histórico. ¿Cómo desconocer el peso de tales argumentos, cuando explícitamente el propio Perón no dejaba de avivar el ritmo de los hechos armados? Basta recordar que la muerte del general Sánchez Verdugo, comandante del II Cuerpo

de Ejército, gorila de pelo en pecho, condenada por el gobierno de Lanusse, la Hora del Pueblo *in totum*, la CGT, la CGE y las 62 Organizaciones, no fue denostado desde Puerta de Hierro, pese a tratarse de una acción del ERP y las FAR contra un general en actividad con mando de tropa. Nunca antes había sucedido tal cosa, Perón había admitido el uso de las formaciones especiales como instrumento legítimo, en el caso Aramburu, pero a nadie se le escapaba la enorme diferencia. El gobierno de Lanusse intentó ejercer máxima presión, para quebrar el puente entre Perón y la guerrilla urbana marxista, tras ensayar, previamente, un relativo acercamiento a través del embajador argentino en Madrid (mediante la entrega del incesantemente agraviado cuerpo de Evita, de los sueldos atrasados, del grado militar y el derecho al uso del uniforme), para romper lanzas con el ahora sí flamante y legal general Perón.

El alarido armado, sin embargo, no bloqueaba la política de la CGE. Para Gelbard, el acuerdo con Alejandro Agustín Lanusse y José Ignacio Rucci, equivalía a obtener el respaldo del poder tradicional –a través de las FF.AA. y los caciques sindicales del segundo peronismo– para un programa de limitada transformación de la sociedad argentina, y por tanto de su bloque de clases dominantes (la UIA junto con ACIEL lo caracterizaron de dirigista y socializante); programa de Estado que, con diferencia de matices, pensaba llevar adelante como ministro de Economía de Lanusse, o en el marco de un gobierno peronista. Gelbard subrayaba la continuidad del nuevo programa, la unidad tendencial del horizonte interburgués. Por tanto, la única discusión –se saldaría, como en 1946, parlamentariamente– a través de las elecciones. Para la CGE todo el enfrentamiento se reducía a quien encabezaba el gobierno que ejecutaría el nuevo programa del partido del Estado, al tiempo que cerraba el debate sobre los contenidos de dicho programa. Dicho sintéticamente: ganara quien ganara ganaba la CGE al trazar el corpus del programa común. Era la concreción de la nueva hegemonía, la ansiada victoria de la

burguesía nacional acaudillando un proyecto de cuño pinediano, el sueño de Gelbard: la abstractísima liberación nacional.

Para Rucci, en cambio, era la posibilidad de orientar una dirección sindical –profundamente conservadora, la del segundo peronismo, y por tanto enemiga del retorno del general Perón a la patria– hasta una atalaya protegida, un punto donde el resultado político del enfrentamiento no la obligara a tomar partido en la lucha de calles –gobierno bonapartista de Lanusse o gobierno del frente popular peronista– al tiempo que posibilitaba participar en el próximo gabinete, sea este el que fuere. Era el furgón de cola de la política de Gelbard, a condición que la apoyara el general Lanusse, ya que no concebía su presencia en un gobierno que no contara con el respaldo orgánico de las FF.AA. La idea vandorista de cogobierno sindical militar –desde la atalaya de la guerra fría– nutría ese muy pobre punto de vista. Y esa perspectiva aislaba a la dirección sindical del movimiento real, al tiempo que la conectaba con los sobrevivientes inorgánicos del primer peronismo, y con la CGE.

Desde esa triple perspectiva (Lanusse, Gelbard, Rucci) todo parecía fluir en una dirección muy razonable, salvo por el ritmo crecientemente crispado del enfrentamiento político. En ese terreno el jefe del empresariado nacional tal cual era, el caudillo azul de las Fuerzas Armadas y la dirigencia de sindicatos petrificados percibían la movilización de las franjas dinámicas de la sociedad argentina, en particular sus jóvenes, como el enemigo a izquierda del proyecto. El trío no conceptualizaba igual –para Lanusse eran los sacristanes de la Iglesia Católica devenidos en guerrilleros castristas; para Gelbard, la ultra que jugaba la carta de Perón; para los sindicatos el comunismo internacional que amenazaba el poder patronal y el propio–, todos registraban con cierta torpeza, la enorme importancia del problema. Sobre todo cuando la creciente tensión entre los sectores radicalizados y el gobierno era legitimada por un amplio abanico de los sectores populares y el propio Perón: recordemos

el velatorio de las víctimas de la masacre de Trelew, realizado en la unidad básica de Avenida de La Plata; recordemos que el general envía una corona con su nombre; recordemos la brutal represión policial y los activistas corriendo por los techos de las casas vecinas. Semejante velatorio –16 guerrilleros asesinados en una base naval tras la fuga exitosa del penal de Rawson, entre las que se contaba la mujer de Mario Roberto Santucho, máximo dirigente del PRT-ERP– estaba fuera del horizonte del segundo peronismo, al tiempo que sedimentaba la sensibilidad del tercero.

El tiempo se agotaba, la fecha de las elecciones no podía estirarse más sin poner al gobierno en una postura más que delicada, y el acuerdo no llegaba. El que llegó, en noviembre de 1972, fue el propio Perón y Lanusse comprobó que su frente interno no toleraba –sin rajarse– una entrevista cara a cara entre ambos contendientes. La entrevista que Lanusse había sugerido en las páginas del *New York Times*, cuando esperaba sellar el pacto que lo transformara en presidente constitucional de los argentinos, se había vuelto imposible. Perón la había vuelto imposible para Lanusse. Era un empate terrible: ni Perón pudo imponerle su candidatura a Lanusse, no contaba con el respaldo efectivo de la dirección del movimiento obrero, ni este se movilizaba por fuera de esa esclerosada dirección, ni las demás fuerzas políticas –en particular el radicalismo– estaban interesadas en quebrantar la muy angostada base de sustentación del gobierno mediante un llamado a la desobediencia civil, ni Lanusse pudo ser candidato del partido militar. La UCR de Balbín se limitó a dejar en claro que ya no era el partido gorila de masas, y el triste brigadier Ezequiel Martínez –el que “sabe y puede”– portaba los colores militares de la última versión de la Libertadora. La desgorilización de las capas medias universitarias, a las que los partidarios de Alem siempre fueron sensibles, era un valor sobreentendido. Por eso, el ejército se volvía completamente azul, por eso el peronismo podía participar en las elecciones y por eso Perón no podía ser candidato. El

peronismo era suficientemente legal, Perón no. Esta suma de potentes impotencias concurrentes todavía permitió que Lanusse pudiera conservar, junto a las FF.AA., su lugar en la política nacional. Perón, referencia obligada de todo el arco opositor, resultaba incapaz de imponer sus propios términos; al tiempo que Lanusse tampoco podría defender exitosamente la presencia política de las Fuerzas Armadas en el próximo gobierno. Era un empate ladeado: la Libertadora —el orden político de la Libertadora— trastabillaba definitivamente, sin que esa derrota tuviera todavía un beneficiario claro, asumía la forma de una fórmula algebraica con valores a despejar.

De modo que las FF.AA. seguían en pleno retroceso político, con un nivel de aislamiento social en expansión, y por tanto pisaban un territorio políticamente inestable que amenazaba con el estallido de crecientes contradicciones internas. El mismo giro de Lanusse hacia un acuerdo con Gelbard, tras el modestísimo intento protagonizado bajo la conducción económica de Aldo Ferrer —núcleo central del programa del desarrollismo azul— daba cuenta de dinámicas que todavía no habían hallado adecuado canal de expresión militar. Solo era empate en términos de batalla decisiva, desde otra perspectiva una fuerza avanzaba y la otra retrocedía, dándole la victoria por puntos al anciano general: la presidencia, pero no la concreción de su programa histórico.

La dinámica de la lucha de clases agotó el tiempo de la Libertadora, sacó a Lanusse de la cancha, y entregó a la CGE la conducción ideológica del bloque de clases dominantes. Y esa conducción fue coronada a través de la victoria electoral del peronismo, desde el Ministerio de Economía de Cárpora, Lastiri y Perón, por el propio Gelbard. Pero su cambio de posición en el tablero político, de principal interlocutor empresario del gobierno anterior, a ministro de Economía del tercer peronismo, organizaba sobre otros ejes su política de alianzas sociales. Los enemigos de sus nuevos amigos políticos y empresariales no podían ser desatendidos, y su propia sensibilidad, muy próxima

a la lógica del comunismo vernáculo, enmarañaba su de por sí muy complejo juego.

La peripecia personal de Gelbard muestra una ola expansiva que atraviesa transversalmente las clases dominantes de la sociedad argentina. El bloque tradicional junto a sus nuevos asociados, para evitar la amenaza de trabajadores movilizados, que cuentan con el respaldo de capas medias radicalizadas, y de organizaciones armadas, acepta un nuevo programa del partido del Estado, con la clara intención de que el programa –al entrar en su fase de ejecución– separe a Perón de esa furiosa dinámica política. Cuatro tiempos anudados, en virulento conflicto, marchan por la avenida de la lucha de clases. En el primero Lanusse pulsea con el amplio arco opositor referenciado en Perón, y pierde la iniciativa. En el segundo, no bien Lanusse queda fuera de juego, Perón tiene que reacomodar las cargas en su propio campo. Correr a Lanusse, y su proyecto, impuso un ritmo que no podía ser detenido ni siquiera por Perón, y la victoria electoral del 11 de marzo, el tercer tiempo, no solo no ralentiza la marcha sino que añade un dramático plus, y los hechos de la cárcel de Devoto, la noche del 25 de mayo de 1973, materializan el inicio del cuarto con el insuperado clímax del 20 de junio. *Es el mes más intenso de la historia argentina, el mes de la completa hegemonía del tercer peronismo, en medio del silencio torvo del segundo: la primavera camporista.*

La principal reivindicación del segmento radicalizado – inmediata libertad a los presos políticos, mostraba a las claras la influencia Montonera sobre el gobierno de Cámpora, y la del gobierno sobre la sociedad argentina *in totum*– se consigue copando la cárcel de Devoto. En un solo movimiento la totalidad de los militantes presos queda en libertad, siendo este procedimiento legitimado y legalizado por el flamante parlamento. Los restos del naufragio electoral gorila –bastaba leer la tapa del vespertino *La Razón*, órgano oficioso del Ejército, del 26 de mayo para entender– sienten que no pueden resistir la avalancha juvenil del tercer peronismo. Todo el minucioso

trabajo de la represión lanussista se pierde. Los sectores dinámicos de la política nacional disponen de toda su fuerza de combate, recompuesta en el marco de una victoria política que permite esta nueva hegemonía. Era la mejor relación de fuerzas que los sectores populares poseyeran jamás en la historia nacional, ya que no paraban de crecer incorporando nuevos segmentos sociales a la lucha política. La marcha de la nueva mayoría parecía incontenible.

El regreso de Perón a la patria, el 20 de junio de 1973, lanza al enfrentamiento una flamante multitud de dos millones de integrantes –en el sentido que Negri da a la categoría– que pone en jaque los límites del programa acordado tendiendo a desbordarlo.

Ahora los dos proyectos que disputan la conducción del movimiento de masas pulsean a cielo abierto. Ezeiza escenifica el enfrentamiento entre el muy debilitado segundo peronismo –registrado en el palco, por televisión, como hombres grandes con anteojos negros y armas largas, disparando vociferantes contra la multitud– y el proteico tercero. Solo brutales errores de comando –de conceptualización, en rigor de verdad– arrojaran ese resultado desastroso.

Los Montoneros visualizaban el 20 de junio como la fiesta negada por Lanusse el 17 de noviembre: un día de júbilo popular y no la continuación de una lucha decisiva. Era una lectura inconsecuente, reformista, inadecuada, sustitutista, de clase media, con un tufillo gorila. Si se tiene en cuenta que toda la oposición dinámica terminó en los hechos apuntalando la lucha democrática, y que la figura de Perón sintetizaba la voluntad mayoritaria de la sociedad argentina, iba de suyo que el triunfo de Cámpora debía ser perfeccionado. No se trataba de cualquier convocatoria electoral, sino de la derrota revolucionaria de la Revolución Libertadora. El 20 de junio era el escenario privilegiado para esa victoria. Ese no fue el razonamiento de Cámpora, lo que era comprensible, pero debió ser el de la dirección Montonera. Para la tendencia, con la mayoría electoral

movilizada debía bastar para orientar la voluntad de Perón. Esa era la aproximación mayoritaria de la sociedad argentina, y contenía un funesto error de perspectiva histórica.

Se trataba de saber si una movilización de masas, como no se había visto nunca antes, quebraba los estrechos límites de la proscripción libertadora; o, si por el contrario, la multitud era empujada hacia fuera de la escena de resolución histórica reduciendo todo el enfrentamiento al hemicycle parlamentario. Se trataba de saber si Perón accedía a la presidencia mediante una revolución política triunfante, que arrollaba unas elecciones democráticamente insuficientes, o si se separaba de la dinámica del enfrentamiento social y político, para orientarlo en una dirección que tendía a evitar el protagonismo colectivo.

Perón creía poder intentar reconstituir el equilibrio de poder que lo tenía por resultante, mediante el cual había gobernado durante el primer peronismo (esa era en suma la visión del propio Lanusse, y del Ejército azul, para su propio lugar y esa era toda la disputa con Perón), de lo contrario debía constituirse en el jefe de los sectores populares radicalmente movilizados de la sociedad argentina. Los famosos diez puntos que Cámpora le presenta al gobierno militar –para una retirada honrosa de las FF.AA.– eran tributarios de esa perspectiva. Claro que la proscripción de Perón pareció cerrar definitivamente ese cauce. Al rechazar los diez puntos las FF.AA. reafirmaban que la candidatura del general Perón era innegociable. El motivo era simple: estallaban si era candidato. Ningún oficial superior podía aceptarla y conservar el control político de su fuerza si aceptaba la candidatura presidencial del general Perón. Estaba fuera de su campo de probabilidad sistémica.

Entonces, la historia volvía a pegar un ilusorio salto hacia atrás, reconstruyendo condiciones de enfrentamiento homologables a las de junio de 1955 –con una relación de fuerzas superior a la de entonces, por el desgaste de las FF.AA., que ya no podían seguir gobernando–. Si el tercer peronismo no iba a elecciones, si las deslegitimaba con su ausencia, la

batalla decisiva era inevitable. Ese era un resorte exclusivo del general, quien no tenía intención de ir tan lejos. Al aceptar el escenario electoral posponía la crisis, al tiempo que acumulaba fuerzas para su inevitable resolución: o el peronismo intentaba reconstituir el sistema de equilibrio político de su mítico origen, o el tercer peronismo era todo el peronismo al fagocitar políticamente al segundo.

La dinámica espontánea del movimiento, gatillado por la lógica del enfrentamiento anterior, impulsaba un camino radical; los Montoneros actuaban como soporte de esa dinámica, sin ser su dirección alternativa explícita, y por tanto actuaban como si la movilización *per se* resolviera espontáneamente el diferendo. Vale decir, renunciaban a ejercer la dirección política del 20 de junio –la dejaban en manos del propio Perón– sin replegarse. Desde su perspectiva, el general coronaría el programa respaldando a Cámpora. En suma, el proyecto seguía siendo para ellos Cámpora al gobierno Perón al poder, y hubiera podido, debido reformularse así: Perón al gobierno, las masas al poder.

La lógica de la movilización desarmada, pacífica, requería la ausencia en el mismo espacio de la corriente antagonica armada. Su coincidencia en el predio solo podía ser el preludio del enfrentamiento por contacto, fricción y diferencia de peso específico. De un lado estaba el sistema de cuadros del tercer peronismo junto a las masas movilizadas, y del otro todo lo que el segundo era capaz de movilizar. El choque estaba en la naturaleza de las cosas, y no prepararlo previamente –no asumirlo como problema político militar– era la peor de las respuestas imaginables.

El enfrentamiento a cielo abierto requería adecuada delimitación política, y la delimitación pasaba por la comprensión jacobina de la democracia de masas. Solo admitiendo el carácter proscriptivo de las elecciones del 11 de marzo, solo volviendo a enarbolar el derecho democrático de la mayoría a designar sus candidatos, solo quebrantando la proscripción de Lanusse e impulsando una solución

política superior (Perón presidente por movilización popular revolucionaria) la dinámica espontánea, reimpulsada desde la conducción, construía una adecuada delimitación política entre el segundo y el tercer peronismo en Ezeiza.

El gobierno del 11 de marzo no podía no caer, solo se trataba de saber si constituía otro peldaño del ascenso revolucionario o si solo era su extremo e intraspasable límite. No se trataba de defender la abstracta “patria socialista” –del tipo que fuere– sino reagruparse para asegurar la soberanía popular efectiva. Ese sencillo ejercicio de soberanía popular de clase reimpulsaba al gobierno camporista, reimpulsando la voluntad mayoritaria, la nueva alianza plebeya construida en las barricadas del Cordobazo, con los métodos de la democracia directa.

La lucha mediante este instrumento –la democracia plebeya directa con su lógica tradicional– reorganizaba el propio campo desde adentro hacia fuera, la naturaleza del nuevo gobierno pasaba a estar determinada por los instrumentos políticos puestos en juego para su efectiva conformación. El programa era el método, los instrumentos con que se llevaba a cabo, las formas, el objetivo final. Este abordaje, por ese entonces, no estaba en la cabeza de nadie con suficiente tracción política, y esta ausencia de previsión, ese déficit teórico fue la madre de esa derrota histórica.

I

Volvamos al punto puesto en foco: el comportamiento del bloque de clases dominantes. Durante los estertores finales de la presidencia de Cámpora, la representación de los sectores agropecuarios –la Sociedad Rural, Carbap y la Federación Agraria, entre otros– acepta firmar un acta de compromiso en el Ministerio de Economía. Mediante ese documento, Gelbard sumaba el respaldo de los sectores tradicionales al programa de la CGE. Los productores de dentro y fuera de la Pampa Húmeda se avenían a incrementar la tasa de crecimiento del sector, para arrimar las divisas requeridas para las inversiones

industriales del Plan Trienal. El talón de Aquiles del programa de Adalbert Krieger Vasena, los inadecuados niveles de una productividad agropecuaria incapaz de sostener el *take up* de la economía argentina, parecía políticamente resuelto. En términos nominales no faltaba nada. La victoria del programa de la CGE parecía garantizada.

Esa era una aproximación demasiado ingenua, excesivamente unilateral, donde una suerte de pacto de caballeros resolvía el nudo gordiano de la historia nacional. El respaldo del sector agropecuario –desde la percepción del gobierno– volvía innecesaria la sanción de la temible ley agraria. Es que el Impuesto a la Renta Normal Potencial de la Tierra, mejor dicho su amenazante sombra, impulsaba esa trabajosa negociación, de la que dependía toda la propuesta de la CGE. De modo que no bien Gelbard alcanza el compromiso, la aprobación de la ley dejaba de ser una prioridad política. Si alguien quería saber cómo se influía en la marcha del trasatlántico peronista, la respuesta era simple: bastaba con subirse a cubierta y negociar. Desde afuera influenciarlo resultaba imposible, desde adentro no. Al menos, para segmentos orgánicos del *establishment*.

Tan así que la Unión Industrial Argentina termina aceptando la fusión con la Confederación General de la Industria en un organismo único conducido por la CGE. Por primera vez en la historia nacional el bloque de clases dominantes acordaba explícitamente no solo un programa de transformación común sino un organismo empresarial único para llevarlo a la práctica. Ya no era el acuerdo mediado por Lanusse, y el diario *La Nación*, sino un programa suscripto por las conducciones orgánicas del bloque burgués. Al punto que José Alfredo Martínez de Hoz, a cargo del timón de ACIEL, parecía condenado a una soledad interminable: la unidad política del mundo burgués era un hecho que lo dejaba, en principio, al margen; salvo que el programa fracasara. Esa era la apuesta de ACIEL.

Casi todas las rígidas piezas del tablero anterior ocupaban

su nuevo lugar, la concertación incluía al movimiento obrero, a los empresarios, y al gobierno; en lo formal nadie sacaba los pies del plato, y sin embargo el trasatlántico marchaba con evidente dificultad. Ni la situación internacional –proximidad de la crisis petrolera mundial– ni la situación política interna facilitaban las cosas.

Una novedad dinamizaba la política argentina: la dura lucha por la conducción del movimiento obrero, expresión del enfrentamiento entre el segundo y tercer peronismo. Es que la dinámica política requerida para la lucha electoral ponía en crisis las direcciones sindicales existentes. Si la vieja burocracia debía revalidar sus blasones en elecciones controladas desde el gobierno de Cámpora, su pervivencia –en el mejor de los casos– debía admitir una novedad de bulto: compartir poder con corrientes ubicadas a su izquierda. Es decir, perder el monopolio del control del movimiento obrero, cuando la pérdida de ese control preanunciaba su desaparición política. Por tanto, la lucha era inevitable.

El acuerdo con la CGE no bastaría para evitar la puja distributiva por el ingreso nacional, y con esa perspectiva, el sistema de cuadros de la burocracia mostraba todas sus limitaciones. Las organizaciones político-militares no solo anulaban el poder de fuego de la patota sindical, sino que su presencia en el Ministerio del Interior impedía que la Policía Federal pudiera utilizarse como en el pasado inmediato. La democracia sindical era una pócima intragable para Lorenzo Miguel y las 62 Organizaciones.

Así como durante la resistencia posterior a 1955, elecciones libres y victoria peronista eran una misma cuestión, en las nuevas condiciones la lucha de tendencias al interior del movimiento obrero –de todas las tendencias– avanzaba inequívocamente hacia posturas más radicalizadas. No se trata de una especulación sino de una constatación fáctica, cada vez que las elecciones sindicales eran adecuadamente fiscalizadas las 62 Organizaciones perdían. Smata Córdoba y la UOM de

Villa Constitución probarían –en el tiempo– que la cosa se había puesto peliaguda para la conducción tradicional.

Y estas derrotas no solo afectaban la dirección del segundo peronismo, sino a sus aliados de la CGE. La lucha de tendencias obligaba a esa dirección a un forcejeo histórico por la distribución del poder. Ni la CGT ni la CGE ignoraban que una drástica transformación de la conducción obrera desbordaba la política de alianzas del nuevo programa. Veamos: el aumento de la inversión privada dependía de los dólares aportados por el aumento de la productividad agropecuaria, y la disminución del quantum de renta. Eso ya no era nada fácil, pero si se le sumaba un fuerte incremento en el costo de la fuerza de trabajo, si la masa salarial en términos absolutos y relativos crecía, la rentabilidad empresaria se veía afectada, y el nuevo programa dejaba de resultar políticamente atractivo. Por tanto, la nueva unidad burguesa corría el riesgo de disolverse, o en todo caso de reconstituirse sobre otros ejes.

Con un añadido: las propias bases de la CGE veían con enorme desconfianza esa posibilidad. De modo que esa dirección empresaria requería que el precio de la fuerza de trabajo se mantuviera relativamente constante. La dirección sindical recibía, por tanto, un doble embate: el programa común organizaba la gran paritaria nacional –paritaria que reducía los márgenes de maniobra de cada sindicato a debatir las condiciones de trabajo, partiendo de la relación productividad salario– requerida por el gobierno y las cámaras empresarias, por un lado, y por el otro, debían resistir con argumentos crecientemente macartistas una ola de activismo que reducía aun más su ya reducido juego propio. Las 62 organizaciones, la conducción del segundo peronismo, terminó siendo un rehén de esa alianza patronal, y por tanto un enemigo doblemente jurado de cualquier conducción alternativa.

II

Observó con sagaz incomprensión Jorge Abelardo Ramos:

La ruina del comercio internacional originó un poderoso desarrollo industrial. Volvíase a confirmar una vez más que *la ley del desenvolvimiento capitalista autónomo* de la Argentina a lo largo de los siglos XIX y XX *se funda en las crisis exteriores* y no en el “desarrollo armónico de las fuerzas productivas” interiores. Como en las crisis mundiales de 1873, de 1890 y de 1914 la débil industria argentina iría a encontrar en el *crack* de 1930 su verdadera fuerza motriz⁴⁶⁵.

Ese es el problema: un programa puede aprovechar la crisis del mercado mundial para sus propios fines, pero si depende exclusivamente de ella no tiene capacidad de perdurar, solo es una maniobra, no contiene una estrategia posible. Una clase dominante se vuelve dirigente al encontrar su propio camino, de no hallarlo pierde su condición de tal.

El proyecto de la CGE ambicionaba más que cabalgar la crisis; siguiendo la trocha del programa de Pinedo trataba de apalancar el crecimiento industrial sobre la renta agraria realizada en el mercado mundial, y posibilitar un ritmo capaz de modificar la estructura de las exportaciones nacionales. Intentaron un camino donde los acuerdos comerciales con Cuba y la Unión Soviética organizaban la traza del nuevo perfil. Garantizar los mejores precios internacionales para las exportaciones agrarias con comprador seguro, la URSS, y exportar con créditos blandos del Estado productos industriales a la isla. No era una mera decisión ideológica, sino pragmatismo mercantil. Pero al ejercerlo no solo quebraba el bloqueo inaugurado en 1962 por los EE.UU. al gobierno de Fidel Castro –lo que no era un asunto menor– sino que ejercía un nivel de política internacional autónoma hasta entonces desconocido en América Latina.

El primer peronismo nunca se había atrevido a tanto, pero conviene no equivocarse: ya esta práctica espejaba la nueva

⁴⁶⁵ Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, t. IV, *El sexto dominio*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1972, p. 180, destacados de A.H.

relación de fuerzas internacionales. Henry Kissinger debió asumir, sin la menor alegría, las consecuencias de un “nuevo orden” latinoamericano. El gobierno de la Revolución Cubana, respaldado por la Unión Soviética, lograba astillar el bloqueo de la potencia imperialista de la mano del gobierno argentino: Fidel Castro no lo podía creer.

Para concretar esa curiosa peripecia de la historia se había constituido una nueva alianza empresaria. Vale la pena mirar su composición: la Unión Industrial Argentina (UIA) –que se había separado de la Asociación Coordinadora de Instituciones Empresariales Libres, ACIEL, ideológicamente orientada por José Alfredo Martínez de Hoz desde el Consejo Empresario Argentino (CEA)– y la Confederación General de la Industria (CGI), de un desarrollismo sui géneris, teñido por la estrategia política del Partido Comunista, establecieron el acuerdo marco dentro de la CGE.

Observemos los detalles: representantes de la CGT, la CGE y la Federación Agraria Argentina se reunieron frente a miembros de la UIA y de la Sociedad Rural Argentina (SRA), que solo presenciaron el acuerdo. El debate que arroja el Acta de Compromiso se extendió desde el 25 de mayo de 1973 hasta el 15 de junio,

[...] cuando una masiva asamblea empresarial se reunió en el Centro Cultural San Martín. Allí los líderes de la UIA (Elbio Cohelo), de la SRA (Celedonio Pereda), de las Confederaciones Rurales Argentinas (Rubén Carnaval), de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires (Arturo Pérez Tornquist) y otras agrupaciones gremiales y dirigentes de grandes empresas nacionales manifestaron su apoyo al programa económico del gobierno. Poco antes la UIA se había acercado a la CGE para perfilar la unidad de ambas organizaciones.⁴⁶⁶

466 Marcelo Rougier y Martín Fiszbein, *La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976*, Buenos Aires, Manantial, 2006.

La unidad era un hecho.

El pacto postulaba cinco “objetivos instrumentales”: restituir la participación de los asalariados en el ingreso nacional, del 36% al legendario 50% que se habría alcanzado durante el primer gobierno peronista, vinculando el incremento de los salarios reales a los aumentos de la productividad; en segundo y tercer lugar, eliminar el desempleo y la marginalidad social con una política decidida del Estado en materia de vivienda, educación, salud y asistencia social; en cuarto lugar, mejorar la asignación regional del ingreso; finalmente, terminar con el proceso inflacionario y la fuga de capitales. En el papel no faltaba nada.

Aun así, la lógica y la dinámica de estas instituciones empresariales distaban de la homogeneidad. La UIA no solo nucleaba grandes empresas de capital extranjero –vale decir gerentes que deben consultar a sus casas matrices– sino también empresarios nacionales de empresas asociadas al capital multinacional. Y por tanto no estaba habituada a que la conducción institucional actuara por las propias, al tiempo que al tratarse de un número de empresas reducido la consulta no constituía una asamblea horizontal de complejo funcionamiento. En cambio, la CGE –al agrupar empresas indirectamente, mediante distintas instancias intermedias– y al ser muchas de las empresas afiliadas Pymes referenciadas en dirigentes, funcionaba por delegación de poder. Este sistema, a la hora de la disciplina, muestra sus limitaciones y sobre todo recuerda la distancia entre las bases y la conducción.

Con la fusión el peso de la CGI en la CGE se volvía determinante; es decir, el peso político de las Pymes se licuaba a favor de las empresas más concentradas. Y dentro del nuevo agrupamiento el peso de la industria vinculada al capital extranjero, se volvía decisivo. Dicho con sencillez: el equilibrio interno de la nueva estructura reposaba sobre otros ejes. Ese era el precio de la “victoria” de Gelbard: la reconstitución de la unidad burguesa en las condiciones del mercado de capitales.

El poder de las empresas automotrices –por citar un ejemplo– no podía desconocerse. Y son precisamente estas mismas empresas, que exportan a Cuba con créditos del Estado, las que tienen que negociar con los nuevos dirigentes obreros –de distinta formación política y con respaldos organizativos constituidos desde comisiones internas estrechamente vinculadas a sus bases–, salarios y condiciones de trabajo.

Era una negociación inédita, y la conclusión empresarial resultaba obvia: la democracia sindical costaba mucho más cara que la burocracia peronista. Con un añadido: ese nuevo modelo suponía la politización sistémica de los trabajadores; no se trataba de una abstracción sociológica, sino de un conocimiento detallado sobre la actividad fabril que antes solo era patrimonio de los gerentes, y –en alguna medida– de la conducción nacional del sindicato. Bajo esta nueva conducción, cuando se discutían las condiciones de trabajo, se discutía también al sesgo el programa de inversiones en su materialización efectiva. La política empresarial pasaba a estar directamente observada por el personal de planta. El proyecto del tercer peronismo, en su práctica directa en Córdoba, corazón de la industria automotriz, planteaba a los trabajadores un modelo que contenía los instrumentos del control de la producción fabril.

Esto era inaceptable para el bloque empresarial *in totum*⁴⁶⁷, al igual que para las direcciones tradicionales del movimiento obrero. El motivo de la burocracia era simple: su poder discrecional era eliminado por la dinámica del control directo, los sacaban del medio y por tanto dejaban de tallar.

La lógica del programa, en las condiciones de la lucha de clases de la sociedad argentina, adquiriría un sesgo fuertemente antipatronal. Esa era la apuesta de Martínez de Hoz, y frente a esa apuesta la ironía de Gelbard (“no se equivoque, yo también soy capitalista”⁴⁶⁸) perdía fuerza. A un punto tal, que la propia

467 En una solicitud de ACARA –Asociación de Concesionarios de Automóviles de la República Argentina– publicada el 18 marzo de 1976 piden que el Ministerio de Trabajo declare ilegal a Smata.

base de la CGE comenzó a mirar con suspicacia un gobierno que los empujaba hacia la ilegalidad comercial nominal: hacia el mercado negro.

Los precios máximos, de no respetarse, perjudican en mayor medida el sistema de comercialización. Los precios máximos, al igual que los salarios de convenio congelados, integraban la gran paritaria nacional. El techo salarial era vulnerado mediante acuerdos que no debían trasladarse a los precios. Las empresas debían absorberlos a partir de un mayor nivel de productividad, pero eran trasladados en negro. No figuraban en las boletas pero se cobraban. Allí se vuelve público que están siendo burlados, y allí la debilidad del gobierno adquiere una estructura bifacetada. En una cara cada uno de los burgueses individualmente concebidos sonrío mientras hace caja, en la otra registra que el “programa” ha quedado en suspenso, que no se aplica. Sabe por lo tanto que a futuro inmediato es papel mojado. Entonces, o los trabajadores a través de las comisiones internas se ocupan de garantizar su cumplimiento –lo que deja fuera de juego a la burocracia, y limita enormemente el manejo gerencial– o el programa salta por los aires. Y eso fue exactamente lo que sucedió: el acuerdo de toda la patronal tal cual era resultaba imposible de ejecutar, volviéndose programa nominal común y por tanto imponía el obligatorio viraje. Las crecientes tensiones resultaban intolerables: o cambiaban de programa, o cambiaban de clase dirigente.

Y allí estaba Martínez de Hoz para recordar que cambiar de programa era mucho, muchísimo más sencillo. Y el rodrigazo fue el nombre del nuevo programa común.

III

Tras los episodios del 20 de junio, los integrantes del segundo peronismo se reagrupan en torno de la figura de Perón, para enfrentar al gobierno de Cámpora; una patética movilización de la CGT, encabezada por Rucci, exige la renuncia del presidente. Pasan de la gigantesca movilización de Ezeiza a la parodia de

Olivos. No es la presión de masas la que impone la caída de Cámpora, sino la burocracia sindical del segundo peronismo. Precisamente los que no estaban dispuestos a mover un dedo por el retorno del general, movieron tres micros para derrocar a Cámpora.

El motivo era simple: frenar la dinámica de la movilización popular. Si Cámpora caía arrollado por la voluntad del 20 de junio, en medio de un 17 de octubre radical, plebeyo y socialista, el curso de la lucha alcanzaba todos los sectores sociales disponibles. En cambio, si actuaban sustitutivamente, el signo más disruptivo de la política nacional, la candidatura de Perón, cambiaba de carácter. Era preciso cambiar de gobierno para que las 62 Organizaciones conservaran la dirección sindical del movimiento obrero.

¿El presidente hubiera podido resistir a las 62?

Ni Cámpora, ni los Montoneros, ni la sociedad civil intentaron movilizarse en defensa del gobierno. El presidente, que no ignoraba el beneplácito del general, estaba demudado. Los Montoneros le hicieron llegar su opinión, y Cámpora que no imaginaba como se desobedecía a Perón escuchó en silencio. El poder bicéfalo jocosamente celebrado como “Cámpora al gobierno, Perón al poder”, se resolvió con Cámpora en su casa y Raúl Lastiri en el gobierno; un oscuro presidente de la Cámara de Diputados, sin ninguna tradición política ni dentro ni fuera del peronismo (el tercer peronismo no produjo cuadros para esa política), por acción familiar de José López Rega, era reubicado en el podio para que nadie equivocara la partitura. Y el ritmo jacobino del carnaval peronista encontraría un límite intraspasable, una crisis de gobierno se abrió paso y el anciano general retomaba –por medios cuasi administrativos– el control del gobierno, y desde allí controlaba nominalmente la situación.

Era un recurso parlamentario que salteaba la experiencia de lucha colectiva: con la renuncia del presidente y del vice se habría paso la sucesión constitucional, como si Cámpora fuera cualquier presidente y Perón cualquier candidato. Entonces, el

presidente provisional del Senado, a quien correspondía ocupar el cargo, por indicación de los nuevos libretistas miró para otro lado, y por tanto, el presidente de la Cámara de Diputados, yerno de López Rega, se calzó la banda presidencial. Eran todas maniobras de trastienda, mientras una brutal lucha de tendencias emergía furiosa dentro del peronismo.

Desde esa lógica, Montoneros –en tanto la organización que había capitalizado la victoria electoral desde la movilización popular– parecía llevar la delantera. Ni los viejos caciques sindicales del segundo peronismo, ni la gerontocracia del primero, estaban en condiciones de resistirlos, y el propio Perón les temía. Montoneros volvió a equivocarse el camino. Dos días después del amplio triunfo electoral del frente justicialista acribillaron a José Ignacio Rucci, secretario general de la CGT y uno de los pilares del Pacto Social.

Las formaciones especiales integraban la práctica política del tercer peronismo, el propio Perón las había estimulado una y otra vez, como necesidad de la lucha política. Ahora se veía en la necesidad de contrapesarlas; por tanto, terminó acudiendo a un expediente políticamente peligroso y moralmente siniestro: los paramilitares de la Triple A.

Reconstruyamos la secuencia. El sábado 19 de enero de 1974, a las 22.30 horas, el Ejército Revolucionario del Pueblo inicia las operaciones para copar la Guarnición Militar de Azul. Fracasa. Horas más tarde, el presidente Juan Domingo Perón, a través de la cadena nacional de radio y televisión, condenó el ataque y responsabilizó al gobernador Oscar Bidegain de “tolerancia culposa” con la guerrilla guevarista. Bidegain renuncia. El ataque motivó un durísimo proyecto que el ejecutivo envió al Congreso, proyecto que desencadena un curioso debate –los diputados juveniles intentan discutir, la mayoría del bloque decide impedirlo votando el cierre de un intercambio que nunca se inició– la crisis impone la intervención pública del presidente de la República. El 22 de enero se produce el encuentro con los diputados de la JP, y Perón –vestido con los entorchados

de teniente general— sostiene: “Nosotros vamos a proceder de acuerdo con la necesidad, cualquiera sean los medios. Si no hay ley, fuera de la ley, también lo vamos a hacer y lo vamos a hacer violentamente. Porque a la violencia no se le puede oponer otra cosa que la propia violencia. Esa es una cosa que la gente debe tener en claro. Lo vamos a hacer, no tenga la menor duda”⁴⁶⁹.

Rodolfo Vittar, que actúa como vocero del grupo de diputados, intenta restaurar los blasones juveniles y aliviar la enorme presión del jefe, por eso recuerda: “Usted conoce hace años a la Juventud Peronista y conoce su lealtad hacia usted como líder y conductor. En ese sentido, conoce también cuál ha sido nuestro esfuerzo durante estos últimos años”. La replica llega gélida: “Lo he reconocido veinte veces. Sería lamentable dejar de pensar así”.

El planteo es simple: no hay ningún lugar para el juego propio: obedecen, o se van. Irse equivalía a sumarse al ataque del ERP, y quedarse implicaba subordinarse a una política represiva imposible de convalidar. Por tanto renunciaron a sus bancas. Y el presidente, tal cual lo adelantara, combinó la represión legal desde el aparato del Estado y la ilegal desde la Triple A.

Otra vez López Rega, con la tosquedad de que se vanagloriaba, realizaba las tareas sucias del general. Todavía está por investigarse la oscura trastienda de la represión ilegal del gobierno legal. Pero su escena destacada no puede ni debe omitirse: el descabezamiento de los gobernadores de Buenos Aires, Córdoba y Mendoza. La suerte de Oscar Bidegain, la destitución de Obregón Cano (mediante un golpe encabezado por el jefe de la policía provincial⁴⁷⁰, con el asentimiento implícito del gobierno nacional) y el juicio político contra el gobernador de Mendoza, mostraban que el presidente intentaba erradicar de los gobiernos provinciales los dirigentes conspicuos del tercer peronismo, con métodos de la acción directa.

Así contó Enrique Raab, en *La Opinión*, el episodio cordobés:

469 Juan Domingo Perón, en “El imperativo nacional actuar dentro de la ley”, *Obras Completas*, tomo XXVII, Buenos Aires, Fundación Juan Domingo Perón, 1987, p. 57.

470 Enrique Raab, *La Opinión*, 1° de marzo de 1974.

A las 16.30, cinco cordones se habían cerrado sobre los siguientes puntos estratégicos: Plaza San Martín, sede de la jefatura de policía; Guardia de Infantería donde estaban alojados el gobernador Ricardo Obregón Cano y el vicegobernador Atilio López; el Comando Radioeléctrico; la Legislatura provincial y el Sindicato de Luz y Fuerza. Los cordones estaban constituidos en algunos casos por personal regular de la policía provincial y, en muchos otros, por civiles de brazaletes indescifrables. Cuando alguien, como hizo este periodista, se acercaba un poco para leer de cerca las inscripciones se encontraba con una 45 en sus espaldas y una exhortación de irse a otro lado.

“Y a mí que me importa que sea periodista”, fue la explicación perentoria recibida con un caño entre las costillas, mientras un brazo adelantaba amenazadoramente su arma. En ese fugaz momento el brazalete delató su inscripción. Decía: Agrupación Policial 8 de octubre⁴⁷¹.

Conviene recordar que el 8 de octubre es la fecha del cumpleaños de Perón, y el jefe de la policía cordobesa, Antonio Domingo Navarro, lo sabía sobradamente. Con un añadido: los hábitos políticos del general no incluían el debate entre pares. Debemos reconocer que esa es la tradición política argentina: el sometimiento al dictat del jefe. En sus términos, considerar la posibilidad de un debate previo para la toma de decisiones sonaba a provocación.

¿Con quiénes iba a discutir el general Perón?

Una segunda pregunta articulaba ese orden jerárquico: ¿de quién son los votos peronistas? Cuando alguien responde otra cosa que de los votantes, la sustitución política va de suyo. Pero cuidado, esa pregunta no solo organizaba esa liturgia. Ser peronista parecía equivaler a obedecer las directivas de Perón,

⁴⁷¹ Ibid.

ya que los votos “le pertenecían”.

Esa visión petrificada del movimiento no era veraz, nunca suele serlo. Es cierto que durante el primer peronismo las voces de orden y mando del general dominaban el rumbo de la política; la tradición presidencialista nacional jugó un papel no menor en ese comportamiento. Y esa rígida estructura facilitó la caída del gobierno, como el propio Perón reconociera más tarde en alguna oportunidad.

La derrota de 1955 cambia las cosas. Durante el segundo peronismo el general solía tener que luchar para imponer su punto de vista y muchas veces no lo lograba. Eran legión las cartas de Perón con directivas que no se cumplían. Basta leer las misivas entre Perón y Cooke para comprobarlo. Cuando el general ordena votar a Frondizi, en 1958, una parte no pequeña del movimiento no acata esa instrucción, y 800.000 votos en blanco expresan la disidencia.

La lucha de tendencias, más o menos explícitas, organizó la vida política del segundo peronismo, al interior de las direcciones sindicales. Los conflictos entre esas direcciones colegiadas y el general fueron míticos. A tal punto que el movimiento obrero se dividió en corrientes opuestas durante las elecciones mendocinas de 1965, facilitando esa división la victoria oficialista. El vandorismo, con quienes el general había tenido no pocos diferendos –es un modo muy amable de contarlo– nunca dejó de reclamarse peronista, y Perón pese a la dureza de las críticas nunca dejó de considerar el lugar de Augusto Timoteo Vandor. Buena parte de la dirección sindical del segundo peronismo tuvo ese origen. En política, por cierto, las diferencias y los enfrentamientos integran la naturaleza de la actividad, y ningún dirigente lo ignora.

Ahora, el surgimiento del aluvional tercer peronismo suponía una nueva dirección, y nuevas modalidades organizativas. Perón había convocado explícitamente a todas las formas de oposición dinámica a sumarse al movimiento. Las tres banderas históricas (independencia económica, soberanía política y justicia social)

fueron aggiornadas por el jefe: independencia económica, soberanía política y socialismo nacional. El motivo de tanta amplitud era simple: la dirección del segundo peronismo no le respondía; Cámpora asume como su delegado personal, porque Jorge Daniel Paladino es el representante de la Hora del Pueblo ante Perón, y no el delegado de Perón ante la nueva escena nacional⁴⁷². Con Antonio Cafiero vuelve a suceder otro tanto –lo desobedece expresamente al negociar con Lanusse⁴⁷³–, y solo Cámpora construye el puente que el general necesitaba: convoca al segmento contestatario desde una nueva propuesta. A las palabras no se las lleva el viento, y cambiar las palabras supone torcer los vientos.

Pero más allá de cualquier análisis formalista, la conformación de un cauce con tradiciones tan diversas y prácticas antagónicas no podía desconocerse. El nuevo Estado de la cuestión imponía nuevos instrumentos. Perón reconoce mal la nueva problemática. Jorge Antonio, a su curioso modo, registró domésticamente el problema que Perón reconocía desde el limitado argumento de “las formaciones especiales”. Es decir, formaciones que el Estado mayor desactiva cuando lo cree conveniente. Era una comprensión ruinosa.

Antes, cuando Montoneros se movilizaba para “romper el cerco” (fórmula con que “la tendencia” intentaba explicar y explicarse la creciente distancia de Perón con los sectores juveniles), el general los recibe, para imponerles un “nexo” directo: López Rega. Era una burla no demasiado inteligente. Intentaba desandar lo andado invitándolos a retirarse del peronismo: provocación irresponsable, por cierto. Reconfigurar el movimiento, con semejantes métodos, solo llevaba a la crispada acción directa. La polémica no podía soslayarse, y el jefe debía explicar y legitimar sus virajes para sintetizar la nueva dirección. Conviene destacar: sintetizar no es imponer. De lo contrario el único modo de participar en la lucha de tendencias

472 “Si Lanusse estuviera comprometido porque alguien tratara de impedir la salida, nosotros saldríamos en su apoyo”, Jorge Daniel Paladino, en *La Nación*, 12 de mayo de 1971.

473 Carlos “Chango” Funes, *Perón y la guerra sucia*, Buenos Aires, Catálogos, 1996.

pasaba por la delimitación armada, y todos los que no están en condiciones de sostener ese nivel de enfrentamiento quedan automáticamente fuera de la liza. Como Perón carecía de fuerza armada propia, el segundo peronismo fue incapaz de proveerla, la sustituyó con parapoliciales. Y fue esta lógica que empujó a Montoneros a la vereda de “enfrente”.

A medida que las masas fueron desalojadas del centro de la escena política, el grado de independencia de los aparatos políticos se hacía mayor, así como su debilidad se volvía manifiesta. Era un enfrentamiento que gatillaba un sistema de debilidades concurrentes: la espiral de violencia, el enfrentamiento entre los destacamentos armados del tercer peronismo y los parapoliciales del segundo, dejaba a la Fuerzas Armadas y al bloque de clases dominantes en un cono de sombra; el agotamiento de los contendientes facilitaría –ahora sí– la reconstrucción del partido del orden, un punto de recomposición conservadora y contrarrevolucionaria, la derrota del campo popular, la dictadura burguesa terrorista unificada.

Retomemos el problema. Más allá del grado de adhesión independiente que las huestes juveniles tuvieron –y una estimación conservadora bordea el 15% del caudal electoral total– la política de Perón desmoralizaba a la base social de su movimiento, sin evitar el choque. De juventud para la emergencia nacional, se transformaban en imberbes y estúpidos. De vanguardia en la lucha contra el régimen, en responsables de una puñalada trapera. Era demasiado. La pulseada llega a su clímax el 1° de mayo de 1974. La suerte ya estaba echada: Perón los echa de la Plaza, y es la última vez que la verá llena. En su discurso de despedida, 1° de junio de 1974, los claros eran visibles y el final ostensible. Las orillas del río social se separaron, y la muerte del general conformó, casi automáticamente, el cuarto peronismo de Isabel y López Rega. Es decir, con Perón moría el último proyecto político nacional, y la idea de patria (como destino común) quedaría arrinconada para efemérides escolares y campeonatos mundiales de fútbol.

IV

Volvamos a observar el punto de vista dominante de las clases dominantes: el giro copernicano que supuso pasar del programa de José Ber Gelbard al de José Alfredo Martínez de Hoz: de un programa de autonomía política, a uno de voluntario sometimiento estructural, de la cacareada Argentina Potencia, a la impotencia nacional programática.

El nivel de maniobra relativamente independiente que la Segunda Guerra Mundial, primero, y la bipolaridad soviético norteamericana permitieron, después, a los sucesivos gobiernos argentinos era definitiva y voluntariamente resignado. No en vano todo el ciclo histórico –entre 1930 y la muerte de Perón– estuvo signado por la construcción del *welfare state*, de una suerte de bonapartismo fallido, como con otros acentos y propósitos observara Jorge Abelardo Ramos⁴⁷⁴ y Silvio Frondizi.

Es decir, por políticas de Estado donde los intereses estratégicos del bloque de clases dominantes consideraban, como parte del problema político inherente al programa económico, el nivel de consumo de los sectores populares, así como sus aspiraciones políticas.

Ese eje quedaría definitivamente atrás.

Y esa decisión, abandonarlo, surge nítida de la reconversión empresarial del bloque dominante.

Veamos. El gobierno isabelino, tras la renuncia de Gelbard, marchó a los tumbos hasta la otra dirección⁴⁷⁵. Lo hizo en tres tiempos. En el primero continuó la política económica votada con Cámpora y Perón. Esto es, Gelbard siguió siendo el ministro de Economía hasta que quedó claro para todos que seguir resultaba imposible. En el segundo, el gobierno trató de rehacer el camino tradicional del peronismo con José Alfredo Gómez Morales, y pocas semanas más tarde el ritmo de la crisis económica clausuró ese cauce. Ahora se trataba de descargar el todo el peso de la crisis en las espaldas de la clase obrera. Los trabajadores pagarían el costo del fallido. En los términos de ese bloque social eran los

⁴⁷⁴ Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*, t. V: *La era del bonapartismo (1943-1972)*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1972.

⁴⁷⁵ Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

responsables del fracaso. Una y mil veces leímos que al no aceptar la reducción del poder de compra de sus salarios empujaron el golpe de Estado. Los trabajadores –leyeron bien– desde esa perspectiva son responsabilizados por no facilitar una política desembozadamente antiobrera y antinacional. Entonces Isabel sumó a Celestino Rodrigo, de la mano de López Rega, y en ese punto el mundo empresarial acompaña el viraje definitivo: Gelbard y sus amigos intentan oponerse, sin el menor resultado, mientras los contertulios de la UIA miran con absoluta benevolencia la nueva gestión. La redistribución regresiva del ingreso nacional –condenada explícitamente por el Plan Trienal– iniciaba a toda velocidad la marcha de una práctica estructural definitiva.

El enfrentamiento entre las dos corrientes políticas del empresariado duró lo que canta un gallo, y la base de la CGE –y no solo ella– fue capturada por el nuevo horizonte. Sin romper la unidad empresarial, como ingenuamente temiera Julio Bronner –socio político de Gelbard en la CGE– reorientaron el rumbo. El programa de la clase dominante resolvía sus diferencias históricas como una sociedad anónima. La política que se iniciaba, deuda externa mediante, permitiría la transformación de buena parte de los activos territorializados en la Argentina en capital líquido, y su posterior giro al exterior para colocarlos en el mercado internacional de capitales. Todos serían rentistas financieros, ese era tendencialmente el nuevo acuerdo.

Y para alcanzar ese objetivo se ejecutó una política terrorista ilegal, primero, instrumentada hasta febrero de 1975 por la Triple A, y una política terrorista “legal”, después, sumando directamente a las FF.AA. Ya no se trataba de contrabalancear el poder de fuego de Montoneros, y las demás organizaciones armadas, sino de aniquilarlas lisa y llanamente. Pero ese objetivo chocaba con la naturaleza de las FF.AA, con su necesidad instrumental y política de conservar el monopolio de la represión legítima. Ese conflicto se saldó desactivando la Triple A, por presión directa de las FF.AA. Por eso, de febrero en adelante el gobierno de Isabel permitió su ingreso en la represión directa

(Operativo Independencia) con el respaldo público de la CGT, y de la Unión Cívica Radical. Ese fue el nuevo acuerdo radical peronista.

Y una vez concluido “exitosamente” el ejercicio a escala de represión “legal” del gobierno legal, Italo Argentino Luder, y el gabinete de Isabel, lo extendieron de Tucumán a todo el país.

Basta recordar las condiciones en que Luder fue nombrado presidente provisional del Senado para registrar los niveles de deterioro del Congreso. En una reunión cuasi secreta –solo asistieron tres periodistas que representaban media docena de medios, entre ellos la infaltable La Razón– que duró poquísimos minutos, con el único objeto de ubicarlo en la línea de sucesión presidencial, el doctor Luder es elegido por sus pares para la presidencia del Senado. Concluido el brevísimo trámite los contertulios de marcharon sin novedad hacia sus ocupaciones habituales⁴⁷⁶. Era una asamblea cuasi clandestina.

El peronismo había estallado, el ciclo del *welfare state* se terminaría clausurando en derredor de una poderosa dictadura burguesa unificada, terrorista y contrarrevolucionaria. El cuarto peronismo clausuraba el sueño nacional, y tras apostrofarnos apátridas –a los militantes de mi generación– nos dejó efectivamente sin patria a todos, despedazándola.

V

La batalla militar contra la guerrilla había sido ganada con anterioridad al 24 de marzo de 1976. En diciembre de 1975 en Monte Chingolo el Ejército Revolucionario del Pueblo, brazo armado del PRT, libra la última batalla a cielo abierto. Los estaban esperando y los vencieron. Tanto la guerrilla como el amplio sistema de activistas obreros habían sido frenados previamente. Villa Constitución mostraba un eje dinámico a ojos vista insuficiente, ya que no pudo ganar los demás centros fabriles sin dejar de constituir una amenaza potencial. El 24 de marzo le pondría fin. La resistencia popular a la contraofensiva

⁴⁷⁶ Testimonio de Chato Aronin, periodista acreditado por *La Razón* en el Congreso, en una entrevista con el autor.

del cuarto peronismo agotó a los contendientes, y el desempate militar inauguraba un nuevo ciclo histórico.

La actividad de los centros clandestinos de detención, tortura y muerte no surge de la escalada de la guerra social, ninguna organización intentó una fuga como la del Penal de Rawson en 1972, sino más bien surge de la derrota previa, militar y política, de la guerrilla; surge del aislamiento social y cultural del sistema de militantes obreros, de la limitada capacidad de los trabajadores para enfrentar la contraofensiva político militar –la campaña de terror ejecutada por la Triple A, primero y el Rodrigazo, después, de sus enormes dificultades para pensar, construir y lanzar otro programa nacional alternativo bajo su propia responsabilidad. Esto es, de desconsiderar su condición de clase políticamente subalterna.

El peronismo –en sus cuatro variantes– era casi todo el horizonte colectivo de los trabajadores, y la muerte del general cristalizó el estupor de una sociedad que confiaba en la posibilidad de una mutación del capitalismo dependiente capaz de incluir las demandas populares. Rehaciendo la célebre fórmula de Lenin: las clases dominadas no imaginaban otra cosa, otra sociedad sustantivamente distinta y trataron de conservarla, las clases dominantes no soportaban esta cosa, esta sociedad, y se propusieron cambiarla mediante una política de tierra arrasada. Y las clases dominantes habían arrastrado tras su punto de vista a la compacta mayoría de la sociedad argentina como rechazo al gobierno isabelino, por una parte, y a los trabajadores, por la otra. La contrarrevolución era viable, porque la soledad del gobierno era casi tan intensa como la de la guerrilla, ergo terminar con uno incluía la posibilidad de liquidar al otro. Isabel solo hacía falta mientras el tono de la resistencia popular coloreara la política, como mascarón peronista de una política antiobrera y antinacional: el cuarto peronismo.

El argumento militar posterior a 1976 –se tortura para obtener información que permita neutralizar la acción del enemigo– chocaba con la práctica –se tortura para destruir militantes y

aterrar la base social que los produjo para que no los reponga—construyendo una distancia que se cubre parcialmente con el método de la escuela francesa, y el respaldo eclesial de la tortura —defendida en masa por los 250 capellanes militares— como medicina para salvar almas y destrozando cuerpos. Este comportamiento sedicentemente teológico remite, porque resulta funcional, a la lectura política del bloque de clases dominantes: vincular la lucha por un conjunto de reformas políticas y económicas, con la puesta en marcha de una gramática de revolución social: la amenaza socialista. Esta versión del “mal radical” se propuso, consecuentemente, el aplastamiento de toda forma de oposición dinámica de los trabajadores, más allá de la forma que asumiera esa lucha.

La distinción entre las organizaciones que defendían y practicaban la lucha armada, de las que por diversas razones se oponían, o no la consideraban oportuna, funcionó y funciona en cabezas permeadas por años de liberalismo político, que conciben una suerte de muralla china separando los distintos niveles de enfrentamiento social, pero carecía de relevancia para la conducción militar que ejecutó una lógica de masacre sistemática.

Era más que claro que ni René Salamanca, ni Agustín Tosco, integraban ninguna organización armada, y que esta ausencia no impidió que fueron asesinados. Salamanca, secretario general del sindicato de mecánicos, SMATA, seccional Córdoba, militaba en el Partido Comunista Revolucionario, que respaldaba públicamente al gobierno de Isabel Martínez de Perón y López Rega, y Tosco, secretario general de Luz y Fuerza cordobés, lo hacía en las inmediaciones del Partido Comunista, que apoyaba “críticamente” a Videla, Massera y Agosti, pero en tanto dirigentes obreros de sindicatos movilizados, de integrantes de una dinámica política imposible de cooptar, no tenían vuelta atrás. Es cierto que Tosco no es técnicamente un desaparecido, pero las condiciones de clandestinidad y una enfermedad imposible de tratar en esas condiciones apresuraron su suerte.

Así se trataba a enemigos inconciliables, no a adversarios políticos.

Y esta percepción de las organizaciones que encabezaban Tosco y Salamanca, ni siquiera tiene origen estricta, puramente militar. Dos años atrás, el 17 de julio de 1973, a cuatro días de la renuncia de Héctor J. Cámpora, siete individuos capturados por la policía cordobesa recobraban la libertad. Horas antes habían participado del ataque contra el local central de Luz y Fuerza provistos con armas de guerra. La resistencia de los ocupantes y la oportuna llegada de la policía provincial impidieron la toma. Era un episodio.

Casi en simultaneidad, otro grupo provisto de idéntico armamento –fusiles FAL, ametralladoras de 9 milímetros, escopetas Itaka, y armas de puño– toma el local de SMATA, y tras reducir a sus ocupantes destroza todo lo que se podía destrozar. Para cubrir la fuga se lleva dos trabajadores como rehenes, abandonándolos a las pocas cuadras “frente al lugar donde se guarecen: la sede de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) de la ciudad de Córdoba”⁴⁷⁷. Era el segundo episodio.

Conviene no olvidar que ese mismo día también fue atacada la sede de la CGT local, en cuya conducción participaba el vice gobernador cordobés, Atilio López, ex secretario general de UTA, Córdoba, por integrantes del Comando de Resistencia Peronista. Era el tercer episodio.

Estos tres ataques confeccionan el mapa político operativo de las 62 organizaciones. Ya no era el mapa que Augusto Timoteo Vandor había articulado, en mayo de 1969, con los dirigentes de Luz y Fuerza, UTA y la SMATA: un frente único contra el gobierno de Onganía, dando lugar al Cordobazo, y a la crisis política que lo echaría por tierra. La aparición del tercer peronismo empujó a los dirigentes del segundo hacia un nuevo y móvil territorio político. Para esos dirigentes obreros, tras la muerte de Vandor, el enemigo siempre estaba a su izquierda: ni integraba ninguna patronal, ni estaba en la derecha más

⁴⁷⁷ Justo Escobar y Sebastián Velásquez, *Examen de la violencia argentina*, México, FCE, 1975 p. 23.

o menos tradicional, eran trabajadores movilizados; y si no atacaban también a la guerrilla fue porque consideraban que todavía no estaban en situación de hacerlo. Por eso, Lorenzo Miguel y Roberto Cirilo Perdía no habían roto todos los puentes e intentaban las fintas de una negociación inconducente⁴⁷⁸. De ahí que las escenas represivas del 20 de junio se desarrollaban ahora en un escenario expandido, y la caída de Cámpora fuera vivida por el sindicalismo ortodoxo como una victoria caída del cielo, sensacional. Por primera vez, en muchos años respaldaron en bloque al general, la juventud maravillosa ya no lo era tanto y una dirección sindical que no se había movilizado siquiera para la lucha electoral, se transformaba en sabia y prudente. Las aguas se separaban definitivamente turbias, el tercer peronismo retrocedía, la extrema tensión al interior del arco social y político del Frente Justicialista de Liberación mostraba su creciente inviabilidad.

Esta afirmación supone que la dirección de las 62 organizaciones poseía evaluaciones políticas diferenciales; por cierto distinguía una organización de izquierda de la otra, esas precisiones le permitían operar al interior del conflictivo campo de la izquierda obrera, pero era consciente que en última instancia se trataba de diferencias secundarias. A la hora de golpear tanto daba que militaran en el FIP, de Ramos, o en el PCML pro chino. La especificidad de la concepción de mundo de ningún militante obrero lo salvó jamás de la muerte.

Todas las corrientes dinámicas con cierto peso en algún sector del movimiento obrero a la hora de la verdad recibirían idéntico trato, y por eso mal que mal todas las fuerzas de ese mosaico no tuvieron más remedio que coordinar –con enorme reticencia y bastante inconsecuencia– una política de frente único en los sindicatos. La dificultad por actuar de consuno en ese terreno limitó el impacto expansivo de la lucha por la democracia sindical. Dicho brutalmente: para la dirección política de la dictadura burguesa terrorista, al igual que para las 62 Organizaciones, la sospecha de oposición equivalía a condena

478 Roberto Cirilo Perdía, *Montoneros. La otra historia*, Buenos Aires, Agora, 1995.

a muerte. Y tanto las FF.AA. como las 62 Organizaciones eran perfectamente conscientes de esa decisiva coincidencia.

Aun así, el gorilismo visceral del Ejército, el odio constitutivo a la figura del general Perón, y el asco social del cuadro de oficiales por cualquier organización de trabajadores, modificaron los ya muy elevados niveles de antiperonismo de las FF.AA. A tal punto, que la Marina –tradicionalmente la más gorila de las fuerzas– por el cambio de la posición relativa del Ejército, fue el arma que conservó una cierta tonalidad azul. Es decir: no consideraba una negociación con dirigentes de las 62 organizaciones u otro sector del segundo peronismo⁴⁷⁹, un acto sustancialmente indigno. Esa será la base material del alucinado proyecto político del almirante Cero: tortura y negociación⁴⁸⁰.

VI

–“¿Cómo enfrentar el mal? ¿Cómo responder a violaciones masivas de derechos humanos?”⁴⁸¹.

–¿Con el Código Penal?

–Qué ingenuidad jurídica.

En el Código Penal argentino, nos ilustra Carlos Nino, no estaba tipificada la violación de los derechos humanos; como todo delito reglado por ese texto debe ser específico y no analógico, ese agujero legal nos dejaría casi inermes frente al “mal radical”. ¿Entonces, qué hacer?

Entonces, la reconversión conceptual de una política de violencia permanente en maldad teológica, cuando ese desplazamiento contiene una desfiguración interesada sobre la naturaleza del problema. La catarata de violencia represiva, posterior a la captura de prisioneros políticos una vez desarmados sus vínculos societarios, mostraba y muestra, por cierto, inspiración teológica: la cruzada católica contra el

479 Alejandro Tarruella.

480 Manú Actis; Cristina Aldini; Liliana Gardella; Miriam Lewin; y Elisa Tokar, *Ese Infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Altamira, 2006.

481 Carlos S. Nino, *Juicio al mal absoluto. Los fundamentos y la historia del juicio a las juntas del Proceso*, Buenos Aires, Emecé, 1997, p. 7.

comunismo⁴⁸², una batalla de la Tercera Guerra Mundial⁴⁸³. Así pensaban y todavía piensan, en todo caso, los jefes instrumentales empleados, los oficiales de las FF.AA., aunque no necesariamente sus inspiradores sociales y políticos. Forma tan arcaica de la ideología conservadora, el liberalismo criollo de la matriz oligárquica inspirada en la 4.144, solo sirve cuando el bloque de clases dominantes visualiza un camino político que excluye su propia transformación modernizadora. No es la lógica del desarrollo capitalista, ni siquiera en su versión dependiente, la que orienta su marcha, sino la mera conservación de lo acumulado, del capital acumulado, y esta mutación contenía y contiene un cambio de programa estratégico, mediante la clausura del ciclo histórico inaugurado en 1930.

Volvamos a la delimitación legal, a los derechos humanos. Nino como jurista reputado intentó ocultar, y por momentos lo logró, una elemental y nada sofisticada respuesta a ese vacío legal: es cierto que las violaciones de los derechos humanos eran un delito que no estaba tipificado, y por tanto una tipificación retroactiva no salvaba el problema, pero tomando cualquiera de los delitos cometidos bajo el gobierno de la dictadura burguesa unificada, la tipificación resultaba obvia: tormentos son tormentos, violaciones son violaciones, homicidios son homicidios, y la privación ilegal de la libertad, y el rapto de menores y un *modus operandi* destinado a asegurar la impunidad de estos delitos mediante la desaparición de los cuerpos, está perfectamente tipificado, para citar un ejemplo, en el artículo 80 del Código Penal. Ese fue en definitiva el soporte legal que el fiscal Julio Cesar Strassera utilizó en el juicio a las juntas del año 1985. Por tanto, la conclusión de Nino resulta perogrullescamente inadecuada, y propositivamente clara: trabar la reflexión crítica del campo popular, justificar *ex post* el comportamiento del gobierno radical.

No es la entidad teológica del problema (el mal absoluto) y

482 Emilio F. Mignone, *Iglesia y Dictadura*, Buenos Aires, Punto Sur, cap. 6.

483 Horacio Verbitsky, *La última batalla de la tercera guerra mundial*, Buenos Aires, Legasa, 1984.

nuestro limitado conocimiento de su naturaleza, la que impide actuar, sino la política del gobierno de Raúl Alfonsín, su perfecta adecuación al nuevo ciclo histórico. La Unión Cívica Radical, para enfrentar la crisis militar determinada por la derrota en Malvinas y la destrucción de la cadena de mandos, motivada en la conformación de los grupos de tareas⁴⁸⁴, impulsó una autodepuración: que los militares se juzgaran a sí mismos.

El resultado dejó perplejo al resto de la sociedad: para el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, que con Código Militar en mano evaluaron los hechos, todo lo realizado durante la represión contra la guerrilla y los militantes populares era de manual... de inteligencia. El cuadro de oficiales defendía la represión tal como fue, y avisaba que no estaba demasiado dispuesto a ser pacíficamente el pato de la boda “democrática”. El gobierno tomó el toro por la cola: en lugar de una Comisión Parlamentaria con atribuciones para investigar, organizó una comisión de notables, la CONADEP, sin más poder que su voluntad por averiguar cómo pasó. Este abordaje dejó fuera de la comisión cualquier perspectiva menos ñoña, entre otras cosas porque la fecha límite para investigar se detenía el 24 de marzo de 1976. Antes era territorio vedado⁴⁸⁵. Era una suerte de juicio por la verdad sin punición, un baño de horror que servía –entre muchas otras cosas– para inmovilizar con detalles espeluznantes a una sociedad que intentaba movilizarse, y que para hacerlo requería entender los motivos profundos de la lógica procesista.

Con un añadido: el peronismo se negó a integrar la comisión, por tanto, sirvió para que el alfonsinismo reafirmaba sus blasones democráticos. Y otra vez la teología derrapó siniestra en el informe de la Comisión, en el Nunca Más: la teoría de los dos demonios equiparaba dos pústulas que habían estallado: la guerrilla –a manos de la represión– y el autoritarismo militar, al que la democracia ponía fin con su sola existencia. La tarea estaba concluida sin haberse iniciado; bastaba juzgar a los

484 Teniente general Alejandro A. Lanusse, *Confesiones de un general*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

485 René Favaloro renuncia a la Conadep por éstas y otras razones.

responsables de las órdenes de guerra, admitiendo, tal como lo hace Nino, que estos delitos “pueden haber sido legales cuando se cometieron”⁴⁸⁶.

Ese fue el principal argumento de la defensa de los nueve integrantes de las primeras tres juntas en el juicio: los militares se habían limitado a cumplir las órdenes de guerra del gobierno constitucional: aniquilar a la guerrilla. Algunos firmantes de los decretos 2770, 2771 y 2772 (Italo Luder, presidente provisional del Senado a cargo de la presidencia de la Nación, y Antonio Cafiero, ministro de Economía) rechazaron *post factum*, durante el Juicio a las Juntas, airadamente esa lectura, y contaron para tal fin con el beneplácito de los jueces, del fiscal y de la prensa. La afirmación de Nino pareciera contradecir esa apresurada coincidencia, y sería útil considerar esa espinosa posibilidad.

Primero debemos releer el decreto 261 firmado por Isabel Martínez de Perón, donde reza: “neutralizar o aniquilar al enemigo” y compararlo con el texto de los decretos 2.770, 2.771 y 2.772. De allí surge la diferencia pertinente: tacharon “neutralizar” y al hacerlo subrayaron “aniquilar”. Según el Diccionario de la Real Academia⁴⁸⁷ aniquilar, del latín *annihilare*, literalmente a nada, admite cuatro acepciones; la primera: reducir a nada; la segunda: destruir o arruinar enteramente; la tercera: deteriorarse mucho alguna cosa, como la salud o la hacienda; y la cuarta: anonadarse, humillarse. El Diccionario Etimológico de Roque Barcia⁴⁸⁸ enriquece la última acepción del siguiente modo: “Anonadarse, humillarse y abatirse hasta la nada en la propia consideración”. El Diccionario María Moliner⁴⁸⁹ nos permite añadir: “Destruir completamente una cosa; se aplica a cosas grandes o importantes, y particularmente a ejércitos y cosas semejantes: la escuadra enemiga fue aniquilada”. En un diccionario sin mayores pretensiones⁴⁹⁰

486 Carlos Nino, op. cit., p. 12.

487 *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, Madrid, Decimonovena edición, 1970, p. 90.

488 *Diccionario General Etimológico de la Lengua Española*, Buenos Aires, Roque Barcia, t. I, Anaconda, 1945, p. 339.

489 Edición de 1996.

490 *Diccionario del español actual*, Manuel Seco y Gabino Ramos, Madrid, Aguilar,

leemos: “matar o exterminar”⁴⁹¹; y en el momento de ejemplificar el uso del sintagma aniquilar, afirma el texto: “Hitler recurrió a violentas medidas represivas, en particular contra los judíos, que fueron aniquilados en masa”⁴⁹². La vinculación entre aniquilamiento y masacre sistemática queda, *prima facie*, filológica y etimológicamente establecida. Y esa es la lectura que a regañadientes, con infinito cinismo, van terminando por aceptar los oficiales que participaron en la represión⁴⁹³.

De modo que se asuma la acepción que se asuma, la idea de guerra a muerte, de guerra civil sin cuartel, de guerra donde se extermina prisioneros políticos, integra el espíritu del decreto.

Una pregunta se cuele: ¿la guerra civil sin cuartel es legal o solo tiene “apariencia legal”?

En el artículo 18 de la Constitución Nacional leemos: “Quedan abolidos para siempre la pena de muerte por causas políticas, toda especie de tormento y los azotes”⁴⁹⁴. Ergo, el rechazo de toda condena a muerte por razones políticas, ni qué hablar del modo que asumió esta condena a muerte inenarrable, es taxativamente proscrito desde el texto constitucional.

Pero eso no es todo, ni siquiera lo más importante.

¿Puede el presidente, sin violentar atribuciones expresamente conferidas al Congreso, convocar tropas, con o sin guerra a muerte, para reprimir un levantamiento armado o una insurrección en una provincia o en todo el país? El artículo 67, inciso 24, dice textualmente: “Autorizar la reunión de las milicias de todas las provincias o parte de ellas, cuando lo exija la ejecución de las leyes de la Nación y sea necesario contener las insurrecciones o repeler las invasiones”⁴⁹⁵, es atribución excluyente del Congreso. De modo que tanto el contenido de

1999 t. I.

491 Esa fue la fórmula que el ministro de Guerra de Isabel Martínez de Perón utilizara en un discurso pronunciado en la Escuela de Defensa Nacional, en noviembre de 1975.

492 *Ibid.*, p. 327.

493 El vicealmirante Luis María Mendía al ser consultado por el juez Sergio Torres, en el marco de una acusación por graves violaciones de los derechos humanos en la Esma, sobre el sentido de aniquilar responde: “Lo que dice el diccionario”, *Clarín*, 7 de marzo de 2007.

494 Constitución de la Nación Argentina, Buenos Aires, Torres Agüero, 1981, p. 22.

495 Carlos Nino, *op. cit.*,

los decretos 261, 2770, 2771 y 2772, como la forma violan inequívocamente la Constitución Nacional.

Nino acepta la legalidad de las órdenes sin mayores comentarios, y de allí infiere implícitamente que los militares que participaron en la represión, y no hayan cometido actos aberrantes, no cometieron delito; Strassera comparte esa lectura afinándola hasta un debate por el sentido de “aniquilar”. De modo que dos juristas profesionales ni mencionan un problema que un estudiante de Derecho Constitucional conoce: el artículo 28⁴⁹⁶ de la Constitución, donde se lee que “ninguna ley puede alterar los principios, garantías y derechos reconocidos”, y ni qué decir de decretos presidenciales que ni siquiera alcanzaron estatuto público.

En una tradición jurídica donde la existencia de gobiernos populares no alcanzó para que la 4.144 fuera declarada inconstitucional, y vaya si lo era, el fiscal Strassera puede muy suelto de cuerpo reconocer en medio de un juicio trascendente sin que nadie lo desdiga, la perfecta legalidad de las órdenes de guerra: es tiempo de poner fin a este malintencionado equívoco.

Volvamos a empezar. Tanto Luder como Cafiero manifestaron en el Juicio a las Juntas que se debían “aniquilar el accionar subversivo” dentro del orden jurídico existente. Esta afirmación contiene una contradicción en sus términos: ¿cómo se aniquila dentro del orden jurídico? Dentro del orden jurídico se “desarma al enemigo”, se lo vence obligándolo a desistir, se lo derrota. Entonces, el decreto debiera decir desarmar, vencer, derrotar, rendir, pero dice aniquilar. En la jerga militar, aniquilar el accionar del enemigo no se distinguió sustantivamente de aniquilar a los guerrilleros, así se practicó en Tucumán desde febrero de 1975, y así se lee en las órdenes impartidas por el general Viola, en su condición de Jefe del Estado Mayor del Ejército, diciembre de 1976, en el acápite correspondiente a “Operaciones contra elementos subversivos (R-C-9-1)”, párrafo 4.003 i), donde escribe: “El delincuente subversivo que empuñe las armas debe ser aniquilado, dado que cuando las

496 Constitución de la Nación Argentina, op. cit, p. 26.

FF.AA. entran en operaciones no deben interrumpir el combate ni aceptar la rendición”.

Es decir, refirma la lectura del diccionario, coincidiendo con los decretos presidenciales, y con la tradición que abreva en la 4.144, y que fuera aplicada en la Semana Trágica en el año 1919, en la Masacre de la Patagonia, en los bombardeos de 1955 en Plaza de Mayo, en el fusilamiento del general Valle y los basurales de José León Suárez, en los fusilamientos de Trelew de 1972, en Fuerzas Armadas construidas para librar esa guerra sin cuartel, con argumentos retomados de la escuela francesa y con prácticas surgidas de la estética de Auschwitz.

Una pregunta de peso se impone: ¿qué supone admitir que los decretos solo tienen una apariencia de legalidad? ¿A qué se debe que asuman la forma de decretos, habida cuenta de que la abrumadora mayoría de los integrantes del Congreso los hubieran respaldado con su voto? ¿El Congreso habría aprobado una ley que ordene a las FF.AA. “aniquilar el accionar subversivo”?

Vamos por orden inverso, admitamos que no tenemos modo de saber, a ciencia cierta, cuál habría sido el comportamiento del Congreso. Sin embargo, es posible colegir que la mayoría de radicales, peronistas e integrantes del bloque federal (seguidores de Manrique) hubieran respaldado el ingreso de las FF.AA. en la represión directa. ¿Pero hubieran votado aniquilar el accionar subversivo? ¿Y si lo hubiesen hecho, qué pasaba si uno solo de los diputados o senadores, ya que posiblemente una minoría se hubiera opuesto, denunciara que se preparaba una masacre legal? El debate resultaría inevitable, y la represión, si algo se propuso antes que nada, fue clausurarlo. Evitar el debate era una parte sustantiva de la guerra sin cuartel, es decir, para las FF.AA. era imprescindible impedir el tratamiento parlamentario. Preparar a la sociedad para una vasta masacre presupone volverla inevitable, tan inevitable como la lluvia o la humedad, tan naturalizada como la esperada irrupción militar, como la tapa de los diarios del 24 de marzo. Por eso no se debatió

entonces, en 1975 o 1976. El general Acdel Vilas lo explicó así: “No tenía sentido combatir a la subversión con un Código de Procedimientos en lo Criminal. *Decidí prescindir de la Justicia*, no sin declarar una *guerra a muerte a abogados y jueces cómplices de la subversión*”⁴⁹⁷. Esta es la versión procesista explícita del silencio, de la ausencia de debate: prescindir de la justicia⁴⁹⁸. ¿El problema fundamental?: la destrucción física de los “elementos disolventes” para evitar que pongan en “tela de juicio las raíces nacionales”.

Ahora se entiende: destruir el fundamento ideológico no supone polemizar, sino imponer absoluto silencio. Esa era la regla de oro que la escuela francesa impartió a los oficiales que libraban la guerra sucia en el mundo entero.

¿Y en 1983, por qué tampoco se debatió? Porque no eran los derechos humanos el problema del bloque de clases dominantes, sino el independentismo militar, la posibilidad de fuerzas armadas que actuaran por su propia cuenta. Se trataba de evitar que repitieran el comportamiento que los lanzó a la guerra de Malvinas.

Para que se entienda: tres décadas de impunidad no constituyen un accidente jurídico, una limitación de la legalidad ordinaria, un bajo nivel de calidad institucional, sino un punto clave del nuevo programa del partido del Estado, que todos los partidos de gobierno respetaron a rajatabla entre 1976 y 2001. Tenía que volver a quedar claro que la obediencia debida, al igual que en 1975, no era un resorte militar. Como el bloque de clases dominantes había impartido efectivamente las órdenes de guerra, como no se trataba de ninguna discusión técnica sobre “legalidad”, como el sentido político estaba dado por

497 Horacio Verbitsky, “A mucha honra. La jactancia es el arrepentimiento de los militares”, en *Página/12*, 15 de octubre de 1989, destacados de A. H.

498 Marie Monique Robin, *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005. La autora cita el trabajo de Paul Aussaresses, *Pour la France. Services spéciaux 1942-1954*, Mónaco, Le Rocher, 2001. En la página 108 Robin recuerda que el coronel De Cockborne, jefe de inteligencia de la represión francesa en Argelia, se vio obligado a dejar el cargo dado que sus subordinados no entregaban los prisioneros del FLN a la justicia, ya que los ejecutaban en connivencia con el Poder Judicial.

“admitir la necesidad y la legitimidad de la represión”⁴⁹⁹, esos oficiales debían ser protegidos; y lo fueron, para que quedara absolutamente claro que si les soltaban la mano, si se ejercía “algún grado de justicia retroactiva” más que referir a “la protección de los valores democráticos”⁵⁰⁰ subrayaba y subraya la fuente del poder; debía quedar absolutamente claro para todos quién manda, quien ejerce la soberanía. Mientras mandaron Videla, Viola, Liendo, Galtieri, Bignone, Alfonsín, Menem, y De la Rúa fueron impunes; el estallido de 2001 desestabilizó, sin el pesado ingrediente del estado de excepción, la continuidad del ciclo y abrió las condiciones de posibilidad de otro piso legal, de otra calidad institucional para la sociedad argentina, de volver a debatir un nuevo horizonte colectivo, un nuevo programa del partido del Estado, un nuevo soberano.

El gobierno del presidente Kirchner, tras el juicio y la condena por prácticas genocidas al comisario general Etchecolatz, inició la marcha, más allá del oscuro episodio de Julio López, hacia el fin de la impunidad.

El juicio a las juntas adquirió desde el vamos carácter bifacetado. En una cara la sociedad asumía públicamente cuál había sido el papel de las FF.AA. en la represión encomendada; y por tanto, descubría la dificultad para punir a los responsables instrumentales, encubriendo a sus beneficiarios sociales; y en la otra le hacía saber a esa misma sociedad todo lo que el bloque de clases dominantes era capaz de hacer, en defensa de su inmutable sobrevivencia, si la clase dominada recurría a la lucha para modificar el curso de los acontecimientos.

Sostener, como hizo Strassera, que los guerrilleros “secuestraban, torturaban y mataban”⁵⁰¹ no solo es faltar irrespetuosamente a la verdad histórica, por parte de un funcionario judicial del gobierno de la dictadura, si no tiene un preciso objeto pedagógico: disciplinar a las clases subalternas en el reconocimiento de las voces de ordeno y mando, separar la

499 Strassera.

500 *Ibíd.*, p. 11.

501 Strassera.

actividad política de toda voluntad de transformación, reducirla a una inocua calesita de elecciones y funcionarios, a una actividad de profesionales intercambiables, y por tanto aptos para servir al poder sin más: educar a la sociedad para el sometimiento

irrestringido, para la reproducción de una mayoría amorfa que garantice los límites impuestos por la derrota del campo popular, para regenerar las condiciones de una derrota permanente.

En definitiva, las víctimas del mal, Nino *dixit*, eran siempre las mismas: delegados fabriles, militantes políticos de izquierda armada o desarmada, la denominada izquierda social en su sentido lato, mientras los beneficiarios directos surgen de leer la nómina de integrantes de la treintena de grupos económicos que expresaron el nuevo poder en 1983. Los victimarios tuvieron siempre claro cuál era el enemigo, no es posible decir lo mismo ni siquiera hoy de sus víctimas. Ni un solo dirigente sindical de alguna relevancia –más allá de la postura política que asumiera su organización o él mismo– fue cooptado al gobierno de Videla, y si lo fueron miles de hombres y mujeres que integraban e integran partidos del arco parlamentario. La nitidez de esa política de clase, subraya la naturaleza del gobierno: una dictadura burguesa terrorista antiobrera y contrarrevolucionaria: Videla, Massera y Agosti, el programa de Martínez de Hoz, los argentinos somos derechos y humanos.

Volvamos a empezar, para saltar las penas del derecho positivo nuestros juristas, liberales a la criolla, se deslizan hacia el metafisiqueo del mal; para avanzar en esa dirección suelen cubrirse con la *autoritas* de Hannah Arendt, desde la ramplona tesis de la “banalidad del mal”; la sobreestimada comentarista universitaria de tesis filosóficas ajenas ha sido refutada tan bien, y tantas veces, que podemos optar entre un abanico de respuestas adecuadas; en esta oportunidad la filosa pluma de León Rozitchner pone a Arendt en su lugar; escribe Rozitchner:

Decir que el crimen se ha banalizado quiere decir que lo más hondo de cada asesino se ha destruido. Pero también se destruye la sociedad que lo tolera con indiferencia. *La banalidad solo califica a la institucionalización del crimen, su rutina, no la metamorfosis profunda que se produce en quienes lo cometen y lo aceptan: siempre*

*está como fundamento alguna institución social que lo promueve. Aun el crimen más individual es colectivo*⁵⁰².

Dicho de otro modo: afrontamos la banalidad de Arendt. No deja de ser curioso que una mujer que tuvo un trato tan personal con Martín Heidegger, cuyos conservadores aportes a la filosofía occidental no resultan menos conocidos que su adhesión al partido Nacional Socialista alemán, despersonalice a tal punto la responsabilidad individual y colectiva en materia de comportamiento político. Solo el daño subjetivo causado por su proximidad a Heidegger, en el marco de la hegemonía cultural e ideológica del nacional socialismo en el mundo, solo la intensa “minustima” que le imponía su doble condición de mujer judía frente a un hombre que sin bien no era personalmente antisemita adhería políticamente a un punto de vista inequívoco al respecto, solo a partir de negar su identificación con el opresor en los términos de la opresión, Arendt puede sostener la banalidad del mal y cuestionar el derecho del gobierno del Estado de Israel a juzgar a Adolf Eichmann. Y lo hace criticando la naturaleza de la acusación contra el jerarca nazi: crímenes contra el pueblo judío, proponiendo acusarlo de crímenes contra la humanidad.

Otra vez la banalidad liberal del bien, donde toda especificidad se borra. Para que un crimen termine siendo contra la humanidad, para que esa humanidad no se volatilice en una abstracción genérica, es preciso particularizar la humanidad tal como emerge históricamente. Los crímenes contra los judíos eran precisamente porque se ponía en discusión su condición de humanos. Solo aceptando a los judíos como humanos –con derecho a ser judíos en Europa, sin que se les exija que prueben la voluntad de dejar de serlo, sin que deban marchar a Israel para poder serlo– se alcanza el siguiente escalón: crímenes contra los judíos europeos. Solo si los judíos son aceptados como parte integrante de la cultura europea, como uno de sus

502 León Rozitchner, “Y huirá la tristeza y el gemido”, en *Ese infierno...* op. cit., destacados de A.H.

ingredientes particularísimos, como insustituible elemento para la maceración política de la noción Europa, un crimen contra los europeos se vuelve un crimen contra la humanidad. Mientras Europa no es otra cosa que el horizonte cristiano de la unidad teológica carece de existencia como identidad compartida. Para que exista es preciso formularla políticamente. Esto es, Europa debe dejar de ser un mercado ampliado. Y ni siquiera hoy⁵⁰³ ha sido ratificada la Constitución de 2004. En el mejor de los casos se trata todavía de un objetivo a conquistar, pero Arendt no comprende –como buena parte del liberalismo bienpensante– esa lógica histórica. Y esta incompreensión sobre los procesos concretos de la humanidad –se participa en la historia desde un pueblo y una clase determinados, y no desde la vaguedad de una unilateral noción jurídica– remite a su propia e incomprensible condición: una mujer judía alemana que no pudo, a la que no se le permitió ni ser mujer, ni ser europea; exiliada bajo privilegios académicos negados a los demás judíos, judíos alemanes y no alemanes, que no podían ingresar a los Estados Unidos para salvarse de la tranquila, administrativa banalidad mal.

Recordemos; a fines de mayo del año 1939, un buque alemán proveniente de Hamburgo llega a La Habana con 900 judíos escapados de los nazis. Los pasajeros del *SS St. Louis* esperaban desembarcar en la isla, pero una orden del presidente cubano, Federico Laredo Bru, impide la entrada del barco a puerto. Recordemos. Solo una treintena logra poner pie en tierra –por poseer suficientes medios para comprar la corrupta burocracia migratoria cubana– y el resto se ve obligado a retornar a Europa, tres meses antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. El gobierno de los Estados Unidos, el presidente Roosevelt, que acogiera a Arendt sin mayores inconvenientes, guarda significativo silencio, y por cierto no permite la entrada de los 900 judíos a su territorio. “Si algo terrible que pueda suceder en una sociedad sucede es porque la compacta mayoría no deseó impedirlo”, enunciamos en el prólogo: vamos a repetirlo aun a riesgo de repetirnos. Por tanto, la banalidad del mal remite a una

suerte de justificación indecente, conformando la otra cara del revisionismo histórico europeo. De la banalidad del mal, a esto no sucedió, o al menos no sucedió como ustedes nos los cuentan, o el sentido de lo que se cuenta es otro, solo median pocas décadas, Hannah Arendt o Julio Strassera.

En idéntico registro se pregunta Nino: “¿Podemos juzgar legítimamente a quienes realizan tales acciones en los términos de nuestro esquema moral?”⁵⁰⁴ Leyeron bien, Nino cuestiona si “podemos juzgar legítimamente” a los ejecutores de una política de asesinatos sistemáticamente organizados. No alcanza con violentarse, es preciso entender que esa pregunta conecta con la “difusión de la responsabilidad”⁵⁰⁵. ¿Cuál responsabilidad?: jueces y fiscales que no realizaron los procedimientos que impone la ley; entre otros, el propio Strassera; empresarios periodísticos que omitieron informar, al tiempo que desinformaron sistemáticamente; diplomáticos que ocultaron sucesos que casi nadie ignoraba ni en el exterior, ni en la Argentina. Cámaras empresariales que alentaron explícitamente la política de masacre. Intelectuales que con sus artículos firmados en la prensa comercial y partidaria defendieron el gobierno que evitaba el golpe pinochetista. La pregunta de Nino alcanza toda su significación desde una presuposición no explicitada: la complicidad de la compacta mayoría.

Cuando Strassera sostiene que la lectura militar de aniquilar no es adecuada, explica sus consecuencias, dice: “Los acusados pretenden convertir a la sociedad de víctimas en cómplices”. Eso es hablar claro, para que sean víctimas y no cómplices la legalidad de las órdenes no puede ponerse en duda, y la lectura militar de la orden debe rechazarse. Esa es una estratagema fechada, una argucia para salir del paso, que solo puede aceptarse desde la mala fe reinante en 1985. Sin embargo, hay algo más: si se acepta que ese era el punto de vista mayoritario, que la represión actuó con ese nivel de respaldo colectivo, qué derecho tiene esa mayoría de autoexculparse de una

504 Carlos Nino, op. cit., p. 9.

505 Ibid., p. 10.

responsabilidad inclusiva. Y “si casi todos son culpables existe la sensación de que nadie lo es”⁵⁰⁶. Repasemos los argumentos de Nino: si las violaciones pueden haber sido legales cuando se cometieron, si casi todos son culpables, la pregunta podemos juzgar tiene un inconveniente grave: ¿quién va a juzgar? La respuesta: ¿culpables civiles a culpables militares? O, culpables con poder presente, a culpables con poder pasado. En ambos casos, la impunidad va de suyo, sobre todo la impunidad de los beneficiarios sociales de la dictadura burguesa unificada, terrorista y contrarrevolucionaria, que ni siquiera hoy son señalados por su inexcusable responsabilidad histórica.

A los ejecutores de esa política terrorista se los protegió en tanto se la consideraba no solo necesaria en el pasado, sino un instrumento susceptible de usarse en el presente. El estallido de 2001 construye un límite, todo el proyecto elaborado por José Alfredo Martínez de Hoz y Domingo Cavallo naufragó, la sociedad argentina –más allá de lo que se entienda por tal– no puede seguir siendo gobernada ni con ese programa ni con esos instrumentos. En todo caso, el debate sobre los instrumentos y el debate sobre el programa –más allá de cual se adopte para reemplazarlo– ya no pueden posponerse más.

VII

Reprimarizar la economía nacional en las nuevas condiciones del mercado mundial⁵⁰⁷, ese fue el programa estratégico común del bloque de clases dominantes. No es la crisis del mercado mundial la que organizó ese nuevo rumbo tentado como definitivo, sino la dinámica de la lucha de clases. La clase dominante determinó, paso a paso, como hemos demostrado, el nuevo programa del Estado cuyo sustrato contiene 30.000 militantes asesinados. Dicho en criollo: las ideas dominantes de las clases dominantes estuvieron al servicio de garantizar sus intereses estratégicos, no cayeron del cielo, ni fueron asumidas como

506 *Ibíd.*, p. 10.

507 Eduardo Basualdo y Miguel Khavisse, *El nuevo poder terrateniente*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

parte de sometimiento alguno a ningún centro internacional de poder. Era una decisión perfectamente independiente, aunque el programa en su ejecución terminara renunciando a una política histórica autónoma.

El nuevo curso debía propinar, en consecuencia, un golpe brutal al peso específico de la clase obrera y sus organizaciones en la política nacional; debía reducir el número de trabajadores industriales, achicar su participación en el ingreso, y transformar regresivamente el modelo productivo, para cerrar a cal y canto toda posibilidad de pergeñar una política nacional independiente. Esto es, incrementaron cualitativamente la dependencia estructural del capitalismo argentino, vía la aplastante deuda externa; ¿el resultado?: una modificación en la estructura del capital, y una transformación del patrón de su reproducción ampliada, a partir de desterritorializar la renta agraria y los beneficios del capital –la reforma financiera de 1977 permite la libre circulación de capitales– incrementando, plazos fijos mediante, los niveles de rentabilidad financiera a rangos inauditos.

La producción pasa a tener un nuevo objeto: obtener dinero para colocar a tasas de interés fuertemente positivas. Ahí estaba la crema de la ganancia. Entonces, tras volver líquidos los activos radicados en territorio nacional, permitió obtener tasas en dólares imposibles de alcanzar en ningún modo de producción sustentable. La bicicleta financiera terminó siendo el camino nacional del capitalismo pampeano, así como la señal emitida hacia el mercado financiero internacional. Este programa monetario –paridad cambiaria retrazada desde 1978 que favorecía la importación, y tasas fuertemente positivas– liquidó el corazón de la política diseñada por Pinedo, permitiendo, a la primera dificultad generada por la naturaleza del programa en marcha, reubicar el capital monetizado en el mercado internacional de capitales. Los niveles de endeudamiento –público y privado– requeridos para esta política facilitaron el ingreso de una masa financiera

adecuada para realizar activos contruidos a lo largo de décadas, al tiempo que sus tenedores –en el momento que ese camino comenzaba a volverse intransitable– impulsan una colosal transferencia financiera desde la Argentina hacia el mercado mundial.

El conflicto histórico entre el campo y la industria se resolvió, solución Martínez de Hoz, transformando a los integrantes del bloque dominante en rentistas financieros internacionales, mediante la comandita por acciones de la deuda externa. El pago de esa renta, como servicios de la deuda captada por la banca extranjera, se vuelve el problema-programa que acogotó y todavía acogota la estructura productiva radicada en Argentina. Esta “solución” inaugura el saqueo continuo del excedente, método elegido para asegurar el cobro de la renta, por una parte, y el control de un sistema político sometido a esa lógica funcional, por la otra. El único programa económico que rigió el ciclo 1976-2001 se redujo a la conformación de la deuda externa primero, y al pago de sus servicios después.

Y si el sistema estalló en default, como no podía ser de otro modo, de la caja de conversión rebautizada convertibilidad, fue por la naturaleza del programa económico del partido del Estado. Sacaron hasta la última gota extraíble, entonces estalló. La hazaña política fue contar, para un proyecto de saqueo antinacional y antipopular, con el apoyo explícito de la abrumadora mayoría de la sociedad argentina.

¿Entonces? Entonces, las condiciones de posibilidad para realizar el programa menemista requirió de la derrota previa de los sectores populares a manos del bloque de clases dominantes; de la reconstrucción de la unidad burguesa en derredor de una política de saqueo; del sometimiento mayoritario a ese horizonte mediante la construcción de una mayoría amorfa; de aceptar una clase dominante que deja de ser dirigente, y que por tanto no tiene ningún motivo para posponer ningún deseo, ya que posponerlo siempre estuvo vinculado al objetivo a lograr. Por tanto, sin proyecto nacional de ninguna clase, ¡ la satisfacción

instantánea de todos los deseos personales de sus integrantes contiene el nuevo y único horizonte colectivo.

Nos ilustra Vázquez:

La década pasada, la trama de lo menemista, se inicia con un desplazamiento: el de una moral virtuista, que se corre a los márgenes, y el de una moral hedonista que, de la mano de Menem, llega al centro de la escena. Liberada de toda corrección, ajena a toda instancia de vigilancia simbólica, sorda a los reclamos de cualquier legitimidad –política, estética, ética, legal–, la moral contenida en lo menemista desdejará una de las supersticiones de los años anteriores. En su lugar, erigirá otras verdades: al mismo tiempo que se desembaraza de la fe en la ejemplaridad alfonsinista, cultora de la seriedad política y de la sublimación de la libido reorientada hacia la construcción de la patria, la menemista entronizará la gratificación como un derecho inédito, liberará a la clase política de los dictados de la virtud y habilitará la circulación de su deseo hacia territorios menos sacrificiales⁵⁰⁸.

Repasemos los argumentos: la moral menemista desdejará “supersticiones” para erigir “otras verdades” al liberar “a la clase política de los dictados de la virtud” y facilitarle una moral “hedonista”. Eso es hablar a calzón quitado. La virtud es una superstición que una vez dejada atrás permite liberar a la clase política de cualquier responsabilidad colectiva. Ya no es preciso jugar a que se respetan las reglas (“nadie se hace rico trabajando”), dado que respetarlas constituye una clara desventaja. Como ganar es “la gratificación”, y se trata de abandonar territorios sacrificiales, esa política y esos políticos transforman esa actividad pública en un instrumento privado. Como cambiar el mundo es ahora el programa de la derrota, se trata de cambiar de programa para alcanzar la victoria...

508 Ibid., p. 15, destacados de A.H.

personal. Al igual que el bloque de clases dominantes las clases dominadas viran, en la medida de sus posibilidades, en idéntica dirección con valores homologables. Y los que insisten en defender algún proyecto alternativo son unos setentistas irredimibles. Todos no pueden ganar, se sabe, pero los que pierden se lo tienen merecido por maulas, por no entender el nuevo curso hedonista del fin de esta historia. El menemismo asegura la victoria para los que “saben”, para los que exhiben la nueva moral, y los otros, va de suyo, reciben lo que les corresponde: sacrificios perpetuos. Esa es la nueva justicia distributiva, y los votantes de Carlos Saúl Menem expresaron a voz en cuello su alegría por que así sea.

Una pregunta repiquea aun: ¿El programa alfonsinista, antes de la victoria electoral de 1983, contenía una moral virtuista? Desde el momento en que se proponía declarar nula la autoamnistía cursada por la dictadura terrorista, sí; al menos enunciativamente. El cuarto peronismo, en cambio, desde el realismo político –a través de la candidatura de Luder– reconocía legalidad a la autoamnistía, y por tanto anular la “ley” no cambiaba las cosas; una antigua norma jurídica sostiene que si dos leyes rigen para un mismo delito se aplica la más benigna para el reo. Ergo, los militares estaban libres de culpa y cargo.

Volvamos al comienzo. Anular las leyes de autoamnistía posibilitaba reconstruir la igualdad jurídica para todos los integrantes de la sociedad argentina. La potestad soberana quedaba intacta en manos del nuevo gobierno. ¿El alfonsinismo intentó restaurar la igualdad ante la ley, base de toda moral virtuista?

La igualdad ante la ley supone que para el mismo delito corresponde la misma pena, más allá de quien lo haya cometido. Desde el momento en que se aceptan como legales y legítimas las órdenes impartidas por Isabel Perón e Italo Luder, como demostramos más arriba, violan manifiestamente todos los principios de la legislación vigente; por tanto, queda claro que estamos ante un discurso encubridor.

Encubre que los integrantes del gobierno isabelino son corresponsables por la política de masacre sistemática. Encubre el respaldo del sistema político anterior al 24 de marzo de 1976, al orden posterior. Y para que la operación de encubrimiento funcione pedagógicamente entregan a 9 oficiales superiores de las FF.AA. –los integrantes de tres juntas militares completas– a la vindicta pública. El poder del gobierno alcanza su máximo esplendor, pero cuidado, no se trata de la defensa de los derechos humanos sino de cerrar definitivamente cualquier camino para la autonomía militar, al tiempo que garantizaba –como ya explicamos– la impunidad de los integrantes de las FF.AA. que cumplieron órdenes expresas del gobierno constitucional y, a través de su mediación, del bloque de clases dominante.

Por eso, las órdenes impartidas son de una legalidad sin tacha, y las condiciones operativas de los grupos de tareas son responsabilidad directa y exclusiva de los tres comandantes, que tuvieron a su cargo interpretarlas. Ergo, los oficiales superiores interpretaron mal, esa sería su responsabilidad, los que cumplieron de buena fe no son responsables de nada, y los que se excedieron en su cumplimiento son responsabilizados por su punible comportamiento personal, por desobedecer órdenes superiores.

Solo la abstractísima perspectiva de un abogado liberal, que no contempla la concatenación de los acontecimientos y sus prácticas operativas, que banaliza toda lectura histórica, puede razonar así. Basta enunciar la siguiente noción práctica, botín de guerra, para tener que admitir lo obvio: el enriquecimiento personal ilícito –ni el dinero capturado a la guerrilla, ni los bienes de las organizaciones, ni los bienes personales de sus integrantes y en no pocos casos de sus familiares directos–, fue jamás cuestionado, ni sus frutos rendidos ni exigidos por nadie nunca. El botín era el premio por la tarea realizada. La legalidad de las órdenes se completaba con la legalidad del saqueo. Para los oficiales operativos, saqueo personal; para las clases dominantes, saqueo sistémico. Ahora se entiende de

qué hablamos cuando hablamos de botín de guerra.

El alfonsinismo acepta, permite, congela ese desplazamiento valorativo que dinamita toda moral virtuista. El razonamiento implícito era el siguiente: para salvar a la sociedad del terrorismo marxista, el respaldo a los “combatientes”, a los grupos de tareas, debía ser absoluto. Para que lo fuera todo debía supeditarse a la victoria militar. Y la moral de los combatientes, depende, quién lo ignora, de una caja bien provista. Entonces, para asegurarla, todos los bienes de la guerrilla o de los acusados de guerrilleros, automáticamente pasaban a manos de los integrantes de los grupos de tareas. A tal punto que ni siquiera hoy las propiedades del ex almirante Massera en los Estados Unidos, fruto directo del saqueo de los bienes de las víctimas, ha sido tocado.

De modo que el alfonsinismo expresó una moral virtual, no virtuista, convencional, enunciativa que a la hora de la verdad fue burlada en nombre del cinismo más ramplón. El deber ser del comportamiento personal era modulado como un objetivo de máxima, al que se renunciaba sin demasiada alharaca frente a la naturaleza de clase de la política nacional.

Tomemos un ejemplo decisivo. La UCR, durante la campaña electoral, discriminó entre deuda externa legítima e ilegítima explicando que la primera debía pagarse y la segunda desconocerse; bastaba cruzar la información del Banco Central sobre los giros al exterior de empresas y particulares, con sus respectivas declaraciones impositivas, para conocer tanto la deuda legítima como la otra, impidiendo desde el poder que tal fraude se llevara a cabo. Al no hacerlo, el gobierno de Alfonsín aseguraba el dogal diseñado por Martínez de Hoz (botín de guerra), debilitando al Estado nacional frente al creciente poder de los grupos económicos.

Para que se entienda: si parte de la deuda era ilegítima no solo no se debía pagar, sino que podía cobrarse a sus tenedores fraudulentos. Entonces, se reducía la deuda y se incrementaban los ingresos públicos. De modo que el gobierno nacional podía organizar una política económica que no se redujera a pagar los

infernales servicios de la deuda externa. Ergo, la noción botín de guerra era pulverizada. Claro que no era ese el programa de la UCR, porque no era el programa del bloque de clases dominantes, y por tanto no se ejecutó.

VIII

La compacta mayoría que respaldó el 24 de marzo de 1976 articulaba un frente único antiguerrillero y antiperonista. Sobra explicar porque era antiguerrillero, en cambio se impone inteligir su carácter gorila. En la tradición política nacional la idea de igualdad social está vinculada al peronismo. Una sociedad socialista –desde ese abordaje– no es más que una sociedad radicalmente igualitaria. En la experiencia colectiva esa posibilidad estuvo asociada al proyecto impulsado desde el tercer peronismo.

La candidatura del propio Perón recolectó, en septiembre de 1973, 900.000 votos diferenciales (Perón, Perón: la patria socialista), votos que registraban el peso electoral de la tendencia revolucionaria. Es cierto que muchos de sus militantes no votaron con la boleta de Jorge Abelardo Ramos⁵⁰⁹, pero su base social se expresó por ese canal, al no disponer de ningún otro. Sin olvidar que el propio general había legitimado, en un célebre documental⁵¹⁰ y no solo allí, una versión propia del socialismo. Esa yuxtaposición recorre de punta a punta el tercer peronismo.

La muerte de Perón liquida definitivamente el proyecto. El gobierno de Isabel, al reorganizar el programa económico, enfrenta el primer paro general que la CGT hará contra un gobierno peronista. Los trabajadores en la calle le impusieron, a esa dirección sindical, ese enfrentamiento; las 62 Organizaciones y Lorenzo Miguel no tuvieron opción, salvo que aceptaran perder definitivamente toda influencia entre los trabajadores. La salida de López Rega, sin la renuncia de Rodrigo, mostró los límites del movimiento. Entonces, el bloque de clases dominantes sostuvo a

⁵⁰⁹ Perón gana las elecciones con el respaldo de dos boletas, una propia, y la otra del Frente de Izquierda Popular (FIP) que encabezaba Ramos.

⁵¹⁰ Actualización política y Doctrinaria para la toma del poder, Pino Solanas y Octavio Getino, 1971.

Isabel como la soga al ahorcado, mientras la capacidad de lucha y movilización existió, para que no amenazara la existencia del gobierno desde su propio empuje. El movimiento popular fue capaz de frenar el rodrigazo, pero no de imponerle una solución alternativa a la crisis. No bien quedó en claro que su fuerza expansiva no excedía las filas de los trabajadores industriales –Villa Constitución permitió evaluar ese límite– la trastocada unidad burguesa comenzó a hacerse sentir. La condena a la “guerrilla fabril” –fórmula utilizada por Ricardo Balbín para caracterizar la resistencia metalúrgica en la Villa– y los ataques públicos contra los sectores dinámicos del movimiento obrero, anticiparon que el *lockout* organizado por la APEGE en febrero de 1976 –nombre de fantasía que facilitó la reorganización del bloque patronal que ahora capitaneaba ACIEL, sumaba a la UIA y llevaba a la rastra a la CGE, que había abandonado definitivamente a Gelbard– excluyera las fábricas, con el objeto de facilitar la abstención política de los trabajadores. Entonces, derrotar a los trabajadores y derrotar definitivamente las fuerzas sociales decisivas del tercer peronismo pasaron a ser fórmulas intercambiables.

José Alfredo Martínez de Hoz capitaneaba ahora el bloque burgués, desde la APEGE, y en su nueva condición de referencia política indiscutida organizó esa derrota popular. La APEGE golpeó simultáneamente a los dos contendientes: a Isabel, con el *lockout*, y a la movilización obrera, al desgastarla llevándola a una vía políticamente muerta. El gobierno ya no representaba a nadie. Las FF.AA. tenían el camino expedito. Ahora sí la derrota del cuarto peronismo, que había hecho lo propio con el tercero, sumaba la derrota guerrillera; entonces, no antes, el sistema político inaugurado el 17 de octubre de 1945 había colapsado.

Un pesado silencio histórico sobrecogió a la sociedad argentina. Durante tres largas décadas se pospuso todo debate político. La clase obrera dejó de intervenir como clase –ese es el rango de esa derrota histórica requerido para que una clase dominante no precise ser una clase dirigente– en la lucha política,

el Rodrigazo había sido el último intento de reconducir la crisis y de allí en más los trabajadores solo actuaron como ciudadanos. El sueño liberal de paz social parecía definitivamente alcanzado.

Es preciso volver a retroceder. La compacta mayoría procesista compartía en 1976 un proyecto político que no aceptó de buen talante el programa económico de Martínez de Hoz. Las continuas críticas que el matutino *Clarín* –entonces partido inorgánico del desarrollismo variopinto– realizara a la estrategia de Martínez de Hoz, sostenido en la venta masiva del diario, dan cuenta de la fuerza numérica de ese punto de vista. En cambio, *The Buenos Aires Herald* expresaba, en espejo, el otro punto de vista: Martínez de Hoz sí, masacre no. Sin embargo, se trataba de diferencias inocuas, ya que no operaban políticamente, y no lo hacían porque el gobierno militar no daba lugar –como demostramos antes– ni para esa ni para ninguna otra forma de oposición legal. Era, constitutivamente, una mayoría contrariada: ni podía diferir, ni podía discutir, solo silencio y ese siniestro, ominoso silencio se leía como aprobación.

En las cartas de lectores al diario *La Prensa* esta situación se registra con todo detalle. Los que respaldaron a voz en cuello el 24 de marzo para evitar el terror guerrillero, tuvieron que tolerar los efectos del terror generalizado que impusieron los grupos de tareas al servicio del ministro de Economía. Obtuvieron parte de lo que quisieron evitar, y no obtuvieron nada de lo que se propusieron construir. Esa fue la primera versión de la mayoría procesista en marcha hacia la amorfidad.

El desgaste y la degradación social que el programa de Martínez de Hoz impuso al gobierno y a la sociedad argentina, licuó rápidamente el capital político de la dictadura burguesa. Sin embargo, la política de paridad cambiaria retrazada –dólar barato– y tasas de interés fuertemente positivas, permitió a parte de las capas medias viajar a Miami o Europa, o gastar dólares a mano rota en los países limítrofes.

Esa voracidad consumista –hábilmente fogueada desde Ministerio de Economía– instaló la primera versión del primer

mundo al alcance de muchos. Profesionales que cobraban en dólares, psicoanalistas que superaban las tarifas de colegas europeos sumamente prestigiosos, empresarios transformados en importadores, podían tomar vacaciones todos los años donde les viniera en gana. Esa voluntad de vivir “sin problemas”, como si Buenos Aires fuera un suburbio de Nueva York, se incrustó en ese menú, y no satisfacerlo constituye todavía hoy un agravio que los “gobiernos populistas” les infligen gratuitamente. Se podía ser casi rico en la Argentina, y vivir como tal en otros puntos del planeta, si los militantes se dejaban de fastidiar con programas políticos impracticables. Todos no podían, pero todos nunca pueden, y esa utopía había costado un precio exorbitante para terminar derrotada. Era tiempo de darle un corte definitivo al idealismo inconducente. El Che Guevara está bueno para el póster, pero para la vida cotidiana se admite un menú menos glamoroso. Este ingrediente, esta coloratura temperamental, se puede reconocer en diversas expresiones políticas de la clase media, y no solo allí. Y por efecto del derrame de los valores (ese sí que funciona), constituye una perspectiva acriticamente compartida por toda la mayoría amorfa, más allá de su origen social.

La guerra de Malvinas terminó de cristalizar fobias y filias. Harta del gobierno militar, esa mayoría creyó que era gratuitamente convocada a una victoria sin lucha. Un antiimperialismo territorial, otorgaría un triunfo resonante, latinoamericano, y devolvería al gobierno presentabilidad internacional; tanto, que hasta Fidel Castro podía abrazar al canciller Nicanor Costa Méndez, porque aparentaba enmendar el recorrido bestialmente cipayo de las juntas anteriores. No bien quedó en claro que Malvinas contenía una irresponsabilidad descomunal, una cuenta estúpida, la simpatía inicial se trocó en odio cerril. Odio, por la larga cadena de desaciertos que la propia mayoría amorfa había respaldado, y de la que no se hacía ni se hace cargo. Odio, por un destino donde ni eran ricos –ya no podían seguir viviendo como tales– ni eran

importantes. Y así como el bloque de clases dominantes se distanció de la dictadura durante Malvinas, y sobre todo después de Malvinas, la mayoría amorfa recondujo su odio antimilitar con idéntica lógica. El peronismo y los militares –después de todo Perón era general– eran los responsables de la decadencia nacional. Bastaba que los militares no volvieran a gobernar y que los argentinos maduraran políticamente (el famoso independentismo de los votantes) para que todo estuviera resuelto. Entonces, con derrotar el pacto militar-sindical (el acuerdo entre la corrupta burocracia y los grupos de tareas) la democracia estaba asegurada. El alfonsinismo sintetizó de un modo admirable el estreno político de esa nueva mayoría con versión fechada.

Desde diciembre de 1983 la mayoría amorfa yugula la política argentina. Esto es, una mayoría que no tiene voluntad en positivo, ni un programa de país que proponer, que carece de capacidad para imaginar un proyecto a futuro y construye reactivamente su propuesta: impedir que ocurra un determinado suceso. Primero vota para que no vuelvan los militares; después, para que no haya hiperinflación o para que no se repita; luego, para que no continúe la corrupción menemista; y finalmente, para que no vuelva Menem. Y sin embargo todo parece repetirse hasta el hartazgo. Los militares no vuelven, pero su terrorífica política económica se preserva; los militares no vuelven, pero la desigualdad ante la ley, la quiebra del vínculo entre los delitos y las penas, se preserva. Los militares obedecen al poder civil pero su impunidad está garantizada, tanto como la estabilidad cambiaria, por el gobierno de Menem. Por eso Menem fue reelecto para eternizar ambas. Y De la Rúa no solo no pone fin a la corrupción menemista sino que hace estallar todo el sistema. El estallido no supone el fin del modelo de la mayoría amorfa, esa es la otra novedad, para ponerle fin es preciso diseñar colectivamente uno nuevo, cosa que todavía no sucedió y está por verse si finalmente sucederá. Votar al matrimonio K sirvió para salir del infierno aceitando el modelo de monocultivo sojero sin convertibilidad.

Mientras tanto, el peso de los fantasmas muertos abrumba las fantasías de los vivos.

Para poner fin al gobierno militar del Proceso, para poner fin a todo gobierno militar, era preciso poner fin al golpe de Estado. Gobierno civil democrático y evitar el golpe de Estado se volvieron una sola e idéntica cuestión. Toda política que evitara el golpe –real o imaginario– defendía la transición democrática, y todo enfrentamiento con las gigantescas incrustaciones procesistas de la sociedad pasó a equivaler a una irresponsable conducta ultra. A tal punto, que el discurso de los organismos de Derechos Humanos alcanzó –en 1983 y bastante más allá– el tinte de una propuesta cuasi revolucionaria.

La mayoría amorfa no se propuso construir una sociedad democrática revisando el pasado autocríticamente, sino una suerte de instantánea cuenta nueva, como si el mero acto eleccionario fuera capaz de dejar atrás el pasado ominoso. Por tanto, la democracia parlamentaria fue instrumentada por la mayoría amorfa para justificar ese pasado –leyes de Obediencia Debida y Punto Final– imponiéndole a la sociedad argentina la “coexistencia pacífica” con el procesismo militar por el sencillo trámite de asegurarle la impunidad: la democracia de la derrota abría una nueva posibilidad: la derrota de la democracia como instrumento político.

La defensa de la democracia parlamentaria ya no suponía la defensa de sus valores políticos –igualdad de los ciudadanos civiles y militares ante la ley, derecho igualitario a garantías sociales mínimas–, sino tan solo la estabilidad institucional: la sobrevivencia de gobiernos parlamentarios. Esto es, la continuidad de la política de terror por medios parlamentarios. La ESMA virtual –que se organiza desde la lectura del Nunca Más, y demás relatos minuciosos del cómo fue– mostraba que la lección había sido metabolizada. Y las leyes de Obediencia Debida y Punto Final no hacían más que materializar la aterrada voluntad de sometimiento sin lucha.

Eso sí, la democracia curaba, alimentaba, educaba, era

una suerte de panacea universal; el carácter metafísico de la democracia alcanzaba, en el recitado del Preámbulo de la Constitución, puntos de éxtasis colectivo. Era el programa musical de la mayoría amorfa.

La terca insistencia los problemas económicos (que por ese entonces no alcanzaban rango político, al no repercutir en el resultado electoral) tampoco alteraba todavía la lógica amorfa. Cuando la hiperinflación la golpeó de lleno todo cambió. En esas condiciones la mayoría amorfa reconsideró el peronismo, y Carlos Saúl Menem –el gobernador más próximo al gobierno radical– consiguió auparla como mayoría de su partido y ganar la interna del PJ, primero, y la nacional, después. Otra vez se reconstruyó la novela de la estabilidad procesista en dólares. Entonces, para evitar la hiperinflación, la estabilidad menemista; y para asegurarla: la convertibilidad de Domingo Cavallo. En ese diseño esas eran las piezas maestras. Tan valioso resultó que debían prolongarse hasta el infinito y más allá. Y así se intentó.

El ideólogo televisivo de la mayoría amorfa, Mariano Grondona, explicaba con picos de audiencia que la estabilidad económica y política eran datos de la realidad, por tanto los argentinos ahora marchaban en pos de otra calidad institucional. La emergencia de un Menem blanco, que no solo conservaría la convertibilidad y la estabilidad democrática mediante la alternancia política –Chacho Álvarez se autocriticó por no haber votado en el Congreso la ley de Convertibilidad– garantizaba un futuro venturoso. La estabilidad sin corrupción estaba al alcance de todos votando a la Alianza con el beneplácito de Menem. En ese punto la mayoría amorfa volvió a conquistar los fastos del progresismo, y desde allí prosiguió el camino autista hasta el estallido de 2001; una clase política incapaz de reaccionar ante los datos de la realidad, mientras las reservas del Banco Central se esfumaban delante de los ojos de todos, expresaba una sociedad atónita que solo reaccionó cuando no le quedaban demasiadas posibilidades de corregir el 19, 20 y 21 de diciembre de 2001.

La nueva mayoría se conformaba con los desertores del

programa del tercer peronismo en sus dos variantes –Montonera o gelbardista– plegados, en última instancia, al gorilismo más primitivo y tradicional, giro que completó el gobierno de Isabel Martínez de Perón, gobierno destinado al fracaso. Y debemos admitirlo, nadie lo ignoraba.

No se trataba de una repetición ampliada de septiembre de 1955, sino del agotamiento de todo un ciclo histórico. El silencio obrero convalidó el alarido gorila. Así se entiende que un gobierno que recibiera en octubre de 1973 el respaldo de más del 60% del electorado, cayera sin que nadie moviera un dedo en su defensa. Ninguna de las esperanzas del tercer peronismo seguía en pie.

De modo que antes que el golpe redibujara el vértice del partido del gobierno, la mayoría procesista estaba constituida, militantemente constituida. De la lectura de los diarios anteriores al 24 de marzo de 1976 surge esta evidencia terrible.

Una pregunta se impone: ¿Estamos ante una clásica mayoría reaccionaria? Digamos que se trata de una mayoría transmutada, que abandonó su programa por la resistencia concitada. Es que lo había adoptado desde una sencilla convicción: ganar las elecciones, imponer el proyecto del proscrito general, exhibiendo su derecho a gobernar, cuando derecho y poder no son exactamente la misma cosa. Para el tercer peronismo gobernar no podía ser otra cosa que ejecutar ese programa acordado. Un pacto tan incluyente, tan mayoritario, no podría resistirse.

Una vez más la capacidad peronista para articular una mayoría electoral no coincide con su aptitud para conducirla a la victoria. No se trataba tan solo de vencer al viejo y caduco partido de la Libertadora, con sus oficiales liberales y anticomunistas, sino de organizar un nuevo bloque histórico capaz de asumir una situación inédita: construir un poder que someta la matriz agraria original, a los intereses del programa nacional democrático de la sociedad argentina. No lo logró. Puso en marcha la compacta contrarrevolución de 1976, la

derrota obrera y popular, un ciclo histórico de cuyo abrumado dolor todavía no supimos salir.

IX

No nos presentamos ante el mundo oponiéndole doctrinariamente un principio nuevo y diciéndole: “Esta es la verdad arrodíllate”. Deducimos de los principios mismos del mundo otros nuevos. *No le decimos apártate de tus luchas, que no tienen sentido, nosotros te daremos la verdadera consigna de lucha*”. Solo le mostramos por qué lucha, ya que la conciencia de esa lucha es algo de lo que se tiene que apropiarse, quíeralo o no.

Carlos Marx

La pregunta por la revolución contiene, en los días que corren, una nota falsa. No solo porque no integra un horizonte histórico preciso, sino porque la praxis política remite a una actividad sospechada. En una dirección la política es una actividad percibida como una suerte de lujo inútil, entonces, para reducir su costo operativo se trata de eliminar personal, de reducir salarios, como si se tratara de una actividad recesiva. Desde este abordaje contable la eficacia equivale a racionalizar su funcionamiento; de modo que primero es útil reducir el número de representantes en los municipios, luego se continúa por las provincias, más tarde se fusionan provincias y por último se comprende que la nación es un anacronismo presupuestariamente inviable.

El aire de familia entre esta perspectiva y los defensores del ajuste permanente del gasto público no requiere, en la sociedad argentina, demostración. Basta saber que su lógica supone una suerte de tendencioso anarquismo liberal mundial –que en América del Sur se resuelve ingresando al ALCA– cuya filosofía puede bucearse cinematográficamente en Robocop.

En la otra dirección, una verdadera praxis política necesita una sistematización de la experiencia histórica, a partir de la derrota del socialismo y la balcanización de la URSS, bajo la forma de una teoría social que de cuenta de semejante catástrofe. El fin de los grandes relatos no puede ser otra cosa que la crisis

de los relatos existentes, por demás evidente, y la necesidad de construir otro relato que contenga una lectura crítica de esta misma crisis. Esta comprensión no tiene precisamente por objeto aceptar el mundo tal como es, sino que se propone rehacerlo en una dirección analíticamente posible y éticamente deseable. Ergo, la noción de praxis supone, contiene y exige la de transformación social, y la transformación del conflicto social suele asumir formas y programas revolucionarios, en oposición a intereses contrarrevolucionarios de enorme potencia político militar.

De las herramientas que la batalla histórica constituyó, a partir de 1789, una cobra singular importancia: la voluntad política de la mayoría. ¿Qué es el tercer Estado? Se pregunta Sieyes⁵¹¹ en el París previo a la Revolución Francesa. ¿Qué es la mayoría, traducimos ahora? “Nada”, se responde el panfletista revolucionario francés. ¿Y qué debe ser? Insiste con una contundencia que no deja de implicarnos. “Todo”, dice, todo.

¿Qué es la mayoría actual? Preguntamos nosotros: Nada, nada más que una mayoría amorfa, constatamos. El corazón de cualquier programa (radical o reformista) impone poner fin a su amorfidad, transformarla. La mayoría amorfa bloquea la política como actividad crítica del orden existente, para volverla una suerte de administración eficiente de un orden de prioridades ahistórico, de un programa de partido del Estado inalterable, definitivo, del fin de la historia.

¿Cuál es hoy el corazón del problema de la revolución social? Recuperar la capacidad de organizar un nuevo orden político, de construir un programa subcontinental que recupere para el enfrentamiento político la noción de estrategia en las condiciones de globalización. Todo lo demás supone un doctrinarismo estéril.

La sociedad política argentina estuvo compuesta por compactas mayorías, que de ningún modo eran amorfas. El radicalismo construyó la suya en los estertores del siglo XIX, y su programa podía reducirse a una fórmula: que se cumpla la

511 Enmanuel J. Sieyes, *El tercer Estado y otros escritos de 1789*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

Constitución de 1853. Esto es, que los derechos que conformaban ese pacto de ciudadanía se expandieran desde la transparencia del texto hasta la opaca y resistida materialidad de las relaciones sociales. En suma: que la mayoría alcance el gobierno porque su voluntad es la única legal y legítima. En un país donde la relación entre mayoría y gobierno remitía a la derrotada tradición democrática del federalismo, y no a la Constitución de 1853, la propuesta radical alentaba una revolución política.

Impulsado por la crisis de 1890, por la lucha armada que ayudó a cristalizar y sistemáticamente condujo a la derrota, Hipólito Yrigoyen abrió el cauce para otra crisis política: las elecciones libres. Por primera vez el sentido popular de votar cambiaba de signo, de la melancólica formulación del Martín Fierro (“el gaucho solo sirve para votar”) se pasó al horizonte de un país de ciudadanos, sin ciudadanía obrera.

La oligarquía terrateniente había organizado –desde 1880– el poder político como continuidad de los intereses capitalistas de su matriz agraria; para organizarla aplastó a sangre y fuego el interior precapitalista, vinculó el mercado interno –que construyó sobre el terreno de la derrota militar de los caudillos montoneros del interior– con el mercado mundial, considerando que el único interés legítimo, y por tanto la única política, era la propia; y las demás, todas las demás, resultaban o un anacronismo intolerable (la vuelta del autonomismo federal, a una nación imposible de constituir) o una revuelta soviética encabezada por obreros extranjeros.

Así cristalizó la matriz del capitalismo pampeano, y el radicalismo no lesionó ninguno de esos intereses, ni modificó ninguna de esas perspectivas; se limitó a democratizar muy moderadamente el consumo de la renta agraria en tiempos de bonanza, mientras dejaba definitivamente en claro las fronteras de su naturaleza social en cualquier conflicto con la clase obrera. Los obreros solo tenían lugar –en su concepción krausista de la política–, en tanto ciudadanos; los intereses de sus organizaciones de clase podían, querían, debían entenderse

—desde esa perspectiva— como intereses corporativos, y por tanto antidemocráticos. Es decir, el radicalismo no reconocía la tradición federal que se arrastraba en el cauce de sus luchas, y este desconocimiento estaba al servicio de excluir a los obreros extranjeros —los nuevos bárbaros— de una tradición democrática mucho más porosa, mucho más incluyente.

El liberalismo radical asumía así una formulación muy próxima a la Ley de Le Chapelier. Este integrante del Club de Amigos de la Constitución (jacobino del 91) planteó que tanto las asociaciones obreras como la huelga estaban prohibidas por atentatorias contra la libertad individual, dado su carácter corporativo. Ese es el sustrato de la conceptualización radical sobre el movimiento obrero. Entonces, una sociedad donde la actividad industrial del siglo XX incluyera los derechos políticos de la clase obrera entraba necesariamente en colisión con los presupuestos fundantes de la primera mayoría nacional, sin olvidar que los obreros eran abrumadoramente extranjeros, por tanto no votaban. Y las corrientes socialistas, como hemos demostrado, más que intervenir en la lucha desde una perspectiva propia, sintetizando los intereses proletarios como camino nacional alternativo, limitaron su actividad a la organización defensiva de los trabajadores, a construir las condiciones de venta de la fuerza social de trabajo mediante sindicatos nacionales.

La crisis mundial de 1930 descompuso la estructura política existente; la escasa aptitud del radicalismo para reorientar una sociedad rígida y conservadora determinó un nuevo instrumento sistémico: *el golpe de Estado como política orgánica del bloque de clases dominantes para todo ese período histórico*. Es decir, desconectó la voluntad de la mayoría política de las decisiones de la minoría económica mediante la intervención de las FF.AA. Así como el sistema de bolilla negra aseguraba y asegura que los indeseables —desde esa perspectiva de clase— no ingresen a la *sancta sanctorum* del Círculo de Armas, el golpe de Estado corrigió los “vicios” de la democracia plebeya.

La Segunda Guerra Mundial –en tanto resolución histórica de la crisis de treinta mediante la derrota de la revolución socialista europea– sometió al bloque de clases dominantes de la sociedad argentina a la obligatoria reformulación del programa estratégico. De su tradicional y llevadero acuerdo con el imperialismo inglés tuvo que pasar a su complejo y tenso contrato con el norteamericano. Ya no se trataba de un sistema de economías “complementarias”. Esto es, el territorio de sus exportaciones dejaba de coincidir con el de sus importaciones. Por eso, la vieja fórmula de comprar a quien nos compra perdía toda eficacia práctica. El sistema político, consecuentemente, debía ser rehecho de arriba hacia abajo. Si se quiere, el peronismo es precisamente eso: un nuevo orden donde la clase obrera tiene derechos políticos a condición de que no excedan el debate sobre su participación en el ingreso nacional.

El *welfare state* nacía en la sociedad argentina, la modernidad cotidiana ingresó de la mano del 17 de Octubre de 1945. La segunda compacta mayoría nacional, que incluía a la clase obrera en la república parlamentaria, no incluía la reformulación de su programa salvo bajo la forma de crisis sistémica.

El primer peronismo, el que se desenvuelve entre 1945 y 1955, articuló un programa social democrático separado del nacional democrático y desde esa perspectiva debe entenderse la célebre fórmula de la marchita: combatiendo al capital, debe leerse: reorganizar el reparto de la torta. La satisfacción de las aspiraciones mayoritarias no solo reforzó la demanda del mercado interno, democratizó los restringidos niveles de consumo modificando el reparto de la renta urbana –a través del masivo acceso de los trabajadores a la propiedad de sus viviendas– valorizando un fragmento de la agraria al transformarla en suburbana bajo la forma de barrio obrero, al tiempo que ensanchó los derechos sociales –vacaciones, salud, educación– hasta un punto desconocido en toda América Latina. El ascenso social –incluso de los trabajadores– constituyó el nuevo horizonte colectivo. Pero la matriz dependiente del

capitalismo agrario nacional permaneció intocada. Debatir sobre el destino de la patria, sobre las tareas nacional-democráticas, equivalía a reorientar la estrategia de gobierno y esa, se sabe, era una tarea que el general Perón no dejaba en manos proletarias; asimismo debemos reconocer que ni las direcciones sindicales de ese período, ni los trabajadores mismos, ni nadie socialmente significativo, impulsó semejante debate.

Tanto la declamada lucha antiimperialista –nacionalización de los servicios públicos, vinculada al retroceso definitivo del imperialismo británico– como la resolución reformista de los problemas nacionales –el papel del IAPI y del Banco Central– estaban determinados por al *boom* de las fuerzas productivas del mercado mundial, así como por su impronta keynesiana, y por la naturaleza de la hegemonía norteamericana del nuevo ciclo histórico en competencia bipolar con la Unión Soviética. Esas transformaciones políticas facilitaban la aceptación de un orden que permitía redistribuir el ingreso y por tanto el prestigio, sin modificar sustantivamente la estructura social imperante.

Todo marchaba hasta que la extraordinaria labilidad de la dependencia nacional presentó el viejo y peludo conflicto entre consumo popular e inversión pública. El cuello de botella de la matriz agraria del capitalismo local volvía a presentar la pregunta dilemática: ¿cuál era el motor del aumento de la productividad social del trabajo? La especialización industrial, camino insoslayable, pasaba por aumentar la inversión privada y pública. ¿Pero cómo? O los ingresos de la renta agraria se confiscaban y por esa vía arrimaban a la inversión el quantum requerido para el desarrollo de la denominada industria pesada, o la inversión externa cubría ese déficit. Dicho desde la otra ventanilla: o la caída del consumo popular –aumento del precio interno de los bienes de la canasta familiar– aportaba los excedentes agrarios exportables, y por esa vía –control de cambios y nacionalización del comercio exterior– crecía la inversión reproductiva, al tiempo que recortaba la demanda solvente del mercado interno, o se buscaban fuentes de renta subutilizada.

La solución del general Perón remitía –aunque no solamente– al incremento de la renta petrolera. El contrato con la Standard Oil of California –una de las siete hermanas– le aportaría las divisas de libre disponibilidad. Es decir, la caída de los precios agrarios internacionales, tras la guerra de Corea, sería sustituida por el autoabastecimiento de petróleo. La oposición radical puso el grito en el cielo: “vendepatrias”, gritaron. Encabezada por Arturo Frondizi, la UCR transformó la política petrolera del peronismo en un *casus belli*, la tropa del gobierno se dividió, y la Revolución Libertadora clausuró el debate, y Frondizi retomó a su manera la solución del general bajo gobierno propio.

El primer peronismo no pudo o no quiso resolver el problema de la modernización nacional, y el 16 de septiembre de 1955, la segunda mayoría nacional, era derrotada mediante el conocido expediente del golpe de Estado. No era la crisis del mercado mundial la que ayudó a derrocar el primer peronismo, sino la lucha de clases. La era de la proscripción popular –que el radicalismo había conocido durante 16 años– retornaba. Otra vez, luchar por los derechos democráticos de la mayoría conformaba el corazón de un programa de transformaciones nacionales y sociales.

Dos debates recorrieron transversalmente la sociedad argentina posterior a 1955: ¿Cómo construir una nación moderna? ¿Qué hacer con el peronismo? La tragedia, si se quiere, pasó por la incapacidad de articular ambos problemas en un bloque unitario.

La Libertadora no solo impuso la violencia de un gobierno minoritario, sino que no pudo resolver mediante métodos terroristas la tarea pendiente. Un empate terrible, con olor a descomposición histórica⁵¹², recorría la política nacional: el bloque de clases dominantes no era capaz de resolver democráticamente sus diferendos internos y la sociedad, cuando lograba un acuerdo, lo hundía por la proscripción del segundo peronismo. Era el reino de una minoría estructuralmente condenada al fracaso. El acuerdo de Frigerio con Cooke grafica

512 Carlos Marx, *El Manifiesto Comunista*,

la cuestión: si se hubiera tratado de un gobierno de coalición – según las tradicionales fórmulas del parlamento blanco europeo–, la corresponsabilidad pública no solo hubiera impedido el doble discurso de ambas partes, sino que hubiera soldado el bloque ante la resistencia del gorilismo más tradicional.

La impotencia histórica del bloque de clases dominantes nunca permitió salvar ese obstáculo, nunca pudieron articular modernidad industrial y peronismo. Y esa impotencia los arrojaba, en manos del caudillo militar predestinado, a la resolución del nudo gordiano con el expeditivo método de Alejandro Magno. De esta imbécil farmacopea política surgió el general Juan Carlos Onganía con los organigramas de la Revolución Argentina, y contra ella se levantó lo mejor de la juventud en las barricadas del Cordobazo, en mayo de 1969.

Una nueva mayoría, la tercera, iluminaría la escena nacional como réplica de la proscripción gorila. Así como la Libertadora y sus continuadores civiles y militares habían edificado su sistema político impidiendo que el peronismo participara decisivamente en el proceso electoral, la nueva mayoría en construcción rechazaría con todas sus fuerzas la Revolución Argentina, en tanto síntesis condensada de la Revolución Libertadora.

El éxito de su rechazo no tuvo precedentes: la soledad política del gobierno del general Lanusse no tuvo parangón. Tan es así que Ricardo Balbín, dirigente histórico de la partición radical, y acérrimo enemigo del acuerdo con Perón, no solo aceptó integrar la Hora del Pueblo –lo que no constituía una novedad menor–, sino que rehizo el quebrado puente con el general visitándolo en su casa de Gaspar Campos, tras su retorno a la Argentina.

En tanto jefes de las dos mayorías históricas anteriores se pusieron en contacto, sin poder hilvanar una política común, porque la nueva dinámica abierta por el cordobazo dictaba otro ritmo y otros instrumentos para la lucha nacional.

Perón no pudo ser candidato –por la proscripción militar, y porque la nueva mayoría estaba todavía en gestación– y el 11 de marzo de 1973, Héctor Cámpora encabezó la victoriosa

boleta del Frejuli, mientras la UCR obtenía la distante primera minoría. El programa económico de la coalición peronista contaba con respaldo radical, lo que le daba una formidable mayoría parlamentaria.

Pero el ala izquierda de la coalición, su verdadera base dinámica, exigía una renovación a fondo de la vida política nacional. Esto es, cuestionaba las bases mismas de la política, lo que imponía una revalidación de todas las representaciones existentes. Para las direcciones sindicales ese camino suponía su desaparición lisa y llana o el quebrantamiento del monopolio político del segundo peronismo en el mundo del trabajo.

En el ínterin, las conducciones del tercer peronismo, respaldadas en el prestigio de una consecuyente y exitosa lucha contra el gorilismo militar, iluminaban un nuevo cauce. El 20 de junio, en Ezeiza, el remolino de corrientes de la política argentina se redefine brutalmente. La flamante mayoría del tercer peronismo, con dos millones de ciudadanos movilizados por el retorno definitivo de Perón a la patria, da a la democracia de los militantes una potencia inusitada. No se trata de una reunión sindical relativamente digitable, ni de una colorida y multitudinaria movilización estudiantil, sino de una asamblea soberana capaz de imponer un nuevo rumbo histórico: una multitud con capacidad constituyente, una nueva mayoría nacional.

El mosaico de tendencias que pechaba frente al palco mostraba que la derecha —a su grosera y siniestra manera— entendía lo que la izquierda todavía no entiende hoy: más vale un movimiento que impugne a fondo en el mundo real que cien programas. Por tanto abortar el movimiento, abortar la nueva dirección y abortar el programa diferencial, formaban parte del mismo problema. Si se observa detenidamente el comportamiento de la dirección del segundo peronismo, se comprueba que anticipó un “micro proceso” a escala, quebrando la voluntad movilizada mediante una guerra relámpago —con herramientas del terror sistemático— que la izquierda no supo

prever, y por tanto no pudo contrarrestar.

A resultas de este giro copernicano, Cámpora se vio obligado a renunciar. Perón fue candidato, y más del 60% del electorado lo respaldó en las urnas. La multitud movilizada se transformó en inmóvil mayoría electoral, de protagonista de la escena central de la lucha de clases y tendencias pasó a lujosa escenografía de actos pintorescos. De la comparación de las cifras de las elecciones que ganó Cámpora con las que obtuvo Perón se verifica un considerable aumento del caudal –más del 10%–, a favor del segundo; sin embargo, a veces las estadísticas no registran la magnitud de la diferencia. Sobre todo, *del sentido de la diferencia*. En el primer fotograma se registra la dinámica de una expansión política en continua evolución ascendente –el 20 de junio de 1973–, en el segundo fotograma –tomado para este ejemplo el 1º de mayo de 1974– una mayoría inmóvil respalda su representación parlamentaria mirando los sucesos por televisión, mientras el resto de la minoría dinámica se retira del acto.

El viejo caudillo no toleró la transformación de su propio movimiento. La nueva izquierda, que por dentro y por fuera del peronismo había rehecho la política nacional –tanto en materia de temario, como las ideas fuerza que organizaban el imaginario colectivo– no planteaba cualquier debate. No se trataba de la productividad social del trabajo, ni la política de inversiones públicas, ni las condiciones de participación del capital extranjero en el desarrollo nacional. Las preguntas eran sencillas y temibles: ¿Quiénes mandan en la sociedad argentina? ¿Quiénes van a mandar? ¿Liberación o dependencia?

La respuesta no se hizo esperar.

Perón creyó que el terror en escala homeopática podía resolver el problema, y la Triple A ingresó a la escena. Todo había mutado dramáticamente. El restablecimiento del orden interno del movimiento no solo suponía expulsar a la juventud rebelde, sino que tal expulsión prologaba nuevos corrimientos políticos, que rehacían las alianzas sociales y por tanto la

política misma. El indiscutido programa económico perdió su condición de tal, y el impuesto a la Renta Normal Potencial de la Tierra no fue aprobado, ya que los votos del bloque sindical le terminaron siendo adversos, la miopía de las 62 Organizaciones resultó definitiva: las clases que debían soportar la transferencia de parte de la renta agraria ya estaban en condiciones de rechazarlo. Y lo rechazaron. Al cambiar la composición de los respaldos sociales, y por tanto de la dinámica política, también cambiaba el programa estratégico del gobierno. El tercer peronismo avanzaba a toda velocidad hacia el cuarto.

Y el último acto del tercer peronismo se desarrolló el 1° de Mayo de 1974, cuando Montoneros solo ocupa con sus cuadros y militantes la mitad de la Plaza de Mayo, tras vencer con mil ardidés la colosal estupidez policial del gobierno. A diferencia del histórico 20 de junio, la multitud que entonces acompañara la dirección del tercer peronismo estaba en su casa mirando por televisión el enfrentamiento; la mayoría inmóvil veía azorada cómo Montoneros cuestionaba al viejo caudillo, y como un Perón que no vacila los expulsa de la Plaza; el destino de su política, tanto como de su movimiento, quedaba fatídicamente sellado.

El tercer peronismo concluía, y el comienzo de la debacle, el cuarto, de la mano de María Estela Martínez y José López Rega, coincidirá con la muerte física de Juan Domingo Perón. La última versión peronista de una mayoría nacional había estallado sin terminar de cuajar. Un formidable movimiento histórico parecía estar definitivamente agotado.

X

Souverän ist, wer über den Ausnahmezustand entscheidet.

Carl Schmitt

Isabel, el golpe de 1976, el retorno y la continuidad de la

república parlamentaria están zurcidos por el trágico hilván que terminó constituyendo *una mayoría amorfa*. El programa político de esa mayoría en construcción estuvo negativamente determinado, y surge a consecuencia de la derrota de la tercera y última mayoría nacional.

Con Isabel, al principio, se trataba de asegurar la legalidad con “pollera o pantalón” y por tanto lograr que finalizara su mandato. Esto es, evitar el golpe de Estado, el temido retorno de los libertadores. Mientras tanto, la crisis –bajo la forma de fuga de reservas en oro y divisas del Banco Central– avanzaba a ritmo vertiginoso, y la movilización popular contra López Rega y Celestino Rodrigo paraba el país de 1975.

Esa movilización, si era capaz de derrocar a Isabel, era genuinamente peligrosa para el bloque tradicional. Por tanto, tenía que contenerla, y una vez desgastada la movilización junto con el gobierno, la irrupción de las FF.AA. era su corolario lógico. La Triple A se desarmaría definitivamente y la guerrilla también. Es decir, la sociedad argentina, sin alharaca, construyó un pacto antiguerrillero: para ponerle fin a las organizaciones político-militares –Montoneros, PRT-ERP, Organización Comunista Poder Obrero– todo valía. Entonces, para evitar el desborde guerrillero, emergieron los “generales democráticos” del Proceso de Reorganización Nacional.

El “por algo será” expresó con cínica franqueza los nuevos motivos de la sociedad argentina: porque no arriaron las banderas, porque conservaron intacta su voluntad de resistir, por que el bloque de clases dominantes se propuso acallar toda forma de oposición, incluso discursiva, decidieron soberanamente – mediante la inclusión masiva de las FF.AA. como instrumento schmittiano– organizar un estado de excepción⁵¹³, estado requerido para asesinarlos con la complicidad silente de la compacta mayoría procesista.

Podemos recordar los intendentes del Proceso –de todas las fuerzas políticas con representación parlamentaria–, los

513 Carl Schmitt, *Politische Theologie. Vier Capitel zur Lehre von der Souveränität*, Berlin, 1993, Duncker & Humblot GMBH.

embajadores del Proceso; los análisis sobre los generales democráticos del Proceso; la consciente voluntad de no enterarse sobre la desaparición, la tortura y la muerte de los restos de la minoría militante. Podemos recordar que no enterarse era un mecanismo destinado a impedir que alguna versión del asco o la vergüenza trabaran la voluntad de sometimiento irrestricto al nuevo orden político. Y todo lo que ese orden no admitía debía ser definitivamente erradicado.

Pero también era un dios bifronte. Por esto conviene no olvidar la repugnante mayoría de la plata dulce y los ingresos dolarizados, del déme dos y las colas con electrodomésticos en Ezeiza. Sin olvidar los insultos, empujones y maltratos a la otra cola, a la que intentaba declarar ante la comisión de los Derechos Humanos de la OEA, a los millones de lectores de diarios y revistas que “informaban”, con “objetividad e independencia”, sobre los partes militares de escandalosa sintaxis que los “analistas” incorporaban a las columnas semanales, sin olvidar a la televisión y los programas “periodísticos” (programas que gozaban de niveles de encendido que esos mismos “comunicadores” no conservan en la actualidad) que construyeron las bases para sustituir cualquier versión conflictiva de la realidad, por la ignominiosa, estúpida versión oficial.

El Proceso, culminada la masacre, moriría de inanición política; cumplidos sus miserables objetivos, los procesistas militares quisieron asegurar su propio destino evitando –en su afiebrada imaginaria– la repetición de 1973, por eso insistieron con seguir en el gobierno, y por eso protagonizaron la oscura aventura malvinera. Cuando la guerra se transformó en derrota, un nuevo acto de travestismo político recorrió la sociedad argentina, y la “mayoría patriótica”, antiimperialista, devino “mayoría democrática” del alfonsinismo.

No estoy diciendo que sociológicamente ambas mayorías estuvieran compuestas exactamente del mismo modo, sino que posicionalmente ocuparon el mismo lugar. Ahora bien, en 1983,

con solo recitar el preámbulo de la Constitución la gente caía en éxtasis; se trataba de evitar salirse de la ley, de cualquier ley, para poder vivir ahora sí en paz. Como toda lucha debía ser evitada, el programa de la mayoría amorfa se redujo a vivir en paz, y para lograrlo era preciso evitar cualquier enfrentamiento, porque los enfrentamientos –quien lo ignora– conllevan a la derrota, y la derrota supone un inevitable menú de desaparición, tortura y muerte. Por tanto la paz, esto es, el terror estabilizado. Ese es uno de los secretos de la persistencia de la mayoría amorfa: la estabilización del miedo a la represión brutal; esa estabilidad contuvo la lucha de clases, fijando el límite a todo debate sobre la soberanía, al impedir la reproducción del activo militante con capacidad propositiva en los sectores populares.

Vamos despacio. El terror no evita por cierto cualquier lucha, sino las que excedan el marco reivindicativo, y se propongan rehacer la estructura de la decisión nacional, la lucha por la soberanía. Ese y no otro es el ingrediente principal del vaciamiento de la política, de la ausencia de proyecto: ¿para qué pensar un programa que nadie está dispuesto a llevar a cabo? De una izquierda sin sujeto se pasó –mayoría amorfa mediante– a una historia sin objeto.

En el ínterin, el saldo de una impiadosa guerra antiobrera y antinacional mostró un nuevo perfil de país. Una deuda externa inédita, niveles de concentración económicos desconocidos –33 grupos aportaban el 70% del PBI nacional– y una participación de los asalariados en el ingreso nacional que volvía irreconocible a la sociedad argentina.

Una década antes, una clase media orgullosa, consumista y con altos niveles de educación formal, junto a una clase obrera dinámica con alta incidencia política, coexistían; en 1983 ambas ya habían sufrido tantas transformaciones que eran casi irreconocibles, y los problemas irresueltos se habían multiplicado *ad nauseam*: la decadencia social y nacional –requerida para el cambio de mentalidad impulsado por Martínez de Hoz– era un hecho de dominio público que la mayoría amorfa

sobredemostraba.

Raúl Alfonsín ganó las elecciones. Una tarea ciclópea se le imponía en la conciencia colectiva: evitar el regreso de los militares: impedir el golpe de Estado. La cuestión económica no era una cuestión –en las encuestas, claro– y el juicio a las tres últimas juntas militares conmovió al mundo entero. No importaba que la TV pública –casi toda– pasara imágenes sin audio del juicio, y que el juicio a los procesistas militares sustituyera, encubriera, desplazara el juicio al Proceso. Todos siempre fueron demócratas, solo que aterrados, por eso la democracia vestía trajes de confección y las chaquetillas permitían identificar potenciales golpistas. ¿La política democrática?: un problema de sastrería. Partidos, empresarios, la Iglesia y los sindicatos conquistaron las consabidas cucardas, todos habían sido víctimas del terror militar. La mayoría amorfa tenía ahora la fuerza de lo políticamente correcto, oponerse equivalía a volverse inaudible e impresentable. Y en Semana Santa, durante la crisis militar de 1987, la potente impotencia del discurso oficial recorrió todo el andarivel: el alfonsinismo ya no era solo la corriente mayoritaria del partido del gobierno, la corriente que conocía al dedillo todos los objetivos del programa de Estado, sino el corazón del nuevo sistema semiótico, la única forma de significar. La mayoría amorfa, “democrática”, alfonsinista nunca fue numéricamente tan vasta y nunca políticamente tan insignificante. A tal punto que no fue capaz de reprimir a un segmento del cuadro de oficiales descompuesto por la tortura y el botín de guerra, por el arribismo y el todo vale, condenándose, el gobierno y esa cúpula militar, a procesismo perpetuo, a una sociedad que no se proponía reconstruir la relación entre los delitos y las penas, a la anomia social permanente, a la pudrición de la historia.

Después, vino la primera crisis de la deuda. Entre 1988 y 1989 los dólares de las reservas líquidas del Banco Central fueron festivamente incinerados. Una tenaza entre tasas de interés insoportables –para que el dinero no se vaya al dólar– y una paridad cambiaria insostenible –cuando el circulante se iba

al dólar— que tenía por objeto seguir pagando la deuda externa licuó el sistema de precios; entonces, las mercancías dejaron de tener contrapartida monetaria, y la hiperinflación devino saqueo sistemático del ingreso popular. El pago de la deuda externa orientó el programa radical (nadie había pagado tanto nunca⁵¹⁴) y como ese era el orden de prioridades, esas terminaron siendo sus consecuencias prácticas: El estallido del sistema de precios.

Entonces, la mayoría amorfa aterrada por la híper, por las crisis militares carapintadas —leídas como golpes de Estado fallidos—, y por los “golpes de mercado” exitosos, eligió entre Eduardo Angeloz, antes de que fuera acusado y absuelto por enriquecimiento ilícito, y Carlos Saúl Menem, antes que perdiera definitivamente las patillas a lo Facundo. Y una vez más un sistema político que ejerce el monopolio de las candidaturas electivas demostró que los programas electorales son papelitos de colores, ya que votaran a quien votaran —a la UCR o al PJ— los ciudadanos votaban las privatizaciones del Consenso de Washington. La nueva estructura política estaba construida a prueba de errores electorales. La perfección amorfa superó el consenso de Semana Santa; los obreros industriales que elegían direcciones sindicales de izquierda, no vacilaban en votar la privatización de empresas públicas que los dejaría sin fuente de trabajo meses más tarde. Eso no era todo, UPAU —¿se acuerdan de los muchachos liberales de los Alsogaray?— constituía la tercera fuerza de la Universidad de Buenos Aires, mientras oxigenaba todas las demás. Y desde la radio, la gráfica y la TV, Bernardo Neustadt reemplazaba sólito a todos los dadores de sangre intelectual del alfonsinismo, siendo ahora el insustituible consejero televisivo del príncipe de las relaciones carnales; Neustadt, el Chirilota de la mayoría amorfa, convocaba a la Plaza del Sí, y la plaza se llenaba en respuesta a la Plaza del No de la izquierda: todo estaba en el debido lugar, solo había que evitar la inflación y el sencillo programa se repetiría hasta el infinito.

Para evitarla, la convertibilidad. Como la inflación es emisión

514 Guillermo Gigliani, “Si el Austral lo llenó de tensión, su éxito lo dejará sin aliento”, Buenos Aires, Consignas, 1987.

de moneda, no se emite más. Una paridad fija e inamovible sustituye cualquier tipo de política monetaria. Como el motor de la emisión pasa por el desequilibrio fiscal hay que reducir el gasto público; la cantidad de circulante de este modelo está determinada por el flujo de dólares que proveen los créditos internacionales y el comercio exterior, de modo que no hay billetes sin respaldo. Esta es la clave de la moneda sana, y como el gasto público tiende a crecer porque los políticos acomodan a sus amigos y parientes, el presupuesto nacional es la herramienta que permite poner fin a tanto prebendismo irresponsable. La oposición está para controlar el gasto, para fiscalizar el presupuesto, y el equilibrio fiscal –sin superávit primario, pero con ingreso de capitales externos– constituye la garantía final de todo sistema. La mayoría amorfa acababa de conquistar su programa económico definitorio: gobernar es administrar, todo lo demás carece de importancia, ya que se trata de utopías. Y las utopías, se sabe, resultan incumplibles. Para la mayoría amorfa las utopías no son programas perfectos fuera de la geografía política, sino cualquier propuesta módica fuera de su horizonte inmediato: todo lo que tenga olor a conflicto con el poder real, cualquier cambio de rumbo.

¿Debemos plata, tenemos bienes? Pues bien, se trata de venderlos y pagar. Por eso, Menem con lógica impecable privatizó las joyas de la corona, permitiendo la más colosal transferencia de ahorro nacional, y obtuvo un Estado incapaz de sostener su indelegable actividad. De allí en más, para que cierren las cuentas públicas se requiere de una política de ajuste permanente, por tanto, continuamente se envilece la calidad de los servicios: la educación, la salud y la seguridad se corrigen acentuando su debilidad estructural, mientras la deuda pública sigue siendo la principal fuente de negocios bancarios privados.

Las privatizaciones que iban a resolver todos los males lograron que los teléfonos funcionaran mejor, siempre y cuando una llamada de Buenos Aires a Madrid costara muchísimo más cara –por la misma compañía– que una en sentido inverso. Eso

sí, los recursos genuinos del Estado benefactor –desde Gas del Estado, hasta YPF, desde Aguas Sanitarias hasta SEGBA– fueron rematados, y aun así, la deuda externa no dejaba de crecer, ante la completa atonía colectiva. El menemismo era más, mucho más, que los votantes de Carlos Saúl Menem, el presidente sintetizaba los valores compartidos de la mayoría amorfa. Al igual que ella, cuando tartajeaba frente a un micrófono por afasia intelectual –pocas veces se pudo registrar un orador de menor voltaje político–, lo aplaudían hasta que dolieran las manos. No se le escapaba a casi nadie sus debilidades evidentes, pero no importaba; era uno de “nosotros”, un símbolo, el icono de una estética en permanente evolución: el imparables menemismo líquido.

Nos recuerda pedagógicamente, una vez más, el ensayo de Vázquez:

La iridiscencia de los brillos degradados de lo menemista produjo un efecto asombroso: detuvo el transcurrir de *un presente abotagado por la exhibición obscena* de la nueva sensibilidad conquistada. Contrario a la hipótesis que ve en lo menemista la negación de la cultura y la falta total de moral, este ensayo postula que lo menemista ha sido, en realidad, *una moral de altísima productividad* en cuanto a personalidades sociales, gustos consagrados, permisos admitidos y valores legitimados se refiere. Vale una precisión: reconocer que su cultura será un legado más duradero no es lo mismo que acordar con el sentido de la herencia. Se trata, apenas, de comprobar el poder de penetración que ha alcanzado esa cultura y los valores que ella consagra. *Con la exaltación de la gratificación plena*, la libertad de la individualidad a cualquier precio, lo menemista ha sido, en gran medida, *una revolución en la estructura del deseo social*⁵¹⁵.

La distante ampulosidad de un estilo construido con verbos

sustantivizados, con cadenas de adjetivos abstractos, no impide sostener que la “exhibición obscena de la nueva sensibilidad” menemista no constituye una “negación de la cultura y la falta total de moral”, sino “el poder de penetración que ha alcanzado esa cultura y los valores que ella consagra”.

Esta nueva sensibilidad tiene una matriz fuerte, anterior, que la sostiene estructuralmente: una relectura del Martín Fierro desde la moral del Viejo Vizcacha; relectura que tiene la siguiente particularidad: bloquea todas las demás, volviéndolas inverosímiles. Ya no se trata del borgeano culto del coraje (ni siquiera como foto del Che para la pancarta, que Menem transformara en estampilla de correo), ni por cierto del coraje colectivo enunciado por Marechal (casi incomprensible en la década del noventa, sino como camino para ganar la tapa de la revista *Caras*, o como boutade), todos asumen –sin admitir debate en contrario– que alcanzar objetivos puramente personales es el único coraje inteligible, los demás, todos los demás, suponen un absurdo inenarrable, y esa es precisamente la “revolución en la estructura del deseo social”: como alguien no va a militar para forrarse y, ahora sí, cambiar de clase social.

Por eso, como parte de su propia estrategia de poder personal, para conservar los efectos de esa “revolución en la estructura del deseo social”, Menem impulsa la reforma de la Constitución de 1853, como paquete cerrado, y así obtiene la constitución de 1994. Tan perfecta es la jugarreta que los representantes del soberano –la Asamblea Constituyente– aceptan un poder recortado que de ningún modo contiene soberanía alguna. A una Asamblea Soberana no se le impone un temario cerrado de resolución previamente pactada. Esa es, sin embargo, una curiosa tradición nacional: la soberanía nunca reposa en la Constituyente, donde está la soberanía no está la constituyente, y así lo verificamos en 1853 y 1860, y así se repite en 1949 y 1957.

1994 no es precisamente la excepción. En esa reforma el objetivo preciso pasa por consagrar el poder sistémico de la mayoría amorfa. Es decir, permitir antes que nada la reelección

de Menem, que asegura la paridad cambiaria, ya que una cosa está inextricablemente anudada a la otra. Eso que los especialistas en opinión pública denominaron sintéticamente “voto cuota”. En cambio, las llamadas concesiones para alcanzar una nueva calidad institucional están al servicio de ese objetivo. No se trata de negar que existan, como el Consejo de la Magistratura, solo que el Pacto de Olivos –la estrategia más ambiciosa del menemismo líquido –tenía para el Poder Ejecutivo un costo; Menem lo paga gustoso, y después vería cómo transformarlo en letra muerta, en cháchara leguleya, en cinismo argumental. Era esa la Constitución parlante de la mayoría amorfa, la muda pasaba por la reelección a perpetuidad, mediante la conformación de un sultanato constitucional hereditario. Imposible –dirá criteriosamente un conservador a la vieja usanza–, pero es preciso determinar en qué reside la imposibilidad. Imposible conservar a Menem como centro perpetuo del programa, lo que no resulta imposible es reconstruir la mayoría amorfa, y desde su proteiforme ubicuidad gobernar.

El radicalismo sabía de su incapacidad para evitar la victoria menemista. En todo caso, también era otra víctima de la “revolución en la estructura del deseo social”. En ese punto, el gobernador de la provincia de Buenos Aires se transformó en el jefe de la oposición interna y externa del sistema político: en el núcleo duro del antimenemismo posible. Es Eduardo Duhalde quien impidió la jugarreta de Menem: plebiscito en La Rioja para obtener un tercer período reinterpretando, Suprema Corte mediante, la Constitución de 1994. Pero tal interpretación debía sostenerse en respaldos contundentes. Si en algún lugar la desvergüenza menemista alcanzaba una cumbre inigualable era precisamente un su provincia natal. El plebiscito en La Rioja resultaba número puesto. Para contrarrestarlo Duhalde comunicó que haría otro plebiscito con igual objeto en la provincia de Buenos Aires. Fue suficiente, Menem, rabioso se tuvo que desmontar de la tercera presidencia y odió, con furia versátil, al hombre que había ayudado a encumbrar en la provincia de

Buenos Aires, a ese traidor. Y a un traidor, se sabe, ni justicia... electoral.

Entonces, el presidente se ocupó que el candidato del Partido Justicialista, el heredero natural, Eduardo Duhalde, fuera derrotado en 1999. Con diversas operaciones de ingeniería electoral –separó las elecciones provinciales de las nacionales– favoreció un voto local separado del nacional, una suerte de corte de boleta propiciado desde la Casa Rosada; y el resultado fue el esperado: los gobernadores eran peronistas; el presidente de la nación, radical; ¿los votantes?: la mayoría amorfa. Menem entendía: un Menem blanco, duplicación radical del original, debía ser el pórtico del tercer gobierno de Menem. Solo Perón había sido presidente tres veces, y en dos oportunidades no pudo concluir: en la segunda fue derrocado, y falleció en el transcurso de la tercera. El objetivo de Menem fue quebrar esa valla temporal, y debemos admitir que lo logra por dos hocicos.

XI

La victoria electoral de la fórmula De la Rúa-Álvarez contuvo dos presuposiciones analíticas compartidas por su electorado: el menemismo era una articulación mafiosa entre formas de capitalismo espurio y el Estado; y para implementarse requería de la deshonestidad personal del staff político; por tanto, la derrota electoral del PJ y el fin del menemismo eran una sola y misma cosa. Las elecciones habían terminado con la dictadura militar, primero, con la incapacidad radical para resolver los problemas económicos, después, y ahora terminarían con la corrupción menemista, de modo que todo se resolvía votando bien. Así era: como parte de la nueva “madurez política” se votaba cada día mejor: la mayoría amorfa había alcanzado un nuevo rango: la ejemplaridad analítica.

Un electorado independiente en continua expansión, sin voto cautivo, permitía la alternancia bipartidaria. La posibilidad electoral de la Alianza requería de esta sustitución crítica (la estabilidad democrática, y la estabilidad económica, permitirían

poner fin a la corrupción votando a la Alianza), sustitución que garantizaba la política de la mayoría amorfa, el disfrute explícito de su gran victoria, mediante un gobierno de instituciones saneadas, casi perfecto.

No es preciso ser un cientista social de afinado análisis para entender que semejante nivel de pública deshonestidad no remitía, ni remite, a una fuerza política en particular, sino que cumple un papel funcional respecto a las políticas instrumentadas.

La victoria mundial de un punto de vista que no admite demostración en contra (después de todo, la derrota no se modifica explicándola), resume ideología de la peor especie. En nombre de gaseosas fórmulas políticas como las “recetas que triunfan en el mundo entero”, un hombrecito salido de una torta de casamiento provinciano, integrante natural de la picaresca del bazar, rodeado por una corte de impresentables, gozó de un respaldo descomunal durante una década terrible para realizar una política de amoralidad evidente, con obvios efectos desastrosos, sin que hubiera contra ella mayores resistencias populares.

La mayoría amorfa conoció, menemismo mediante, la sorpresiva eficacia práctica de la “cirugía sin anestesia”. Desde el punto de vista de los beneficiarios, esto sería más o menos comprensible; pero la novedad es el comportamiento festivo de las víctimas. Más allá del gorilema, debemos explicar: ¿por qué las víctimas votaron a Menem en 1995 en medio de la más alta tasa de desocupación nacional con registro estadístico? ¿Por qué los más pobres votaban con los más ricos? ¿Qué estabilizaba tan curiosa alianza?

La derrota de 1976, y la reprimarización de la economía a punta de bayoneta, la continua destrucción de puestos de trabajo y la reducción del salario real de los trabajadores en blanco y negro conformaron el nuevo hilván histórico. Estas experiencias colectivas fueron *procesadas* –pocas veces una palabra resulta *per se* tan reveladora– por cada uno de los derrotados como condenas naturalizadas. La propia

experiencia de dolor sin límite no se constituyó –y esa es la derrota personalizada, introyectada, subjetiva– en fuente de conocimiento y aprendizaje, sino en frustración sin horizonte. La experiencia personal, intransferible no era, todavía no es, considerada por los sectores populares como un material valioso, como una fuente insustituible para construir un conocimiento que articule la resistencia posible con la política necesaria. La destrucción de las cadenas asociativas redujo a cada derrotado a su insignificante –sin capacidad de significar– corporeidad personal. Es decir, subrayó hasta la desesperación la asimétrica desigualdad de los contendientes, materializando el sinsentido, la imposibilidad del enfrentamiento. Enfrentarse y salir derrotado suelen intercambiarse –en el terreno de las representaciones colectivas– sin mucha dificultad. Desde esta perspectiva ninguna lucha política puede resultar, a la postre, victoriosa.

El nivel de desarme moral perpetrado por la derrota de 1976 y el impacto de los valores compartidos por la mayoría amorfa conformada a partir de 1983, estabilizó el menemismo. Mientras Menem pudiera ser reelecto, el mecanismo parecía inmutable y por tanto eterno.

De ahí la importancia circunstancial que adquiriera el duhaldismo. Sin proponerse quebrantar la mayoría amorfa, el doctor Duhalde intentó ponerle un límite a su lógica funcional. Consciente de la peligrosa estupidez de proseguir la ruta de la convertibilidad permanente, intentó cambiar de trocha. La victoria de la Alianza –propuesta electoral autopropulsada por la mayoría amorfa– impidió el giro, pero le hizo saber a los sobrevivientes políticos de la política bonaerense –alfonsinismo y duhaldismo– que descarrilar otorgaba una curiosa oportunidad: recuperar el control del sistema, despojar a Menem del botín político estatal.

Mientras tanto, la Alianza avanzaba sonámbula hacia el año 2001. En el último cuarto de hora intentó detener la marcha subiendo a Domingo Cavallo al Ministerio de Economía. Cavallo propuso salir de la convertibilidad mediante una

canasta de monedas. En lugar de una paridad fija –un peso, un dólar– un orden monetario que matizara elementalmente una estructura de rigidez absolutamente intolerable. Era una devaluación encubierta, pero ya era tarde, las reservas del Banco Central se habían evaporado: el programa de la mayoría amorfa nos estalló en la cara, con Cavallo y De la Rúa en el puente de mando.

El bloque de clases dominantes era perfectamente consciente de una situación que ya no tenía remedio, por eso transformó, en el discurso, la insoportable crueldad de los niveles de desamparo social en problema de seguridad pública, mediante una amenaza adicional: una nueva masacre.

El terror a los saqueos, que también incluía los miedos de los pauperizados saqueadores, la defensa a ultranza de la propiedad personal mientras los bancos incautaban los activos líquidos de las capas medias (en los escalones superiores de la pirámide social, se beneficiaban con la fuga de capitales dolarizados al exterior; en los menos avisados, con sentencias judiciales que permitían comprar la salida del corralito), ralentó la respuesta, y dio a la protesta un cariz clasemediero. De la Rúa intentó frenar el derrumbe mediante la represión armada; al fracasar, fue abandonado a su suerte. No antes. Por tanto, la derrota de su gobierno, en las jornadas del 19, 20 y 21 de diciembre de 2001, abre la posibilidad de un recambio parlamentario cuando la represión ya no es un camino, cuando el terror sin más pierde eficacia. El horizonte de la mayoría amorfa –vivir en paz a cualquier precio, en esas condiciones– había colapsado, al menos como posibilidad inmediata.

Por esa pequeña hendidura se coló el gobierno de Duhalde. Todo lo que el líder del peronismo bonaerense se propuso fue terminar con la convertibilidad, cuando había sido De la Rúa quien le había puesto fin mediante el corralito; sin el uno a uno, y con elecciones nacionales, sin internas justicialistas, el sistema político oxigenaba la brutal crisis de representación, crisis que terminaría mostrando –entre 2003 y 2007– algunos

signos de remisión.

Recordemos, la Unión Cívica Radical realizó sus consabidas internas, y los que las ganaron con Leopoldo Moreau a la cabeza, obtuvieron en las elecciones que ganaría Néstor Kirchner el 2,34% de los votos emitidos. Es decir, sacaron más votos en la interna que en la nacional. En cambio, los dirigentes que conservaron el caudal radical –Lilita Carrió y López Murphy– no se presentaron a las internas porque no las podían ganar. El grado de autonomía de los partidos, respecto de la sociedad civil, era –sigue siendo– de tal rango, que la ficción representativa perdía todos los visos de legitimidad. El Congreso contabilizaba los últimos jirones de legalidad institucional, pero el poder era –en esas horas– una entelequia vacía.

A la mayoría amorfa le preocupaba el poder del mercado: la cotización del dólar, ese era el indicador que le haría saber si otra hiper había estallado; la temida suba del dólar pronto mostró un techo, y constituir otra paridad cambiaria que facilitara la puesta en marcha de la actividad económica no supuso otra hiperinflación. La mayoría amorfa, entonces, se tranquilizó, el dólar a 3 pesos mostraba que era circunstancialmente pobre; bastaba que el motor de la actividad productiva se recuperara, tras abandonar el corset de la convertibilidad, para que todo se reubicara por se. Era una pobreza viable, con Planes Trabajar para los piqueteros, fábricas recuperadas para los desocupados más decididos, y oportunidades para los vivillos de siempre, una pobreza que permitía contener la marginalidad si los cartoneros no eran criminalizados, y la lógica mercantil del capitalismo restablecía su aptitud para satisfacer las patéticas exigencias colectivas. Por eso: “Cada vez queremos menos y por eso cada vez tenemos menos. Y queremos menos, tenemos menos, queremos menos, tenemos menos, hasta que no tengamos más nada”, nos contó un lúcido personaje de *Luna de Avellaneda*.

Con ese horizonte en la retícula, la sociedad argentina votó en 2003 a Néstor Kirchner, esto es, votaba el programa duhaldista para la reconstitución a futuro de la nueva mayoría amorfa.

XII

¿Entre Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner hay alguna diferencia sustantiva? Kirchner fue presidente de la república; Duhalde también. ¿Entonces, son iguales? ¿El sistema político sigue congelado? ¿Este gobierno es la continuación del descompuesto cuarto peronismo? ¿El quinto resulta imposible?

En los comienzos del gobierno K el protagonismo de Duhalde estaba más allá de su voluntad. Los fotógrafos hacían foco en su figura retacona y compacta, y el resto salía a los costados, con cara de poco amigos. A los quisquillosos asociados sureños no les causaba ninguna gracia esa situación, y buscaron por todos los medios desprenderse de tan poderoso socio, competidor. El capital político de la sociedad fue sometido a impiadosa verificación: saber a ciencia cierta con cuánto respaldo contaba cada integrante.

En la tradición peronista estas auditorías no son amables, y la primera medición arrojó durante 2005 un resultado esperable, un puñado de fieles seguía abiertamente al caudillo de Lomas de Zamora. El resto, sin sonrojarse demasiado, saltó la tranquera y se acomodó en las listas del Frente para la Victoria. El Partido Justicialista –trinchera duhaldista por excelencia, sobre todo en la provincia de Buenos Aires– fue desactivado hasta mejor oportunidad. Así surge en los hechos la transversalidad de la Casa Rosada.

El nombre del frente ahorra explicaciones adicionales, para Néstor Kirchner se trataba de ganar las sucesivas elecciones y reducir, hasta donde le resultara posible, la máquina duhaldista en la provincia de Buenos Aires, y sobre todo en el conurbano bonaerense. Así se entiende la afirmación del entonces gobernador Felipe Solá: quien no está con Kirchner está contra él. Dicho de otro modo: el gobierno solo consideraba tropa propia a los que incondicionalmente se sometían su *dictat*. Para los esposos Duhalde aceptar el ukase presidencial equivalía a una jubilación anticipada, nada más lejos de la intención de ambos. Para el duhaldismo, en cambio, la decisión de sus jefes abría

un pequeñísimo abanico de opciones. Una, respetarla y quemar los puentes con el ejecutivo. Dos, incorporarse al Frente para la Victoria sin dejar de participar en la interna del PJ bonaerense. En suma, aceptar la presión presidencial y conservar su espacio en el aparato. Es decir, cabalgar con dos monturas. La compacta mayoría eligió la segunda vía. Por tanto, el destino de la máquina duhaldista y la de su jefe corren por carriles separados.

El enfrentamiento entre Duhalde y Kirchner estaba sometido a una lógica sistémica: ningún presidente que se proponga conservar la iniciativa política en sus exclusivas manos puede tolerar sin animosidad semejante asociado en un espacio clave de la geografía política. Como no se trataba de una disputa entre proyectos políticos alternativos, la reubicación de las mismas piezas estaba en la naturaleza de las cosas. Pasado en limpio: Kirchner nunca estuvo dispuesto a pagar a su socio ninguna ficha que no llevara estampado su hierro, en nombre de ningún reconocimiento romántico, y estaba decidido a dejarlo sin juego no bien se presentara la primera oportunidad.

Kirchner actuó como si Duhalde dijera la verdad cuando anunciaba su definitivo retiro de la política. En la tradición peronista ese es un valor sobreentendido. El caudillo de Lomas de Zamora la conoce sobradamente, sabe que su permanencia en la actividad se decodifica como una amenaza. Duhalde tuvo que soportar esa lógica de parte de Carlos Menem – recordemos su intento de transformarse en candidato natural del PJ a la presidencia en 1998–, a quien pago con idéntica moneda impidiendo su reelección. Esa era una pelea de fondo, solo uno conservaría capital político. Menem no anduvo con chiquitas, y pavimentó el camino político de su ex vicepresidente con todos los obstáculos políticos que fue capaz de imaginar. La ingeniería política de Menem casi resultó perfecta, catastróficamente concluido el gobierno de la Alianza ahora sí la reelección se volvía posible. Por cierto que la intensidad de la crisis no estaba en los cálculos de casi nadie. Y por uno de los cráteres de la dislocada sociedad argentina emergió el senador Duhalde, quien

tras birlarle la poltrona a Rodríguez Saa se transformó en el gran elector de la política nacional. Evitó que Menem ganara la interna –evitando la interna–, y fue el artífice de la victoria de Néstor Kirchner. Claro que el cuarto peronismo ni fue ni es un club de amigos, sino el núcleo duro de la más competitiva e impiadosa de las cofradías: la política partidaria sin calor popular. Todo el que intente jugar su propio juego corre el riesgo de quedar colgado de las graderías de ese complejo estadio.

El objetivo de máxima de Kirchner: sacar a los Duhalde de la cancha. Con los duhaldistas sí, con el matrimonio bonaerense no. Ningún debate de ideas le quitaba el sueño a la apagada sociedad argentina. No había dos proyectos con relativo nivel de antagonismo disputando el respaldo de la mayoría.

Antes que Carlos Menem abandonara el poder, en 1998, la deuda externa ascendía a 141.929 millones. Dólar más o dólar menos –pese a la quita negociada con los bonistas– la deuda se mantenía –durante la presidencia de Kirchner– en valores muy próximos; la tasa de desocupación de 1998 rondaba los 13 puntos –otra vez los valores tienden a aproximarse– y el piso salarial –que ya no se mide en dólares– en términos de poder adquisitivo se ha diversificado. Para que se entienda: los asalariados que integraban el sector informal crecieron, y su salario resultó inferior al que por igual tarea percibían los trabajadores en blanco. Y solo estos últimos habían mejorado –muy levemente por cierto– su participación en el ingreso nacional.

Entonces, si fuera preciso explicar las diferencias entre la situación de 1998 y la de 2007 diríamos que pasan por la paridad cambiaria –tras una devaluación brutal con el abandono del uno a uno– la situación salarial, y la relativa estabilización del monocultivo sojero. La nueva paridad cambiaria facilitó un *boom* de las exportaciones, en un mercado mundial donde los precios de las materias primas tienden a crecer por la fuerte presencia de India y China, sumada a la depreciación del dólar norteamericano. Todo lo demás continúa invariable. Estos son

apenas los logros de la gestión de Roberto Lavagna. En estas condiciones la necesidad de reformular los ejes de la política nacional resulta imperiosa.

Con una clase dominante que Carlos Menem se ocupó en transformar en un grupo de rentistas financieros internacionales sin mayores preocupaciones, la sociedad argentina marchaba al gairete. Esta clase dominante hace lustros que ya no es una clase dirigente. Y así nos arrastró al fondo del pozo, y desde ese fondo emergimos en medio de una crisis global del capitalismo. Entonces, se trata de construir una nueva clase dirigente, en derredor de un nuevo proyecto, o de facilitar la recomposición de la anterior en las nuevas condiciones del mercado mundial. ¿El gobierno en cuál dirección marcha? ¿Dicho en mi propio formato: el quinto peronismo es posible?

En la última edición de *Los cuatro peronismos* sostengo:

Reconozcamos: la pregunta establece *per se* una novedad. La potencia de las fuerzas que lo empujan hacia una prolija continuidad no requiere demasiadas precisiones. Al mismo tiempo creer que nada ha cambiado resulta excesivo. Atenazado entre la música del tercer peronismo y la letra del cuarto, cabalgar la crisis obliga al gobierno a movimientos que oscilan entre la intrepidez y la trivialidad sin alcanzar a definir una nueva estrategia política. ¿Puede el gobierno definirla solo? ¿La ruptura depende del presidente? Sin minimizar el lugar del gobierno –ni el de sus partidarios– algo sin embargo queda claro, la persistente mudez de la sociedad civil, su brutal dificultad para la acción política. Si tal apatía se eterniza, si la derrota de los sectores populares no da muestras de retroceder, de metabolizarse mediante una gigantesca batalla cultural y política, la continuidad se impondrá sobre la ruptura.

Dicho de un tirón: la realidad precisa de nuevas ideas que la

política no parece en condiciones de suministrar. Dos preguntas nos quitan el sueño: ¿de dónde saldrán las nuevas ideas? Y si aparecen, ¿la sociedad argentina será capaz de llevarlas a cabo? De modo que se trata de despejar una ecuación con dos incógnitas. De despejarlas correctamente depende la construcción del quinto peronismo. Es decir, un nuevo sistema político que no pueda ser devorado mediante la recomposición electoral de la mayoría amorfa.

Y la “crisis” llegó tras la finalización del gobierno de Néstor Kirchner, fogueada por la debacle bancaria norteamericana, la debilidad del dólar y la suba especulativa del precio de las materias primas. La renuncia del ministro de Economía, a cuatro meses de su nombramiento, por parte de Cristina Fernández, ilustra su ineludible gravedad. Los análisis que intentan explicarla son, a mi ver, insuficientes. Se apunta a una lectura formal de la democracia representativa, a interpretaciones normativas sobre legalidad y legitimidad, al problema cierto de la desinformación, la manipulación y la mediocridad de los medios de comunicación concentrados, situación en que la gestión K tiene responsabilidad directa.

¿Pero este abordaje, no soslaya la clave de la crisis?

No cabe duda de que la información sesgada de los medios facilita que un sector de capas medias urbanas saliera a golpear cacerolas de teflón. No cabe duda de que el corte de rutas realizado por pequeños productores agrarios deslegitima al gobierno, ¿pero su presencia en las rutas obedece tan solo a una maniobra opositora? No cabe duda de que el subsuelo racista, sexista y gorila se expresa pre políticamente como una avalancha de insultos, ¿pero estas lacras son recientes? Y si no lo son, ¿qué las gatilló todas juntas?

En síntesis: ¿qué puso en crisis política al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner?

El gobierno intenta una respuesta simple, elige un responsable para descargar en su persona el costo político de la crisis; por eso Martín Lousteau renunció al cargo. Para

la sociedad, Lousteau es formalmente el autor intelectual y político de las retenciones móviles a las exportaciones de soja, y son precisamente esas retenciones las que provocaron un *lockout* del bloque agropecuario –con el consiguiente desabastecimiento de los centros urbanos–, que obligó a la presidenta a modificar el sistema de retenciones. Desde la lectura oficial, si la medida original hubiera diferenciado a pequeños productores de los demás, la sangre no hubiera llegado al río, y la crisis no hubiera estallado. Es decir, la crisis sería, desde esta perspectiva, el resultado de una medida inadecuada del ministro, y eliminada la medida y destituido el ministro todo volvería a fojas cero. Creo que ese abordaje contiene un lamentable error analítico, cuyas consecuencias políticas agravarán la marcha de la crisis.

En sus intervenciones públicas la presidenta proporcionó algunos datos relevantes. Dijo Cristina Fernández: el 2,2% de los productores aporta más del 40% de toda la soja transgénica. Del total de las 30 millones de hectáreas cultivables, la soja utiliza la mitad. Como el número de productores sojeros asciende a 84.000, unos 1.800 utilizan 7 millones de hectáreas, mientras 67.000 productores, el 80%, araña 3 millones de hectáreas.

Pero subrayemos un dato adicional: cuando Néstor Kirchner accedió a la presidencia la producción de soja utilizaba alrededor de 10 millones de hectáreas, contra las 15 de 2008; por tanto, creció un 50 por ciento. En 2003 una de cada tres hectáreas se destinaba a la soja; en 2008, una de cada dos hectáreas esta dedicada a ese fin, y en 2009 la proporción volvió a subir: 2 de cada 3 hectáreas. Entonces, la tendencia al monocultivo sojero es anterior al gobierno K, pero la consolidación del modelo se produce durante esta gestión.

Voy a obviar –no porque resulte obvio– las consecuencias de un modo de actividad que lesiona gravemente la diversidad biológica, el impacto sanitario que impone a la población que está en contacto directo con esa producción, para concentrarme solo en sus consecuencias inmediatas:

a) El potencial peligro de transformar la Argentina en importador de alimentos, ya que de seguir la tendencia al monocultivo –potenciada por los precios agrarios internacionales– ese horizonte se terminará de instalar en menos de una década, si se piensa que en 1995 se destinaban a la producción de soja 5 millones de hectáreas y actualmente ronda los 19 sobre un total de 30.

b) Un modelo de monocultivo organizado desde la producción de semillas controladas por empresas monopólicas transnacionales, que disponen de capital tecnológico, que venden un paquete completo, sumado a un modelo de siembra que potencia todas las tendencias a la concentración de las unidades productivas, tiende a sacar del negocio a los pequeños productores. Es decir, a potenciar una reconcentración del factor tierra a niveles desconocidos. Ergo, el descontento de los pequeños productores por la política agraria del gobierno es mucho más profundo, no se soluciona modificando el régimen de retenciones, sino que requiere de una política agropecuaria que no se sustente en el monocultivo sojero. Es decir, solo en los precios del mercado mundial.

c) La continuidad de la reprimarización de la economía ejecutada durante la gestión de Martínez de Hoz, y estabilizada en los noventa, más allá de los discursos se constituye de hecho en el modelo productivo posible. Desde esa perspectiva, las retenciones terminarían siendo circunstanciales. Es decir, serían el “aporte del campo” a los coletazos de la crisis de 2001, todavía vigentes. Es que su carácter transitorio está en la naturaleza misma del modelo sojero, lo entiendan o no los que desde el gobierno presentan este conflicto como una simple disputa por la distribución de la riqueza, que se agotaría en las retenciones: finalizada la crisis, dado su carácter extraordinario, las retenciones deberían eliminarse o morigerarse. Esa es la expectativa compartida por los productores agropecuarios y sería, a su juicio, el resultado democrático de una negociación.

¿El riesgo?: el modelo sojero quedaría definitivamente instalado, con el consiguiente desequilibrio de precios relativos –aumento del precio de los productos de origen agropecuario, sin mejora del salario real– que vuelve a imponer un modelo de distribución del ingreso aun más regresivo que el vigente.

d) El bloqueo del debate sobre un proyecto nacional alternativo, que no nos condene a producción primaria perpetua.

Entonces, la pregunta por la crisis debe reformularse como pregunta por la crisis del monocultivo sojero, ya que son sus consecuencias estructurales y no tan solo el episodio de las retenciones móviles, lo que está en debate.

Esta crisis, a diferencia de las anteriores, nos permite discutir con la sociedad argentina un proyecto superior, y no un simple empaque para salir del infierno, debate que desde 1973 estaba clausurado en la Argentina. La muerte de Mariano Ferreyra es más que un episodio terrible. Es el primer asesinato político de un militante obrero que se investiga y sus asesinos, materiales e intelectuales no están impunes. Este crimen pone sobre el tapete la naturaleza de la actual dirección del movimiento obrero. Es decir, la sobrevivencia de la dirección de la derrota, el segundo peronismo. Sin democratizar la dirección del movimiento obrero, los demás debates están excluidos. Abrirlo está en la naturaleza de las cosas. Si así fuera el destino nacional de los argentinos pasaría a depender de la evolución del Mercosur, o si se prefiere de la marcha del mercado mundial. Con el optimismo de la voluntad y el pesimismo de la inteligencia esperamos evitar tan fatídico horizonte.

La posibilidad del quinto peronismo depende, en última instancia, de la conformación, aceptación de un nuevo programa para el partido del Estado; conformación que impone la transformación del bloque de clases dominantes; y esto, conviene dejarlo establecido, supone, requiere, impone le rehechura de las clases dominadas. Dejar atrás el estrecho

horizonte donde la política es la continuación de los negocios por otros medios, para alcanzar una estrategia sudamericana que reformule la idea de patria. Un nuevo orden político, donde su ala conservadora no intente desandar lo andado, y donde su izquierda restablezca la importancia histórica de la utopía socialista. Si así fuera, y debemos admitir que tal resultado no está predeterminado, los trabajadores bolivianos, los paraguayos, chilenos y uruguayos, se sentirán como en su propia casa. Entonces, el programa de la Unión Sudamericana ya no será un hilván tentativo, sino la puesta en marcha de un nuevo proyecto histórico.

Anexo documental I

Por algo fue Análisis del “Prólogo” al *Nunca más* de Ernesto Sabato⁵¹⁶

Elsa Drucaroff

Algo queda suficientemente claro: la historia que nos tiene por protagonistas, víctimas y testigos resulta insoportable. De ahí que se quiebre, se deshaga y se rehaga, en la conciencia colectiva.

Alejandro Horowicz, “La democracia de la derrota”

1. El terror

“Durante la década del setenta la Argentina fue convulsionada

516 Este trabajo fue leído, en versión abreviada, en las XII Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) en el año 1996, ante un nutrido público académico. Esa versión se publicó al año siguiente, junto con la discusión que provocó. La versión completa que aquí incluyo es la que apareció recién en 2002 en la revista estudiantil *Tres Galgos*. Sólo después de diciembre de 2001 estas líneas lograron sus lectores, pese a que antes las di a leer a algunos Organismos de Derechos Humanos, con la esperanza de que difundieran y generaran un debate necesario. Las ediciones referidas fueron: “Por algo fue. Análisis del ‘Prólogo’ al *Nunca Más*, de Ernesto Sabato”, en *Tres Galgos* n.º 3, Buenos Aires, noviembre de 2002. “Por algo fue. Sobre la representación de las víctimas políticas a partir de 1983”, en *Nuevos territorios de la literatura latinoamericana*. Actas de las XII Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Oficina de Publicaciones del CBC, Buenos Aires, 1997.

por un *terror* que provenía tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda.” Así comienza el Prólogo de Ernesto Sabato. La represión que ejecutó la dictadura militar, sostiene, se trató de una “metodología del *terror* planificada por los altos mandos”.

El texto postula así un terror que *convulsionó* versus un terror *planificado*; un terror autónomo, que llegó de zonas extremas a enfermar, a convulsionar, acorde con la irracionalidad y el desorden que instala la enfermedad (convulsiones), como metáfora biomédica, versus un terror con sujeto planificador, frío, racional y autoritario. El primer terror convocó al segundo. El segundo es infinitamente peor. Si el primero remite a la metáfora biomédica de las convulsiones (un desorden de la naturaleza, de la materia), el segundo apunta a la metáfora teológica del Infierno (el Mal, instalado ahora en el territorio metafísico). Acá se situará el trabajo con lo infernal, repetido una y otra vez en el Prólogo: “tecnología del infierno”, “horrores”, “espantos”, “fantasmal”, “caza de brujas o de endemoniados”, “horror”, “abismo sin fondo”, “suplicios infernales”, “fuerzas del mal”, “antros”.

Ese terror frío y calculador es, entonces, el único capaz de producir una “tecnología del infierno” y no “convulsiones”. El problema de la valoración de “infernal”, aplicada a una operación política de represión y aniquilamiento, está en las voces que hablan en ella, y que triunfan allí: son, sin duda, las del enemigo al que se quiere denunciar. Vamos a profundizar esto más abajo, pero digamos por ahora, solamente, cuánto terror hay por un adversario al que se le da semejante estatuto sobrenatural.

El efecto terrorífico está producido, en resumen, *por la abstracción de relaciones sociales e históricas* y el reemplazo de esas fuerzas vivas, comprensibles, entramadas en una lucha política, por sujetos abstractos o no-humanos, incluso demoníacos. Para volver al comienzo del Prólogo: el sujeto paciente, que sufre la acción, “la Argentina”, es objeto del verbo

convulsionar, ejecutado éste por un agente externo, el terror, que llega quién sabe desde dónde, a la manera de una enfermedad.

2. Dos demonios

La demonización del sector guerrillero del bando popular era un éxito ideológico del bloque de clases dominantes ya a mediados de la década del setenta. Analizando los hechos armados ocurridos en nuestro país entre 1973 y 1976, Juan Carlos Marín⁵¹⁷ demuestra cómo el bando capitalista consigue imponer un discurso que asocia las acciones políticas armadas de izquierda con el Mal abstracto, identificándolas con una política de la muerte. Para lograrlo, la operación discursiva consiste en comparar los hechos armados guerrilleros y los hechos armados del bando represor, a partir de un discurso congelado que podría formularse “Ellos están por la muerte, nosotros por la vida”. En efecto, “nosotros” demuestra que del total de los hechos armados con muertos, heridos y detenidos, el 75% de los que hace la subversión tiene muertos y heridos, sólo el 30% de los que hace la antisubversión los tiene. Por desgracia, estas cifras tendieron a satisfacer también a los grupos guerrilleros que, atrapados en una concepción militarista de la política revolucionaria, creyeron ellos también en estos números y leyeron en ellos la falacia de que “iban ganando”.

Sin embargo, iban perdiendo. La estadística estaba hecha sobre un total recortado (los hechos armados con bajas): en realidad, el 35% de todos los producidos⁵¹⁸. Sobre el 100% de los hechos armados, Marín muestra que el 72% de los que produjeron bajas fueron hechos por el bando burgués y el 82% de los que *no* produjeron bajas fueron hechos por el otro bando. Quedaría desarmada así, por lo menos con datos objetivos, la asociación guerrilla/mal. Sin embargo, la potencia y el éxito de esta formulación pervive incluso en el

517 Juan Carlos Marín, *Los hechos armados. Argentina 1973-1976. La acumulación primitiva del genocidio*, Buenos Aires, Picaso/La rosa blindada, 1996, (1ª ed. CICOSO, 1984).

518 Que dentro de los enfrentamientos con bajas el 70% de los del bando del régimen produzca detenidos no muestra, como queda claro después por el análisis que hace Marín, su “humanitarismo”, sino su objetivo militar: acumular cuerpos.

prólogo de Sabato. De esta fuente sale uno de los dos demonios (llamémosle “demonio 1”, dado que convocó al “demonio 2”, que se enfrentaron.

¿Pero de dónde sale el segundo demonio? De una simple inversión de valoraciones discursivas que el Prólogo pone en letra impresa y escrita, tal vez por primera vez: un discurso que invierte los términos valorativos del que demonizó a la subversión pero no los modifica: el bando de la muerte, el infernal, ahora es el de los represores. Y los reprimidos no pueden pertenecer, entonces, al “demonio 1”. El planteo es siempre muerte versus vida, se borra la lucha de clases. “Delincuentes subversivos” versus “fuerzas legales”, o “militares demoníacos” versus “ciudadanos inocentes”.

En la “teoría” de los dos demonios resuena el “todos los extremos son malos”, “los extremos se tocan”, etc. Desde esta ecuanimidad neutral y serena el prólogo plantea que los dos “extremos” fueron demonios. Subyace aquí una presuposición: el bando subversivo *debía* ser derrotado, como todo demonio; el problema era cómo. Si el Prólogo sostiene que “en nombre de la seguridad nacional” “miles y miles de seres humanos” desaparecieron, no se priva de dejar claro, en otro lugar, que “la seguridad nacional” estaba efectivamente en peligro. Y sin duda estaba en peligro lo que el bloque capitalista entiende por “seguridad nacional”.

Al aludir al “por algo será”, Sabato escribe que se quería “así propiciar a los terribles e inescrutables dioses”. Describe de este modo un punto de vista ajeno y ya pasado, el de quienes “justificaron el horror”. Sin embargo, ¿qué presuposiciones subyacen en la voz de Sabato cuando insiste con la valoración “infernal” y todo lo que ella implica? Es hora de desarmar esta apelación al Averno. Plantear que la represión fue satánica es plantearla como el Mal absoluto, omnipotente, terrible, inescrutable, pero que vino a hacer una forma particular de justicia, la que merecen los pecadores, triste a los ojos de Dios aunque de la cual ningún culpable escapa. Entonces, los

“inocentes” secuestrados por el “demonio 2” son inocentes que no obstante se hunden en el infierno, como cualquier pecador... Por algo será...

Crece, entonces, el respeto por el “demonio 2”: se trata de “terribles e inescrutables dioses”; Satán es una manifestación divina y nada se le opone. Es la posibilidad más horrenda: los dioses están locos⁵¹⁹. “Represión demencialmente generalizada”, “delirio semántico”; pero además, una sutil autorreferencialidad donde las expresiones citadas pueden remitir al propio prólogo: porque el “delirio semántico” alrededor de la oposición bien/mal, orden occidental y cristiano/subversión apátrida, materialista y atea, que denuncia Sabato, tiene la misma, obsesiva intensidad y proliferación que posee, en este Prólogo, el campo semántico de lo infernal. El factor constructivo del texto es insertarse desde la *oposición*, para que los discursos no rocen siquiera algún momento *subversivo*, en el que se discutan los presupuestos del discurso central que se quiere atacar.⁵²⁰ Por eso opone al “delirio semántico” del adversario su propia proliferación semántica, tan irracional como aquélla. Sin embargo, desde nuestra lectura, ni Sabato ni el adversario “deliran”. Calificar de demente el discurso adversario es un buen modo de evitar toparse con su inquietante y efectiva materialidad, de acudir

519 Mi alumno Gonzalo Carranza (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, FFyL, UBA) me hacía notar la notable similitud entre esta imagería y las obsesiones literarias de Ernesto Sabato. Lamentablemente, nadie en la sociedad argentina autorizó a Sabato a desahogar sus fantasmas personales en el prólogo del Informe de la Conadep, tampoco nadie leyó el texto como literatura.

520 Sobre la diferenciación entre discursos opositores y subversivos, cf. Alejandro Raiter, “Dominación y discurso. Signos imaginarios”, en *Margen izquierdo*, Buenos Aires, año I, n.º 1, 1989. Raiter señala cómo los discursos son formulados, recibidos y escuchados a partir de un discurso dominante o hegemónico, que define así: “Sistema social de referencias semióticas: todo lo producido en una sociedad adquiere una significación particular en función de esas referencias establecidas”. Los discursos que se sitúan negando las referencialidades hegemónicas, cuestionando los presupuestos fundamentales del discurso dominante, pueden llamarse *subversivos*; los que simplemente contradicen el discurso dominante, pero sin negar las referencialidades que supone, son *opositores*. Para aclarar con un ejemplo que no atañe al Orden de Clases sino al de Géneros: en los años sesenta, el discurso subversivo que planteaba el “amor libre” fue neutralizado con un discurso opositor, el que sostenía las relaciones “prematrimoniales”. Mientras el primero ponía en jaque la pareja tradicional, la institución conyugal y la familia, presupuestos básicos del discurso dominante, el segundo simplemente contradecía el discurso explícito que planteaba la obligación moral de llegar vírgenes al matrimonio.

a la “exclusión” de la voz “delirante” como procedimiento de control y desactivación de un discurso que, no obstante, tuvo un poder descomunal en la Argentina⁵²¹. Sería fácil y erróneo hacer lo mismo con Sabato y decir que él opone, al delirio enemigo de la lucha del Bien Absoluto contra el Mal Absoluto, un nuevo “delirio”. Al contrario, su planteo es parte de una operación cuidadosa que proclama la victoria del enemigo, lo acepta, cree en él como todo cristiano debe creer en el Demonio, o como cualquier pagano podría creer en un inescrutable dios todopoderoso. A lo sumo le pide (y pide a la sociedad toda) que “nunca más” Él necesite hacer lo que hizo. Aquí el título se vuelve súplica.

3. Las víctimas políticas

Así las define el texto: “Seres humanos”; “seres humanos, generalmente jóvenes y hasta adolescentes”; “seres que sin embargo no eran cosas, sino que conservaban atributos de la criatura humana: la sensibilidad para el tormento, la memoria de su madre o de su hijo o de su mujer, la infinita vergüenza por la violación en público; seres no sólo poseídos por esa infinita angustia y ese supremo pavor, sino, y quizás por eso mismo, guardando en algún rincón de su alma alguna descabellada esperanza.”

Es la “criatura humana” la que fue atropellada en cada persona torturada y asesinada. No se trata de negarlo, por supuesto. Pero si hablamos de víctimas políticas, ¿por qué no puede decirse, además, que se trató de seres humanos politizados, cuyas elecciones y cuyo castigo tuvieron que ver con causas políticas, seres definidos desde ellas y por eso transformados en víctimas? Esta parte de la definición de víctima es conscientemente ignorada por el texto, al punto de construir, cuando

521 Michel Foucault enumera una serie de mecanismos por los que una sociedad regula y controla la proliferación y el poder de los discursos y de los significados y ecos que éstos puedan despertar. La “exclusión” es uno de ellos y es, por excelencia, el mecanismo con que se neutraliza el discurso de la locura. Excluir lo que el loco dice no supone impedirle hablar, sino expulsarlo de aquello que debe ser tomado en cuenta. (Cf. *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1980).

debe aludir a ese aspecto, lo que hemos llamado *angelización*⁵²².

Pero antes de llegar a esto, detengámonos en dos predicados más con los que el Prólogo construye a las víctimas: “desamparados”, “abandonados por el mundo”. Aquí se agrega una nueva significación: el mundo abandonó a los desaparecidos. Sabato consigue así lo que ni la dictadura militar había logrado: borrar la lucha nacional e internacional por la aparición con vida y por la denuncia de los crímenes de la represión, que “convulsionó” al mundo entero durante esos años y que sostuvo un puñado de mujeres, desde el corazón mismo de nuestro país, jueves a jueves, aún en los momentos más difíciles. Construir víctimas “desamparadas” y “abandonadas por el mundo” supone romper todo lazo solidario –ya ni siquiera militante– y, en ese sentido, comienza una etapa que atravesará el Orden de Clases de las dos décadas siguientes en la Argentina: la de la fragmentación, la indiferencia por el prójimo, la ausencia de cualquier vínculo. Pero además, la expresión de Sabato nos tiñe a todos con una culpa colectiva y abstracta. Porque mientras Ernesto Sabato almorzaba con Videla en mayo de 1976, y declaraba, al salir, que “hubo un altísimo grado de comprensión y respeto mutuos”⁵²³, un sector de la ciudadanía era menos comprensivo. Así, hubo quienes colaboraron como modestos hilos de amplias redes de información que permitieron, por ejemplo, que cientos de nombres de secuestrados dieran la vuelta al mundo; un número importante de egresados de liceos militares optaron por dejar la carrera para no tener que ensangrentarse las manos; represores de la línea legalista alzaron su voz audiblemente

522 Categoría planteada por el grupo de investigación sobre narrativa posterior a 1983, que dirigió Julio Schwartzman y funcionó en el Instituto de Literatura Hispanoamericana (FFyL, UBA). El grupo estuvo inicialmente integrado, además de por Schwartzman, por Silvina Abelleiro, Marcelo Bello, Sandra Román, Silvio Santamarina y yo. Sesionó entre 1992 y 1996, su primera sede fue el Instituto de Literatura Argentina, en la misma Facultad.

523 Cf. *La Opinión*, 20 de mayo de 1976. Notablemente, el escritor católico, nacionalista de derecha, Leonardo Castellani, otro comensal invitado por Videla, usó la reunión para preguntar por la suerte de Haroldo Conti, integrante del Ejército Revolucionario del Pueblo y desaparecido días atrás. Sabato, en cambio, no hizo alusión alguna a desapariciones que, como decía el poder, ni siquiera estaban probadas, y eligió para “expresar su inquietud” (*La Razón*, 19 de mayo de 1976) a una víctima legal: el escritor Antonio Di Benedetto, detenido a disposición del Poder Ejecutivo.

contra la política de desaparición y tortura; el jefe de inteligencia montonero Rodolfo Walsh llevó hasta el límite la inventiva para poder informar y denunciar las desapariciones, etc.

Pero en el texto, colectivo y abstracto, “el mundo abandonó”. Desamparados como los muertos cuando van al Infierno, las víctimas de Sabato nos señalan con el dedo.

4. La angelización

“En cuanto a la sociedad, iba arraigándose la idea de la desprotección, el oscuro temor de que cualquiera, por inocente que fuese, pudiese caer en aquella infinita caza de brujas, apoderándose de unos el miedo sobrecogedor y de otros una tendencia consciente o inconsciente a justificar el horror: ‘Por algo será’, se murmuraba en voz baja (...)”

Frente al “Por algo será” como un discurso dominante inscripto en el Orden de Clases, Sabato da su respuesta que apenas invierte los términos: “no fue por nada”. Frente al “esto les pasó a quienes se lo merecían”, opone “esto le pasó a los que no se lo merecían”. Queda intacta la presuposición: *alguien* se lo merecía. Queda intacta la “tendencia consciente o inconsciente a justificar el horror”.

“Sentimientos [los del ‘por algo será’] sin embargo vacilantes, porque se sabía de tantos que habían sido tragados por aquel abismo sin fondo sin ser culpables de nada.”

¿Cómo leer la “vacilación” de los sentimientos, precisamente en este Prólogo que sistemáticamente opera con dos discursos en *oposición*? “Por algo será”/“no es por nada”; “víctima culpable”/“víctima inocente”. Entonces, la valoración, el juicio, *recae sobre los adjetivos “culpable” o “inocente”, no sobre el estatuto de ser víctima*. Sobre él, hay consenso. Es a partir del consenso sobre la necesidad y conveniencia social de que haya desaparecidos, que se elige como terreno de discusión los adjetivos “culpable” o “inocente”.

He aquí la valoración triunfante que impuso el victimario: “Yo tengo derecho a cobrar mi víctima”. El Prólogo se erige

contra el “por algo será” sin tocar ninguna de sus presuposiciones fundamentales. Por eso las descripciones de las víctimas funcionan como una racionalización y verosimilización de la palabra “inocente”: “Desde gente que propiciaba una revolución social hasta adolescentes sensibles que iban a villas miseria para ayudar a sus moradores”.

La “gente que propiciaba una revolución social” aparece como *diferente* de la que “iba a villas miseria para ayudar a sus moradores”. A partir de este Prólogo, el trabajo en la villa se transformará en un verdadero tópico angelizador de las víctimas en el cine nacional que “denunció” la represión: apelando a su posible confusión con la beneficencia, esta actividad que fue históricamente un modo activo de militancia, desenvuelto por organizaciones de la izquierda radicalizada, a menudo armadas, en nuestro país, se representará en el cine como una actividad “inocente”, un modo humanitario de asistencia. Así la tomarán por ejemplo *La noche de los lápices* (Héctor Olivera) o *La amiga* (Jeannine Meerapfel).

A continuación, el texto ofrece una verdadera tipología de los desaparecidos que vale la pena desmontar:

Todos caían en la redada: dirigentes sindicales que luchaban por una simple mejora de salarios.

¿El objetivo mejora de salarios es “simple” frente a uno “complejo” que se calla, la revolución social? Poner en primer lugar de la enumeración a los dirigentes sindicales es sintomático: sin duda, el dato más alarmante, el que decidió al bloque burgués a reprimir brutal y definitivamente, fue el fenómeno de radicalización política de muchos dirigentes sindicales y de sus bases. No casualmente Balbín habló de “guerrilla fabril”, guiñando convenientemente su ojo “democrático” para consensuar con el brazo armado de las clases dominantes la necesidad de un exterminio. Una vez producida la masacre, Sabato se apresura a separar el movimiento obrero de quienes “propiciaban una

revolución social”, llora a las víctimas sindicales, sin duda “inocentes”, así como las clases dominantes argentinas lo hicieron con el gaucho que, masacrado por ellas, era recordado como baluarte de tradiciones nacionales, a principios de este siglo⁵²⁴.

[...] muchachos que habían sido miembros de un centro estudiantil, periodistas que no eran adictos a la dictadura, psicólogos y sociólogos por pertenecer a profesiones sospechosas, jóvenes pacifistas, monjas y sacerdotes que habían llevado las enseñanzas de Cristo a barriadas miserables. Y amigos de cualquiera de ellos, y amigos de esos amigos, gente que había sido denunciada por venganza personal y por secuestrados bajo tortura.

Una vez que el discurso ha negado la politización y radicalización de la clase obrera, sigue el mismo procedimiento, ahora con la clase media. La consigna es separar el predicado “revolucionario” del sujeto víctima. Haber sido miembro de un centro estudiantil, pertenecer a ciertas profesiones o ser monja o sacerdote aparecen como argumento de inocencia: si ésas fueron las víctimas, entonces no fueron militantes. Como es obvio, esto atenta contra la más elemental verdad histórica: centros de estudiantes de los años setenta, un sector de la Iglesia, jóvenes profesionales del área de las ciencias sociales, médicos, científicos, periodistas y escritores, todos fueron ganados por ideologías revolucionarias y parte de ellos tuvieron una militancia apasionada, a veces adentro o alrededor de las organizaciones guerrilleras. Se licúa, se *fragmenta* así lo que fue un movimiento social organizado, se separa la lucha de los ciudadanos habitantes de una villa por la construcción de una cloaca, o de los estudiantes secundarios por el boleto

524 Aquí, algo interesante: el prólogo apela constantemente a la oposición “civilización” (representada por la ley y la Constitución nacional)/“barbarie” (representada por el “demonio 2”, el de la represión ilegal). Gastado, con la fuerza del lugar común, reaparece, a la hora de llorar nuevos masacrados, el discurso que justificó la masacre de un siglo atrás.

estudiantil, de aquello con lo que estaban inextricablemente unidas: la voluntad revolucionaria. Esta *fragmentación* (que señalaba en clase mi alumno Ángel Álvarez –FFyL, UBA–) es otra de las operaciones que se instalarán en el Orden de Clases y marcarán los años ochenta y noventa, fragmentación que refuerza y signa la que organiza desde la circulación de saberes (fotocopias indiferenciadas, descontextualización, etc.) hasta las relaciones personales, pasando por producciones estéticas como el videoclip o hábitos de consumo de TV como el *zapping*⁵²⁵.

Cierto que no se necesitaba integrar la guerrilla para desaparecer, pero no es cierto de ningún modo que eso supusiera “inocencia”, es decir no ser subversivo⁵²⁶. Subvertir el sistema capitalista era objetivo compartido. En cuanto al derecho del bando popular a realizar hechos armados, un enfrentamiento que comprometiera los cuerpos, era parte de los presupuestos aceptados, más allá de que hubiera muchas organizaciones que no consideraran conveniente, por el momento, optar por la vía armada. El “delirio” de los represores no era nada delirante cuando elegían como víctimas a dirigentes obreros. La alternativa no era ser un “simple” miembro de un centro de estudiantes o un terrorista o “cuadro combatiente de la guerrilla”, como planteará Sabato en seguida: “Todos, en su mayoría inocentes de terrorismo, siquiera de pertenecer a los cuadros combatientes de la guerrilla”.

Sobre la reducción de los hechos armados a los hechos guerrilleros, y sobre la operación político-discursiva que esto significa habla el citado libro de Marín. Sabato aprovecha la vigencia, en los discursos del Orden de Clases, de esta construcción ideológica previa, por la que el blanco del bando burgués parece ser, exclusivamente, la guerrilla. Basándose en ella, el texto la profundiza y amplía. Ahora no sólo la guerrilla

525 Por supuesto, esto no supone un juicio de valor sobre la estética del fragmento sino entenderla en serie con fenómenos del Orden de Clases que no la determinan, pero sí participan productivamente en su lectura.

526 La “inocencia” de los desaparecidos está apoyada una y otra vez en el Prólogo por el campo semántico de la temprana juventud: “muchachos”, “adolescentes sensibles”, “generalmente jóvenes y hasta adolescentes”, etc.

es el “Partido de la Muerte”, sino que *es la única que detenta cualquier intención revolucionaria, subversiva*. De un lado, el “demonio 1”; del otro, “adolescentes sensibles”, “muchachos”, gente que llevaba a cabo luchas “simples” o “enseñanzas de Cristo”, “amigos”, “amigos de amigos”: nunca militantes políticos.

[...] porque éstos [los cuadros combatientes de la guerrilla] presentaban batalla y morían en el enfrentamiento o se suicidaban antes de entregarse, y pocos llegaban vivos a manos de sus represores.

Frente a la mentirosa postulación de inocencia de la mayoría de las víctimas, el texto precisa verosimilizar. El escritor benemérito, presidente de la Conadep, en cumplimiento de una alta misión democrática, utiliza toda la legitimidad de su palabra para sostener que los guerrilleros “presentaban batalla y morían en el enfrentamiento o se suicidaban antes de entregarse, y pocos llegaban vivos a manos de los represores”.

Es cierto que muchos combatientes murieron así, pero también lo es que la política de la represión fue *acumular cuerpos vivos*, como demuestra con cifras Marín (¡analizando todavía la represión *anterior* al 24 de marzo de 1976!), no exterminarlos de inmediato, para extraerles información y aun utilizarlos como insignia de poder frente a otros grupos represores⁵²⁷. Por otra parte, el propio Sabato reconoce que el “terror” del bando militar produjo desaparecidos y no muertos. El objetivo táctico del bando burgués es hacer prisioneros, su objetivo estratégico es aniquilarlos. Esto explica el “procedimiento sistemático” de secuestros primero, luego torturas y sólo por último asesinatos, que el Prólogo denuncia con las graves ambigüedades que acá se analizan. Sin embargo, verosimilizar que los desaparecidos no fueron subversivos es el requisito para construir el equivalente al “por algo será”, su cara opositora.

527 Véase al respecto *Almirante cero*, de Claudio Uriarte, Buenos Aires, Planeta, 1992.

En este contexto, ¿cuál es la víctima que se instala como indecible en el Orden de Clases? La víctima que no se puede pronunciar es la “culpable”, no es posible *decir* que alguien se condeule por ella. Efectivamente, si hubiera sido “por algo”, bien hubiera estado hecho.

5. Un semillero

En el Prólogo al *Nunca más* se hace discurso impreso un discurso entonces articulable, *decible*, alrededor del pasado reciente argentino, en el Orden de Clases de 1984; digamos que el Prólogo lo legitima, le otorga la organización y sistematicidad que aporta la lengua escrita, lo pronuncia desde un emisor prestigioso, lo sanciona como Verdad. Por eso el Prólogo será un semillero adonde abreven aún hoy los discursos que “denuncian” la feroz represión del pasado régimen militar⁵²⁸. La construcción de las víctimas, de su recuerdo, de sus experiencias, de su historia dolorosa, se tejió *exclusivamente* con hilos devanados de este texto. Durante mucho tiempo no fue posible *decir* ninguna otra cosa, no fue posible escucharla. Por eso la irrupción del discurso de Scilingo, que planteó por primera vez la posibilidad de acentuar la valoración en el signo *víctima*, más allá de que fuera culpable o inocente, fue escandalosa en muchas direcciones y para sectores muy diversos. Que haya sido un represor el que logró conmocionar los discursos del Orden de Clases, al punto de obligar a Balza a salir a neutralizarlo, no es sino otra desdichada muestra de la profundidad del desarme y la derrota que, en el terreno ya no de cuerpos, sino de la producción de significados y discursos, sufrió el bando popular.

En efecto: dos demonios, tabú del enfrentamiento⁵²⁹ que borra

528 Nota final: Dejo intacta esta formulación escrita en 1995, leída en 1996, publicada en 1997 y en 2002. No obstante creo que el fin de la impunidad que supuso el kirchnerismo la ha desactualizado (por fortuna). El Prólogo ya no es el semillero exclusivo de significaciones pronunciadas sobre este tema. Desde hace muy pocos años cada vez se puede apelar a otros significados, tanto a izquierda como a derecha. Se cuestiona la construcción del y la desaparecid@ “inocente” para debatir sobre la militancia.

529 La existencia de un tabú del enfrentamiento, consolidado a partir de 1983 es otra de las observaciones que nuestro grupo de investigación pudo hacer al trabajar la narrativa

el accionar responsable y consciente de las víctimas y niega la convicción subversiva de un amplio sector del campo popular, abstracción de la lucha de clases y elisión de los sujetos sociales, de beneficiarios y perjudicados⁵³⁰, son algunos de los discursos que congela el Prólogo y conformarán el repertorio de signos con los que se construyó la subjetividad de las víctimas de la represión en el cine y buena parte de la literatura, y los libros periodísticos de esta época.

6. Una comparación posible

Título de un libro de Rodolfo Walsh: *Operación Masacre* (1957). Un sustantivo verbal (“operación”, de operar) que supone un agente, las “operaciones” no son “procesos”, implican intencionalidad y protagonismo humano. Diccionario de la R.A.E.: “ejecutar diversas acciones y trabajos”.

“Masacre” es otro sustantivo verbal en posición de objeto sobre el que recae la acción, lo que [alguien] opera es una “masacre”. Pero además, “masacre” repone a las víctimas, aquéllos a quienes se masacró (masacre, en definición de diccionario, es asesinato de animales o de personas). Tenemos, entonces, sujetos en posición de sujeto y de objeto, victimarios y víctimas: una relación social. *Operación masacre* de Rodolfo Walsh está protagonizado por mujeres y varones cuidadosamente dibujados como peronistas o no, algunos “culpables” de complicidad con el intento de golpe de Valle y Tanco, otros inocentes, represores con mejores o peores sentimientos, cínicos o más o menos horrorizados por las y discursos aldeaños (cine, TV, periodismo, etc.). Este tabú opera obturando no sólo la representación de la militancia revolucionaria, armada o no, sino también el desarrollo de cualquier polémica, desacuerdo incluso teórico o académico, pensamiento comprometido con su incidencia política o social. Hasta dónde este tabú fue afectado por el discurso de Scilingo, hasta dónde hoy está cayendo, es algo que todavía debe investigarse.

530 “El ‘Proceso’ no es una práctica, esencialmente, estrictamente militar. Las Fuerzas Armadas fueron, son, el instrumento con que el bloque de clases dominantes modeló una nueva sociedad por cuenta y riesgo de sus tenedores sociales y políticos. Responsabilizar únicamente a los militares de lo que pasó supone vaciar, hacer desaparecer, la responsabilidad insoslayable de los beneficiarios del ‘Proceso’. Es preciso afirmarlo inequívocamente: el ‘Proceso’ tuvo beneficiarios y víctimas. No perjudicó a todos. Sostener: ‘perjudicó a todos’ equivale a borrar de un plumazo los intereses de clase.” (Alejandro Horowicz, “La democracia de la derrota”, en *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Planeta, 1990).

órdenes que reciben, todos atrapados en un combate que en un sentido los trasciende y los fuerza a definirse. Ni angelización ni demonización: matar a adversarios políticos es *un asunto humano*. Ni “nunca más”, ni “otra vez”, ni “muchos más” (aquel MM con que amenazaban los represores en 1984, jugando sádicamente con el terror de la gente como un adulto disfrazado de cuco puede jugar con el terror de un niño): a *Operación masacre* le importa entender, para poder rehacer, defenderse, ganar.

Título de uno de los libros más vendidos en la historia de la industria editorial argentina: *Nunca Más* (1984). Ahora tenemos dos adverbios, esta clase de palabras no puede ser sujeto ni objeto. Como sintagma, sólo puede leerse como modificador de una oración presupuesta, encubierta. Como parte de una oración, está planteado para ser completado: ¿qué cosa [construcción sustantiva] “nunca más”?; y esa cosa, ¿“nunca más” qué verbo? El sintagma “Nunca más” ganó un lugar hegemónico en los discursos del Orden de Clases de la sociedad argentina. Se lo usó para hablar del atentado a la AMIA, para aludir a los 20 años del 24 de marzo de 1976, parece frase hecha obligatoria cada vez que la sombra del terror se evidencia. Verdadero hallazgo semiótico, su ambigüedad funciona así productivamente, hoy, para que el miedo argentino lea allí lo que quiera.

Hasta acá, el título leído como oración, en su sintaxis. Visto ahora como enunciado pronunciado por alguien a otros, como hecho comunicativo, aparecen sugerentes posibilidades: ¿“Nunca más” es una prohibición? ¿Es súplica? ¿Es constatación? Veremos que cada una de estas posibilidades aparecen en el Prólogo.

7. ¿Nunca más qué?

- Nunca más una esperanza: “De ahí se partía hacia el antro en cuya puerta podía haber inscriptas las mismas palabras que Dante leyó en los portales del infierno: ‘Abandonad toda esperanza, los que entráis’”.

Aquí, el título es una constatación.

- Nunca más verdad sobre el destino de las víctimas y castigo a los represores: “*Nunca* un secuestrador arrestado, *jamás* un lugar de detención clandestino individualizado, nunca la noticia de una sanción a los culpables de los delitos”.

Así, más allá de las intenciones conscientes del texto, el título leído hoy es una promesa, una profecía que hizo Sabato en 1984. Y, por supuesto, se inscribe en la larga lista de derrotas y fracasos que el bando popular tiene en su haber.

- Nunca más las fuerzas infernales, los dioses terribles e inescrutables, planificarán su terror en la Argentina. Contra ellos, la civilizada democracia.

- Nunca más se intentará una política revolucionaria en la Argentina. Porque al demonio sólo se lo deja afuera dejando el pecado afuera. Entonces, el título tiene valor de prohibición o de advertencia hacia potenciales víctimas, no hacia los victimarios. En ese sentido, Horowicz sostuvo que el libro operó no sólo como denuncia de lo que ocurrió, sino como manual de lo que le espera al que da batalla, como procedimiento disciplinador⁵³¹.

- Perfeccionando la máquina de aterrorizar que es este Prólogo, la tajante negación del “nunca más” está contradicha en su interior: “Muchas familias vacilaron en denunciar los secuestros por temor a represalias. Y aún vacilan, por temor a un resurgimiento de estas fuerzas del mal”.

Ningún análisis político que objete o confirme la posibilidad de un nuevo golpe de Estado opone el autor a la vacilación y el miedo, a esta posibilidad de resurgimiento mágico de lo abominable, de lo que “nunca más” debería resurgir. Aquí es donde el enunciado título abandona la constatación para transformarse en súplica hacia esas fuerzas del mal, que –en su infinita, caprichosa omnipotencia– pueden reactivarse.

Sujetos y objetos, victimarios y víctimas, relaciones sociales, factores políticos, no sólo están ausentes del título, sino que pierden toda posibilidad de convocarse a partir de él. Porque la potencia negativa de los dos adverbios prohíbe cualquier refle-

531 Alejandro Horowicz, op. cit.

xión, amordaza, con el grito afectivo y visceral, toda posibilidad de pensar el tema. Y aquí otro sentido posible:

- “Nunca más pensar el tema”. El Prólogo perfecciona un mecanismo de los represores que él mismo describe: “[comandos armados] aterrorizaban a padres y niños, a menudo amordazándolos y obligándolos a presenciar los hechos”.

El Prólogo del Informe de la Conadep “aterroriza” y “amordaza”, “obligando[nos] a presenciar los hechos” que se describirán cuando él calle, después de habernos avisado que nada de lo que sigue tiene que ver con relaciones humanas, políticas, sociales. Y frente a esta evidencia, ¿qué nos queda sino elevar los brazos y clamar al Cielo la súplica colectiva “nunca más”? Así, el título no es ni siquiera una promesa. El terror ciudadano ha quedado garantizado para varias décadas.

8. Pensar otra política de la memoria

Amenazar con el Infierno como estrategia de disciplinamiento social es un viejo truco medioeval. Notable: ¡terror medioeval en pleno capitalismo! ¡Y les sale bien! Una prueba más de que no sólo de factores de clase se hace la subjetividad humana. Torturas de la Inquisición, torturas de la ESMA: ¿cómo desactivar esta catacumba en la que, ahora sí desamparados, tenemos sumergida nuestra subjetividad?

Final de *La noche de los lápices*, de Olivera: la cámara, del lado de adentro de las rejas, acompaña a Pablo Díaz (Leonardo Sbaraglia) que sale de su cautiverio. Pablo cruza la puerta, se aferra a los barrotes, grita mirando a cámara la mentira desesperada: “¡Ustedes van a salir!”. La promesa es para sus compañeros de cautiverio, que escuchan, como los espectadores, *de este lado de las rejas*. En efecto, Pablo se va y el carcelero da dos vueltas de llave a la puerta y la cámara, nosotros, quedamos aquí adentro, purgando para siempre el pecado colectivo de habernos animado a soñar con un mundo más justo.

Frente al oscuro, amenazante discurso oficial del medioevo,

cuenta Mijail Bajtin, el pueblo apelaba a *la risa en comunidad*. Retomar las mismas amenazas infernales pero ahora volverlas grotescas, parodiar las misas, las amenazas y los sermones, exhibir contra la supuesta eternidad del poder feudal la certeza de que en la naturaleza nada es eterno, todo muere, todo vuelve a la tierra (excrementos, cuerpos humanos) para fertilizarla y hacer nacer más vida. Todos juntos en la plaza pública, riéndose, podían perder el miedo a la muerte y a las torturas del Infierno. Después de todo, los poderosos también se iban a morir, y se volvían fantechos patéticos cuando el pueblo los imitaba, disfrazándose de ellos, parodiando sus discursos, en las farsas carnalescas.⁵³²

No creo que la apelación al carnaval y a la risa, para perder el miedo, pueda forzarse, planearse. Aunque sí podemos contribuir a generar un clima en donde esto pueda surgir. Es urgente insistir en lo que se ha dado en llamar “recuperación de la memoria”, pero de modos más efectivos. Reponer sujetos sociales y reponer humanidades y afectos (contradictorios, bellísimos o repugnantes, pero *afectos*) allí donde sólo hay enviados del infierno y víctimas inocentes. Si “recuperar la memoria” es recuperar, cada vez, un terror incomprensible y abstracto, si es recuperar, cada vez, la prohibición de pensar y discutir qué pasó, no hay memoria alguna, hay un sutil modo de olvido.

Y además, un problema grave: una parte mayoritaria de las nuevas generaciones no puede ni quiere *saber* lo que pasó. Podemos enojarnos y juzgar, o podemos pensar que tienen sus razones y sus motivos, y tratar de escucharlos. Hay que generar, para los más jóvenes, una *política de la memoria* distinta de la que se ha planteado hasta ahora, y que tampoco puede repetir las desgastadas recetas del dedito levantado, el consignismo, las lecciones de iluminados a tarados sin conciencia, el deber ser, todos recursos que utilizaron hasta el hartazgo las agrupaciones de izquierda. Empezar a discutir cómo se hizo y cómo

532 Mijail Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza, 1987.

se hace este discurso nuevo, pero también cómo puede hacerse, es objetivo de este trabajo.

Anexo documental II

La democracia de la derrota

El peso de los muertos atormenta la conciencia de los vivos: Carlos Saúl Menem es el presidente de la República Argentina.

Evitar el triunfo peronista; para los votantes de extracción popular de la Unión Cívica Radical, por sobre todas las cosas se trató de evitar el triunfo peronista. En sus cabezas, peronismo era antesala de golpe de Estado, de gobierno militar, de horror y de muerte. Entonces, para que no retornaran los militares, votaron por Eduardo Angeloz.

La muerte militarizada, la economía de guerra y las víctimas sociales de la guerra de clases quedaron inscriptas en la memoria colectiva. Por eso, los votantes populares del Frente Justicialista de Unidad Popular acaban de sufragar contra la economía política de la masacre, contra la continuidad que descarga sobre sus cabezas las furias del rodrigazo permanente. Esa vivisección del pasado resultó así: vincularon economía alfonsinista con economía militar, oponiéndole la mítica figura del general Perón impresa sobre el poncho provinciano del doctor Menem.

Algo queda suficientemente claro: la historia que nos tiene por protagonistas, víctimas y testigos, resulta insopportable. De ahí que se quiebre, se deshaga, y se rehaga, en la conciencia colectiva.

Para un hemisferio de las víctimas, el radicalismo garantiza que el pasado ominoso no retorne como presente insopportable. Para el otro, la insopportabilidad del presente resulta tan intensa que el pasado se fragmenta con beneficio de inventario: Perón y Gelbard, sí; Isabel y López Rega, no. La primera parte se

eterniza, la segunda se oculta.

Desde este abordaje limitado al imaginario político popular, ambas posturas encierran un nudo común: son tributarias del “Proceso”. Es decir, se trata de horizontes construidos por la victoria del “Proceso”, por la derrota de la voluntad moral de transformar revolucionariamente la sociedad argentina. En suma, el peso de los muertos atormenta de tal modo la conciencia de los vivos que la fractura del pasado es una operación exigida para la desmovilización del presente.

Este libro fue escrito hace cinco años. Intenta dilucidar el sentido de sucesivos peronismos preexistentes, así como su manifestación política actual. Es un texto con las claves del presente desde la perspectiva materialista de la historia; no he corregido sino erratas. ¿El motivo? Una constatación fáctica: mi análisis no se ha modificado y las transformaciones políticas que el alfonsinismo imprimió al peronismo no lastimaron mis hipótesis de trabajo. Con una diferencia, las hipótesis se convirtieron –después de este 8 de julio de 1989– en fuerzas sociales vivas y, de más está decirlo, las fuerzas vivas no tienen por qué confirmarlas.

Una pregunta rehace, en consecuencia, los protocolos de lectura: ¿La victoria electoral del justicialismo construye un punto de inflexión para la derrota de 1976? ¿Estamos ante una versión corregida de 1973?

El golpe del 76 constituyó un “tajo histórico”. Un ciclo quedó concluido y otro arranca. Comenzó con la gestión militar, prosiguió con Raúl Alfonsín, y tiene en el FREJUPO su tercer gobierno. Todo el sistema político quedó resignificado. Ni la UCR tiene mucho que ver con la lucha de Hipólito Yrigoyen, ni el PJ con los sucesivos programas del general Perón. La formación económico-social que posibilitó la conformación del peronismo y el retorno del general Perón ya no existe, fue radicalmente transformada en sentido reaccionario. Resulta aventurado suponer que alguno o algunos se propongan seriamente modificarla en sentido inverso. El bloque de

clases dominantes tiene sobre este punto posición tomada: en su seno no se visualiza ninguna pugna decisiva y bajo las pancartas del FREJUPO no hay una masa rugiente y ansiosa de transformaciones revulsivas.

El cuarto peronismo arriba al gobierno sin haber dibujado proyectivamente un nuevo destino, una nueva tarea histórica. Esta ausencia permite afirmar: su victoria electoral difiere de la del 73. Más que abrir un cauce de inestabilidad revolucionaria, pareciera ahondar la estabilización del orden existente. Más que dirigirse hacia novedosas soluciones populares, se referencia en probadas recetas conservadoras. Y es en ese sentido que la alfonsinización de la política ha ganado al principal partido opositor de la etapa anterior.

De la rugosa cadena de los acontecimientos registrados durante el gobierno alfonsinista, se impone establecer el sentido: la tendencia. Rehacer la cadena de significación mediante un montaje conceptual permite colegir, desde un universo fragmentario, el modo y la dirección con que se hilvanan los acontecimientos. En pocas palabras, naturaleza de la trama.

Cuatro ejes problemáticos recorrieron los sesenta y seis meses de gobierno del doctor Raúl Alfonsín: la relación con los terratenientes, con los industriales, con el movimiento obrero y con las Fuerzas Armadas. La Sociedad Rural Argentina y sus aliados no sólo paralizaron la producción de productos agropecuarios⁵³³ sino que tuvieron un enfrentamiento público con el presidente en la inauguración de la exposición de Palermo.⁵³⁴ La Unión Industrial Argentina criticó en ácidas solicitudes y no pocas declaraciones periodísticas y documentales la gestión radical. La CGT realizó trece paros generales y las Fuerzas Armadas, mejor dicho su cuerpo de oficiales, protagonizaron tres crisis militares.⁵³⁵ De modo que los empresarios chocaron

533 Los paros ruralistas fueron entre junio y julio de 1987.

534 El 13 de septiembre de 1988, en la apertura oficial de la Exposición Rural de Palermo, el secretario de Agricultura, Ganadería y Pesca fue abucheado, sin que pudiera pronunciar su discurso. El presidente Raúl Alfonsín caracterizó al auditorio *in situ* de fascista “por no escuchar al orador”, y el presidente de la Sociedad Rural defendió implícitamente los alfilerazos contra la investidura presidencial. Véase *La Nación* del 14 de agosto de 1988.

535 Las crisis militares se produjeron en este orden: 18, 19, 20 y 21 de abril de 1987;

con el gobierno, los trabajadores también y los oficiales de 300 dólares mensuales se debatieron (y debaten) en crisis recurrente e insoslayable. Pese a todo, el gobierno alfonsinista no abrió el curso político a una crisis general de representación de las instituciones, a un golpe de Estado.

Alimentando una vez más esa tendencia al pensamiento analógico (para comprobar su menguada capacidad explicativa), retrocedemos hasta encontrar una situación “parecida”. El reloj se detiene en julio-agosto de 1975. En los tramos finales del gobierno de Isabel Martínez de Perón.

A la crisis militar se sumaba el descontento obrero, y al descontento obrero se agregaba la insatisfacción empresarial. En suma, el Gobierno no conformaba a nadie, a juzgar por la crítica de calles.

Si se razona por pura analogía (dos situaciones similares de disconformidad generalizada), el gobierno radical debería haber tenido los días contados. Nadie ignora que el 24 de marzo de 1976 Isabel voló literalmente por los aires (desviaron su helicóptero) para aterrizar definitivamente fuera del perímetro del helipuerto de la Casa Rosada.

En consecuencia, el problema debe formularse así: ¿qué cambió en la sociedad argentina para que, pese a la intensidad del conflicto social, el gobierno no corriera el menor riesgo?

I

En 1975 el aparato productivo, en sus términos, estaba intacto. La deuda externa apenas superaba los 9 mil millones de dólares,⁵³⁶ lo que equivalía a menos de tres años de exportaciones de la época. La capacidad industrial instalada ociosa no excedía el 30 por ciento en ninguna rama. Los bolsones de miseria no requerían de una política como el PAN y sólo el nivel de reservas monetarias mostraba saldo en rojo. Aun así, “bastaba” para revertir la tendencia (caída de reservas de libre disponibilidad)

16, 17, 18 y 19 de enero de 1988, y 4 y 5 de diciembre de 1988.

536 Alfredo Eric Calcagno, *La perversa deuda argentina*, Buenos Aires, Legasa; 1985, p. 46.

una política de “ajuste” de las tradicionalmente preconizadas por el Fondo Monetario Internacional. Entonces, ¿por qué cayó Isabel en 1976? ¿Por qué Alfonsín culminó su ciclo a los tumbos?

La primera respuesta es casi obvia: entre Isabel y Alfonsín media el “Proceso”. Es decir, la derrota del campo popular, de la clase obrera y sus aliados naturales. Se impone rehacer entonces la pregunta inicial: ¿de qué manera afectó el “Proceso” la estructura política nacional? ¿Qué vinculación hay entre esa transformación y el alfonsinismo?

Antes de proseguir, una digresión: no faltan los que sostienen: “el ‘Proceso’ fracasó, no cumplió con los objetivos enunciados; la lucha popular desalojó a los militares del poder y abrió paso a la democracia”. Que ese “análisis” haya integrado la panoplia de argumentos oficiales no llama la atención. Pero que contenga el nudo central de los razonamientos de la oposición parlamentaria remite a otros problemas; máxime, cuando la izquierda comparte, vergonzante o públicamente, la misma perspectiva con diferencias de matiz secundarias.

Tanta uniformidad llama la atención porque contraría cualquier modo de montar la secuencia de los acontecimientos. Nos ocuparemos primero de la red de los acontecimientos y luego de su formulación.

Entre 1976 y 1982, según el último censo publicado por el INDEC, la clase obrera industrial vio reducida su presencia en el aparato productivo en 300.000 plazas. De más de 2.100.000 operarios, cayó a 1.800.000, lo que equivale a una merma del 15 por ciento. La merma se vio acompañada de un recorte –a valores constantes– del salario-horario-real, que osciló, según la rama de que se trate, entre el 40 y 60 por ciento con relación al de 1974. Esta disminución en un lapso tan breve no tiene antecedentes en la historia política nacional. Para buscar un momento de salario obrero tan deprimido es preciso remontarse hasta el período 1930-1933, Es decir, las peores condiciones sobre las que se tiene registro estadístico.⁵³⁷

No se trata solamente de un incremento en la extracción de

plusvalía absoluta y relativa. El producto bruto industrial per cápita, que entre 1940 y 1975 creció ininterrumpidamente, se redujo a los valores correspondientes a 1970. El nivel de deterioro del consumo popular se vio acompañado por un proceso de reconversión industrial y concentración económico-financiera sin parangón histórico (en muchas ramas la concentración resulta más elevada que en los países capitalistas desarrollados).

Si a esto se añade que la gestión económica de José Alfredo Martínez de Hoz permitió la más formidable acumulación de capital que el bloque de clases dominantes obtuviera en período alguno (la deuda externa no es más que capital acumulado girado masivamente al exterior), se comprende que –en términos estrictamente económicos (unidades de producción, horas hombres trabajadas, unidades de capital por asalariado, número de asalariados)– la clase obrera retrocedió frente a la burguesía, al tiempo que el proceso de recesión permanente (aquí no nos referimos específicamente al Plan Austral) permite a esta última garantizar la tasa media de ganancia con el sencillo artilugio de incrementar el ejército permanente de desocupados y subocupados.

Dicho epigramáticamente: el enfrentamiento entre la burguesía y el proletariado entre 1976 y 1982 arroja un vencedor absoluto: la burguesía.

Desde una perspectiva estrictamente social se comprueba, además, que las desventajas económicas construyen el iceberg de una catástrofe política: la desmovilización, el desbande del campo popular.

Desde que asumió el general Videla hasta que el general Bignone entregó los atributos del mando al doctor Alfonsín, el movimiento obrero realizó seis paros generales. Con una particularidad: tres fueron anteriores a Malvinas y tres posteriores. De los tres anteriores, sólo uno transcurrió bajo la gestión Videla (1976-1980), uno bajo el breve interregno de Viola, y el último pocos días antes de Malvinas (30 de marzo de 1982). De modo que la lobotomía social ejecutada por la dupla

Videla-Martínez de Hoz no tuvo que soportar resistencia a gran escala (un paro general en cinco años, ¡y qué años!, de gestión).

Si se admite que el grueso de las transformaciones fue ejecutado bajo el gobierno del general Videla, algo queda claro: la clase obrera fue derrotada sin presentar combate decisivo, retrocediendo insensiblemente hasta su posición final. Los paros parciales –que los hubo, y muchos– fueron en rigor movimientos defensivos de la retirada, generados por el deterioro de las condiciones salariales y de trabajo. La ofensiva burguesa fue continua; el gobierno, en su carácter de único portavoz autorizado del bloque de clases dominantes, obtuvo, bajo los métodos del terror directo, la aquiescencia de la sociedad civil.

Y aquí, por cierto, no termina la cuestión. Una rápida lectura del libro de la CONADEP permite verificar indirectamente la derrota. El 60 por ciento de los detenidos-desaparecidos, según ese texto, son obreros. Más aun, no se trata de obreros elegidos al azar: son delegados y activistas fabriles, los mejores hijos de la clase obrera, su estructura de cuadros alternativos.

Sin embargo, salvo los organismos de derechos humanos y para algunas pocas corrientes de izquierda (ni siquiera todas, puesto que el general Videla era un “militar democrático que evitaba una salida pinochetista”), los organismos específicos de los trabajadores, los sindicatos, las comisiones internas, las agrupaciones sindicales, no elevaron entonces su voz y actualmente lo hacen, cuando lo hacen, de un modo débil y declarativo.

Este no es un juicio moral. Es un juicio político. La “incomprensión” de la dirección sindical (los obreros desaparecidos eran sus antagonistas políticos directos), la desvinculación del grueso de los asalariados, la fisura entre sus dramas cotidianos y el proceso de desapariciones constituyen un ingrediente esencial de su derrota política en el terreno conceptual.

Es preciso asimilar esto: los desaparecidos son un problema del presente, no una pieza del pasado. El “Proceso” no es una práctica, esencialmente, estrictamente militar. Las Fuerzas

Armadas fueron, son, el instrumento con que el bloque de clases dominantes modeló una nueva sociedad por cuenta y riesgo de sus tenedores sociales y políticos. Responsabilizar únicamente a los militares de lo que pasó supone vaciar, hacer desaparecer, la responsabilidad insoslayable de los beneficiarios del “Proceso”. Es preciso afirmarlo inequívocamente: el “Proceso” tuvo beneficiarios y víctimas. No perjudicó a todos. Sostener: “perjudicó a todos” equivale a borrar de un plumazo los intereses de clase.

Los beneficiarios del “Proceso”, los tenedores de la deuda externa depositada en los bancos extranjeros, hallaron la forma más sutil para enmascarar su victoria: el juicio a los nueve comandantes.

Si los militares triunfaron –razonan los abogados de los derechos humanos–, ¿cómo se sentaron Videla, Viola y Galtieri en el banquillo de los acusados? La lucha de clases desconoce la gratitud. Los que durante el “Proceso” no vacilaron en apoyarla masacre clandestina (ni el radicalismo ni el peronismo la condenaron antes de 1979), después se rasgaron las vestiduras democráticas.

El “Proceso” triunfó entre 1976 y 1980. Cumplió cabalmente su programa económico, político (destrucción física, moral e intelectual de toda la oposición dinámica) y social (debilitamiento y quiebra del bloque jacobino forjado entre 1969 y 1973) y –para garantizar la continuidad de sus objetivos, hoy ampliamente realizados (eternización del cuadro político-económico)– requiere que los militares, los procesistas visibles, cuiden, protejan, consoliden sus intereses poniendo (aunque sea transitoriamente) la cabeza en el tajo. Transformó, así, a generales de 700 dólares mensuales en el chivo emisario de su política de desapariciones permanentes.

Como el “Proceso” quedó reducido a “los militares” y el gobierno uniformado tuvo que retirarse por “el embate popular”, con juzgar a los oficiales superiores, con el juicio de las juntas, el caso quedaba cerrado. El bloque de clases dominantes no tenía el

menor empacho en entregar a las juntas (ni siquiera debía asumir públicamente la “entrega”, puesto que la “responsabilidad” final correspondía al gobierno radical) si de ese modo cubría sus espaldas con el grueso manto de la justicia burguesa. Esta fue la función de esa justicia: probar que los masacradores y la política de la masacre no se tocaban, que los intereses del bloque burgués y los de la masacre eran antagónicos. En suma: establecer una barrera china entre el uso del partido militar (política instrumental) y la gestión extramilitar, gubernamental, del partido militar.

Por eso los jacobinos de la perspectiva “juzguemos a todos los militares” obturaron, obturan, el problema. En lugar de apuntar contra los principales responsables de la farsa jurídica y denunciar la relación umbilical entre el cuerpo de oficiales y el bloque burgués, propusieron juzgar hasta cabo primero, sin incluir (de más está decirlo) a ningún civil en el paquete.

Esta perspectiva dificultó las relaciones entre las Fuerzas Armadas y el gobierno, pero no inquietó a los beneficiarios del “Proceso” que, casualmente, fueron asimismo los beneficiarios de la gestión alfonsinista.

No se trataba de evitar, posponer, el juicio a los militares responsables, sino de incluir en el juicio a todos los responsables con absoluta prescindencia de su carácter de militares. Las Fuerzas Armadas respondieron a sus mandos; en su carácter de presidente, el general Videla era el responsable supremo del gobierno y el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Nadie ignora que los ministros son solidariamente responsables con el presidente en su gestión política y consecuentemente imputables por ella. Entonces, se trataba de juzgar, cuanto menos, a los responsables políticos de los intereses del bloque dominante (Martínez de Hoz y Cía.) en idéntico juicio; el juicio al “Proceso”, no el juicio a los procesistas militares.

Comencemos de nuevo. Los militares, el cuerpo de oficiales, prestaron su cuerpo para ocultar el cuerpo del delito. Con la desaparición de los procesistas (el juicio pone fin a su existencia

jurídico- política) desaparecían por contigüidad y desplazamiento los detenidos-desaparecidos. Al volatilizarse los beneficiarios se volatilizaba la culpa y al volatilizarse la culpa el problema tendía a desaparecer. En la división de tareas propuesta por el bloque burgués, el lugar de los militares resultaba transparente: “Ustedes (los militares) son responsables de todo; nosotros (los civiles) siempre fuimos democráticos. Entonces, el gobierno civil (de todos, inclusive de los militares) es la garantía de juicio imparcial para que nunca más vuelva a suceder lo que sucedió. ¿Y qué sucedió? Ustedes (los militares) se hicieron cargo del control del Estado, y como se hicieron cargo pasó lo que pasó. Se trata, en consecuencia, de que nosotros (los civiles), a través del gobierno legal, administremos prudentemente la crisis heredada, para que ustedes (los militares) no hagan falta nunca más”.

Recapitulemos: primero desaparecieron los antagonistas políticos dinámicos (30.000); después desapareció un fragmento significativo de la clase obrera (300.000 flamantes desocupados); mientras tanto y más adelante, el campo popular pagó la derrota con el deterioro de su calidad de vida, con el cercenamiento de sus conquistas sociales y políticas, con la pérdida de su carácter de ciudadanos, con la ampliación y multiplicación de los bolsones de miseria.

Dicho con todas las letras: la masacre fue posible porque los masacradores lograron establecer cuñas entre los segmentos dinámicos de la oposición política y el grueso de los trabajadores, entre el grueso de los trabajadores y el grueso de las capas medias. Las cuñas resultaron viables porque la dirección de los segmentos dinámicos equivocó groseramente su rol, debilitando el papel de la dirección alternativa del movimiento obrero; porque la dirección sindical traicionó los intereses elementales de los trabajadores facilitando la desmovilización de la lucha; porque la clase obrera no fue capaz de constituir, en sus movimientos defensivos, una dirección diferenciada. En síntesis: tal como fue ejecutada, la masacre resultó posible porque la clase obrera no combatió: fue derrotada sin batalla decisiva.

II

Finaliza aquí la digresión. Avancemos ahora hacia la segunda mitad de la segunda pregunta: ¿por qué la izquierda no aceptó lo obvio? ¿por qué no asumió (¿por qué no asume?) la derrota?

Antes que otra cosa digamos que nosotros partimos de una premisa gramsciana: la verdad es revolucionaria. La derrota es un fragmento de la verdad, pero no toda la verdad. El otro tramo pasa por dilucidar el comportamiento de los derrotados: la izquierda como sujeto político. Precisemos: entre 1955 y 1973, la clase obrera fue expulsada de la ciudadela parlamentaria. No podía votar al jefe no proletario del arco popular. Para hacerlo debía no votar (votar en blanco) o atreverse si no a quebrar revolucionariamente la política de fraude sistemático (proscripción) de la voluntad mayoritaria y conquistar así definitivamente su carácter de ciudadanos de pleno derecho.

En esas condiciones era obvio que la candidatura del general Perón excedía los límites del peronismo, para constituirse en bandera de unidad de todo el arco nacional-revolucionario. Sobre todo, cuando el peronismo mostraba, una y otra vez, su incapacidad para luchar consecuentemente por ese objetivo.

Para la izquierda anterior a 1976 el problema pasaba por golpear junto a las masas trabajadoras peronistas legitimando, de ese modo, su derecho a enarbolar un programa diferenciado. Vale decir se trataba de garantizar socialmente el programa socialista, defendiendo consecuentemente el nacional-democrático de la sociedad civil.

Utilizando una vieja y justa fórmula de Lenin: un demócrata consecuente deviene un socialdemócrata revolucionario (bolchevique). Se trataba de vincular la impotencia democrática del peronismo (mayoría en el movimiento obrero, mayoría electoral) con su propuesta política y de este modo dar vuelta la fórmula leninista: sólo un socialista revolucionario era capaz de defender el derecho de Perón a ser candidato.

En rigor, los integrantes del Partido Justicialista estaban más que dispuestos a “olvidar” todas las veces que hiciera falta

los contenidos plebeyos de esa candidatura, abandonando la candidatura misma. En ese “olvido” a que estaba dispuesto casi todo el arco político, quedaba retratado su estigma de clase.

De modo que cuando la cuestión democrática contenía claros ingredientes jacobinos, cuando vinculaba el programa socialista con el nacional-democrático en el territorio de la lucha de clases, cuando ilustraba sobre el recorte de los derechos políticos de los trabajadores y el conjunto del arco popular, la izquierda era reformista, insurreccionalista o foquista. Era cualquier cosa menos lo que tenía que ser. Su radicalismo encendido encubría su gorilismo de entonces y su renuncia al radicalismo descubre su “sensatez” actual; su defensa de una democracia vaciada de todo contenido progresivo, reducida a su cáscara formal, subsumida en un modelo de realismo que sólo sirve al statu quo, cumple idéntico rol histórico.

Volvamos al comienzo. Si la clase obrera fue derrotada, si el campo popular fue derrotado, el gobierno radical (con absoluta prescindencia de su voluntad) expresó esa derrota. Entonces, la fractura de la clase obrera (un segmento significativo votó al doctor Raúl Alfonsín el 30 de octubre de 1983), en lugar de remitir a una comprensión vanguardista de la cuestión democrática, supuso la primera cuantificación electoral del retroceso político.

De ahí que la lucha por llenar de contenido la democracia de Alfonsín hubiera cobrado (de haber existido) el mismo sentido que la lucha contra el gobierno, que la lucha contra la implementación de su propuesta. No faltaron los izquierdistas que festejaron la victoria radical. A su juicio, el peronismo no garantizaba la continuidad del proceso democrático; el gobierno expresaba, en consecuencia (insuficientemente, distorsionadamente), el alza democrática, la voluntad de lucha antidictatorial del conjunto de la sociedad argentina. Por eso, era preciso aceptar, transitoriamente, las reglas de este juego democrático.

Rechazar la derrota permitió, entre otras cosas, no

enfrentarse con el gobierno, darle tiempo (en el imaginario izquierdista) para que revisará la herencia indeseada, evitando que los uniformados resultaran a la postre los vencedores mediante la implementación del pacto militar-sindical. Se trataba de evitar que los “vencidos”, que los militares vencidos, se hicieran cargo de la democracia nonata.

Algo quedaba flotando en el aire, difícil de fijar: ¿de qué “vencidos” hablaban?, ¿qué operación política les permitió derrotar a las Fuerzas Armadas? La respuesta, casi obvia: la guerra de Malvinas. No nos proponemos analizar aquí la guerra del Atlántico Sur, tan solo nos vamos a ocupar de su efecto inmediato: la caída del General Galtieri. En el momento en que el resultado de la guerra había alcanzado dominio público (rendición del general Menéndez) quedaban expeditos dos caminos para el gobierno militar: proseguir la guerra o irse. Continuarla desde tierra firme no sólo habría supuesto un cambio de orientación política sino el prólogo de una nueva guerra civil. Malvinas no es propiedad de la burguesía argentina y su reconquista excede el programa material de esta clase.

No se trataba de la continuación de la guerra que preventivamente habían lanzado sobre el bloque de clases dominadas, para homogeneizar el frente interno de las dominantes. Era otra cosa. Las Fuerzas Armadas cambiaban de bando. Para poder librar esa guerra debían enfrentarse abiertamente con el bloque cuya política ejecutaron y en nombre de cuyos intereses masacraron. Era lanzarse demasiado lejos. Por eso el partido militar retrocedió horrorizado; horrorizado por su propia lógica interna.

Con absoluta independencia de la valoración que de Malvinas se tenga, algo resulta obvio: los militares lanzaron el operativo en el intento de legitimar su permanencia en el poder. El programa del “Proceso” había sido cubierto mediante la gestión Martínez de Hoz; una cuestión quedaba todavía a medio resolver: la seguridad de los masacradores.

El bloque dominante antes de Malvinas había sido claro:

se les había acabado el tiempo, llegaba la hora de los partidos políticos. Balbín habló del último turno militar y propuso, mientras tanto, que designaran de consuno al nuevo presidente. Las Fuerzas Armadas se negaron a escuchar. En su carácter de salvadores de la patria, atribuían al resguardo de su seguridad una importancia que no tiene: la seguridad del sistema mismo. Este “error” de conceptualización institucional costó la cabeza de nueve comandantes en jefe.

La plana mayor del cuerpo de oficiales fue víctima de una ilusión ideológica: confundió el cuerpo del Estado con el suyo propio.

En determinadas coyunturas un cuerpo (los oficiales) constituye el soporte del otro... cuerpo (el Estado); pero fundir, confundir, función con órgano o, mejor dicho, reemplazo funcional con tarea orgánica, en anatomía resulta grave y en política letal.

Cuando nos interrogamos sobre los motivos de la estabilidad de Alfonsín y de la inestabilidad de Isabel, preguntamos lo siguiente: ¿cuándo un partido de gobierno deja de ser un partido de Estado?, ¿cuándo una crisis de gobierno se transforma en crisis del partido de gobierno?

Al asumir el doctor Cámpora se abre el curso de una crisis ministerial.

El frente que ganó las elecciones se debatía entre mantener el arco social que le proporcionó la victoria o, por el contrario, ejecutar el programa político con que esa coalición había arribado al gobierno. Cámpora no resolvió una cosa ni la otra. Entonces, los defensores del programa, con Perón a la cabeza, transformaron la crisis de gabinete en crisis de gobierno y Cámpora se vio obligado a renunciar.

Sin embargo, la crisis de gobierno no se retradujo en crisis del partido de gobierno. La razón: una: Cámpora no hegemonizaba políticamente el Partido Justicialista. De lo contrario, la crisis del partido de gobierno hubiera resultado inevitable. Como Perón, indiscutiblemente, era el único jefe

del partido de gobierno, estaba en condiciones de intentar la puesta en ejecución de ese programa. De modo que la defensa del programa –partido del Estado– exigía la quiebra del arco social que lo votó –partido de gobierno–. La exigía porque los beneficiarios sociales del programa y sus votantes reales coincidían sólo en el papel. Aun así, Perón no vaciló: quebró el arco e intentó garantizar la continuidad de su proyecto, instalándose personalmente en el puente de mando.

En el interregno entre Cámpora y Perón, el justicialismo debió relegitimar sus títulos consensuales. Perón lo hizo magistralmente. Obtuvo mayor adherencia social que el dentista de San Andrés de Giles. En ese punto las jefaturas del partido de gobierno y del partido del Estado constituían, conformaban, una jefatura única.

La caída del gobierno del general Perón habría puesto en crisis el sistema en su conjunto. Por eso, ninguna fuerza del bloque de clases dominantes atacó frontalmente al gobierno. Por eso, las Fuerzas Armadas, pese a su proverbial gorilismo crónico, respondieron disciplinadamente toda orden presidencial.

Es que el partido de gobierno se define en relación con el arco que lo votó. Está determinado por su adherencia social a una política. Un partido del Estado, en cambio, se define exactamente al revés. El bloque de clases dominantes decide si determinado partido satisface adecuada o inadecuadamente sus intereses y, consecuentemente, si sigue siendo un partido del Estado. El gobierno es el estado de intersección físico entre partido de gobierno y partido del Estado. Mientras esta operación es posible, el camino parlamentario es viable porque de allí surge el consenso que permite ejecutar ese doble y contradictorio mandato.

En la figura del general Perón estos cruces se produjeron hasta que su política (el Pacto Social) estalló. Con la muerte de Perón el justicialismo quedaba sin jefe y sin programa. Isabel heredaba, entonces la crisis de gobierno. Y esa crisis –en tanto

que lesionaba los intereses de su base social (la partidaria, se entiende)– la hacía trastabillar como partido de gobierno. La pérdida creciente de base social, sumada a la necesidad del bloque burgués de redefinir su propio perfil programático, recortó crecientemente su viabilidad como partido del Estado. No bien el bloque de clases dominantes, a través de la APEGE explicitó inequívocamente su repudio al gobierno, Isabel perdió su doble carácter: jefa del partido de gobierno, jefa del partido del Estado.

Entonces, la crisis del gobierno no tenía nada que ver con la del Estado, sino en la medida en que se constituyera en obstáculo para la emergencia de un nuevo partido del Estado. En cuanto quedó claro que del arco parlamentario no emergía un nuevo partido de gobierno (las realineaciones de congresales no resultaron suficientes), las Fuerzas Armadas asumieron su doble carácter potencial: partido y brazo armado del Estado, el viejo y archiconocido partido del orden.

En rigor, su doble carácter es una ficción. Las Fuerzas Armadas asumen el espacio del partido del Estado cuando el Parlamento no está en condiciones de proporcionar ningún otro instrumento fiable. Por su carácter de brazo armado del estado potencian la naturaleza de cualquier crisis de gabinete, poniendo (en algunos casos) en entredicho la existencia del Estado mismo.

Es que la derrota de un gobierno militar no es derrota que pueda desconocerse, así como así por parte del bloque de clases dominantes. En todos los casos de crisis del partido de gobierno normal (parlamentario), el arco burgués culpa a los operadores políticos concretos (Isabel) y a la base social que en algún momento los sostuvo (la clase obrera, los sindicatos). Este oscurecimiento ideológico está facilitado por el modo en que la lucha de clases es percibida por el bloque dominado.

Dicho de otra manera: la crisis de un partido de gobierno es siempre la crisis de una política fraccional del arco burgués. Significa la inviabilidad de su programa explícito-implícito; constituyéndose en crisis que el bloque de clases dominantes

descarga sobre la sociedad civil en beneficio de su nueva realineación interna.

Ahora bien, el general Videla había asumido el carácter de jefe del partido militar (partido del Estado) y jefe del gobierno. Ese carácter se conserva en distintas direcciones. Su jefatura de gobierno es consensual, pero de consenso corporativo (interna militar): es el resultado posicional del cuerpo de oficiales en el cuerpo del Estado. Pero la posición del cuerpo de oficiales (cuando el partido militar no se hace cargo de la gestión militar directa) está vinculada a sus lazos sociales con el bloque de clases dominantes, por una parte, y a la relación de fuerzas entre las clases antagónicas, por la otra. Sin olvidar la naturaleza de su vínculo orgánico con el Estado en tanto su brazo armado. Entonces, acostumbrados a ejercer el rol de fiel de la balanza, funden, confunden, papel instrumental con rol independiente.

A lo largo de cinco años cualquier ataque contra la junta militar se transformaba, *mutatis mutandis*, en ataque contra el Estado y cualquier ataque contra el Estado se penaba con sanción única: la muerte.

Para que así fuera, cualquier ataque contra cualquier burgués equivalía a un ataque contra la propiedad privada y todo ataque contra la propiedad, a uno contra el Estado. Por eso, cuando un dirigente obrero impulsó una medida de lucha (el caso de un trabajador que volanteó en Plaza Constitución el primer paro de la CGT) se transformó en delincuente subversivo y como tal fue tratado. Pena para un subversivo, la muerte: lo fusilaron en Plaza Constitución.

Estábamos frente a un Estado casamata: de absoluta rigidez. Un Estado que se podía tomar por asalto en maniobra envolvente con batalla decisiva. El poder era, incluso, un espacio físico concreto: la Casa Rosada. El conjunto de clases dominantes lo sabía, lo toleraba.

Era el precio de la transformación requerida para estabilizar reaccionariamente a la sociedad argentina.

Mientras el programa de Joe estaba por concretarse, el

respaldo fue absoluto, incondicional. Con todo, el gobierno del arco burgués amordazaba a la burguesía. Eran las reglas del juego; el arco las aceptó. Una vez que la operación de cirugía mayor concluyó, el gobierno militar sobraba. Sonó la hora de los políticos y los políticos retornaron con trompetas y timbales.

El general Videla se ve obligado a defender a su ministro de Economía el Día de la Industria. Curiosamente, el ataque proviene del presidente de la Unión Industrial Argentina; es decir, del mismo riñón del bloque de clases dominantes. Hasta ayer no más, Oxenford expresaba su inmensa conformidad con todo lo actuado. Por esas semanas, el presidente de la única sucursal de la Ford que gana dinero en el mundo entero –por 1980, se entiende– se transforma en implacable crítico gubernamental. Empresarios nacionales y multinacionales dicen basta. Todas las expectativas están jugadas a las patas de Viola: al general en jefe de la masacre se destinan las más diversas zalamerías: callado como Yrigoyen, carismático como Perón, incisivo como Frondizi para las conferencias de prensa con preguntas urticantes. En los Estados Unidos, en una oportunidad, había replicado a un periodista: “Si Hitler ganaba la guerra, los juicios de Nüremberg se hacían en Virginia”.

Pero el general no las tiene todas consigo. Si atiende a los hombres de la Multipartidaria, pierde sustento militar. Si pierde el sustento militar, deja de ser presidente. La tensión lo inmoviliza. De la mano de Lorenzo Sigaut hace lo que puede: no es suficiente. Enfermo de rabia e impotencia se va a la casa tras breve y educativo interregno. El entonces ministro del Interior, general Liendo, toma las riendas del gobierno y restablece, Cavallo mediante, el interés global del bloque de clases dominantes: licuar la deuda privada interna y transformar la privada externa en externa pública, vía seguro de cambio.

El doctor Cavallo coronó, entonces, exitosamente el programa del partido del Estado. Los objetivos estaban sobradamente cumplidos. Un ministro colado por la ventana (Cavallo tenía el

rango de subsecretario de Estado) desata una inflación galopante, destroza el salario obrero y las ilusiones en dólares de la clase media, después de que los empresarios han tomado seguro de cambio para sus deudas en dólares. Es decir, después de que el Estado transformó la deuda externa privada en pública y la pública en papel mojado. Cavallo es a los excesos económicos lo que el gobierno alfonsinista a los políticos: los pone en caja.

Formulado descriptivamente: el general Viola, en lugar de encabezar el gobierno de mayor estabilidad y respaldo, el más sólido desde 1976, descubre insólitamente su inaudita labilidad. La cintura negociadora, las horas de reuniones, la telaraña de vínculos pacientemente hilvanados con políticos y sindicalistas, con empresarios y banqueros, con procesistas y opositores, muestran síntomas de desintegración.

La debilidad de Viola poco tiene que ver con la medianía de su personalidad, ni siquiera resulta atribuible a un retaceado respaldo militar. O—como gustaron denominar los convencionales comentaristas políticos de los grandes diarios— a la falta de un Viola de Viola (juego que establecía una correlación poco menos que indestructible entre Videla-presidente y Viola-comandante en jefe del Ejército). Es cierto que la Marina intentaba fracturar al Ejército bajo el ariete de la conducción masserista, pero la interna militar nunca se escapó de las manos de Viola mientras fue “interna”. La falta de respaldo social objetivo redujo su poder a poder armado directo. La maquinaria del Estado comenzaba a girar en un aire enrarecido. Y ese aire (falta de suficiente respaldo social) contaminaba, recorría a las Fuerzas Armadas liquidando de un plumazo al hombre fuerte del “Proceso”, al jefe militar de los procesistas.

Las razones burguesas para no respaldar habían resultado transparentes: no tenían ninguna razón para mantener desparlamentarizado el Estado.

El bloque de clases dominantes había resuelto el grueso de sus diferencias históricas. Las que sobrevivían se adecuaban al tratamiento parlamentario. Los antagonistas políticos carecían

de envergadura social, y los sociales, de adecuada representación política (los conflictos permanecían larvados). La paz de los cementerios se confundía con la paz social, porque el terror, el desbande y la derrota del campo popular carecían hasta ese momento de punto de recomposición. Un solo enemigo emergía en el horizonte como antagonista conceptual: el gobierno militar. Por eso, resultaba más adecuado organizar un ordenado retorno a la democracia.

Dicho categorialmente: el partido militar había perdido su carácter de partido del Estado, era imprescindible que volviera a ser tan solo su brazo armado (partido de gobierno nunca había sido). Para el bloque de clases dominantes, el interés ahora pasaba por impedir el más mínimo independentismo militar. Es decir, trabar, evitar, obstaculizar y llegado el caso combatir, para que las Fuerzas Armadas no cristalizaran una alternativa política propia.

Resumiendo: para el arco burgués, el gobierno de Viola, en tanto había amenazado transformarse en partido de gobierno, fue un antagonista político. La caída de Viola, consecuentemente, debe ser interpretada como una exitosa maniobra del *establishment* contra el independentismo militar. De ahí su irrestricta soledad social.

Con las instituciones democráticas, se abandonó el Estado-fortaleza, sustituyéndolo por una tenue línea de fortificaciones sincronizadas, donde la caída de cada una de ellas por separado, no ponía en peligro (todo lo contrario) al sistema en su conjunto.

Un paro general pierde entonces el carácter de actividad subversiva. La crítica frontal al gobierno no alcanza el status de sabotaje contra el Estado. El triunfo o la derrota de una determinada política no se vincula al triunfo o la derrota de un gobierno, y mucho menos pone en entredicho la naturaleza del Estado mismo. La victoria radical o peronista deja de dirimirse a punta de bayoneta. No se trata, como proclaman algunos ingenuos y otros que no lo son tanto, de una suerte de novedosísima “civilización política”, de aprendizaje doloroso

pero útil. Nada de eso. Más bien permite verificar la estabilidad, la estabilización reaccionaria, la solidez con que el bloque de clases dominantes sometió a las dominadas. Traducido con máxima crueldad: muestra la efectividad, la consistencia de la derrota.

Esa es la clave del gobierno alfonsinista, de la estabilidad de Alfonsín. Precisamente, la efectividad de la derrota facilitó la hegemonía político-ideológica del arco burgués, por la masa de terror flotante insuficientemente metabolizado, por la falta de un referente fijado en el pasado de las luchas del presente, por la extrema debilidad de las luchas del presente.

Y como todo eso construyó el arco ideológico, la renuncia de un ministro, el tropiezo de una política, la crisis de un gabinete, hasta la renuncia de un presidente (con el poder parlamentarizado) perdieron carácter dramático. Fue posible desdramatizar la política argentina, los mecanismos de represión directa habían resultado antieconómicos. Los otros mostraron ser más eficientes y menos costosos.

La propuesta es simple: realimentar el alicaído sistema de partidos parlamentarios, impulsar, reimpulsar, la capacidad regenerativa de los partidos de gobierno; impedir la cría del “Proceso”. Los militares, en cambio, visualizaban el “Proceso” como una reedición ampliada y mejorada de la Revolución Libertadora, entendiendo que el fracaso de la Libertadora estaba ligado al de la gestión militar indirecta. Atribuían ese fracaso a la dificultad de actuar a través de expresiones políticas que no eran cristalización directa del universo cuartelario. Entonces, el camino era obvio: un partido del “Proceso”. Pero no cualquier partido, sino el de los partidarios del procesismo militar.

Esta vez, a diferencia de entonces, estaban avisados por la experiencia. Y como lo estaban, actuarían adecuadamente.

Consta en autos que el establishment odia los experimentos económicos. Entonces, para acompañar al general Galtieri, eligieron a un conservador probado: Roberto Alemann. Con ese colaborador y esa cobertura ideológica el general

majestuoso se lanzó a conquistar, en homérico asado, a todos los conservadores dispuestos a impulsar la cría del “Proceso”. El número de participantes, con ser impresionante (más de diez mil comensales) constituía una apoyatura social insignificante: nunca tantos representaron tan poco.

De modo que Galtieri, lanzado por la misma ruta que Viola, intentó construir un partido de gobierno. Ante la pobreza del resultado, mudó de táctica. La política sustitutiva se denominó Malvinas.

El resultado del intento no requiere mayores aclaraciones. Pero la clave pasa por el balance que del intento se haga. No existió movimiento militar de mayor independencia relativa respecto del bloque de clases dominantes que el ejecutado en ese período. Tan independiente resultó, que la guerra fue encabezada por un gobierno que ninguna clase social reconocía como propio; al tiempo que sus representantes políticos (salvo Rogelio Frigerio y el ingeniero Álvaro Alsogaray) mantenían ambigua distancia y verbal identificación.

Oponerse equivalía a ser declarado “infame traidor a la patria”. De modo que mientras el doctor Alemann explicaba que no ejecutaría una política económica de guerra (cosa que cumplió de cabo a rabo), es decir, que no acompañaría el esfuerzo bélico del gobierno que integraba, Galtieri libraba “su” guerra con la OTAN.

Se equivocan los que sostienen que la anterior guerra sucia suponía esa guerra limpia. Salvo que la lucha de clases se reduzca a la dinámica militar, desvinculando esa dinámica de la sociedad viva. Lo que la guerra sucia imponía, eso sí, era un resultado a la guerra limpia: para el bloque burgués la derrota en Malvinas facilitaba la construcción de su victoria sobre el independentismo militar. Todo intento serio por alcanzar la victoria (posible, por cierto) requería cambiar la conducción de la guerra. Cambiar la conducción de la guerra hubiera sido un episodio que modificaba la misma guerra puesto que requería, prima facie, de una partera compleja: la guerra civil.

El bloque burgués se cuidó muy bien de atacar abiertamente al

gobierno mientras la batalla se desenvolvía. Esperó el desenlace (nunca dudó de la derrota). Recién entonces impuso, una a una, sus condiciones iniciales: vuelta al parlamentarismo, retorno a la democracia; el festín de los corruptos recomenzaba.

Por eso, considerar la derrota militar, esa derrota militar, como victoria popular, tiene una perspectiva de clase inequívoca. Salvo, claro está, para los que creen que Margaret Thatcher es una aliada “natural” de la democracia en el mundo entero.

Así como en el pago de la deuda externa el sistema bancario internacional no entra necesariamente en contradicción con el bloque burgués, en la guerra de Malvinas las tropas británicas expresaban exactamente ese arco social.

Conviene desenvolver mínimamente la cuestión de la deuda. Los bancos cobran la diferencia entre tasa activa y tasa pasiva: la diferencia entre la tasa que pagan a los depositantes y la que cobran al tomador. El grueso de los depositantes argentinos en el exterior anudan, suman la deuda externa privada y la mayor parte de la pública. Según quien saque la cuenta, la deuda oscila entre nueve décimas partes del total y por encima del total. De un modo o de otro, el no pago de los servicios afecta la solvencia de los bancos (al menos lesiona su tasa de ganancia) y al afectarla dificulta que los depositantes argentinos cobren sus intereses en el exterior. De ahí que banqueros e inversores (bancos extranjeros y nacionales) no hayan tenido en ese período diferencias esenciales en la materia.

Otro tanto sucedió en la guerra de Malvinas. Para el bloque burgués el “Proceso” estaba agotado. Para las Fuerzas Armadas era imprescindible continuar (así lo entendían por razones de seguridad individual, colectivamente consideradas). El continuismo militar, en esas condiciones, potenciaba el independentismo militar. Por eso, era y es interés del bloque de clases dominantes fijar una barrera intraspasable al independentismo militar. Como no disponían de una fracción militar en condiciones de imponer sus términos sin batalla abierta (una quiebra podía gatillar una parodia de guerra civil)

operaron indirectamente: a través de las tropas de Su Graciosa Majestad.

Para el bloque imperialista en su conjunto, para los británicos en particular, es factible negociar con China la devolución de Hong Kong dentro de las reglas del juego (China es una nación relativamente independiente y políticamente autodeterminada), pero si Fidel Castro no invade Guantánamo, la recuperación de Malvinas sólo puede inscribirse como prólogo de una guerra civil que resuelva tareas nacionales pendientes en el marco de una batalla anticapitalista de proporciones continentales.

Por eso los británicos reaccionaron con máxima dureza. Y la gesta de Malvinas, que en la cabeza del Estado Mayor Conjunto formaba parte de una tinta diplomática (tanto que el principal funcionario a cargo del operativo era el canciller) donde se contabilizaba el respaldo norteamericano como dato central e inmodificable, concluyó en masacre adicional.

El exponente de la nueva relación de fuerzas, de la derrota militar en manos de la Task Forcé, resultó otro oscuro oficial retirado. Para que el general Bignone accediera a la presidencia fue preciso que las Fuerzas Armadas se fracturaran (sólo contaba con el respaldo del Ejército), que la Marina y la Aeronáutica dejaran de responsabilizarse por la gestión gubernamental en defensa del independentismo militar (proseguir la construcción de un partido de gobierno), y que el independentismo no fuera capaz de articular política alguna.

El Ejército, solo, interiormente destrozado, políticamente liquidado, sin jefes, reducido a un programa anticomunista de escuela de inteligencia, sin matices, estaba en condiciones más que perfectas para proseguir el papel de personero incondicional de los intereses estratégicos y coyunturales del bloque burgués de clases dominantes.

En esas condiciones su única política fue la sobrevivencia: se limitó a buscar, en el arco de los partidos parlamentarios del período anterior, un acuerdo que garantizara las testas físicas y consecuentemente, su lugar (el del cuerpo de oficiales) en

el cuerpo del Estado; lo encontró: el peronismo. En el viejo peronismo del pasado, en su frondosa mitología política, el movimiento se pensaba a sí mismo como una alianza entre el interés industrial nacional, las Fuerzas Armadas y los sindicatos. No importaba si esto era efectivamente así: los militares estaban dispuestos a prestarle oídos y los peronistas, convencidos de su inexpugnabilidad electoral, suponían que conquistaban un gobierno indestructible; neutralizaban al único enemigo capaz de desalojarlos del poder: el Ejército.

Para el radicalismo, en cambio, el problema era, es, exactamente el opuesto. Le interesan las Fuerzas Armadas como institución y no requiere de su adhesión a una determinada política de gobierno. Sólo necesita su respaldo profesional (brazo armado del Estado) y lo conserva mientras no pierde su condición de partido del Estado. Si es así, si el radicalismo reagrupa detrás de él al bloque de clases dominantes, la buena o mala voluntad del cuerpo de oficiales constituye una anécdota menor.

Por eso, la denuncia del pacto militar-sindical que Alfonsín realizara bajo la guía teórica de Germán López era muchísimo más que una martingala electoral. Expresaba, indirectamente, la absorción por parte de la UCR de un objetivo estratégico del bloque burgués: impedir que las Fuerzas Armadas construyeran la más mínima ilusión respecto de la posibilidad de enarbolar una propuesta de gobierno diferenciada. Demostraba la consustanciación del nuevo radicalismo con el nuevo equilibrio hegemónico del poder social.

Ilustremos la afirmación. En el último tramo de Bignone las Fuerzas Armadas habían dictado una ley que políticamente se denominó “autoamnistía”. El doctor Italo Luder, en su carácter de candidato presidencial del justicialismo y en su condición de catedrático universitario de Derecho Constitucional, explicó de este modo la cuestión legal: en caso de que el Congreso anule esa ley, sus efectos jurídicos resultarán, de todos modos, irreversibles. Es decir, la autoamnistía puede ser moralmente reprobable, pero jurídicamente exculpará a todos los milita-

res, sin distinción de grados, de toda responsabilidad legal. Es que ninguna ley –había explicado Luder– puede tener efectos retroactivos. De modo que el juez está obligado a utilizar la que beneficia al reo, siempre y cuando el delito fuera anterior a su promulgación definitiva. Entonces, como ése era el caso, los masacradores rendirían sus cuentas en el reino de los cielos.

Alfonsín, en cambio, sostuvo exactamente la tesis opuesta. A su juicio la ley, su dictado, resultaba inconstitucional. Consecuentemente, no se trataba de una ley, carecía de efectos jurídicos, era nula de toda nulidad. De modo que con su anulación lisa y llana por parte de la legislatura, todo volvía a foja cero.

Es posible verificar, en un caso, una concepción jurídica muy conservadora (Luder) que acepta el “derecho” de los gobernantes de facto a elaborar cualquier ley, incluso, una autoamnistía (independentismo político militar); en el otro, una fórmula muchísimo más audaz en su formato ya que limita los derechos del gobierno sin desconocer, *in totum*, su aptitud legal. El artificio está al servicio de evitar, trabar, limitar, hasta donde resulte posible, todo intento de autopreservación de las Fuerzas Armadas (de su cuerpo de oficiales) que no esté referenciado en el comportamiento del partido del Estado. Vale decir, en el Estado mismo.

Y una lectura crudamente política puede formularse así: ustedes no tienen nada que temer de mí puesto que actúo consensualmente: soy el jefe del partido de gobierno (Luder). Ustedes tienen la obligación de acatarme porque soy el jefe del partido del Estado (Alfonsín).

De modo que el discurso antimilitar (por contigüidad y desplazamiento se transformaba en discurso democrático) quedaba en manos del radicalismo. Ese discurso, en términos de compulsión electoral, tras ocho años de gobierno militar directo, 30.000 desaparecidos, 300.000 obreros industriales menos, una guerra perdida con la OTAN, el deterioro general de la sociedad argentina, suponía un recorte brutal a la capacidad de convocatoria a una

nueva audiencia política. El voto independiente, la multitud que nunca había votado (los menores de 28 años en 1983) quedaban a merced del discurso radical. La UCR no desaprovechó su oportunidad.

Las dos colectividades políticas mayoritarias eran presa de su propia historia. A la UCR, la década infame (proscripción y fraude contra los radicales), el respaldo de un segmento de las Fuerzas Armadas al primer y segundo gobierno peronista, el derrocamiento de Illia, le alimentaban un tono naturalmente antimilitar. Si a esto se sumaba la derrota del arco popular y el avance arrollador de la reacción social y política, el espacio alfonsinista se dibujaba perse. El cruce de ambos tópicos (derrota popular, reacción social) conformó definitivamente la propuesta radical.

El peronismo, por su parte, intentaba rehacer su vieja y esclerosada fórmula del frente nacional. En esa imagería las Fuerzas Armadas habían jugado su papel (Perón era un general de la Nación) y la dirección sindical otro: la cabeza de la columna vertebral. La ausencia de lucha obrera significativa, su extrema debilidad defensiva, la convivencia de la dirección sindical con la dirección militar, sumadas al terror, al impacto desmoralizador de una derrota histórica irreversible (electoralmente inmodificable) produjeron el resto. Es decir, el peronismo buscó y obtuvo en los militares un aliado imaginario, materializando un enemigo real de la sociedad civil. En octubre de 1983 las diferencias estuvieron a la vista de todos.

III

El peronismo fue derrotado por primera vez, con limpieza, abrumadoramente, en las urnas. El grueso del prestigio político de Alfonsín provino de ese hecho. El nivel de movilización alcanzado durante la campaña electoral, por parte del radicalismo, obliga a retrotraerse hasta 1946. Sólo por aquel entonces la UCR estuvo en condiciones de disputar la calle. El peronismo, el cuarto peronismo, había perdido el monopolio político de la

clase obrera y, simultáneamente, el viejo sistema de adhesiones estaba definitivamente quebrado.

El flamante jefe del partido del gobierno, el flamante jefe del partido del Estado, coronaba así una dilatada carrera. Siempre militó en la misma fracción radical y desde allí, en un país rehecho, resignado, sin ninguna voluntad de lucha, expresó un deseo sumamente anhelado: vivir en paz.

Pocas veces programa tan simple, tan sencillo, resultó, resulta, de tan imposible aplicación. Por eso la política oficial se redujo a sostener que todo lo propugnado era para alcanzar ese objetivo. En ese sentido se desarrolló el debate sobre el Beagle y, si se considera que la frontera con Chile nunca estuvo poblada de escaramuzas armadas, queda claro que se votó contra otra guerra y por otra paz.

La progresiva pero clara desmovilización posterior a la campaña electoral constituye un dato central. La atonía política era enorme. El arco alfonsinista no tenía excesivas razones para proseguir su dinámica inicial y el antialfonsinismo (suponiendo que haya existido y exista fuera de la virtualidad conceptual) se mostraba moroso, confundido, desorientado.

En principio la sociedad argentina requería, requiere, construir el balance de sus lacras, sus nuevas lacras, sus nuevas posibilidades, sus nuevas relaciones de fuerzas sociales y políticas. Todavía no lo ha hecho. Ese balance no se realiza ni rápida ni alegremente. Forma parte del duelo. Es el eslabón final de una derrota asumida como tal. Ese balance falta. En esa dirección apuntamos.

El alfonsinismo, la UCR, dio muestras de una curiosa vitalidad como partido de gobierno. Clausewitz explicó hace décadas que el objetivo de la guerra es desarmar al enemigo. Algo olvidó el viejo pensador prusiano: los derrotados, los desarmados en el sentido más amplio, pueden trastocar, volver, voltear, vaciar, su propio programa, sustituyéndolo por el programa del desarme. El desarme evita la lucha y, en consecuencia, el único programa, todo el programa, sería

evitarla. Evitar la lucha es por cierto una fantasía colosal, pero opera políticamente como perpetuación de la derrota, como eternización de la impotencia.

La primera batalla contra el alfonsinismo hubiera debido pasar por la reintroducción de la problemática revolucionaria como problemática del presente. No con el estúpido argumento “la revolución estallará mañana por la mañana”, sino con este otro: la revolución es el problema central de nuestro tiempo, y ustedes, les guste o no, lo sepan o no, se dedican a él, pero desde una perspectiva siniestra: evitarla, impedir el rearme intelectual del campo popular.

El alfonsinismo no fue la tregua democrática que los derrotados requerían para rehacerse, para rearmarse, como prudentemente pregonaron sus defensores socialdemócratas. Tampoco un truco, una estafa publicitaria, una hábil estratagema de un político talentoso.

Fue, es (porque el alfonsinismo no termina con el gobierno de Raúl Alfonsín, ni en los límites de la UCR) el tono del capitalismo dependiente estabilizado: el programa de la derrota permanente, la voluntad de volver a rendirse sin lucha. Es que la lucha para las víctimas del horror del “Proceso”, para los procesados sin retorno, equivale al horror de otra derrota, a la muerte inevitable.

Entonces, para evitar la muerte toda lucha debe ser ocluida y, para evitar la lucha, toda diferencia conceptual (el socialismo, por ejemplo) debe ser eliminada del escenario político y social. La cadena del horror queda construida, entonces, del siguiente modo: evitar la diferencia, el debate sobre la diferencia; debaten los que están de acuerdo sobre las maravillas de la democracia sin debate, porque el debate remite al combate y el combate a la derrota, al exilio y a la muerte. 1.500 obreros desarmados tomaron la planta de General Pacheco de la Ford. Para desalojarlos, 2.000 policías armados hasta los dientes⁵³⁸ intimaron la rendición. No era el caso de Semana Santa, ni de Villa Martelli; los obreros se rindieron. Entregaron la planta.

La comisión interna, los activistas, los trabajadores combativos, fueron despedidos.

–Bueno, se equivocaron.

–¿Cuál fue el error? ¿Los 2.000 policías armados de Itaka?

–De ningún modo. La toma de la planta.

Los obreros no podían, no pueden, tomar plantas industriales para luchar por su salario. Si lo hacen, tendrán que ser educados por el partido del Estado, por el gobierno alfonsinista. Todos aprendieron, todos callaron. Pocos, muy pocos, defendieron la toma. La mayoría devino especialista en táctica sindical: la toma era un “error imperdonable”. Entonces, para evitarla, para bloquear la lucha, la posibilidad misma, el gobierno construyó un enfrentamiento que no requirió derramamiento de sangre. Se imponía desde la razón, en la asimetría de los términos (2.000 policías armados, 1.500 obreros desarmados), la clave de su comprensión. Esa es la novísima cultura política. Ahí se verbaliza el discurso de Parque Norte.⁵³⁹

Para el bloque de clases dominantes, la inteligencia política del gabinete, salvo necesidades de circunstancias, resultaba admirable. Cada vez que la oposición parecía dar pie con bola, cada vez que lograba suficiente consenso para torcer la política oficial, todo saltaba hacia adelante. La realidad se fugaba desesperadamente. La oposición se indignaba. Acusó al gobierno de prestidigitación política, Alfonsín replicó: son unos enanos. Tenía razón. La política no era alfonsinista porque el gobierno sacaba conejos de la galera. El gobierno los sacaba porque sus antagonistas parlamentarios reducían la crítica a cuestionamientos secundarios que de ninguna manera guiaban su accionar. El gobierno tenía un relevamiento reaccionario de la derrota, pero tenía relevamiento y desde allí operaba. El retroceso oficial no debe atribuirse, casi en ningún caso, a la acción opositora. Era más bien el resultado, el efecto, de su propio desenvolvimiento político. Para decirlo sintéticamente: era su precio.

⁵³⁹ “Mil y un modos de sobrevivir. Crítica del discurso de Parque Norte”, en *Consignas* n.º 1, 1987

Las carencias de la oposición obligaron al presidente a dar clases de alfonsinismo. Pero algo no era claro: ¿los partidos opositores aceptaban, admitían, las nuevas reglas del juego? Si era así, debían asumir como propio el programa del partido del Estado, del bloque de clases dominantes. Si no era así, debían plantear lisa y llanamente la transformación revolucionaria de la sociedad argentina. De más está decirlo: esta transformación caía, cae, fuera de la frontera política admitida, fuera del territorio de la democracia de la derrota que insensiblemente continúa.

Un programa revolucionario no es, como afirman ciertos doctrinarios estériles, un ordenamiento para la sociedad futura: el mapa de la utopía. Es, antes que otra cosa, un modelo jerárquico-prioritario de tareas políticas partidariamente encaradas. Las revoluciones a las que la organización revolucionaria deberá someter su cuerpo, para que el sujeto histórico construya su país político. Es decir, el dispositivo capaz de reproducir, de producir, su propuesta estratégica como autotransformación social.

Entonces, el programa final solamente importa en tanto sea indicación de “por dónde empezar”. Por eso, bolcheviques y mencheviques pudieron compartir su programa final hasta quince minutos antes de octubre del 17, sin que esto les impidiera militar en veredas opuestas.

Volvamos a comenzar. Hasta que Juan Vital Sourrouille asumió la titularidad del Palacio de Hacienda, el programa radical resultaba errático. La política en materia de deuda externa (asignación completa de los recursos internos por el tamaño y el impacto de la deuda) admitía teóricamente diferentes sesgos. Bernardo Grinspun se negó, mientras fue ministro de Economía, a satisfacer la solicitud inicial de Raúl Prebisch: redactar un programa económico.

El entonces asesor presidencial explicó que la banca privada extranjera, el Fondo Monetario Internacional, los empresarios nativos, todos los que importan, en suma, exigían programa. El obstinado ministro elaboró uno solo: su malhumor. Esta carencia

resultó a la postre sintomática; sobre todo, cuando el peronismo en todas sus versiones tampoco lo produjo. La razón era simple: Grinspun sabía qué clase de programa debía confeccionar. De modo que sin rechazar abiertamente lo que debía hacer (pagar la deuda externa) navegaba a dos aguas. Toreaba de mala manera a los funcionarios del Fondo y a regañadientes, resistiéndose, expresaba las últimas agallas pequeño-burguesas del arco social que lo votó, ejecutando una política zigzagueante que amenazaba (verbalmente por cierto) el pago de la deuda, mientras pagaba con la otra mano.

Un ministro puede dar un portazo, enojarse con un funcionario del Fondo, pero hay algo que no puede: tener una política que no es en definitiva la de su gobierno, la del presidente. En caso de tenerla, su situación es delicada y por lo general su destino resulta manifiesto: renunciar. Bernardo pensó que contaba con Raúl, con los izquierdistas de su partido, para el juego antiimperialista. Erró duro. Así le fue.

De allí en más, todo resultó bastante claro. El radicalismo tendía a reclutar cuadros diferenciadamente. Para el partido de gobierno tomaba a los viejos barones de Renovación y Cambio convenientemente mixturados con los jóvenes de la Coordinadora. Para el partido del Estado (ministerios de Economía, Relaciones Exteriores y Trabajo), a extrapartidarios sin clara tradición política o ‘jóvenes’ peronistas actualizados. La posmodernidad usa trajes de confección y anteojos universitarios.

Estos equipos lograron elaborar una propuesta original, si por original se entiende la falta de programas similares, lo que habla de la solvencia profesional de sus integrantes. En un debate serio es preciso admitir que la política económica tal como había sido pergeñada (pagar los intereses de la deuda externa) no ofrecía demasiadas posibilidades.

Dentro de esa pobreza esencial, el camino elegido (Plan Austral, integración económica con Brasil) obtuvo la mayor masa de divisas duras mientras resultó de ejecución posible.

Si se tiene en cuenta que la deuda externa es, independiente-

mente de su origen, deuda pública, y que la deuda pública se paga con recaudación fiscal, queda claro que la lucha antiinflacionaria, por ejemplo, no podía y no puede pasar de cierto rango sin transformar radicalmente la estructura del Estado, ya que cualquier intento de recortar el gasto choca con una reducción imposible: los ocho puntos del PBI que absorben el gasto de los intereses. Dicho epigramáticamente: la deuda externa generó una formidable presión inflacionaria al esterilizar todo intento ortodoxo de equilibrio fiscal, dada su incidencia en el gasto público.

Además, el principal generador de divisas era y es el comercio internacional, y al aumento de los precios agrarios internacionales se sumaban los subsidios de los países acreedores a su propia producción agropecuaria; el programa de entonces, la política de entonces, resultaba insostenible en el tiempo.

Por eso, las exportaciones tradicionales dejaron de constituirse en el caballito de batalla para el aumento continuo de excedentes comerciales. De ahí que la fórmula tradicional del FMI (aumentar las exportaciones de materias primas y reducir la importación de bienes industriales intermedios) no haya podido seguir siendo política oficial unificada.

En estas condiciones el programa de exportaciones mutó su naturaleza. Era preciso colocar productos industriales con cierto valor agregado y alta complejidad para acceder a las codiciadas divisas norteamericanas. En consecuencia, a caballo de la deuda externa se impulsó un curioso programa de inversiones industriales. Ese fue el plan Lavagna.

Para ejecutarlo fue preciso reasignar recursos financieros a industrias capaces de competir, con relativo éxito, en las condiciones del mercado mundial. Como no podía ser de otro modo se potenció la concentración económica, ya que la producción para la exportación de bienes industriales sólo era posible a partir de las ramas concentradas, de las industrias líderes de cada franja productiva.

Recapitulando: la Unión Cívica Radical, en su carácter de

partido del Estado, ejecutó la política del bloque de clases dominantes: transferir recursos producidos localmente para territorializarlos en otros puntos del mercado mundial, como capital líquido, por un total de 18 mil millones de dólares. Esa política fue corolario de la masiva transferencia de capital materializada entre 1978 y 1982, e impuso, por su propia lógica, un permanente drenaje de capital y divisas que tuvo como límite económico las condiciones de monetización del mercado y no tuvo límite político porque éste hubiera requerido de la resistencia activa del arco popular.

Mientras Sourrouille timoneó el Ministerio de Economía ajustándose estrictamente a los intereses del bloque de clases dominantes, aun en su comportamiento exclusivamente instrumental, táctico, la concordancia entre el gobierno, la UCR, y el bloque de clases hegemónicas resultó completa. Sin embargo, tanta destreza tenía un límite material: el giro al exterior de los servicios de la deuda.

La economía argentina había construido su barrera intraspasable: el valor de los activos físicos (inversiones de capital) radicados en el territorio nacional. Era preciso desatender los requerimientos financieros de la banca, porque los intereses del bloque hegemónico ya no coincidían puntualmente con éstos. Podríamos formularlo así: la política para pagar la deuda había producido una caída de la capacidad productiva medida en dólares; esta caída implicaba una reducción de la tasa media de ganancia y esta reducción, de persistir, no era más que una devaluación del capital físico en su conjunto; es decir: una desvalorización de los activos territorializados en la Argentina pertenecientes al bloque de clases dominantes: una descapitalización brutal.

Una política económica que no contemple la defensa del capital radicado en el territorio nacional no puede ser considerada, seriamente, política del partido del Estado; al menos política unificada del partido del Estado.

Sourrouille, para compensar la caída de la tasa media de

ganancia y evitar la fuga hacia el dólar, construyó un dispositivo financiero: la deuda interna del Estado, a la que sumó tasas de interés fuertemente positivas. Con esto lograba un doble objetivo: aumentar las reservas en dólares del Banco Central (ingreso de capitales golondrinas del exterior) y conservar los australes en el sistema financiero. La propuesta tenía un límite que estaba dado por la masa monetaria existente. Cuando esa masa resultó inferior a la deuda interna del Estado, la catástrofe se volvió inevitable. Para impedir que esto sucediera, Sourrouille quemó las reservas de libre disponibilidad (dólares) del Banco Central.

Esta política, esta destrucción de reservas líquidas, ya no obedecía a los intereses del partido del Estado, sino a las exigencias de la Unión Cívica Radical como partido de gobierno a cargo del Ejecutivo; es decir, a las exigencias electorales de la lucha contra el Partido Justicialista. Por eso, la crisis de febrero de 1989, antes que nada, constituye el agotamiento de tanto virtuosismo instrumental.

En este marco, la asignación de recursos internos liquidó todo intento de crecimiento económico, aun dentro de los estrechos límites del capitalismo dependiente en su faz monopólica.

IV

La Unión Cívica Radical retrocedió en 1987, para ser derrotada definitivamente en 1989.

El alfonsinismo, sin embargo, avanzaba a toda máquina.

En 1983, Raúl Alfonsín conquistó el 52 por ciento de los votos emitidos. Italo Argentino Luder, apenas el 40. UCR y alfonsinismo eran, todavía, una unidad sin desenvolver. Cuatro peronismos coexistían en un mismo escenario político.

El “Proceso”, al bloquear la descomposición del cuarto peronismo (la caída de Isabel gatilló una ilusión que sobrevivió hasta octubre del 83), forzó, fabricó, un supuesto: la existencia de un (¿uno?) movimiento (era quietud lacustre) obrero (sólo en términos estrictamente económicos) peronista. Su negativa a presentar batalla frontal contra el “Proceso” parecía parte

de una estrategia política. Y a caballo de esta confusión, se escamoteó la derrota, la dispersión, la descomposición de este peronismo: el cuarto.

El tercer peronismo, el de Cámpora y los Montoneros, recorría como un débil hilito militante a los sobrevivientes de la Jotapé. Pero su base social había huido. La Unión Cívica Radical le dio cabida, tiñendo de rosado muy suave la tradición liberal del partido de Alem.

El segundo peronismo, el de Vandor y la Resistencia, el de Felipe Vallese y Lorenzo Miguel, era el más nutrido. A tal punto que Lorenzo parecía el timonel verdadero de un barco sin timón. La fantasía dispuso de un borde real: Miguel era el segundo de un partido cuyo primero no existía. Pero los cuatro peronismos, todavía ferozmente entremezclados, rechiflaron el equívoco y Lorenzo dejó sus ambiciones políticas para la eternidad. El tiempo del vandorismo había quedado demasiado atrás.

La mirada del amo no basta para convertir a un sindicalista en jefe político. Los trabajadores tienen todavía algo que decir. Y lo dijeron claramente: un grueso segmento votó a la UCR. Los otros, los que votaron al primer peronismo (el de la abundancia), al segundo (el de la lucha sin coronar), y al tercero (el de las ilusiones desvaídas) ya no votaban a sus direcciones sindicales. Votaban a pesar de ellas. En algún sentido, lo supieran o no, votaban contra ellas.

En 1987, dejó de existir ese caleidoscópico 1983. El cuarto peronismo fue reconstruido por la renovación, primero, y por el menemismo, después. Es decir, su larga e insensible muerte ha comenzado. Las banderas de los tres primeros (sin las sutiles distinciones que las separan) fueron completamente desechadas. En ningún afiche de la campaña del 87 se podía leer “Soberanía Política. Independencia Económica y Justicia Social”. La palabra “revolución” (aunque nacional) fue borrada del léxico político renovador. Y el menemismo le añadió “productiva” para tranquilidad de tirios y troyanos.

El doctor Menem utilizó, sin embargo, algunos fragmentos

de artillería pesada para la lucha interna. Una vez que el doctor Cafiero dejó de ser su contendiente, todos los arrestos duros perdieron su razón de ser. Era imprescindible demostrar que se estaba ante un político serio, un hombre de Estado, un jefe del partido del Estado. Lo probó sobradamente, así y todo desde el gobierno se superó hegelianamente a sí mismo.

Comenzamos este razonamiento desde un punto: la victoria del alfonsinismo. Esta victoria podría explicarse así: la UCR ya no es el alfonsinismo. Mejor dicho: no es todo el alfonsinismo. Alfonsín fabricó su izquierda y su derecha. La renovación encabezó el viraje y (tal cual lo previera un cumplido e inteligente articulista de la revista *Unidos*) fue la izquierda del *establishment*; Alfonsín entregó ese territorio a Cafiero, al cuarto peronismo. La UCD fue la derecha. La UCR, el centro sobre el que se articuló este partido de tres patas.

En 1985, en las elecciones de la provincia de Buenos Aires, esto quedó claro. La grosera versión que encabezaba Herminio Iglesias estaba condenada a la extinción, y la edulcorada de Antonio Cafiero, el otro hombre del balcón, formaba parte del flamante universo oficial. Iglesias, a su pesar, servía para reforzar la idea UCR = alfonsinismo. Trabajo estéril. El verdadero hombre del presidente había comprendido casi mejor que Casella el discurso que potabilizó al PJ. Ya no era “Framini-Anglada, Perón a la Rosada”; era “Cafiero acá, Alfonsín allá”. Es decir: una discreta división del trabajo.

Alvaro Alsogaray constituye la verdadera novedad de esta etapa. Una suerte de partido reformista de la UCR y el PJ. Un forjador del manantial ideológico referenciado en la desregulación y el privatismo. El verdadero crítico de la ineficiencia del capitalismo dependiente argentino, no para abrir un nuevo cauce sino para aceptarlo mediante salvajes inyecciones de mercado. Confirma una dolorosa hipótesis: la confianza en el capitalismo argentino parece directamente proporcional a la crisis que lo recorre.

El doctor Menem es absolutamente consciente del novísimo sistema político. A tal punto que su gabinete presidencial está

construido a su imagen y semejanza. El enemigo del cuarto peronismo ya no es social, ni siquiera político: asume una forma particularmente abstracta, en el peor sentido de la palabra: es la “cultura de la especulación” “quien debe ser vencida por la “cultura de la producción”.

V

Pocas veces tantos pudieron tan poco. Pocas veces un sistema político fue tan brutalmente resignificado. El “Proceso” iniciado en 1976 trituró al viejo sistema de partidos al deshacer las condiciones de reproducción ampliada del capital; es decir, el modo en que el bloque de clases dominantes realiza sus negocios: limó las asperezas internas, liquidó las diferencias. Y el sistema de partidos referenciado en el bloque de clases dominantes no tiene otro camino que asumir esta nueva identidad, rehaciendo la propia. Para que se entienda: para seguir siendo partidos del Estado, deben rehacer los argumentos con que se constituyen en partidos de gobierno.

Antes de 1975, antes del Rodrigazo, el peronismo había sido la dirección política del movimiento obrero durante treinta años. No es más. La dirección sindical es “peronista” sólo en el sentido del pasando de sus integrantes individuales; Cafiero, que derrotó a Casella en el cordón industrial, mantuvo vínculos con una fracción minoritaria de la CGT; Alfonsín, por su parte, fue el verdadero referente de la clase obrera mientras presidió la república; es que ella no actúa políticamente desde 1976.

Para el gobierno alfonsinista hubo dos elecciones simultáneas; una tuvo lugar en septiembre del 87; otra, en Semana Santa del mismo año. La SRA, la UIA y ADEBA firmaron el Acta de Compromiso Democrático, como lo hicieron la CGT y el grueso de los partidos políticos. Por ese trámite Alfonsín no sólo validó su condición de jefe político del bloque de clases dominantes, sino también del bloque de clases dominadas.

El cambio sin cambio de las elecciones de septiembre del 87 reforzó estos términos. Los obreros que votaron al peronismo

no votaron como obreros, sino como ciudadanos. La tensión social se parlamentarizaba: en la fábrica, los sindicatos; en el poder, los políticos responsables.

Aun los políticos responsables soportan tropiezos. En la lucha parlamentaria, de un tropiezo se sale (quién lo duda) mediante una ley. Hubo un caso en que la ley tuvo nombre y apellido: Obediencia Debida.

Ley de Obediencia de-vida. ¿De cuál vida? ¿De qué ley?

El Congreso sancionó la ley de Obediencia Debida. La Suprema Corte de Justicia ratificó su contenido constitucional. Tanto el Parlamento como la Corte actuaron con los ritmos de la crisis militar. No faltan los que dicen: esa ley es el fruto de la primera crisis militar.

Algo era evidente: separar la crisis de la ley volvía incomprensibles ambos términos. Reducir un término al otro prenunciaba una línea de explicación fuertemente inducida por el discurso oficial: la “corporación militar” avanzaba sobre el gobierno civil; la ley satisfacía los requerimientos de los “golpistas”, suponía un retroceso del “gobierno civil”, esta cesión posicionaría a los militares para un nuevo pedido, hasta que, finalmente, pedirían todo, es decir: el gobierno; para obtenerlo darían, como siempre, un golpe de Estado. Más o menos éstos fueron los argumentos del Partido Justicialista en la polémica parlamentaria.

Los “realistas”, mucho más cínicos, compartían la línea argumental difiriendo en un elemento: los militares no querían el golpe, pero si cambiaban de idea y lo querían, el golpe sería irresistible. Para que no quisieran alcanzaba la ley. Por eso resultaba imprescindible aprobarla. Más o menos éstos fueron los argumentos radicales en el recinto.

Esta operación resultó posible por los bolsones de miedo sin metabolizar que atraviesan a la sociedad argentina. En el terreno conceptual, sin embargo, había que confundir demasiadas cosas: a Raúl Alfonsín con Arturo Frondizi; 1987 con 1955, olvidando 1976; a la derrota en manos del “Proceso”, con la “victoria” de

mano de la democracia.

Volvamos al texto de la ley: los militares que cumplieron órdenes superiores sin cometer excesos no son culpables. Y no lo son porque las órdenes del Estado no son delito. La idea de un “Estado terrorista” es prerromana, prejurídica. El Estado supone un ordenamiento jurídico legítimo, al menos para el arco social que se expresa a través de su maquinaria. Entonces, el funcionario responsable de la puesta en práctica, de la correcta aplicación de una orden, no es, no puede ser, sino un funcionario probo. Y un funcionario probo no puede ni debe ser acusado. Es inocente por definición.

Este perfil de la obediencia construye otro para la desobediencia, para la desobediencia de vida. ¿En qué casos un oficial puede desobedecer una orden? En caso de que para cumplirla deba cometer delito. Pero si la orden ha sido orgánicamente impartida, si la cadena de mandos ha sido respetada, no puede ser delito puesto que constituye una política del Estado que debe cumplir. Entonces, ninguna orden orgánica, absolutamente ninguna, puede ser desobedecida por desobediencia de vida. Por eso el comisario Etchecolatz salió en libertad tras soportar condena judicial (23 años) y por eso el teniente coronel Rico fue dado de baja.

En ese mismo recorrido queda fijada la obediencia indebida. Y es así: cuando un oficial rompe la cadena de mandos e imparte una orden (por ejemplo en Semana Santa), incurre en delito de asociación ilícita para delinquir, como mínimo, y en atentado contra la seguridad del Estado, como máximo. Esto es, en desobediencia indebida.

De modo que toda la legislación que se aprobó tendía a un solo objetivo: reforzar la obediencia, reforzar la cadena de mandos, asegurar para los que la respetaran todas las prebendas del Estado; descargar sobre los que la violaran todos los rayos y centellas del cielo burgués. En aquel estado de la crisis militar, no existía más que un solo modo de leer este comportamiento: reforzar a los oficiales procesistas contra los malvinizados.

De ahí que no se dictara una ley de amnistía. La amnistía

supone ley de olvido. No hubo delito, sus efectos jurídicos desaparecen y consecuentemente los transgresores no son culpables de nada. Con la obediencia debida no se eliminó el delito, se determinó que no lo era en función de la cadena de mandos; por estar inmerso en el comportamiento estatalizado gozaba de absoluta impunidad. Se reforzaba la idea de monopolio de la fuerza como jurídicamente legítimo dentro y fuera de la ley, del texto de la ley. Vale decir, en cumplimiento de la obediencia debida un oficial y un verdugo resultaban absolutamente indistinguibles: ninguno de los dos, como en la Antigüedad, vivía en Roma. Ambos, esclavos del Estado, estaban del otro lado de la muralla.

Eso no es todo. La amnistía hubiera beneficiado a todos los culpables de determinado delito sin ninguna excepción: esto incluye a las juntas militares juzgadas, lo que hubiera destrozado la notable operación ideológica que el alfonsinismo ejecutó brillantemente (juzgara los procesistas para declarar inocente al “Proceso”, juzgara los responsables militares para cubrir a los beneficiarios civiles). Y esto, con o sin crisis militar, el gobierno de Alfonsín no estuvo dispuesto a disolverlo. Es que disolverlo equivalía a repreguntar: ¿quiénes son los beneficiarios del “Proceso”?, ¿cuáles sus víctimas? Es decir, el nombre del vencedor, el del vencido.

Recapitulando, la primera crisis militar volvió digerible una operación que sin una adecuada incentivación del miedo hubiera tenido mayor costo electoral. No se trataba de una “cesión”, de una “traición”, de una “agachada”, sino de una política claramente definida que se ejecutó a los empellones.

Resulta innegable que Alfonsín hubiera preferido imponer más claramente sus términos al cuerpo de oficiales. Una cuenta le salió mal. Calculó que los efectos de una política de aislamiento, de degradación salarial y de vacío ideológico bastarían para imponer un autocastigo ejemplar y restablecer, por esa vía, la cadena de mandos con máxima dureza. Descubrió que jugado sobre el límite, un puñado de oficiales conquistó la adhesión

pasiva para no presentarse a Tribunales.

Esto no supuso que el amo perdía su condición de tal; sino que la victoria alfonsinista sobre las Fuerzas Armadas tenía límites intraspasables, y que traspasarlos ponía en peligro la debida obediencia, la obediencia al Estado. No se trataba de evitar un golpe que nadie intentó, sino de garantizar la función histórica de las Fuerzas Armadas: ser el brazo armado del Estado burgués.

Ahora es posible responder a la pregunta: ¿obediencia de qué vida?, ¿de cuál ley?

No se trata de evitar ninguna masacre. Se trata de que las masacres sean adecuadamente ordenadas. Todo el sistema tiende a reforzar la autoridad, el principio de autoridad, la vida del cuerpo de oficiales tal cual es (procesista), a condición de no apartarse ni un milímetro del *dictat* presidencial. Sin desdecir ese sentido, el Dr. Menem (tal cual lo viene anunciando) podría indultar (pero de ningún modo amnistiar) a todos o a algunos de los militares condenados.

Es que matar no es delito. Delito es negarse a cumplir la orden de matar orgánicamente impartida. Por eso en el Tiro Federal puede leerse en el frontispicio: “Aquí se aprende a defender a la Patria”.

VI

Desde el momento en que la conducción estratégica de la guerra contra la guerrilla adoptó los Grupos de Tareas (GT), como táctica adecuada para el enfrentamiento, optó por la disolución de la cadena de mandos. Sobre todo, porque los GT constituían entonces una negación del Reglamento Militar. Es decir, equivalían a una suerte de logia (no entró todo el cuerpo de oficiales) con una ley de selección donde rotativamente participaban muchos, en distintos roles, pero donde también se podía definir un adentro y un afuera que no significó un adentro y un afuera de la institución.

Este modelo operacional supuso, de un modo consciente,

además de la quiebra de la cadena de mandos, la politización completa del cuadro de oficiales. Los conscriptos no eran utilizados sino en actividades de control perimetral o, en muy contadas oportunidades, en apoyo de los GT como masa de reserva intimidatoria. El cuerpo de oficiales prestó su cuerpo para la conformación de los GT y de allí emergió la conducción operacional de combate. Por eso, el teniente Astiz jugó un papel significativo a pesar de la pequeñez de su grado y por eso, algún que otro capitán de navío cumplió tareas puramente administrativas.

Es preciso añadir que los GT no estaban integrados por hombres de una sola fuerza armada. Incorporaron, además, civiles de la comunidad informativa y policías, sin olvidar que los suboficiales tuvieron una actividad particularmente destacada. Tal es así, que en la Marina algunos de ellos fueron cooptados al cuerpo de oficiales aunque no recorrieran el escalafón completo.

Con el exterminio de la guerrilla y la desaparición de sus integrantes, los GT dejaron de tener sentido operacional y sobrevivieron semiinformalmente. La guerra de Malvinas encontró a las Fuerzas Armadas a medio camino: los GT no habían desaparecido del todo y el cuerpo de oficiales no había sido reorganizado sobre otra base.

Como es sabido, el comando de una fuerza armada supone, requiere, una hipótesis de conflicto. Esta hipótesis permite asignar recursos físicos y humanos, priorizar actividades, etcétera. Vale decir, la hipótesis de conflicto constituye un instrumento estratégico requerido para conducir una fuerza al combate. La supervivencia de los GT equivalía a una hipótesis de conflicto ya desenvuelta, superada, que no era reemplazada sino en el papel por otra nueva. Malvinas muestra unívocamente este notable déficit de comando; es decir: supervivencia de los GT sin adecuación al nuevo objetivo militar (recordar el papel de Astiz en Georgias). Esa fue la primera derrota, la derrota conceptual. La otra, sobrevino en el teatro de operaciones.

Al dictarse la ley de Punto Final el total de procesados ascendía a 450. Los oficiales de las tres fuerzas sumaban 173 y el resto (277) estaba integrado por miembros de las fuerzas de seguridad (Policía Federal, provincial, servicios penitenciarios, etcétera) y suboficiales. Al ingresar la ley de Obediencia Debida enviada por Alfonsín al Congreso (antes de que el Senado la modificara), el número de procesados se reducía a 230: algo más de un centenar de oficiales; el resto (122) eran suboficiales e integrantes de las fuerzas de seguridad. Tal como se aprobó la ley, la cantidad de procesados se redujo a 100, de los cuales 68 eran oficiales de las tres armas y los 32 restantes, suboficiales e integrantes de los cuerpos de seguridad. A la primera versión de Obediencia Debida se la conoció en la jerga castrense como ley Rico; a la segunda, como ley Caridi. En la primera quedaron condensadas las exigencias del cuadro de oficiales; en la segunda, las presiones de la cúpula castrense.

Para Caridi, el problema era sencillo: tenía que quedar claro para todos que negociar con él resultaba institucionalmente más eficaz que alzarse en armas. Los que no fueran protegidos por las mallas de ninguna de las propuestas legales quedaban automáticamente fuera de la institución o, al menos, del servicio activo.

La posibilidad de generalizar el conflicto sobre la base de dinamizar estos elementos residuales, no podía ser seriamente considerada en la actual relación de fuerzas del bloque de clases dominantes.

Las dos rebeliones posteriores mostraron idéntica composición en distintas proporciones: los insurgentes activos eran un puñado, y el resto eran insurgentes pasivos (tropas “leales” al gobierno): expresaron pocos deseos de reprimir. Aun cuando Caridi pudo tomar prisionero a Rico, lo hizo en el marco de un acuerdo inter pares. Y todo volvió a foja cero cuando el arresto del coronel Seineldín tuvo que hacerse a costa de la renuncia del general Caridi.

Sin embargo, algo había cambiado en las dos últimas

rebeliones: ya no se discutía la seguridad del cuerpo de oficiales, sino del espacio que tenían –en su condición de brazo armado del Estado– para construir una política diferenciada de la que el gobierno ejecuta en su condición de fiel intérprete del programa del partido del Estado. En rigor, la discusión sobre las condiciones de represión, primero, y la guerra de Malvinas después, no fue sino un debate –con sordina– sobre el papel de las Fuerzas Armadas.

Por el momento, el bloque de clases dominantes no ha cedido ante el intento militar de darse autonomía, incluso hoy, que considera un indulto presidencial.

Un problema, no obstante, queda sin resolver: el partido del Estado no pudo reorganizar su brazo armado. Para que se entienda: si el coronel Seineldín, por ejemplo, fuera nombrado jefe del Estado Mayor y esta elección contara con el beneplácito del cuadro de oficiales, eso no equivaldría a la reconstrucción de la cadena de mandos. Muy por el contrario, supondría su quiebra más intensa, su parlamentarización lisa y llana.

La cadena de mandos no puede depender de la buena voluntad de sus integrantes, sino de la obediencia debida al Estado, de la indiscutible disposición a obedecerlo. En suma, de la capacidad del Estado para comandar su brazo armado.

El doctor Menem recibió las Fuerzas Armadas en condiciones de intensa descomposición. Nunca el capitalismo argentino soportó una crisis tan virulenta, nunca contó su aparato estatal con tan poca aptitud armada para defenderse, y nunca el campo popular conoció semejante nivel de atonía política. Vale decir, la seguridad del Estado admite dos soluciones que no resultan excluyentes entre sí: a) recomponer la cadena de mandos; b) conservar, reconstruir, reforzar la derrota popular.

VII

En el marco general de una crisis global de la sociedad argentina, el doctor Menem gobierna. Los sectores populares soportan las peores condiciones de vida sobre las que se tenga memoria

estadística. En esta situación un partido sin tarea histórica, el cuarto peronismo, se debate entre dos polos lógicos: el primero está determinado por los requerimientos de su base social; el segundo, por las novísimas exigencias del bloque de clases dominantes. Los primeros requieren atender el salario obrero, el consumo popular, la educación y la vivienda. Las otras están determinadas por la normalización de las condiciones de reproducción ampliada del capital.

No hay mucho margen entre uno y otro requerimiento. Es preciso reconocer que la transformación de la estructura política no deja lugar para ninguna vacilación. En el cuarto peronismo no coexisten tendencias con distinta posibilidad de ejecución pero con idéntica garantía de disputa semilegítima sobre el destino común. La suerte está echada. Y esa suerte terrible lanza a la clase obrera hacia una diáspora política. Del destino que esa diáspora sufra depende el de la sociedad toda.

Alejandro Horowicz

Obras consultadas

AA. VV., *La Reforma Universitaria (1918-1958)*, Buenos Aires, FUBA, 1959.

Abad de Santillán, Diego: *La FORA: ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, Buenos Aires, Nervio, 1933.

Adorno, Theodor W.: “Lukács y el equívoco del realismo”, en *Realismo: ¿Mito, doctrina o tendencia histórica*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1969.

———: *Consignas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.

———: *Crítica cultural y sociedad*, Madrid, Sarpe, 1984.

Agamben, Giorgio: *Estado de excepción*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004.

———: *Infancia e historia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004.

Alberdi, Juan Bautista: “Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina”, en *Las Bases*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969.

———: *Escritos póstumos*, t. V, Buenos Aires, Francisco Cruz, 1897.

Alfonsín, Raúl: “Convocatoria para una convergencia democrática”, discurso pronunciado en Parque Norte el 1º de diciembre de 1985.

Althusser, Louis: *Para leer El Capital*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1969.

Amícola, José: *De la forma a la información. Bajtín y Lotman en el debate con el formalismo ruso*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1997.

Amin, Samir: *La desconexión*, Buenos Aires, Ediciones del

Pensamiento Nacional, 1989.

Anderson, Perry: *El Estado absolutista*, México, Siglo XXI, 1985.

———: *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y Revolución en Occidente*, México, Fontamara, 1991.

———: *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Madrid, Siglo XXI, 1985.

Anderson, Perry; Bobbio, Norberto; Cerroni, Umberto: *Socialismo, Liberalismo, Socialismo liberal*, Caracas, Nueva Sociedad, 1993.

Ansaldi, Waldo y Moreno, José Luis: *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*, Buenos Aires, Cántaro, 1989.

Ansaldi, Waldo; Pucciarelli, Alfredo; Villaruel, José Cesar: *Argentina en la paz de dos guerras, 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos, 1993.

Arendt, Hannah: *Eichmann en Jerusalén. Estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 1999.

———: *Los orígenes del totalitarismo*, tomos 1 y 2, Barcelona, Planeta Agostini, 1994.

———: *Sobre la revolución*, Buenos Aires, Alianza, 1992.

Aricó, José: *La cola del diablo*. Buenos Aires, Punto Sur, 1988.

———: *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Aricó, José: *Marx y América Latina*, México, Alianza, 1982.

Aron, Raymond: *Ensayo sobre las libertades*, México, Alianza, 1991.

———: *Pensar la Guerra, Clausewitz*, t. I: *La edad europea*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1993.

———: *Pensar la Guerra, Clausewitz*, t. II: *La edad planetaria*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1993.

Bauer, Alfredo: *La Asociación Vorwärts y la lucha democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Legasa, 1989.

Beaufre, General: *La apuesta al desorden*, Buenos Aires, Americalee, 1971.

Behemoth, Franz Neumann: *Pensamiento y acción en el*

nacional socialismo, México, FCE, 1983.

Beinstein, Jorge: *Crónica de la decadencia. Capitalismo global 1999-2009*, Buenos Aires, Cartago, 2009.

Bell, Daniel: *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Madrid, Alianza, 1991.

———: *Las contradicciones culturales del capitalismo*, México, Alianza, 1989.

Beloff, Max; Carr, Raymond y otros: *La guerra fría*, Buenos Aires, Troquel, 1966.

Benjamin, Walter: *Discursos interrumpidos*, Barcelona, Planeta Agostini, 1994.

———: *Para una crítica de la violencia*, Buenos Aires, Leviatán, 1995.

Berger, John: *Mirar*, Buenos Aires, De la Flor, 1998.

Bobbio, Norberto: *El futuro de la democracia*, Barcelona, Planeta Agostini, 1994.

Borges, Jorge Luis: “Leopoldo Lugones”, en *Sur*, Buenos Aires, febrero de 1938.

———: “Las inscripciones de los carros”, en *Evaristo Carriego; Obras Completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé, 1979.

———: “Leopoldo Lugones”, en *Obras Completas en colaboración*, Buenos Aires, Emecé, 1979.

———: “Ragnarök”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1979.

———: “La muralla y los libros”, en *Otras inquisiciones, Obras Completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé, 1979.

Borón, Atilio: “Para repensar a Gemani”, en *Utopía y Desencanto. Creación e institucionalización de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires: 1955-1966*.

Brodie, Bernard: *Guerra y política*, México, FCE, 1978.

Brzezinski, Zbigniew: *La era tecnocrática*, Buenos Aires, Paidós, 1979.

Caballero, Manuel: *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987.

Caimari, Lila M.: *Perón y la Iglesia católica. Religión,*

Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955), Buenos Aires, Ariel Historia, 1995.

Castañeda, Jorge G.: *La utopía desarmada*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

Churchill, Winston S.: *La Segunda Guerra Mundial*, t. I: *Se cierne la tormenta*, Buenos Aires, Peuser, 1950.

———: *La Segunda Guerra Mundial*, t. II: *Su hora más gloriosa*, Buenos Aires, Peuser, 1950.

———: *La Segunda Guerra Mundial*, t. III: *La gran alianza*, Buenos Aires, Peuser, 1951.

———: *La Segunda Guerra Mundial*, t. IV: *El vuelco del destino*, Buenos Aires, Peuser, 1952.

———: *La Segunda Guerra Mundial*, t. V: *El cerco se cierra*, Buenos Aires, Peuser, 1955.

———: *La Segunda Guerra Mundial*, t. VI: *Triunfo y tragedia*, Buenos Aires, Peuser, 1955.

Clausewitz, Karl von: *De la guerra*, Buenos Aires, Solar, 1983.

Coca, Joaquín: *El Contubernio*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961.

Constitución de la Nación Argentina: Preámbulo, Buenos Aires, Torres Agüero, 1981.

Cooke, John William: *Obras completas*, t. I: *Acción Parlamentaria*, Buenos Aires, Colihue, 2007.

———: *Obras completas*, t. II: *Correspondencia Perón-Cooke*, Buenos Aires, Colihue, 2008.

———: *Obras completas*, t. III: *Artículos periodísticos, reportajes, cartas y documentos*, Buenos Aires, Colihue, 2009.

Costa, Analía y Foffani, Enrique: “Retornar a Grecia: el Olimpo magisterial de los poetas”, en *La crisis de las formas*, t. 5: *Historia crítica de la literatura Argentina*, Planeta, Buenos Aires, 2006.

Davies, Mike: “Por qué la clase obrera estadounidense es diferente”, en *New Left Review*, marzo-abril de 2005.

De Gaulle, Charles: *Memorias*, tomos 1 y 2, Madrid, Taurus, 1970.

Del Carril, Bonifacio: *Memorias dispersas. El coronel Perón*, Buenos Aires, Emecé, 1984.

Deutcher, Isaac: *Ironías de la historia*, Barcelona, Península, 1971.

———: *Stalin. Biografía política*, México, Era, 1989.

Devoto, Fernando: *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

Di Tella, Torcuato: “Inmovilidad o coexistencia en la Argentina”, en J. Petras y M. Zeitlin, *América Latina: ¿Reforma o revolución?*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970.

Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados: t. VII, abril de 1923.

Doll, Ramón: *Lugones, el apolítico y otros ensayos*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1966.

Donoso Cortés, Juan: “Pío IX”, en *Obras escogidas*, Buenos Aires, Difusión, 1944.

Drucaroff, Elsa: *Mijail Bajtín, la guerra de las culturas*, Buenos Aires, Almagesto, 1996.

———: *Arlt. Profeta del miedo*, Buenos Aires, Catálogos, 1998.

Enzensberger, Hans Magnus: *Detalles*, Barcelona, Anagrama, 1969.

———: *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*, Barcelona, Anagrama, 1972.

———: *El corto verano de la anarquía. (Vida y muerte de Durruti)*, México, Grijalbo, 1975.

———: *Conversaciones con Marx y Engels*, Barcelona, Anagrama, 1999.

Falcón, Ricardo: *Nueva historia argentina. Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

Fanon, Franz: *Los condenados de la tierra*, México, FCE, 1969.

Fernández Retamar, Roberto: “Caliban”, en *Casa de las Américas*, n.º 68, septiembre-octubre de 1971.

———: *Todo Caliban*, Buenos Aires, CLACSO, 2005.

Fernández, Macedonio: *Jorge Luis Borges, Correspondencia 1922-1939. Crónica de una amistad*, edición y notas de Carlos García, Buenos Aires, Corregidor, 2000.

Ferrero, Roberto A.: *Sabattini y la decadencia del yrigoyenismo*, tomos 1 y 2, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.

Figes, Orlando: *El baile de Natacha. Una historia cultural rusa*, Barcelona, Edhasa, 2006.

Foucault, Michel: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 1987.

———: *La verdad y las formas jurídicas*, México, Gedisa, 1988.

———: *El pensamiento del afuera*, Valencia, Pretextos, 1989.

———: *El orden del discurso*, Buenos Aires, Tusquets, 1992.

———: *¿Que es la Ilustración?*, Buenos Aires, Alción, 2002.

Fronzizi, Silvio: *La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica*, tomos I y II, Buenos Aires, El Sol, 1960.

Fuller, J. F. C. Mayor General: *La Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Historia táctica y estrategia*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1988.

García, Prudencio: *El drama de la autonomía militar. Argentina bajo las Juntas Militares*, Buenos Aires, Alianza, 1995.

Gardner, Richard N.: *La diplomacia del dólar y la esterlina*, Buenos Aires, Troquel, 1966.

Giap, Nguyen: *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1971.

Godio, Julio: *La semana trágica*, Buenos Aires, Granica, 1972.

González, Horacio: *Historia crítica de la sociología argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2000.

———: *El peronismo fuera de las fuentes*, Buenos Aires, UNGS, Biblioteca Nacional, 2008.

González, Javier Roberto: “Poema Conjetural, verso 14”, en

Borges/Cortázar, *Penúltimas lecturas*, Buenos Aires, Circeto, 2007.

Gramsci, Antonio: “El problema de la dirección política en la formación y el desarrollo de la nación y del estado moderno”, en *Antología*, México, Siglo XXI, 1970.

———: “La rivoluzione contro il “Capitale”, en *Scritti Politici*, vol. 1, Roma, Editore Riuniti, 1973.

———: *Cuadernos de la cárcel*, tomos I y II, México, Era, 1981.

Grondona, Mariano: *La realidad. El despertar del sueño argentino*, Buenos Aires, Planeta, 2001.

Gropius, Walter: *La nueva arquitectura y la Bauhaus*, Barcelona, Lumen, 1966.

Grüner, Eduardo: *La cosa política o el acecho de lo Real*, Buenos Aires, Paidós, 2005.

Hernández, José: *Martín Fierro*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.

Horkheimer, Max: *Crítica de la razón instrumental*, Buenos Aires, Sur, 1973.

Horowicz, Alejandro: “La democracia de la derrota”, en *Los cuatro peronismos. Historia de una metamorfosis trágica*, Buenos Aires, Planeta, 1991.

———: *El país que estalló. Antecedentes para una historia argentina (1806-1820)*, t. I: *El camino de Potosí*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

———: *El país que estalló. Antecedentes para una historia argentina (1806-1820)*, t. II: *La estrategia sudamericana de San Martín*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

———: *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.

Horowitz, Irving L.: *La nueva sociología*, 2 tomos, Buenos Aires, Amorrortu, 1969.

Howard, Michel: *La guerra en la historia europea*, México, FCE, 1983.

———: *Las causas de las guerras y otros ensayos*, Madrid, Ediciones Ejército, 1987.

Ingenieros, José: *Obras completas*, vol. 16: *Los tiempos*

nuevos, Buenos Aires, Elmer Editor, 1957.

Irazusta, Rodolfo e Irazusta, Julio: *La Argentina y el imperialismo británico. Los eslabones de una cadena 1806-1833 (sic)*, Buenos Aires, Tor, 1934.

Jakobson, Román: *El caso Maiakovski*, Barcelona, Icaria, 1977.

James, Henry: *La humillación de los Northmore*, traducción de Haydée Lange, con prólogo de Jorge Luis Borges, reeditado por Emecé, 2001.

Jameson, Frederic: *La cárcel del lenguaje. Perspectiva del estructuralismo y del formalismo ruso*, Barcelona, Ariel, 1980.

Jauretche, Arturo: *El Plan Prebisch, retorno al coloniaje*, Buenos Aires, Mar Dulce, 1969.

———: *F.O.R.J.A y la década infame*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962.

Jay, Martín: *La imaginación dialéctica. Historia de la escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación Social (1923-1950)*, Madrid, Taurus, 1974.

Jozami, Ángel: *Argentina. La destrucción de una nación*, Buenos Aires, Mondadori, 2003.

Juin, Mariscal: *Memorias*, tomos 1 y 2, Buenos Aires, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, 1968.

Kafka, Franz: “Ante la ley”, en *Un médico rural (relatos breves)*; “La colonia penitenciaria”, en *Narrativa Completa*, t. 1. *Obras Completas*, Barcelona, Seix Barral, 1986.

Kandinsky, Wassily: *Mirada retrospectiva*, Buenos Aires, Emecé, 2002.

Keynes, John Maynard: *The economic consequences of the peace*, Londres, Macmillan, 1919.

Khavisse, Miguel; Aspiazú, Daniel; Basualdo, Eduardo: *El nuevo poder económico*, Buenos Aires, Legasa, 1986.

Khavisse, Miguel y Basualdo, Eduardo: *El nuevo poder terrateniente*, Buenos Aires, Planeta, 1993.

King, John: *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931-1970*, México, FCE, 1989.

Kitchen, Martín: *El período de entreguerras*, Madrid,

Alianza, 1992.

Klima, Jan: “La asociación bonaerense Vorwärts en los años ochenta del siglo pasado”, en *Anuario del Centro de Estudios Ibero-Americanos de la Universidad Católica de Praga*, año VII, 1974.

Kondratieff, N. D.: “Los ciclos económicos largos”, en *Los ciclos económicos largos ¿una explicación a la crisis?*, Madrid, Akal, 1979.

Korsch, Karl: *Karl Marx*, Barcelona, Ariel, 1975.

Lacheroy, Charles: *La Défense nationale*, París, PUF, 1958.

Lagos, Ovidio: *Argentinos de raza*, Buenos Aires, Emecé, 2003.

Lamborghini, Leónidas: “El gauchesco como arte bufo”, en *La lucha de los lenguajes*, t. 2: *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, dirigido por Julio Schwartzman, Buenos Aires, Emecé, 2003.

Lartéguy, Jean: *Los Centuriones*, Buenos Aires, Emecé, 1971.

———: *Los mercenarios*, Buenos Aires, Emecé, 1971.

———: *Los pretorianos*, Buenos Aires, Emecé, 1971.

Levín, Pablo: *El capital tecnológico*, Buenos Aires, Catálogos, 1997.

Liddell Hart, Basil: *Disuasión o defensa*, Buenos Aires, Pleamar, 1964.

———: *El otro lado de la colina*, Madrid, Ediciones Ejército, 1983.

———: *Historia de la Segunda Guerra Mundial*, tomos I y II, Barcelona, Caralt, 2000.

López Aufranc, Alcides: “La guerra revolucionaria en la Argentina”, en *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, n.º 335, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1959.

López, María Pía y Korn, Guillermo: *Sabato o la moral de los argentinos*, Buenos Aires, América Libre, 1997.

Ludmer, Josefina: “Los desafíos (del lado del uso)”, en *El género gauchesco: un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

Lugones, Leopoldo: *Estudios Helénicos*, Buenos Aires,

Babel, 1924.

———: “Acción ante la doble amenaza”, en *Antología de la prosa*, Buenos Aires, Centurión, 1949.

———: “Discurso de Ayacucho”, en Alicia S. García y Ricardo Rodríguez Molas (edits.), *Textos y documentos. El autoritarismo y los argentinos. La hora de la espada/I (1924-1946)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988.

Lugones, Leopoldo: *El Payador*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2010.

Lukács, Georg: *Lenin*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1968.

Luna Ortiz, Félix. *Reportaje a la Argentina opulenta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978.

Mandel, Ernest: *El capitalismo tardío*, México, Era, 1979.

———: *El significado de la segunda guerra mundial*, México, Fontamara, 1991.

Mao Tse-tung: *Obras escogidas*, t. I: *La estrategia de la guerra revolucionaria*, Pekín, Lenguas Extranjeras, 1968.

Mariátegui, José Carlos: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, La Habana, Casa de las Américas, 1973.

Marx, Carlos: “En torno a la crítica de la filosofía del derecho, de Hegel, y otros ensayos”, en *La sagrada familia*, México, Grijalbo, 1967.

———: *El Capital*, vol 1: *Crítica de la economía política*, México, FCE, 1968.

Marx, Carlos y Engels, Federico: “De Engels a Turati”, en *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, 1973, p. 414.

———: *La guerra civil en los EE.UU.*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1973.

Meding, Holger M.: *La ruta de los nazis en tiempos de Perón*, Buenos Aires, Emecé, 1999, p. 112.

Meinvielle, Julio: “Hacia un nacionalismo marxista”, en *Presencia*, 23 de diciembre de 1949.

Miquel, Pierre: *El caso Dreyfus*, México, FCE, 1988.

Mitre, Bartolomé: *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, tomos I y II, Buenos Aires,

Ediciones Cenit, 1960.

Monner Sans, Ricardo: *Notas al castellano en la Argentina*, Buenos Aires, 1903.

Murena, Héctor A.: *El pecado original de América*, Buenos Aires, FCE, 2006.

Nicos, Poulantzas: *Fascismo y dictadura*, México, Siglo XXI, 1983.

Novaro, Marcos y Palermo, Vicente: *Historia argentina*, t. 9: *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

Ocampo, Victoria: “Supremacía del alma y la sangre”, en *Testimonios. Segunda serie 1937-1940*, Buenos Aires, Ediciones Fundación Sur, 1984.

———: “Carta de Waldo Frank”, en *Sur*, n.º 1, verano de 1931.

Olarra Jiménez, Rafael: *El derrumbe argentino*, Buenos Aires, Planeta, 2002.

Paret, Peter: *Clausewitz y el Estado*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1979.

Peña, Milcíades: *Masas, caudillos y elites. La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Fichas, 1971.

———: *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*, Buenos Aires, Fichas, 1974.

Pettoruti, Emilio: *Un pintor ante el espejo*, Buenos Aires, Hachette, 1968.

Pla, Alberto J.: *Ideología y método en la historiografía argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.

Polanyi, Karl: *La gran transformación*, México, Juan Pablos Editor, 1992.

Potash, Robert: *El Ejército y la política en la Argentina*, t. I: *1928-1945. De Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981.

———: *El Ejército y la política en la Argentina*, t. II: *1945-1962. De Perón a Frondizi*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981.

———: *Perón y el GOU. Los documentos de una logia secreta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

Quattrocchi-Woisson, Diana: *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995.

Ramos, Jorge Abelardo: *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Buenos Aires, Indoamérica, 1954.

———: *Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961.

———: *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina. El sexto dominio 1922-1943*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1972.

———: *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina. La era del bonapartismo 1943-1972*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1972.

Ratzer, José: *Los marxistas argentinos del noventa*, Córdoba, Pasado y Presente, 1969.

Recchini de Lattes, Zulma: *La población de Buenos Aires; componentes demográficos del crecimiento entre 1855 y 1960*, Buenos Aires, Di Tella, 1971.

Repetto, Nicolás: *Mi paso por la política. De Uriburu a Perón*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1957.

Robin, Marie Monique: *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

Rojas, Ricardo: *Historia de la Literatura Argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura del Plata (1917-1922)*, *Los gauchescos*, II, cap. XXIII, Buenos Aires, Kraft, 1960.

Romero, José Luis: “El drama de la democracia argentina”, en *Revista de la Universidad de Colombia*, n.º 5, enero-marzo de 1946.

Rozitchner, León: *Las desventuras del sujeto político. Ensayos y errores*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

———: *Moral burguesa y Revolución. Tiempo contemporáneo*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1969.

———: *Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*, Buenos Aires, CEAL, 1985.

Rubione, Alfredo: “Retorno a España”, en *La crisis de las formas*, t. 5: *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2006.

Sabato, Ernesto: *Sobre héroes y tumbas*, Buenos Aires, Compañía Fabril Editora, 1961.

Sacerio-Garí, Enrique: “Borges: el lector en “El Hogar” (1936-1939)”, en *Jorge Luis Borges, Textos Cautivos*, Buenos Aires, Tusquets, 1986.

Saítta, Sylvia: *Regueros de Tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Sarmiento, Domingo F.: *Facundo*, en www.elaleph.com

Sartre, Jean Paul: *Colonialismo y neocolonialismo. Situations V*, Buenos Aires, Losada, 1965.

Schmitt, Carl: *Clausewitz como pensador político*, Buenos Aires, Struhart, s/f.

———: *El concepto de lo político*, Buenos Aires, Folios, 1984.

Servan Schreiber, Jean Jacques: *El desafío americano*, Chile, Zigzag, 1970.

Shumway, Nicolás: *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires, Emecé, 1995.

Sklovsky, Víctor: *La disimilitud de lo similar. Los orígenes del formalismo*, Madrid, Comunicación, 1973.

Sombart, Werner: *El burgués*, Madrid, Alianza, 1977.

Spilimbergo, Jorge E.: *La cuestión nacional en Marx*, Buenos Aires, Coyoacan, 1968.

———: *El socialismo en la Argentina. Del socialismo cipayo a la izquierda nacional*, Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, 1969.

Sur: Índice 1931-1966, números 303, 304 y 305, Buenos Aires, Sur, 1967.

Terán, Oscar: *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

Trinquier, Roger: *La guerre moderne*, París, La Table Ronde, 1961.

Trotsky, León: *Historia de la Revolución Rusa*, tomos 1 y 2, Buenos Aires, Galerna, 1972.

Unamuno, Miguel de: “El gaicho Martín Fierro: poema popular gauchesco de don José Hernández”, en *Revista Española*, año 1, n.º 1, Madrid, 1894.

Venturi, Franco: *Los orígenes de la Enciclopedia*, Barcelona,

Crítica, 1980.

Viñas, David: *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortazar*, Buenos Aires, Siglo XX, 1971.

Wallerstein, Immanuel: “Las ondas largas como proceso capitalista”, en *Zona Abierta* n.º 34-35, Madrid, 1985.

Walsh, Rodolfo: *Antología del relato policial*, Buenos Aires, Hachette, 1953.

Williams, Raymond: *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980.

Wright Mills, Charles: *Las causas de la Tercera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Merayo, 1969.

“Cartas a La Prensa” citadas

“Sensatez y conocimiento”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 11 de abril de 1976.

“La honestidad base de un buen gobierno”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 15 de abril de 1976.

“La honestidad base de un buen gobierno”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 15 de abril de 1976.

Victoria Ocampo, “Acerca de los libros mas traducidos”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 15 de agosto de 1976.

“La lucha es de todos”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 1º de diciembre de 1976.

De Aspiazu, Iñaki: Secretariado de Ayuda Cristiana a las Cárceles, “Un error que merece aclararse”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 25 de noviembre de 1977.

Alicia Jurado, “Civilización y silencio”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 20 de noviembre de 1977.

“Pecados de olvido”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 22 de diciembre de 1977.

“A seis meses de su detención”, espacio de publicidad, diario en *La Prensa*, 7,8? de marzo de 1978.

Mercedes Villada Achaval de Lonardi, “Presencia de héroes”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 8 de agosto de 1978.

Enrique Zaldívar, presidente de la Association Internationale

du Droit Nucléaire, “Desprestigio organizado”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 13 de agosto de 1978.

“Por una navidad en paz”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 19 de diciembre de 1978.

“Mar del Plata y los derechos humanos”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 26 de marzo de 1978.

“El caso Timerman”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 13 de noviembre de 1979.

“Derechos humanos”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 9 de febrero de 1980.

“Derechos humanos”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 9 de febrero de 1980.

“Las vacas argentinas”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 11 de marzo del 1980.

“Derechos humanos”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 9 de febrero de 1980.

Juan Bautista Sasiañ, Jefe de la Policía Federal Argentina, “Con motivo del centenario de la X Brigada de Infantería”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 7 de noviembre de 1980.

“Cien escuelas, mil escuelas”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 25 de enero de 1981.

“Como creer en nuestros mayores”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 29 de junio de 1981.

“A quien recurriremos”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 25 de julio de 1981.

“Que deberán glorificar”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 11 de diciembre de 1981.

“Acerca del antisemitismo en la Argentina”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 14 de diciembre de 1981.

“No es momento para las cobardías”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 13 de abril de 1982.

Hebe Susana Solari de Berdina, “Las madres argentinas”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 26 de abril de 1982.

“De una maestra argentina”, “Cartas a La Prensa”, en *La*

Prensa, Buenos Aires, 15 de junio de 1982.

“Que les pasa a los argentinos”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 23 de julio de 1982.

“Nuestro pueblo”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 26 de julio de 1982.

“Pregunta”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 26 de diciembre de 1982.

Monseñor Antonio Quarracino, presidente de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 3 de abril de 1983.

Enrique Zaldivar, presidente de la Association Internationale du Droit Nucléaire, “Desprestigio organizado”

Monseñor Antonio Quarracino, presidente de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), Buenos Aires, 3 de abril de 1983.

Monseñor Medina, vicario castrense, “Los héroes malvinenses: maestros de la patria”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 5 de abril de 1983.

“Aclaración de Jorge Suárez”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 23 de julio de 1983.

“El libro negro de la segunda tiranía”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 3 de julio de 1983.

“Aclaración de Jorge Suárez”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 23 de julio de 1983.

“Los libros de lectura”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 3 de septiembre de 1983.

“Los libros de lectura”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 3 de septiembre de 1983.

“La ley de amnistía”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 5 de septiembre de 1983.

“Sobre un sobrino de monseñor Plaza”, “Cartas a La Prensa”, en *La Prensa*, Buenos Aires, 13 de octubre de 1983.